



**BERNARD CORNWELL**

**COPPERHEAD**

**Crónicas de Starbuck  
II**



Lectulandia

El azar ha convertido a Nathaniel Starbuck en un “copperhead”, un norteamericano que en la guerra de Secesión americana lucha en el bando del Sur rebelde. Con la ayuda de Allan Pinkerton, su espía jefe, el general McClellan está convencido de poder llevar a los norteamericanos hasta las puertas de la capital rebelde, Richmond. Starbuck, expulsado de su regimiento por su fundador, el vanidoso Washington Faulconer, deberá recorrer un arduo camino para reunirse de nuevo con sus camaradas: pasará por las cárceles inhumanas de Richmond, cruzará los ensangrentados y humeantes campos de batalla de Virginia, e incluso se infiltrará en el alto mando del ejército norteamericano. Porque Starbuck se ha unido a la “guerra en la sombra” de la traición y el espionaje, en la que nada es seguro y en nadie se puede confiar. Una de las mejores novelas jamás escritas sobre los servicios secretos en tiempos de guerra.

Lectulandia

Bernard Cornwell

# Copperhead

Crónicas de Starbuck II

ePub r1.0

MadU 18.01.14

Título original: *The Starbuck Chronicles (volume II)*

Bernard Cornwell, 2012

Traducción: Francisco Rodríguez de Lecea

Ilustraciones: Enrique Iborra

Diseño de portada: Madu

Editor digital: MadU

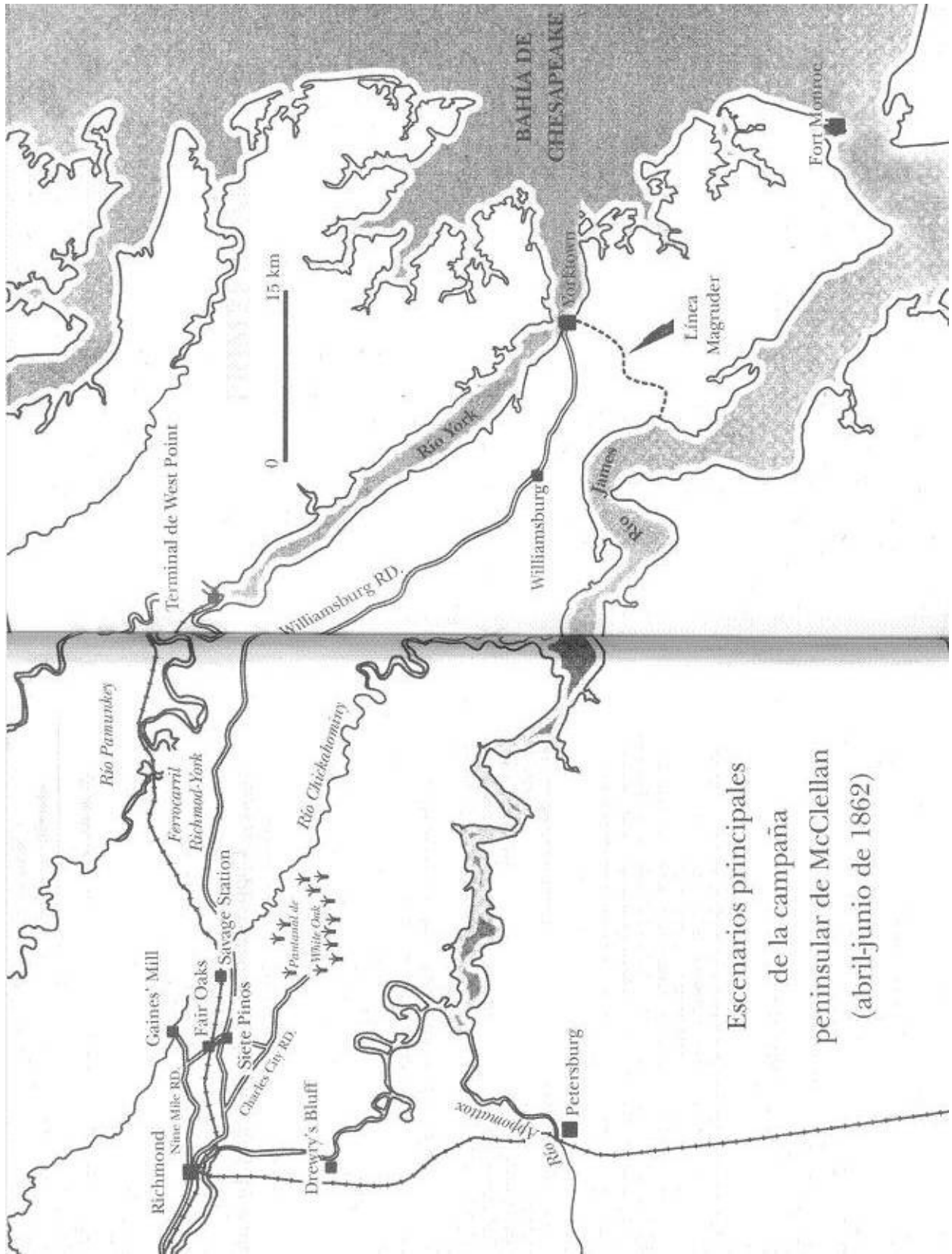
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Copperhead está dedicado a Bill y Anne Moir



# PRIMERA PARTE

# Capítulo 1

La invasión empezó a medianoche.

No era una invasión en realidad, sólo una incursión contra un campamento rebelde localizado por una patrulla en los bosques espesos que coronaban los riscos del lado virginiano del río, pero para los dos mil hombres que aguardaban a cruzar los turbios remolinos de color gris pizarra del río Potomac, la misión de aquella noche tenía un significado mayor que el de una simple incursión. Aquel combate al otro lado del río era su oportunidad de demostrar su error a quienes los criticaban. «Soldados de jardín de infancia», los había llamado un periódico; magníficamente entrenados e instruidos, pero demasiado preciosos para ensuciarse en una batalla. Pues bien, esta noche los despreciados soldados de jardín de infancia iban a luchar. Esta noche el ejército del Potomac iba a arrasar a hierro y fuego un campamento rebelde y, si todo iba bien, seguiría su avance hasta ocupar la ciudad de Leesburg, tres kilómetros más allá del campamento enemigo. Los soldados que esperaban imaginaban las caras avergonzadas de los habitantes de la ciudad de Virginia cuando despertaran y vieran la bandera de las barras y estrellas ondear de nuevo sobre su comunidad, y luego se imaginaban a sí mismos marchando hacia el sur, siempre más al sur, hasta que la rebelión fuera aplastada y Norteamérica quedase reunida en paz y fraternidad.

—¡Tú, bastardo! —gritó una voz desde la orilla del río, donde un pelotón de trabajo estaba botando al agua una lancha traída del vecino canal de Chesapeake y Ohio. Un hombre del pelotón había resbalado en el barro y dejado caer la popa de la lancha sobre el pie de un sargento—. ¡Hijo inútil de una maldita perra bastarda!

El sargento se apartó dando saltitos de la lancha.

—Perdón —dijo el hombre, nervioso.

—¡Te voy a dar yo a ti perdón, bastardo!

—¡Silencio! ¡Cállese ya!

Un oficial, resplandeciente con su nuevo gabán gris primorosamente ribeteado de rojo, bajó por la empinada orilla y ayudó a empujar la lancha hacia las aguas grises del río, de las que se alzaba una neblina tenue que ocultaba la ribera más baja del otro lado. Los hombres se afanaban bajo una luna alta en el cielo sin nubes, rodeada de estrellas tan brillantes y limpias que parecían un augurio de éxito. Era octubre, el mes fragante en que el aire huele a manzanas y a humo de leña, y los días sofocantes del verano dejan paso a un frescor tan penetrante, heraldo del invierno próximo, que los soldados no tienen reparos en ponerse sus elegantes gabanes nuevos del mismo color de la neblina que se alza del río.

Las primeras lanchas fueron empujadas al agua con torpeza. Los remos resonaron al encajar en los toletes y luego se sumergieron y salpicaron, mientras las lanchas



retrocedían en la neblina. Los hombres, que un momento antes se habían comportado como criaturas maldicientes que bajaban desmañadamente por la ribera embarrada para saltar a las toscas lanchas, se transformaron misteriosamente en siluetas de guerreros armados que se deslizaban silenciosas y nobles a través de los vapores de la noche hacia las sombras nebulosas de la orilla enemiga. El oficial que había reprendido al sargento escudriñó pensativo las sombras del otro lado del río.

—Supongo —dijo en voz baja a los hombres que le rodeaban— que así es como se sentía Washington la noche en que cruzó el Delaware.

—Aquella fue una noche mucho más fría, según tengo entendido —replicó otro oficial, un joven estudiante de Boston.

—Muy pronto hará frío también aquí —intervino el primer oficial, un mayor—. Faltan sólo dos meses para la Navidad.

Cuando el mayor fue a la guerra, los periódicos profetizaban que la rebelión habría terminado para el otoño, pero ahora el mayor se preguntaba si estaría en casa junto a su mujer y sus tres hijos para los rituales familiares de la Navidad. En Nochebuena se cantaban villancicos en el parque del Boston Common, iluminadas las caras de los niños con linternas colgadas de unas pértigas, y después se servía ponche caliente y rodajas de asado de ganso en la sacristía de la iglesia. El día de Navidad iban todos a la granja de sus suegros en Stoughton y allí enjaezaban a los caballos y los niños reían alegres mientras trotaban por los caminos rurales levantando torbellinos de nieve al son de los cascabeles.

—Sospecho que la organización del general Washington era bastante superior a la nuestra —continuó en tono divertido el estudiante convertido en teniente. Se llamaba Holmes y era lo bastante listo como para asustar a sus superiores, pero también lo suficientemente inteligente como para que ello no los predispusiera en su contra.

—Estoy seguro de que nuestra organización será suficiente —repuso el mayor, tal vez un poco demasiado a la defensiva.

—Y yo estoy seguro de que tiene razón —concedió el teniente Holmes, a pesar de que no se sentía en absoluto seguro de tal cosa. Tres regimientos de tropas nordistas aguardaban para cruzar, y sólo había tres lanchas pequeñas para transportarlos desde la orilla de Maryland hasta la isla situada cerca de la otra orilla del río, donde los hombres habían de desembarcar y subir de nuevo en dos lanchas más para la breve travesía final hasta el territorio de Virginia. Sin duda cruzaban el río por el punto más próximo al campamento enemigo, pero el teniente Holmes no conseguía entender por qué razón no cruzaban kilómetro y medio más arriba, donde no había ninguna isla que sortear. Tal vez, supuso Holmes, aquél era un punto de paso tan improbable que los rebeldes jamás pensarían en vigilarlo, y aquélla fue la mejor explicación que pudo encontrar.

Pero si la elección del punto de paso era enigmática, por lo menos el objetivo de

aquella incursión nocturna estaba claro. La expedición treparía a los riscos de Virginia para atacar el campamento rebelde y capturar a tantos confederados como fuera posible. Algunos de ellos huirían, pero esos fugitivos encontrarían su vía de escape bloqueada por una segunda fuerza yanqui que cruzaba en aquellos momentos el río a unos ocho kilómetros corriente abajo. Esa fuerza cortarían el camino de portazgo que comunicaba Leesburg con el cuartel general rebelde en Centreville y el copo de las fuerzas rebeldes derrotadas proporcionaría al Norte una victoria pequeña pero significativa porque probaría que el ejército del Potomac era capaz de distinguirse por algo más que una instrucción esmerada y desfiles espectaculares. La captura de Leesburg sería un premio deseable, pero el objetivo real de aquella expedición nocturna era demostrar que el recién formado ejército del Potomac era muy capaz de dar una severa lección a los andrajosos rebeldes.

Y con ese fin se movían cabeceando en la neblina aquellas pequeñas lanchas. Cada travesía parecía eterna, y a los impacientes de la orilla de Maryland les parecía que la cola de espera no menguaba. El 15.º de Massachusetts cruzaba primero, y algunos hombres del 20.º de Massachusetts temían que su regimiento hermano capturara el campamento enemigo mucho antes de que las escasas lanchas hubieran terminado de transportar al 20.º al otro lado del río. Todo se desarrollaba con mucha lentitud y torpeza. Las culatas de los rifles chocaban con las bordas de las lanchas y las vainas de las bayonetas se quedaban enganchadas en los arbustos de la orilla cuando los hombres saltaban a bordo de los botes de remos. A las dos de la mañana encontraron río arriba una lancha de mayor tamaño que fue llevada hasta el punto de paso, donde fue saludada con una ovación irónica. Al teniente Holmes le pareció que los hombres que esperaban hacían demasiado ruido, sin duda más que suficiente para alertar a los rebeldes que pudieran estar vigilando en la orilla de Virginia, pero no se percibía el menor movimiento a través de la neblina y ningún disparo de rifle despertó ecos en la ladera boscosa que se alzaba ominosa al otro lado del río.

—¿Tiene nombre esta isla? —preguntó el teniente Holmes al mayor que había hablado con tanta añoranza de la Navidad.

—Isla Harrison, creo. Sí, Harrison.

Al teniente Holmes le pareció un nombre anodino. Habría preferido algo más noble para señalar el bautismo de fuego del 20.º de Massachusetts. Tal vez un nombre con las resonancias férreas de Valley Forge, o la sencilla nobleza de Yorktown. Algo que quedara para la historia y luciera cuando lo bordaran en la bandera de batalla del regimiento. Isla Harrison sonaba demasiado prosaico.

—¿Y la montaña que está detrás... —preguntó esperanzado—, ... en la otra orilla?

—Se llama Ball's Bluff —respondió el mayor, y aquello era aún menos heroico. La «batalla de Ball's Bluff» sonaba más a una partida de póquer que a la victoria que

había de señalar la resurrección de las armas del Norte.

Holmes esperó junto a su compañía. Iban a ser los primeros del 20.º de Massachusetts en cruzar y por lo tanto aquellos de su regimiento que más probabilidades tenían de entrar en acción si el 15.º no había capturado ya el campamento. La posibilidad de una batalla inquietaba a los hombres. Ninguno de ellos había luchado antes, pero todos habían oído historias de la batalla librada en Bull Run tres meses antes, y de cómo la línea de rebeldes andrajosos vestidos de gris consiguió resistir el tiempo suficiente para poner en fuga a un ejército federal más numeroso pero sobrecogido por el pánico. Sin embargo nadie en el 20.º de Massachusetts creía que ellos pudieran sufrir un revés parecido. Estaban magníficamente equipados, bien entrenados, mandados por un militar profesional y llenos de confianza en la posibilidad de derrotar a cualquier tropa rebelde. Correrían peligro, naturalmente —esperaban e incluso deseaban que hubiera un poco de peligro—, pero aquella expedición nocturna se vería coronada por la victoria.

Una de las lanchas que volvía de la isla Harrison trajo a un capitán del 15.º de Massachusetts que había cruzado con las primeras tropas y volvía ahora a informar a los oficiales de los restantes regimientos. El capitán resbaló al saltar a la orilla desde la proa del bote y habría caído de no haber alargado el teniente Holmes una mano firme para sostenerle.

—¿Todo tranquilo en el Potomac? —preguntó Holmes en tono de broma.

—Todo tranquilo, Wendell. —El capitán parecía decepcionado—. Ni siquiera hay un campamento enemigo ahí delante.

—¿No hay tiendas de campaña? —se sorprendió Holmes—. ¿De verdad?

Esperó que el tono de su voz sonara a decepcionado, como corresponde a un guerrero al que se niega una oportunidad de combatir, y en parte se sentía decepcionado porque había anticipado la excitación de la lucha. Sin embargo, también tenía conciencia de un alivio vergonzoso al saber que tal vez no había ningún enemigo a la espera en aquel risco lejano.

El capitán se estiró el gabán.

—Dios sabe lo que vio la patrulla la noche pasada, pero no hemos conseguido encontrar nada.

Se alejó mientras el teniente Holmes informaba a la compañía. No había enemigo apostado al otro lado del río, lo que significaba que con toda probabilidad la expedición seguiría adelante para ocupar Leesburg. Un sargento preguntó si había tropas rebeldes en Leesburg y Holmes hubo de confesar que no lo sabía, pero el mayor, que había oído la conversación, intervino para decir que en el mejor de los casos sólo habría un puñado de miembros de la Milicia de Virginia, probablemente armados con las mismas armas con las que sus abuelos habían combatido a los británicos. El mayor siguió diciendo que su nueva misión consistiría en apoderarse de

las cosechas recién recogidas en los pajares y los almacenes de Leesburg y que esos víveres eran un objetivo militar legítimo, aunque en lo demás la propiedad privada debía ser respetada.

—No estamos aquí para llevar la guerra a los hogares de las mujeres y los niños —declaró el mayor en tono firme—. Hemos de demostrar a los secesionistas que los soldados del Norte somos sus amigos.

—Amén —entonó el sargento. Era un predicador laico que intentaba erradicar del regimiento los pecados de los juegos de cartas, el alcohol y las mujeres.

Los últimos hombres del 15.º de Massachusetts pasaron a la isla y los hombres de Holmes con sus gabanes grises bajaron arrastrando los pies hasta la orilla para esperar su turno en las lanchas. Entre los soldados había una sensación de frustración. Esperaban una caza trepidante en los bosques, pero al parecer se iban a limitar a desarmar a unos cuantos viejos con mosquetes en una ciudad.

En las sombras de la orilla de Virginia un zorro saltó y un conejo murió. El chillido del animal sonó agudo y repentino y se extinguió apenas empezado, sin dejar más rastro que el olor de la sangre y el eco de la muerte en los bosques oscuros, dormidos y confiados.

\* \* \*

El capitán Nathaniel Starbuck llegó al campamento de su regimiento a las tres de la madrugada. La noche era despejada, iluminada por la luna y el brillo de las estrellas, con tan sólo una ligera neblina pegada a las hondonadas. Había vuelto caminando desde Leesburg y estaba cansado cuando llegó al campo donde se alineaban las tiendas y refugios en cuatro hileras bien trazadas. Un centinela de la Compañía C saludó con un gesto amistoso al joven oficial de cabellos negros.

—¿Ha oído al conejo, capitán?

—¿Willis? Eres Willis, ¿verdad? —preguntó Starbuck.

—Bob Willis.

—¿No se supone que tienes que darme el alto, Bob Willis? Se supone que has de apuntarme con el rifle, pedirme la contraseña y matarme si no doy la respuesta correcta.

—Sé muy bien quién es usted, capitán —sonrió Willis a la luz de la luna.

—Tal como me siento, Willis, me habrías hecho un favor disparándome. ¿Qué es lo que te ha dicho ese conejo?

—Chillaba como si lo mataran, capitán. Supongo que lo cazó un zorro.

Starbuck se estremeció al notar el regocijo del centinela.

—Buenas noches, Willis, y que dulces ángeles amenicen con cánticos tu descanso.

Starbuck caminó por entre los restos de los fuegos y el puñado de tiendas Sibley en las que dormían algunos hombres de la Legión Faulconer. Casi todas las tiendas del regimiento se habían perdido en el caos del campo de batalla de Manassas, de modo que ahora la mayoría del regimiento dormía o bien al raso o en lechos improvisados con ramas y hierba. La luz de una fogata destellaba entre los cobijos de la Compañía K de Starbuck y un hombre alzó la vista al verlo acercarse.

—¿Está sobrio? —preguntó el hombre.

—El sargento Truslow siempre alerta —declamó Starbuck—. ¿No duerme nunca, Truslow? Estoy perfectamente sobrio. Sobrio como un predicador, de hecho.

—He conocido a algunos predicadores borrachos en mi vida —replicó el sargento Truslow, hosco—. Hay un matasanos baptista abajo en Rosskill que no puede recitar el padrenuestro si no ha trasegado antes un buche de whisky de garrafa. Estuvo a punto de ahogarse una vez, cuando bautizaba a una multitud de plañideras en el río de detrás de la iglesia. Ellas rezando y él tan repleto de licor que no podía tenerse en pie. ¿Y qué ha estado haciendo, maullar?

«Maullar» era el término reprobador que empleaba el sargento en lugar de «estar con una mujer». Starbuck simuló meditar sobre la cuestión mientras se sentaba junto al fuego y acabó por asentir.

—He estado maullando, sargento.

—¿Con quién?

—Un caballero no habla de esas cosas.

Truslow gruñó. Era un hombre bajo, achaparrado, de rasgos duros, que gobernaba la Compañía K con una disciplina nacida del puro miedo, aunque ese miedo no se debía a la violencia física de Truslow, sino más bien a su desprecio. Era un hombre cuya aprobación buscaban los demás, tal vez porque parecía dominar totalmente su propio mundo brutal. En tiempos había sido granjero, cuatrero, soldado, asesino, padre y marido. Ahora era viudo y, por segunda vez en su vida, un soldado que ejercía su oficio con un odio puro y nada sofisticado a los yanquis, lo cual hacía especialmente misteriosa su amistad con el capitán Nathaniel Starbuck, porque Starbuck era un yanqui.

Starbuck había nacido en Boston y era el segundo hijo del reverendo Elial Starbuck, un famoso fustigador del Sur, un temible opositor a la esclavitud y un predicador apasionado cuyos sermones impresos habían estremecido conciencias culpables a lo largo y ancho del mundo cristiano. Nathaniel Starbuck iba camino de ordenarse a su vez cuando una mujer tentadora le llevó a abandonar sus estudios en el seminario de Yale. La mujer lo abandonó en Richmond y allí, demasiado asustado para volver a su casa y enfrentarse a la ira terrible de su padre, Starbuck se enroló en el ejército de los Estados Confederados de América.

—¿Era esa perra de pelo amarillo? —preguntó ahora Truslow—. ¿Esa a la que

conoció en el sermón después del oficio divino?

—No es una perra, sargento —replicó Starbuck con dignidad dolida. Truslow respondió escupiendo hacia el fuego y Starbuck meneó la cabeza entristecido—. ¿Nunca busca el solaz de la compañía femenina, sargento?

—¿Quiere decir si me he comportado alguna vez como un gato montés? Claro que sí, pero dejé de hacerlo antes de que me creciera la barba. —Truslow hizo una pausa, tal vez para dedicar un pensamiento a su esposa, en su tumba solitaria de las montañas—. ¿Y dónde anda el marido de la perra amarilla?

Starbuck bostezó.

—Con las tropas de Magruder en Yorktown. Es mayor de artillería.

Truslow meneó la cabeza, agorero.

—Cualquier día de éstos le pillarán y le arrancarán los menudillos.

—¿Es eso café?

—Así lo llaman. —Truslow sirvió a su capitán una taza de un líquido espeso y dulce, parecido a la melaza—. ¿Ha dormido algo?

—Dormir no era mi objetivo esta noche.

—Es igual que todos los hijos de predicadores, ¿sabe? En cuanto huelen el pecado se revuelcan en él como un cochino en el barro.

Había más que un matiz de desaprobación en la voz de Truslow, no porque le desagradaran los mujeriegos, sino porque sabía que su propia hija había contribuido a la educación de Starbuck. Sally Truslow, después de reñir con su padre, se ganaba la vida como prostituta en Richmond. Era un tema que amargaba y avergonzaba a Truslow, que se sentía incómodo al saber que Starbuck y Sally habían sido amantes, pero también veía en su amistad la única esperanza de salvación de su hija. La vida podía llegar a ser muy complicada a veces, incluso para un hombre tan poco complicado como Thomas Truslow.

—¿Y qué provecho saca entonces de tanto leer la Biblia? —preguntó a su oficial, aludiendo a los indecisos arranques de piedad que todavía asaltaban a Starbuck de vez en cuando.

—Soy un reincidente, sargento —contestó Starbuck en tono despreocupado, aunque lo cierto era que su conciencia distaba mucho de sentir la tranquilidad que sugería aquel tono alegre. En ocasiones, el temor del infierno le hacía sentirse tan hundido en el pecado que temía no llegar a alcanzar nunca el perdón de Dios y en esos momentos sufría la agonía de los remordimientos; pero al llegar la noche, se sentía empujado de nuevo a caer en la tentación.

Ahora se recostó en el tronco de un manzano y sorbió su café. Era alto y delgado, endurecido después de una temporada de milicia, y su cabello largo de color negro enmarcaba un rostro regular, bien afeitado. Cuando la Legión entraba en una nueva ciudad o aldea, Truslow siempre se daba cuenta del modo como miraban las

muchachas a Starbuck, siempre a Starbuck. También su propia hija se había sentido atraída por aquel noruego alto, con sus ojos grises y su sonrisa fácil. Apartar a Starbuck del pecado, reflexionó el sargento, era como apartar a un perro del escaparate de una carnicería.

—¿A qué hora es la diana? —preguntó Starbuck.

—Dentro de unos minutos.

—Oh, dulce Jesús —gimió Starbuck.

—Haber vuelto antes —largó Truslow. Arrojó una brazada de leña en el fuego agonizante—. ¿Le ha dicho a la perra de pelo amarillo que nos vamos?

—He decidido no decírselo. ¡Despedirse es una agonía tan dulce!

—Cobarde —exclamó Truslow.

Starbuck meditó sobre la acusación y acabó por sonreír.

—Tiene razón. Soy un cobarde. Aborrezco verlas llorar.

—Pues no les dé motivos para que lloren —replicó Truslow.

El sargento sabía que era como pedir al viento que no soprase. Además, los soldados siempre hacen llorar a sus novias; está en la naturaleza de los soldados. Llegan, conquistan y luego se marchan lejos, y esta mañana la Legión Faulconer se marchaba lejos de Leesburg. En los últimos tres meses el regimiento había formado parte de la brigada acampada cerca de Leesburg con el objetivo de vigilar un sector de treinta kilómetros de largo del río Potomac, pero el enemigo no había dado indicios de querer cruzar y ahora, cuando el otoño se deslizaba hacia el invierno, se multiplicaban los rumores de un último ataque yanqui contra Richmond antes de que el hielo y la nieve obligaran a los ejércitos a la inmovilidad, de modo que parte de la brigada se disponía a abandonar aquel lugar. La Legión iría a Centreville, donde el cuerpo principal del ejército confederado defendía la carretera que conducía de Washington a la capital rebelde. Fue en esa carretera donde tres meses antes, en Manassas, la Legión Faulconer contribuyó a frenar la primera invasión del Norte. Ahora, si los rumores eran ciertos, iba a pedirle a la Legión que volviera a hacer el mismo trabajo.

—Pero no será lo mismo. —Truslow recogió aquel pensamiento no expresado—. He oído que ahora en Centreville hay fortificaciones por todas partes. Así que si vienen los yanquis, atizaremos a esos bastardos desde detrás de parapetos muy gruesos. —Calló al ver que Starbuck se había dormido con la boca abierta y se le había derramado el café—. Hijo de perra —gruñó Truslow, pero en tono afectuoso porque Starbuck, a pesar de todos sus maullidos de hijo de predicador, había demostrado ser un oficial notable. Había convertido a la Compañía Ken la mejor de la Legión, con una combinación de instrucción incansable y de maniobras rebosantes de imaginación. Fue Starbuck quien, cuando negaron a sus hombres la pólvora y las balas que necesitaban para practicar el tiro, cruzó el río al frente de una patrulla y

capturó un carro de pertrechos de la Unión en la carretera de Poolesville. Volvió con tres mil cartuchos aquella noche y a la semana siguiente volvió a cruzar y se trajo diez sacos de buen café del Norte. Truslow, que conocía a fondo el oficio de soldado, se dio cuenta de que Starbuck poseía un don natural e instintivo. Era un luchador listo, capaz de leer la mente del enemigo, y los hombres de la Compañía K, aún adolescentes la mayoría de ellos, parecían reconocer esa cualidad. Starbuck, Truslow lo sabía, era un buen oficial.

Un batir de alas hizo levantar la vista a Truslow, que vio la silueta maciza de una lechuza recortarse contra la luna. Truslow supuso que el ave había estado cazando en los campos vecinos a la ciudad y volvía a su refugio en las espesas arboledas que se alzaban sobre el río en las laderas de Ball's Bluff.

Un corneta falló una nota, se tomó un respiro y sobresaltó la noche con su toque. Starbuck despertó de golpe y juró al ver que el café derramado había manchado la pernera de su pantalón de uniforme. Luego bostezó de cansancio. Era aún noche cerrada, pero la Legión tenía que levantarse, disponerse a marchar lejos de su tranquila vigilancia del río e ir a la guerra.

\* \* \*

—¿Ha sido eso una corneta? —preguntó el teniente Wendell Holmes a su piadoso sargento.

—No sabría decirlo, señor. —El sargento jadeaba mientras trepaba por el Ball's Bluff; llevaba desabrochado su nuevo gabán gris de modo que dejaba ver el elegante forro escarlata. Los gabanes habían sido un regalo del gobernador de Massachusetts, decidido a que los regimientos del estado estuvieran entre los mejor equipados del ejército federal—. Probablemente era uno de nuestros cornetas —aventuró el sargento—. Puede que para hacer avanzar a los batidores.

Holmes supuso que el sargento estaba en lo cierto. Los dos hombres ascendían trabajosamente por el sendero empinado y sinuoso que llevaba a la cima del risco, donde esperaba el 15.º de Massachusetts. La ladera era tan abrupta como podía serlo para que un hombre subiera por ella sin necesidad de ayudarse con las manos, pero en la oscuridad más de uno perdió pie y se deslizó pendiente abajo hasta topar dolorosamente con el tronco de un árbol. El río, por debajo de ellos, seguía envuelto en una neblina en la que destacaba la forma alargada de la isla Harrison como una mancha de una tonalidad más oscura. Los hombres se apiñaban en la orilla de la isla a la espera de las dos pequeñas lanchas que trasladaban a las tropas a través del último brazo del río. Al teniente Holmes le había sorprendido la velocidad de la corriente, que empujó la lancha como empeñada en arrastrarla río abajo hacia la lejana Washington. Los remeros habían gruñido por el esfuerzo de luchar contra la corriente,



pero por fin habían conducido el pequeño bote hasta la orilla embarrada.

El coronel Lee, que mandaba el 20.º de Massachusetts, se acercó a Holmes en la cima del risco.

—Casi amanece ya —exclamó, alegre—. ¿Todo va bien, Wendell?

—Todo bien, señor. Excepto que tengo tanta hambre que me comería un caballo.

—Desayunaremos en Leesburg —afirmó el coronel, entusiasta—. Jamón, huevos, pan de maíz y café. ¡Y mantequilla fresca del sur! Será un placer. Y sin duda todos los civiles nos asegurarán que ellos no son rebeldes en absoluto, sino buenos ciudadanos leales al tío Sam.

El coronel se volvió bruscamente, asustado por un chillido repentino que levantó ecos repetidos entre los árboles del risco. Aquel ruido estridente hizo que los soldados más próximos alzaran rápidamente las armas, alarmados.

—¡No hay de qué preocuparse! —gritó el coronel—. Es sólo una lechuza.

Había reconocido el grito del cárabo y supuso que el ave volvía a casa después de una noche de caza, con la panza llena de ratones y ranas.

—Siga adelante, Wendell —se volvió Lee hacia Holmes—, por ese camino abajo hasta colocarse junto a la compañía del flanco izquierdo del 15.º Deténgase ahí a esperarme.

El teniente Holmes condujo a su compañía por detrás de los hombres agazapados del 15.º de Massachusetts. Se detuvo en una línea de árboles iluminados por la luna. Delante de ellos se abría ahora un pequeño prado salpicado por las sombras escuetas de algunos arbustos y algarrobos, más allá de los cuales se alzaba otra espesura de bosque. Era más o menos en este lugar donde la patrulla de la noche anterior había informado de la presencia de un campamento enemigo y Holmes supuso que unos hombres asustados podían haber confundido con facilidad las sombras negras del bosque lejano recortadas contra la luz de la luna con las formas picudas de las tiendas de campaña.

—¡Adelante! —ordenó el coronel Devens del 15.º de Massachusetts, y sus hombres avanzaron a través del prado iluminado por la luna. Nadie les disparó; nadie se les enfrentó. El Sur dormía mientras el Norte avanzaba sin encontrar obstáculos.

\* \* \*

Salió el sol, tendiendo una alfombra de oro sobre el río y lanzando rayos escarlata por entre los árboles sumidos en la neblina. Los gallos cantaron en los corrales de Leesburg, donde se izaron cubos repletos de agua y las vacas desfilaron para el primer ordeño del día. Los comercios que habían cerrado durante el día del Señor abrieron sus puertas y las herramientas fueron recogidas de los estantes en los que descansaban. Fuera de la ciudad, en los campamentos de la brigada confederada que

guardaba el río, el humo de las fogatas ascendió hacia el cielo en aquella fresca mañana otoñal.

Los fuegos de la Legión Faulconer ya estaban apagados, pero la Legión no se daba mucha prisa en abandonar su lugar de acampada. El día prometía ser espléndido y la marcha hasta Centreville era comparativamente corta, de modo que los ochocientos hombres del regimiento se tomaron su tiempo para empaquetar las cosas, y el mayor Thaddeus Bird, el oficial al mando del regimiento, no quiso darles prisa. En lugar de ello, paseaba confanzado entre sus hombres como un vecino afable que disfrutara de su paseo mañanero.

—Dios mío, Starbuck. —Bird se detuvo asombrado a la vista del capitán de la Compañía K—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Es sólo que he dormido mal, señor.

—¡Parece un muerto viviente! —graznó Bird regocijado al pensar en el malestar de Starbuck—. ¿Le he hablado alguna vez de Mordechai Moore? Era un yesero de Faulconer Court House. Muere un jueves, su viuda le cierra los ojos, los niños chillan como gatos escaldados, funeral el sábado, media ciudad vestida de luto, se abre la tumba, el reverendo Moss se dispone a aburrirnos a todos con sus bobadas de costumbre y de pronto oyen rascar la tapa del féretro. Abren y ¡ahí está! ¡Un yesero muy desconcertado! Tan vivo como usted o como yo. O más bien como yo, pues tenía el mismo aspecto que usted. Exactamente igual que usted, Nate. Parecía medio podrido.

—Muchas gracias —dijo Starbuck.

—Todo el mundo se vuelve a su casa —siguió Bird con su historia—. Doc Billy hace un reconocimiento a Mordechai y lo declara sano como para vivir diez años más. Y, que me aspen, ¿pues no va y se muere otra vez al día siguiente? Sólo que esta vez estaba muerto de verdad y tuvieron que volver a cavar su tumba. Buenos días, sargento.

—Mayor —gruñó Truslow. Truslow jamás se había dirigido a un oficial llamándole «señor», ni siquiera a Bird, el hombre que estaba al mando del regimiento, a pesar de que a Truslow le gustaba Bird.

—¿Se acuerda usted de Mordechai Moore, Truslow?

—Diablos, sí. Ese hijo de puta no era capaz de enyesar correctamente una pared ni aunque le fuera la vida. Mi padre y yo tuvimos que rehacer media lonja del algodón por culpa suya. Y nunca nos pagó el trabajo.

—Sin duda la industria de la construcción se habrá beneficiado de su muerte —sentenció Bird, alegre.

Pecker Bird era un hombre alto, desaseado, esquelético, que había sido maestro de escuela en la ciudad de Faulconer Court House cuando el coronel Washington Faulconer, el mayor terrateniente de los contornos y cuñado de Bird, creó la Legión.

Faulconer, herido en Manassas, estaba ahora en Richmond y había dejado a Bird al mando del regimiento. El maestro de escuela había sido probablemente el hombre menos marcial de todo el condado de Faulconer, sino de toda Virginia, y sólo fue nombrado mayor para contentar a su hermana y encargarse del papeleo del coronel; pero, para sorpresa general, el desastrado maestro de escuela resultó ser un oficial eficaz y popular. A los hombres les gustaba, tal vez porque notaban su gran simpatía hacia todo lo que había de falible en la humanidad. Ahora Bird dio un toque en el codo de Starbuck.

—¿Me permite unas palabras? —sugirió, y se llevó al joven aparte de la Compañía K.

Starbuck caminó junto a Bird por el prado marcado con las formas pálidas y circulares de los lugares donde se habían montado las escasas tiendas de campaña del regimiento. Entre aquellos círculos de hierba aplastada había otros chamuscados donde habían ardido los fuegos del campamento, y más allá de todas aquellas marcas, otros círculos más amplios desprovistos de césped indicaban el lugar en el que los caballos de los oficiales habían pacido hasta el límite de las cuerdas que los trababan. La Legión podría irse de este campo, reflexionó Starbuck, pero durante muchos días subsistirían aquí las pruebas de su existencia.

—¿Ha tomado una decisión, Nate? —preguntó Bird. Apreciaba a Starbuck y su voz reflejaba ese afecto. Ofreció al joven un cigarro barato, oscuro, tomó otro para él y luego raspó un fósforo para encenderlos.

—Me quedaré con el regimiento, señor —afirmó Starbuck después de aspirar el humo de su cigarro.

—Esperaba que diría eso —repuso Bird—. Pero aun así. —Su voz se fue apagando. Chupó su cigarro y miró hacia Leesburg, sobre la que flotaba un halo trémulo de humo matinal—. Va a hacer un buen día —continuó el mayor. Sonaron en la lejanía varios disparos, pero ni Bird ni Starbuck les dieron importancia. Era rara la mañana en la que los hombres no salían a cazar.

—Y no sabemos si el coronel va a volver a asumir el mando de la Legión, ¿no es así, señor? —preguntó Starbuck.

—No sabemos nada —respondió Bird—. Los soldados, como los niños, viven en un estado natural de ignorancia consciente. Pero es un riesgo.

—Usted corre el mismo riesgo —dijo Starbuck con intención.

—Su hermana no está casada con el coronel —respondió Bird, también con intención— y ese detalle, Nate, le hace a usted bastante más vulnerable que yo. Déjeme recordarle, Nate, que hizo usted al mundo el señalado servicio de matar al futuro yerno del coronel y, por más que el cielo y todos sus ángeles acogieron con júbilo ese suceso, dudo que Faulconer le haya perdonado.

—No, señor —confirmó Starbuck con una voz sin inflexiones. No le gustaba que

le recordaran la muerte de Ethan Ridley. Starbuck mató a Ridley amparado en la confusión de la batalla y desde entonces se había repetido a sí mismo que lo hizo en defensa propia, pero sabía muy bien que había deseado aquella muerte de corazón cuando apretó el gatillo, y sabía también que ningún argumento que esgrimiera podría borrar aquel pecado del gran libro que registraba en el cielo todas sus faltas. Y con toda seguridad el coronel Faulconer nunca perdonaría a Starbuck—. Pero de todas formas prefiero quedarme en el regimiento —añadió Starbuck. Era un extranjero en tierra extraña, un norteño que luchaba contra el Norte, y la Legión Faulconer se había convertido en su nuevo hogar. La Legión lo alimentaba, lo vestía y le proporcionaba amigos íntimos. También era el lugar donde había descubierto el trabajo que mejor sabía hacer y, con el anhelo de los jóvenes por plantearse metas ambiciosas en la vida, Starbuck se había acostumbrado a pensar que estaba destinado a ser uno de los mandos superiores de la Legión, y se sentía a sí mismo a la altura de ese deseo.

—Entonces que tengamos buena suerte —concluyó Bird, y los dos la iban a necesitar, pensó, si sus sospechas eran ciertas y la orden de marchar a Centreville no era sino una maniobra del coronel Washington Faulconer para hacerse de nuevo con el control de la Legión.

Washington Faulconer era, después de todo, el hombre que había reclutado a la Legión Faulconer, le había dado su nombre, la había equipado con los mejores pertrechos que pudo comprar con su propio dinero y la había conducido a la batalla en las orillas de Bull Run. Faulconer y su hijo, heridos los dos en aquella batalla, habían viajado a Richmond y allí fueron recibidos como héroes, aunque lo cierto es que Washington Faulconer nunca estuvo cerca de la Legión cuando ésta se enfrentó al ataque de unos yanquis muy superiores en número. Era demasiado tarde para rectificar aquella creencia errónea: Virginia, y con ella todo el Sur, aclamaba a Faulconer como a un héroe y exigía que se le diera el mando de una brigada, y si tal cosa ocurría Bird sabía que el héroe esperaba que su propia Legión formara el núcleo de esa brigada.

—Pero no es seguro que ese hijo de puta consiga su brigada, ¿verdad? —preguntó Starbuck, que intentó en vano reprimir un enorme bostezo.

—Corre el rumor de que le ofrecerán a cambio un cargo diplomático —dijo Bird—, lo cual sería mucho más adecuado porque a mi cuñado le encanta por naturaleza lamer las partes posteriores de los príncipes y los potentados; pero nuestros periódicos dicen que debería ser general y lo que los periódicos piden por lo general los políticos lo conceden. Es más fácil que tener ideas propias, ya ve.

—Correré el riesgo —repuso Starbuck. Su alternativa era unirse a la plana mayor del general Nathan Evans y quedarse en el campamento junto a Leesburg donde Evans estaba al mando de la brigada confederada, compuesta de distintos remiendos, que vigilaba la orilla del río. A Starbuck le gustaba Evans, pero prefería con mucho

quedarse en la Legión. La Legión era su hogar y no le cabía en la cabeza que el alto mando confederado pudiera nombrar general a Washington Faulconer.

De nuevo sonó el petardeo de un fuego de fusilería procedente de los bosques que se extendían unos cinco kilómetros hacia el noroeste. El ruido hizo volverse a Bird, que frunció el entrecejo.

—Alguien se está despachando con demasiada energía —comentó en tono desaprobador.

—¿Una escaramuza entre patrullas? —sugirió Starbuck. Durante los últimos tres meses los centinelas habían estado situados unos frente a otros en ambas orillas del río y, aunque su comportamiento había sido amistoso la mayor parte del tiempo, de vez en cuando un oficial nuevo y enérgico intentaba romper las hostilidades.

—Probablemente son sólo patrullas —aceptó Pecker Bird, y le volvió la espalda porque el sargento mayor Proctor venía a informar que el eje roto de un carro que había estado retrasando la marcha de la Legión ya había sido reparado—. ¿Eso quiere decir que estamos listos para ponernos en marcha, sargento mayor? —preguntó Bird.

—Tan listos como podamos estarlo, supongo.

Proctor era un individuo lúgubre y suspicaz, siempre temeroso de algún desastre.

—¡En marcha entonces! ¡En marcha! —exclamó Bird, feliz, y avanzó hacia la Legión a largas zancadas en el momento en que sonó otra descarga de fusilería, sólo que ahora el ruido no venía de los bosques lejanos sino de la carretera que iba al este. Bird pasó sus dedos flacos por la barba larga y alborotada—. ¿Usted cree? —preguntó a nadie en particular, sin molestarse en articular la pregunta con claridad—. ¿Quizá? —siguió diciendo Bird con una nota de entusiasmo creciente, y entonces otra descarga de mosquetería se prolongó en ecos por los riscos del noroeste y Bird sacudió la cabeza adelante y atrás, su gesto habitual cuando algo lo divertía—. Creo que esperaremos un rato, señor Proctor. ¡Esperaremos! —Bird chascó los dedos—. Al parecer —añadió—, Dios y el señor Lincoln nos han proporcionado algún tipo de trabajo para hoy. Esperaremos.

\* \* \*

En su avance, las tropas de Massachusetts descubrieron a los rebeldes al tropezarse con una patrulla de cuatro hombres que estaba agazapada en un claro de los bosques que se extendían más abajo del camino. Los sorprendidos rebeldes dispararon primero y obligaron a los hombres de Massachusetts a refugiarse apresuradamente entre los árboles. La patrulla rebelde huyó en dirección opuesta en busca del oficial al mando de su compañía, el capitán Duff, que envió primero un mensaje al general Evans y luego dirigió a los cuarenta hombres de su compañía a través de los bosques hacia la cima del risco en la que apareció desplegada, en el

límite del bosque, una línea de batidores yanquis. Empezaron a aparecer más nordistas, tantos que Duff perdió la cuenta.

—Son un montón esos hijoputas —comentó uno de sus hombres mientras el capitán Duff disponía a sus hombres detrás de una alambrada y les daba la orden de disparar. Nubecillas de humo se elevaron desde la línea de la valla y las balas silbaron al ascender por la suave pendiente. Tres kilómetros detrás de Duff, la ciudad de Leesburg oyó el tiroteo y a alguien se le ocurrió correr a la iglesia y tocar la campana para convocar a la milicia.

Pero la milicia no iba a poder reunirse a tiempo para socorrer al capitán Duff, que empezó a darse cuenta de hasta qué punto se encontraban en inferioridad sus hombres de Misisipí. Se vio obligado a retroceder ladera abajo cuando una compañía de tropas nordistas amenazó su flanco izquierdo, repliegue que fue saludado con una rechifla y una descarga de fuego de mosquete. Los cuarenta hombres de Duff siguieron disparando con empeño mientras retrocedían. Eran una compañía desastrada, vestida con una mezcla de uniformes sucios de color avellana y gris, pero su puntería era considerablemente mejor que la de sus rivales del Norte, armados en su mayoría con mosquetes de ánima lisa. Massachusetts había realizado esfuerzos inmensos para equipar a sus voluntarios, pero no había rifles suficientes para todos, de modo que el 15.º Regimiento de Massachusetts del coronel Devens iba armado con mosquetes del siglo XVIII. Ninguno de los hombres de Duff había sido alcanzado, en tanto que sus propios proyectiles se cobraban poco a poco un gravoso tributo de batidores nordistas.

El 20.º de Massachusetts llegó al rescate de sus compañeros del estado de la Bahía. El 20.º iba armado con rifles y su fuego más preciso obligó a Duff a retroceder más aún por la prolongada cuesta. Sus cuarenta hombres se retiraron detrás de otra alambrada, hasta un campo de rastrojos con montones de avena agavillada. No había ningún otro lugar donde ponerse a cubierto en medio kilómetro a la redonda y Duff no quería ceder demasiado terreno a los yanquis, de modo que apostó a sus hombres en medio de aquel campo y les dijo que detuvieran allí a los bastardos. Los hombres de Duff se encontraban en una angustiosa inferioridad, pero venían de los condados de Pike y Chickasaw, y Duff sabía que eran tan buenos como los mejores soldados de Norteamérica.

—Apuesto a que vamos a dar una lección a esa manada de basura pringada de mierda, muchachos —dijo Duff.

—¡No, capitán! ¡Son rebeldes! ¡Mire! —gritó uno de sus hombres para advertirle, y señaló la línea de árboles en la que acababa de aparecer una compañía de tropas con uniformes grises. Duff se quedó mirándolos, horrorizado. ¿Había estado disparando contra su propio bando? Los hombres que avanzaban llevaban gabanes largos de color gris. El oficial que los mandaba iba desabrochado y armado con un sable que

utilizaba para cortar las mieses mientras avanzaba, como si estuviera dando un paseo de placer por el campo.

Duff sintió apagarse de pronto su espíritu belicoso. Tenía la boca seca, acidez de estómago y un músculo contraído en el muslo. El fuego de fusilería en la ladera se detuvo y la compañía vestida de gris siguió descendiendo hacia el campo de avena. Duff alzó la mano y gritó a los extraños:

—¡Alto!

—¡Amigos! —respondió uno de los hombres de gris. Eran sesenta o setenta hombres en la compañía y en la punta de sus rifles relucían bayonetas largas.

—¡Alto! —repitió Duff.

—¡Somos amigos! —volvió a gritar uno de los hombres. Duff vio el nerviosismo en sus caras. A uno de los hombres le temblaba un músculo en la mejilla y otro se volvía de vez en cuando a mirar a un sargento bigotudo que marchaba pesadamente al costado de la compañía.

—¡Alto! —gritó Duff por tercera vez. Uno de sus hombres escupió en los rastros.

—¡Somos amigos! —volvieron a gritar los nordistas. El gabán abierto de su oficial estaba forrado de escarlata, pero Duff no conseguía *ver* el color de su uniforme porque el sol estaba situado detrás de los extraños.

—¡No son amigos nuestros, capitán! —exclamó uno de los hombres de Duff. Duff deseó tener la misma certeza. ¡Dios del cielo, supón que esos hombres fueran amigos! ¿Iba a cometer un asesinato?

—¡Les ordeno que se detengan! —gritó, pero los hombres que avanzaban no le obedecieron, de modo que Duff ordenó a sus hombres que apuntaran.

Cuarenta rifles se apoyaron en cuarenta hombros.

—¡Amigos! —gritó una voz con acento del Norte. Las dos unidades se encontraban ahora a cincuenta metros de distancia, y Duff podía oír las botas nordistas quebrar y aplastar los rastros del campo de avena.

—¡No son amigos, capitán! —insistió uno de los hombres de Misisipí. Justo en ese momento, el oficial que avanzaba hacia ellos tropezó y Duff vio con toda claridad el uniforme que había debajo del gabán gris forrado de escarlata. El uniforme era azul.

—¡Fuego! —gritó Duff, y la descarga sudista crepitó como un cañaverl al arder.

Un nordista gritó cuando las balas rebeldes alcanzaron su objetivo.

—¡Fuego! —gritó un nordista, y las balas de Massachusetts silbaron al atravesar la nube de humo.

—¡Seguid disparando! —gritó Duff, y vació su revólver en dirección a la neblina de humo de pólvora que oscurecía ya el campo.

Sus hombres se habían puesto a cubierto detrás de las gavillas de avena y

recargaban sus armas. Los nordistas hacían lo mismo, a excepción de un hombre que se retorció y sangraba en el suelo. Había más yanquis a la derecha de Duff, en un punto más alto de la ladera, pero no podía ocuparse de ellos. Había elegido resistir ahí, en medio del campo, y ahora tenía que pelear con aquellos bastardos hasta que uno de los dos bandos no pudiera aguantar más.

A nueve kilómetros de distancia de allí, en Edwards Ferry, más nordistas habían cruzado el Potomac y cortado el camino de portazgo que llevaba a Centreville. Nathan Evans, cogido así entre dos fuerzas invasoras, no quiso mostrar ninguna alarma innecesaria.

—Unos podrían estar intentando distraerme mientras los otros vienen por detrás con la intención de violarme, ¿no es eso lo que suelen hacer, Boston?

«Boston» era su forma de llamar a Starbuck. Se habían conocido en Manassas, donde Evans salvó a la Confederación deteniendo el ataque nordista el tiempo suficiente para que los rebeldes rehicieran sus líneas.

—Esos bastardos mentirosos, ladrones, pringados de mierda, cantores de himnos —dijo ahora Evans, en alusión evidente a todo el ejército del Norte. Había acudido a caballo para dar a la Legión Faulconer la orden de quedarse donde estaba, sólo para descubrir que Thaddeus Bird se le había anticipado y había anulado la partida de la Legión. Ahora Evans tenía la cabeza inclinada y aguzaba el oído tratando de evaluar por la intensidad del fuego de fusil cuál era la incursión enemiga más peligrosa. La campana de la iglesia de Leesburg seguía repicando para llamar a la milicia.

—¿De modo que no vas a quedarte conmigo, Boston? —preguntó Evans.

—Me gusta estar al mando de una compañía, señor.

Evans gruñó algo en respuesta, pero Starbuck no estaba del todo seguro de que el pequeño y malhablado general de Carolina del Sur le hubiese escuchado. Evans tenía toda su atención concentrada en la intensidad de los ruidos que llegaban de las dos incursiones nordistas. Otto, su ordenanza alemán cuya principal misión consistía en llevar de un lado a otro un barril de whisky para el disfrute del general, también escuchaba el tiroteo, de modo que las cabezas de los dos hombres se volvían a un lado y a otro, al unísono. Evans fue el primero en parar y chascó los dedos para pedir un sorbo de whisky. Vació de golpe la taza de latón y se volvió a Bird.

—Usted se queda aquí, Pecker. Será mi reserva. No adivino cuántos son los bastardos, no arman ruido suficiente para eso, de modo que lo mejor será plantarnos dónde estamos y ver si podemos romperles las narices. Matar yanquis es una manera tan buena como cualquier otra de empezar la semana, ¿eh? —Soltó una carcajada—. Por supuesto, si me equivoco ninguno de nosotros estará vivo esta noche para contarlo. ¡Vamos, Otto!

Evans espoleó su caballo y galopó de vuelta al fortín de tierra apisonada donde había instalado su cuartel general.



Starbuck subió a un carro cargado con tiendas de campaña plegadas y durmió mientras el sol evaporaba la neblina que cubría el río y secaba el rocío de los campos. Más tropas nordistas cruzaron el río y treparon al risco para agruparse entre los árboles. El general Stone, el comandante de las fuerzas federales que guardaban el Potomac, había decidido implicar a más tropas y dio órdenes de que los invasores no sólo ocuparan Leesburg, sino que extendieran el reconocimiento a todo el condado de Loudoun. Si los rebeldes se habían ido de allí, ordenó Stone, los yanquis debían ocupar el área, pero si una fuerza confederada de consideración se oponía al reconocimiento, las fuerzas federales quedaban en libertad para retirarse a la otra orilla del río con tantos víveres como pudieran confiscar. Stone envió artillería para dar mayor potencia de fuego a la fuerza invasora, pero también dejó claro que dejaba la decisión de permanecer o no en Virginia al arbitrio del hombre al que colocó ahora al frente de toda la operación nordista.

Ese hombre era el coronel Ned Baker, un político de elevada estatura, bien rasurado, de cabellos plateados y pico de oro. Baker era un abogado de California, senador de Estados Unidos por Oregón y uno de los amigos más íntimos del presidente Lincoln, tanto que Lincoln había dado a su segundo hijo el nombre del senador. Baker era un hombre impetuoso, emotivo, de sangre ardiente, y su aparición en el punto de paso del río hizo estremecerse de excitación a los hombres del 15.º de Massachusetts que todavía esperaban su turno en la orilla de Maryland, junto al regimiento Tammany de Nueva York. El regimiento de Baker, el 1.º de California, se unió también a la invasión. El regimiento tenía su base en Nueva York, pero había sido reclutado con hombres que tenían alguna relación con California, y con ellos llegó un cañón estriado de catorce libras de Rhode Island y un par de obuses servidos por una dotación de tropas regulares del ejército de Estados Unidos.

—¡Cruza con todo! —gritó un Baker en ebullición—. ¡Hasta el último hombre y el último cañón!

—Necesitaremos más lanchas —advirtió al senador el coronel de los Tammanys.

—¡Pues búsquelas! ¡Constrúyalas! ¡Róbelas! Reúna madera y tierra y construya un puente, coronel. ¡Busque a una mujer hermosa para que su rostro haga aparecer mil barcos, pero corramos hacia la gloria, muchachos! —Baker paseaba impaciente por la orilla, prestando oído al crepitar de la mosquetería que sonaba en la otra orilla del río—. ¡Los rebeldes ya mueren, muchachos! ¡Vamos allí a matar a unos cuantos más!

El coronel del Tammany intentó preguntar al senador qué es lo que se suponía que había de hacer su regimiento cuando llegara a la orilla de Virginia, pero Baker rehusó la respuesta. No le importaba si aquello era una simple incursión o una invasión histórica que señalaría el comienzo de la ocupación de Virginia; sólo sabía que disponía de tres piezas de artillería y de cuatro regimientos de tropas novatas, aún

sin su bautismo de fuego, que le proporcionaban el poder necesario para ofrecer al presidente Lincoln y al país la victoria que tanto anhelaban.

—¡A Richmond, muchachos! —gritó Baker mientras pasaba delante de las tropas que esperaban en la orilla—. ¡A Richmond, y que el diablo no se apiade de sus almas! ¡Por la Unión, muchachos, por la Unión! ¡Que se oigan vuestros vivas!

Todos vitorearon de forma tan estruendosa que apagaron el crepitar agudo de la mosquetería procedente de la otra orilla del río donde, más allá del risco boscoso, el humo de la pólvora flotaba entre las gavillas de avena donde la larga matanza de aquel día había comenzado.

## Capítulo 2

El mayor Adam Faulconer se unió a la Legión Faulconer unos instantes después del mediodía.

—¡Hay yanquis en el portazgo! ¡Me han perseguido!

Parecía feliz, como si la dura cabalgada de los últimos minutos hubiera sido un paseo campo a través y no una carrera desesperada para huir de un enemigo tenaz. Su caballo, un excelente garañón ruano procedente de la remonta Faulconer, estaba salpicado de espuma blanca, mantenía nervioso las orejas tensas hacia atrás y seguía dando pequeños pasos inquietos de costado, que Adam corregía por instinto.

—¡Tío! —saludó alegre al mayor Bird y de inmediato se volvió de nuevo hacia Starbuck. Habían sido amigos a lo largo de tres años, pero hacía varias semanas que no se veían y Adam sintió un placer sincero en su reencuentro.

—Parece como si acabaras de levantarte de la cama ahora mismo, Nate.

—Trasnochó ayer para asistir a una reunión religiosa —intervino el sargento Truslow con una voz deliberadamente agria para que nadie, excepto Starbuck y él mismo, se diera cuenta de que estaba haciendo un chiste— y estuvo rezando hasta las tres de la madrugada.

—Eso está muy bien por tu parte —dijo Adam, cariñoso, y luego hizo girar de nuevo su caballo para dirigirse a Thaddeus Bird—. ¿Ha oído lo que he dicho, tío? ¡Hay yanquis en el portazgo!

—Hemos oído que estaban allí —repuso Bird sin dar importancia a la noticia, como si la presencia de yanquis vagabundos fuera una característica del paisaje otoñal tan predecible como la migración de las aves salvajes.

—Los malnacidos me dispararon. —Adam parecía asombrado de que semejante descortesía pudiese ocurrir en época de guerra—. Pero corrimos más que ellos, ¿eh, muchacho? —Palmeó el cuello de su caballo sudoroso, se apeó de la silla y tendió las riendas a Robert Decker, un hombre de la compañía de Starbuck—. Llévalo a pasear un rato, ¿quieres, Robert?

—Con mucho gusto, señor Adam.

—Y no dejes que beba aún. No hasta que esté más fresco —recomendó Adam a Dexter; luego explicó a su tío que había venido a caballo desde Centreville al amanecer, esperando encontrar a la Legión en el camino—. No pude encontrarlos, de modo que seguí adelante —concluyó Adam, alegre.

Cojeaba muy ligeramente al andar, como consecuencia de un balazo que recibió en la batalla de Manassas, pero la herida había curado bien y la cojera apenas era perceptible. Adam, a diferencia de su padre, Washington Faulconer, sí había estado presente en lo más duro de la batalla de Manassas, a pesar de que durante las semanas anteriores se había sentido lleno de dudas acerca de la moralidad de la guerra e

incluso llegó a plantearse no tomar parte en absoluto en las hostilidades. Después de la batalla, mientras convalecía en Richmond, Adam fue ascendido a mayor y se le asignó un puesto en el estado mayor del general Johnston. El general era uno de los muchos confederados convencidos erróneamente de que Washington Faulconer había contribuido a detener el ataque sorpresa del Norte en Manassas y el ascenso de su hijo y su incorporación al estado mayor pretendían ser un tributo de gratitud al padre.

—¿Nos has traído órdenes? —preguntó ahora Bird a Adam.

—Sólo me he traído a mí mismo, tío. Me pareció un día demasiado perfecto para desperdiciarlo con el papeleo de Johnston, de modo que me animé a dar un paseo. Pero esto no me lo esperaba. —Adam se volvió a escuchar el ruido de fusilería que llegaba de los bosques. Ahora el fuego era casi continuo, pero no sonaba como el crepitar intenso e intermitente de una batalla, sino más bien como un sonido metódico, pautado, que sugería que ambos bandos intercambiaban disparos porque era lo que se esperaba de ellos y no porque trataran de exterminarse entre sí.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Adam.

El mayor Thaddeus Bird explicó que dos grupos de yanquis habían cruzado el río. Adam ya se había tropezado con uno de los grupos invasores y el otro ocupaba las alturas próximas a la isla Harrison. Nadie estaba muy seguro de lo que pretendían los yanquis con aquella doble incursión. Al principio pareció que intentaban capturar Leesburg, pero una sola compañía de tropas de Misisipí había detenido el avance de los federales.

—Un hombre llamado Duff —contó Bird a Adam— detuvo en seco a esos truhanes. Alineó a sus muchachos en medio de un campo de rastrojos y devolvió disparo por disparo, ¡y que me cuelguen si no se volvieron con el rabo entre las piernas montaña arriba como un rebaño de ovejas asustadas! —La historia de la hazaña de Duff había corrido por toda la brigada de Evans y llenado a los hombres de orgullo por la invencibilidad del Sur. El recuerdo del batallón de Duff seguía aún vivo y mantenía a los yanquis paralizados entre los árboles de la cima del risco—. Deberías hablarle a Johnston de Duff —añadió Bird a Adam.

Pero Adam no pareció interesarse por los héroes de Misisipí.

—Y usted, tío, ¿qué está haciendo? —preguntó en cambio.

—Espero órdenes, por supuesto. Supongo que Evans no sabe dónde enviarnos y espera a ver cuál de las dos pandillas de yanquis es la más peligrosa. Cuando lo haya decidido, iremos a romper unas cuantas cabezas.

Adam se estremeció al oír el tono de su tío. Antes de unirse a la Legión y convertirse inesperadamente en el oficial al mando de la misma, Thaddeus Bird había sido un maestro de escuela que disfrutaba burlándose con sarcasmo tanto de la vida militar como de la guerra, pero una sola batalla y unos pocos meses de mando de tropas habían convertido al tío de Adam en una persona mucho más siniestra.

Conservaba su ingenio, pero ahora éste tenía un filo mucho más duro, síntoma, pensaba Adam, del modo como la guerra lo cambiaba todo para peor, aunque Adam se preguntaba a veces si él era el único en darse cuenta de hasta qué punto la guerra corrompía y degradaba todo lo que tocaba. Sus compañeros ayudantes en el cuartel general del ejército veían aquel conflicto como una competición deportiva en la que los jugadores más entusiastas serían recompensados con la victoria. Adam escuchaba sus fanfarronadas y guardaba silencio, sabiendo que si expresaba su punto de vista auténtico sería en el mejor de los casos objeto de burlas y en el peor acusado de cobarde con corazón de gallina. Pero Adam no era cobarde. Sencillamente creía que la guerra era una tragedia nacida del orgullo y la estupidez; por esa razón cumplía con su deber, ocultaba sus verdaderos sentimientos y anhelaba la paz, por más que no sabía cuánto tiempo aún podría mantener el fingimiento o la duplicidad.

—Esperemos que no sea necesario romper hoy ninguna cabeza —dijo a su tío—. Hace un día demasiado hermoso para matar a nadie. —Se volvió al ver que los cocineros de la Compañía K sacaban un caldero del fuego—. ¿Es eso comida?

El almuerzo era excelente: un guiso de carne de buey, tocino y maíz acompañado por un puré de manzanas y patatas cocidas. Aquí en el condado de Loudoun abundaba la comida, porque el lugar era rico en cultivos y había pocas tropas confederadas. En Centreville y en Manassas, confesó Adam, el aprovisionamiento era mucho más difícil.

—¡Incluso se acabó el café, el mes pasado! Creí que iba a producirse un motín.

Luego escuchó con un regocijo simulado a Robert Decker y Amos Tunney, que le contaron la gran incursión del café del capitán Starbuck. Cruzaron el río de noche y penetraron ocho kilómetros en terreno enemigo, cruzando bosques y sembrados, para llevarse las existencias de un vivandero en las proximidades de un campamento nordista. Ocho hombres habían acompañado a Starbuck y los ocho habían vuelto sanos y salvos, y el único nordista que detectó su presencia fue el propio vivandero, un mercader que vivía de vender golosinas a la tropa. El hombre, que dormía en medio de su mercancía, quiso dar la alarma y empuñó un revólver.

—Pobre hombre —dijo Adam.

—¿Pobre hombre? —protestó Starbuck ante aquella muestra de compasión de su amigo—. ¡Intentó matarnos!

—¿Y qué hicisteis?

—Le rebanamos el pescuezo —dijo Starbuck—. No queríamos alertar a todo el campamento, ¿sabes?, disparando un tiro.

Adam se estremeció.

—¿Mataste a un hombre por unos cuantos granos de café?

—Y whisky, y orejones —intervino entusiasmado Robert Decker—. Los periódicos creyeron que era cosa de simpatizantes del Sur. Merodeadores, nos

llamaron. ¡Merodeadores! ¡Nosotros!

—¡Y al día siguiente les vendimos diez libras del mismo café a unas patrullas yanquis del otro lado del río! —añadió Amos Tunney lleno de orgullo.

Adam forzó una sonrisa y rechazó la taza de café que le ofrecían, asegurando que prefería beber agua. Se sentó en el suelo e hizo una ligera mueca de dolor al cargar el peso del cuerpo sobre la pierna herida. Tenía el rostro cuadrado de su padre, barba rubia bien recortada y ojos azules. Starbuck siempre había pensado que aquella cara irradiaba una sinceridad sin complicaciones, aunque últimamente Adam había perdido su anterior buen humor y lo había sustituido por una preocupación permanente por los problemas del mundo.

Después de comer los dos amigos dieron un paseo hacia el este, siguiendo el límite del prado. Las ramas cortadas y la hierba utilizadas para los refugios improvisados de la Legión seguían aún en su lugar, con algún parecido a comederos recubiertos de hierba. Starbuck, mientras simulaba escuchar las historias de su amigo sobre la vida en el cuartel general, pensaba en realidad en lo mucho que había disfrutado viviendo en su refugio forrado de hierba. Allí encamado se sentía como un animal en su madriguera: seguro, oculto y secreto. Su viejo dormitorio de Boston, con sus paneles de roble, sus anchos tablones de pino, sus mantillas de gas y sus solemnes estanterías, le parecía ahora un sueño, algo que correspondía a otra vida.

—Es extraño cuánto me gusta estar incómodo —dijo en tono ligero.

—¿No has oído lo que te he dicho? —le preguntó Adam.

—Lo siento, me he distraído.

—Te hablaba de McClellan —dijo Adam—. Todo el mundo coincide en que es un genio. Incluso Johnston dice que McClellan era el tipo más listo de todo el ejército de Estados Unidos. Adam hablaba con entusiasmo, como si McClellan fuera el nuevo comandante del Sur y no el del ejército nordista del Potomac. Adam volvió la vista hacia la derecha, interrumpido por un repentino incremento del ruido de mosquetería que venía de los bosques situados por encima del río lejano. El tiroteo había sido esporádico durante la última hora, pero ahora se elevó hasta un crepitar sostenido parecido al chasquido de la leña menuda y muy seca al arder con fuerza. Se intensificó durante poco más de medio minuto y luego volvió a apaciguarse convertido en un murmullo constante y casi monótono.

¡Pronto cruzarán de vuelta a Maryland! exclamó Adam en tono furioso, como si le ofendiera la tozudez de los yanquis en quedarse a ese lado del río.

—Cuéntame algo más de McClellan —dijo Starbuck.

—Es el hombre del momento —continuó Adam con animación—. Eso es algo que ocurre en la guerra, ya sabes. La empiezan los tipos viejos y luego son apartados a un lado por jóvenes con ideas nuevas. ¡Dicen que McClellan es el nuevo Napoleón, Nate, un fanático del orden y la disciplina! —Adam se detuvo de pronto,

evidentemente preocupado por parecer demasiado enamorado del nuevo general enemigo—. ¿De verdad cortaste la garganta a un hombre por unos sacos de café? —preguntó con torpeza.

—No fue tan a sangre fría como lo parecía contado por Decker —se defendió Starbuck—. Intenté mantener callado a aquel hombre sin hacerle daño. No quería matarlo.

Lo cierto es que estaba muy asustado, que temblaba presa de un ataque de pánico, pero sabía que la seguridad de sus hombres dependía de que el vivandero siguiera callado.

Adam hizo una mueca.

—No puedo imaginarme matando a un hombre con un cuchillo.

—Tampoco yo imaginé nunca que haría una cosa así —confesó Starbuck—, pero Truslow me hizo practicar con unos puercos para el rancho y no es tan difícil como crees.

—Buen Dios —exclamó Adam con desmayo—. ¿Puercos?

—Jóvenes —explicó Starbuck—. Increíblemente difíciles de matar, aun así. Truslow hace que parezca fácil, pero es que ese hombre consigue que todo parezca fácil.

Adam reflexionó sobre la idea de practicar las técnicas de asesinato como si fueran las bases de un oficio. Le pareció trágico.

—¿No podías haber dejado sin sentido a ese pobre hombre? —preguntó.

Starbuck se echó a reír al oírle.

—Tenía que asegurarme de que ese tipo no gritara, ¿verdad? ¡Claro que tenía que hacerlo! La vida de mis hombres dependía de su silencio y uno ha de cuidar de sus hombres. Es la primera regla de un combatiente.

—¿Eso también te lo ha enseñado Truslow? —preguntó Adam.

—No. —A Starbuck pareció sorprenderle la pregunta—. Es una regla evidente, ¿no te parece?

Adam no dijo nada. Se quedó pensando, y no por primera vez, en lo diferentes que eran Starbuck y él. Se habían conocido en Harvard y ya allí ambos parecieron reconocer en el otro las cualidades de que cada uno carecía. Starbuck era impetuoso y voluble, mientras que Adam era reflexivo y aplicado. Starbuck era esclavo de sus sensaciones, en tanto que Adam intentaba desesperadamente obedecer los duros dictados de una conciencia rigurosa. Pero a pesar de esas diferencias, se consolidó entre ellos una amistad que sobrevivió incluso a las tensiones posteriores a la batalla de Manassas. El padre de Adam se había vuelto contra Starbuck en Manassas y ahora Starbuck abordó el delicado tema preguntando a Adam si creía que a su padre le darían el mando de una brigada.

—A Joe le gustaría que aceptara mandar una brigada —respondió Adam,

dubitativo. «Joe» era Joseph Johnston, el comandante en jefe de los ejércitos confederados de Virginia—. Pero el presidente no hace mucho caso a Joe —siguió diciendo Adam—. Prefiere escuchar la opinión de Granny Lee.

El general Robert Lee contaba al empezar la guerra con una reputación formidable, pero se ganó el apodo de «Granny», «Abuelita», después de una desafortunada campaña menor en la Virginia occidental.

—¿Y Lee no quiere que asciendan a tu padre? —preguntó Starbuck.

—Eso me han contado —respondió Adam—. Está claro que Lee cree que padre debería ir como embajador a Inglaterra. —Adam sonrió al pensar en la idea—, cosa que a madre le parece una idea espléndida. Creo incluso que sus enfermedades desaparecerían si ella pudiera tomar el té con la reina.

—Pero ¿tu padre quiere su brigada?

Adam asintió.

—Y quiere a la Legión —dijo, porque sabía muy bien la razón por la que su amigo había mencionado el tema—. Y si lo consigue, Nate, exigirá tu dimisión. Supongo que sigue convencido de que mataste a Ethan.

Adam se refería a la muerte del hombre que iba a casarse con la hermana de Adam.

—A Ethan lo mató una granada —insistió Starbuck.

—Padre no lo cree —repuso Adam, triste— y no podrás convencerle.

—Entonces esperemos que tu padre vaya a Inglaterra a tomar el té con la reina —dijo Starbuck despreocupado.

—¿Pero quieres de verdad quedarte en la Legión? —preguntó Adam, al parecer sorprendido.

—Me gusta estar aquí. Y a ellos les gusto yo.

Starbuck habló en tono ligero, disimulando la naturaleza ferviente de su apego a la Legión.

Adam dio unos pasos en silencio mientras a lo lejos el tiroteo sonaba remoto y distante como una escaramuza de alguna guerra ajena.

—Tu hermano —dijo de pronto Adam, y se interrumpió como si temiera invadir un terreno delicado—. Tu hermano —empezó de nuevo— todavía espera que vuelvas al Norte.

—¿Mi hermano? —Starbuck no pudo ocultar su sorpresa. Su hermano mayor, James, había sido capturado en Manassas y ahora estaba preso en Richmond. Starbuck había enviado libros a James, pero no había pedido ningún permiso para visitarlo. Cualquier enfrentamiento con su familia le parecía demasiado difícil.

—A veces visito la prisión de Richmond —siguió diciendo Adam— y la semana pasada vi a James.

—¿Cómo está?



—Delgado, muy pálido, pero con esperanzas de ser liberado en algún intercambio de prisioneros.

—Pobre James.

Starbuck no conseguía imaginarse a su puntilloso y pedante hermano como militar. James era un abogado muy bueno, pero siempre había aborrecido la incertidumbre y la aventura, que eran exactamente las cosas que a él le compensaban las peligrosas incomodidades de la vida de soldado.

—Está preocupado por ti —continuó Adam.

—Y yo por él —repuso en tono alegre Starbuck, con la esperanza de evitar el inminente sermón de su amigo.

—Sin duda le gustará saber que asistes a reuniones religiosas —dijo Adam con fervor—. Teme por tu fe. ¿Vas a la iglesia todas las semanas?

—Siempre que puedo —respondió Starbuck, y enseguida decidió que era preferible cambiar de tema—. ¿Y tú? —preguntó a Adam—. ¿Cómo estás tú?

Adam sonrió, pero no contestó de inmediato. En lugar de ello se ruborizó y luego se echó a reír. Era evidente que en su interior rebosaba alguna novedad que le daba vergüenza explicar pero que de alguna manera estaba deseando soltar.

—Me siento realmente muy bien —comentó por fin, dejando en suspenso las explicaciones.

Starbuck captó el matiz con toda precisión.

—Estás enamorado.

Adam asintió.

—Creo de verdad que es muy posible, sí. —Pareció que se sorprendía a sí mismo—. Sí. De verdad.

El recato de Adam llenó a Starbuck de un regocijo lleno de afecto.

—¿Vas a casarte?

—Eso creo, sí. Tenemos esa intención, claro, pero no todavía. Pensamos que hemos de esperar al final de la guerra. —Adam aún seguía ruborizado, pero de pronto se echó a reír, muy complacido consigo mismo, y desabotonó un bolsillo de su guerrera para sacar de él un retrato de su amada—. Ni siquiera me has preguntado cómo se llama.

—Dime cómo se llama —pidió Starbuck servicial, y luego se volvió porque el ruido de fusilería había vuelto a adquirir una intensidad frenética. Un leve halo de humo de pólvora aparecía ahora por encima de los árboles como una etérea bandera de batalla que se espesaría hasta convertirse en una niebla densa si las armas de fuego seguían disparando al ritmo actual.

—Se llama... —empezó Adam, pero lo detuvo el golpeteo apresurado de cascos sobre la hierba, a su espalda.

—¡Señor! ¡Señor Starbuck! —llamó una voz, y Starbuck vio al joven Robert

Decker galopar por el prado montado en el garañón de Adam—. ¡Señor! —Hacía señas a Starbuck, muy excitado—. ¡Hemos recibido órdenes, señor! ¡Tenemos órdenes! ¡Marchamos a luchar contra ellos, señor!

—Gracias a Dios —exclamó Starbuck, y echó a correr de vuelta hacia su compañía.

—Se llama Julia —dijo Adam a nadie, con la frente fruncida mientras miraba la espalda de su amigo—. Se llama Julia.

—¿Señor? —preguntó Robert Decker, desconcertado. Había saltado de la silla y ahora ofrecía las riendas del garañón a Adam.

—Nada, Robert. —Adam tomó las riendas—. Nada en absoluto. Ve a reunirte con tu compañía.

Observó a Nate dando órdenes a la Compañía K y vio la excitación de los hombres recién levantados de su siesta ante la perspectiva de matar. Luego abrochó el botón del bolsillo para asegurar la fotografía enmarcada en piel de su novia antes de montar a caballo y correr a unirse a la Legión de su padre, la cual estaba a punto de participar en su segunda batalla.

En las tranquilas orillas del Potomac.

\* \* \*

Los dos puntos por los que los yanquis habían cruzado el río se encontraban a ocho kilómetros de distancia el uno del otro y el general Nathan Evans había tratado de decidir cuál de los dos representaba un peligro mayor para su brigada. El cruce más al este había bloqueado la carretera del portazgo y por tanto representaba la mayor amenaza táctica porque cortaba sus comunicaciones con el cuartel general de Johnston en Centreville, pero los yanquis no reforzaban al puñado de hombres y cañones que habían cruzado el río en ese punto, en tanto que más y más informes hablaban de refuerzos de infantería que cruzaban el río por la isla Harrison y trepaban por la empinada cuesta hasta las cimas boscosas de Ball's Bluff. Era allí, decidió Evans, donde el enemigo concretaba su amenaza, y allí fue donde envió ahora al resto de sus hombres de Misisipí y a sus dos regimientos de Virginia. Envío al 8.<sup>2</sup> de Virginia al costado más próximo a Ball's Bluff y ordenó a Bird que se dirigiera al flanco occidental, el más lejano.

—Cruce la ciudad —ordenó Evans a Bird— y suba para colocarse a la izquierda de los chicos de Misisipí. Luego aplaste a esos bastardos yanquis.

—Será un placer, señor.

Bird dio media vuelta y gritó las órdenes pertinentes. Los sacos de los hombres y los rollos de mantas se iban a dejar allí con una pequeña guardia, mientras que el resto de la Legión marcharía en dirección oeste, cada hombre con un rifle, sesenta

cartuchos de munición y todas las demás armas que quisiera llevar. En verano, cuando marcharon por primera vez a la guerra, los hombres habían ido cargados con mochilas y morrales, cantimploras y cajas de cartuchos, mantas y ropa de cama, cuchillos de caza y revólveres, bayonetas y rifles, más todos los accesorios que las familias de cada uno de ellos les habían enviado para mantenerlos a salvo, calientes o secos. Algunos hombres habían cargado con pieles de búfalo e incluso uno o dos con petos metálicos para protegerse de las balas yanquis, pero ahora pocos hombres cargaban con algo más que el rifle y la bayoneta, una cantimplora, un morral y una sábana y una manta enrolladas que llevaban colgados en bandolera al pecho. Todo lo demás no servía más que de estorbo. Muchos habían desechado la gorra con visera rígida de cartón y preferían sombreros de ala ancha que les protegían la nuca del sol. Las botas de caña alta rígida habían sido cortadas y convertidas en zapatos, la doble fila de elegantes botones de bronce de la guerrera había sido arrancada y utilizada como moneda para pagar el zumo de manzana o la leche fresca de las granjas del condado de Loudoun, y muchos faldones de las largas guerreras habían sido cortados y convertidos en parches con los que remendar las culeras de los calzones o las coderas. En el mes de junio pasado, cuando la Legión recibía su instrucción en Faulconer Court House, los soldados del regimiento habían tenido un aspecto tan elegante y bien equipado como cualquier otro en el mundo; ahora, después de tan sólo una batalla y tres meses de patrullar a lo largo de la frontera, su aspecto era el de unos vagabundos andrajosos, pero eran soldados mucho mejores. Estaban delgados, curtidos, en forma y eran muy peligrosos.

—Todavía conservan sus ilusiones, ya ves —explicó Thaddeus Bird a su sobrino. Adam cabalgaba su magnífico caballo ruano, mientras que el mayor Bird, como siempre, iba andando.

—¿Ilusiones?

—Pensamos que somos invencibles porque somos jóvenes. No yo, compréndeme, sino los chicos. Yo solía considerar que era mi deber extirpar esas falacias estúpidas de la juventud; pero ahora intento preservar sus sandeces. —Bird alzó la voz para que la compañía más próxima pudiera oírle—: ¡Viviréis eternamente, bribones, con tal que recordéis siempre una cosa! ¿Cuál es?

Hubo una pausa y luego un puñado de hombres dio, cada cual a su aire, la respuesta:

—Apuntar bajo.

—¡Más fuerte!

—¡Apuntar bajo! —rugió esta vez toda la compañía a coro, los hombres rompieron a reír y Bird estaba radiante como un maestro de escuela orgulloso de los progresos de sus alumnos.

La Legión desfiló por la polvorienta calle mayor de Leesburg, donde una pequeña

multitud de hombres se había congregado delante del edificio de los juzgados del condado de Loudoun y otro gentío, algo mayor, a la puerta de la taberna de Makepeace, al otro lado de la calle.

—¡Dadnos armas! —gritó un hombre.

Al parecer eran las milicias del condado y no tenían ni armas ni munición, aunque un puñado de hombres, provistos de equipo propio, se había dirigido de todos modos al campo de batalla. Algunos hombres se sumaron a la Legión, con la esperanza de encontrar algún fusil caído en el campo.

—¿Qué ocurre, coronel? —preguntaron a Adam, suponiendo erróneamente que el ribete escarlata y las estrellas doradas de su elegante uniforme eran los del comandante del regimiento.

—No hay nada que temer —insistía Adam—. Nada más que unos pocos nordistas desencaminados.

—Pues arman un buen jaleo, ¿no le parece? —gritó una mujer.

En efecto los yanquis resultaban mucho más ruidosos ahora que el senador Baker había conseguido hacer cruzar el río sus tres cañones y remolcarlos por el sendero abrupto y resbaladizo que llevaba a la cima del risco, donde los artilleros habían limpiado las ánimas de sus armas con tres disparos de metralla que se perdieron entre los árboles con un susurro de hojas rotas.

Baker tomó el mando de la batalla y encontró a sus tropas lamentablemente dispersas. El 20.º de Massachusetts se había apostado en los bosques del risco mientras que el 15.º había cruzado el prado y los bosques situados más allá y se encontraba en las lomas despejadas que dominaban Leesburg. Baker ordenó replegarse al 15.º, insistiendo en que a la izquierda del 20.º tenía que formar una línea de batalla.

—Formaremos aquí —anunció—, hasta que se unan a nosotros Nueva York y California.

Desenvainó su sable y segó de un tajo el tallo de una ortiga. Las balas de los rebeldes zumbaban sobre su cabeza, arrancando de vez en cuando alguna hoja que bajaba revoloteando en el aire cálido y oloroso. Las balas parecían silbar en los bosques, y de alguna manera aquel ruido extraño parecía despojarlas de todo peligro. El senador, que había luchado como voluntario en la guerra mexicana, no sentía la menor aprensión; de hecho, experimentaba la euforia de un hombre ante la oportunidad de demostrar su grandeza. ¡Aquél iba a ser su día! Se volvió cuando el coronel Milton Cogswell, al mando del regimiento Tammany, llegó jadeante a la cima del risco.

—¡Un soplido de su cuerno de caza vale más que mil hombres! —saludó Baker al sudoroso coronel con una cita bienhumorada.

—Le pido perdón, señor, pero prefiero los malditos mil hombres —replicó

Cogswell en tono hosco, y luego se agachó cuando un par de balas agitaron las hojas de un árbol por encima de su cabeza—. ¿Cuáles son sus intenciones, señor?

—¿Nuestras intenciones, Milton? Nuestras intenciones son la victoria, la fama, la gloria, la paz, el perdón de nuestros enemigos, la reconciliación, la magnanimidad, la prosperidad, la felicidad y la promesa cierta de una recompensa en el cielo.

—En tal caso, ¿puedo sugerirle, señor —repuso Cogswell, en un intento de infundir sensatez al exaltado senador—, que avancemos para ocupar ese grupo de árboles?

Señaló los bosques que se extendían al otro lado del pequeño prado, porque, cuando ordenó al 20.º de Massachusetts replegarse desde aquellos bosques, Baker había cedido aquel terreno a los rebeldes y ya los primeros uniformes grises de la infantería sudista habían ocupado posiciones ventajosas entre la maleza.

—Esos bobos no nos estorban —respondió Baker, despectivo—. Nuestros artilleros los harán correr muy pronto. Sólo estaremos aquí uno o dos minutos, el tiempo necesario para reunir a toda la tropa, y luego avanzaremos. ¡A la gloria!

Una bala silbó muy cerca de las cabezas de los dos hombres, lo que hizo maldecir a un Cogswell furioso y desconcertado. Su furia se debía, no a lo poco que había faltado para que lo alcanzaran, sino al hecho de que el disparo había partido de un montículo situado en el extremo oriental del risco. Aquel montículo era el punto más alto de la montaña y dominaba los bosques en los que se estaban reuniendo las tropas nordistas.

—¿No vamos a ocupar aquel alto? —preguntó Cogswell, horrorizado, a Baker.

—¡No es necesario! ¡No es necesario! ¡Avanzaremos enseguida! ¡A la victoria!

Baker se alejó unos pasos, alegre en su pasmosa confianza. Dobladas en el interior de su sombrero, donde antes colocaba las notas legales antes de presentarse ante el tribunal, tenía las órdenes que había recibido del general Stone. «Coronel —rezaba la orden en una escritura apresurada—, en caso de ser recibido con fuego nutrido frente a la isla Harrison, hará avanzar el regimiento California de su brigada o bien hará replegarse a los regimientos mandados por los coroneles Lee y Devens desde la orilla de Virginia del río, a su discreción, asumiendo el mando a su llegada». Todo lo cual, en opinión de Baker, significaba muy poco, a excepción del hecho de que él estaba al mando, el día era soleado, el enemigo se había desplegado frente a él y tenía la fama bélica al alcance de la mano.

—Un soplido de su cuerno de caza —canturreó el senador los versos de sir Walter Scott mientras recorría las filas de las tropas nordistas que se acumulaban bajo los árboles—, ¡vale más que mil hombres! ¡Devolved el fuego, muchachos! ¡Que esos bribones sepan que estamos aquí! ¡Disparad, muchachos! ¡Dadles fuego! ¡Que se enteren de que el Norte ha venido hasta aquí para luchar!

El teniente Wendell Holmes se quitó su gabán gris, lo plegó con cuidado y lo

colocó debajo de un árbol. Desenfundó su revólver, comprobó que las cápsulas de percusión estaban adecuadamente colocadas en los conos y disparó sobre las formas lejanas de los rebeldes que se movían entre las sombras. La voz sonora del senador seguía despertando ecos en el bosque, puntuada por el crepitar de los fusiles y la tos bronca del revólver de Holmes.

—Loor al jefe —recitó Holmes en voz baja un verso del mismo poema que estaba declamando Baker—, que en triunfo avanza.

El senador Baker se sacó del bolsillo un reloj caro regalado por sus socios y amigos en los estrados de California con ocasión de su nombramiento para el Senado de Estados Unidos. El día avanzaba, y si quería capturar Leesburg y consolidar su posición allí antes de la noche tendría que darse prisa.

—¡Adelante ahora! —Baker volvió a guardar el reloj en la faltriquera—. ¡Todos vosotros! ¡Todos vosotros! ¡Adelante, mis buenos muchachos, adelante! ¡A Richmond! ¡A la gloria! ¡Todos por la Unión, muchachos, todos por la Unión!

Se alzaron las banderas, la gloriosa de las barras y estrellas y junto a ella la de seda blanca de Massachusetts con las armas de la Commonwealth bordadas a un lado y el lema «*Fide et Constantia*» bordado con hilo dorado al otro.

La seda brilló a la luz del sol y los hombres lanzaron vítores, saltaron de sus posiciones y cargaron.

Para morir.

\* \* \*

—¡Fuego!

Dos regimientos enteros de Misisipí se habían desplegado ya entre los árboles y sus rifles escupieron llamaradas en dirección al claro en el que habían aparecido de pronto los nordistas. Las balas astillaron los troncos de los algarrobos y desgarraron las brillantes hojas amarillas de los arces. Una docena de nordistas fue derribada por la descarga. Uno de ellos, un hombre que jamás había jurado en su vida, se puso a maldecir. Un ebanista de Boston miró atónito la sangre que empezaba a empapar su uniforme, llamó a gritos a su madre e intentó arrastrarse hacia atrás para ponerse a cubierto.

—¡Fuego!

El coronel Eps, del 8.º de Virginia, ocupaba las alturas que dominaban el flanco este de los yanquis, y sus tiradores lanzaron una lluvia de balas sobre los nordistas. Fueron tantos los proyectiles que silbaron y cantaron al rebotar en los tubos de bronce de los obuses yanquis que los artilleros huyeron por el risco abajo tratando de librarse del zumbido de avispa y el siseo de tralla de las balas rebeldes.

—¡Fuego!

Más hombres de Misisipí abrieron fuego. Estaban tendidos en el suelo bajo los árboles o arrodillados detrás de los troncos y atisbaban por entre el humo de la pólvora para comprobar que sus descargas obligaban a retroceder a los atacantes nordistas. Dispersos entre los de Misisipí había ahora hombres de Leesburg y de las granjas próximas, que disparaban sus escopetas de caza y sus pistolas contra los titubeantes yanquis. Un sargento de Nueva York maldijo a sus hombres en gaélico, pero sus maldiciones no surtieron efecto y una bala le destrozó el codo. Los nordistas se retiraron hacia los árboles, buscaron refugio detrás de ellos y de los leños caídos, y allí recargaron sus mosquetes y sus rifles. Dos de las compañías de Massachusetts habían sido reclutadas entre inmigrantes alemanes, y sus oficiales les exhortaron a gritos en esa lengua a mostrar al mundo cómo eran capaces de luchar los alemanes. Otros oficiales nordistas fingían indiferencia hacia la lluvia de balas que zumbaban y silbaban en la cima del risco. Paseaban entre los árboles, conscientes de que su exhibición de valor despreocupado era una cualidad que la tropa necesitaba. Pagaron esa exhibición con su sangre. Muchos de los hombres del 20.º de Massachusetts habían colgado sus elegantes gabanes nuevos forrados de escarlata de las ramas de los árboles y esas prendas temblaban cuando las balas desgarraban y atravesaban el fino paño gris. El ruido de la batalla era continuo ahora, parecido al de una pieza de tela de indiana al desgarrarse o al restallido de un cañaveral en llamas, pero por debajo de aquel crepitar continuo se oían los sollozos de los hombres heridos, los gritos de los alcanzados por las balas y los estertores de los moribundos.

El senador Baker ordenó a gritos a sus ayudantes que hicieran funcionar uno de los obuses abandonados, pero ninguno de ellos sabía cómo cebar el arma y el saludo de las balas virginianas les hizo regresar a toda prisa al refugio de las sombras. Dejaron atrás a un mayor muerto y a un teniente escupiendo sangre mientras se alejaba a trompicones de la pieza. Una bala arrancó astillas de madera del radio de una rueda de un obús, otra rebotó en la boca metálica del tubo, y una tercera agujereó el cubo del agua.

Unos cuantos hombres de Misisipí, furiosos porque su coronel había sido alcanzado, intentaron cargar a través del estrecho prado despejado de árboles, pero en cuanto aparecieron en la linde del bosque los frustrados nordistas vaciaron sus armas contra ellos. Tocó ahora retroceder a los rebeldes, que dejaron atrás tres hombres muertos y dos heridos. En el flanco derecho de la línea de Massachusetts el cañón de catorce libras seguía disparando, pero los artilleros de Rhode Island habían agotado su pequeña reserva de botes de metralla y ahora no tenían otra cosa que disparar que proyectiles de hierro macizo. Los botes, al desintegrarse en la boca misma del cañón y esparcir una lluvia letal de balas de mosquete sobre las filas enemigas, eran idóneos para la tarea de matar a escasa distancia, en tanto que las grandes balas macizas estaban pensadas para un fuego de precisión de largo alcance, y no valían para

desalojar a la infantería de una zona boscosa. Los proyectiles, unos cilindros de hierro afilados en la punta, rugían al cruzar el prado y, o bien se perdían en la lejanía, o bien generaban una ducha de astillas de madera al impactar en el tronco de algún árbol. El humo del cañón había generado una nube maloliente que se extendía hasta veinte metros por delante de la pieza formando una cortina opaca que tapaba la visión de las compañías situadas en el flanco derecho del 20.º de Massachusetts.

—¡Adelante, Harvard! —gritó un oficial. Por lo menos dos terceras partes de los oficiales del regimiento procedían de Harvard, así como seis sargentos y varias docenas de sus hombres.

—¡Adelante, Harvard! —volvió a gritar el oficial, y dio unos pasos al frente para guiar a sus hombres con el ejemplo, pero una bala lo alcanzó debajo de la barbilla y su cabeza se proyectó bruscamente hacia atrás. La sangre salpicó su rostro y muy despacio se derrumbó en el suelo.

Wendell Holmes, con la boca seca, vio al oficial herido arrodillarse y caer luego de bruces. Holmes corrió a socorrerlo, pero otros dos soldados se encontraban más cerca y arrastraron su cuerpo hacia los árboles. El oficial estaba inconsciente, su cabeza ensangrentada se movía a un lado y a otro; luego tuvo un repentino estertor y la sangre burbujeó en su garganta.

—Está muerto —dijo uno de los hombres que lo había arrastrado para ponerlo a cubierto.

Holmes miró al hombre muerto y sintió de pronto un acceso de vómito. De alguna manera consiguió reprimirlo mientras daba media vuelta y se esforzaba en caminar con aparente despreocupación por entre los hombres de su compañía. Lo que de verdad quería era tumbarse en el suelo, pero sabía que estaba obligado a demostrar a sus hombres que no tenía miedo, de modo que siguió su paseo empuñando el sable y ofreciendo ayuda cuando podía.

—Apuntad bajo, ahora. ¡Apuntad con cuidado! No desperdiciéis la munición. ¡A por ellos!

Sus hombres mordían los cartuchos, resacas las bocas por el gusto salado de la pólvora. Sus rostros estaban ennegrecidos por el humo, los ojos enrojecidos. Holmes, al detenerse en una pequeña parcela de luz solar, oyó las voces de los rebeldes que daban exactamente los mismos consejos: «¡Apuntad bajo! —gritó un oficial confederado—. ¡Apuntad a los oficiales!». Holmes apresuró el paso, reprimiendo la tentación de protegerse detrás de los troncos de los árboles, marcados por las balas.

—¡Wendell! —llamó el coronel Lee.

El teniente Holmes se volvió hacia el oficial al mando de su regimiento.

—¿Señor?

—¡Explore el terreno a nuestra derecha, Wendell! Quizá podamos desbordar por el flanco a esos paletos. —Lee señaló hacia los bosques, más allá del cañón de



campana—. Averigüe hasta dónde se extiende la línea de los rebeldes. ¡Dese prisa!

Holmes, una vez recibido el permiso para abandonar su fingido aire de despreocupación, corrió por entre los árboles hacia el flanco derecho abierto de la línea nordista. A su derecha, debajo de él y entre los árboles, tuvo un atisbo fresco y luminoso del río, y la visión del agua le resultó extrañamente tranquilizadora. Pasó delante del gabán gris que había plegado con tanto cuidado al pie de un arce, corrió por detrás de los artilleros de Rhode Island que maniobraban alrededor de su pieza y siguió avanzando hacia el flanco. Allí, apenas hubo salido de la humareda y visto que los bosques que se extendían más allá estaban en efecto libres de rebeldes y por tanto ofrecían al coronel Lee la posibilidad de rodear el flanco izquierdo confederado, una bala le alcanzó en el pecho.

Se estremeció, todo su cuerpo tembló agitado por el mordisco feroz de la bala. Se quedó sin aire e incapaz momentáneamente de respirar, y a pesar de ello extrañamente tranquilo y distante, hasta el punto de que podía percibir lo que estaba experimentando. La bala, estaba seguro de que había sido una bala, le había golpeado con una fuerza que imaginaba igual a la de la coza de un caballo, y le había dejado al parecer paralizado. Pero cuando intentó aspirar una bocanada de aire descubrió con agrado que sus pulmones funcionaban a pesar de todo y que no estaba afectado por una verdadera parálisis, sino más bien por una interrupción en el control de su mente sobre los mecanismos físicos del movimiento. También se dio cuenta de que a su padre, profesor de Medicina en Harvard, le interesarían aquellas percepciones, de modo que se llevó la mano al bolsillo donde guardaba su cuaderno de notas y un lápiz, pero entonces empezó a caer hacia adelante, sin poder evitarlo. Intentó pedir ayuda, pero no pudo emitir ningún sonido, y también quiso extender los brazos para amortiguar su caída, pero sus brazos parecieron haberse debilitado de pronto. El sable, que llevaba desenvainado, cayó al suelo; vio que una gota de sangre salpicaba la hoja reluciente como un espejo. Luego él mismo se derrumbó y cubrió con su cuerpo el acero del arma, sintió un dolor terrible en el pecho y gritó de angustia y de agonía. Se le apareció la visión de su familia en Boston y quiso echarse a llorar.

—¡Han dado al teniente Holmes! —gritó un hombre.

—¡Recogedlo ahora mismo! ¡Traedlo aquí! —ordenó el coronel Lee, que corrió a comprobar la gravedad de la herida de Holmes. Lo retrasaron unos segundos los artilleros de Rhode Island, que gritaban a la infantería que se apartara mientras disparaban. Su cañón saltó hacia atrás y arrojó humo y llamas hacia el prado iluminado por el sol. Cada vez que el cañón disparaba reculaba unos pasos más y alargaba el surco profundo que excavaba su cola en el suelo cubierto de hojas secas. La dotación del cañón estaba demasiado atareada para empujar la pieza adelante hasta su posición inicial, de modo que el cañón seguía retrocediendo un poco más a cada disparo.

El coronel Lee llegó al lado de Holmes en el momento en que colocaban al teniente sobre una camilla.

—Lo siento, señor —consiguió decir Holmes.

—No hable, Wendell.

—Lo siento —repitió Holmes. Lee se agachó para recoger el sable del teniente y se preguntó por qué razón tantos hombres reaccionaban al ser heridos como si hubiera sido culpa suya.

—Lo ha hecho muy bien, Wendell —dijo Lee con fervor. Enseguida un clamoreo de voces le hizo volverse y vio aparecer una nueva oleada de tropas rebeldes en los bosques del otro lado. Supo entonces que ya no podría rodear el flanco abierto del enemigo. Es más, ahora era el enemigo el que estaba en condiciones de rodear el suyo. Juró en voz baja y colocó el sable de Holmes junto al teniente herido.

—Llévalo abajo con cuidado —ordenó Lee, y se encogió cuando un cabo empezó a gritar porque una bala se había alojado en sus intestinos. Otro hombre cayó hacia atrás con un ojo cegado por la sangre y Lee se preguntó cuál era la causa por la que, en el nombre de Dios, Baker no había dado aún la orden de retirada. Era hora de cruzar de nuevo el río, antes de que los mataran a todos.

Al otro lado del claro los rebeldes habían empezado a lanzar el grito demoníaco que los veteranos nordistas de Bull Run recordaban como el presagio del inicio del desastre. Era un grito extraño, un aullido inhumano que provocó un escalofrío de puro terror en la espina dorsal del coronel Lee. Una especie de gáñido prolongado, como el grito triunfal de un animal salvaje. Y, temió Lee, aquel grito anunciaba la derrota del Norte. Se estremeció, agarró con más fuerza la empuñadura de su sable y fue en busca del senador.

\* \* \*

La Legión Faulconer subió la larga cuesta hacia la batalla. Le llevó más tiempo del esperado desfilarse a través de la ciudad y encontrar el sendero que conducía al río. Ahora la tarde estaba ya avanzada y los hombres más confiados se quejaban de que todos los yanquis estarían ya muertos y desvalijados antes de que la Legión Faulconer pudiera recoger su parte del botín, mientras que los más aprensivos señalaban que el fragor de la lucha aún no disminuía. La Legión estaba ya lo bastante cerca para percibir el olor acre de la pólvora, porque una brisa del norte empujaba el humo a través de las hojas verdes de los árboles como una neblina invernal que pasara entre las ramas. En su tierra, pensó Starbuck, todas las hojas habrían cambiado ya de color y transformado las colinas de los alrededores de Boston en una gozosa sorpresa de oro, escarlata, amarillo llameante y castaño vivo; pero aquí, en el límite septentrional de la Confederación sudista, sólo los arces se habían vuelto dorados y el resto de los

árboles seguían luciendo sus hojas verdes, aunque aquel verdor estaba siendo arrancado y desgarrado por la tempestad de balas disparadas desde algún lugar del interior del bosque.

La Legión cruzó la árida extensión de rastrojos quemados que señalaba el lugar donde la compañía de hombres de los condados de Pike y Chickasaw mandada por Duff había frenado en seco el avance de los yanquis. Los tacos ardiendo de sus rifles, expulsados junto a las balas, habían provocado pequeños fuegos que ardieron y se apagaron dejando marcas cenicientas en el campo. También había un par de manchas de sangre, pero la Legión estaba demasiado pendiente de la lucha que se desarrollaba en la cima del risco para preocuparse de aquellos signos de una batalla anterior.

Más restos de la batalla aparecieron en la linde del bosque. Allí estaba amarrada una docena de caballos de oficiales y habría una veintena de hombres heridos a los que atendían los médicos. Una mula cargada de munición de repuesto fue conducida entre los árboles al tiempo que otra, con las alforjas vacías, era sacada por el mismo lugar. Un esclavo, venido a la batalla como criado de su amo, corría pendiente arriba con cantimploras que había llenado en el pozo de la granja más próxima. Por lo menos un par de docenas de niños había venido de Leesburg para presenciar la batalla y un sargento de Misisipí intentaba apartarlos lejos del alcance de las balas nordistas. Un niño pequeño se había traído la enorme escopeta de caza de su padre y suplicaba que le dejaran matar a un yanqui antes de irse a la cama. El niño ni siquiera se estremeció cuando una bala maciza de cañón de catorce libras apareció entre los árboles y pasó zumbando por encima de su cabeza. El proyectil pareció volar hasta mitad de camino de la montaña Catoctin y fue a caer con un enorme chapuzón en el lecho de un arroyo, al otro lado de la carretera de Licksville. La Legión había llegado a una distancia de sesenta metros de los árboles, y los oficiales que todavía montaban a caballo se apearon y clavaron en la hierba estacas de hierro en las que trabar a sus monturas mientras el capitán Hinton, el segundo en el mando de la Legión, se adelantaba para comprobar dónde exactamente estaba apostado el flanco izquierdo de los muchachos de Misisipí.

La mayoría de los hombres de Starbuck estaban excitados. Su alivio por sobrevivir a Manassas se había convertido en aburrimiento durante las largas semanas de guardia en el Potomac. Aquellas semanas no se habían parecido gran cosa a la guerra; al contrario, fueron un verano idílico junto al agua fresca. Muy de vez en cuando un hombre, en una u otra orilla del río, arriesgaba un disparo al azar contra el otro lado y durante los dos días siguientes las patrullas acechaban agazapadas en las sombras, pero la mayoría de hombres de los dos bandos vivía y dejaba vivir. Los soldados habían bajado a nadar bajo el punto de mira de los enemigos, habían lavado su ropa y abrevado a sus caballos, e inevitablemente habían trabado conocimiento con los centinelas del otro lado y descubierto lugares de aguas someras en los que

podían encontrarse en mitad del río para intercambiar periódicos o canjear tabaco del sur por café del norte. Ahora, sin embargo, en su impaciencia por demostrar que eran los mejores soldados del mundo, los hombres de la Legión olvidaron aquellas amistades de verano y se juraron en cambio enseñar a aquellos yanquis mentirosos, ladrones y bastardos que no podían cruzar el río sin pedir antes permiso a los rebeldes.

El capitán Hinton reapareció en la linde de los árboles e hizo bocina con las manos.

—¡Aquí, una compañía!

—¡Formen a la izquierda de la Compañía A! —gritó Bird al resto de la Legión—. ¡A mí, la escuadra de abanderados!

Una de las balas de cañón se abrió paso entre los árboles e hizo llover hojas y astillas sobre los hombres que avanzaban. Starbuck vio que un proyectil anterior había arrancado una rama del tronco de un árbol y dejado una cicatriz impresionante de madera muy blanca. Aquello le puso un nudo en la garganta, un estremecimiento de temor mezclado con excitación.

—¡A mí, la escuadra de abanderados! —gritó de nuevo Bird, y los portaestandartes alzaron sus estandartes a la luz del sol y corrieron a unirse al mayor. La bandera propia de la Legión estaba basada en el blasón de la familia Faulconer y mostraba tres crecientes rojos sobre campo blanco de seda y el lema de la familia, «*Forever Ardent*». La segunda bandera era la nacional de la Confederación, las barras rojas horizontales a uno y otro lado de la franja blanca, mientras que el cuadrante superior más próximo al asta mostraba un campo azul con un círculo de siete estrellas blancas bordadas. Después de Manassas hubo quejas de que la bandera era demasiado parecida a la nordista, por lo que algunos hombres habían disparado contra unidades amigas creyéndolas yanquis, y corrió el rumor de que en Richmond se estaba preparando un nuevo diseño, pero hasta el momento la Legión seguía luchando bajo la seda agujereada por las balas de su vieja bandera confederada.

—Dulce Jesús, sálvame; dulce Jesús, sálvame —rezaba sin resuello Joseph May, uno de los hombres de Starbuck, que corría detrás del sargento Truslow—. Sálvame, oh, Señor, sálvame.

—¡Reserva tu aliento, May! —gruñó Truslow.

La Legión había avanzado en columna por compañías y ahora se deshilachó hacia la izquierda para cambiar la formación de marcha a una línea de batalla. La Compañía A fue la primera en adentrarse en el bosque y la Compañía K de Starbuck sería la última. Adam Faulconer cabalgaba al lado de Starbuck.

—¡Bájate de ese caballo, Adam! —gritó Starbuck a su amigo—. ¡Te van a matar!

Tuvo que gritar porque el crepitar de la mosquetería era muy intenso, pero aquel ruido provocaba en Starbuck una curiosa euforia. Sabía tan bien como Adam que la

guerra estaba mal. Era como pecar, era terrible, pero al igual que hacia el pecado, también hacia ella sentía una poderosa atracción. Un hombre que sobrevive a esto, pensaba Starbuck, es capaz de soportar todos los embates que el mundo lance contra él. Era un juego con apuestas de un valor tan alto que ni siquiera podía imaginarse, pero también un juego donde los privilegios no representaban ninguna ventaja, a no ser la opción de mantenerse apartado por completo del juego, y quien se valía de sus privilegios para evitar la guerra no era un hombre en absoluto, sino un cobarde rastrero. Aquí, donde el aire estaba rancio de humo y la muerte silbaba entre las hojas verdes, la existencia se simplificaba hasta el absurdo. Starbuck gritó de repente, repleto de la alegría pura del instante. Detrás de él, con los rifles cargados, la Compañía K se desplegó entre las hojas verdes. Los hombres oyeron gritar de alegría a su capitán y al mismo tiempo el aullido rebelde que venía de las tropas situadas a su derecha, de modo que empezaron a imitar el mismo quejido demoníaco que hablaba de los derechos del Sur y del orgullo sureño y de los chicos sureños venidos aquí a matar.

—¡Dadles el infierno, muchachos! —gritó Bird—. ¡Dadles el infierno!  
Y la Legión obedeció.

\* \* \*

Baker murió.

El senador había estado intentando animar a sus hombres, cuyos nervios eran puestos a prueba por los aullidos vengativos de los enemigos sudistas. Baker había realizado tres intentos de abrirse paso fuera del bosque, pero cada avance nordista había sido rechazado y dejado una nueva línea de cadáveres en el pequeño prado que se extendía como un matadero humeante entre los dos ejércitos. Algunos hombres de Baker habían abandonado ya la lucha y se escondían en los repliegues del abrupto talud que dominaba la ribera del río o se acurrucaban detrás de los troncos de los árboles y los afloramientos de rocas de la cima del risco. Baker y sus ayudantes obligaron a salir a los pusilánimes de sus refugios y les enviaron de nuevo a donde los valientes aún seguían intentando contener a los rebeldes, pero los medrosos volvían a arrastrarse a sus escondites tan pronto como los oficiales se alejaban.

Al senador ya no le quedaban ideas. Toda su inteligencia, su oratoria y su pasión se habían condensado en un pequeño globo hinchado de pánico e impotencia. Pero no daba muestras de miedo. Paseaba con el sable en alto delante de sus hombres y les urgía a apuntar bajo y mantener altos los ánimos.

—¡Llegan refuerzos! —gritó a los hombres sucios de pólvora del 15.º de Massachusetts—. ¡Ya falta poco, muchachos! —animó a sus propios hombres del 1.º de California—. ¡La cosa está dura, chicos, pero ellos cederán antes! —prometió a

los hombres del Tammanys de Nueva York—. Si tuviera otro regimiento como el vuestro —voceó a los de Harvard—, ¡esta noche lo celebraríamos en Richmond!

El coronel Lee intentó convencer al senador de que ordenara la retirada a la otra orilla del río, pero Baker simuló no oír la sugerencia, y cuando Lee insistió a gritos Baker sólo pudo ofrecer al coronel una sonrisa triste.

—No estoy seguro de que contemos con lanchas suficientes para retirarnos, William. Creo que tendremos que quedarnos aquí y vencer, ¿no le parece? —Una bala pasó unos centímetros por encima de la cabeza del senador, que ni se inmutó—. Son sólo una banda de rebeldes. Esos andrajosos no van a ganarnos. ¡El mundo nos contempla y hemos de demostrar nuestra superioridad!

Eran probablemente las mismas palabras que un antepasado de Baker había pronunciado en Yorktown, pensó Lee, pero tuvo la prudencia de no decirlo en voz alta. Por más que el senador había nacido en Inglaterra, no dejaba de ser un patriota americano.

—¿Ha hecho evacuar a los heridos? —preguntó en cambio el coronel al senador.

—¡Por supuesto que lo hemos hecho! —exclamó con firmeza Baker, aunque no estaba ni mucho menos seguro de tal cosa y no tenía tiempo de preocuparse de los heridos ahora. Necesitaba infundir en el ánimo de sus hombres un fervor justiciero por la amada Unión. Un ayudante se presentó con la noticia de que el 19.º de Massachusetts había llegado a la otra orilla del río y Baker se puso a pensar en la posibilidad de hacer cruzar la corriente a aquel regimiento de refresco, lo cual le proporcionaría hombres suficientes para atacar el altozano desde el que los rebeldes diezmaban su flanco izquierdo e impedían a sus obuses cumplir con su mortal cometido. Aquella idea llenó al senador de esperanza y de un nuevo entusiasmo.

—¡Eso es lo que vamos a hacer! —gritó a uno de sus ayudantes.

—¿Hacer qué, señor?

—¡Vamos! ¡Tenemos trabajo!

El senador tenía que trasladarse a su flanco izquierdo y el camino más corto era cruzar por el campo abierto, donde la humareda creada por la pólvora quemada ofrecía una cortina tras la que ocultarse.

—¡Vamos! —volvió a gritar, y pasó a toda prisa delante de su línea de defensa, animando a sus fusileros a seguir disparando para cubrirle—. Llegan refuerzos, muchachos —gritó—. ¡Ya falta poco! La victoria es nuestra. ¡Resistid aquí, resistid!

Un grupo de rebeldes vio pasar al senador y a sus ayudantes por entre la humareda moviente y aunque no sabían que Baker era el comandante nordista, sí se dieron cuenta de que sólo un alto oficial llevaría un sable con borlas y un uniforme tan recargado de brocado reluciente. La cadena de oro de un reloj de bolsillo asomaba por la guerrera del senador y destelló al sol.

—¡Ahí está el capitoste de la cuadrilla! ¡El capitoste! —avisó a voces un pelirrojo

alto y nervudo de Misisipí mientras señalaba la figura que tan confiadamente cruzaba el campo de batalla—. ¡Es mío! —gritó el hombre alto, y echó a correr hacia él. Una docena de sus compañeros le siguió, todos ellos impacientes por agujerear los cuerpos de aquellos oficiales ricos del Norte.

—¡Señor! —avisó uno de los ayudantes de Baker.

El senador se volvió, el sable en alto. Debería haber corrido a refugiarse entre los árboles, pero no había cruzado el río para huir delante de una chusma de secesionistas.

—¡Aquí os espero, condenados rebeldes! —gritó, y fintó con su sable como si se dispusiera a entablar un duelo.

Pero el pelirrojo utilizó el revólver, y sus cuatro balas penetraron en el pecho del senador como hachazos en madera blanda. El senador se echó atrás, tosió y se llevó la mano al pecho. Sable y sombrero cayeron, mientras luchaba por conservar el equilibrio. Otra bala le atravesó el cuello y la sangre descendió como un baño escarlata por la doble pechera de botones relucientes de su guerrera hasta alcanzar las proximidades de la cadena de oro del reloj. Baker hizo un esfuerzo para respirar y sacudió la cabeza como si no pudiera creer lo que le estaba sucediendo. Miró al larguirucho que le había disparado con expresión desconcertada y de pronto se derrumbó sobre la hierba. El rebelde pelirrojo se precipitó hacia su cadáver.

Un disparo de rifle hizo girar en redondo al pelirrojo y otro lo derribó. Una descarga obligó a retroceder a los de Misisipí mientras dos ayudantes del senador arrastraban hacia los árboles a su jefe muerto. Uno de los hombres recogió el sombrero del senador y encontró en su interior el mensaje plegado y sudado que había provocado esa locura a ese lado del río.

El sol estaba ya bajo en el Poniente. Las hojas podían no haber cambiado de color, pero las noches eran más largas y el sol se ocultaba a las cinco y media. Sin embargo, la oscuridad no podía salvar a los yanquis en aquella situación. Necesitaban botes, pero sólo contaban con cinco lanchas pequeñas y ya algunos heridos se habían ahogado al intentar llegar a nado a la isla Harrison. Más heridos bajaban a tropezones desde la cima hacia una pequeña franja de terreno llano, abarrotada ya de bajas nordistas, situada entre la base del risco abrupto y la orilla del río. Dos ayudantes llevaron el cadáver del senador a través de aquella multitud doliente hasta una de las lanchas y abrieron en ella un hueco para el muerto. El caro reloj del senador se salió del bolsillo que lo guardaba con las sacudidas del cuerpo al ser descendido por la orilla. El reloj colgaba de la cadena ensangrentada, se arrastró primero por el barro de la orilla y golpeó después contra la borda de la lancha. El impacto rompió la esfera de cristal e hizo caer una lluvia de pequeñas astillas transparentes en el pantoque. El cadáver ensangrentado del senador fue arrastrado por encima de aquellos cristales cortantes.

—¡Llévóoslo! —ordenó un ayudante.

—¡Vamos a morir todos! —gritó un hombre en la cima del risco, pero un sargento de Massachusetts le dijo que cerrara el condenado pico y muriera como un hombre. Un grupo de rebeldes intentó atravesar el claro y fue rechazado por un crescendo de fuego de mosquetería que obligó a aquellos hombres a dar la vuelta y arrancó astillas de madera de los árboles situados detrás de ellos. Un abanderado de Massachusetts fue herido y su hermosa y grande bandera de seda agujereada por las balas cayó flotando hacia el polvo, pero otro hombre asió los flecos del borde y alzó de nuevo las estrellas al sol, antes de que las barras tocaran el suelo.

—Lo que vamos a hacer —dijo el coronel Cogswell, que por fin había averiguado que era el oficial vivo de mayor graduación, y por consiguiente le correspondía el mando de los cuatro regimientos yanquis desembarcados en la orilla virginiana del río— es abrirnos paso río abajo hasta el transbordador. —Quería llevar a sus hombres lejos de aquellos bosques traicioneros y conducirlos a campo abierto, donde sus enemigos no pudieran ya esconderse detrás de los árboles—. Avanzaremos deprisa. Eso significa que habremos de abandonar los cañones y a los heridos.

A nadie le gustó aquella decisión, pero nadie tenía una idea mejor, de modo que la orden fue transmitida al 20.º de Massachusetts, que ocupaba el flanco derecho de la línea yanqui. El cañón estriado James de seis kilogramos tendría que ser abandonado de todas formas porque había reulado tanto que al final se precipitó por el borde de la cima del risco. Cuando hizo su disparo final un artillero dio la alarma, entonces la pieza se tambaleó en el borde del escarpe y cayó muy abajo por la pendiente abrupta hasta estrellarse contra un árbol. Ahora los artilleros abandonaron sus intentos de empujar de nuevo el cañón hasta la cresta y se acercaron a escuchar mientras el coronel Lee explicaba a sus oficiales lo que debía hacer el regimiento. Tenían que dejar a los heridos a merced de los rebeldes y agruparse en el flanco izquierdo de la línea nordista. Cargarían en masa contra las fuerzas rebeldes para descender hacia los prados por donde la segunda fuerza yanqui había cruzado el río para cortar la carretera del portazgo. Esa segunda fuerza estaba cubierta por la artillería apostada en la orilla de Maryland del río.

—No podemos cruzar a Maryland por este punto —dijo Lee a sus oficiales—, porque no tenemos suficientes botes, de modo que habremos de marchar ocho kilómetros río abajo, luchando con los rebeldes a lo largo de todo el camino. —Consultó su reloj—. Nos pondremos en marcha dentro de cinco minutos.

Lee sabía que ése era el tiempo que se tardaría en transmitir su orden a todas las compañías y en reunir a los heridos bajo una bandera de tregua. Aborrecía tener que abandonarlos, pero sabía que nadie de su regimiento llegaría a Maryland esa noche si no los dejaba donde estaban.

—Deprisa ahora —ordenó a sus oficiales, e intentó parecer lleno de confianza,



pero la tensión era visible y su optimismo habitual se debilitaba más y más bajo el zumbido continuo de las balas rebeldes—. ¡Deprisa ahora! —gritó de nuevo, pero entonces oyó un aullido terrible que venía de su flanco derecho desguarnecido, se volvió alarmado y comprendió de pronto que la prisa ya no le sería de ayuda.

Al parecer los de Harvard tendrían que luchar en el lugar donde se hallaban. Lee alzó su sable, se pasó la lengua por los labios resecaos y encomendó su alma a Dios y su amado regimiento a un final sin esperanza.

—Estamos demasiado a la izquierda —gruñó Truslow a Starbuck cuando la Compañía K llegó a la línea de batalla—. Los bastardos están allí.

## Capítulo 3

Truslow señaló hacia el lugar, del otro lado del claro, en el que un velo de humo estaba suspendido enfrente de los árboles. El humo quedaba muy a la derecha de la Compañía K, mientras que ante los hombres de Starbuck no había humo de pólvora, sino tan sólo árboles y largas sombras cada vez más oscuras entre las cuales los arces resaltaban con un brillo extraño. Algunos hombres de la Compañía K habían empezado a disparar hacia aquellos árboles vacíos y Truslow les gritó que dejaran de desperdiciar pólvora.

La compañía, que aguardaba expectante las órdenes de Starbuck, se volvió hacia otro oficial que apareció corriendo entre los arbustos. Era el teniente Moxey, que se había proclamado a sí mismo héroe después de sufrir una pequeña herida en la mano izquierda en Manassas.

—Dice el mayor que cierras hacia el centro. —Moxey estaba sumido en la excitación de aquel momento. Agitó su revólver en dirección al ruido de mosquetería—. Dice que has de reforzar a la compañía de Murphy.

—¡Compañía! —gritó Truslow a los hombres, anticipándose a la orden de Starbuck de moverse.

—¡No! ¡Espera!

Starbuck seguía mirando hacia los árboles solitarios del otro lado del claro. Volvió de nuevo la vista a la derecha al advertir que el fuego yanqui languidecía momentáneamente. Durante unos segundos se preguntó si aquella pausa en el tiroteo significaba que las fuerzas nordistas se retiraban, pero de pronto una carga repentina de un grupo de rebeldes aulladores desencadenó una descarga furibunda de la fusilería nordista. Durante unos segundos las balas arrancaron astillas de los troncos de los árboles, en los que dibujaron tatuajes enloquecidos, pero en el momento en que los rebeldes se retiraron el estruendo de la fusilería volvió a apagarse. Starbuck se dio cuenta de que los nordistas retenían el fuego hasta poder ver con claridad los blancos, en tanto que los sudistas disparaban sin parar. Eso quería decir, decidió Starbuck, que los yanquis andaban escasos de munición.

—El mayor dice que te muevas de inmediato —insistió Moxey. Era un joven flaco y pálido, resentido por el hecho de que Starbuck había sido ascendido a capitán mientras que él seguía siendo teniente. Era también uno de los pocos en la Legión que criticaba la presencia de Starbuck y que creía que un regimiento virginiano no necesitaba la presencia de un renegado de Boston; pero esta opinión se la guardaba para sí mismo, porque Moxey había sido testigo del mal genio de Starbuck y sabía que el norteño estaba más que dispuesto a esgrimir sus puños—. ¿Me has oído, Starbuck? —preguntó ahora.

—Te he oído —replicó Starbuck, pero no se movió. Pensaba que los yanquis

llevaban luchando en aquellos bosques casi todo el día y que probablemente estaban a punto de agotar los cartuchos de sus macutos, lo que significaba que ahora dependían de las pequeñas cantidades de munición que consiguieran cruzar a través del río. También pensaba que unas tropas preocupadas por no tener cartuchos suficientes son tropas propicias a dejarse llevar por el pánico. Había visto los efectos del miedo en Manassas y calculó que aquí podría proporcionarles una victoria igual de rápida y completa.

—¡Starbuck! —Moxey insistía en ser escuchado—. El mayor dice que debes reforzar al capitán Murphy.

—Te he oído, Mox —respondió de nuevo Starbuck, y de nuevo no se movió.

Moxey empezó a hacer gestos indicando que Starbuck tenía que ser estúpido sin remedio. Tiró de la manga de Starbuck y señaló hacia los árboles de la derecha.

—Por ahí, Starbuck.

—Vete, Mox —ordenó Starbuck, y volvió a mirar hacia el otro lado del claro—. Y de paso dile al mayor que vamos a cruzar por aquí y a cargar contra los bastardos desde la izquierda. Nuestra izquierda, ¿lo has entendido?

—Vas a hacer, ¿qué? —Moxey se quedó boquiabierto ante Starbuck y luego miró a Adam, que seguía montado a caballo a pocos pasos de Starbuck—: Díselo tú, Adam —apeló Moxey a una autoridad superior—. ¡Dile que obedezca las órdenes!

—Vamos a cruzar el campo, Moxey —siguió Starbuck despacio y en tono amable, como si se dirigiera a un niño particularmente lerdo—, y vamos a atacar a esos molestos yanquis desde detrás de aquellos árboles de allí. ¡Ahora corre y díselo a Pecker!

La maniobra parecía obvia. Ambos bandos estaban hasta el momento tiroteándose desde los dos lados del claro, y aunque los rebeldes contaban con ventaja numérica, ninguno de los dos parecía capaz de avanzar en línea recta contra el fuego concentrado de fusilería del otro. Si cruzaba el claro por aquel flanco abierto, Starbuck podría llevar a sus hombres a salvo hasta los árboles que servían de refugio a los nordistas y caer sobre su costado indefenso.

—¡Aseguraos de que tenéis las armas cargadas! —gritó Starbuck a sus hombres.

—No puedes hacer esto, Starbuck —intervino Moxey. Starbuck no le hizo caso—. ¿Quieres que diga al mayor que estás desobedeciendo sus órdenes? —preguntó Moxey a Starbuck con rencor.

—Sí —replicó Starbuck—, eso es exactamente lo que quiero que le digas. Y que vamos a atacar su flanco. ¡Ahora vete y hazlo!

Adam, todavía a caballo, miró ceñudo a su amigo.

—¿Sabes lo que estás haciendo, Nate?

—Lo sé, Adam, de verdad que lo sé —le aseguró Starbuck. Lo cierto era que la oportunidad de rodear el flanco yanqui era tan evidente que el más torpe de los tontos

la habría aprovechado, aunque un hombre prudente pediría permiso antes de llevar a cabo la maniobra. Pero Starbuck estaba tan seguro de tener la razón y tan confiado en que su ataque de flanco quebraría la defensa yanqui que pedir permiso le pareció sencillamente una pérdida de tiempo—. ¡Sargento! —llamó a Truslow.

Truslow se anticipó de nuevo a la orden de Starbuck.

—¡Bayonetas caladas! —gritó a la compañía—. ¡Aseguraos de fijarlas bien! ¡Recordad girar la hoja después de colocarla en su lugar! —La voz de Truslow era tan tranquila como si aquél fuera un día más de instrucción—. ¡Tómate el tiempo que necesites, chico! ¡No des manotazos! —vociferó a un hombre que había dejado caer la bayoneta llevado por el nerviosismo; luego comprobó que la bayoneta de otro hombre quedaba fijada firmemente a la boca de su rifle. Hutton y Mallory, los otros dos sargentos de la compañía, revisaban también a sus pelotones.

—¡Capitán! —llamó uno de los hombres de Hutton. Era el cabo Peter Waggoner, cuyo hermano gemelo era también cabo de la misma compañía—. ¿Se queda o se va, capitán?

Peter Waggoner era un hombrón de movimientos lentos, con una piedad profunda y una fe arraigada.

—Me voy allí —respondió Starbuck, señalando el otro extremo del claro y tergiversando deliberadamente la pregunta.

—Ya sabe a lo que me refiero —dijo Waggoner, y muchos de los hombres de la compañía lo sabían también, porque se quedaron mirando a su capitán con aprensión. Sabían que Nathan Evans le había ofrecido un puesto y muchos temían que un cargo en el estado mayor resultaría demasiado tentador para un yanqui joven y brillante como Starbuck.

—¿Todavía crees que la gente que bebe whisky irá al infierno, Peter? —preguntó Starbuck al cabo.

—Es la verdad, ¿no? —repuso Waggoner sin dudar—. La verdad de Dios, señor Starbuck. Asegúrese de vivir libre de pecado.

—He decidido quedarme aquí hasta que tu hermano y tú os emborrachéis conmigo, Peter —replicó Starbuck.

Hubo un segundo de silencio hasta que los hombres entendieron lo que había querido decir, y luego una ovación.

—¡Silencio! —aulló Truslow.

Starbuck volvió la mirada hacia el lado enemigo del claro. No sabía por qué le querían sus hombres, pero se sentía conmovido por el afecto que le mostraban, tan conmovido que desvió la mirada para ocultar su emoción. Cuando le nombraron su capitán sabía que los hombres lo aceptaban porque tenía la aprobación de Truslow, pero después habían descubierto que su oficial yanqui era un hombre listo, orgulloso y combativo. No siempre se mostraba amable, no era como esos oficiales que se

comportan igual que los hombres a los que mandan, pero la Compañía K aceptaba las maneras reservadas y frías de Starbuck como rasgos peculiares de un noruego. Todos sabían que los yanquis eran gente rara y fría como el pescado y que los más raros y fríos de todos eran los bostonianos, pero también sabían que Starbuck protegía apasionadamente a sus hombres y estaba dispuesto a desafiar a todas las autoridades de la Confederación para salvar a cualquiera de su compañía que tuviera problemas. También se daban cuenta de que era un bribón, lo que les llevaba a pensar que tenía la suerte de su lado y, como todos los soldados, preferían un capitán con suerte a otro cualquiera.

—¿De verdad va a quedarse, señor? —preguntó Robert Decker.

—De verdad me quedo, Robert. Ahora, prepárate.

—Estoy preparado —dijo Decker, y sonrió complacido. Era el más joven de los cincuenta y siete hombres de la compañía, casi todos ellos procedentes del condado de Faulconer, donde habían sido escolarizados por Thaddeus Bird, curados por el mayor Danson, bendecidos por el reverendo Moss y empleados de una u otra forma por Washington Faulconer. Un puñado de ellos había cumplido ya los cuarenta, pero la mayoría eran muchachos de diecisiete, dieciocho o diecinueve años. Eran hermanos, primos, cuñados, amigos o enemigos, pero entre ellos no había ningún extraño y todos conocían la casa de los demás, a sus hermanas, a sus madres, sus perros, sus anhelos y sus debilidades. A los ojos de un extraño su aspecto era tan fiero y desgredado como el de una jauría de perros de caza después de una carrera bajo la lluvia en un día de invierno, pero Starbuck los conocía más a fondo. Algunos, como los hermanos Waggoner, eran muchachos de una piedad profunda que se reunían de noche con otros soldados y rezaban por el alma de su capitán, mientras que otros, como Edward Hunt y Abram Statham, eran bribones de los que no podías fiarte ni una pizca. Robert Decker, que había bajado del mismo valle de las montañas Blue Ridge que el sargento Truslow, era un joven amable, laborioso y confiable, mientras que otros, como los gemelos Cobb, eran perezosos como gatos.

—¡Se supone que has de reforzar la compañía de Murphy!

El teniente Moxey seguía aún sin moverse del lado de Starbuck. Éste se volvió a mirarlo.

—¡Ve a darle a Pecker mi mensaje! Por el amor de Dios, Mox, si has de hacer de recadero, hazlo bien. ¡Corre! —Moxey se alejó y Starbuck se volvió a Adam—: ¿Puedes hacerme el favor de ir a contarle a Pecker lo que vamos a hacer? No me fío de Moxey.

Adam picó espuelas y Starbuck volvió a centrar su atención en sus hombres. Alzó la voz por encima del estruendo de la mosquetería y explicó a la compañía lo que esperaba de ellos. Debían cruzar el claro a paso ligero y, una vez en el otro lado, girar a la derecha y formar una línea que barrería el bosque como una escoba desde el

flanco descubierto de la línea yanqui.

—No disparéis a menos que os veáis obligados a hacerlo —les aconsejó Starbuck—, tan sólo gritad con todas vuestras fuerzas y dejad que vean vuestras bayonetas. ¡Echarán a correr, os lo prometo!

Sabía por instinto que la repentina aparición de un pelotón de rebeldes aulladores sería suficiente para que los yanquis pusieran pies en polvorosa. Los hombres sonreían, nerviosos. Uno de ellos, Joseph May, que había estado rezando en voz alta mientras subía por la ladera, tenía la mirada clavada en su bayoneta para asegurarse de que estaba bien fijada en la boca de su rifle. Starbuck se dio cuenta de que bizqueaba.

—¿Dónde están tus gafas, Joe?

—Las he perdido, mi capitán. —May suspiró con tristeza—. Se me han roto —admitió por fin.

—¡Si alguno de vosotros ve a un yanqui muerto con lentes, que se las lleve a Joseph! —recomendó Starbuck a sus hombres, y luego caló su propia bayoneta en la boca de su rifle. En Manassas, y debido a la insistencia de Washington Faulconer, los oficiales de la Legión habían ido a la batalla con sables, pero los supervivientes aprendieron que a los francotiradores enemigos nada les gustaba más que un blanco que empuñaba un sable, de modo que cambiaron sus elegantes hojas por los rifles de la tropa, y los bordados de sus mangas y cuellos por uniformes sin distintivos. Starbuck llevaba también un revólver de cinco tiros con culata de marfil del que se había apoderado como botín en el campo de batalla de Manassas, pero por el momento dejó en su funda aquel caro juguete de fabricación inglesa en beneficio de su recio rifle de Misisipí, con su larga bayoneta afilada.

—¿Todo el mundo está preparado? —voceó de nuevo Starbuck.

—¡Preparados! —repuso la compañía, ansiosa por acabar de una vez con aquella batalla.

—¡Nada de gritar mientras cruzamos! —les advirtió Starbuck—. No queremos que los yanquis sepan que nos acercamos. ¡Id deprisa y con la boca bien cerrada! —Paseó la mirada por sus caras y vio en ellas una mezcla de excitación y de anticipación nerviosa. Miró a Truslow, que hizo una breve señal de asentimiento, como para añadir su aprobación a la decisión de Starbuck—. ¡Adelante! —ordenó Starbuck.

Encabezó la marcha hacia la luz solar moteada de un verde dorado que bañaba el claro y jugueteaba con los jirones de humo de pólvora de color perlado prendidos como sutiles velos de bruma de las ramas de los árboles. Se acercaba un hermoso atardecer otoñal y Starbuck sintió un miedo repentino y terrible a morir bajo aquella luz tan dulce, por lo que se apresuró, temiendo el estallido de la metralla vomitada por un cañón o la coz violenta de un balazo. Sin embargo, ningún nordista disparó

sobre la compañía mientras corría pesadamente hacia el refugio de los árboles del otro lado.

Se abrieron paso por entre el sotobosque del lado yanqui del claro. Cuando estuvo a salvo bajo los árboles, Starbuck vio un relumbro de agua en el lugar en que el río giraba para alejarse del risco, y más allá de aquella curva brillante distinguió los extensos y verdes campos de Maryland a la sombra del atardecer. La visión le hizo sentir una momentánea punzada; luego llamó a sus hombres para hacerlos girar a la derecha y formar en línea, y extendió el brazo izquierdo para indicar cómo quería que se alinearan, pero los hombres no esperaron órdenes: ya corrían entre los árboles hacia el enemigo. Starbuck había querido que avanzaran sobre el flanco yanqui en una línea consistente, pero ellos optaron por correr en pequeños grupos excitados y su entusiasmo compensó de sobra su despliegue irregular. Starbuck corrió con ellos, sin darse cuenta de que había empezado a aullar el alarido estridente de la *banshee*, el espíritu femenino anunciador de la muerte. Thomas Truslow estaba a su izquierda, empuñando su cuchillo de caza con una hoja de medio metro de largo. La mayoría de los hombres de la Legión había tenido cuchillos parecidos, pero su peso excesivo había convencido a casi todos de prescindir de ellos. El perverso Truslow había conservado el suyo y ahora lo empuñaba como su arma preferida. Era el único hombre de la compañía que no gritaba, como si el trabajo que tenía delante fuera demasiado serio para armar ruido.

Starbuck vio a los primeros yanquis. Dos hombres utilizaban un árbol caído como parapeto desde el que disparar. Uno estaba recargando y empujaba la larga baqueta por el interior del cañón, mientras su compañero apuntaba apoyado en el tronco. El hombre disparó y Starbuck vio el golpe del retroceso en el hombro del soldado y la voluta de humo salpicado de chispas al estallar la cápsula de percusión. Más allá de aquellos dos hombres, el bosque pareció llenarse de pronto de uniformes azules y, cosa más extraña, gabanes grises colgados de los árboles que se agitaban cuando una bala rebelde los perforaba.

—¡Matadlos! —gritó Starbuck, y los dos hombres apostados junto al árbol caído se volvieron con cara de horror cuando se dieran cuenta de la carga rebelde. El hombre que había recargado su rifle lo alzó frente a Starbuck, apuntó y apretó el gatillo, pero en su pánico había olvidado cebar el rifle. El martillo cayó con un chasquido sobre el acero desnudo. El hombre se irguió precipitadamente y corrió a colocarse detrás de un oficial inmóvil con el sable en alto y una mirada de sorpresa petrificada en el rostro patillado. Starbuck, cuando vio la mirada del oficial, supo que había hecho lo correcto—. ¡Matadlos! —gritó, completamente inconsciente de estar gritando algo tan sanguinario. Sólo sentía la euforia de un hombre que ha sido más listo que el rival y ha impuesto su voluntad en el campo de batalla. Era una sensación embriagadora, que le producía una exaltación maníaca—. ¡Matadlos! —volvió a

gritar, y esta vez sus gritos parecieron ser el detonante de la desintegración de todo el flanco yanqui.

Los nordistas huyeron. Algunos se descolgaron por el borde del risco y rodaron por la pendiente, pero la mayoría echó a correr siguiendo la línea de la cumbre y, a medida que corrían, más hombres se unían a la fuga, lo que hacía que la retirada fuera cada vez más tumultuosa y caótica. Starbuck tropezó con un herido que chillaba horriblemente y luego corrió hacia el claro en el que el cañón de Rhode Island había trazado su surco irregular sobre la hierba antes de precipitarse por el borde del risco. Saltó sobre un cajón de munición y siguió dando gritos de desafío a los hombres que corrían delante de él.

No todos los nordistas huían. Muchos oficiales consideraron su deber algo más importante que su seguridad y, con un valor casi suicida, siguieron en sus puestos para enfrentarse al ataque de flanco rebelde. Un teniente apuntó con calma su revólver, disparó una vez y cayó ensartado por dos bayonetas. Incluso moribundo intentó hacer fuego de nuevo, pero un tercer rebelde le descerrajó un tiro en la cabeza, de la que salió un chorro de sangre cuando la bala llegó a su destino. El teniente murió, pero los hombres de las bayonetas siguieron acuchillando su cuerpo con el ensañamiento de los perros de caza con un ciervo caído. Starbuck gritó a sus hombres que dejaran en paz al muerto y siguieran adelante. No quería dar a los yanquis tiempo para recuperarse.

Adam Faulconer cabalgaba por el claro iluminado por el sol, gritando al resto de la Legión que cruzara para apoyar a la compañía de Starbuck. El mayor Bird corrió encabezando a la escuadra de abanderados hacia el interior de los bosques crepusculares en los que resonaban los ecos de los aullidos de los atacantes rebeldes, los disparos y las órdenes dadas a gritos por oficiales nordistas, que nadie obedecía en el pánico general.

Truslow dijo a un nordista que tirara el rifle al suelo, el hombre o no le oyó o decidió desafiarlo, y el cuchillo de caza se abatió una sola vez con una horrenda economía de esfuerzo. Un grupo de yanquis, al ver copada su retirada, dio media vuelta y corrió a ciegas hacia sus atacantes. Muchos pararon en seco al darse cuenta de su error y alzaron los brazos para rendirse, pero uno, un oficial, lanzó una estocada salvaje con su sable en dirección a la cabeza de Starbuck. Starbuck se echó atrás, dejó que la hoja pasara zumbando junto a él y empujó con fuerza su bayoneta adelante y hacia abajo. Notó que el acero chocaba con las costillas del yanqui y se maldijo por haber atacado hacia abajo y no de abajo arriba.

—¡Nate! —jadeó el oficial yanqui—. ¡No! ¡Por favor!

—¡Cristo! —se le escapó a Starbuck la blasfemia. El hombre al que atacaba era un feligrés de la iglesia de su padre, un antiguo conocido con el que Starbuck había compartido una eternidad de lecciones de la escuela dominical. Lo último que



Starbuck había sabido de William Lewis fue que se había matriculado en Harvard, pero ahora tragaba saliva con la bayoneta de Starbuck clavada en las costillas.

—¿Nate? —preguntó Lewis—. ¿Eres tú?

—Tira ese sable, Will.

William Lewis sacudió la cabeza, no porque se obstinara en negarse a hacerlo, sino por el asombro de ver aparecer a su viejo amigo bajo el inverosímil disfraz de un rebelde. Luego, al ver la mirada furiosa del rostro de Starbuck, dejó caer el sable.

—¡Me rindo, Nate!

Starbuck lo dejó junto a su sable caído y corrió a reunirse con sus hombres. El encuentro con un viejo amigo le había puesto nervioso. ¿Estaba luchando contra un batallón de Boston? Si era así, ¿cuántos más enemigos vencidos lo reconocerían? ¿A cuántas familias conocidas sumiría en el duelo con sus acciones en este risco de Virginia? Luego olvidó sus escrúpulos al ver a un gigante barbudo que se enfrentaba a gritos a los rebeldes. El hombre, en mangas de camisa y tirantes, enarbolaba en una mano un escobillón a modo de garrote y en la otra empuñaba la espada, corta de hoja ancha a la romana que solían utilizar los artilleros como arma defensiva. Tenía cortada la retirada, pero se negaba a rendirse y prefería morir como un héroe a ceder como un cobarde. Ya había dejado fuera de combate a uno de los hombres de Starbuck; ahora desafiaba a los demás a luchar con él. El sargento Mallory, que era cuñado de Truslow, disparó contra aquel hombrón, pero erró el tiro y el artillero barbudo se volvió como una furia contra el nervudo Mallory.

—¡Es mío! —gritó Starbuck, que empujó a Mallory a un lado, fintó hacia adelante y se echó atrás cuando el gigante hizo revolotear el escobillón. «Éste es el deber de un oficial», se dijo Starbuck. La compañía debía darse cuenta de que era el menos asustado de todos, el más dispuesto a luchar. Además, hoy se sentía invencible. Sentía el fragor de la batalla como una llamarada que recorría sus venas. Se echó a reír mientras volvía a lanzarse a fondo con la bayoneta sólo para que la hoja fuera desviada por la espada corta.

—¡Bastardo! —escupió el artillero a Starbuck. Entonces dio varios tajos veloces y breves con la espada para intentar mantener fija en ella la atención de Starbuck mientras echaba atrás el escobillón para darse impulso. Creyó haber engañado al oficial rebelde y aulló de alegría al anticipar el golpe de aquella especie de garrote de madera sólida en el cráneo de su enemigo, pero Starbuck se agachó de forma que el escobillón pasó por encima de su sombrero de ala flexible y el impulso del golpe fallido bastó para desequilibrar al gigante. Tocó entonces a Starbuck dar un grito triunfal al tiempo que empujaba con fuerza la bayoneta hacia arriba, contra la asombrosa resistencia de la piel y la carne, y aún gritaba cuando el hombrón se tambaleó y cayó, atravesado en la larga hoja afilada como un pez moribundo en el arpón.

Starbuck intentó, jadeante, liberar su bayoneta, pero la carne del artillero se había cerrado en torno al acero y la hoja no se movió. El hombre había dejado caer sus propias armas y se aferraba débilmente al fusil clavado en su vientre. Starbuck intentó removerlo para liberar la hoja, pero la succión de la carne la hacía dura como una piedra. Apretó el gatillo del rifle, con la esperanza de que el disparo aflojara la bayoneta, pero ésta siguió atascada. El artillero dio una boqueada horrible al encajar la bala, y Starbuck optó por abandonar el arma. Dejó al artillero moribundo tendido en el suelo del bosque, desenfundó su elegante revólver de culata de marfil y corrió detrás de sus hombres sólo para descubrir que la Compañía K ya no estaba sola en el bosque, sino que era tan sólo una pequeña parte de la marea de color gris y crema que arrollaba a los defensores nordistas y empujaba a los supervivientes a una estampida espantosa que se precipitaba desde la cima del risco hacia la estrecha franja embarrada junto al río. Un sargento de Nueva York gritó al perder su precario equilibrio y rodar por la ladera hasta romperse la pierna contra una roca.

—¡Nate! —Adam espoleaba su corcel entre los árboles—. ¡Diles que paren!

Starbuck miró a su amigo sin comprender.

—¡Se ha acabado! ¡Habéis ganado! —exclamó Adam, y señaló la masa de rebeldes, que habían empezado a disparar siguiendo la abrupta pendiente del risco contra los yanquis amontonados abajo—. ¡Detenlos! —ordenó Adam, como si aquella exhibición de regocijo vengativo por la victoria fuera culpa de Starbuck, y luego hizo girar bruscamente a su montura en busca de alguien con autoridad suficiente para detener la matanza.

Salvo que nadie quería poner fin a la matanza. Los nordistas estaban atrapados a los pies del risco y los sudistas hacían llover un fuego despiadado sobre la masa que se retorció, reptaba y sangraba allá abajo. Un grupo de yanquis intentó escapar a la carnicería saltando sobre los heridos hacia la seguridad de una lancha recién llegada, pero el peso de los fugitivos hizo que la pequeña embarcación volcara. Un hombre pedía socorro mientras la corriente lo arrastraba. Otros intentaron cruzar a nado el brazo del río, pero el agua se agitaba y salpicaba azotada por las balas. La sangre tiñó la corriente y fue arrastrada en dirección al mar. Los hombres se ahogaban, morían, sangraban y la matanza interminable proseguía sin remordimientos para los rebeldes que cargaban y disparaban, cargaban y disparaban, y durante todo el tiempo se burlaban de sus enemigos vencidos, acobardados, rotos.

Starbuck se abrió paso hasta el borde del risco y contempló abajo una escena del infierno de Dante. La base del escarpe era como una masa viva removiéndose; como una bestia enorme moribunda en la penumbra creciente, aunque no era una bestia sin garras, porque aún subían disparos pendiente arriba. Starbuck sujetó el revólver en su cinturón e hizo bocina con las manos para gritar a los yanquis de abajo que cesaran el fuego.

—¡Sois prisioneros! —vociferó, pero la única respuesta fueron nuevos fogonazos entre las sombras y el silbido de las balas por encima de su cabeza. Starbuck volvió a empuñar el revólver y disparó toda la munición pendiente abajo. Truslow se había colocado a su lado, iba tomando rifles cargados de los hombres que estaban detrás y disparaba a las cabezas de los hombres que se afanaban en nadar para ponerse a salvo. El río estaba ahora cubierto de espuma, como si un gran banco de peces coleara frenéticamente para escapar a una bajada de la marea. Unos cuerpos flotaban corriente abajo, otros habían quedado enganchados en alguna rama o atascados en el barro. El Potomac se había convertido en un río de muerte, manchado de sangre, azotado por las balas, henchido de cadáveres. El mayor Bird hizo una mueca ante el espectáculo, pero no dio a sus hombres la orden de dejar de disparar.

—¡Tío! —protestó Adam—. ¡Hazles parar!

Pero en lugar de detener la matanza, Bird miraba hacia abajo con la expresión de un explorador que se hubiera tropezado de forma impensada con algún extraño fenómeno de la naturaleza. En opinión de Bird, la guerra implicaba matanza y participar en una guerra pero protestar contra la masacre era incoherente. Además, los yanquis no se rendían, sino que seguían respondiendo al fuego rebelde, y Bird contestó a la petición de Adam alzando su propio revólver y disparando un tiro hacia el torbellino de abajo.

—¡Tío! —exclamó Adam en tono de reproche.

—Nuestro trabajo es matar yanquis —replicó Bird, y miró a su sobrino, que se alejaba al galope—. Y el trabajo de ellos es matarnos a nosotros —siguió Bird, aunque hacía tiempo que Adam no podía oírle—, y si los dejamos con vida hoy, mañana podría ser su turno.

Se giró de nuevo hacia aquel horror y vació su revólver en el río cuidando de no herir a nadie. A su alrededor sus hombres gesticulaban mientras disparaban y Bird los observó, dominados por la sed de sangre, pero cuando las sombras se espesaron y cesó el fuego enemigo y el miedo y la pasión del clímax de aquel largo día se fueron desvaneciendo poco a poco, los hombres dejaron de disparar y volvieron la espalda al río revuelto y ensangrentado.

Bird encontró a Starbuck cuando éste le quitaba las gafas a un hombre muerto. Las lentes estaban sucias de sangre coagulada y Starbuck las limpió en el faldón de su guerrera.

—¿Está perdiendo vista, Nate? —preguntó Bird.

—Joe May perdió sus gafas. Tratamos de encontrar un par que le vaya bien.

—Ojalá pudiese encontrarle un cerebro nuevo. Es una de las criaturas más lerdas a las que he tenido la desgracia de dar clases —dijo Bird mientras enfundaba su revólver—. Tengo que darle las gracias por haberme desobedecido. Hizo bien. —Starbuck sonrió al recibir el cumplido. Bird vio un júbilo feroz en el rostro del

norteño y se admiró de que la batalla pudiera proporcionar tanta alegría a un hombre. Suponía que algunos hombres habían nacido para ser soldados, como otros habían nacido para ser médicos, o maestros, o granjeros y Starbuck, consideró Bird, era un soldado nacido para aquel siniestro oficio—, Moxey se quejó de usted —dijo Bird a Starbuck—, de modo que, ¿qué hacemos con Moxey?

—Deje que sean los yanquis quienes se preocupen por ese hijo de puta —respondió Starbuck, y se alejó con Bird del borde de la cima, en dirección a los árboles entre los que una compañía de Misisipí custodiaba a los prisioneros. Starbuck dio un rodeo para evitar a los cabizbajos nordistas, porque no quería ser reconocido por algún bostoniano. Un soldado de Misisipí había recogido una bandera caída y presumía con ella a la luz del crepúsculo. Starbuck vio el hermoso blasón de la Commonwealth de Massachusetts bordado en la seda blanca salpicada de sangre. Se preguntó si Will Lewis seguiría aún en la cima del risco o si, en el caos de la derrota, se habría escabullido en dirección al río e intentado pasar a la otra orilla. ¿Y qué dirían en Boston, se preguntó Starbuck, cuando supieran que el hijo del reverendo Elial había gritado el alarido rebelde vestido con un harapiento uniforme gris y que había disparado contra feligreses de la iglesia del reverendo? Al diablo lo que dijeran. Era un rebelde, había unido su suerte al desafiante Sur y no a aquellos elegantes y bien equipados soldados nordistas que parecían pertenecer a una raza distinta de los sonrientes sureños de cabellos largos.

Dejó a Bird con las banderas de la Legión y recorrió los bosques en busca de gafas o de cualquier otro botín útil que pudiera encontrar en los cadáveres. Algunos muertos parecían muy plácidos y la mayoría tenía cierto aire de asombro. Yacían con las cabezas echadas hacia atrás, las bocas abiertas, los brazos extendidos y los puños cerrados con fuerza. Las moscas se ocupaban de sus narices y sus ojos vidriosos. Por encima de los muertos, los gabanes grises de los nordistas colgados de las ramas de los árboles y agujereados por las balas recordaban vagamente, a la luz del crepúsculo, ahorcados. Starbuck encontró uno de aquellos gabanes de forro escarlata aseadamente plegado y colocado al pie de un árbol y, pensando que le sería útil en el invierno ya próximo, lo recogió y lo desplegó para comprobar que no había desgarrones de balas ni de bayonetas. Había una etiqueta pulcramente cosida al cuello del gabán y Starbuck se esforzó en leer las letras meticulosamente escritas con tinta en la pequeña tira blanca. «Oliver Wendell Holmes Jr.», rezaba la etiqueta, «20.º Mass.». El nombre trajo a Starbuck el recuerdo intenso y súbito de una familia culta de Boston y del estudio del profesor Wendell Holmes con sus frascos de muestras en estantes muy altos. Uno de aquellos frascos contenía un cerebro humano rugoso y pálido, recordó Starbuck, mientras que en otros había extraños homúnculos de cabezas desproporcionadamente grandes sumergidos en un líquido turbio. La familia no frecuentaba la iglesia de Starbuck, pero el reverendo Elial tenía una buena opinión

del profesor Holmes y por esa razón había permitido a Starbuck visitar la casa del doctor, donde hizo amistad con Oliver Wendell Júnior, un joven vehemente, delgado y amable, rápido en las discusiones y generoso por naturaleza. Starbuck deseó que su viejo amigo hubiera sobrevivido a la batalla. Luego se colgó el pesado gabán de Holmes de los hombros y fue en busca de su rifle y a comprobar cómo se habían portado sus hombres en la batalla.

\* \* \*

En la oscuridad, Adam Faulconer vomitó.

Arrodillado sobre la suave alfombra de hojas debajo de un arce, arrojó bilis hasta vaciar su estómago y sentir la garganta amarga. Luego cerró los ojos y rezó como si el futuro de la humanidad dependiera de la intensidad de su ruego.

Adam sabía que le habían dicho mentiras y, lo que era peor, sabía que se había mostrado dispuesto a creérselas. Se había convencido de que una sola batalla dura sería una sangría suficiente para atajar el mal que aquejaba a Norteamérica, pero había sucedido lo contrario, que esa batalla había agravado la fiebre, y hoy había visto a hombres matar como si fueran bestias. Había visto a su mejor amigo, a sus vecinos y al hermano de su madre matar como animales. Había visto descender al infierno a esos hombres y había visto morir como alimañas a sus víctimas.

Era de noche ahora, pero todavía se oían fuertes gemidos al pie del risco, donde decenas de nordistas se desangraban y morían. Adam había intentado bajar para ofrecer su ayuda, pero una voz le gritó que se fuera al infierno y un rifle disparó a ciegas pendiente arriba en su dirección, y aquel tiro desafiante bastó para provocar otra furiosa descarga rebelde desde la cima del risco. Luego más hombres habían gritado en la oscuridad y llorado en la noche.

En torno a Adam ardían algunas fogatas y los rebeldes victoriosos estaban sentados a su alrededor con sonrisas diabólicas en sus rostros. Habían saqueado a los muertos y vaciado los bolsillos de los prisioneros. El coronel Lee, del 20.º de Massachusetts, fue obligado a entregar su guerrera elegantemente bordada a un trasquilador de mulas de Misisipí que ahora estaba sentado junto al fuego con ella puesta y se limpiaba la grasa de las manos en el faldón. El aire de la noche estaba cargado de efluvios de whisky barato, del hedor acre de la sangre seca y del olor dulzón y mareante de los muertos pudriéndose. Unas pocas bajas del Sur habían recibido sepultura en el prado en pendiente orientado al sur hacia el monte Cacocin, pero los cadáveres nordistas seguían sin ser enterrados. La mayoría había sido reunida y apilada como si fuera leña, pero aún quedaban algunos cadáveres sin recoger, ocultos entre la maleza. Por la mañana se reclutaría un pelotón de esclavos de las granjas vecinas y se les haría abrir una zanja lo bastante grande para acoger a

los yanquis muertos. Cerca de la pila de cadáveres ensangrentados un hombre tocaba el violín junto a una fogata y algunos compañeros cantaban en voz baja al son plañidero del instrumento.

Dios, decidió Adam, había abandonado a estos hombres, del mismo modo que ellos lo habían abandonado a Él. Hoy, en la ribera de un río, se habían arrogado el poder divino de dar o quitar la vida. Se habían entregado al mal, decidió Adam en su trastorno. No importaba que algunos rebeldes victoriosos hubieran rezado al caer la noche e intentado ayudar a sus enemigos vencidos; el soplo del diablo, en opinión de Adam, los había abrasado a todos ellos.

Porque el diablo había asido a Norteamérica con su zarpa y arrastraba al país más hermoso de la tierra a su reino inmundo. Adam, que también se había dejado convencer de que el Sur necesitaba su momento de gloria marcial, se daba cuenta ahora de haber llegado a un punto de inflexión. Sabía que tenía que tomar una decisión y que esa decisión implicaba el riesgo de arrancarlo de su familia, de sus vecinos, de sus amigos e incluso de la mujer que amaba. Pero era preferible, se dijo a sí mismo arrodillado en la cima de aquel risco donde el aire hedía a muerte y a vómito, perder a su Julia que perder su alma.

La guerra tenía que terminar. Esa fue la decisión de Adam. Había intentado evitar el conflicto antes incluso de que empezaran los combates. Había trabajado con la Comisión para la Paz Cristiana y había visto cómo aquellos respetables beatos eran barridos por los partidarios fervientes de la guerra, de modo que ahora utilizaría la guerra para detener la guerra. Traicionaría al Sur porque sólo esa traición podía salvar a su país. Debía dar al Norte toda la ayuda posible y desde su puesto de ayudante del general que mandaba el ejército del Sur estaba en condiciones de dar al Norte una ayuda mayor que la mayoría de los demás hombres.

Rezó en la oscuridad y su oración pareció tener respuesta porque una gran paz descendió sobre él. Esa paz confirmó a Adam que su decisión era buena. Se convertiría en un traidor y entregaría a su país al enemigo en el nombre de Dios y en beneficio de Norteamérica.

Muchos cadáveres flotaban río abajo arrastrados por la corriente hacia la bahía de Chesapeake y el lejano océano. Algunos de ellos quedaron detenidos en las esclusas de Great Falls, donde el río giraba hacia el sur en dirección a Washington, pero la mayoría descendió por los rápidos y flotó en la noche hasta chocar con los pilares del Long Bridge por el que cruzaba el río la carretera de Washington a Virginia. El río lavó aquellos cadáveres de modo que al amanecer, cuando los ciudadanos de Washington pasaron junto a sus aguas y dirigieron la vista hacia los bancos de arena de la orilla, vieron a sus hijos limpios y blancos, translúcidas sus pieles muertas y los cuerpos tan hinchados ahora de gases que hacían saltar los botones y estallar las costuras de sus vistosos uniformes nuevos.

Y en la Casa Blanca un presidente lloró la muerte del senador Baker, su amigo querido, mientras el Sur rebelde, que veía la mano de Dios en aquella victoria junto a las aguas, entonaba oraciones de acción de gracias.

\* \* \*

Las hojas se marchitaron y, al caer, depositaron una alfombra de colores oro y escarlata sobre las tumbas recientes de Ball's Bluff. En noviembre, las tropas rebeldes se marcharon del río para alojarse en sus cuarteles de invierno, más próximos a Richmond, donde los periódicos alertaban del crecimiento cada día mayor del ejército del Norte. Se decía que el mayor general McClellan, el Joven Napoleón, entrenaba a su floreciente hueste para alcanzar nuevas cimas de perfección militar. La pequeña escaramuza de Ball's Bluff podía haber llenado algunas iglesias norteamericanas de familias en duelo, pero el Norte se consoló con el pensamiento de que su venganza estaba en manos del ejército soberbiamente equipado de McClellan, que con la llegada de la primavera caería sobre el Sur como un rayo justiciero.

La Armada nordista no esperó a la primavera. En Carolina del Sur, en aguas de Hilton Head, los buques de guerra se abrieron paso a cañonazos hasta el estrecho de Port Royal y fuerzas de desembarco tomaron por asalto los fuertes que defendían el puerto de Beaufort. La marina del Norte bloqueaba y dominaba la costa del Sur, y a pesar de que la prensa sudista intentó restar importancia a la derrota de Port Royal, la noticia provocó vítores y cánticos en los barracones de esclavos de la Confederación. Hubo más celebraciones cuando Charleston quedó destruida casi por completo por el fuego —una visita del ángel de la venganza, dijeron los predicadores del Norte—, y los mismos predicadores se regocijaron cuando se supo que un buque de guerra yanqui, desobedeciendo las leyes del mar, había abordado a un barco correo británico y apresado a los dos comisionados confederados enviados desde Richmond para negociar tratados de alianza con las potencias europeas. Algunos sudistas también jalearon la noticia, convencidos de que aquel desaire a la Gran Bretaña traería sin la menor duda a la Royal Navy a las costas americanas, y en diciembre la prensa de Richmond publicó eufórica que algunos batallones de casacas rojas estaban desembarcando en Canadá para reforzar a la guarnición permanente en el caso de que Estados Unidos decidieran guerrear contra Inglaterra en lugar de devolver a los dos comisionados secuestrados.

Negó en las montañas Blue Ridge: la nieve cubrió la tumba de la esposa de Truslow y cortó las carreteras que conducían a la porción occidental de Virginia, que había desafiado a Richmond escindiéndose del estado y decantándose por la Unión. Washington celebró la deserción y declaró que aquél era el comienzo de la disolución de la Confederación. Más tropas desfilaron por Pennsylvania Avenue hacia los

campos de instrucción de la Virginia septentrional ocupada, donde el Joven Napoleón pulía su adiestramiento. Cada día llegaban trenes con nuevos cañones procedentes de las fundiciones del Norte, que eran aparcados en filas gigantescas en los campos vecinos al edificio del Capitolio, cuya blancura relucía al sol invernal bajo la tela de araña de andamios que cubría su cúpula inacabada. Un buen empujón, decían los periódicos del Norte, y la Confederación caerá como el tronco podrido de un árbol muerto.

En la capital rebelde no reinaba la misma confianza. El invierno no había traído más que malas noticias y un tiempo peor aún. La nieve había madrugado, el frío era intenso y el lazo nordista se apretaba. La perspectiva de una victoria inminente del Norte alegró por lo menos a Adam Faulconer, que, dos semanas antes de Navidad, bajó a caballo desde la ciudad hasta el muelle de piedra de Rockett's Landing. El viento alzaba en la superficie del río olas breves y duras y silbaba entre el cordaje embreado del buque de la tregua, que zarpaba una vez a la semana de la capital confederada. El buque descendía por las aguas del río James, pasaba bajo los cañones del fuerte rebelde de Drewry's Bluff y seguía luego los meandros rodeados de pantanos salinos del río hasta su confluencia con el Appomatox. Desde allí tomaba rumbo este por un canal ancho de aguas someras para llegar, a unos ciento diez kilómetros de Richmond, a Hampton Roads, y virar al norte hasta los muelles de Fort Monroe. El fuerte, aunque en territorio de Virginia, estaba en poder de las fuerzas de la Unión desde antes del comienzo de la guerra y allí, bajo la bandera de tregua, el buque desembarcaba prisioneros nordistas que eran intercambiados por rebeldes capturados por el Norte.

El frío viento invernal azotaba Rockett's Landing con rachas de lluvia fina yapestaba el muelle con el hedor de las fundiciones que vomitaban sus humos de carbón sulfuroso a lo largo de la orilla. La lluvia y el humo daban un tacto grasiento a todo: las piedras del muelle, los norayes metálicos, los cabos de amarre del buque e incluso los uniformes ligeros y mal cortados de los treinta hombres que esperaban junto a la pasarela. Los hombres que aguardaban eran oficiales nordistas que habían sido capturados en Manassas y que, después de casi cinco meses de cautividad, iban a ser canjeados por oficiales rebeldes capturados en el curso de la campaña del general McClellan en el territorio que ahora se daba a sí mismo el nombre de estado de Virginia Occidental. Los rostros de los prisioneros estaban pálidos después de su reclusión en Castle Lightning, una nave industrial situada en Cary Street junto a los dos grandes depósitos de almacenamiento que suministraban el gas para la iluminación de las calles de la ciudad. Las ropas de los presos que iban a ser canjeados colgaban sueltas de sus cuerpos, una evidencia de que habían perdido peso durante su confinamiento en el edificio industrial convertido en cárcel.

Los hombres tiritaban mientras esperaban el permiso para embarcar en el buque



de tregua. La mayoría llevaba pequeños sacos en los que guardaba las escasas posesiones que había conseguido conservar durante su prisión: un peine, unas pocas monedas, una Biblia, algunas cartas de casa. Tenían frío, pero la perspectiva de su inminente liberación les daba ánimos y bromeaban entre ellos sobre el recibimiento que les esperaba en Fort Monroe, inventándose manjares cada vez más suculentos que les serían servidos en el comedor de los oficiales. Soñaban con langostas y filetes de buey, con sopa de tortuga y ostras, con helado y puré de manzana, con un filete de venado con salsa de arándanos, con pato en salsa de naranja, con copas de madera y jarras de vino, pero por encima de todo soñaban con café, con un buen café fuerte y auténtico.

Uno de los prisioneros no soñaba con tales cosas, y en cambio paseaba con Adam Faulconer arriba y abajo del muelle. El mayor James Starbuck era un hombre alto con un rostro que había sido mofletudo y ahora aparecía tan sólo ojeroso. Era aún un hombre joven, pero su actitud, su ceño permanente y su calvicie incipiente le hacían parecer mucho mayor de lo que era realmente. Lucía en tiempos una barba exquisita, que había perdido todo su lustre en el interior húmedo y oscuro de Castle Lightning. James había sido un prometedor abogado de Boston antes de la guerra y luego un leal ayudante de Irvin McDowell, el general derrotado en la batalla de Manassas. Ahora, a su regreso al Norte, James no sabía qué iba a ser de él.

La tarea de Adam aquel día era asegurarse de que únicamente los prisioneros cuyos nombres habían sido acordados entre los dos ejércitos eran liberados, pero esa tarea se había limitado a vocear la lista y contar los presentes, y una vez cumplido su deber buscó la compañía de James y le pidió hablar con él en privado. James, de forma bastante natural, había dado por supuesto que Adam quería hablarle de su hermano.

—¿Cree que existe alguna posibilidad de que Nate cambie de bando? —preguntó a Adam un James anhelante.

Adam no quiso darle una respuesta directa. Lo cierto es que se sentía amargamente decepcionado con su amigo Nathaniel Starbuck, el cual, en su opinión, se había abrazado a la guerra como un amante. Nate, creía Adam, había abandonado a Dios, y lo mejor que cabía esperar para él era que Dios no abandonara a Nate Starbuck; pero Adam no quería pronunciar un juicio tan duro, e intentó encontrar alguna migaja de bondad redentora que reanimara las esperanzas puestas por James en su hermano menor.

—Me dijo que asiste con regularidad a reuniones piadosas —respondió con cierta torpeza.

—¡Eso está bien! ¡Está muy bien!

James pareció animarse hasta un punto poco habitual en él, pero enseguida recuperó su ceño y se rascó el vientre. Como todos los demás presos encerrados en

Castle Lightning, tenía piojos. Al principio había considerado aquella plaga terriblemente vergonzosa, pero con el tiempo se acostumbró.

—Pero ¿qué hará Nate en el futuro? —preguntó Adam, y respondió a su propia pregunta al tiempo que sacudía la cabeza—: No lo sé. Si mi padre recupera el mando de la Legión, creo que Nate se verá obligado a buscarse otro empleo. Mi padre, sabe usted, no aprecia a Nate.

James tuvo un sobresalto de alarma cuando inesperadamente una locomotora de la línea vecina del York River Railroad soltó una bocanada de vapor que produjo un silbido estridente. La máquina arrojó aún otro gran chorro de vapor y luego sus enormes ruedas tractoras chirriaron en el intento de encontrar algún agarre en los raíles de acero mojados y resbaladizos. Un capataz dio algunos gritos a un par de esclavos que se apresuraron a esparcir puñados de arena bajo las ruedas. La locomotora encontró por fin algo de sujeción y saltó adelante, lo que hizo que chocasen con estruendo metálico los topes de una larga hilera de vagones. Un gran penacho de humo acre y negruzco flotó sobre las cabezas de Adam y James. El combustible de la locomotora era madera resinosa de pino que dejaba un alquitrán espeso en el borde de la chimenea cilíndrica.

—Tenía una razón particular para desear verle hoy —continuó Adam con embarazo cuando disminuyó el ruido de la locomotora.

—¿Decirme adiós? —sugirió James con torpe incomprensión. La suela de uno de sus zapatos se había desprendido y golpeaba el suelo cuando andaba, e incluso le hizo tropezar un par de veces.

—He de ser franco —confesó Adam nervioso, y guardó silencio mientras los dos hombres rodeaban una cadena de ancla herrumbrosa apilada en el muelle—. La guerra —se explicó finalmente Adam— tiene que terminar.

—¡Oh, desde luego! —exclamó James con fervor—. Desde luego que sí. Esa esperanza está presente en todas mis oraciones.

—No puedo describirle —prosiguió Adam con el mismo fervor— las tribulaciones que la guerra ha traído ya al Sur. Tiemblo al pensar que tales iniquidades puedan extenderse también al Norte.

—Amén —asintió James, aunque no tenía la menor idea de a qué se refería Adam. En prisión le había parecido a veces que la Confederación estaba ganando, una impresión que se vio reforzada cuando llegaron los desconsolados prisioneros de Ball's Bluff.

—Si la guerra continúa —dijo Adam—, nos degradará a todos. Seremos el escarnio de Europa, perderemos toda la autoridad moral que aún nos queda en el mundo.

Sacudió la cabeza como si le faltaran las palabras para expresar lo que sentía. Al otro lado del muelle el tren había ganado velocidad, las ruedas de los vagones

percutían en las juntas de los raíles y el humo de la locomotora se tornaba blanco contra el fondo de nubes grises. Un guarda saltó a la plataforma del último furgón en marcha y se refugió en su interior del viento frío.

—¡La guerra está mal! —exclamó por fin Adam—. Va contra los propósitos de Dios. He rezado mucho sobre esta cuestión y le pido que me comprenda.

—Le comprendo —concedió James.

Sin embargo, no quiso decir más para no ofender a su nuevo amigo añadiendo que la única manera de que se cumpliera la voluntad divina era la derrota de la Confederación, y por mucho que Adam expresara sentimientos muy próximos al corazón de James, seguía llevando el uniforme gris de los rebeldes. Todo era muy confuso, pensó James. Algunos de los presos nordistas en Castle Lightning habían alardeado en público de ser adúlteros, habían sido blasfemos y burlones y se complacían en el alcohol y el juego, no respetaban el descanso dominical, eran libertinos, hombres a los que James juzgaba como de la peor ralea y con los sentimientos más viles; pero eran soldados que luchaban por el Norte, en tanto que Adam, aquel hombre apenado y piadoso, era un rebelde.

Y entonces, para asombro de James, Adam demostró que su suposición había sido errónea.

—Es necesario —continuó Adam—, y le ruego discreción en este asunto, es necesario que el Norte consiga una victoria rápida y aplastante. Sólo así podrá detenerse esta guerra. ¿Me cree usted?

—Le creo, le creo. Por supuesto. —James se sintió abrumado por las palabras de Adam. Se detuvo y bajó la mirada hacia su rostro de hombre más joven, sin atender a la campana que había empezado a tocar para llamar a los prisioneros a bordo del buque de la tregua—. Y uno mis oraciones a las suyas —añadió James en tono santurrón.

—Ahora necesitaremos algo más que oraciones —repuso Adam, y extrajo de su bolsillo una Biblia de papel fino que tendió a James—. Voy a pedirle que se lleve esto al Norte. Oculta dentro de las tapas va una lista completa de las unidades de nuestro ejército, sus efectivos actualizados a esta semana y las posiciones que ocupan hoy en Virginia.

Adam era demasiado modesto. En el escondrijo practicado en las tapas de piel de la Biblia había embutido todos los detalles relacionados con las defensas confederadas en el norte de Virginia. Había consignado puntualmente la fuerza de todas las brigadas del ejército rebelde y mencionado la posibilidad de que el gobierno de Richmond ordenara una nueva leva en primavera. Su cargo en el estado mayor había permitido a Adam hacer constar el total semanal de piezas de artillería recién manufacturadas que habían llegado al ejército procedentes de las fundiciones de Richmond, y revelar cuántos de los cañones que apuntaban a las patrullas nordistas

desde los reductos rebeldes en torno a Centreville y Manassas eran meras simulaciones. Había incluido un bosquejo de las defensas de Richmond, con el aviso de que el cinturón de fortines y trincheras estaba aún en construcción y de que a cada mes que pasara los obstáculos serían más formidables. Hablaba al Norte del nuevo barco acorazado de hierro que se estaba construyendo en secreto en los astilleros de Norfolk y de los fuertes que protegían de una posible aproximación a Richmond por el río. Adam había incluido todo lo que él podía saber, descrito los puntos fuertes del Sur y sus debilidades, y apremiaba al Norte con el argumento de que un solo ataque masivo bastaría sin duda para desbaratar la secesión como si fuera un castillo de naipes.

Adam esperaba con todas sus fuerzas que aquella traición completa fuera suficiente para acabar la guerra, pero era lo suficientemente sensato para darse cuenta de que quien recibiera sus apuntes probablemente pediría más información. Ahora, mientras paseaba por el muelle grisiento bajo la lluvia helada, Adam contó a James al detalle cómo enviarle un mensaje desde el Norte. Adam había trabajado mucho en su plan e intentado prevenir cualquier desliz que pudiera revelar su identidad a las autoridades sudistas. Sabía que el mayor peligro lo plantearían los mensajes que llegaran del Norte al Sur.

—Por esa razón preferiría que no volviera a entrar en contacto conmigo —advirtió a James—, pero si ha de hacerlo, le ruego que no utilice nunca mi nombre en las cartas.

—Por supuesto.

James puso sus manos frías en las tapas de piel de la Biblia, con la conciencia culpable de estar experimentando una alegría indecisa. Era justo y adecuado sentirse feliz por el hecho de que Adam hubiera abrazado la causa del Norte, pero le avergonzaba darse cuenta de que aquella decisión le beneficiaba a él mismo, porque la carta oculta en la Biblia podía muy bien relanzar su carrera militar. En lugar de regresar al Norte como el ayudante humillado de un general vencido, de pronto se convertía en el correo de la victoria del Norte. Sus oraciones no sólo habían sido escuchadas, sino que el cielo le devolvía el ciento por uno.

—De ser necesario, puedo enviar más información —siguió diciendo Adam—, pero sólo a usted. A nadie más. No hay nadie más en quien pueda confiar. —En los dos bandos proliferaban informadores dispuestos a traicionar a cualquiera por el precio de una botella de whisky, pero Adam estaba seguro de poder confiar en aquel abogado de Boston tan piadoso y devoto como ninguna otra persona en el ejército—. ¿Me da su palabra de cristiano de que mantendrá en secreto mi identidad?

—Por supuesto —aseguró James, aún aturdido por aquel increíble golpe de suerte.

—Quiero decir secreto para todo el mundo —insistió Adam—. Si revela mi

identidad al general McClellan, no me fío de que él no lo cuente a alguien más, y ese alguien podría traerme la ruina. Prométamelo. Nadie más que usted y yo debe saberlo.

James asintió con la cabeza.

—Lo prometo.

Se volvió al oír sonar de nuevo la campana. Sus compañeros de prisión subían ya la pasarela, pero James no se movió aún para seguirlos. Rebuscó en un bolsillo interior de su guerrera sucia y descolorida y sacó un paquete envuelto en tela impermeable. Apartó la tela y apareció una pequeña Biblia de bolsillo muy manoseada, con las tapas rotas.

—¿Le dará esto a Nate? ¿Le pedirá que la lea?

—Con sumo gusto. —Adam tomó la gruesa Biblia y observó como James envolvía sus nuevas Escrituras en el retal de tela.

—Y dígame —añadió James con voz fervorosa— que si vuelve al norte haré todo lo que pueda para reconciliarlo con padre y madre.

—Claro que sí —asintió Adam, aunque no se atrevía a imaginar cómo respondería Starbuck a la generosidad de su hermano.

—¿Quiere quedarse aquí, señor? —llamó un marinero a James, desde el barco.

—Recuerde su promesa —dijo Adam—. No diga a nadie quién le ha dado esa carta.

—Puede confiar en mí —aseguró James a Adam—. No se lo diré a nadie.

—Dios le bendiga. —Adam sintió un repentino afecto hacia aquel hombre bueno y desmañado que era de forma tan patente un hermano en Cristo—. Y Dios bendiga a Estados Unidos.

—Amén —respondió James, y luego le tendió la mano—. Rezaré por usted.

—Gracias —dijo Adam, y estrechó la mano de James antes de acompañar al nordista hasta el barco que esperaba.

Se izó la pasarela y se largaron las amarras. James permanecía junto a la borda, con su nueva Biblia bien sujeta en las manos. Cuando fue retirada la última amarra y el barco se movió perceptiblemente hacia la corriente del río, los prisioneros liberados dieron vítores. Las ruedas de los costados del buque empezaron a girar y sus grandes palas batieron el agua blanca y grasosa. El movimiento de las palas provocó más gritos de los presos, de todos excepto de James, que se mantenía silencioso y apartado. Un penacho de humo sucio asomó por la chimenea alta del barco y flotó luego sobre el río.

Adam vio deslizarse el buque más allá del muelle, favorecido en su avance por la corriente a favor del viento frío. Alzó el brazo para hacer un último saludo a James y luego examinó su Biblia de bolsillo: vio que los márgenes estaban cubiertos de notas de una escritura apretada. Era la Biblia de un hombre que se esforzaba en cumplir la

voluntad de Dios, la Biblia de un hombre bueno. Adam cerró el libro y lo apretó contra su cuerpo, como si la palabra de Dios pudiera transmitirle fuerzas, y luego dio media vuelta y fue cojeando hasta el lugar donde esperaba amarrado su caballo. El viento seguía soplando frío y desapacible, pero Adam sintió una calma inmensa porque había hecho lo correcto. Había elegido el camino de la paz y al obrar así no traería más que bendiciones a su país, que sería de nuevo un solo país, Norte y Sur unidos por designio divino.

Adam regresó cabalgando a la ciudad. A su espalda, el barco de la tregua daba paladas y humeaba mientras tomaba la curva y se dirigía al sur con su cargamento de traición y de paz.

## **SEGUNDA PARTE**

## Capítulo 4

El aniversario del nacimiento de George Washington fue el día elegido para la investidura formal de Jefferson Davis como presidente de los Estados Confederados de América. Ya había habido una investidura anterior en Montgomery, Alabama, pero la ceremonia sólo había habilitado a Davis como presidente de un gobierno provisional. Ahora, consagrado por unas elecciones e instalado en la nueva capital de la Confederación, repetiría la celebración. La elección del aniversario del nacimiento de Washington como fecha para la segunda ceremonia era un intento de infundirle una dignidad simbólica, pero el día auspicioso sólo trajo una lluvia miserable e incesante que obligó a la enorme multitud congregada en la plaza del Capitolio de Richmond a refugiarse bajo un techo formado por paraguas tan densamente trabados que parecía que los oradores se dirigían a una extensión de tela negra y reluciente. El tamborileo de la lluvia sobre los techos de los carruajes y las telas en tensión de los paraguas era tan atronador que nadie, salvo las personas que ocupaban la tribuna, pudo oír ninguno de los discursos, las ovaciones o incluso el solemne juramento presidencial. Después de prestar juramento, el presidente Davis pidió la ayuda de Dios para la justa causa del Sur y su invocación se vio puntuada por los estornudos y las toses de los dignatarios que lo rodeaban. Los nubarrones grises de febrero se agolpaban bajos sobre la ciudad, oscureciéndolo todo a excepción de las nuevas banderas de batalla del ejército confederado del Este. La bandera, que colgaba del asta detrás de la plataforma y de todos los techos visibles de los edificios que se alzaban en torno a la plaza del Capitolio, era de color rojo con una cruz de San Andrés azul en la que se habían cosido trece estrellas para representar a los once estados rebeldes más los de Kansas y Misuri, cuya lealtad reivindicaban los dos bandos. A los sudistas que buscaban augurios favorables les complació que fueran trece los estados fundadores de la nueva nación, porque trece habían sido los que fundaron una nación distinta ochenta y seis años antes; pero también hubo entre la multitud otros que señalaron que el número traía mala suerte, del mismo modo que la lluvia torrencial les pareció un presagio funesto para el presidente recién proclamado.

Después de la ceremonia una procesión de notables sucios de barro recorrió Twelfth Street para asistir a una recepción en la casa Brockenborough de Clay Street, cedida por el gobierno como mansión presidencial. La casa estuvo pronto abarrotada de personas empapadas que colgaban sus abrigos de las dos estatuas de la Comedia y la Tragedia que decoraban el vestíbulo y luego pasaban de una habitación a otra para alabar o criticar el gusto en lo concerniente a mobiliario y a cuadros del nuevo presidente. Los esclavos del presidente habían colocado fundas protectoras sobre las caras alfombras de los salones, pero los visitantes querían examinar el dibujo y retiraban las esquinas de las fundas de algodón, de modo que muy pronto los



hermosos motivos de las alfombras estuvieron pisoteados por botas embarradas, mientras que la doble decoración de plumas de pavo real que había en la repisa de la chimenea del vestidor de las damas fue asaltada por personas que querían tener un recuerdo de aquel día. El presidente en persona se había colocado, ceñudo, junto a la chimenea de mármol del comedor y aseguraba a todos los que acudían a felicitarlo que consideraba la ceremonia de aquel día como una ocasión de la mayor solemnidad y su presidencia como una responsabilidad tremendamente pesada. Estaba previsto que algunos músicos del ejército amenizaran la velada, pero era tal el gentío y tan apretujado, que el violinista ni siquiera tenía espacio para desplazar su arco, de modo que los soldados se retiraron a la cocina, donde los cocineros los obsequiaron con un buen madeira y pollo frío en gelatina.

El coronel Washington Faulconer, resplandeciente en un elegante uniforme confederado que resaltaba todavía más el cabestrillo negro que sostenía su brazo derecho, fue a felicitar al presidente y se hizo un pequeño lío al no poder estrechar su mano con el brazo derecho herido y ofrecer en cambio el izquierdo.

El presidente Davis consiguió por fin darle un apretón seco y torpe, y murmuró que se sentía honrado por la presencia de Faulconer en aquella ocasión solemne que anunciaba una época de pesadas responsabilidades.

—Las responsabilidades pesadas reclaman grandes hombres, señor presidente —respondió Washington Faulconer—, lo que significa que somos afortunados al tenerle a usted.

La delgada boca de Davis se torció levemente en reconocimiento del cumplido. Sufría una fuerte jaqueca que le hacía aparecer más distante y frío de lo acostumbrado.

—Lamento —dijo, rígido— que no se sintiera usted con ánimo para aceptar el encargo de comisionado.

—Aunque desde luego me he evitado unas cuantas molestias al renunciar, señor presidente —respondió Faulconer en tono ligero antes de caer en la cuenta de que en estado de guerra se suponía que todos los hombres habían de estar dispuestos a aceptar molestias, aunque éstas implicaran verse secuestrados por la Armada de la Unión de los cómodos camarotes de un barco correo británico.

Los dos comisionados habían sido ya liberados, lo que había evitado que el Norte tuviera que combatir a los británicos además de a la Confederación, pero las noticias que llegaban de Europa no eran buenas. Francia no apoyaría al Sur a menos que antes lo hicieran los británicos y los británicos no intervendrían a menos que el Sur diera señales claras de que podían ganar la guerra sin ayuda exterior, todo lo cual era un embrollo sin pies ni cabeza. El presidente, al reflexionar sobre aquel fracaso diplomático, concluyó que se había elegido a los hombres equivocados como comisionados. Slidell y Masón eran hombres sin cultura, de modales toscos,

acostumbrados al tono más familiar de la política norteamericana, pero les faltaba sagacidad para moverse en el suelo resbaladizo de las cancillerías de una Europa suspicaz. Un comisionado más elegante, creía ahora el presidente, podría haber alcanzado un éxito mayor.

Y Washington Faulconer era ciertamente un hombre impresionante. El cabello era de un rubio muy claro y el rostro franco y honesto casi resplandecía de tan agraciado. Tenía los hombros anchos, la cintura delgada y una de las mayores fortunas de Virginia; una fortuna tan grande que había podido reclutar un regimiento entero sólo con su dinero y además equiparlo con estándares similares a los mejores del ejército. El rumor aseguraba que era capaz de repetir esa generosidad una docena de veces sin que sus finanzas se resintieran. Era, desde todos los puntos de vista, un hombre afortunado y notable, y el presidente Davis volvió a sentirse irritado por el hecho de que Faulconer hubiera rechazado una misión diplomática para perseguir su sueño de comandar una brigada en el campo de batalla.

—Lamento ver que aún no se ha recuperado, Faulconer —dijo el presidente señalando el cabestrillo negro.

—Una pequeña pérdida de destreza, señor presidente, pero no es suficiente para impedirme empuñar la espada en defensa de mi país —respondió Faulconer en tono modesto, aunque lo cierto era que su brazo estaba restablecido por completo y sólo llevaba el cabestrillo para crear una impresión de heroísmo. El cabestrillo negro resultaba especialmente irresistible para las mujeres, un efecto más conveniente aún por la ausencia en Richmond de la esposa de Faulconer, que vivía una existencia de inválida enferma de los nervios en la finca rural de la familia—. Y confío en poder emplear pronto mi espada —añadió Faulconer, con un énfasis que sugería que deseaba el apoyo del presidente para su ascenso a brigadier.

—Sospecho que muy pronto todos nos veremos absorbidos por nuestras distintas responsabilidades —respondió en tono vago el cadavérico presidente.

Deseaba que viniera su esposa y le ayudara a tratar con toda esta gente impaciente que deseaba más entusiasmo que el que él se sentía capaz de mostrar. Varina se desenvolvía muy bien en la charla menuda, mientras que en aquellas reuniones sociales el presidente sentía que las palabras se le trababan en la lengua. ¿Afligirían a Lincoln de la misma manera los aspirantes a un cargo?, se preguntó Davis. ¿O haría gala su colega presidente de más mano izquierda con los extraños inoportunos? Un rostro familiar apareció de pronto junto a Faulconer, un hombre que sonreía e inclinaba la cabeza ligeramente ante el presidente, en solicitud de reconocimiento. Davis rebuscó en su memoria el nombre de aquel individuo y, a Dios gracias, lo recordó en el momento justo.

—Señor Delaney —saludó el presidente sin entusiasmo al recién llegado. Belvedere Delaney era un abogado y un chismoso al que Davis no recordaba haber

invitado a su recepción, pero que, típico en él, había venido de todos modos.

—Señor presidente. —Delaney se inclinó en reconocimiento del alto cargo de Jefferson. El abogado de Richmond era un hombre bajito, regordete y sonriente cuyos modales untuosos ocultaban una mente tan afilada como el diente de una serpiente—. Permítame transmitirle mis sinceras felicitaciones por su investidura.

—Una ocasión solemne, Delaney, que anticipa pesadas responsabilidades.

—Como el tiempo parece sugerir, señor presidente —repuso Delaney, que mostraba un regocijo impío por lo lluvioso del día—. Y ahora, señor, si me lo permite, he de solicitar la atención del coronel Faulconer. No puede monopolizar usted la compañía de nuestros héroes confederados durante todo el día, señor.

Davis movió la cabeza, agradecido a Delaney por llevarse a Faulconer, pero aquella pausa sólo sirvió para que un congresista obeso viniera a felicitar cordialmente a su paisano de Misisipí por haber asumido el cargo de primer presidente de la Confederación.

—Es una pesada tarea y una solemne responsabilidad —murmuró el presidente.

El congresista de Misisipí dio una sonora palmada en el hombro a Jefferson Davis.

—Que le vayan dando a las tareas pesadas, Jeff —aulló al oído del presidente—. Lo único que necesitamos es que envíes a nuestros muchachos al norte a cortarles los huevos al viejo Abe Lincoln.

—Las cuestiones de estrategia debo dejarlas para los generales.

El presidente hizo un intento de apartar al congresista para recibir en su lugar la felicitación de tono más elevado de un clérigo episcopaliano.

—Diablos, Jeff, sabes tanto de la guerra como el mejor de nuestros soldados. —El congresista lanzó un salivazo cargado de tabaco de mascar hacia una escupidera. El gargajo no llegó a su destino y fue a estamparse en cambio en el vuelo empapado de lluvia de la falda de la esposa del clérigo—. Ya es hora de darles lo suyo a esos yanquis de mierda de una vez por todas —opinó el congresista, radiante, y luego ofreció al presidente su petaca—. El mejor whisky de elaboración casera a este lado del río Tennessee, Jeff. ¡Un trago te curará cualquier achaque!

\* \* \*

—¿Buscaba mi compañía, Delaney? —Faulconer estaba irritado porque aquel abogado rechoncho y astuto lo había apartado del lado del presidente.

—No soy yo quien lo busca, Faulconer, sino Daniels, y cuando Daniels llama a alguien, lo más prudente es responder —dijo Delaney.

—¡Daniels! —exclamó Faulconer asombrado, porque John Daniels era uno de los hombres más poderosos y esquivos de Richmond. También tenía fama de feo y mal

hablado, pero no por ello menos importante, porque era Daniels quien decidía qué causas y a qué hombres apoyaría el poderoso *Examiner* de Richmond. Vivía solo con dos perros salvajes, y para él era un placer azuzarlos uno contra otro mientras se reía observándolos sentado en una silla alta de barbero. Él mismo era un tipo belicoso; se había enfrentado dos veces en duelo a sendos enemigos en el Bloody Run, el campo del honor habitual en Richmond, y había sobrevivido las dos veces, aumentando de paso su pésima reputación. También era considerado por muchos sudistas como un teórico político de primera línea, y su panfleto «La cuestión de los negros» era admirado por todos aquellos que no veían necesario modificar la institución de la esclavitud. Ahora, al parecer, el formidable John Daniels esperaba a Faulconer en el porche elevado de la fachada posterior de la nueva mansión presidencial, donde, fusta en mano, contemplaba malhumorado la lluvia.

Dedicó a Faulconer una mirada de reojo y luego señaló con la fusta el agua que goteaba de los árboles desnudos.

—¿Es este tiempo un presagio para nuestro presidente, Faulconer? —preguntó Daniels con su voz bronca y áspera, sin entretenerse en presentaciones formales.

—Espero que no, Daniels. ¿Cómo está usted?

—¿Y qué piensa usted de nuestro nuevo presidente, Faulconer? —continuó Daniels, ignorando el cortés saludo de Faulconer.

—Pienso que somos afortunados al contar con un hombre así.

—Habla como un editorialista del *Sentinel*. ¡Afortunados! Por Dios, Faulconer, el viejo Congreso de Estados Unidos estaba repleto de patanes como Davis. He visto a hombres mejores caerse de los lomos de un puerco. Le impresiona por su gravedad, ¿no es eso? Oh, es un hombre grave, una tumba, se lo garantizo, porque no hay nada vivo dentro de él, nada que no sean las nociones de la dignidad, el honor y las responsabilidades del gobierno. No son nociones lo que necesitamos, Faulconer, sino acción. Necesitamos hombres que vayan a matar yanquis. Necesitamos ahogar el Norte en sangre yanqui, no hacer bonitos discursos desde las tribunas. Si los discursos ganaran batallas, ahora estaríamos cruzando el Maine camino de conquistar Canadá. ¿Sabía que Joe Johnston estuvo en Richmond hace dos días?

—No, no lo sabía.

—¿Sabe cómo le llama Johnston, Faulconer? —preguntó Daniels con su vozarrón desagradable. A Daniels no le importaba que Faulconer fuera uno de los hombres más ricos del Sur, tan rico que podía comprar doce veces el *Examiner*; Daniels era consciente de su propio poder, y ese poder consistía en la habilidad de moldear la opinión pública del Sur. Ese poder le daba derecho a sentarse en la mecedora de juncos del presidente con sus botas sucias plantadas en la barandilla del porche trasero del presidente mientras Faulconer, con su vistoso uniforme de coronel, estaba de pie delante de él como un solicitante—. Le llama el héroe de Manassas —dijo

Daniels en tono áspero—. ¿Qué dice usted a eso?

—Que se lo agradezco mucho —respondió Faulconer.

Lo cierto era que el apelativo se debía a un malentendido, porque el general Johnston no había llegado a saber nunca que no fue Faulconer quien mandó a la Legión en el ataque de flanco por sorpresa contra el Norte en Manassas, sino el desconocido Thaddeus Bird, y tampoco se había enterado Johnston de que Bird tomó aquella decisión desobedeciendo deliberadamente las órdenes de Faulconer. Por el contrario Johnston, como muchos otros dirigentes de la Confederación, estaba convencido de que en Washington Faulconer el Sur había encontrado a un héroe brillante y providencial.

Esa creencia había sido celosamente alimentada por el propio Washington Faulconer. El coronel había pasado los meses transcurridos desde Manassas discursando sobre la batalla en salas y teatros desde Fredericksburg hasta Charleston. Contó a sus auditorios la historia de un desastre evitado y de una victoria arrancada a una derrota segura, y añadió dramatismo y colorido a su historia gracias a una pequeña banda de músicos heridos que tocaban canciones patrióticas y que, en los momentos más espectaculares de la narración, imitaban los toques de corneta para dar a los oyentes la impresión de que ejércitos fantasmales maniobraban justo al otro lado de los cortinajes que ocultaban las ventanas de la sala. Luego, cuando la historia llegaba a su clímax y todo el destino de la Confederación oscilaba indeciso en la balanza, Faulconer hacía una pausa y el redoble de un tambor sugería una descarga de mosquetería mientras los golpes espaciados de un timbal imitaban los ecos de un cañón lejano, antes de que Faulconer hablara del heroísmo que había ganado la batalla. Entonces los aplausos ahogaban el fuego simulado de los tambores. El heroísmo del Sur había derrotado al poder malévolo de los yanquis y Faulconer sonreía modesto, rodeado de aclamaciones.

Es cierto que Faulconer nunca reclamó para sí el título de héroe de Manassas, pero su relato de la batalla no desmentía en concreto aquella atribución. Si le preguntaban lo que había hecho él en persona, Faulconer rehusaba contestar y declaraba que la modestia era una virtud natural en un guerrero, pero luego se palpaba el brazo derecho en su cabestrillo negro y veía que los hombres erguían la espalda con respeto y las mujeres le dirigían miradas rendidas. Se había acostumbrado a la adulación; de hecho, había repetido tantas veces el mismo discurso que había llegado a convencerse de su propio heroísmo, y esa convicción le hacía difícil de soportar el rechazo de la Legión a su persona la noche de Manassas.

—¿Fue usted un héroe? —preguntó ahora directamente Daniels a Faulconer.

—Todos los hombres de Manassas fueron héroes —respondió Faulconer en tono sentencioso.

Daniels se echó a reír al oír la respuesta.

—Tendría que haber sido abogado como usted, ¿eh, Delaney? ¡Sabe hacer frases que no quieren decir nada!

Belvedere Delaney se había estado limando las uñas, pero ahora dedicó al editor una breve sonrisa desprovista de humor. Delaney era un hombre puntilloso, ingenioso y astuto del que Faulconer no acababa de fiarse. El abogado llevaba un uniforme confederado, aunque Faulconer no conseguía imaginar muy bien qué responsabilidades marciales tenía encomendadas. Por otra parte, se rumoreaba que Delaney era el propietario del famoso burdel de la señora Richardson en Marshall Street y también de otra casa aún más exclusiva en Franklin Street. Si era cierto, sin duda los chismorreos sumados de los dos burdeles proporcionaban a Delaney una información temible acerca de buen número de los líderes de la Confederación, y tampoco había la menor duda de que el astuto abogado informaba extensamente sobre todas aquellas intimidades al ceñudo, maligno y retorcido Daniels.

—Necesitamos héroes, Faulconer —dijo Daniels ahora. Contempló con amargura los senderos encharcados y los arriates embarrados del jardín bajo el aguacero. Un hilo de humo salía del cobertizo presidencial donde se estaban curando una docena de jamones de Virginia—. ¿Se ha enterado de lo de Henry y Donelson?

—Así es —dijo Faulconer.

En Tennessee Forts Donelson y Henry habían sido capturados y ahora parecía inminente la caída de Nashville, en tanto que por el este la marina yanqui había golpeado de nuevo, en esta ocasión para capturar la isla de Roanoke, en Carolina del Norte.

Daniels dirigió una mirada malévola al elegante virginiano.

—¿Y qué diría usted, Faulconer, si yo le contara que Johnston se dispone a abandonar Centreville y Manassas?

—¡No puede hacer eso!

Faulconer quedó auténticamente sobrecogido por la noticia. Demasiados acres del norte de Virginia habían sido ya ocupados por el enemigo y ceder una porción mayor del suelo del estado sin luchar aterraba a Faulconer.

—Pues sí puede. —Daniels hizo una pausa para encender un largo puro negro. Escupió la punta por encima de la barandilla y luego exhaló una bocanada de humo hacia la lluvia—. Ha decidido replegarse detrás del río Rappahannock. Alega que podremos defendernos mejor allí que en Centreville. Nadie ha anunciado aún la decisión, se supone que es un secreto, lo que quiere decir que lo sabe Johnston, lo sabe Davis, lo sabemos usted y yo y la mitad de los malditos yanquis probablemente lo saben también. ¿Y adivina usted lo que propone Davis que hagamos al respecto, Faulconer?

—Confío en que luchará contra esa decisión —respondió Faulconer.

—¿Luchar? —rio Daniels, burlón—. Jeff Davis no sabe lo que significa esa

palabra. Sólo escucha a Granny Lee. ¡Prudencia! ¡Prudencia! ¡Prudencia! En lugar de luchar, Faulconer, Davis propone que la semana próxima hagamos un día de oración y ayuno. ¿Puede creerlo? Tenemos que pasar hambre para que Dios todopoderoso atienda a nuestros ruegos. Muy bien, pues que Jeff Davis se apriete el cinturón, pero que me condenen si lo hago yo. Me daré un banquete ese día. ¿Se unirá usted a mí, Delaney?

—Con enorme placer, John —dijo Delaney, y luego se volvió a mirar hacia la puerta del extremo de la galería, que se había abierto. Un niño pequeño, de cuatro o cinco años tal vez, apareció con un aro. El niño sonrió a los extraños.

—Tata dice que puedo jugar aquí —explicó el niño, que Washington Faulconer supuso era el hijo mayor del presidente.

Daniels le dirigió una mirada venenosa.

—¿Quieres un azote, niño? Si no, lárgate de aquí ahora mismo.

El niño desapareció lloroso y el editor se volvió hacia Faulconer.

—No sólo vamos a retirarnos de Centreville, Faulconer, sino que como no hay tiempo suficiente para trasladar los suministros del ejército de la terminal ferroviaria de Manassas, ¡les prenderemos fuego! ¿Puede concebir una cosa así? Nos pasamos meses almacenando víveres y munición para el ejército, y con el primer brote de la primavera decidimos quemar hasta la última brizna de material y escapar como mujeres asustadas detrás del río más próximo. Lo que necesitamos, Faulconer, son generales con pelotas. Generales con olfato. Generales que no tengan miedo de luchar. Lea esto.

Sacó del bolsillo de su chaqueta una hoja de papel plegada, que resultó ser la prueba de imprenta del artículo editorial del *Examiner* de Richmond.

El editorial fue bálsamo puro para el alma de Faulconer. Declaraba que había llegado el momento de una iniciativa audaz. La primavera traería con toda seguridad un asalto enemigo de una dureza sin parangón, y la Confederación sólo sobreviviría si afrontaba ese asalto con bravura e imaginación. El Sur no prevalecería si se comportaba con cobardía, y desde luego no lo haría cavando trincheras como las que proponía el general Lee que rodearan Richmond. La Confederación, proclamaba el editorial, se consolidaría con hombres audaces y clarividentes, y no con los trabajos de drenaje de unos ingenieros. El escritor admitía a regañadientes que los actuales líderes de la Confederación eran personas bienintencionadas, pero demasiado apegadas a ideas obsoletas, y sin duda había llegado el momento de ascender a hombres nuevos a puestos de responsabilidad. Uno de esos hombres era el coronel Washington Faulconer, sin empleo desde Manassas. Si se lanzaba a un hombre así contra el Norte, concluía el artículo, la guerra habría acabado con la llegada del verano. Faulconer leyó por segunda vez el editorial y se preguntó si debía ir a Shaffers esa misma tarde para encargarse de los galones extra para sus mangas y los

ribetes dorados que habrían de rodear las estrellas bordadas a los lados del cuello. ¡Brigadier general Faulconer! El nuevo rango, decidió, sonaba bien.

Daniels tomó de nuevo el papel.

—La cuestión, Faulconer, es la siguiente: ¿publicamos esto?

—Es usted quien decide, Daniels, no yo —dijo con modestia Faulconer, que ocultó su júbilo resguardando un cigarro del viento y aplicándole una cerilla. Se preguntó si la publicación de aquel artículo no ofendería a demasiados mandos militares, y luego se dio cuenta de que no se atrevía a expresar aquella tímida reserva a Daniels, por si éste cambiaba el editorial para recomendar que diesen una brigada a algún otro oficial.

—Pero ¿es usted nuestro hombre? —gruñó Daniels.

—Si lo que me pregunta es si yo atacaré y volveré a atacar, sí. ¿Lo que quiere saber es si abandonaré Manassas? No. ¿Se refiere a si emplearé a hombres buenos para cavar trincheras alrededor de Richmond? ¡Nunca!

Daniels guardó silencio después de la vibrante declaración de Faulconer. De hecho, guardó silencio durante tanto rato que Washington Faulconer empezó a sentirse un tanto ridículo, pero por fin el pequeño editor de la barba negra habló de nuevo:

—¿Conoce la fuerza del ejército de McClellan? —Hizo la pregunta sin volverse para mirar a Faulconer.

—Con exactitud, no.

—Nosotros sí, pero no imprimimos la cifra en el periódico porque podríamos dar un motivo serio para que mucha gente se desesperase. —Daniels agitó en el aire su larga fusta y su voz bronca sonó sólo un poco más fuerte que la lluvia furiosa e incesante—. El Joven Napoleón, Faulconer, cuenta con más de ciento cincuenta mil hombres. Tiene quince mil caballos y más de doscientos cincuenta cañones. Cañones grandes, Faulconer, cañones aniquiladores, los mejores que han producido las fundiciones norteamericanas, y se alinean rueda con rueda para pulverizar a nuestros pobres muchachos sureños y convertirlos en una papilla sanguinolenta. ¿Y con cuántos pobres muchachos sureños contamos nosotros? ¿Setenta mil? ¿Ochenta? ¿Y cuándo acaba su plazo de alistamiento? ¿En junio, julio? —La mayor parte del ejército del Sur se había presentado voluntaria para sólo un año de servicio y al concluir ese año los supervivientes esperaban volver a sus casas—. Tendremos que movilizar hombres, Faulconer —siguió diciendo Daniels—, si queremos zurrar a ese sedicente genio, McClellan, en primavera.

—La nación nunca permitirá una movilización forzosa —dijo con firmeza Faulconer.

—La nación, coronel, permitirá cualquier condenada cosa que nos dé la victoria —replicó Daniels en tono duro—, pero ¿mandará usted a esos reclutas, Faulconer?



Ésa es la cuestión que importa ahora. ¿Es usted mi hombre? ¿Le apoyará el *Examiner*? Después de todo, no es usted el oficial con más experiencia, ¿no es así?

—Yo puedo aportar ideas nuevas —sugirió Faulconer en tono modesto—, sangre nueva.

—Pero un brigadier nuevo y sin experiencia necesitará un segundo en el mando competente y experimentado. ¿No tengo razón, coronel?

Daniels miró con malevolencia a Faulconer mientras hablaba. Faulconer sonrió feliz.

—Yo desearía que mi hijo Adam sirviera a mi lado. Ahora está en el estado mayor de Johnston, de modo que tiene experiencia, y no hay un hombre más capaz ni más honesto en toda Virginia.

La repentina sinceridad y el apasionamiento de Faulconer eran palpables. Se sentía orgulloso de su hijo hasta la desesperación, no sólo por amor paterno, sino porque admiraba las evidentes virtudes de Adam. De hecho, a veces le parecía a Faulconer que Adam era su único éxito indudable, el logro que justificaba el resto de su vida. Ahora se volvió sonriente hacia el abogado.

—Usted puede confirmar lo que digo del carácter de Adam, ¿no es así, Delaney?

Pero Belvedere Delaney no respondió. Su mirada seguía perdida en el jardín chorreante.

Daniels emitió un siseo dubitativo y luego sacudió su fea cabeza en un gesto de rechazo.

—No me gusta, Faulconer. No me gusta una maldita pizca. Para mí apesta a favoritismo. ¡A nepotismo! ¿Es ésa la palabra, Delaney?

—«Nepotismo» es la palabra exacta, Daniels —confirmó Delaney sin mirar a Faulconer, cuya expresión era la de un niño al que acaban de dar una bofetada brutal.

—El *Examiner nunca* apoyará el nepotismo, Faulconer —continuó Daniels con su voz rasposa.

Luego hizo un breve gesto a Delaney, que abrió obediente la puerta central de la galería para dejar que saliera al porche una criatura flaca y desgarrada vestida con un uniforme empapado y raído que hizo que el recién llegado temblara de frío al salir a la intemperie. Era un hombre de edad mediana y por su aspecto la vida no le había tratado bien. Lucía una espesa barba negra que encanecía en algunos lugares, sus ojos estaban hundidos y un tic le contraía la mejilla. Era evidente que sufría un resfriado porque se limpió la nariz goteante con la manga y luego secó ésta en la barba despeinada y sucia de hebras de jugo de tabaco seco.

—¡Johnny! —saludó aquella criatura de escaso atractivo a Daniels, en tono familiar.

—¿Faulconer? —se dirigió Daniels al coronel—. Éste es el mayor Griffin Swynyard.

Swynyard hizo una rápida inclinación de cabeza y tendió la mano izquierda, a la que, según vio Faulconer, le faltaban los tres dedos de en medio. Los dos hombres se dieron un apretón torpe. El espasmo de la mejilla derecha de Swynyard le daba una curiosa expresión indignada.

—Swynyard —dijo Daniels a Faulconer— sirvió en el antiguo ejército de Estados Unidos. Se graduó en West Point, ¿cuándo?

—Promoción del veintinueve, Johnny. —Swynyard hizo chocar sus talones.

—Luego sirvió en la guerra mexicana y en la seminola. ¿No es cierto?

—He arrancado más cabelleras que cualquier otro hombre blanco vivo, coronel —aseguró Swynyard, que al sonreír a Faulconer mostró una hilera de dientes amarillos podridos—. ¡Corté treinta y ocho piezas en un solo día! —alardeó Swynyard—. Todas con mis propias manos, coronel. ¡Mujeres, chiquillos, guerreros! ¡Chorreaba sangre por los codos! ¡Salpicado hasta los sobacos! ¿Ha tenido usted alguna vez el placer de cortar una cabellera, coronel? —preguntó Swynyard con una intensidad feroz.

—No —consiguió decir Faulconer—. No, no lo he tenido.

Estaba tratando de recuperarse del rechazo de Daniels al nombramiento de Adams y se daba cuenta de que el ascenso iba a tener un precio.

—Tiene truco —siguió diciendo Swynyard—. ¡Como cualquier otra habilidad, tiene truco! Los soldados jóvenes intentan arrancarlas por las buenas y por supuesto no funciona. Acaban por tener en las manos algo parecido a una rata muerta. —Swynyard lo creía divertido porque abrió su boca desdentada y exhaló una carcajada silbante—. Tirar y arrancar no es un buen método con las cabelleras, coronel. No, tiene que pelarlas, ¡como haría con la piel de una naranja! —Hablabla con entusiasmo y mostró cómo operar con su mano mutilada, de aspecto de garra—. Si alguna vez pasa por el Tidewater, en la costa, le enseñaré mi colección. Tengo tres cabañas de troncos llenas de cabelleras selectas, todas bien curadas y curtidas. —Era evidente que Swynyard creía haber causado una buena impresión a Faulconer porque le dirigió una sonrisa de simpatía que disparó el temblor de su mejilla—. ¿Le apetece ver una cabellera ahora mismo, coronel? —preguntó de pronto Swynyard mientras se llevaba una mano al botón del bolsillo del pecho de la guerrera mientras hablaba—. Siempre llevo una encima. Como amuleto de la buena suerte, ¿entiende? Era de una mujer seminola. Una zorrita chillona, ya lo creo. Los salvajes chillan, se lo digo yo, ¡y de qué modo!

—No, gracias —dijo Faulconer para impedir la exhibición del trofeo—. ¿De modo que es usted un virginiano, mayor? —preguntó para cambiar de tema y disimular el disgusto que le inspiraba el contrahecho Swynyard—. ¿Del Tidewater, dice?

—De los Swynyards de Charles City Court House —aseguró Swynyard con un

orgullo evidente—. ¡El nombre fue famoso en tiempos! ¿No es así, Johnny?

—Swynyard e Hijos —dijo el editor con la mirada clavada en la lluvia—, comerciantes de esclavos para los cultivadores de Virginia.

—Pero mi papá perdió el negocio por culpa del juego, coronel —se confió Swynyard—. Hubo un tiempo en que el nombre de Swynyard era emblemático en la trata de negros, pero papá se jugó el negocio y lo perdió. ¡Desde entonces hemos sido pobres! —exclamó con orgullo, pero aquella declaración desafiante permitió intuir a Washington Faulconer cuál era exactamente la proposición que iban a hacerle.

El editor alzó su cigarro.

—Los Swynyard son primos míos, Faulconer. Parientes.

—¿Y él le ha pedido un empleo? —aventuró Faulconer.

—¡En el periódico, no! —intervino el mayor Swynyard—. No se me da bien escribir, coronel. Eso se lo dejo a los tipos inteligentes como mi primo Johnny aquí presente. No, yo soy soldado y siempre lo seré. Me amamanté en la boca de un mosquete, podría decirse. Soy un luchador, coronel, y tengo tres cabañas abarrotadas de moños de infieles para demostrarlo.

—Pero por el momento estás sin empleo —apuntó Daniels a su primo.

—En efecto, ando buscando la plaza más adecuada para mi talento de luchador —confirmó Swynyard a Faulconer.

Hubo una pausa. Daniels se sacó el editorial del bolsillo y fingió examinar con ojo crítico aquellos párrafos. Faulconer captó la sugerencia.

—Si encuentro un empleo para mí mismo, mayor —se apresuró a decir Faulconer a Swynyard—, consideraré un gran honor y un privilegio que acepte usted ser mi mano derecha.

—¿Quiere decir su segundo en el mando? —le interrogó John Daniels desde la mecedora del presidente.

—Mi segundo en el mando, en efecto —se precipitó a confirmar Faulconer.

Swynyard juntó sus talones.

—No le decepcionaré, coronel. Puede que carezca de modales elegantes, por Dios, ¡pero lo que es fiereza me sobra! No soy un hombre blando, Dios mío, no. ¡Mandaré a la tropa como manda usted a sus negros! ¡Duro y deprisa! Sanguinario y brutal, no hay otro camino, ¿no tengo razón, Johnny?

—Toda la razón, Griffin. —Daniels plegó el editorial pero todavía no lo guardó en el bolsillo de su chaqueta—. Por desgracia, Faulconer —continuó Daniels—, mi primo se empobreció en el servicio a su país. Me refiero a su antiguo país, nuestros nuevos enemigos. Y eso quiere decir que ha venido a nuestro nuevo país con un montón de deudas. ¿No es así, Griffin?

—Me persigue la mala suerte, coronel —confesó Swynyard de sopetón. Una lágrima asomó al rabillo del ojo y el tic de la mejilla se aceleró—. Se lo di todo al

antiguo ejército. ¡Incluso mis dedos! Y me quedé sin nada, coronel, nada. Pero no pido mucho, sólo una oportunidad para servir y luchar, y una tumba de buena tierra confederada cuando hayan concluido mis honestas fatigas.

—Pero también quieres saldar tus deudas —intervino John Daniels con intención—, en particular las que tienes conmigo.

—Será un placer para mí proporcionarle el crédito que necesite —dijo Faulconer mientras se preguntaba cuánto dolor le costaría aquel placer.

—Es usted un caballero, coronel —dijo Swynyard—, un cristiano y un caballero. Se nota a simple vista, coronel, es así. Estoy conmovido. En lo más profundo, señor, tocado en lo más profundo. —Y Swynyard se enjugó la lágrima del rabillo del ojo e irguió la espalda como señal de respeto hacia su salvador—. No le decepcionaré. No soy hombre que decepcione, coronel. Decepcionar no forma parte de la naturaleza de un Swynyard.

Faulconer dudaba de la verdad de aquella afirmación, pero intuía que su mejor oportunidad para ser ascendido a general dependía de la ayuda de Daniels, y si el precio de Daniels era Swynyard, lo pagaría.

—Entonces estamos de acuerdo, mayor —dijo Faulconer, y extendió su mano izquierda.

—De acuerdo, señor, de acuerdo. —Swynyard estrechó la mano que le ofrecía Faulconer—. Usted sube un peldaño, señor, y yo hago lo mismo —añadió con una sonrisa desdentada.

—¡Espléndido! —exclamó Daniels en voz alta, y luego con delicadeza e intención volvió a guardar el editorial doblado en el bolsillo de su chaqueta—. Ahora, si ustedes dos, caballeros, desean conocerse mejor el uno al otro, el señor Delaney y yo tenemos asuntos que discutir.

Así despedidos, Faulconer y Swynyard fueron a unirse al gentío que seguía abarrotando la casa del presidente y dejaron a Daniels azotando la lluvia con su fusta.

—¿Estás seguro de que Faulconer es nuestro hombre?

—Ya oíste a Johnston —respondió Delaney, feliz—. ¡Faulconer fue el héroe de Manassas!

Daniels arrugó el entrecejo.

—He oído rumores de que pillaron a Faulconer con el culo al aire. Dicen que ni siquiera estuvo con la Legión durante la batalla.

—Chismes de envidiosos, querido Daniels, simples chismes de envidiosos.

Delaney, a sus anchas delante del poderoso editor, sacó un cigarro. Su reserva de preciosos cigarrillos franceses se había agotado a estas alturas y aquella carencia era posiblemente la razón más acuciante por la que quería que la guerra acabara pronto. Y para que acabara de una vez Delaney, como Adam Faulconer, apoyaba en secreto al Norte y trabajaba para su victoria tramando maldades desde la capital del Sur. Y el

logro que había conseguido hoy, se dijo, era una auténtica obra maestra. Acababa de convencer al editor de prensa más importante del Sur para que pusiera toda la enorme influencia de su periódico al servicio del más vanidoso e inútil de los soldados de la Confederación. Faulconer, según la cáustica opinión que Delaney tenía de él, nunca había llegado a madurar mentalmente y sin sus riquezas no era más que un bobo con la sesera vacía.

—Es nuestro hombre, John. Estoy seguro.

—Entonces, ¿por qué ha estado sin empleo desde Manassas?

—La herida del brazo ha tardado mucho tiempo en curar —expuso Delaney en tono vago. La verdad, sospechaba, era que el desmedido orgullo de Faulconer le impedía servir bajo el mando del lenguaraz y maleducado Nathan Evans; pero Daniels no tenía por qué saberlo.

—¿Y no liberó a sus negros? —preguntó Daniels, pugnaz.

—Lo hizo, John, pero tuvo motivos poderosos.

—El único motivo poderoso para liberar a un negro es que el bastardo esté muerto —declaró Daniels.

—Creo que Faulconer dio la libertad a sus esclavos en cumplimiento del deseo de su padre moribundo —mintió Delaney. La verdad es que Faulconer había manumitido a sus hombres para agradar a una mujer del Norte, abolicionista ardiente, cuyos atractivos habían encandilado momentáneamente al propietario de Virginia.

—Bueno, por lo menos me he librado de Swynyrd —gruñó Daniels, y calló al oír los vítores que venían del interior de la casa. Era evidente que alguien estaba pronunciando un discurso, y la multitud puntuaba la alocución con risas y aplausos. Daniels miró ceñudo la lluvia que seguía cayendo copiosamente.

—No necesitamos palabras, Delaney, necesitamos un maldito milagro.

La Confederación necesitaba un milagro porque el Joven Napoleón estaba por fin a punto y su ejército superaba a las tropas sudistas de Virginia en una proporción de dos a uno. La primavera estaba a punto de llegar. Eso quería decir que los caminos quedarían libres de nuevo para el paso de los cañones y el Norte estaba prometiendo a su gente que Richmond iba a ser capturado y la rebelión acabaría. Los campos de Virginia serían abonados con los muertos virginianos y el único recurso que le quedaba al Sur para evitar una derrota ignominiosa y aplastante era esperar un milagro. Y en lugar del milagro, pensó Delaney, él iba a dar al Sur a Faulconer. Era un chiste como para partirse de risa.

Porque el Sur estaba condenado sin remedio.

\* \* \*

Poco después de amanecer volvió la caballería al galope a través de los campos;

los cascos salpicaban gotas plateadas de rocío de la hierba húmeda.

—¡Los yanquis están en Centreville! ¡Daos prisa!

Los jinetes picaron espuelas, para superar el terraplén erizado de cañones, sólo que no eran cañones de verdad lo que asomaba por las troneras, sino cañones cuáqueros. Los cañones cuáqueros eran troncos pintados de negro y arrimados a las troneras para que tuvieran el aspecto de bocas de piezas de artillería.

La Legión Faulconer iba a ser el último regimiento de infantería en abandonar las posiciones de Manassas y posiblemente también el último en desplazarse a las nuevas fortificaciones que se estaban excavando detrás del río Rappahannock. La retirada implicaba la cesión de más territorio de Virginia a los nordistas y las carreteras que se dirigían hacia el sur desde Manassas llevaban ya varios días abarrotadas de refugiados que se dirigían a Richmond.

Las únicas defensas abandonadas en Manassas y Centreville serían los cañones cuáqueros, las mismas piezas falsas que habían salpicado el paisaje durante todo el invierno para mantener a las patrullas yanquis alejadas del ejército de Johnston. Aquel ejército había sido milagrosamente aprovisionado de víveres transportados penosamente en tren hasta los almacenes de Manassas durante todo el invierno, pero ahora no había tiempo para evacuar los almacenes, de modo que aquellos preciosos víveres estaban siendo quemados. El cielo marceño estaba ya ennegrecido de humo y olía a buey en salazón asado cuando la compañía de Starbuck prendió fuego a las últimas hileras de vagones que aún quedaban en el empalme ferroviario. Los vagones habían sido ya rodeados de montones de leña menuda, brea y pólvora y, cuando se arrojaron teas encendidas en aquellos montones de materias inflamables, el fuego prendió entre estallidos y ardió con fiereza. Uniformes, arreos, cartuchos, bribas, tiendas de campaña se deshicieron en humo. Luego los propios vagones ardieron y las llamas se agitaron al viento y vomitaron hacia el cielo su humareda negra. Fue incendiado un pajar repleto de heno, y luego un almacén de ladrillo con harina, puerco en salazón y cereales secos. Las ratas huyeron de los almacenes en llamas y fueron cazadas por los perros excitados de la Legión. Cada compañía había adoptado por lo menos media docena de chuchos callejeros, mimados con cariño por los soldados. Ahora los perros partían el cuello a las ratas de una dentellada y las sacudían ya muertas, salpicando sangre. Sus amos los jaleaban.

Los vagones ardieron hasta que no quedó de ellos otra cosa que los pares de ruedas ennegrecidas rodeados por rescoldos y ceniza. El sargento Truslow dirigía un pelotón de trabajo que levantaba los raíles y los arrojaba a pilas de leña ardiendo empapadas en brea. El calor generado por aquella leña amontonada era tan fuerte que deformaba los raíles de acero hasta dejarlos inservibles. Alrededor del regimiento había más hogueras, porque la retaguardia estaba destruyendo todos los víveres y el equipo almacenados durante dos meses de invierno.

—¡Nos vamos, Nate! —El mayor Bird se acercó a pie cruzando la terminal ferroviaria abrasada y saltó alarmado cuando un cajón de munición se prendió en uno de los vagones. Los cartuchos estallaron como petardos y formaron una bola de fuego en una esquina del vagón en llamas—. ¡Al sur! —gritó Bird en tono teatral, señalando en aquella dirección—. ¿Has oído la noticia, Nate?

—¿Noticia, señor?

—Nuestro behemoth se ha enfrentado a su leviatán. La ciencia rivalizó con la ciencia y apuesto a que ambos ingenios se combatieron con saña hasta dejar la partida en tablas. Lástima. —Bird se detuvo de repente y frunció la frente—. Una verdadera lástima.

—¿Los yanquis también tienen un barco de metal, señor? —preguntó Starbuck.

—Llegó el día siguiente de la victoria del *Virginia*.

Nate. Nuestra momentánea superioridad naval se ha desvanecido. ¡Sargento! ¡Deje esos raíles, es hora de emprender la marcha a menos que quiera ser huésped de los yanquis esta noche!

—¿Hemos perdido nuestro barco? —preguntó Starbuck incrédulo.

—El periódico dice que todavía flota, pero lo mismo ocurre con el monstruo metálico de ellos. Nuestra reina ha quedado neutralizada por la reina enemiga, de modo que el resultado por el momento es un empate. ¡Dese prisa, teniente! —La última frase iba dirigida a Moxey, que se esforzaba en cortar la soga de cáñamo de un pozo con un cuchillo mellado.

La moral de Starbuck se hundió. Ya era bastante malo que el ejército abandonara Manassas Junction a los yanquis, pero todos se habían animado ante la inesperada noticia de que un arma secreta sudista, un barco forrado de hierro e inmune al fuego de cañón, se había adentrado navegando por Hampton Roads y allí había diezmado al escuadrón nordista de buques de madera que bloqueaba la costa. Los barcos de la Armada de la Unión habían dado media vuelta y huyeron, algunos encallaron, otros se hundieron y el resto hizo sencillamente lo que pudo para escapar a una velocidad acrecida por la desesperación de tener detrás al chirriante, humeante, pesado pero vengativo *Virginia*, el buque acorazado construido a partir del casco de un barco abandonado por la Armada unionista, el *Merrimack*. La victoria había parecido una compensación por el abandono de Manassas y creó expectativas de acabar con el bloqueo de la Armada de la Unión, pero ahora resultaba que el Norte contaba con una bestia similar, que había luchado con el *Virginia* confederado sin ser derrotada.

—No importa, Nate. Todo lo que hemos de hacer ahora es decidir la guerra en tierra —dijo Bird, y dio unas cuantas palmadas para animar a los rezagados a abandonar la estación en llamas y formar para marchar por la carretera que se dirigía al sur.

—Pero ¿cómo, en el nombre de Dios, han sabido que teníamos un barco de

hierro? —preguntó Starbuck.

—Porque tienen espías, por supuesto. Probablemente centenares de ellos. ¿Crees que todas las personas que viven al sur de Washington se convirtieron de repente en patriotas, de un día para otro? —preguntó Bird—. Por supuesto que no. Y no me cabe duda de que algunos tipos están convencidos de que cualquier acuerdo con los yanquis es preferible a esta miseria.

Señaló hacia un grupo de refugiados que marchaban en condiciones penosas y de pronto lo asaltó la imagen de su propia querida esposa forzada a abandonar su casa por los invasores yanquis. Era difícil que ocurriera una cosa así, porque el condado de Faulconer se encontraba en el corazón de Virginia, pero de todos modos Bird se llevó la mano al bolsillo en el que guardaba el retrato de Priscilla cuidadosamente envuelto para preservarlo de la lluvia y la humedad. Intentó imaginar su pequeño hogar con sus partituras musicales tiradas por el suelo y sus violines y flautas ardiendo entre los ecos de las risotadas de las tropas yanquis.

—¿Se encuentra bien? —Starbuck había visto la mueca que apareció de pronto en el rostro de Bird.

—¡Caballo enemigo! ¡Atentos todos! —gritó el sargento Truslow a su compañía, pero también con la intención de que el grito despertara al mayor Bird de su ensueño—. Yanquis, señor.

Truslow señaló al norte, donde las siluetas de un grupo de jinetes resaltaban contra los troncos grises de los árboles de un bosque lejano.

—¡En marcha! —gritó Bird hacia la cabeza de la columna de la Legión. Luego se volvió de nuevo hacia Starbuck—: Estaba pensando en Priscilla.

—¿Cómo está? —preguntó Starbuck.

—Ella dice que muy bien, pero aunque no fuera cierto no diría otra cosa, ¿no le parece? Esa querida muchacha nunca se quejará para no preocuparme. —Bird se había casado con una mujer de la mitad de su edad y, como les ocurre a muchos solterones empedernidos que sucumben por fin ante el enemigo, sentía por su nueva esposa un cariño que llegaba a la adoración—. Dice que ha plantado cebollas. ¿No es demasiado pronto para plantar cebollas? ¿O quiere decir que las plantó el año pasado? No lo sé, pero me impresiona todo lo que sabe de cebollas esa mujer adorable. No lo sé. El Señor conoce cuándo la veré de nuevo. —Sorbió y se volvió a mirar a los lejanos jinetes, que parecían muy preocupados por el espectacular despliegue de cañones de madera que simulaban amenazar su avance—. Adelante, Nate, o atrás, mejor dicho. Abandonemos este campo de cenizas al enemigo.

La Legión desfiló delante de los almacenes incendiados y luego cruzó la pequeña ciudad. Unas pocas casas estaban desiertas, pero la mayoría de los habitantes se quedaba.

—¡Esconda esa bandera, hombre! —gritó Bird a un carpintero que ostentaba



desafiante la nueva bandera confederada en el techo de su taller—. ¡Pliéguela y escóndala! ¡Volveremos!

—¿Queda alguien detrás de usted, coronel? —El carpintero ascendió a Bird sin darse cuenta.

—Sólo un poco de caballería. ¡Todo lo que viene detrás son yanquis!

—¡Deles a esos bastardos una buena zurra, coronel! —pidió el carpintero mientras corría a arriar la bandera.

—Haremos lo que podamos. ¡Que tenga buena suerte!

La Legión dejó atrás la población y marchó impertérrita por una carretera encharcada y embarrada después del paso de los carros de los refugiados. La carretera llevaba a Fredericksburg, donde la Legión debía cruzar el río y destruir el puente antes de unirse al grueso del ejército sudista. La mayor parte del ejército se retiraba siguiendo una carretera más al oeste que iba directamente a Culpeper Court House, donde el general Johnston había establecido su nuevo cuartel general. Johnston suponía que los yanquis tratarían de realizar un movimiento amplio para desbordar la línea defensiva del río, por lo que sería necesario dar una gran batalla en el condado de Culpeper, «una batalla de tales dimensiones —comentó Bird a Starbuck— que haría que la de Manassas pareciera una simple escaramuza».

La retirada de la Legión le llevó a cruzar el antiguo campo de batalla. A su derecha quedaba la larga pendiente por la que habían huido en desorden después de detener durante unas horas el ataque por sorpresa de los yanquis y a su izquierda la colina más abrupta en la que Stonewall Jackson consiguió finalmente resistir, contraatacar y rechazar al ejército nordista. Habían pasado ocho meses desde aquella batalla, pero las laderas empinadas de la colina mostraban aún las cicatrices de los impactos de la artillería. Junto a la carretera se alzaba una casa de piedra en la que Starbuck había visto a los cirujanos cortar y aserrar carne y huesos de los heridos, y en cuyo patio habían excavado y rellenado una fosa muy somera que, después de la erosión de las lluvias del invierno, dejaba asomar las puntas blancas de huesos rotos por entre el suelo rojizo. En el patio había también un pozo en el que Starbuck recordó haber saciado su sed en medio del calor terrible, exacerbado por la pólvora, de aquel día. Un grupo de rezagados, hoscos y desafiantes, se habían instalado junto al pozo.

La presencia de los rezagados, todos pertenecientes a regimientos que marchaban por delante de la Legión, irritó a Truslow.

—Se supone que sois hombres, ¿no?, y no mujeres.

La Legión pasó delante de más y más rezagados. Algunos estaban enfermos y no podían seguir caminando, pero muchos estaban sencillamente cansados o tenían ampollas en los pies. Truslow les gritó, pero ni siquiera su desprecio salvaje pudo convencer a los rezagados de que ignoraran la sangre que manchaba sus botas y

siguieran caminando. Pronto algunos hombres de las compañías de vanguardia de la Legión empezaron a quedarse atrás.

—Esto no va bien —fue Truslow a quejarse a Starbuck—. Si seguimos así, perderemos la mitad del ejército.

Vio a tres hombres de la Compañía A de la Legión y se fue derecho a ellos, les bramó que eran unos bastardos de corazón de gallina y les ordenó que siguieran caminando.

Los tres hombres no le hicieron caso; Truslow dio un puñetazo al más alto de los tres y lo dejó tendido en el suelo.

—¡Levántate, hijo de perra! —gritó Truslow. El hombre sacudió la cabeza y empezó a retorcerse en el barro cuando Truslow le dio un puntapié en el vientre—. ¡Levántate, bastardo sin estómago! ¡Arriba!

—¡No puedo!

—¡Déjelo en paz! —llamó al orden Starbuck a Truslow, que se volvió asombrado de recibir una reprimenda directa de su oficial.

—¡No voy a permitir que estos hijos de puta nos hagan perder la guerra porque son unos cagados cobardes! —protestó Truslow.

—Tampoco yo pienso dejar que ocurra eso —replicó Starbuck, y se dirigió al lugar donde estaba caído el hombre de la Compañía A, observado por una veintena de rezagados ansiosos de ver cómo se las arreglaba el oficial alto y moreno para conseguir lo que no había podido hacer el sargento bajito y feroz.

Truslow escupió en el polvo al acercarse Starbuck.

—¿Es que va a ponerse a razonar con el hijo de puta?

—Sí —respondió Starbuck—. Eso voy a hacer. —Se plantó delante del hombre caído, contemplando por toda la Compañía K, que se había detenido para disfrutar de la confrontación—. ¿Cómo te llamas? —preguntó Starbuck al rezagado.

—Ives —respondió el hombre en tono cansado.

—¿Y no puedes seguir marchando, Ives?

—Supongo que no.

—Siempre ha sido un hijo de puta inútil para cualquier cosa —intervino Truslow—. Igual que su padre. Le digo que si todos los de la familia Ives fueran mulos, usted los habría matado a tiros nada más nacer.

—¡Ya está bien, sargento! —exclamó Starbuck en tono de reprimenda. Luego sonrió al empapado y sufriente Ives—: ¿Sabes quién viene detrás? —le preguntó.

—Una parte de nuestra caballería —dijo Ives.

—¿Y detrás de la caballería?

—Yanquis.

—Atice a ese bastardo holgazán —gruñó Truslow.

—¡Déjeme en paz! —gritó Ives al sargento. Ives se había envalentonado por el

trato cortés y considerado de Starbuck y por la presencia de los demás rezagados, que murmuraban resentidos por la brutalidad de Truslow y parecían apreciar el tono razonable de Starbuck.

—¿Y sabes lo que harán contigo los yanquis? —preguntó Starbuck a Ives.

—Supongo que no será peor que esto, capitán —repuso Ives.

Starbuck asintió.

—Así que no puedes seguir.

—Supongo que no.

Los demás rezagados mostraron su acuerdo con murmullos. Todos estaban demasiado cansados, demasiado doloridos, demasiado empapados, demasiado desesperados, demasiado infelices para pensar en seguir caminando. Lo único que querían era tumbarse a un lado del camino. Más allá de esa idea de descanso inmediato nada les preocupaba ni les atemorizaba.

—Entonces puedes quedarte aquí —aclaró Starbuck a Ives.

Truslow protestó con un gruñido. Los demás rezagados sonrieron satisfechos cuando Ives, aparentemente vencedor, quiso ponerse de pie.

—Sólo una cosa más —añadió Starbuck sonriente.

—¿Sí, capitán? —Ives ahora estaba ansioso por agradecer.

—Puedes quedarte aquí, Ives, pero no puedo dejar que te quedes con un equipo que pertenece al gobierno. No sería justo, ¿verdad? No queremos que los yanquis se queden nuestras preciosas armas y nuestros uniformes, ¿verdad que no? —sonrió.

Ives se sintió de pronto inquieto. Sacudió la cabeza con cautela, pero era evidente que no entendía bien lo que estaba diciéndole Starbuck.

Starbuck se volvió hacia su compañía.

—¡Amos, Ward, Decker, venid aquí! —Los tres hombres corrieron hacia Starbuck, que señaló a Ives con un gesto—. Quitadle toda la ropa a este bastardo sin redaños.

—Usted no puede... —empezó a decir Ives, pero Starbuck dio un paso adelante, le dio un puñetazo en el vientre y luego lo abofeteó con la otra mano. Ives se derrumbó de nuevo en el barro.

—¡Desnudadlo! —ordenó Starbuck—. Cortad a tiras la ropa de ese bastardo y quitádsela.

—¡Jesucristo! —blasfemó otro de los rezagados mientras contemplaba incrédulo cómo los hombres de Starbuck rasgaban las ropas de Ives y se las quitaban a tirones. Truslow, ahora sonriente, se hizo cargo del riñe y la munición del hombre. Ives gritaba que quería quedarse con la Legión, pero Starbuck sabía que necesitaba dar ejemplo con un hombre y la desgracia había hecho que a Ives le tocara ser ese hombre. Ives se debatió y forcejeó, pero nada pudo contra los hombres de Starbuck, que le quitaron las botas, la mochila, la manta enrollada, le bajaron los pantalones y

cortaron a tiras la guerrera y la camisa. Ives quedó vestido sólo con unos calzoncillos raídos y mugrientos, tambaleante, con la sangre manando de la nariz por el golpe que le había dado Starbuck.

—¡Voy a seguir marchando, capitán! —rogó Ives—. ¡De verdad quiero hacerlo!

—Quítate los calzoncillos —dijo Starbuck, implacable.

—¡No puede hacer eso!

Ives quiso huir, pero Robert Decker lo alcanzó, le quitó de un tirón la raída prenda interior y dejó a Ives enteramente desnudo bajo la lluvia y el barro.

Starbuck volvió la mirada hacia los demás rezagados.

—Si alguno de vosotros quiere quedarse aquí y confraternizar con los yanquis, ¡que empiece a desvestirse ahora mismo! Si no, seguid caminando.

Todos empezaron a andar. Algunos exageraban su cojera para mostrar que tenían un motivo auténtico para rezagarse, pero Starbuck gritó que podía despojar a un hombre de su muleta con más facilidad aún que de su ropa, lo que hizo caminar más deprisa al grupo de rezagados. Algunos incluso echaron a correr para poner la mayor distancia posible entre ellos y Starbuck y Truslow, e hicieron correr la voz de que no habría compasión para nadie en la retaguardia de la columna de la Legión.

Ives suplicaba que le devolvieran la ropa. Starbuck sacó su pistola.

—¡Largo de aquí!

—¡No puede hacerme esto!

Starbuck disparó. La bala salpicó de barro los tobillos de Ives, blancos como el vientre de un pescado.

—¡Corre! —gritó Starbuck—. ¡Ve a buscar a los yanquis, hijo de perra!

—¡Te mataré! —gritó Ives. Corría ahora chapoteando desnudo en los charcos de la carretera, en dirección a Manassas—. ¡Te mataré, yanqui bastardo!

Starbuck enfundó el revólver y sonrió a Truslow.

—¿Lo ve, sargento? Razonar con cariño es un truco que funciona siempre.

—Es usted un hijo de su madre más listo que el hambre, ¿eh?

—Sí, sargento, lo soy. ¡Adelante ahora! —gritó a su compañía, y todos siguieron la marcha sonrientes, mientras Truslow repartía la munición de Ives. El número de rezagados disminuyó hasta que sólo quedó un puñado, que parecía estar formado por hombres realmente inválidos. Starbuck hizo que sus hombres les quitaran las armas y los cartuchos, pero por lo demás los dejó en paz. No hubo más remolones.

A primera hora de la tarde la Legión pasó delante de lo que había sido la mayor factoría de salazón de carne de la Confederación, pero que ahora era un infierno de llamas amarillas y azules. La grasa silbaba y chisporroteaba, formaba riachuelos ardientes que serpenteaban por entre las casuchas donde vivían los esclavos de la fábrica. Los negros miraban pasar a los soldados sin revelar el menor atisbo de emoción. Sabían que pronto iban a llegar los nordistas, pero no se atrevían a mostrar

alegría ante la perspectiva. Los niños se colgaban de los delantales de sus madres, los hombres observaban desde las sombras mientras a sus espaldas la carne se asaba y freía, lo que esparcía un aroma tentador a buey y tocino por todo el húmedo terreno circundante.

El olor a tocino acompañó a la Legión hasta mediada la tarde, cuando ya la caballería que cubría la retaguardia había alcanzado a la infantería en retirada. Los jinetes desmontaron y llevaron de las riendas a sus caballos cansados, blanqueados por el sudor. Algunos jinetes no tenían silla de montar y utilizaban en su lugar mantas dobladas, en tanto que las bridas de otros estaban hechas con sogas anudadas. Los hombres echaban un vistazo a las cunetas de la carretera mientras marchaban hacia el sur, en busca de alguna cosa útil que hubiera sido arrojada allí por los batallones de infantería que iban delante. Había gabanes, tiendas de campaña, mantas y armas, todo ello sacado de los almacenes abandonados en Manassas, pero que después había resultado demasiado pesado para llevarlo a costas y sencillamente se había arrojado a un lado. Los perros de la Legión se atracaron de comida robada en los almacenes incendiados y desechada luego a medida que aumentaba la fatiga de los hombres.

—Esto parece más una derrota que una retirada —gruñó Starbuck a Thaddeus Bird.

—Creo que los libros de texto lo llaman un repliegue táctico —repuso Bird con regocijo. Estaba disfrutando. La vista de tanto material reducido a cenizas era la prueba de la idiotez esencial del género humano, especialmente de la porción del género humano investida de autoridad, y a Bird siempre le divertían esas pruebas de estupidez generalizada. De hecho disfrutaba tanto que a veces se sentía culpable por ello.

—¿Verdad que usted no tendrá nunca ningún sentimiento de culpa, Starbuck?

—¿Yo? —Starbuck se sorprendió al oír la pregunta—. Continuamente.

—¿Por disfrutar de la guerra?

—Porque soy un pecador.

—¡Ja! —A Bird le gustó aquella confesión—. ¿Se refiere a la esposa del herrero de Manassas? ¡Qué tontería, sentirse culpable por hacer algo que es natural! ¿Se siente culpable el árbol por crecer? ¿O el pájaro por volar? Si se siente a disgusto no es por cometer pecados, Starbuck, sino por miedo a la soledad.

El dardo fue certero, tanto que Starbuck simuló no haberlo oído, y en cambio preguntó a Bird:

—¿Su conciencia no le remuerde nunca?

—Nunca he permitido que los balidos de los ministros de Dios confundieran mi conciencia —respondió Bird—. Nunca les he escuchado el tiempo suficiente, ya me entiende. ¡Buen Dios, Starbuck, de no haber sido por esta guerra muy bien podría usted estar ordenado ya y ser un hombre consagrado a Dios! ¡Casaría a la gente, en

lugar de matarla!

Bird se echó a reír echando la cabeza atrás y adelante, pero se giró de pronto al oír un disparo de rifle lejos, detrás de la Legión. Una bala silbó entre los árboles y la caballería rebelde montó de nuevo y volvió grupas para afrontar la amenaza. Una tropa de jinetes yanquis había aparecido en la lejanía. La lluvia dificultaba la visión del enemigo, pero de vez en cuando una nubecilla de humo blanco mostraba el lugar desde donde habían disparado una carabina. El ruido del disparo les llegaba plano y sofocado, pocos segundos después de que la bala hubiera levantado salpicaduras en el camino embarrado o se hubiera deslizado inocua entre las agujas de los pinos. La caballería nordista disparaba desde una distancia muy larga, confiando más en la suerte que en la puntería para conseguir algún efecto.

—Esto es tarea para sus chicos, Nate —decidió el mayor Bird con un regocijo impío.

Bird tenía ideas bien asentadas sobre el fuego de mosquete. Le gustaba retener las descargas de su regimiento hasta el ultimísimo momento y creía que las compañías de batidores debían contar con buenos tiradores. La insistencia de Starbuck en un entrenamiento continuo había hecho de los hombres de la Compañía K los tiradores más eficaces de la Legión. Algunos de esos hombres, como Esaú Washbrook y William Tolby, eran tiradores natos, pero incluso los miembros más ineptos de la compañía habían mejorado después de meses de entrenamiento. Joseph May era uno de los negados, pero en su caso la mejora de la puntería se debía al par de gafas con montura dorada que había quitado al cadáver de un capitán yanqui en Ball's Bluff.

El mayor Bird miraba ahora la larga carretera recta que cruzaba entre árboles oscuros de hoja perenne.

—Una descarga bien dirigida, Nate. Esos bribones no se atreverán a acercarse más y cuando se percaten de que sabemos disparar incluso se retirarán más lejos, de modo que el Dios omnipotente que todo lo ve sólo va a concedernos una oportunidad de mandar al infierno sus almas miserables. —Se frotó las manos flacas—. ¿Se ofenderá si doy yo las órdenes, Nate?

Starbuck, divertido por el entusiasmo sanguinario de Bird, aseguró a su oficial al mando que de ningún modo iba a ofenderse. Luego mandó a los hombres de su compañía que buscaran posiciones de fuego y cargaran los rifles. Había una docena aproximadamente de jinetes yanquis a la vista, pero probablemente otros se escondían detrás de las ruinas de una taberna quemada situada en una curva de la carretera por la que había aparecido el enemigo. Los nordistas disparaban sus carabinas desde lo alto de sus monturas, convencidos de que estaban demasiado lejos de la retaguardia enemiga para correr un peligro real. Su fuego no era tanto una amenaza como una mofa, un gesto burlón de despedida a los rebeldes en retirada. La caballería confederada disparaba contra ellos, pero el fuego de su heterogénea

colección de revólveres, pistolas de caza y carabinas capturadas resultaba todavía más impreciso que el del Norte.

—¡Cuatrocientos metros! —gritó Truslow. Era una distancia muy larga para los rifles de la Legión. Como norma, Starbuck consideraba que los disparos hechos a distancias superiores a los doscientos metros se desperdiciaban, a menos que quien disparara fuera alguno de los mejores tiradores de la compañía, pero cuatrocientos metros no constituían una distancia imposible. Cargó su propio rifle, mordiendo primero la bala para sacarla del extremo del cartucho envuelto en papel, y luego vertió la pólvora en el cañón. Embutió el papel vacío en el cañón como taco y escupió la bala en la boca del arma. Sintió en la lengua el sabor amargo y salado de la pólvora mientras sacaba la baqueta de acero del rifle. Empujó con la baqueta la bala de forma cónica contra el taco y la pólvora y volvió a colocar la baqueta en su lugar. Finalmente, extrajo de su bolsa una pequeña cápsula de percusión de cobre que colocó en la cazoleta de la recámara del rifle. La cápsula estaba rellena con una pizca de fulminato de mercurio, una sustancia química lo bastante inestable para explotar si recibía un golpe fuerte. El martillo del rifle, al percutir en la cápsula, haría explotar el fulminato y de esa forma enviaría una aguja de fuego a través del agujero de la cazoleta a la pólvora que él había empujado con la baqueta hasta la recámara del rifle.

Una bala enemiga cayó en un charco, unos treinta metros por detrás de la compañía, y lanzó al aire salpicaduras de agua sucia. Ned Hunt, como siempre el payaso de la compañía, empezó a burlarse de la caballería lejana hasta que Truslow le dijo que contuviera su maldita lengua. Starbuck hincó la rodilla junto a un árbol en el que fijaría la puntería. Alzó la mira trasera hasta los cuatrocientos metros y luego, como los disparos de los rifles fríos eran más cortos, añadió cien metros extra para compensar.

—¡Hacedos a un lado, chicos! —pidió el mayor Bird a la caballería rebelde; los jinetes de uniforme gris y cabellos largos apartaron sus caballos de la compañía de Starbuck.

—¡No le daréis a nada, muchachos! —gritó un jinete de buen humor—. Tanto daría liaros a pedradas con los bastardos.

Había más yanquis visibles ahora en la curva de la carretera, tal vez una veintena. Algunos habían desmontado para disparar rodilla en tierra desde la taberna mientras que otros seguían apuntando y disparando desde la silla de montar.

—Dispararemos contra el grupo de la derecha —gritó Bird—. ¡Tened en cuenta el viento y esperad mi orden!

Starbuck desvió el cañón de su rifle un poco a la izquierda, para compensar el viento que soplaba del este.

La lluvia empapó el cañón del rifle, mientras él apuntaba a un jinete situado en el centro del grupo de yanquis.

—Contaré hasta tres y luego daré la orden —anunció el mayor Bird. Estaba de pie en el centro mismo de la carretera, observando al enemigo a través de una de las lentes de unos gemelos de campaña que había quitado a un cadáver en Manassas—. Uno —cantó, y Starbuck intentó evitar el ligero balanceo del cañón de su rifle—. ¡Dos! —gritó el mayor Bird, y la lluvia empañó los ojos de Starbuck, cegándole en el momento en que levantaba la culata del arma de modo que la muesca de la mira trasera enmarcara el punto situado en la boca del cañón del rifle—. Tres —dijo el mayor, y la compañía entera retuvo el aliento y procuró congelar los músculos en una inmovilidad completa. Starbuck fijó el punto de mira con exactitud en la figura borrosa de un hombre montado cuatrocientos metros más allá y lo mantuvo allí hasta que por fin Bird gritó la orden—: ¡Fuego!

Cincuenta rifles dispararon casi al unísono y escupieron una nube deshilachada de humo blanco de pólvora sobre la carretera encharcada. La culata del rifle de Starbuck golpeó su hombro al tiempo que sus narices recibían una bocanada acre de fulminato. El mayor Bird corrió hacia una zona libre de humo y enfocó sus gemelos rotos hacia la lejana curva de la carretera. Allí un caballo galopaba sin jinete, un hombre estaba caído en el suelo, un segundo se retiraba cojeando hacia el bosque y un tercero reptaba en el barro. Había otro caballo caído, coceando, mientras que detrás del animal moribundo una veintena de yanquis se dispersaban en todas direcciones.

—¡Buen trabajo! —gritó Bird—. ¡Ahora formad otra vez, y en marcha!

—¿Qué tal lo hemos hecho? —preguntó Starbuck.

—Tres hombres y un caballo —dijo Bird—. Uno de los tres hombres tal vez muerto.

—¿De un total de cincuenta disparos? —se sorprendió Starbuck.

—He leído en alguna parte —aclaró Bird, feliz— que en las guerras napoleónicas se necesitaron de media doscientos disparos de mosquete para causar una baja, de modo que tres hombres y un caballo con cincuenta disparos no es un mal resultado. —Rio con un ladrido seco, moviendo la cabeza atrás y adelante de la forma que le había valido su apodo. Explicó su regocijo mientras guardaba los gemelos rotos—. Hace tan sólo seis meses, Nate, estaba lleno de escrúpulos acerca del acto de matar. Ahora, créame, lo considero una forma de medir el éxito. Adam tiene razón, la guerra nos cambia.

—¿También ha tenido esa conversación con usted?

—Dejó que su conciencia supurara encima de mí, si es eso a lo que se refiere. Apenas se le puede llamar una conversación, porque no consideró relevante ninguna de mis contribuciones. Se limitó a lamentarse y luego me pidió que rezara con él. —Bird sacudió la cabeza—. Pobre Adam, la verdad es que no debería vestir un uniforme.

—Tampoco su padre —añadió Starbuck, ceñudo.



—Cierto. —Bird caminó un corto trecho en silencio. Apareció entre los árboles una pequeña granja a un lado del camino y el granjero, un hombre de barba blanca con un sombrero alto muy maltrecho y una melena que le llegaba más abajo de los hombros, estaba en la puerta viendo pasar a los soldados—. Todavía tengo miedo de ver reaparecer a Faulconer entre nosotros —confesó Bird—, hinchado de bravuconería y dignidad. Pero cada día que pasa sin que se reincorpore o, Dios nos ayude, le den una brigada, me deja más y más perplejo, pues es como si después de todo, hubiera algo de sentido común en nuestro alto mando.

—Y nada en cambio en nuestros periódicos —apuntó Starbuck.

—No me lo recuerde, por favor.

Bird se estremeció al evocar el editorial del *Examiner* de Richmond que exigía el ascenso de Washington Faulconer. Bird se preguntaba cómo podían tergiversar tan completamente las cosas los periódicos y luego caviló sobre cuántos de sus propios prejuicios e ideas habían sido moldeados por un periodismo igual de equivocado. Pero al menos nadie en Richmond parecía haber hecho caso de aquel editorial.

—He estado pensando —dijo Bird después de un rato. De pronto calló.

—¿Y? —preguntó Starbuck al mayor.

—Me he estado preguntando por qué razón nos llamamos a nosotros mismos la Legión Faulconer —siguió por fin Bird—. Después de todo, ya no es su excelencia quien nos paga. Corremos a cargo de la Comunidad de Virginia y creo que deberíamos buscarnos un nuevo nombre.

—¿El 45.º? ¿El 60.º? ¿El 121.º? —sugirió Starbuck en tono ácido. Los regimientos del Estado recibían un número en función de su antigüedad y, en cierto modo, no era lo mismo ser el 50.º o el 101.º de Virginia que ser la Legión.

—Los Francotiradores de Virginia —propuso Bird con orgullo.

Starbuck consideró el nombre y, cuanto más pensaba en él, más le gustaba.

—¿Y la bandera? —preguntó—. ¿Quiere que los Francotiradores de Virginia vayan a la batalla bajo el blasón de los Faulconer?

—Hará falta una bandera nueva, creo —dijo Bird—. Algo audaz, sanguinario y resuelto. ¿Tal vez con el lema del Estado? «*Sic semper tyrannis!*». —Bird declamó las palabras en tono dramático y luego se echó a reír. Starbuck rio también. El lema quería expresar que cualquiera que intentara oprimir a la Comunidad de Virginia sufriría la misma derrota humillante que el rey Jorge III, pero la amenaza podía referirse igualmente al coronel que había abandonado a su propia Legión cuando marchaba contra el enemigo en Manassas.

—Me gusta la idea —dijo Starbuck—. Mucho.

Cuando coronó una pequeña cuesta del camino, la compañía avistó el humo de un vivac que se alzaba en lo alto de una loma a cerca de un kilómetro de distancia. La lluvia y las nubes ocultaban el sol poniente y creaban un crepúsculo temprano en el

que brillaban los fuegos de campamento de la loma. Allí era donde la retaguardia de la división había de pasar la noche, protegida por un río y dos baterías de artillería que se recortaban a lo lejos contra el cielo. La mayor parte de la Legión había llegado ya al campamento, muy por delante de la compañía de Starbuck, que se había visto retrasada por el encuentro con los rezagados y la refriega con la caballería yanqui.

—Las dulzuras del hogar, a la vista —exclamó Bird, alegre.

—A Dios gracias —añadió Starbuck. El portafusil presionaba sobre su guerrera empapada, las botas rezumaban agua de lluvia y la perspectiva de descansar al lado de un fuego de campamento parecía un anticipo del paraíso.

—¿Es ése Murphy? —Bird aguzó la vista entre la lluvia en dirección a un jinete que descendía al galope por la carretera desde la loma—. Buscándome a mí, me atrevería a decir —añadió Bird, y agitó un brazo para atraer la atención del irlandés. Murphy, un excelente jinete, picó espuelas para atravesar un vado somero y galopó hasta la Compañía K, giró luego su caballo en un remolino de cascos y barro y se detuvo al lado de Bird.

—Hay un hombre esperándote en el campamento, Pecker. Te ruega que te des prisa en verle.

—¿Hace su rango que esa petición sea importante para mí?

—Me temo que sí, Pecker. —Murphy refrenó su montura excitada. Los cascos del animal levantaron un barro que salpicó los pantalones de Bird—. Se llama Swynyard. Coronel Griffin Swynyard.

—Nunca he oído ese nombre —dijo Bird, alegre—. A menos que sea un Swynyard de la antigua familia de negreros. Una ralea asquerosa. Mi padre solía decir que tenías que colocarte a favor del viento al acercarte a un Swynyard. ¿Huele ese individuo, Murphy?

—No peor que tú o que yo, Pecker —respondió Murphy—. Pero dice que quiere verte enseguida.

—¿No podrías decirle que se vaya a hacer gárgaras? —sugirió Bird esperanzado.

—Me temo que no, Pecker —fue la triste respuesta de Murphy—. Me temo que no. Trae órdenes para nosotros, ¿sabes? Cambiamos de brigada.

—Oh, Dios, no —exclamó Bird, adivinando la horrible verdad—, ¿Faulconer? Murphy asintió.

—Me temo que sí, Pecker. Faulconer en persona no está aquí, pero Swynyard es su nuevo segundo en el mando. —Murphy hizo una pausa y luego miró a Starbuck—: También quiere verte a ti, Nate.

Starbuck soltó un juramento. Pero jurar no arreglaba nada. Washington Faulconer había conseguido su brigada y se llevaba consigo a su Legión.

Y de pronto la jornada tuvo de verdad tintes de derrota.

\* \* \*

Un grupo de hombres, algunos vestidos de paisano y otros de uniforme, paseaban despacio a lo largo de la línea de fortificaciones abandonadas al norte de la estación de ferrocarril de Manassas. El día finalizaba, abandonando a toda prisa una tierra empapada cuya miseria había iluminado con una luz turbia y grisácea. La lluvia contribuía a reducir los incendios iniciados por los confederados en retirada a montones húmedos y humeantes de cenizas malolientes que las recién llegadas tropas del Norte rastreaban con la esperanza de encontrar algún objeto de valor que llevarse de recuerdo. Los habitantes de la población miraban hoscos a aquellos invasores yanquis que eran los primeros norteños en libertad que se veían en Manassas desde el comienzo de la guerra. Unos pocos negros libres ofrecieron a las tropas federales un recibimiento mejor, pues les llevaron bandejas de tortas de maíz y bizcochos, aunque incluso esa generosidad fue ofrecida con cautela porque los simpatizantes del Norte en la ciudad no podían estar seguros de que el viento de la batalla no volviera a soplar del lado contrario y trajera de vuelta al ejército confederado.

Pero de momento el ejército nordista controlaba el empalme ferroviario y el comandante en jefe del ejército inspeccionaba las defensas abandonadas por los confederados en retirada. El mayor general George Brinton McClellan era un hombre de baja estatura, cuerpo rechoncho y rostro redondo, coloreado y de aspecto infantil. Tenía sólo treinta y cinco años, pero envolvía su juventud con una rígida dignidad y un ceño permanente que le ayudaba a compensar su escasa estatura. También cultivaba un pequeño bigote que suponía, erróneamente, que añadía autoridad a su aspecto, pero que sólo hacía más patente su juventud. Ahora, en el aire cargado de humo del empalme ferroviario, se detuvo para examinar uno de los troncos pintados de negro que asomaba como si fuera la boca de un cañón por la tronera empapada.

Una docena de oficiales de estado mayor se detuvieron detrás del mayor general y dirigieron con él la mirada al leño chorreante pintado de negro. Ninguno habló hasta que un civil obeso rompió el portentoso silencio:

—Es un leño, general —dijo el civil con pesado sarcasmo—. Lo que nosotros los de Illinois llamamos un tronco de árbol.

El mayor general George Brinton McClellan no consideró que la observación mereciera una respuesta. En su lugar, y con un cuidado escrupuloso para evitar meter sus botas relucientes en los charcos más hondos, caminó hasta la tronera siguiente y allí se dedicó a examinar con la misma atención otro tronco casi idéntico. Un rebelde había pintado con tiza dos cortas palabras en la boca del falso cañón: «Jo, jo».

—Jo, jo —dijo el hombre de Illinois.

Era de edad mediana y cara colorada. Un congresista amigo, según se decía, del

presidente Lincoln. Esa relación habría bastado a la mayoría de los oficiales para que evitaran ofender al político, pero McClellan despreciaba al congresista por ser uno de los patanes republicanos que se habían pasado el invierno burlándose del Ejército del Potomac por su inactividad. «Sin novedad en el Potomac», cantaban los burlones, y pedían saber la razón por la que el ejército más caro de la historia de Norteamérica esperaba soñoliento a que pasara el invierno antes de avanzar contra el enemigo. Hombres como aquel congresista presionaban al presidente para que buscara un militar más combativo para dirigir los ejércitos nordistas y McClellan estaba cansado de sus críticas. Mostró su desdén dándole la espalda al congresista y dirigiéndose en cambio a uno de sus oficiales de estado mayor:

—¿Cree que los cuáqueros han sido colocados aquí esta misma mañana?

El oficial de estado mayor, un coronel de ingenieros, había examinado ya los cañones cuáqueros y deducido, por lo podrido de sus extremos, que los leños llevaban colocados en aquel lugar por lo menos desde el verano anterior, lo que quería decir que el ejército federal de Estados Unidos, la mayor hueste jamás reunida en Norteamérica, había pasado los últimos meses asustado delante de un puñado de troncos descortezados y untados con brea. Sin embargo, el coronel fue lo bastante prudente para no manifestar su opinión al general McClellan.

—Puede que los colocaran ayer, señor —dijo con tacto.

—Pero la semana pasada, ¿había cañones auténticos en este lugar? —preguntó McClellan con irritación.

—Oh, sin duda —mintió el coronel.

—Con toda seguridad —añadió otro oficial, con un cabeceo de experto.

—¡Los vimos! —aseguró un tercer oficial nordista, aunque lo cierto es que se preguntaba si las patrullas de la caballería no se habrían confundido al ver aquellos troncos pintados que, de lejos, tenían un asombroso parecido con cañones auténticos.

—Pues a mí me parece —intervino el congresista de Illinois con un tono burlón en sus palabras— que estos troncos de árbol llevan mucho tiempo plantados aquí.

Subió de un salto a la tronera embarrada, manchándose la ropa, y luego se dejó caer pesadamente al lado del cañón cuáquero. Debió de haber cañones auténticos alguna vez en las troneras, porque los falsos descansaban en unas rampas suaves de tierra en el extremo de las cuales se habían colocado unas zapatas de madera contra las que habría chocado la pieza disparada en su retroceso, para luego rodar adelante suavemente hasta recuperar la posición original. El congresista casi se fue al suelo al pisar las viejas tablas de madera, resbaladizas por la grasa y la humedad. Conservó el equilibrio agarrándose al cañón cuáquero y luego dio una patada en el suelo con el pie derecho. El tacón quebró el tablón podrido y perturbó a una colonia de cochinillas, que reptaron desesperadas huyendo de la luz del día. El congresista se quitó de la boca la colilla húmeda y mordida de su cigarro.

—No me parece que haya habido aquí un cañón auténtico desde hace meses, general. Me temo que ha mojado sus pantalones todo este tiempo por culpa de unos cuantos troncos aserrados.

—Lo que está usted presenciando, congresista —se volvió furioso McClellan hacia el político—, es una victoria. ¡Tal vez una victoria sin paralelo en los anales de nuestro país! Una victoria magnífica. ¡Un triunfo del empleo científico de las armas! —El general extendió teatralmente la mano para mostrar las piras humeantes y los pares de ruedas de vagón ennegrecidas y dispersas, y las altas chimeneas de ladrillo erguidas entre los rescoldos aún encendidos—. Observe, señor —continuó McClellan agitando el brazo para mostrar aquel paisaje desolado—, a un ejército vencido. A un ejército que se ha retirado ante nuestro avance victorioso, como cae la mies ante la hoz.

El congresista contempló obediente la escena.

—Muy pocos cadáveres a la vista, general.

—Una guerra ganada gracias a la maniobra, señor, es una guerra compasiva. Debería usted postrarse de rodillas y dar las gracias a Dios todopoderoso por ello.

Y después de lanzar aquella última pulla, McClellan se apresuró a alejarse, camino de la ciudad.

El congresista sacudió la cabeza, pero no hizo comentarios. En su lugar, se fijó en un hombre delgado con un uniforme raído y no muy limpio de la caballería francesa, que trepó a lo alto de la tronera para observar de cerca el cañón cuáquero. El francés llevaba una monstruosa espada recta al costado, un parche cubría el ojo que le faltaba y mostraba una actitud alegre. Era el coronel Lissan, un observador militar francés adscrito al ejército del Norte desde antes de la batalla del verano anterior en el Bull Run. Ahora empezó a golpear con el tacón las tablas de la plataforma del cañón. Sus espuelas tintinearón cuando la madera podrida se partió bajo sus golpes no demasiado impetuosos.

—¿Y bien, Lissan? —preguntó el congresista—. ¿Qué opina usted de esto?

—No soy más que un invitado en su país —repuso Lissan con tacto—, un extranjero y un observador, de modo que mi opinión, congresista, carece de importancia.

—Tiene usted ojos, ¿no es así? Bueno, uno por lo menos —se apresuró a añadir el congresista—. No necesita ser un norteamericano para decidir si este pedazo de leño fue colocado justo ayer en este lugar.

Lissan sonrió. Su cara estaba cubierta de cicatrices atroces, pero había algo de indomable y malicioso en su expresión. Era un hombre sociable que hablaba un inglés perfecto con acento británico.

—He aprendido una cosa de su admirable país —dijo al congresista—, y es que nosotros los simples europeos debemos guardarnos las críticas para nosotros.

—Es usted una rana condescendiente y un hijo de perra —replicó el congresista. Le gustaba el francés, a pesar de que aquel bastardo tuerto le había ganado al póquer el sueldo de dos meses la noche anterior—. Dígame de una vez, Lassen, ¿pusieron estos leños aquí ayer mismo?

—Creo que los troncos llevan en este lugar algo más de tiempo del que supone el general McClellan —dijo con tacto Lassen.

El congresista miró ceñudo hacia el grupo del general, que se encontraba ya a unos cien pasos de distancia.

—Supongo que no quiere que su primoroso ejército se ensucie en una pelea con esos chicos desagradables y maleducados del Sur. ¿Es esa también su opinión, Lassen?

Lassen pensaba que la guerra podía acabar en un mes si el ejército nordista marchaba decididamente adelante, aceptaba algunas bajas y seguía avanzando, pero era demasiado diplomático para tomar partido en las acaloradas discusiones que se sucedían en los despachos de Washington y en las bien provistas mesas de los restaurantes de la capital. De modo que se encogió de hombros para esquivar la pregunta y se libró de un interrogatorio más prolongado gracias a la llegada del dibujante de un periódico, que empezó a trazar un bosquejo de las tablas podridas y el tronco deteriorado.

—Está usted viendo una victoria, hijo —dijo el congresista, sarcástico, mientras quitaba las capas más húmedas de su cigarro antes de volverlo a colocar en su boca.

—Lo que es seguro es que no ha sido una derrota, congresista —dijo el artista, leal.

—¿Cree que esto es una victoria? Hijo, no hemos puesto en fuga a los rebeldes, ¡sólo se han dado un paseíto con toda la calma! No tendremos una victoria de verdad hasta que no colguemos a Jeff Davis de sus tobillos descarnados. Le digo, hijo, que estos cañones llevan aquí pudriéndose desde el año pasado. Yo digo que a nuestro Joven Napoleón han vuelto a dársela con queso. Cañones de leña contra una cabeza de madera. —El congresista escupió en el barro—. Dibuje estos cañones falsos, hijo, y asegúrese de mostrar las rodadas que dejaron los cañones de verdad cuando se los llevaron.

El artista frunció el entrecejo y buscó en el barro más allá de las ruinosas rampas de disparo de las piezas.

—No hay señales de rodadas.

—Ahora lo ha entendido, hijo. Y eso quiere decir que tiene una inteligencia bastante más despejada que nuestro Joven Napoleón.

El congresista dio media vuelta y se marchó, acompañado por el observador francés.

A un centenar de pasos de distancia, otro hombre vestido de civil examinaba

ceñudo otro de los cañones cuáqueros. Tenía rostro duro, chato, cubierto por una barba espesa de la que sobresalía beligerante una pipa ennegrecida. Llevaba una chaqueta de montar deformada por el uso, botas altas y un sombrero redondo de ala estrecha. Sostenía en la mano una pequeña fusta con la que azotó furiosamente la falsa boca de uno de los cañones de madera; luego dio media vuelta y pidió a un ordenanza que le acercara su caballo.

Más tarde, esa misma noche, el hombre de la barba recibió a un visitante en la salita de la casa en la que se había instalado. No abundaban las casas en Manassas, hasta el punto de que muchos de los militares de rango inferior al de teniente general se veían forzados a vivir en tiendas de campaña, de modo que el hecho de que un civil dispusiera de una casa entera para su propio uso probaba su importancia. Un letrero pintado con tiza en la puerta rezaba «Mayor E. J. Allan», pero el hombre ni era militar ni se apellidaba Allan, sino que se trataba de un paisano al que gustaba utilizar seudónimos y disfraces. Su verdadero nombre era Allan Pinkerton y había sido detective de la policía de Chicago antes de que el general McClellan le nombrara jefe de la Oficina del Servicio Secreto del Ejército del Potomac. Ahora, a la luz mortecina de las velas, Pinkerton observó al oficial alto y nervioso que había llegado con la retaguardia del ejército antes de ser conducido a su presencia.

—¿Es usted el mayor James Starbuck?

—Sí, señor —respondió James Starbuck en el tono cauteloso del hombre que sólo espera problemas de cualquier convocatoria. En esos días, James vagaba como un alma sin consuelo. De ser un encumbrado oficial de estado mayor y compartir los secretos del comandante del ejército, se había visto relegado a un puesto en el Departamento de Intendencia del 1.<sup>er</sup> Cuerpo. Sus nuevas tareas se centraban en el suministro de legumbres secas, harina, cecina de buey, puerco en salazón, galleta y café en grano, y desempeñaba esas tareas a conciencia, pero por muchos víveres que enviaba nunca eran suficientes, de modo que los oficiales y las clases de tropa de todos los regimientos y baterías se sentían con derecho a llamarle inútil hijo pringado de una puta beata. James sabía que debía ignorar esos insultos, pero lo cierto es que lo abrumaban y humillaban. Pocas veces se había sentido tan desgraciado.

Ahora, para asombro de James, vio que el hombre llamado Allan estudiaba la larga carta de Adam que James había enviado al cuartel general de McClellan a finales del año anterior. Por lo que James sabía, la carta había sido ignorada por completo por el alto mando del ejército y, como James carecía de la autoridad y el carácter necesarios para convencer a alguien de la importancia de aquella carta, había supuesto que la carta había quedado olvidada mucho tiempo atrás, pero ahora, al parecer, aquel escasamente cautivador mayor Allan se había dado cuenta por fin de su valor.

—¿Quién le entregó esta carta, mayor? —preguntó Pinkerton.

—He prometido no decirlo, señor.

James se preguntó por qué llamaba «señor» a aquel hombrecillo desaseado. El tal Allan no tenía un rango superior al de James, pero algo en la actitud pugnaz de aquel hombre activó el servilismo natural de James, aunque al mismo tiempo despertó un tenue brote de rebeldía, de modo que decidió no volver a utilizar aquel término honorífico.

Pinkerton apretó el tabaco en la cazoleta de su pipa con un dedo calloso, la acercó luego a la llama de una vela y chupó para encenderla.

—¿Tiene usted un hermano con los rebeldes?

James se ruborizó, cosa nada extraña, porque la traición de Nate era un motivo de inmensa vergüenza para la familia Starbuck.

—Sí, se..., mayor. Lo tengo, por desgracia.

—¿Fue él quien escribió esta carta?

—No sé..., mayor. No fue él. Ojalá lo hubiera hecho él.

La pipa de Pinkerton burbujeó cuando él chupó el corto tallo. El viento hacía retemblar la ventana y aullaba en la chimenea baja; empujaba hacia el interior de la habitación oleadas de un humo espeso.

—Si yo le aseguro que puede confiar en mí, mayor —continuó Pinkerton; su voz conservaba el deje suave de su Escocia nativa—, y si le juro por el alma de mi querida difunta madre y por el alma de su propia querida madre y sobre todas las Biblias que existen en toda América del Norte además, y si al jurar así le prometo que jamás, en ningún caso, revelaré el nombre de su informante a nadie, ¿me lo dirá?

James sintió la mordedura de la tentación. Tal vez, si daba el nombre de Adam, sería relevado de sus penosas tareas de intendencia, pero había dado su palabra y no quería romperla, de modo que se limitó a sacudir la cabeza:

—No, mayor, no se lo diré. Confío en usted, pero no puedo romper mi palabra.

—Muy bien hecho, Starbuck, muy bien hecho. —Pinkerton disimuló su decepción y volvió su mirada de nuevo a la carta—. Su hombre tenía razón —siguió diciendo—, y todos los demás se equivocaron. Su hombre nos dijo la verdad, o algo muy parecido. Se equivocó en el número de hombres de Johnston, sabemos ahora que el ejército rebelde cuenta con el doble por lo menos de efectivos respecto de los que él nos dijo, pero en todo lo demás dio en la diana, en el mismo centro, ¡oro de ley!

Lo que había impresionado a Pinkerton fue la descripción de Adam de los cañones cuáqueros de madera. Había dado su número exacto y su situación, y Pinkerton, al inspeccionar los cañones falsos en aquel crepúsculo lluvioso, se había acordado del informe descartado y había pedido que lo sacaran de los archivos. Había cientos de informes descartados del mismo género, en su mayor parte obra de patriotas con excesiva imaginación, otros con meras suposiciones basadas en reportajes periodísticos y otros sin la menor duda enviados por sudistas que



intentaban engañar al Norte. Era tanta la información que fluía hacia el Norte que Pinkerton se veía obligado a descartar la mayor parte, pero ahora se daba cuenta de que había confundido una pepita de oro con la escoria que la rodeaba.

—¿Ha enviado más cartas su hombre?

—No, mayor.

Pinkerton se arrellanó en su sillón, con lo que hizo crujir ominosamente las patas de éste.

—¿Cree que estaría dispuesto a proporcionarnos más información?

—Estoy seguro de que sí.

El gabán de James goteaba sobre el suelo de la salita. Temblaba de frío, a pesar del pequeño fuego que, aunque crepitaba furioso, daba muy poco calor a aquella habitación desangelada. Un espacio vacío en la pared enyesada encima de la chimenea traicionaba el lugar del que había sido retirado precipitadamente un cuadro antes de la llegada del ejército nordista; tal vez un retrato de Jeff Davis o bien de Beauregard, que era el vencedor de Manassas y el general favorito del Sur.

Pinkerton releyó con atención la carta y se preguntó por qué razón no la había tomado en serio antes. Advirtió que el papel era de buena calidad, obviamente perteneciente a una reserva guardada desde antes de la guerra y mucho mejor manufacturado que el material descolorido, fibroso y ruin que ahora fabricaba el Sur. El escritor había utilizado letras mayúsculas para disfrazar su escritura, pero la gramática y el vocabulario revelaban que se trataba de un hombre bien educado. Además, la información proporcionada indicaba que era un hombre situado en el núcleo de mando del ejército rebelde. Pinkerton se dio cuenta de que había cometido un error cuando, en un primer momento, ignoró aquella carta, pero se consoló pensando que no era raro dejar pasar alguna pepita de oro en aquel caos.

—Recuérdeme cómo le envió su hombre esta carta —pidió Pinkerton. James había explicado las circunstancias de la entrega en una nota que adjuntó a la larga carta de Adam, pero al parecer sus explicaciones habían desaparecido mucho tiempo atrás.

—Me la entregó en Richmond, mayor, cuando fui intercambiado.

—¿Y cómo se comunicará con él ahora?

—Dijo que las cartas deberían depositarse en el vestíbulo de la iglesia de Saint Paul en Richmond. Hay un tablero de noticias en ese vestíbulo, con unas cintas de lado a lado, y si se coloca debajo de las cintas una carta dirigida al secretario honorario de la Sociedad para el Suministro de Biblias al Ejército Confederado, él la recogerá. No creo que exista esa sociedad —añadió James, e hizo una pausa antes de confesar con humildad—: Y he de confesar que no sé de qué forma puedo hacer llegar una carta a Richmond.

—Eso no es nada, hombre. Lo hacemos casi cada día —replicó de buen humor

Pinkerton, y de inmediato abrió una maleta de piel y sacó de ella un estuche de viaje con recado de escribir—. Vamos a necesitar la ayuda de su amigo, mayor, en las próximas semanas —declaró. Tomó una hoja de papel del estuche, añadió un frasco de tinta y una pluma, y lo colocó todo al otro lado de la mesa—. Siéntese aquí.

—¿Quiere que escriba la carta ahora mismo, mayor? —preguntó James, atónito.

—¡No hay tiempo mejor que el presente, Starbuck! Hay que golpear cuando el hierro aún está caliente, ¿no es eso lo que dicen? ¡No lo piense más! Diga a su amigo que su información es de un valor inmenso, que ha sido apreciada en los círculos más elevados del ejército federal. —Pinkerton había descubierto que un poco de lisonja daba excelentes resultados con los agentes secretos. Hizo una pausa mientras James arrimaba una vela al papel y empezaba a escribir con una mano hábil y diligente. La pluma tenía una pequeña muesca y salpicaba gotitas de tinta al rascar con rapidez el papel—. Añada algo personal —siguió diciendo Pinkerton—, para que él sepa que es usted quien le escribe.

—Ya lo he hecho —dijo James. Había expresado su esperanza de que Adam hubiera encontrado una oportunidad de pasar la Biblia a Nate.

—Ahora escriba que estaremos muy agradecidos a su amigo si puede ayudarnos con las peticiones adjuntas.

—¿Peticiones adjuntas? —preguntó James con perplejidad.

—Usted no quiere decirme quién es él —explicó Pinkerton—, de modo que yo no voy a decirle a usted lo que queremos de él.

James dejó la pluma en el borde de la mesa. Frunció la frente.

—¿Correrá él algún peligro, señor?

—¿Peligro? ¡Por supuesto que correrá peligro! ¡Estamos en guerra! ¡El peligro está en el aire mismo que respiramos! —dijo Pinkerton con desdén, y dio una chupada a su pipa arrimando de nuevo la llama a la cazoleta—. ¿Hace esto su hombre por dinero?

James se puso rígido ante la insinuación.

—Es un patriota, mayor. Y un cristiano.

—En ese caso, la recompensa en el cielo será sin duda una razón de peso para los peligros que va a correr —declaró Pinkerton—. ¿O piensa usted que quiero perder a su hombre? ¡Claro que no! Le prometo que no voy a pedirle nada que no le pediría a mi propio hijo, puede usted estar seguro de eso, mayor. Pero déjeme decirle una cosa más. —Pinkerton, como si quisiera demostrar la importancia de sus siguientes palabras, se quitó la pipa de la boca y se limpió la saliva de los labios—. Lo que voy a preguntarle a su hombre bien podría hacernos ganar esta guerra. Así de importante es, mayor.

James tomó de nuevo la pluma con gesto servicial.

—Lo que usted quiere es tan sólo que le pida que responda a las preguntas

adjuntas.

—Sí, mayor, eso es lo que quiero de usted. Luego le pediré que escriba, si no es molestia, la dirección en el sobre.

Pinkerton se echó atrás en su butaca y chupó su pipa. Iba a pedir a Adam información sobre las defensas rebeldes al este de Richmond, porque era en aquel escenario pantanoso y desierto donde, de un momento a otro, planeaba el general McClellan lanzar su ataque sorpresa contra la capital rebelde. El lento avance actual hacia las ruinas de Manassas sólo pretendía mantener fijo al ejército confederado al norte de su capital, mientras McClellan hacía zarpar en secreto la mayor flota de la historia para transportar su auténtica fuerza de ataque contra el flanco oriental de los rebeldes. «Richmond en mayo —se dijo a sí mismo Pinkerton—, la paz en julio y la recompensa por la victoria para el resto de su vida».

Tomó de manos de James la carta y el sobre. El sobre era de un papel basto de color castaño y había sido traído de una visita secreta al territorio de la Confederación; James lo había dirigido al honorable secretario de la Sociedad para el Suministro de Biblias al Ejército Confederado, en Saint Paul, Grace Street, Richmond. Pinkerton tomó un sello verde de cinco centavos, de factura basta, con la cara chupada de Jefferson Davis, y lo pegó al sobre.

—Supongo que su informante únicamente confía en usted —inquirió Pinkerton.

—Así es —confirmó James.

Pinkerton asintió. Si aquel extraño espía sólo confiaba en James, Pinkerton quería asegurarse de tener siempre a mano a James.

—Y antes de la guerra, mayor —preguntó—, ¿cuál era su oficio?

—Mi profesión —corrigió James a Pinkerton con firmeza—. Era abogado en Boston.

—Abogado, ¿eh? —Pinkerton se puso en pie y se acercó al lánguido fuego—. El mayor deseo de mi querida madre era que yo llegara a ser abogado, lo que en Escocia llaman un «escritor del sello», pero ¡ay!, nunca hubo en casa dinero bastante para estudios. Sin embargo, me gusta pensar que podría haber sido un buen fiscal de haber tenido la oportunidad.

—Estoy seguro de ello —dijo James, que no estaba en absoluto seguro de tal cosa.

—Y como abogado, mayor, ¿está acostumbrado a confrontar las pruebas? ¿A discernir la verdad de la falsedad?

—En efecto —confirmó James.

—Se lo pregunto —explicó Pinkerton—, porque desde hace algún tiempo este departamento adolece de falta de organización. Hemos estado demasiado atareados para mantener nuestros archivos tan ordenados como yo quisiera, y lo cierto es que necesito un jefe de equipo, mayor, alguien capaz de emitir juicios y manejar

adecuadamente las pruebas. Le aseguro que el general McClellan autorizará de inmediato su traslado, de modo que no habrá problemas con su oficial superior. ¿Sería presuntuoso por mi parte ofrecerle un empleo?

—Es muy generoso, señor, muy generoso —respondió James, que olvidó por completo su tenaz resolución de no llamar «señor» a aquel hombre—. Será un honor para mí trabajar para usted —se apresuró a añadir, aun sin convencerse del todo de que lo estaban rescatando del almacén oscuro, húmedo y lleno de ecos del Departamento de Intendencia.

—En ese caso, bienvenido a bordo, mayor. —Pinkerton le tendió una mano de bienvenida—. Aquí no nos andamos con ceremonias —dijo después de haber dado a la mano de James un fuerte apretón y un vigoroso meneo—, de modo que en adelante puede llamarme Bulldog.

—¿Bulldog? —tartamudeó James.

—Es sólo un apodo, mayor —aseguró Pinkerton a James.

—Muy bien —vaciló James—. Bulldog. Y me sentiré honrado si me llama usted James.

—Ésa era mi intención, Jimmy, ¡ésa era mi intención! Empezaremos a trabajar mañana mismo, eso haremos. ¿Querrá usted traer sus cosas aquí esta misma noche? Puede dormir en el lavadero, si no le importan una o dos ratas.

—Me acostumbré a las ratas en prisión —confesó James—. Y a cosas peores.

—¡Entonces estará cómodo, mayor! Tenemos que empezar a trabajar pronto mañana por la mañana —dijo Pinkerton, y luego, cuando James se hubo ido, el jefe del servicio secreto se sentó y escribió una breve carta que viajaría al sur adjunta a la nota de James. La carta pedía información detallada de las defensas rebeldes al este de Richmond, y en particular preguntaba cuántos hombres había asignados a esas defensas. Luego Pinkerton pedía que esa información fuera enviada al señor Timothy Webster, en el hotel Ballard House de Franklin Street, Richmond.

Timothy Webster era el espía más brillante de Pinkerton, un hombre que había cumplido ya tres misiones en el seno de la Confederación y estaba ahora en mitad de la cuarta. En esta ocasión Webster había adoptado la personalidad de un comerciante con medios para burlar el bloqueo que buscaba negocios en Richmond, aunque lo cierto era que utilizaba los fondos del Servicio Secreto para hacer amistad con militares y políticos rebeldes indiscretos. La misión de Webster era descubrir y revelar las defensas de Richmond, una misión que implicaba riesgos espantosos, pero ahora, con la aparición del informador de James Starbuck, Pinkerton se sintió seguro del éxito de Webster. Introdujo las dos hojas de papel en el sobre, descorchó una botella de su precioso whisky escocés y se ofreció a sí mismo un brindis. Por la victoria.

## Capítulo 5

El coronel Griffin Swynyard comía con avidez un plato de col con patatas cuando Bird y Starbuck se presentaron en su tienda. Había empezado a llover de nuevo y las nubes espesas habían traído un crepúsculo prematuro, de modo que el coronel necesitaba la iluminación de dos linternas que colgaban del poste central de la tienda. El coronel recién ascendido estaba sentado debajo de las dos lámparas vestido con una voluminosa bata de lana gris sobre los pantalones del uniforme y una camisa sucia. Hacía muecas cada vez que un bocado provocaba una punzada de agonía en su dentadura amarillenta y deteriorada. Su ordenanza, un esclavo amedrentado, había anunciado al mayor Bird y el capitán Starbuck y luego se había apresurado a salir a la noche, donde las fogatas de la retaguardia luchaban contra el viento y la lluvia.

—De modo que es usted Bird —dijo Swynyard ignorando deliberadamente a Starbuck.

—Y usted es Swynyard —respondió Bird con la misma brusquedad.

—Coronel Swynyard. West Point, promoción del veintinueve en el extinto Ejército de Estados Unidos, 4.º de Infantería. —Los ojos inyectados en sangre de Swynyard tenían un brillo enfermizo a la luz de las linternas. Masticó un bocado de su cena y ayudó a pasarlo con un sorbo de whisky—. Ahora nombrado segundo en el mando de la Brigada Faulconer. —Señaló a Bird con su cuchara—. Lo que me convierte en su superior.

Bird recibió la información con una breve inclinación, pero rehusó llamar «señor» a Swynyard, que era lo que presumiblemente deseaba el coronel. Swynyard no insistió; hurgó en el plato de su cena con un cuchillo afilado y tomó luego otro bocado de aquel comistrajo poco apetitoso. Su tienda de campaña tenía un suelo de madera de pino recién aserrada, una mesa plegable, una silla, un catre de campaña y un caballete en el que habían colocado su silla de montar. El mobiliario, como la silla y la tienda misma, era nuevo. Habría sido caro incluso antes de la guerra, pero Bird no quiso calcular lo que podía costar todo el equipo en aquella época de escasez. Había una galera aparcada fuera, a un lado de la tienda, que Bird supuso era utilizada para el transporte de las pertenencias de Swynyard, una muestra más del dinero gastado en el equipo del coronel.

Swynyard tragó su bocado y bebió otro sorbo de whisky. La lluvia tamborileaba en la lona tensa de la tienda. En la oscuridad, un caballo relinchó y un perro emitió un ladrido.

—Ahora pertenece usted a la Brigada Faulconer —anunció Swynyard en tono formal—, que está compuesta por esta Legión, el Batallón de Voluntarios del Condado de Iward de Arkansas, los Regimientos 12.º y 13.º de Florida y el 65.º de Virginia. Todos ellos bajo las órdenes del brigadier general Washington Faulconer,

Dios le bendiga, que está esperando nuestra llegada al Rappahannock mañana. ¿Alguna pregunta?

—¿Cómo está mi cuñado? —preguntó Bird en tono amable.

—Preguntas militares, Bird. Militares.

—¿Se ha recuperado de su herida mi cuñado lo bastante para poder cumplir por fin con sus tareas militares? —preguntó Bird con suavidad.

Swynyard ignoró aquella pregunta burlona. Un tic hizo temblar su mejilla derecha mientras utilizaba su mano izquierda mutilada para limpiarse la barba, en la que habían ido a alojarse algunas migajas de col. El coronel había colocado un taco de tabaco de mascar húmedo a un lado de su plato y ahora se llevó de nuevo el tabaco a la boca y lo chupó con fuerza al tiempo que se levantaba y daba un rodeo en torno al caballete que sostenía su silla de montar.

—¿Alguna vez ha cortado una cabellera? —preguntó desafiante a Bird.

—No, que yo recuerde. —Bird consiguió disimular la sorpresa y la repugnancia que le había producido aquella pregunta repentina.

—¡Tiene truco! Como cualquier otra habilidad, Bird, tiene truco. El problema con los soldados jóvenes es que intentan arrancarlas y eso no funciona. No funciona en absoluto. No, lo que tiene que hacer con ellas es pelarlas, ¡pelarlas! El cuchillo debe ayudarle a pelarlas, pero sólo para cortar los bordes, y de ese modo conseguirá usted algo bonito y curioso. Algo como esto. —Swynyard sacó una madeja de cabellos negros del bolsillo de su bata y lo agitó delante de la cara de Bird—. He reunido más cabelleras de salvajes que ningún hombre blanco vivo —siguió diciendo Swynyard— y estoy orgulloso de ello, orgulloso. Serví bien a mi país, Bird. Me atrevo a decir que nadie lo sirvió mejor y mi única recompensa fue ver cómo salía elegido ese chimpancé de culo pringado de Lincoln, de modo que ahora nos vemos obligados a luchar por un país nuevo. —Swynyard hizo aquella arenga en un tono lleno de emoción y se arrió tanto a Bird que éste pudo percibir en su aliento una mezcla de col, tabaco y whisky—. Y eso vamos a hacer, Bird, usted y yo. Codo con codo, ¿eh? ¿Cómo están los hombres del regimiento? Hábleme de ellos.

—Están bien —contestó escuetamente Bird.

—Esperemos que estén bien, Bird. ¡Sanos y con la moral alta! El general no está seguro de que deban estar al mando de un mayor, ¿me comprende? —Swynyard arrió más aún su cara a la de Bird mientras hablaba—. De modo que usted y yo hemos de llevarnos bien, mayor, si quiere que mi buena opinión contribuya a hacer desaparecer los recelos del general.

—¿Qué es lo que está sugiriendo? —preguntó Bird en tono tranquilo.

—Yo no hago sugerencias, mayor. No soy lo bastante inteligente para hacer sugerencias. Soy sólo un soldado tosco que se destetó en la boca negra de un cañón. —Swynyard escupió una risotada ahogada en la cara de Bird. Luego se ajustó la bata

de lana sobre el pecho flaco y volvió tambaleante hacia su silla—. Lo único que me importa —siguió diciendo Swynyard después de sentarse— es que la Legión esté dispuesta a combatir y sepa exactamente por qué combate. ¿Lo saben sus hombres, Bird?

—Estoy seguro de que sí —repuso Bird.

—Pues no parece usted tan seguro, Bird. No lo parece. —Swynyard hizo una pausa para beber otro sorbo de whisky—. Los soldados son gente sencilla —prosiguió—. No hay nada complicado en un soldado, Bird. Coloque a un soldado en la dirección correcta, dele una patada en el culo y dígame que mate. ¡Eso es todo lo que necesita un soldado, Bird! Los soldados no son más que negros blancos, como suelo decir, pero incluso un negro trabaja mejor si sabe lo que está haciendo. Y por esa razón, esta noche distribuirá usted estos folletos a los hombres. Quiero que conozcan la nobleza de nuestra causa.

Swynyard intentó levantar una caja de madera llena de panfletos para colocarla sobre la mesa, pero el peso de la caja lo derrotó, de modo que se limitó a empujarla con el pie hacia Bird.

Bird tomó uno de los panfletos y leyó el título en voz alta:

—«La cuestión de los negros», por John Daniels. —La voz de Bird traicionó la repugnancia que le causaban las virulentas opiniones de John Daniels—. ¿De verdad desea usted que reparta esto entre los hombres? —preguntó.

—¡Debe hacerlo! —declaró Swynyard—. Johnny es mi primo, ya ve, y vendió estos folletos al general Faulconer para que los hombres pudieran leerlos.

—Cuán generoso por parte de mi cuñado —dijo Bird, irónico.

—Y cuán útiles serán estos panfletos —dijo Starbuck. Hablaba por primera vez desde que entró en la tienda.

Swynyard le dirigió una mirada suspicaz.

—¿Útiles? —preguntó con voz amenazadora después de un largo silencio.

—Resulta difícilísimo encender un fuego con un tiempo tan húmedo —explicó plácidamente Starbuck.

El tic de la mejilla de Swynyard empezó a vibrar. No dijo nada durante un largo rato y se limitó a jugar con su cuchillo de mango de hueso mientras miraba al joven oficial.

—¿Daniels es su primo? —Bird rompió inesperadamente el silencio.

—Sí.

Swynyard apartó los ojos de Starbuck y dejó de nuevo el cuchillo sobre la mesa.

—Y supongo que fue su primo —continuó despacio Bird mientras en su mente se hacía la luz— quien escribió el editorial en el que se pedía al ejército el ascenso de Washington Faulconer.

—¿Y qué si lo hizo? —preguntó Swynyard.

—Nada, nada —se defendió Bird, aunque apenas si podía contener la risa al darse cuenta del precio que había pagado su cuñado por el apoyo de Daniels.

—¿Hay algo en particular que le parezca cómico? —preguntó Swynyard con rencor.

Bird suspiró.

—Coronel —dijo—, hemos llevado a cabo una larga marcha hoy, con lo que no tengo ni la energía ni el deseo de seguir aquí y explicar lo que me divierte o no. ¿Hay algo más que desee de mí? ¿O podemos retirarnos el capitán Starbuck y yo a dormir un poco?

Swynyard miró fijamente a Bird durante unos segundos y luego señaló con su mano mutilada la entrada de la tienda.

—Váyase, mayor. Envíe a un hombre a buscar los folletos. Usted quédese aquí. —Las tres últimas palabras fueron dirigidas a Starbuck.

Bird no se movió.

—Si hay algo que concierne a uno de mis oficiales, coronel —dijo a Swynyard—, también me concierne a mí. Me quedo.

Swynyard se encogió de hombros como para sugerir que no le importaba si Bird se iba o se quedaba y fijó de nuevo la mirada en Starbuck.

—¿Cómo está su padre, Starbuck? —preguntó Swynyard de improviso—. Sigue predicando el amor fraterno a los negros, ¿no? ¿Aún espera que casemos a nuestras hijas con nativos africanos? —Hizo una pausa a la espera de la respuesta de Starbuck. Una de las linternas empezó a llamear de pronto con más intensidad, luego su luz se estabilizó. Se oía cantar a los hombres en la oscuridad lluviosa—. ¿Y bien, Starbuck? —insistió Swynyard—. ¿Todavía quiere su padre que entreguemos a nuestras hijas a los negros?

—Mi padre nunca ha predicado el matrimonio interracial —respondió Starbuck en tono suave. No amaba a su padre, pero frente al sarcasmo de Swynyard se sintió inclinado a defender al reverendo Elial.

El tic de la mejilla de Swynyard se disparó. Entonces extendió la mano izquierda herida y señaló las dos estrellas que adornaban el cuello de la flamante guerrera de su uniforme, que colgaba de un clavo fijado en uno de los postes de la tienda.

—¿Qué significan esas estrellas, Starbuck?

—Significan, creo, que la guerrera pertenece a un teniente coronel —respondió Starbuck.

—¡Me pertenece a mí! —dijo Swynyard alzando la voz.

Starbuck se encogió de hombros como si la propiedad de la guerrera fuese un asunto carente de importancia.

—¡Y yo soy su superior! —aulló Swynyard, que arrojó una ducha de jugo de tabaco sobre los restos de col y patatas que había en el plato—. ¡De modo que debe



llamarme «señor»! ¿Entendido?

Starbuck siguió sin decir nada. El coronel lo miraba enfurecido, mientras su mano mutilada arañaba el borde de la mesa. El silencio se prolongó. Los cantos del exterior cesaron cuando los hombres oyeron al coronel gritar a Starbuck y el mayor Bird supuso que media Legión escuchaba ahora la confrontación que tenía lugar en el interior de la tienda, iluminada por una luz amarillenta.

El coronel Swynyard pareció ignorar a aquel auditorio silencioso e invisible. Estaba perdiendo la compostura y la mirada divertida en el rostro bien parecido de Starbuck estaba acelerando el proceso. De pronto el coronel agarró una fusta de montar de mango corto que estaba sobre su catre de campaña e hizo restallar su punta anudada delante del rostro del bostoniano.

—Es usted un bastardo norteño, Starbuck, un pedazo de esa basura republicana amante de los negros y no hay lugar para usted en esta brigada. —El coronel se tambaleó sobre sus pies e hizo restallar de nuevo su fusta, en esta ocasión a escasos centímetros de la mejilla de Starbuck—. Queda expulsado de inmediato del regimiento, desde ahora y para siempre, ¡ya me ha oído! Son órdenes del brigadier general, firmadas, selladas y a mí confiadas. —Swynyard utilizó su mano izquierda para rebuscar entre los papeles dispersos sobre su mesa plegable, pero no encontró la orden de expulsión y abandonó la búsqueda—. ¡Se marchará usted ahora mismo, sin perder un minuto! —Swynyard agitó su fusta delante de Starbuck por tercera vez—. ¡Fuera de aquí!

Starbuck agarró la fusta. Su intención había sido nada más esquivar el golpe, pero cuando la punta del látigo se enroscó en su mano se le ocurrió de forma espontánea una idea más refinada. Esbozó una media sonrisa y tiró de la fusta, lo que hizo que Swynyard perdiera el equilibrio. El coronel se aferró a la mesa buscando un apoyo, pero Starbuck tiró más fuerte y la mesa plegable se volcó bajo el peso de Swynyard. El coronel quedó tendido en el suelo sobre los restos de madera astillada y de col esparcida.

—¡Guardia! —chilló Swynyard al caer—. ¡Guardia!

El sargento Tolliver de la Compañía A asomó una cara circunspecta por entre los faldones de la entrada de la tienda.

—¿Señor? —Bajó la mirada al coronel, tendido en medio del revoltillo de la mesa de campaña rota, y dirigió a Bird una mirada desesperada—. ¿Qué debo hacer, señor? —preguntó Tolliver a Bird.

Swynyard se puso en pie con esfuerzo.

—Colocará bajo arresto a esta basura nordista —gritó a Tolliver—, y lo entregará a los oficiales de la policía militar para ser conducido a Richmond e internado como enemigo del Estado. ¿Me ha comprendido?

Tolliver vacilaba.

—¿Me ha comprendido? —gritó Swynyard al afligido sargento.

—Le ha comprendido —intervino el mayor Bird.

—Está usted expulsado del ejército —se desgañitó Swynyard con Starbuck—. ¡Su servicio ha finalizado, está usted acabado, expulsado! —Un escupitajo de saliva aterrizó en el rostro de Starbuck. El autocontrol del coronel había desaparecido por completo, bajo los efectos del alcohol y de la sutil provocación de Starbuck. Dio un par de pasos vacilantes hacia Starbuck y tropezó de pronto con su pistolera, que colgaba junto a la guerrera del poste de la tienda.

—¡Está usted arrestado! —hipó Swynyard, mientras trataba de desenfundar el revólver.

Bird agarró a Starbuck por el brazo y tiró de él fuera de la tienda antes de que ocurriese una desgracia.

—Creo que está loco —dijo Bird mientras se apresuraba a alejar a Starbuck de la tienda de Swynyard—. Pura y sencillamente loco. Orate. Demente. Lunático. —Bird se detuvo a una distancia prudente de la tienda y miró atrás como si no consiguiese dar crédito a lo que acababa de presenciar—. También está borracho, desde luego. Pero ya había perdido la razón mucho antes de bañar sus amígdalas en bebistrajo. Dios mío, Nate, ¿y éste es nuestro nuevo segundo en el mando?

—Señor. —El sargento Tolliver había seguido a los dos oficiales desde la tienda del coronel—. ¿He de arrestar al señor Starbuck, señor?

—No seas ridículo, Dan. Yo me cuidaré de Starbuck. Tú olvídate de todo esto. —Bird sacudió la cabeza—. ¡Loco de atar! —dijo maravillado. No había movimiento ahora en la tienda del coronel, sólo se veía a través de la lluvia la luz de las linternas filtrada por la lona—. Lo siento, Nate —se lamentó Bird. Aún tenía en la mano el panfleto de Daniels y, al darse cuenta, lo rompió en pedazos minúsculos.

Starbuck juró amargamente. Había esperado la venganza de Faulconer, pero de alguna manera esperaba aún poder quedarse en la Compañía K. Era su hogar ahora, el lugar en el que contaba con amigos y con un objetivo. Sin la Compañía K, se vería perdido.

—Tendría que haberme quedado con Zancos —dijo Starbuck. «Zancos» era Nathan Evans, cuya brigada, mermada por el cambio de destino de la Legión, se había trasladado al sur días antes.

Bird dio un cigarro a Starbuck y luego extrajo una ramita encendida de una fogata próxima para encenderlo.

—Tenemos que sacarlo de aquí, Nate, antes de que ese lunático decida que debe ser arrestado oficialmente.

—¿Arrestado por qué motivo? —preguntó Starbuck con amargura.

—Por ser un enemigo del Estado —respondió Bird en voz baja—. Ya ha oído lo que ha dicho ese idiota beodo. Me temo que ha sido Faulconer quien ha metido esa

idea en su cabeza.

Starbuck se quedó mirando la tienda del coronel.

—¿De dónde diablos ha sacado Faulconer a ese hijo de puta?

—De John Daniels, por supuesto —aclaró Bird—. Mi cuñado se ha comprado a sí mismo una brigada y el precio ha sido el que le ha pedido Daniels, lo que al parecer incluía un cargo para ese maníaco alcoholizado.

—Lo siento, Pecker —se disculpó Starbuck, avergonzado por su autocompasión—. Ese bastardo también le ha amenazado a usted.

—Sobreviviré —repuso Bird confiado. Sabía muy bien que Washington Faulconer le despreciaba y que le habría gustado degradarle, pero Thaddeus Bird sabía también que contaba con el respeto y el afecto de la Legión, y lo que le costaría a su cuñado romper ese lazo. Starbuck era un objetivo mucho más fácil para Faulconer—. Es muy importante, Nate —siguió diciendo Bird—, que desaparezca de aquí y se ponga a salvo. ¿Qué desea hacer?

—¿Hacer? —repitió Starbuck—. ¿Qué puedo hacer?

—¿Quiere volver al Norte?

—Cristo, no.

Volver al Norte significaba afrontar la ira desatada de su padre. Significaba traicionar a sus amigos de la Legión. Significaba arrastrarse como un penitente, ser un fracasado, y su orgullo no le consentía una cosa así.

—En ese caso vaya a Richmond —propuso Bird— y busque a Adam. Él le ayudará.

—Su padre no le dejará ayudarme.

El tono de Starbuck era amargo de nuevo. No había sabido nada de Adam en todo el invierno y sospechaba que su amigo de otros tiempos le había abandonado.

—Adam es capaz de actuar por sí mismo —aseguró Bird—. Váyase esta misma noche, Nate. Murphy le llevará a Fredericksburg y allí podrá tomar un tren. Le daré un pase de permiso que le servirá para llegar a Richmond.

Nadie podía viajar a través de la Confederación sin un pasaporte extendido por las autoridades, pero los regimientos facilitaban pases a los soldados que marchaban de permiso.

La noticia de la expulsión de Starbuck corrió por la Legión como la pólvora. La Compañía K quiso protestar, pero Bird les convenció de que el conflicto no se resolvería apelando al sentido de la justicia de Swynyard. Ned Hunt, que se consideraba a sí mismo el gracioso de la compañía, quería aserrar los radios de las ruedas de la galera de Swynyard o bien prender fuego a la tienda del coronel, pero Bird no quiso oír hablar de tales tonterías e incluso puso un retén delante de la tienda del coronel para impedirlo. Lo importante, sostuvo Bird, era llevarse a Starbuck sano y salvo lejos de la malevolencia de Swynyard.

—Así pues, ¿qué va a hacer? —preguntó Truslow a Starbuck mientras el capitán Murphy preparaba dos caballos.

—Ver si Adam puede ayudarme.

—¿En Richmond? Así pues, ¿verá a mi Sally? —preguntó Truslow.

—Eso espero.

Starbuck, a pesar de los desastres de la noche, sintió un estremecimiento de anticipación.

—Dígale que pienso en ella —gruñó Truslow. Era lo más parecido a una confesión de amor y de perdón que se veía capaz de hacer—. Si le falta alguna cosa... —empezó a decir Truslow, y se encogió de hombros por las dudas de que a su hija pudiera faltarle el dinero—. Me gustaría... —empezó de nuevo y de nuevo calló. Starbuck supuso que al sargento le gustaría que su única hija no se ganara la vida ejerciendo la prostitución, pero entonces Truslow lo sorprendió—: Usted y ella —explicó—. Me gustaría ver eso.

Starbuck enrojeció en la oscuridad.

—Su Sally necesita a alguien con mejores perspectivas que yo —dijo.

—Podría elegir a alguien mucho peor —respondió Truslow, leal.

—No veo cómo. —Starbuck se dejó ganar de nuevo por la autocompasión—. No tengo casa, ni un penique, ni trabajo.

—Pero no por mucho tiempo —fue la contestación de Truslow—. No dejaré que ese hijo de perra de Faulconer le venza.

—No —dijo Starbuck, pero lo cierto es que sospechaba que ya había sido vencido. Era un extraño en tierra extraña y sus enemigos eran ricos, influyentes e implacables.

—Así que volverá —aventuró Truslow—. Hasta entonces procuraré tener la compañía en buena forma.

—No me necesita a mí para eso —dijo Starbuck—. Nunca me ha necesitado a mí para eso.

—Es usted un tonto, capitán —gruñó Truslow—. Yo no tengo su seso, y es tonto si no lo ve. —Se oyó el tintineo de unos arreos cuando el capitán Murphy se acercó con dos caballos ensillados bajo la lluvia—. Despídase —ordenó Truslow a Starbuck— y prometa a los chicos que volverá. Ellos necesitan que se lo prometa.

Starbuck se despidió. Los hombres de la compañía no tenían más que lo que podían llevar encima, pero aun así intentaron hacerle regalos. George Finney había robado una llave Phi Beta Kappa de plata de la cadena del reloj de un oficial muerto en Ball's Bluff y quiso dársela a Starbuck. Starbuck la rechazó y tampoco quiso aceptar una oferta de dinero contante del pelotón del sargento Hutton. Sólo se llevó su pase de permiso firmado y ató su manta a la parte trasera de la silla de montar prestada. Se echó el gabán de forro escarlata de Oliver Wendell Holmes sobre los

hombros y montó a lomos del caballo.

—Os veré muy pronto a todos —dijo como si lo creyera, y picó espuelas antes de que nadie de la Legión pudiera darse cuenta de lo cerca que estaba de la desesperación.

Starbuck y Murphy cabalgaron en la noche y pasaron delante de la tienda del coronel Swynyard, ya a oscuras. Nada se movía en el interior. Los tres esclavos del coronel se habían acurrucado debajo de la galera y desde allí miraron a los jinetes que cabalgaban bajo la lluvia negra. El ruido de cascos se perdió en la oscuridad.

Todavía llovía cuando llegó la mañana. Bird había dormido mal y se sintió más viejo de lo que era en realidad al arrastrarse fuera de su cobijo forrado de césped e intentar templar sus huesos junto a una mísera fogata. Se dio cuenta de que la tienda del coronel Swynyard ya había sido recogida y los tres esclavos se ocupaban de asegurar con sogas la carga en la galera del coronel, listos para la marcha a Fredericksburg. Apenas a un kilómetro al norte, dos jinetes yanquis observaban el campamento rebelde a través de la lluvia, desde la cima de una loma. Hiram Ketley, el torpe pero voluntarioso ordenanza de Bird, trajo al mayor una taza de café adulterado con batata puesta a secar y luego intentó avivar el fuego mortecino. Un puñado de oficiales tiritaban junto a aquel fuego miserable y, cuando los que estaban frente a Bird miraron alarmados algo que se había colocado detrás de él, se volvió para averiguar quién se acercaba. Vio la barba desaseada y los ojos inyectados del coronel Swynyard, que, de forma asombrosa, sonreía con sus dientes amarillos y tendía la mano para saludar a Bird.

—¡Buenos días! Es usted Bird, ¿verdad? —preguntó Swynyard con voz pletórica de energía.

Bird asintió pero no aceptó la mano tendida.

—Swynyard. —El coronel no parecía reconocer a Bird—. Tenía intención de hablar con usted anoche, pero por desgracia no me encontraba bien.

Retiró la mano tendida, con torpeza.

—Hablamos —dijo Bird.

—¿Hablamos? —Swynyard frunció el entrecejo.

—Anoche. En su tienda.

—Malaria, ése es el problema —explicó Swynyard. El tic hacía temblar su mejilla y daba la sensación de que guiñaba continuamente el ojo derecho. La barba del coronel estaba húmeda después de sus abluciones y el cabello había sido alisado con aceite. Había encontrado su fusta y la tenía ahora en la mano mutilada—. La fiebre viene y se va, Bird —explicó—, pero por lo general viene de noche. Me deja plano, ¿sabe? De modo que si hablamos anoche, no me acuerdo de nada. La fiebre, ¿sabe?

—Estaba usted febril, en efecto —dijo Bird en voz baja.

—Pero ahora me encuentro perfectamente. Nada como un buen sueño para ahuyentar la fiebre. Soy el segundo en el mando de Washington Faulconer.

—Lo sé —dijo Bird.

—Y ahora está usted en su brigada —continuó Swynyard, alegre—. Están usted, unos destripaterrones de Arkansas, los regimientos 12.º y 13.º de Florida y el 65.º de Virginia. El general Faulconer me ha enviado para presentarme y darle las nuevas órdenes. No irá destinado a las defensas de Fredericksburg, sino que se reunirá con el resto de la brigada más al oeste. Está todo escrito aquí.

Dio a Bird un papel doblado y sellado con el anillo de Washington Faulconer. Bird rompió el sello y vio que se trataba tan sólo de una orden para que la Legión marchara de Fredericksburg a Locust Grove.

—Allí permaneceremos como reserva —continuó Swynyard—. Con un poco de suerte dispondremos de algunos días para ponernos en forma, pero hay una cuestión delicada que deberemos resolver primero. —Tomó a Bird del hombro y empujó al atónito mayor lejos de los oídos inquisitivos de los demás oficiales—. Es algo muy delicado —dijo Swynyard.

—¿Starbuck? —sugirió Bird.

—¿Cómo lo ha adivinado? —Swynyard parecía sorprendido, pero también impresionado por la agudeza de Bird—. Starbuck en efecto, Bird. Un mal asunto. Odio disgustar a un hombre, Bird, no es mi estilo. Nosotros los Swynyard siempre hemos ido derechos al grano, cosa que a veces puede ser incluso un defecto, lo reconozco, pero ya estoy demasiado crecido para cambiar ahora. Starbuck, precisamente. El general no puede tragárselo, ¿sabe?, y tendremos que librarnos de él. Le prometí emplear mucho tacto y entiendo que usted es la persona que mejor puede saber cómo hacerlo.

—Lo hemos hecho ya —repuso Bird en tono amargo—. Vino también anoche.

—¿Vino? —Swynyard miraba parpadeando a Bird—. ¿Vino? ¡Bien! ¡Dicho y hecho! Ha sido cosa suya, ¿verdad? Encantado de conocerle, Bird. —Alzó la fusta hasta el borde del sombrero en un saludo de despedida, pero de pronto se volvió atrás—. Había una cosa más, Bird.

—¿Coronel?

—He traído un poco de lectura para sus hombres. Algo que les animará. —Swynyard dedicó a Bird una sonrisa amarilla—. Parecen un poco alicaídos, como si necesitaran algo que les inflame. Envíe a un hombre a recoger los folletos, ¿lo hará? Y cuide de que los hombres que no sepan leer cuenten con un amigo que les lea en voz alta. ¡Bien! ¡Buen trabajo! ¡Adelante!

Bird vio alejarse al coronel, cerró los ojos y sacudió la cabeza como para comprobar que aquella mañana lluviosa no era una pesadilla espantosa. Al parecer no lo era y lo que se había vuelto irremediabilmente loco era el mundo real.

—Puede —dijo a nadie en particular— que los yanquis tengan también a uno como él. Esperémoslo.

Al otro lado del valle, las patrullas yanquis dieron media vuelta y se desvanecieron en los bosques empapados. La artillería sudista enganchó los cañones a sus cureñas y siguió a la galera del coronel Swynyard hacia el sur, dejando que los soldados de la Legión apagaran sus fuegos y se calzaran las botas húmedas.

La retirada prosiguió, cada vez más parecida a una derrota.

\* \* \*

La gran hueste del Ejército del Potomac no avanzó más allá de Manassas. En cambio, en una maniobra diseñada para romper el equilibrio de las fuerzas rebeldes, las tropas regresaron a Alexandria, justo frente a Washington en la otra orilla del río, donde les esperaba una flota que había de llevarlas río abajo por el Potomac hasta la bahía de Chesapeake, desde donde seguirían, rumbo al sur, hasta Fort Monroe, una fortaleza en manos de la Unión. La flota había sido reunida por el gobierno de Estados Unidos y los mástiles de los barcos a la espera formaban un bosque por encima del río. Había barcos movidos por ruedas que habían llegado desde puntos situados tan al norte como Boston, transbordadores de Delaware, goletas de una veintena de puertos de la orilla del Atlántico e incluso transatlánticos de pasajeros con proas afiladas como agujas y elegantes adornos dorados en las popas. El vapor surgido de un centenar de calderas se alzaba en el aire mientras el estruendo de cien silbatos espantaba a los caballos que esperaban a ser cargados en las bodegas de los buques. Grúas accionadas a vapor izaban a bordo cargas envueltas en redes amplias, mientras hileras de soldados subían las pasarelas inclinadas. Cañones y trenes de munición, cureñas y forjas portátiles, todo era cuidadosamente amarrado en las cubiertas inferiores de los vapores. El estado mayor de McClellan calculaba que el transporte de toda la expedición se realizaría en veinte días: ciento veintiún mil hombres con sus trescientos cañones, mil cien carros y quince mil caballos, más de diez mil bueyes y un número casi infinito de balas de forraje, pontones, tambores de cable de telégrafo y barriles de pólvora, todo lo cual necesitaría durante el viaje la protección de buques de guerra, fragatas y cañoneras de la Armada de la Unión. La flota del Ejército del Potomac era la mayor jamás reunida, prueba de la voluntad de la Unión de acabar con la rebelión de un solo golpe enérgico. Los desgraciados que se habían quejado de la inactividad de McClellan verían ahora cómo era capaz de luchar el Joven Napoleón. Conduciría a su ejército hasta la lengua de tierra mal defendida que se extendía a unos cien kilómetros al sudeste de Richmond y como un relámpago marcharía hacia el oeste para capturar la capital de los rebeldes y destruir su resolución de combatir.

«Os he hecho retroceder para ponerlos en condiciones de asestar el golpe mortal a la rebelión que ha afligido a nuestro antes feliz país», explicaba McClellan a las tropas en una proclama impresa, para prometer luego que su general velaría por sus soldados «como un padre por sus hijos; sabéis muy bien que vuestro general os ama desde lo más profundo de su corazón». La proclama advertía a las tropas de que habría combates encarnizados, pero también les aseguraba que cuando llevaran la victoria a sus hogares considerarían su pertenencia al Ejército del Potomac como el mayor honor de sus vidas.

—Bellos sentimientos —comentó James Starbuck cuando leyó la proclama, que había surgido de la imprenta que viajaba junto al cuartel general del ejército, y no fue el único que admiró aquellas bellas palabras y nobles sentimientos. Los periódicos del Norte podían llamar a McClellan «el Joven Napoleón», pero los soldados del Ejército del Potomac conocían a su general como «Little Mac», el Pequeño Mac, y declaraban que era el militar más capaz del mundo. Si algún hombre podía conseguir una victoria rápida era Little Mac, que había convencido al Ejército del Potomac de que eran los soldados mejor equipados, mejor entrenados y más en forma de la historia de la República, si no de la historia del mundo. Y aunque los enemigos políticos de Little Mac ponían reparos a su cautela y coreaban con sarcasmo «Sin novedad en el Potomac», los soldados sabían que su general sólo había estado esperando el momento perfecto para golpear. Y ese momento había llegado ahora, cuando cientos de ruedas de palas y hélices batían las aguas del Potomac y cientos de chimeneas arrojaban humo y carbonilla al cielo azul primaveral. Los primeros barcos se deslizaron río abajo, las bandas de música tocaban y las banderas se inclinaron en homenaje cuando pasaron delante de la residencia de George Washington en Mount Vernon.

—Necesitarán más que sentimientos —observó Allan Pinkerton, sombrío, a James. La Oficina del Servicio Secreto del general McClellan esperaba en una casa incautada próxima a los muelles de Alexandria a que el propio general estuviera listo para navegar y aquella mañana, mientras James y su jefe observaban el movimiento en la línea férrea y el bullicio de los muelles, Pinkerton esperaba la llegada de visitas. El resto de la oficina se dedicaba a reunir las últimas briznas de información llegadas del Sur. Cada día traía una masa indigesta de información de ese tipo, procedente de desertores o de esclavos fugitivos o de cartas de simpatizantes del Norte pasadas clandestinamente desde la otra orilla del Rappahannock, pero Pinkerton no creía en nada de aquello. Quería tener noticias de su mejor agente, Timothy Webster y, a través de Webster, del misterioso amigo de James, pero hacía ya varias semanas que Richmond guardaba un silencio ominoso. La buena noticia en ese silencio era que los periódicos de Richmond no mencionaban ningún arresto ni habían llegado al Norte rumores acerca de oficiales sudistas de alto rango acusados de traición, pero el



silencio de Webster preocupaba a Pinkerton.

—Tenemos que dar al general la mejor información posible —había repetido a James en varias ocasiones. Pinkerton nunca se refería al general McClellan con el apodo de «Little Mac» ni tampoco con el de «Joven Napoleón», sino siempre como «el general».

—Pero sí podemos asegurar con certeza al general que la península está mal defendida —señaló James. Trabajaba en una pequeña mesa plegable que había colocado en la galería.

—¡Ajá! ¿Y si eso es precisamente lo que los sudistas quieren que creamos? —retrucó Pinkerton, que se volvió excitado para ver si un rumor de cascos anunciaba la llegada de sus visitantes. Un jinete pasó de largo y Pinkerton volvió a su calma habitual—. ¡Hasta que tenga más noticias de su amigo, no me creeré nada!

Adam ya había enviado una respuesta a través de los buenos oficios de Timothy Webster y esa única respuesta había sido asombrosamente precisa. Excepto en cañones, había escrito Adam, las defensas situadas frente a Fort Monroe eran muy débiles. El mayor general Magruder tenía desplegadas delante del fuerte cuatro brigadas incompletas, que comprendían tan sólo veinte batallones infradimensionados. En infantería, según los últimos estadillos, esos batallones contaban con unos efectivos de sólo diez mil hombres, la mayor parte de los cuales había sido concentrada por Magruder en fuertes de tierra apisonada situados en la isla Mulberry, en el lado sur de la península, y en fortificaciones parecidas en Yorktown, en la parte norte. Algunas de las defensas de Yorktown, había añadido Adam con pedantería, eran reliquias de la fracasada defensa británica de 1783. Los veintidós kilómetros que separaban Yorktown y la isla de Mulberry estaban guardados únicamente por cuatro mil hombres y algunos fuertes dispersos. La debilidad de Magruder en efectivos se compensaba en parte por una fuerte concentración artillera y Adam informaba ominosamente que se habían incorporado a las defensas de los rebeldes no menos de ochenta y cinco piezas de artillería pesada y cincuenta y cinco cañones de campo más ligeros. A pesar de ello, insistía Adam, ni siquiera con todos aquellos cañones era posible cubrir todos los caminos o senderos de la península.

A quince kilómetros detrás de la línea de Yorktown, informó Adam, cerca de la pequeña ciudad universitaria de Williamsburg, Magruder había hecho levantar algunas defensas más de tierra apisonada, pero hasta el momento carecían de guarnición. Por lo demás, decía Adam, no había más defensas entre Fort Monroe y las nuevas trincheras y reductos que el general Robert E. Lee estaba excavando en torno a Richmond. Adam había añadido una disculpa porque su información estaba una semana atrasada, pues tenía entendido que pronto se enviarían más refuerzos al general Magruder y prometía enviar detalles de esos refuerzos tan pronto como tuviera noticia de ellos.

Esos detalles ulteriores no habían llegado; de hecho, no había habido más noticias ni de Adam ni de Timothy Webster. Su repentino silencio era preocupante, pero James no creía que ese silencio tuviera ningún significado militar, porque todos los demás informes llegados de la Virginia rebelde tendían a confirmar la exactitud del primer informe detallado de Adam acerca de las defensas de la península. La coincidencia de aquellos informes venía a sugerir que las líneas de Magruder eran muy débiles y que lo último que esperaban los rebeldes era un ataque masivo desde el mar, por lo que James no conseguía entender por qué aquellos informes no tranquilizaban a Pinkerton. Ahora, mientras esperaban en el porche de la casa de Alexandria, James defendió ante su jefe la credibilidad de las noticias que llegaban desde detrás de las líneas rebeldes.

—Magruder, incluso con sus refuerzos, no puede tener más de catorce mil hombres —dijo James, rotundo. Había leído todos los papeles con informaciones que llegaban del Sur y sólo un puñado de ellos contradecía las cifras de Adam. James sospechaba que esos pocos papeles eran informes falsos que pretendían engañar al alto mando federal. Todos sus instintos decían a James que el Joven Napoleón barrería al enemigo con una desdeñosa facilidad. Los ciento diez mil hombres embarcados en los muelles de Alexandria se enfrentarían a tan sólo catorce o quince mil rebeldes y James en la vida comprendería las reticencias de Pinkerton.

—¡Quieren hacernos creer que son débiles, Jimmy! —explicó ahora Pinkerton sus aprensiones—. ¡Quieren hacernos caer en la trampa y darnos una paliza! —Simuló dar puñetazos al aire—. ¡Piensa bien en las cifras!

James apenas había pensado en otra cosa en las últimas dos semanas, pero trató de seguir la corriente al pequeño escocés.

—¿Sabe algo que yo ignoro, mayor?

—En una guerra, James, no todos los hombres luchan. —Pinkerton había estado revolviendo papeles en otra mesa en la galería, pero ahora, después de sujetar el montón de papeles para que no se lo llevara el viento ligero que soplaba aquel día, empezó a medir a largas zancadas el suelo de madera. En el río, a la luz pálida del sol, un gran vapor transatlántico maniobraba junto al muelle en el que esperaban tres regimientos de Nueva Jersey. Las enormes palas de las ruedas del barco batían poderosas el agua y un pequeño remolcador expulsaba furiosas nubes de humo negro mientras arrimaba su proa forrada a la elegante proa del vapor. Una de las bandas regimentales tocaba «Uníos en torno a la bandera» y Pinkerton marcaba el ritmo de la música con sus zancadas a lo largo del porche—. En una guerra, Jimmy, sólo una pequeña parte de los hombres empuña un rifle y una bayoneta contra el enemigo, pero hay miles más que sirven bajo las armas, ¡y sirven con nobleza! Tú y yo estamos luchando por la Unión, pero no marchamos en el barro como los soldados rasos. ¿Estás de acuerdo conmigo?

—Por supuesto —dijo James con cautela. No conseguía animarse a llamar a Pinkerton «Bulldog», a pesar de que otros miembros del Departamento utilizaban alegremente el apodo del pequeño escocés.

—¡Entonces! —Pinkerton dio media vuelta desde el fondo de la galería—. Estamos de acuerdo en que no todos los hombres entran en la cuenta de los efectivos, sino sólo los que llevan un rifle, ¿captas mi idea? Porque detrás de esos héroes armados, Jimmy, hay un ejército de cocineros y funcionarios, de señaleros y carreteros, de gentes del estado mayor y policías militares, de ingenieros y comisarios. —Pinkerton acompañaba aquel catálogo de hombres con gestos ampulosos que convocaban en el aire a una hueste imaginaria—. A lo que voy, Jimmy, es a que detrás de los hombres que luchan hay miles de almas más que alimentan y suministran, auxilian y dirigen, y todos contribuyen a hacer posible el combate. ¿Captas mi argumento?

—Hasta cierto punto, sí —repuso James, precavido, y su tono sugería que, aunque captaba el argumento de su jefe, no estaba ni mucho menos convencido.

—Tu amigo mismo dijo que se van a enviar refuerzos a las líneas de Magruder —declaró Pinkerton con vigor—. ¿Cuántos hombres? ¡No lo sabemos! ¿Dónde están? ¡No lo sabemos! ¿Y cuántos hay que no figuran en las listas? ¡No lo sabemos! —Pinkerton se detuvo junto a James y tomó un lápiz y una hoja de papel—. No lo sabemos, James, pero vamos a hacer algunas estimaciones razonables. ¿Reconoces que Magruder cuenta con catorce mil hombres? Muy bien, empecemos por esa cifra. —Garabateó el número en la parte superior de la hoja—. Ésos, desde luego, son sólo los hombres presentes a la hora de formar, de modo que hemos de añadir a los enfermos y a los que disfrutan de permiso, y puedes estar seguro de que todos ellos correrán a agruparse alrededor de su mugrienta bandera en cuanto empiece la lucha. De modo que, ¿cuántos pueden ser? ¿Seis mil? ¿Siete? Pongamos siete. —Escribió el nuevo número debajo del primero—. Ahora hemos de suponer que el general Magruder cuenta por lo menos con veintiún mil hombres. Esos veintiún mil hombres tienen necesidad de víveres y repuestos, tareas que nos obligan a añadir por lo menos diez mil hombres más, y no hemos de olvidar a los músicos y a los enfermeros y a todos los auxiliares que contribuyen al funcionamiento de un ejército. Sin duda todo ello suma diez mil hombres más. —Pinkerton añadió la última cifra a la columna—. Y además hemos de suponer que el enemigo está intentando casi con toda seguridad engañarnos con un cálculo a la baja de sus efectivos, de modo que por prudencia hemos de sumar un cincuenta por ciento más a la cifra final para compensar sus estimaciones engañosas, y ¿qué es lo que tenemos? —Pasó algunos segundos garabateando sus cálculos—. ¡Ahí está! ¡Sesenta y un mil quinientos hombres! Algunos espías nos han dado cifras parecidas, ¿no es así? —Pinkerton revolvió el montón de papeles en busca de algunos de los informes que James había descartado

por considerarlos manifiestamente amañados—. ¡Aquí lo tengo! —Agitó en el aire una de esas cartas—. ¡Y eso sólo en Yorktown, James! ¿Quién sabe cuántas guarniciones hay en las ciudades que están detrás de Yorktown?

James pensó que su número sería presumiblemente cero, pero no le gustaba contradecir al pequeño escocés que estaba tan enérgicamente seguro de sí mismo.

—Mi informe al general —proclamó Pinkerton— dirá que podemos esperar por lo menos a sesenta mil hombres en las trincheras de Yorktown. Donde, recordarás, incluso el gran George Washington prefirió rendir por hambre a sus enemigos a atacarlos, a pesar de contar con una superioridad numérica de dos a uno. Y nosotros estaremos en una proporción parecida, Jimmy, ¡y quién sabe cuántos rebeldes más correrán desde Richmond a reforzar las líneas de Magruder! ¡Es un asunto desesperado, desesperado! ¿Ves ahora por qué necesitamos otro informe de tu amigo?

Pinkerton todavía no conocía la identidad de Adam y había abandonado sus intentos de sonsacarle el nombre a James. Pero la reticencia de James no había supuesto en ningún caso una decepción para Pinkerton, que consideraba el reclutamiento de James para su oficina como un brillante éxito, porque el abogado había aportado a la Oficina del Servicio Secreto una organización que necesitaba desesperadamente.

James seguía sentado a la mesa, incómodo. No le convencían las matemáticas de Pinkerton y sabía que en un tribunal de Massachusetts, y con Pinkerton como testigo hostil, se habría divertido desmontando aquel fárrago de presunciones dudosas y de matemáticas inverosímiles, pero ahora se obligó a sí mismo a reprimir su escepticismo. En la guerra todo era distinto y Pinkerton, después de todo, había sido elegido personalmente por el mayor general McClellan como jefe de su servicio secreto. Por lo tanto, se suponía que entendía aquellos asuntos de una forma que a James le resultaba imposible comprender. James se sentía como un militar aficionado, de modo que por patriotismo acalló sus dudas.

Pinkerton se volvió cuando apareció una calesa, traqueteando al cruzar la línea férrea tendida entre la casa y los muelles de Alexandria. Los caballos de la calesa irguieron las orejas y pusieron los ojos en blanco cuando una locomotora dejó escapar un repentino chorro de vapor, pero el conductor tranquilizó a los animales al tiempo que tiraba de las riendas. Pinkerton reconoció al conductor y al pasajero de la calesa y agitó una mano para saludarles.

—Ha llegado el momento —dijo a James en tono misterioso— de tomar medidas desesperadas.

Los dos hombres se apearon de la calesa. Eran hombres jóvenes, los dos bien afeitados, los dos vestidos con ropas de paisano, pero en todo lo demás tan distintos como la noche del día. Uno era alto con cabellos lacios que enmarcaban un rostro chupado y más bien melancólico, mientras que el otro era bajo y rubicundo, con el

pelo negro espeso y rizado y una expresión alegre.

—¡Bulldog! —exclamó el hombre más bajo al tiempo que corría hacia la escalera que conducía al porche—. ¡Es estupendo volver a verte, ya lo creo!

—¡Señor Scully! —Pinkerton también estaba encantado de ver a sus visitantes. Abrazó a Scully, dio un apretón de manos al otro hombre y presentó a los dos a James—. Es para mí un placer presentarle a John Scully, mayor, y a Price Lewis. Este es el mayor Starbuck, mi jefe de equipo.

—¡Un día estupendo, mayor! —exclamó John Scully. Tenía acento irlandés y una sonrisa fácil. Su compañero, bastante más reservado, ofreció a James un apretón de manos flácido y una inclinación de cabeza tímida, casi suspicaz.

—El señor Scully y el señor Lewis —declaró Pinkerton con un orgullo palpable— se han ofrecido voluntarios para viajar al sur.

—¡Derechos a Richmond! —respondió Scully, feliz—. Me han dicho que es una gran ciudad pequeña.

—Huele a tabaco —dijo James, en realidad porque no se le ocurrió qué otra cosa decir.

—Como yo entonces, ¿eh, Bulldog? —rio Scully—. Yo también estoy hecho un pequeño apestoso a tabaco, mayor. ¡La última mujer que me llevé a la cama dijo que no sabía si hacerme el amor o fumarme! —Scully se echó a reír después de aquel despliegue de ingenio, Price Lewis pareció aburrirse, Pinkerton resplandeció de alegría y James trató de disimular su desaprobación. Aquellos hombres, después de todo, estaban a punto de intentar algo extraordinariamente valeroso y se sentía obligado a condescender con su grosería.

—El mayor Starbuck es un hombre religioso y temeroso de Dios.

Pinkerton se había dado cuenta del embarazo de James y ofreció a John Scully la explicación.

—Como yo mismo, mayor —se apresuró a asegurarle John Scully, y acompañó la acción a sus palabras esbozando la señal de la cruz—. Y si me confesara sin duda tendrían que oír lo mal chico que soy, pero ¡qué diablos!, uno tiene que reír de vez en cuando, ¿no cree?, para que no se le ponga una cara de acelga como la del inglés aquí presente.

Sonrió con gentileza a Price Lewis, que ignoró ostentosamente la pulla y se concentró en mirar la fila de soldados de Nueva Jersey que subía la pasarela del vapor transatlántico.

—Los europeos —explicó Pinkerton a James— pueden viajar a la Confederación con más facilidad que los yanquis. El señor Lewis y el señor Scully simularán ser comerciantes que buscan hacer negocio burlando el bloqueo.

—Y todo irá de rechupete mientras nadie nos reconozca —dijo Scully en tono alegre.

—¿Hay posibilidades de que eso suceda? —preguntó James, preocupado.

—Las hay, pero son mínimas, apenas nada por lo que inquietarse —repuso Scully—. Price y yo pasamos algún tiempo desenmascarando a simpatizantes del Sur en Washington y mandando a esos bribones al otro lado de la frontera, pero estamos tan seguros como puede estarlo un hombre de que ninguno de esos bastardos se encuentra en Richmond. ¿No es cierto lo que digo, Price?

Price asintió con una grave inclinación de cabeza.

—No me cabe duda de que van a correr un serio peligro —dijo James como ferviente tributo a los dos hombres.

—Bulldog nos paga por el riesgo que corremos, ¿sabe usted? —aclaró Scully, alegre—. Y me han dicho que las mujeres de Richmond son tan hermosas como desesperadas por conseguir auténtico dinero yanqui. Y a Price y a mí nos encanta obsequiar a las damas, ¿no digo toda la honesta y sincera verdad, Price?

—Lo que tú digas, John, lo que tú digas —respondió en tono ligero Lewis, aún enfrascado en la observación de la actividad de los muelles.

—Estoy impaciente por poner las manos encima a una de esas chicas sureñas —dijo Scully, lascivo—. Todo aires y mohines, ¿eh? Todo dengues y tiquismiquis. Demasiado buenas para patanes como nosotros, hasta que hacemos sonar unas pocas buenas monedas del Norte y entonces, ¡hop!, fuera los miriñaques, ¿eh, Price?

—Lo que tú digas, John, lo que tú digas —repitió Price Lewis mientras se llevaba una mano a la boca como para ocultar un bostezo.

Pinkerton puso fin a aquella cháchara explicando a James que Lewis y Scully viajaban al sur para averiguar qué le había ocurrido a Timothy Webster.

—Nunca ha estado muy bien de salud —añadió Pinker— ton— y siempre existe la posibilidad de que se encuentre postrado en el lecho del dolor o algo peor, en cuyo caso el señor Lewis y el señor Scully necesitarán contar con la información directa de su amigo. Y eso quiere decir, Jimmy, que necesitan una carta tuya en la que asegures que son de confianza.

—Y eso somos, mayor —intervino John Scully alegre—. Excepto en lo que se refiere a las damas, claro, ¿eh, Price?

—Lo que tú digas, John, lo que tú digas.

James se sentó a la mesa y escribió la carta requerida. Sería utilizada, se le aseguró, sólo si Timothy Webster había desaparecido; en caso contrario la carta quedaría a salvo, bien oculta entre las ropas de John Scully. James, que escribió al dictado de Pinkerton, aseguraba a Adam que la información sobre las defensas de la península en la que estaba situado Fort Monroe era tan urgente como siempre, y que debía confiar en las instrucciones adjuntas a aquella carta, que enviaba acompañada por las oraciones y los buenos deseos de su hermano en Cristo Jesús, James Starbuck. Luego escribió en el sobre la dirección «Al secretario honorario de la Sociedad para

el Suministro de Biblias al Ejército Confederado», y Pinkerton pegó en el sobre un sello engomado común antes de tender la carta con un floreo a Scully.

—Hay un tablero de avisos en el vestíbulo de la iglesia de Saint Paul y allí es donde has de ponerla.

—Saint Paul, digo, ¿es una iglesia importante? —preguntó Scully.

—En el mismo centro de la ciudad —le aseguró Pinkerton.

Scully besó el sobre y lo guardó en un bolsillo.

—¡Tendrás noticias nuestras esta misma semana, Bulldog!

—¿Cruzáis esta noche?

—¿Por qué no? —sonrió el irlandés—. El tiempo parece bueno y una pequeña y agradable brisa nos acompaña.

James había aprendido ya lo bastante para saber que el método preferido por Pinkerton para infiltrar a sus hombres en la Confederación consistía en que cruzasen de noche la ancha boca del Potomac, partiendo de alguna de las cañadas desiertas de la orilla de Maryland y viajando en silencio con una vela oscura hasta la costa de Virginia. Allí, en algún lugar del condado de King George, un simpatizante del Norte proveía a los agentes de caballos y papeles.

—Permítanme que les desee buena suerte —dijo James en tono muy formal.

—¡Rece tan sólo porque las mujeres se alegren de vernos, mayor! —replicó Scully, alegre.

—¡Y mandadnos noticias tan pronto como podáis! —añadió Pinkerton, serio—. ¡Necesitamos números, John, números! ¿Cuántos miles de hombres hay estacionados en la península? ¿Cuántos cañones? ¿Cuántos efectivos hay en Richmond preparados para apoyar a Magruder?

—No se preocupe, mayor, tendrá sus números —contestó risueño John Scully mientras los dos agentes volvían a la calesa que les esperaba—. ¡Derechos a Richmond en dos días! —gritó John Scully, feliz—. ¡Puede que te esperemos allí, Bulldog! Celebraremos la victoria con vino de la bodega de Jeff Davis, ¿eh? —rio. Price Lewis alzó una mano en una despedida solemne y luego chascó la lengua al caballo. La calesa crujió al volver a pasar sobre los raíles de la línea del ferrocarril.

—Bravos muchachos —dijo Pinkerton, y en su boca se insinuó un puchero—. Muy bravos muchachos, Jimmy.

—Sí, en efecto —confirmó James.

En los muelles las grúas movidas a vapor alzaban cajas y bultos con munición para la artillería: balas de cañón y cohetes, botes de metralla y granadas. Otro gran barco giraba en el centro del río y sus palas azotaban el agua blanca al luchar con la rápida corriente del Potomac. Más hombres pisaban el muelle, surgidos de un tren recién llegado, y formaban en filas a la espera de su turno para embarcar. La banda del regimiento empezó a tocar mientras las barras y estrellas, ondeando desde una

docena de astas, chascaban como trallas movidas por el viento fresco primaveral. El ejército del Norte, el mayor ejército de toda la historia de Norteamérica, estaba en movimiento.

Hacia un lugar donde tan sólo diez mil rebeldes defendían una península.

\* \* \*

Belvedere Delaney arregló las cosas para que Nate Starbuck trabajara en el Departamento de Pasaportes de la Confederación. La primera reacción de Starbuck había sido de disgusto.

—Soy un soldado —dijo al abogado—, no un burócrata.

—Eres un indigente —fue la respuesta gélida de Delaney— y la gente está dispuesta a pagar sobornos muy sustanciosos por un pasaporte.

Se necesitaba un pasaporte no sólo para salir fuera de Richmond, sino incluso para pasear por las calles de la ciudad después de oscurecer. Tanto civiles como soldados acudían a solicitar pasaportes a la oficina sucia y abarrotada situada en la esquina de la Novena con Broad Street. A Starbuck, llegado bajo el patrocinio de Delaney, se le concedió una habitación para él solo en el tercer piso, pero su presencia era tan superflua como aburrida. Un tal sargento Crow era quien llevaba a cabo todo el trabajo, mientras Starbuck miraba por la ventana o leía una novela de Anthony Trollope que algún ocupante anterior del despacho polvoriento había utilizado para equilibrar una mesa con una pata rota. También escribió cartas a Adam Faulconer, al cuartel general del ejército en Culpeper Court House, rogando a su amigo que hiciera valer su influencia para que pudiera reincorporarse a la Compañía K de la Legión Faulconer. Starbuck sabía que Washington Faulconer nunca había sido capaz de resistirse a los ruegos de su hijo y durante algunos días estuvo animado por grandes esperanzas, pero no llegó ninguna respuesta de Adam y Starbuck, después de otras dos peticiones infructuosas, abandonó sus intentos.

Pasaron tres semanas enteras antes de que Starbuck se diera cuenta de que no se esperaba que él pasara el tiempo en la oficina, y que, mientras presentara sus respetos al sargento Crow una o dos veces por semana, tenía libertad para gozar de cuantos placeres ofrecía Richmond. Esos placeres iban revestidos de un aura de peligro por la llegada continua de nuevas tropas nordistas a Fort Monroe. Un ligero movimiento de pánico sacudió la ciudad con las primeras noticias de aquellos desembarcos, pero como los yanquis no hicieron el menor intento de romper sus líneas, la opinión predominante fue que los nordistas simplemente hacían un descanso camino de reforzar la guarnición federal de Roanoke. Belvedere Delaney, con quien Starbuck almorzaba a menudo, se burló de esa idea:

—¿Por qué desembarcarlos en Fort Monroe? —preguntó Delaney en uno de esos



almuerzos—. No, mi querido Starbuck, muy pronto marcharán sobre Richmond. Una batalla y todo el tingladio caerá por los suelos. ¡Todos seremos hechos prisioneros! —Pareció más bien complacido por aquella perspectiva—. Por lo menos la comida no empeorará. Estoy comprobando que lo peor de la guerra son sus efectos sobre los artículos de lujo. La mitad de las cosas que hacen que la vida valga la pena de ser vivida desaparece por completo, y la otra mitad resulta ruinosamente cara. ¿No es horroroso este filete de buey?

—Sabe mejor que el puerco en salazón.

—Siempre me olvido de que ha servido usted en campaña. ¿Llegaré a oír el silbido de una bala antes de que la guerra termine? Eso hará que mis memorias de la guerra sean mucho más convincentes, ¿no le parece?

Delaney sonrió, mostrando sus dientes. Era un hombre vanidoso y se sentía orgulloso de sus dientes, que eran todos propios, sin empastes y limpios, de una blancura casi innatural. Starbuck había conocido a Delaney el año anterior, en la primera ocasión en que fue a parar a Richmond, y los dos habían ido anudando una amistad cautelosa. A Delaney le divertía que el hijo pródigo del reverendo Elial Starbuck estuviera en Richmond, pero su afición por Starbuck no iba más allá de la simple curiosidad, mientras que el afecto que Starbuck sentía por Delaney se debía en parte a la buena disposición del abogado para ayudarlo y en parte a que Starbuck necesitaba la amistad de hombres como Delaney y Bird, que no juzgaban sus actos desde los estándares de la fe implacable de su padre. Esos hombres, pensaba Starbuck, habían recorrido un camino mental que él mismo deseaba seguir, aunque en ocasiones, en compañía de Delaney, se preguntaba si tendría la inteligencia suficiente para librarse a sí mismo de su sentimiento de culpa. Starbuck sabía que Delaney, a pesar de su apariencia externa cuidadosamente cultivada de afabilidad pickwickiana, era a un tiempo inteligente y despiadado, cualidades de las que el abogado se valía para amasar una fortuna con la venta de lo que a Delaney le gustaba describir como las dos necesidades básicas de los guerreros: mujeres y armas. Ahora el abogado se quitó las gafas y limpió los cristales con su servilleta.

—La gente dice que las balas silban, ¿es cierto?

—Sí.

—¿En qué tonalidad?

—Nunca me he fijado.

—¿Es posible que balas diferentes produzcan notas distintas? Un tirador hábil podría ser capaz de tocar una melodía —sugirió Delaney, y luego se puso a cantar alegremente las primeras notas de una canción popular en Richmond durante todo el invierno—: «¿A qué estás esperando, George, perezoso?». Aunque ya no espera más, ¿no es verdad? ¿Cree que el momento culminante de la guerra tendrá lugar en la península?

—Si es así —dijo Starbuck—, quiero estar allí.

—Está usted enloquecido por la sed de sangre, Nate. —Delaney hizo una mueca y luego pinchó un grueso tendón para que Starbuck lo viera—. ¿Llamaría comida a esto? ¿O bien crimen en la cocina? No importa, ya tomaré un bocado en casa. —Empujó el plato a un lado. Estaban almorzando en el Hotel Spotswood House, y cuando hubo acabado su plato Starbuck sacó del bolsillo un mazo de pasaportes en blanco y los pasó a su compañero de mesa—. Bien hecho —dijo Delaney, mientras guardaba los impresos—. Le debo cuatrocientos dólares.

—¿Cuánto? —Starbuck se había quedado atónito.

—Los pasaportes son valiosos, mi querido Starbuck —dijo el pequeño y astuto abogado con deleite—. Los espías nordistas pagan una fortuna por estos pedazos de papel. —Delaney se echó a reír para mostrar que bromeaba—. Y es justo y correcto que comparta conmigo mis ganancias ilícitas. Créame, voy a conseguir una pequeña fortuna con esto. ¿Supongo que desea que le pague con dinero del Norte?

—Me da lo mismo.

—Pues no lo es, créame. Un dólar del norte vale por lo menos tanto como tres de los nuestros sureños.

Delaney, sin cuidarse de las miradas de otros comensales, contó un mazo de los flamantes billetes de dólar que estaban sustituyendo a la mayor parte de la moneda del norte. La moneda del sur había de tener supuestamente el mismo valor, pero todo el sistema de valores y precios parecía haber enloquecido. La mantequilla se pagaba a cincuenta centavos la libra en Richmond, la leña a ocho dólares la brazada y el café no se podía encontrar a ningún precio, mientras que el algodón, la supuesta base de la prosperidad del Sur, había doblado su precio. Una habitación que un año antes se habría alquilado por cincuenta centavos la semana costaba ahora diez dólares por el mismo tiempo.

No es que a Starbuck le importara. Tenía una habitación en las dependencias de los establos de la gran casa de Franklin Street en la que Sally Truslow y sus dos compañeras vivían ahora con sus criados, cocineros y una costurera. La casa era una de las residencias más elegantes de la ciudad y había pertenecido a un comerciante de tabaco cuya fortuna se había visto muy quebrantada por el bloqueo nordista. El hombre se vio obligado a vender y Belvedere Delaney transformó la mansión en la casa de citas más exclusiva y cara de Richmond. El mobiliario, las pinturas y los objetos de adorno eran, si no de primerísima calidad, por lo menos lo bastante elegantes para soportar una inspección a la luz de las velas, y la comida, los licores y las atracciones eran tan refinados y elegantes como lo permitían las privaciones propias de una época de guerra. Las damas recibían por las noches y de día estaban en casa para los visitantes, aunque sólo a quienes habían reservado con antelación se les permitía el paso más allá del primer balaustre esculpido al pie de la gran escalera.

El dinero cambiaba de manos, pero con tanta discreción que el rector de Saint James visitó la casa en tres ocasiones antes de descubrir la naturaleza del comercio que allí se desarrollaba, después de lo cual no volvió allí, si bien el mismo conocimiento no disuadió a tres de sus colegas eclesiásticos. La norma de Delaney era no admitir a ningún oficial por debajo del rango de mayor y a ningún civil cuyas ropas revelaran gustos vulgares. La clientela, en consecuencia, era solvente y en conjunto civilizada, aunque la obligatoriedad de la admisión de los miembros del Congreso confederado situaba la sofisticación de la casa muy por debajo de las extravagantes pretensiones de Delaney.

Starbuck ocupaba un cuarto pequeño y húmedo de los establos en el extremo de un jardín sombrío y abandonado. Pagaba el alquiler a Delaney con pasaportes, mientras que las mujeres pensaban que su presencia disuadiría a los criminales que acechaban en Richmond. Los robos con escalo se repetían tanto que ya apenas llamaban la atención, en tanto que los atracos callejeros eran tan flagrantes como frecuentes. Lo cual convertía a Starbuck en un invitado más apreciado aún en la casa, porque siempre estaba dispuesto a escoltar a alguna de las mujeres a Ducquesne, el peluquero parisino de Main Street, o a alguna de las boutiques que de alguna manera conseguían hacerse con material suficiente para seguir confeccionando vestidos lujosos.

Una mañana Starbuck estaba matando el tiempo delante de la puerta de Ducquesne, a la espera de Sally, y leía uno de los habituales requerimientos del *Examiner* para que la Confederación abandonara su actitud pasiva y pusiera fin a la guerra invadiendo el Norte. Era una mañana soleada, la primera en casi tres semanas, y la temperatura primaveral daba a la ciudad un aire animado. Los dos veteranos de Bull Run que guardaban el salón de Ducquesne hacían bromas a Starbuck sobre el estado de su uniforme.

—Con una chica como ésa, capitán, no debería vestir esos harapos —dijo uno de los dos.

—Con una chica como ésa, ¿quién necesita ropa? —preguntó Starbuck.

Los hombres rieron. Uno había perdido una pierna, el otro un brazo; ahora montaban guardia delante del comercio del peluquero con un par de escopetas.

—¿Dicen algo en ese papel del Joven Napoleón? —preguntó el manco.

—Ni una palabra, Jimmy.

—Entonces, ¿no está en Fort Monroe?

—Si está, el *Examiner* no se ha enterado —dijo Starbuck.

Jimmy esputó un largo chorro de jugo de tabaco en la escupidera.

—Si no está allí no vienen aquí, y sabremos que vienen cuando él esté allí.

Su aspecto era sombrío. Los periódicos de Virginia podían burlarse de las pretensiones de McClellan, pero de todos modos persistía la sensación de que el

Norte había encontrado su genio militar y el Sur no tenía a nadie que se le pudiera comparar. Al comienzo de la guerra el nombre de Robert Lee había llenado de optimismo a Virginia, pero el brillo de la reputación de Lee se había apagado en las primeras batallas en la Virginia occidental, y ahora pasaba el tiempo cavando interminables trincheras alrededor de Richmond, lo que le había valido el apodo de «Rey de Palas». Todavía contaba con partidarios, entre ellos muy en particular Sally Truslow, que tenía a Lee por el mayor general desde Alejandro, pero esa opinión se basaba únicamente en el hecho de que el cortés Lee se había quitado en una ocasión el sombrero para saludar a Sally en la calle.

Starbuck pasó el periódico a Jimmy y luego echó una ojeada al reloj del escaparate de una tienda para calcular cuánto tiempo tardaría aún Sally en aparecer con su nuevo peinado. Supuso que tardaría por lo menos un cuarto de hora más, de modo que se echó atrás el sombrero, encendió un cigarro y se recostó en uno de los pilares dorados que enmarcaban la entrada en Ducquesne's. En ese momento oyó una voz que le llamaba.

—¡Nate!

La voz venía del otro lado de la calle. Durante unos segundos Starbuck no pudo ver quién había gritado porque pasó un carro con remolque cargado de leña cortada y detrás del carro una calesa elegante de ruedas pintadas y con cojines listados a juego, pero por fin Starbuck vio que era Adam quien ahora se le acercaba sorteando el tráfico, con la mano tendida.

—¡Nate!, lo siento, tendría que haberte escrito. ¿Cómo estás?

Starbuck se había sentido irritado con su amigo, pero había tal carga de afecto y de remordimiento en la voz de Adam que su enojo se desvaneció de inmediato.

—Yo estoy bien —dijo sin mucha convicción—. ¿Y tú?

—Atareado, horriblemente atareado. Paso la mitad de mi tiempo aquí y la otra mitad en el cuartel general del ejército. Mi misión es servir de enlace con el gobierno, y no es fácil. A Johnston no le gusta demasiado el presidente, y Davis no es el mayor admirador del general, de modo que suelo recibir rapapolvos de ambas partes por igual.

—En cambio yo sólo recibo rapapolvos por parte de tu padre —dijo Starbuck, que sintió resucitar parte de su enfado. Adam frunció la frente.

—Lo siento, Nate, de verdad. —Hizo una pausa, claramente incómodo, y sacudió la cabeza—. No puedo ayudarte, Nate. Desearía poder hacerlo, pero mi padre está firmemente en tu contra y no querrá escucharme.

—¿Se lo has pedido? —preguntó Starbuck.

Adam tardó en contestar, pero su sinceridad innata triunfó al fin sobre la tentación de mentir. No, no lo he hecho. No le he visto desde hace un mes y sé que no serviría de nada escribirle. Puede que se ablande si se lo pido directamente. Cara a cara.

¿Podrás esperar hasta entonces?

Starbuck se encogió de hombros.

—Esperaré —concedió, consciente de que no tenía otra opción en aquel asunto. Si Adam no podía hacer cambiar de opinión a su padre, nadie más lo haría—. Tienes buen aspecto —dijo a Adam, para cambiar de tema. La última vez que Starbuck había visto a su amigo fue en Ball's Bluff y allí Adam se sintió atormentado por los horrores de la batalla, pero ahora había recuperado toda su buena presencia y su entusiasmo. Su uniforme era impecable, la vaina de su sable brillaba al sol y sus botas provistas de espuelas relucían.

—Estoy bien —contestó Adam con mucho énfasis—. Estoy con Julia.

—¿Tu prometida? —preguntó Starbuck con malicia.

—Prometida no oficial —corrigió Adam—. Desearía que fuera oficial. —Sonrió con timidez—. Pero los dos estamos de acuerdo en que es preferible esperar a que las hostilidades hayan concluido. La guerra no es tiempo para bodas. —Señaló la otra acera—. ¿Quieres que te la presente? Está con su madre en Sewell's.

—¿Sewell's? —Starbuck creía conocer todas las tiendas de ropa y las sombrererías de Richmond, pero no había oído hablar de Sewell's.

—¡La tienda de las Escrituras, Nate! —dijo Adam a su amigo en tono de reproche, y luego explicó que la madre de Julia, la señora Gordon, había abierto una clase de enseñanza de la Biblia para los negros libres que habían venido en busca de trabajo a la economía de guerra de Richmond—. Están buscando testamentos sencillos —explicó Adam—, tal vez una versión para niños del Evangelio de San Lucas. Lo cual me recuerda que tengo una Biblia para ti.

—¿Una Biblia?

—Tu hermano me la dio para ti. Llevo meses pensando en cómo enviártela. Ven ahora y te presentaré a la señora Gordon y a Julia.

Starbuck vaciló.

—Estoy con una amiga —explicó, y señaló el escaparate de Ducquesne's, con su barroca exposición de lociones, peines de concha y pelucas encintadas, y justo en el momento en que hacía el gesto la puerta se abrió y apareció Sally. Ofreció su brazo a Starbuck y dedicó a Adam una sonrisa radiante. Conocía a Adam del condado de Faulconer, pero era evidente que Adam no había reconocido a Sally. La última vez que la vio era una chiquilla harapienta enfundada en una bata de algodón descolorida, que acarreaba cubos de agua y daba de comer a las bestias de la pequeña granja de su padre, mientras que ahora lucía una falda de seda sobre un miriñaque y sus cabellos estaban ondulados y rizados bajo un bonete encintado.

—Señora —la saludó Adam con una reverencia.

—Adam, ya conoces... —empezó a decir Starbuck. Sally lo interrumpió.

—Me llamo Victoria Royall, señor.

Era su nombre profesional, con el que conocían a Sally en el burdel de Marshall Street.

—Señorita Royall —dijo Adam.

—El mayor Adam Faulconer —completó Starbuck las presentaciones. Se dio cuenta del regocijo de Sally ante la ignorancia de Adam y se resignó a llevar adelante el equívoco—. El mayor Faulconer es un viejo amigo mío —comentó a Sally como si ella no lo supiera.

—El señor Starbuck me ha mencionado su nombre, mayor Faulconer —dijo Sally, con sus maneras más modosas.

También su aspecto lo era, porque su vestido era de un color gris muy oscuro y las cintas rojas, blancas y azules de su bonete respondían más a un gesto patriótico que a una exhibición de lujo. Nadie lucía joyas ni encajes en las calles de Richmond, infestadas de ladrones.

—Y usted, señorita Royall, ¿procede de Richmond? —preguntó Adam, pero antes de que Sally pudiera contestar, Adam vio salir a Julia y a su madre de la tienda de las Escrituras, en el lado opuesto de la calle, e insistió en que Starbuck y Sally cruzaran para presentarlos.

Sally atravesó la calle del brazo de Starbuck. Soltó una risita mientras los dos seguían a Adam.

—¡No me ha reconocido! —susurró.

—¡Era imposible! Ahora, por el amor de Dios, ten cuidado. Esas dos son gente de iglesia.

Después de lanzar la advertencia, Starbuck compuso una cara de total respetabilidad. Ayudó a Sally a subir a la acera, arrojó cortésmente al suelo lo que quedaba de su cigarro y se volvió hacia la señora Gordon y su hija.

Adam hizo las presentaciones y Starbuck rozó apenas los dedos enguantados de la mano tendida de la dama. La señora Gordon era una mujer flaca y de genio agrio con una nariz respingona y ojos tan agudos como los de un halcón hambriento, pero su hija resultó ser todavía más sorprendente. Starbuck había esperado encontrar a una beata encogida, tímida y piadosa, y en cambio Julia Gordon mostraba una actitud decidida que destruyó de inmediato aquel juicio erróneo. Tenía los cabellos negros, ojos oscuros y un rostro casi desafiante por su firmeza. No era hermosa, pensó Starbuck, pero sí decididamente bien parecida. En sus ojos se reflejaban el carácter, la fuerza y la inteligencia, y Starbuck, al cruzarse sus miradas, sintió unos extraños celos de Adam.

Sally fue presentada, pero la señora Gordon se volvió de inmediato a Starbuck, ansiosa por saber si tenía alguna relación con el famoso reverendo Elial Starbuck de Boston. Starbuck confesó que el famoso abolicionista era su padre.

—Lo conocemos —dijo la señora Gordon en tono de reprobación.

—¿Lo conoce, señora? —preguntó Starbuck, con su maltrecho sombrero en la mano.

—Gordon —la señora Gordon se refería a su marido— es misionero de la SAPEP.

—Ya entiendo, señora —dijo Starbuck con respeto. El padre de Starbuck era uno de los administradores de la Sociedad Americana para la Propagación del Evangelio a los Pobres, una misión que llevaba la luz de la salvación a los rincones más oscuros de las ciudades de Norteamérica.

La señora Gordon paseó su mirada por el raído uniforme de Starbuck.

—A su padre no le gustará que lleve usted un uniforme confederado, ¿verdad, señor Starbuck?

—Estoy seguro de que no, señora —dijo Starbuck.

—Madre le ha juzgado antes de conocer los hechos —intervino Julia con un toque de humor que hizo sonreír a Starbuck—, pero tendrá usted la oportunidad de presentar un pliego de descargos antes de que se dicte sentencia.

—Es una historia muy larga, señora —se disculpó Starbuck respetuoso, consciente de que no se atrevería a contar como había caído enamorado sin esperanza de recompensa de una actriz por la que había abandonado el Norte, su familia, sus estudios y su respetabilidad.

—Demasiado larga para oírla en este momento, me temo —intervino la señora Gordon con una brusquedad adquirida por años de acoso a parroquianos renuentes para obligarles a mostrar algo parecido al entusiasmo—. Pero, a pesar de ello, estoy encantada de comprobar que defiende usted los derechos de los estados, señor Starbuck.

Nuestra causa es noble y justa. Y usted, señorita Royall —se volvió a Sally—, ¿es usted de Richmond?

—De Greenbrier County, señora —mintió Sally, que citó el nombre de un condado situado en el extremo occidental del estado—. Mi padre no quiso que me quedara allí con toda esta guerra por medio, de modo que me envió aquí con una pariente. Se esforzaba en suavizar la rudeza campesina de su habla, pero aún subsistía un deje. Una tía —explicó—, en Franklin Street.

—¿La conocemos, tal vez? —La señora Gordon valoraba la elegancia del vestido de Sally, lo costoso de su parasol y la delicadeza del cuello de encaje, que contrastaban con las ropas recosidas y sencillas que llevaban madre e hija. La señora Gordon también tenía que haberse dado cuenta de que Sally llevaba polvos y colorete, frivolidades que jamás habían sido consentidas en la casa de la señora Gordon, pero en la juventud de Sally latía una inocencia que tal vez contribuyó a suavizar la desaprobación de aquélla.

—Está muy enferma.

Sally intentaba evitar más preguntas sobre su supuesta tía, pero la señora Gordon reaccionó a la mención de un lecho del dolor como un viejo pero aún vigoroso corcel de guerra a un toque de trompeta.

—En ese caso estoy segura de que agradecerá una visita —dijo—. ¿Y en qué congregación acostumbra a cumplir con sus devociones su tía, señorita Royall?

Starbuck se dio cuenta de que Sally se había quedado en blanco.

—Fui presentado a la señorita Royall en la iglesia baptista de Grace Street —terció, eligiendo deliberadamente una de las congregaciones menos conocidas de la ciudad. Starbuck era consciente de la grave mirada de Julia Gordon puesta en él y también de su propio deseo de causarle una buena impresión.

—Entonces estoy segura de que conocemos a su tía —insistió la señora Gordon con Sally—. Creo que Gordon y yo conocemos a todas las familias evangélicas de Richmond. ¿No es cierto, Julia?

—Estoy segura de que es así, madre —confirmó Julia.

—¿Cómo se llama su tía, señorita Royall? —insistió la señora Gordon.

—Señorita Ginny Richardson, señora —dijo Sally, que dio el nombre de la *madame* del burdel de Marshall Street.

—No estoy segura de que conozca a ninguna Virginia Richardson. —La señora Gordon frunció el ceño como si intentara situar aquel nombre—. ¿De los baptistas de Grace Street, dice? No es que nosotros seamos baptistas, señorita Royall —desmintió la señora Gordon en un tono muy parecido al que podía haber empleado para asegurar a Sally que no era una caníbal o una papista—, pero por supuesto conocemos la iglesia. ¿Tal vez les gustaría en alguna ocasión oír predicar a mi marido? —La invitación fue dirigida tanto a Starbuck como a Sally.

—Me encantaría —aceptó Sally con un entusiasmo nacido de su alivio al no tener que inventar más detalles de su tía imaginaria.

—¿Podría venir a tomar el té con nosotros? —sugirió la señora Gordon a Sally—. Venga un viernes. Los viernes dispensamos el servicio divino a los heridos del Hospital Chimborazo.

Era el mayor hospital militar de Richmond.

—¡Me gustaría tanto! —dijo Sally en un tono dulce e impaciente, como si la propuesta de la señora Gordon aportara una chispa de animación a sus habitualmente aburridas veladas.

—Y usted también, señor Starbuck —añadió la señora Gordon—. Siempre echamos en falta manos sanas para ayudar a los heridos. Algunos hombres no pueden sostener sus Escrituras.

—Desde luego, señora. Será un privilegio.

—Adam lo dispondrá todo. Sin miriñaques, señorita Royall, no hay sitio suficiente entre cama y cama para esas fruslerías. Vámonos ahora, Julia.



La señora Gordon, satisfecha después de aquel alfilerazo contra el vestido de Sally, concedió a ésta una sonrisa y una breve inclinación de cabeza a Starbuck y se alejó calle abajo. Adam se apresuró a prometer que dejaría una carta para Starbuck en la Oficina de Pasaportes y luego, después de tocarse el ala del sombrero para despedirse de Sally, corrió a reunirse con las Gordons.

Sally soltó la carcajada.

—Te he estado observando, Nate Starbuck. Te gusta esa chica beata, ¿verdad?

—Tonterías —dijo Starbuck, pero lo cierto es que se preguntaba qué era lo que le atraía de aquella Julia Gordon vestida con tanta sencillez—. ¿Era —se preguntó— que la hija del misionero representaba un mundo de piedad, inteligencia e inocencia que él había perdido para siempre con su desliz?

—Para mi gusto se parecía demasiado a una maestra de escuela —continuó Sally al tiempo que colgaba su mano del brazo de él.

—Que es probablemente lo que Adam necesita —repuso Starbuck.

—Qué diablos, no. Ella es demasiado fuerte para él —replicó Sally, mordaz—. Adam siempre ha sido un indeciso. Nunca se decidía a saltar a un lado o al contrario. Pero no me ha reconocido, ¿verdad?

Starbuck sonrió por la nota de placer que vibraba en la voz de ella.

—No, no lo ha hecho.

—¡Me miraba de una forma extraña de verdad, como si pensara que me conocía pero no consiguiera situarme! —Sally estaba encantada—. ¿Crees que nos han invitado a tomar el té?

—Probablemente, pero no iremos.

—¿Y por qué no? —preguntó Sally mientras se encaminaban a Franklin Street.

—Porque me he pasado toda la vida en respetables casas evangélicas y estoy decidido a acabar con todas ellas.

Sally se echó a reír.

—¿No te animas a lanzarte a por la chica beata? —embromó a Starbuck—. Pues yo quiero ir.

—Pues no irás.

—Claro que iré. Quiero ver cómo viven las personas decentes y qué cosas hacen. No me han invitado nunca a una casa respetable. ¿O es que te avergüenzas de mí?

—¡Por supuesto que no!

Sally se detuvo y obligó a Starbuck a mirarla de cara. Había lágrimas en sus ojos.

—¡Nate Starbuck! ¿Te avergüenzas de llevarme a una casa como es debido?

—¡No!

—¿Porque me gano la vida abriéndome de piernas? ¿Es eso?

Él le tomó la mano y la besó.

—No me avergüenzo de ti, Sally Truslow. Sólo pienso que te aburrirás. Es un

mundo gris. Un mundo sin miriñaques.

—Quiero verlo. Quiero aprender cómo ser respetable —declaró ella, con una obstinación patética.

—De acuerdo —concedió él—, si nos lo piden, iremos. Te lo prometo.

—No me invitan a ninguna parte —siguió Sally, todavía a punto de echarse a llorar, mientras seguían su paseo—. Quiero que me inviten a algún sitio. Quiero tomarme una noche libre.

—Entonces iremos —dijo Starbuck para calmarla. Se preguntó qué ocurriría si el misionero descubría que su esposa había invitado a una puta a tomar el té y esa idea le hizo soltar una carcajada estentórea—. Claro que iremos —prometió—. Sin la menor duda.

\* \* \*

Julia bromeó con Adam sobre Sally.

—¿No te ha parecido un poco llamativa?

—En efecto. Sin lugar a dudas.

—Pues parecías fascinado por ella.

Adam tenía un carácter demasiado sencillo para darse cuenta de que Julia bromeaba. Lo que hizo fue ruborizarse.

—Te aseguro...

—¡Adam! —le interrumpió Julia—. ¡Creo que la señorita Royall es una belleza asombrosa! Un hombre tendría que ser de granito para no fijarse en ella.

—No ha sido eso —replicó Adam con toda sinceridad— sino la sensación de que la he visto antes en alguna parte.

Estaba de pie en la salita de la pequeña casa del reverendo Gordon en Baker Street. Era una habitación oscura, que olía a cera de muebles. En unas estanterías protegidas con puertas de cristal se desplegaban comentarios sobre la Biblia y relatos de la vida en las misiones de países exóticos, mientras que la única ventana daba a las lápidas piadosas del cementerio Shockoe. La casa estaba situada en un barrio muy humilde de Richmond, muy próxima a un asilo y hospital de caridad, refugio de los pobres de la ciudad, y al cementerio. El reverendo Gordon no podía permitirse una casa mejor, porque la Sociedad Americana para la Propagación del Evangelio a los Pobres había establecido la norma de que sus misioneros vivieran junto a su rebaño y, para asegurarse de que la norma se cumplía, los administradores de la sociedad mantenían los salarios de sus misioneros en niveles bajos hasta lo lastimoso. Esos administradores eran todos nortños, y su cicatería era lo que explicaba la ávida adhesión de la señora Gordon a la causa sudista.

—Estoy seguro de que conozco a la señorita Royall —exclamó Adam, ceñudo—.

¡Pero por mi vida que no consigo situarla!

Estaba furioso consigo mismo.

—Un hombre capaz de olvidar a una belleza como la señorita Royall tiene por fuerza que ser un mujeriego empedernido —dijo Julia, y se echó a reír ante la evidente confusión de Adam—. Querido Adam, sé que no eres un mujeriego. Háblame de tu amigo Starbuck. Parece interesante.

—Lo bastante interesante para necesitar nuestras oraciones —confesó Adam, y explicó lo mejor que supo que Starbuck había estudiado para ser ministro del culto, pero sucumbió a la tentación. Adam no precisó la naturaleza de la tentación y Julia fue lo bastante inteligente para no preguntar—. Buscó refugio aquí en el Sur —explicó Adam— y me temo que no sólo ha cambiado sus lealtades políticas.

—¿Quieres decir que es un réprobo? —preguntó Julia en tono grave.

—Me temo que sí.

—Entonces, ciertamente hemos de rezar por él —dijo Julia—. ¿Se ha hundido tanto en el pecado como para que no debamos invitarlo a tomar el té?

—Supongo que no —dijo Adam con la frente fruncida.

—Entonces, ¿lo invitamos o no?

Adam no estaba del todo seguro, pero recordó que su amigo había asistido a reuniones religiosas en Leesburg y decidió que Starbuck debía de haber conservado un grado de respetabilidad suficiente para merecer una invitación de la familia del misionero.

—Creo que puedes hacerlo —decidió Adam, serio.

—Entonces escríbele e invita a los dos para este viernes. Tengo la sensación de que la señorita Royall necesita una amiga. Ahora, ¿te quedas a almorzar? Me temo que sólo tenemos una mísera sopa hoy, pero eres bienvenido. A padre le gustará que te quedas.

—Tengo unos asuntos que despachar. Pero gracias de todos modos.

Adam volvió paseando al centro de la ciudad. La identidad de la señorita Royall seguía intrigándolo, pero cuanto más pensaba en ello, menos conseguía identificarla. Finalmente decidió apartar aquel problema de su mente y subió las escaleras del Departamento de la Guerra.

Las obligaciones de Adam incluían pasar uno o dos días a la semana en Richmond, desde donde mantenía informado al general Johnston de la opinión política y los chismorreos en los cuarteles generales. También actuaba como enlace de Johnston con la sede central del Departamento de Decomisos confederado, que requisaba suministros y los enviaba allá donde se necesitaban.

Era esa tarea la que proporcionaba a Adam una información precisa de la posición que ocupaban las brigadas y batallones del ejército, una información que había tenido buen cuidado de transmitir a Timothy Webster. Adam daba por supuesto que sus dos

cartas recientes habían llegado hacía tiempo al cuartel general de McClellan y a menudo se preguntaba por qué las tropas nordistas tardaban tanto en asaltar las débiles defensas de la península. El Norte enviaba más y más tropas a Fort Monroe, cuando enfrente tenían tan sólo a un puñado de rebeldes. Sin embargo, el Norte no hacía el menor movimiento para desbaratar a ese puñado. En ocasiones Adam se preguntaba si Webster había tramitado sus cartas. Entonces le acometía un terror absoluto cuando imaginaba que Webster podía haber sido detenido en secreto. Sólo recuperaba la compostura después de recordarse a sí mismo que Webster no sabía, y posiblemente tampoco podía descubrir, cuál era la identidad de su misterioso corresponsal.

Adam estaba ahora en su despacho, ocupado en redactar su informe diario a Johnston. Era un documento tedioso, que incluía la lista de los hombres dados de alta en el hospital militar de Richmond y describía los nuevos suministros que podían ser adquiridos en las armerías y los almacenes de la capital. Acabó con un resumen de las informaciones más recientes, según las cuales el general McClellan seguía aún en Alexandria y las fuerzas acumuladas en Fort Monroe no daban indicios de movilizarse con intenciones agresivas. Luego incluyó las últimas ediciones de la prensa y confeccionó con todo ello un paquete voluminoso que había de entregar a un mensajero para que lo llevara a Culpeper Court House. Despachó el paquete y luego abrió la carta de su padre, que le esperaba sobre su escritorio. La carta, tal como Adam esperaba, era una nueva súplica para que Adam dejara el estado mayor de Johnston y se uniera a la Brigada Faulconer.

«Creo que deberías relevar a Pecker al mando de la Legión —había escrito Washington Faulconer— o, si lo prefieres, podrías ser mi jefe de estado mayor. Swynyard es un hombre difícil, sin duda mostrará sus mejores cualidades en la batalla, pero hasta ese momento tiene una afición excesiva a la botella. Necesito tu ayuda».

Adam estrujó la carta. Luego se acercó a la ventana y miró hacia lo alto de la colina donde las esbeltas columnas blancas del noble edificio del Capitolio aparecían iluminadas por el sol de la tarde. Se volvió cuando la puerta de su despacho se abrió de forma violenta.

—Podías haber añadido algunas noticias más a tu informe, Faulconer —dijo a Adam un oficial en mangas de camisa.

Adam disimuló la excitación que de pronto se había apoderado de él.

—¿Se mueven ya en Fort Monroe? —preguntó.

—Oh, Dios, no. Los malditos yanquis han echado raíces allí. A lo mejor no tienen intención de moverse nunca. ¿Quieres un café? Es auténtico, traído desde Liverpool burlando el bloqueo.

—Por favor.

El oficial, un capitán llamado Meredith, del Departamento de Señales, gritó a su ordenanza que les llevara café y luego entró en el despacho.

—Los yanquis son idiotas, Faulconer. ¡Locos de atar! ¡Bobos!

—¿Qué es lo que han hecho?

—¡Son cortos de entendederas! ¡Tarugos, zoquetes! —Meredith se sentó en la silla giratoria de Adam y plantó sus botas embarradas en el tablero forrado de cuero del escritorio. Encendió un cigarro y arrojó la cerilla a una escupidera—. No saben nada, las meninges no les funcionan, son cabezas cuadradas llenas de viento. En una palabra, son nordistas. ¿Sabes quién es Allan Pinkerton?

—Por supuesto que sí.

—Escucha entonces, porque vas a divertirme. ¡Aquí! —La última palabra iba dirigida al ordenanza, que acababa de entrar en la habitación con dos tazas de café. Meredith esperó hasta que se hubo ido y siguió con su relato—: Al parecer Pinkerton se propuso enviar a unos agentes secretos a espiarnos. Los necesitaba para descubrir nuestros más oscuros deseos y nuestros secretos más íntimos, ¿y a quién se le ocurre enviar? ¿Envía a algún individuo desconocido surgido de las tinieblas? ¡No, envía a dos idiotas que, aún no hace seis meses, trabajaban como esbirros para expulsar de Washington a los simpatizantes del Sur! En éstas que uno de los hombres a los que expulsaron se tropieza con ellos en Broad Street. «Hola, yo conozco a estas dos preciosidades», dice. «¡Sois Scully y Lewis!» Nuestros héroes lo niegan, pero los muy bobos llevan papeles con sus nombres auténticos. ¡Price Lewis y John Scully, vivir para ver! ¿Qué clase de cabeza de chorlito tienen? De modo que ahora los dos más distinguidos espías del Norte están cargados de cadenas en la cárcel de Henrico. ¿No es espléndido?

—Desde luego es demencial —dijo Adam. El corazón se le disparó de pronto y el miedo culebreó a lo largo de su cuerpo. ¿Scully y Lewis? ¿Utilizaba Webster uno de esos nombres como disfraz? ¿Arrancarían la verdad a fuerza de torturas a alguno de esos hombres? Corrían rumores terribles sobre los castigos que se daba a los traidores en las mazmorras secretas de las prisiones confederadas y a Adam casi se le escapó un sollozo cuando otra punzada de terror hurgó en sus tripas. Se forzó a mantener la calma y a tomar un sorbo de café caliente, mientras no dejaba de recordarse a sí mismo que no había firmado los dos largos documentos enviados a Webster y que había procurado disfrazar la escritura en ambos informes detallados. Aun así, la sombra del patíbulo le pareció de pronto muy próxima—. Los colgarán, supongo —dijo, en tono casual.

—Esos bastardos lo merecen sin la menor duda, pero Lewis es inglés y el malnacido de Scully irlandés, y al parecer necesitamos la buena voluntad de Londres con más urgencia aún que la de ver a dos súbditos de la reina balancearse en el extremo de un par de sogas. —Meredith parecía disgustado por tanta blandura—. Ni

siquiera les han tocado un pelo para obligarles a confesar por si el gobierno británico protesta, de modo que los dos bastardos no han admitido nada.

—Puede que no tengan nada que admitir —sugirió Adam en tono de broma.

—Pues claro que lo tienen. ¡Vaya si haría yo cantar a ese par de mierdas! —amenazó Meredith, sombrío.

—No molestaré a Johnston con esa noticia —decidió Adam—. Esperaré a que digan algo.

—Sólo me pareció que te gustaría saberlo —dijo Meredith. Estaba claro que pensaba que la respuesta de Adam había sido demasiado tibia, pero el mayor Faulconer tenía fama de bicho raro en todo el cuartel general—. ¿Te apetece acompañarme a Screamersville esta noche? —preguntó Meredith. Screamersville era el barrio de peor fama de Richmond y en él se encontraban los burdeles, los garitos y los tugurios más salvajes de la ciudad. El alcohol estaba oficialmente prohibido en Richmond, en un intento de frenar la tasa de criminalidad, pero ninguna patrulla policial se atrevería a entrar en Screamersville para hacer cumplir la ley, como tampoco intentarían confiscar el champaña de las caras *maisons d'assignation* de la ciudad.

—Tengo otros compromisos esta noche —dijo Adam, muy tieso.

—¿Otra reunión religiosa? —preguntó Meredith, burlón.

—En efecto.

—Di una oración por mí, Faulconer. Según mis planes, esta noche voy a necesitar una o dos oraciones. —Meredith bajó sus botas del tablero del escritorio—. Tómame tu tiempo con el café. Cuando hayas acabado, basta con que dejes otra vez la taza en nuestro despacho.

—Claro. Y gracias.

Adam bebió el café y vio alargarse las sombras en la plaza del Capitolio. Entraban en el edificio del Capitolio funcionarios apresurados con rimeros de documentos procedentes de las oficinas del gobierno y una patrulla de la policía militar, con las bayonetas caladas, patrullaba despacio por la calle Nueve más allá de la torre de las campanas, que daba la alarma en caso de incendio o de alguna otra emergencia ciudadana. Dos niños pequeños caminaban colina arriba, hacia la estatua de George Washington, cogidos de la mano y acompañados por uno de los esclavos de su familia. Dos años antes, pensó Adam, aquella ciudad parecía tan hogareña y acogedora como Seven Springs, la hacienda de su familia en el condado de Faulconer, y en cambio ahora se respiraban en ella el peligro y la intriga. Adam se estremeció al pensar en una trampilla que se abría bajo sus pies, el vacío que se lo tragaba, el roce áspero del dogal alrededor de su cuello y el tirón cuando la soga se tensaba. Luego se dijo a sí mismo que no tenía por qué preocuparse, porque James Starbuck le había dado su palabra de no revelar nunca el nombre de Adam y James

era un cristiano y un caballero, de modo que era por completo imposible que traicionara a Adam. La detención de Scully y Lewis, fueran quienes fueran, no tenía por qué preocupar a Adam. Así tranquilizado, se sentó a su escritorio, colocó una hoja de papel frente a él y escribió una invitación a tomar, el té en el hogar del reverendo Gordon el viernes siguiente, para el capitán Nathaniel Starbuck y la señorita Victoria Royall.

John Scully y Price Lewis no admitieron nada, ni siquiera cuando se encontraron ocultos entre sus ropas documentos que habrían incriminado a un santo. Lewis, el inglés, tenía un mapa de Richmond en el que se había dibujado un esbozo de las nuevas defensas excavadas por el general Lee, con trazos sombreados para sugerir los lugares en los que se suponía la existencia de futuros reductos o fuertes. Un memorándum adjunto al mapa así dibujado pedía la confirmación de las suposiciones y la verificación de la artillería instalada en las nuevas obras de defensa. John Scully, el pequeño irlandés, llevaba una carta sin estampillar dirigida al Secretario Honorario de la Sociedad para el Suministro de Biblias al Ejército Confederado, firmada por un tal mayor James Starbuck del Ejército de Estados Unidos, que se describía a sí mismo como «hermano en Cristo» del desconocido destinatario de la carta. Ésta pedía que se confiase en las instituciones adjuntas, las cuales solicitaban una enumeración completa y actualizada de las tropas confederadas bajo el mando del general Magruder, y especialmente información sobre el número total de tropas existentes en las ciudades, guarniciones y fuertes situados entre Richmond y Yorktown.

## Capítulo 6

John Scully, al presentársele la carta que había sido descubierta cosida en la solapa de su chaqueta, juró que había comprado la prenda a un buhonero en las afueras de la ciudad y no tenía la menor idea de lo que quería decir aquella carta. Sonrió al mayor que dirigía el interrogatorio:

—Lo siento, mayor, yo soy así. Le ayudaría si pudiese.

—Maldita sea su ayuda. —El mayor Alexander era un hombre alto y robusto de patillas frondosas y con una expresión permanente de indignación—. Si no habla —amenazó a Scully—, lo colgaremos.

—No hará eso, mayor —replicó Scully—, tenga en cuenta que soy un ciudadano de la Gran Bretaña.

—Maldita sea la Gran Bretaña.

—Por lo general estaría de acuerdo con usted, ya lo creo que sí, pero en este caso particular, mayor, aquí tiene a un irlandés dispuesto a caer de rodillas y dar las gracias a Dios todopoderoso por haber hecho de él un ciudadano británico.

Y Scully sonrió como un querubín.

—Ser británico no va a protegerlo. ¡Será ahorcado! —gritó Alexander, pero Scully no habló.

Al día siguiente llegó la noticia de que los yanquis habían avanzado por fin sus líneas desde Fort Monroe. El general McClellan había llegado a la península y todos en Virginia estaban ya enterados de que el rayo caería para fulminarlos. Un ejército poderoso avanzaba contra las débiles defensas emplazadas entre Yorktown y la isla de Mulberry.

—Un mes más —aseguró Price Lewis a John Scully— y nos rescatarán. Seremos héroes.

—Si no nos cuelgan antes —replicó John Scully, al tiempo que trazaba la señal de la cruz.

—No lo harán. No se atreven.

—No estoy tan seguro.

La confianza de Scully se debilitaba.

—¡No lo harán! —insistió Price Lewis.

Sin embargo, justo al día siguiente se reunió en la prisión un tribunal militar al que fueron presentados el mapa de las defensas de Richmond y la carta dirigida al Secretario Honorario de la Sociedad para el Suministro de Biblias al Ejército Confederado. Las pruebas barrieron cualquier escrúpulo del tribunal en relación con la nacionalidad de los prisioneros y menos de una hora después de la reunión del consejo de guerra el presidente anunció la condena a muerte de los dos prisioneros. Scully temblaba de miedo, pero el inglés alto sencillamente se rio de sus jueces:



—No os atreveréis a hacerlo.

—¡Llévenselos! —El teniente coronel que había presidido el tribunal dio un puñetazo sobre la mesa—. ¡Colgaréis del cuello, perros!

Scully sintió de pronto muy próximas sobre su cabeza las alas del ángel de la muerte.

—¡Quiero un sacerdote! —suplicó al mayor Alexander—. ¡Por el amor de Dios, mayor, tráigame un sacerdote!

—¡Cierra el pico, Scully! —le gritó Price Lewis.

El inglés fue empujado pasillo adelante hasta su celda, mientras que a John Scully lo llevaron a una habitación distinta. Allí el mayor Alexander le puso delante de los ojos una botella de whisky de centeno:

—Esto es ilegal, John. Pero me ha parecido que a lo mejor te ayuda a pasar tus últimas horas en este mundo.

—¡No se atreverá a hacerlo! ¡No puede ahorcarnos!

—¡Escucha! —dijo Alexander, y en el silencio Scully pudo oír ruido de martillazos—. Están levantando el patíbulo para mañana, John —continuó Alexander en voz baja.

—No, mayor, se lo ruego.

—El verdugo se llama Lynch —dijo Alexander—. Eso tendría que gustarte, John.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Scully, desconcertado.

—¿No te gusta que sea otro irlandés el que te ahorque? ¿Sabes? El viejo Lynch no es muy hábil. Hizo una chapuza con los dos últimos. Uno era un tipo negro que tardó veinte minutos en morir y no fue un espectáculo agradable. Dios me bendiga, no. Allí estaba balanceándose, meándose encima, haciendo con la garganta al tratar de respirar un ruido como el del papel de lija. Terrible.

Alexander sacudió la cabeza. John Scully se santiguó, cerró los ojos y rezó pidiendo fortaleza. Sería fuerte; no traicionaría la confianza de Pinkerton.

—Lo único que pido es un sacerdote —insistió.

—Si hablas, John, no te colgaremos mañana por la mañana —le tentó Alexander.

—No tengo nada que decir, mayor, sólo quiero un sacerdote —insistió Scully, valeroso.

Esa noche se presentó un sacerdote en la nueva celda de John Scully. Era un hombre muy anciano, pero su cabeza era aún hermosa, con cabellos blancos largos que fluían hasta más abajo del alzacuello de su sotana. Tenía el rostro moreno y muy curtido, como si hubiera pasado la vida en misiones de países de los trópicos. Era un rostro ascético y afable, marcado por una especie de abstracción intelectual que sugería que sus pensamientos se dirigían ya a un mundo más elevado y mejor. Se sentó en la cama de Scully y sacó una estola vieja y gastada de su maletín. Besó aquella tira bordada de tela y la colocó alrededor de su flaco cuello; luego hizo la

señal de la cruz en dirección al prisionero.

—Soy el padre Mulroney —se presentó a sí mismo—, nacido en Galway. Me han dicho que deseabas confesarte, hijo.

Scully se arrodilló.

—Pido perdón, padre, porque he pecado.

Se santiguó.

—Adelante, hijo mío. —La voz del padre Mulroney era profunda y modulada, la voz de un hombre que ha predicado cosas tristes a amplios auditorios—. Adelante —repitió Mulroney con su maravillosa voz baja y consoladora.

—Han pasado diez años desde mi última confesión —empezó Scully, y entonces el dique se rompió y empezó a volcar la lista de todos sus pecados. El padre Mulroney tenía los ojos cerrados mientras escuchaba, y la única señal de que seguía despierto era el leve temblor de uno de sus dedos largos y huesudos posados sobre el delicado crucifijo de marfil que pendía de una sencilla cadena de hierro colgada de su cuello. Inclino una o dos veces la cabeza para asentir mientras Scully enumeraba sus patéticos pecados: había estafado a las putas, jurado en vano, robado naderías, mentido, descuidado sus deberes religiosos—. Mi madre siempre decía que yo acabaría mal, eso decía.

El pequeño irlandés casi lloraba cuando acabó.

—Paz, hijo mío, paz. —La voz del sacerdote era seca y silbante, pero muy consoladora—. ¿Te arrepientes de esos pecados, hijo mío?

—Sí, padre. Oh, Dios, me arrepiento.

Scully había empezado a llorar. Estaba caído hacia adelante de modo que su cabeza descansaba en sus manos, que, a su vez, se apoyaban en las rodillas del anciano. El rostro del padre Mulroney no mostró ninguna reacción al terror y los remordimientos de Scully; se limitó a acariciar la cabeza del irlandés con sus largos dedos y a mirar en torno a aquella celda pintada de blanco con su linterna y su siniestra ventana enrejada. Las lágrimas corrieron por el rostro de Scully hasta formar una mancha húmeda en la sotana descolorida y raída de Mulroney.

—No merezco morir, padre —dijo Scully.

—Entonces, ¿por qué van a ahorcarte, hijo mío? —preguntó Mulroney mientras seguía acariciando los cortos cabellos negros de Scully—. ¿Qué has hecho que sea tan malo? —preguntó el sacerdote con su voz triste y amable.

Scully le contó que Allan Pinkerton había pedido a Lewis y Scully que viajaran al Sur en busca de un agente desaparecido, el mejor agente que tenía el Norte, y que Pinkerton les había asegurado que en su condición de súbditos británicos estarían a salvo de las represalias de los rebeldes, y cómo, a pesar de esas seguridades, habían sido condenados a la horca por el tribunal militar.

—Claro que no mereces morir, hijo mío —dijo Mulroney con un temblor de

indignación en la voz—, puesto que lo único que has hecho es tratar de ayudar a un compañero. ¿Esa es toda la verdad? —Sus dedos seguían apaciguando los temores de Scully—. ¿Y encontrasteis por fin a vuestro hombre?

El acento irlandés del padre Mulroney se había hecho más marcado a lo largo de la confesión.

—Lo encontramos, padre, y la razón de que hubiera desaparecido es que está enfermo. Enfermo como un perro, así está. Sufre de fiebres reumáticas. Creíamos que estaba en el Hotel Ballard House, pero se había cambiado y nos costó todo un día encontrarlo, pero el pobre hombre está ahora en el Hotel Monumental y una de las chicas de Pinkerton lo cuida.

Mulroney calmó a Scully, que barboteaba las palabras con desesperación.

—Pobre hombre —dijo Mulroney—. ¿Dices que está enfermo?

—Casi no puede moverse. Está horriblemente enfermo, así es.

—Dame su nombre, hijo mío, y así podré rezar por él —dijo Mulroney en voz baja, y al notar que Scully vacilaba le dio unos golpecitos con la punta de los dedos, a modo de suave reproche—. Es una confesión lo que estás haciendo, hijo mío, y los secretos del confesionario se van a la tumba con el confesor. Lo que dices aquí, hijo mío, es un secreto entre tú, yo y Dios todopoderoso. Dime su nombre y podré rezar por el pobre hombre.

—Webster, padre, Timothy Webster. Y él es el auténtico espía, no nosotros. ¡Price y yo sólo hacíamos un favor a Pinkerton al venir a buscarlo! Webster es el auténtico espía. ¡El mejor que existe!

—Rezaré por él —dijo Mulroney—. Y la mujer que cuida de ese pobre hombre, ¿cómo se llama, hijo mío?

—Hattie, padre. Hattie Lawton.

—También rezaré por ella —dijo Mulroney—. Pero el mayor de esta prisión, ¿cómo se llama? ¿Alexander? ¿Dijo que traías una carta?

—Sólo debíamos entregar la carta si no encontrábamos a Webster, padre —aclaró Scully, y describió el tablero de avisos del vestíbulo de Saint Paul, en el que debía ser colocada la carta sujeta por las cintas que lo cruzaban. ¿Qué mal hay en dejar una carta en una iglesia, padre?

—Ninguno, hijo mío, ninguno en absoluto —dijo Mulroney, y tranquilizó a aquel hombre asustado diciéndole que había hecho una buena confesión. Alzó con suavidad la cabeza de Scully y dijo al irlandés que debía arrepentirse de corazón y decir cuatro avemarías; luego lo absolvió en un latín solemne. Cuando hubo acabado, le prometió que pediría el perdón de Scully a las autoridades confederadas—. Pero sabes muy bien, hijo mío, lo poco que nos escuchan a nosotros los católicos. O a los irlandeses, para el caso. Estos sureños son tan malos como los ingleses, eso es lo que son. Nos quieren muy poco.

—¿Pero lo intentará? —Scully clavó una mirada desesperada en los ojos benévolos del sacerdote.

—Lo intentaré, hijo mío —prometió Mulroney, e impartió su bendición trazando el signo de la cruz sobre la cabeza de Scully.

El padre Mulroney volvió caminando con pasos lentos al despacho del alcaide de la prisión, donde le esperaban el mayor Alexander y un teniente delgado con gafas. Ninguno de los dos oficiales habló mientras el padre Mulroney se quitaba la estola y se levantaba la sotana por encima de la cabeza dejando aparecer debajo un traje negro ya gastado pero de buen corte. Había un bol con agua encima de la mesa y el anciano empezó a lavarse las manos como si quisiera eliminar de sus dedos la suciedad del contacto con los cabellos de Scully.

—La persona que busca —empezó entonces el hombre que se hacía llamar Mulroney, con un acento que no tenía nada de irlandés y sí de Virginia— es un tal Timothy Webster. Lo encontrará en el Hotel Monumental. Está enfermo, de modo que no le creará problemas. Le atiende una mujer llamada Hattie Lawton. Es otra compinche de esa escoria, de modo que llévesela también. —El anciano sacó una cigarrera de plata del bolsillo y extrajo un cigarro delgado y fragante. El teniente de las gafas se precipitó a tomar una vela de la mesa y acercarla al cigarro. El anciano aspiró para encenderlo y dedicó luego al teniente una mirada displicente—. ¿Es usted Gillespie?

—Sí, señor. En efecto, señor.

—¿Qué hay en esa bolsa, Gillespie? —El anciano señaló una bolsa de piel que colgaba del hombro del teniente. Gillespie la abrió y mostró un pequeño embudo de latón y un frasco hexagonal de un vidrio grueso azul oscuro.

—El aceite de mi padre —dijo Gillespie con orgullo. La boca del anciano se torció en una mueca.

—¿Acostumbra administrar ese aceite a los prisioneros, quizá?

—Obra maravillas con los lunáticos —dijo Gillespie a la defensiva.

—No me importan un ardite sus malditos lunáticos —estalló el anciano—. Pruébelo si quiere con otro prisionero, con uno que no le importe de verdad a nadie. Pero a Lewis y a Scully no se les va a ejecutar. —Su cara delgada y ascética se retorció en un espasmo de ira; luego se pasó la mano por la larga cabellera plateada que caía sobre su espalda y miró a Alexander—. Me temo que consideraciones de orden político exigen dejar con vida a esa escoria, en prevención de que su muerte disuada a los británicos de renunciar a ayudarnos. Pero ni siquiera los británicos esperan que les tratemos con miramientos. Póngalos en la sección de los negros y hágalos picar piedra durante unos meses. —Se quitó el cigarro de la boca, ceñudo, y dio órdenes de que la carta dirigida al Secretario Honorario de la Sociedad para el Suministro de Biblias al Ejército Confederado fuera colocada en el vestíbulo de Saint

Paul y vigilada allí día y noche por si se presentaba el espía a recogerla—. Pero primero detenga a Webster.

—Desde luego, señor —obedeció Alexander.

El anciano se sacó un anillo de oro del bolsillo. Llevaba grabado un escudo de armas antiguo, testimonio de la larga estirpe de aquel hombre.

—¿Llueve todavía? —preguntó al tiempo que deslizaba el anillo en uno de sus dedos.

—Así es, señor, sí —dijo Alexander.

—Será un obstáculo para la aproximación de los yanquis, ¿no cree? —comentó el anciano, de mal humor.

El avance de los nordistas hacia Yorktown se estaba viendo frenado por el barro y la lluvia, pero aun así el anciano era consciente del terrible peligro que corría la Confederación. Quedaba muy poco tiempo, pero por lo menos el trabajo de esa noche había desenmascarado a un espía más y podría incluso hacer caer al traidor que se ocultaba detrás del disfraz de Secretario Honorario de la Sociedad para el Suministro de Biblias al Ejército Confederado. El anciano se proponía encontrar a aquel hombre y verlo colgar del dogal anudado en el extremo de una soga. Sacó una pistola Derringer del bolsillo de su chaqueta, comprobó que estaba cargada y luego recogió su capa y su sombrero.

—Vendré mañana por la mañana a ver a ese Webster yo mismo. Buenas noches, señores.

Se encasquetó el sombrero sobre la larga melena y salió a la calle, donde le esperaba bajo la lluvia constante un carruaje antiguo con paneles de madera barnizada y cubos dorados en los ejes de las ruedas. Un esclavo abrió la portezuela y desplegó los peldaños extensibles del estribo.

Alexander dejó escapar un suspiro de alivio cuando el anciano se hubo ido, como si una presencia siniestra hubiera abandonado la prisión. Luego empuñó su revólver y comprobó que las cápsulas de percusión estaban colocadas en su lugar.

—Al trabajo —dijo a Gillespie—. ¡Al trabajo! ¡Vamos en busca de Webster! ¡Al trabajo!

\* \* \*

La lluvia había convertido los caminos que desde Fort Monroe se dirigían al interior en bandas lisas de limo amarillo. A primera vista aquellas bandas parecían bastante firmes, pero en cuanto un caballo plantaba un casco en la superficie, la costra arenosa cedía y dejaba al descubierto un lodazal de barro rojo pegajoso.

Una patrulla de caballería nordista abandonó la carretera para cabalgar en dirección sur bajo un cielo cubierto de nubes bajas grises, fustigado por la lluvia. Era

abril, en los árboles brotaban los renuevos y los prados mostraban un hermoso color verde, pero el viento era frío y los jinetes marchaban con los cuellos vueltos hacia arriba y los sombreros encasquetados. Su comandante, un capitán, escudriñaba el paisaje a través de la lluvia por si aparecía de repente la caballería enemiga como una horda de diablos vestidos de gris en la oscuridad, pero, para su alivio, el terreno parecía desierto.

Media hora después de haber abandonado la carretera, la patrulla salió del abrigo de unos cuantos pinos raquíuticos y pudo ver las cicatrices rojas de la tierra recién removida que marcaba la línea de fortificaciones rebeldes desde Yorktown hasta la isla de Mulberry. No se trataba de una línea defensiva continua, sino más bien de fuertes de tierra apisonada con grandes cañones que enfilaban las franjas de prados inundados situadas entre ellos. El capitán guió a su patrulla en dirección sur deteniéndose cada pocos centenares de metros para examinar los trabajos del enemigo con un pequeño catalejo. El coronel había insistido en la petición de que todas sus patrullas de caballería intentaran averiguar si los cañones enemigos eran auténticos o réplicas de madera y el capitán se preguntó con amargura cómo, en el nombre de Dios, se suponía que podía averiguar tal cosa.

—¿Tendrá la bondad de cabalgar hasta aquel terraplén y darle a uno de esos cañones un golpe con los nudillos, sargento? —preguntó el capitán al hombre que cabalgaba a su lado.

El sargento soltó una risita y luego desapareció bajo su capota para encender un cigarro.

—A mí me parecen cañones de verdad, capitán —dijo uno de los hombres.

—También lo parecían los cañones de Manassas —repuso el capitán, y enseguida dio un respingo, asombrado, cuando uno de aquellos cañones lejanos disparó de pronto. El humo salió proyectado unos treinta metros a partir de la tronera y envolvió la larga lengua de fuego vomitada por la boca del arma. El proyectil, sin duda una bala maciza de hierro, esférica o ahusada, fue a estrellarse entre el verde nuevo de los árboles situados justo detrás de la patrulla.

—Bastardos —exclamó el sargento, y clavó las espuelas en su montura. Ningún componente de la patrulla resultó herido, pero la súbita prisa con la que se alejaron provocó risas entre los lejanos artilleros rebeldes.

Aproximadamente un kilómetro más allá el capitán llegó a un altozano que sobresalía pocos metros de aquel paisaje plano y cenagoso. Condujo a sus hombres a la cima del otero, donde desmontaron y en el que el capitán descubrió un árbol con una horquilla idónea para apoyar el tubo de su catalejo. Desde aquel lugar examinó el espacio abierto entre dos reductos rebeldes, una ancha faja de tierra pantanosa en la que los jacintos ponían una nota brillante de color, y más allá, muy por detrás de las líneas rebeldes, donde apenas alcanzaba la vista, pudo distinguir una carretera que

corría a la sombra de un bosquecillo de pinos. Por aquel camino vio tropas que desfilaban, o por lo menos chapoteaban en los charcos de las cunetas de la carretera. Las contó, compañía por compañía, y comprobó que estaba viendo a todo un batallón rebelde marchando hacia el sur.

—Escuche, señor. —El sargento había venido a colocarse al lado del capitán—. ¿Puede oírlo, señor? —El capitán inclinó la cabeza y, aguzando el oído, captó las notas de trompetas lejanas, llevadas por el viento frío. El sonido llegaba muy débil y remoto. Sonó una trompeta, otra respondió a la llamada, y ahora que el capitán prestaba oídos a aquellos sonidos etéreos, le pareció que toda la tierra empapada se llenaba de ecos marciales.

—Hay un montón de esos bastardos —concluyó el sargento con un estremecimiento, como si aquellos ruidos fantasmales anunciaran la presencia de un enemigo misterioso.

—Sólo hemos visto un batallón —dijo el capitán, pero en ese momento apareció otra columna de tropas uniformadas de gris en la carretera lejana. Miró por el catalejo y contó ocho compañías más—. Dos batallones —dijo, y apenas hubo acabado de hablar apareció un tercer regimiento.

La caballería permaneció en el altozano dos horas y en ese tiempo el capitán vio ocho regimientos rebeldes dirigiéndose hacia el sur. Un rumor optimista aseguraba que los rebeldes sólo tenían a veinte batallones para guardar todas las defensas de Yorktown, pero aquí, ocho kilómetros al sur de la ciudad famosa, el capitán veía los regimientos sucederse uno tras otro. Estaba claro que el enemigo contaba con muchos más efectivos de lo que aseguraban los optimistas.

La patrulla volvió a montar a caballo a media tarde. El capitán fue el último en abandonar el altozano. Se volvió en el último momento y aún llegó a ver aparecer más tropas rebeldes entre los árboles lejanos. No se detuvo a contar las unidades, sino que se apresuró a llevar la noticia al este, cruzando los prados encharcados alfombrados por los tréboles y pasando delante de granjas sombrías en las que gente huraña observaba sin una sonrisa pasar al enemigo.

Todas las patrullas nordistas volvieron contando la misma historia: movimientos masivos de tropas por detrás de las líneas rebeldes, unidades ocultas comunicándose a toque de trompeta y cañones auténticos instalados en fortalezas recién excavadas. McClellan escuchó los informes y se estremeció.

—Tenía usted razón —dijo a Pinkerton—. Tenemos enfrente a setenta mil hombres por lo menos, ¡cien mil tal vez!

El general se había instalado en los confortables aposentos del comandante de Fort Monroe, desde donde podía ver anclada la enorme flota que había traído a su ejército desde Alexandria. El ejército estaba listo para entrar en acción ahora y McClellan esperaba utilizarlo en un ataque relámpago en dirección a Richmond, una

maniobra con la que esperaba quebrar las débiles defensas centradas en Yorktown; pero los reconocimientos realizados aquel día por la caballería indicaban que después de todo no había posibilidad de un ataque relámpago. La captura de Yorktown y de Richmond debería hacerse a fin de cuentas por el anticuado y prolijo método de los cañones de sitio, la paciencia y las trincheras y contratrincheras. Sus ciento veintiún mil hombres habrían de esperar a que estuvieran construidos los reductos de asalto y a que los pesados cañones de sitio fueran arrastrados desde Fort Monroe por aquellos caminos de pesadilla. El retraso era una lástima, pero Pinkerton le había advertido de que las defensas rebeldes eran mucho más fuertes de lo que se suponía y el general dio las gracias al jefe de su servicio secreto por lo oportuno y preciso de la información aportada.

Mientras, detrás de los fuertes rebeldes, el único batallón de tropas de Georgia que había marchado nueve veces por el mismo tramo de carretera embarrada y había dado nueve veces la vuelta al abrigo de los árboles para recorrer de nuevo el mismo camino, tiritaba en la oscuridad y se quejaba de haber perdido lastimosamente el tiempo. Se habían alistado para enviar al infierno a los yanquis hasta no dejar ni uno, no para dar vueltas y más vueltas en condenados círculos y oír la serenata que los putos cornetas dedicaban a los árboles en aquel desierto. Ahora, en los bosques solitarios encendieron sus fuegos de campamento y se preguntaron si pararía la lluvia alguna vez. Se sentían muy solos, cosa nada extraña porque no había más batallones de infantería en cinco kilómetros a la redonda. De hecho, sólo había desplegados trece mil hombres en todo el humedal de la península y se suponía que esos trece mil hombres habrían de detener al mayor ejército nunca reunido en Norteamérica. No era de extrañar que los hombres de Georgia tiritaran y se quejaran de haber hecho el payaso todo el día bajo la lluvia.

Al atardecer los árboles se poblaron de pájaros que piaban. Su canto era sutilmente diferente al de la misma especie en Georgia, pero las tropas que habían marchado en círculo todo el día eran chicos de pueblo y sabían muy bien qué clase de pájaro era el que alborotaba de aquel modo en los árboles al ponerse el día.

También lo sabía el general Magruder y él por lo menos sonrió, al oírlo, porque había pasado los últimos días intentando engañar a los yanquis y hacerles creer que se enfrentaban a una hueste numerosa, cuando lo cierto es que la línea defensiva estaba servida por un mísero puñado de hombres. Magruder hizo marchar y contramarchar a sus hombres todo el día, montando un número de prestidigitación y, ahora, mientras llovía en la noche, rezó porque el canto de aquel pájaro estuviera dedicado a McClellan y no a él.

Porque los que cantaban en la oscuridad eran los sinsontes, los pájaros burlones.

\* \* \*



Parecía que nunca iba a dejar de llover. El agua fluía por los desagües de Richmond hasta el lugar en que el río se cubría de una espuma blanca procedente de los vertidos de las acerías, las factorías de tabaco, las curtidurías y los mataderos. Los escasos paseantes apresuraban el paso resguardados en sus paraguas negros. Incluso a mediodía estaban encendidas las lámparas de gas o de carbón en la cámara donde el Congreso confederado debatía una medida para estimular el desarrollo de un salitre sintético para la manufactura de pólvora. Las voces de la cámara tenían que luchar con el ruido de la lluvia en el exterior. Un pequeño número de congresistas escuchaba, otros dormían y otros aún daban sorbos al whisky que habían comprado en las farmacias como medicina, exento por consiguiente de la prohibición impuesta al alcohol en la ciudad. A uno o dos congresistas les preocupaba que un ataque del ejército yanqui a Yorktown hiciera inútiles todas aquellas discusiones, pero nadie se atrevía a expresar esa idea. Había habido demasiado derrotismo últimamente y demasiadas buenas razones para ello: demasiados fuertes costeros capturados por la Armada unionista y demasiados indicios de que la Confederación estaba siendo cercada por un enemigo implacable.

A Sally Truslow, del brazo de Nate Starbuck, no le preocupaba ni que los yanquis se encontraran a sólo cien kilómetros de distancia ni tampoco la lluvia. Sally estaba entusiasmada porque iba a tomar el té a una casa respetable, para lo cual se había puesto un vestido oscuro de cuello alto, de manga larga y con la falda tan sólo un poco ahuecada por dos simples enaguas. Había prescindido de la cosmética, a excepción de una ligera capa de polvos y una pincelada de negro en los ojos.

Sally y Starbuck corrieron por Franklin Street, protegidos a medias por el paraguas que sostenía Starbuck, y se refugiaron bajo la marquesina de una panadería en la esquina de Second Street hasta que apareció un coche de caballos público. Subieron al interior abarrotado y pagaron la tarifa hasta el cementerio de Shockoe.

—¿Crees que irán al hospital con este tiempo? —preguntó Sally. Se apretó contra Starbuck en el autobús húmedo y lleno de gente y miró la lluvia a través de una ventana mugrienta.

—El mal tiempo no interrumpe las buenas obras —respondió Starbuck con desánimo.

No le atraía la tarde ni la velada que seguiría, porque ni siquiera la bulliciosa compañía de Sally podía reconciliarle con el encuentro con un mundo que creía haber dejado atrás en Boston. Pero no podía negar a Sally su placer, de modo que decidió soportar cualquier incomodidad que aportara la jornada, aunque seguía sin comprender por qué Sally se había sentido tan complacida cuando llegó la invitación de Adam.

La propia Sally tampoco lo sabía muy bien, pero sí comprendía que los Gordons eran una familia y percibía vagamente que en toda su vida ella nunca había formado

parte de una familia, por lo menos no de una familia corriente, anodina, sencilla y común. Había sido la hija de un ladrón de caballos y de su querida, dos fugitivos que cultivaban una parcela de tierra poco productiva en las montañas, y ahora era una prostituta lo bastante lista para saber que podía trepar hasta donde la impulsara su ambición si era capaz de calibrar el justo valor de los servicios que ofrecía. No obstante, también sabía que nunca tendría las satisfacciones derivadas de la pertenencia a un grupo familiar simple, sencillito y corriente. Había crecido en un entorno marginal y tenía ansias de respetabilidad, al contrario que Starbuck, que había nacido respetable y se sentía realizado como rebelde.

Julia y la señora Gordon los saludaron en el estrecho vestíbulo en el que apenas había espacio para quitarse la capa empapada y el sobretodo y amontonarlos en un colgador provisto de espejo, que Sally y Starbuck hubieron de rodear para entrar en la salita. El día primaveral era lo bastante frío para justificar el fuego que ardía en el pequeño hogar de hierro colado, aunque el montón de carbones encendidos era tan escaso que apenas asomaba por encima del sencillito guardafuegos de hierro. El suelo estaba cubierto con tiras de tela de algodón pintada, las alfombras de los pobres, pero todo aparecía escrupulosamente limpio. El intenso olor a lejía y a cera hizo que Starbuck intuyese el motivo de la atracción de Adam por una hija de esta casa, que sugería una honesta pobreza y unos valores sencillos. El propio Adam estaba de pie junto a un piano, otro hombre joven se había colocado frente a la ventana y el reverendo John Gordon, el misionero, se calentaba junto al minúsculo montón de brasas humeantes.

—¡Señorita Royall! —saludó a Sally, si bien con la boca llena de bizcocho—. Discúlpeme, querida. —Se limpió la mano en el faldón de su levita, depositó taza y plato sobre el mantel y extendió una mano acogedora—. Es un placer conocerla.

—Señor —dijo Sally, y se inclinó en una confusa reverencia en lugar de estrechar la mano ofrecida.

En su propia casa sabía cómo saludar a generales y senadores, era capaz de bromear con los doctores más eminentes de la ciudad y reír con las ingeniosas agudezas de sus abogados, pero aquí, enfrentada a la respetabilidad, perdió todo su aplomo.

—Es un placer conocerla —repitió el reverendo John Gordon con una afabilidad que parecía auténtica—. Creo que conoce ya al mayor Faulconer. Entonces permítame presentarle al señor Caleb Samworth. Esta es la señorita Victoria Royall.

Sally sonrió, hizo una nueva reverencia y se apartó a un lado para dejar paso a Starbuck, la señora Gordon y Julia. Se completaron las presentaciones, luego una doncella tímida y pálida trajo una nueva bandeja con tazas de té y la señora Gordon se ocupó del manejo de la tetera y el colador. Todos coincidieron en que el tiempo era horrible, sin duda la peor primavera de Richmond que recordaban, y nadie mencionó

al ejército nordista desplegado en algún lugar en el flanco oriental de la ciudad.

El reverendo John Gordon era un hombrecillo delgado con la cara muy colorada y una calva orlada de pelillos blancos rizados. Tenía una barbilla débil que otro hombre habría ocultado bajo una barba frondosa, pero el misionero estaba pulcramente rasurado, lo que sugería que a su esposa no le gustaban las barbas. De hecho, el misionero parecía tan pequeño e indefenso y la señora Gordon tenía por el contrario un aspecto tan formidable que Starbuck concluyó que era ella y no él quien regía aquel salón deliberadamente abarrotado. La señora Gordon repartió el té y preguntó por la salud de la tía de la señorita Royall. Sally contestó que su tía no estaba mejor ni peor y ahí, para alivio de Sally, se cerró el tema de la enfermedad de su tía.

La señora Gordon explicó la presencia de Caleb Samworth al revelar que era el propietario de un carruaje en el que todos se trasladarían al Hospital Chimborazo. Samworth sonrió al ser mencionado su nombre y luego miró a Sally como miraría un hombre medio muerto de sed un manantial lejano e inalcanzable de agua fresca. El carruaje, explicó en tono vacilante, pertenecía en realidad a su padre.

—¿Tal vez han oído ustedes hablar de Samworth e Hijo, Pompas Fúnebres y Embalsamamientos?

—No, lo lamento —negó Starbuck.

Adam y el tristón Samworth invitaron a Sally a sentarse con ellos junto a la ventana. Adam puso a un lado un gran bulto de sacos de ropa vacíos que las damas de la casa, como casi todas las demás de Richmond, estaban confeccionando con cualquier retal viejo de tela que podían encontrar. Los sacos eran llevados a las nuevas trincheras de Granny Lee para llenarlos allí de arena, aunque nadie se atrevía a dar fe de la eficacia de semejantes parapetos para detener el avance de la horda nordista desplegada en Fort Monroe.

—Usted siéntese aquí, señor Starbuck —pidió el reverendo John Gordon, y señaló la silla colocada al lado de la suya. Luego se embarcó en una larga lamentación sobre los problemas que la secesión imponía a la Sociedad Americana para la Propagación del Evangelio a los Pobres.

—Nuestra sede principal, sabe usted, se encuentra en Boston.

—El señor Starbuck sabe de sobra dónde se encuentra la sede de la sociedad, Gordon —intervino la señora Gordon desde su trono detrás de la bandeja del té—. Es bostoniano. Precisamente su padre es un administrador de la Sociedad, ¿no es así, señor Starbuck?

—Lo es, en efecto —dijo Starbuck.

—Uno de los administradores —añadió la señora Gordon con retintín— que se han dedicado a recortar los emolumentos de los misioneros en los últimos años.

—Madre —reprendió el reverendo John Gordon a su esposa con timidez.

—¡No, Gordon! —La señora Gordon no estaba dispuesta a transigir—. Mientras

Dios me dé lengua, hablaré, ya lo creo que hablaré. ¡Una de las bendiciones que ha traído la secesión del Sur ha sido la de librarnos de nuestros administradores nortños! La voluntad de Dios se ha mostrado con toda claridad en esta cuestión.

—¡No hemos tenido noticias de nuestra sede central en nueve meses! —explicó el reverendo John Gordon a Starbuck con una voz llena de reproche—. Por fortuna podemos afrontar los gastos de la misión en el nivel local, a Dios gracias, pero es preocupante, señor Starbuck, muy preocupante. No llegan los fondos, hay informes a medio terminar y visitas sin realizar. ¡Es irregular!

—Es providencial, Gordon —corrigió la señora Gordon a su marido.

—Recemos porque así sea, madre, recemos porque así sea. —El reverendo John Gordon suspiró y mordió un pedacito de su rebanada de bizcocho de frutas, seco y harinoso—. ¿Su padre, entonces, es el reverendo Elial Starbuck?

—Sí, señor, lo es —Starbuck dio un sorbo de té y consiguió evitar hacer una mueca ante lo amargo del brebaje.

—Un gran hombre de Dios —dijo Gordon en un tono bastante displicente—. Fuerte en el Señor.

—¡Pero ciego ante las necesidades de los misioneros de la Sociedad! —observó la señora Gordon, áspera.

—Encuentro extraño, perdóneme, que lleve usted el uniforme sudista, señor Starbuck —inquirió desconfiado el reverendo John Gordon.

—Estoy segura de que el señor Starbuck está trabajando para el Señor, Gordon —intervino la señora Gordon, que también había encontrado inexplicable la lealtad de Starbuck cuando lo conoció al salir de la tienda de las Escrituras, pero que ahora tomó la decisión de defender a su invitado de la curiosidad más pacífica de su marido.

—Desde luego, desde luego —se apresuró a declarar el misionero—. Aun así, resulta trágico.

—¿Por qué trágico, señor? —preguntó Starbuck.

El reverendo John Gordon movió las manos en un gesto de impotencia.

—Familias divididas, una nación dividida. Es triste.

—No sería triste si el Norte retirara sencillamente sus tropas y nos dejara vivir en paz —dijo la señora Gordon—. ¿No está de acuerdo, señorita Royall?

—Sí, señora —asintió Sally con una sonrisa.

—No se retirarán —terció Adam, sombrío.

—Entonces tendremos que mandarlos a todos al infierno —dijo Sally sin pensarlo dos veces.

—Se me ha ocurrido... —Julia tocó una nota aguda en el piano para apartar a la concurrencia de la repentina sorpresa que habían causado las palabras de Sally— que tal vez no deberíamos cantar unos himnos tan tristes en la sala del hospital esta

noche, padre.

—Bien pensado, querida, bien pensado —dijo su padre. Explicó a Sally y a Starbuck que el servicio religioso en la sala empezaba con una selección de himnos y una oración, y después alguien del grupo hacía una lectura de la palabra de Dios—. ¿Quizás a la señorita Royall le agrada leer las Escrituras? —sugirió.

—Oh, no, señor, no.

Sally, consciente de haber metido la pata antes, declinó el ofrecimiento, ruborizada. Estaba aprendiendo a leer y, en el último año, había progresado tanto que a veces abría un libro para entretenerse, pero no se atrevía a poner a prueba su capacidad para leer en voz alta.

—¿Ha sido usted salvada, señorita Royall? —preguntó la señora Gordon suspicaz, mientras clavaba la vista en su invitada.

—¿Salvada, señora?

—¿Se ha bañado en la sangre del Cordero? ¿Ha aceptado a Jesús en su corazón? ¿Su tía la ha presentado, sin duda, a su Salvador?

—Sí, señora —dijo Sally con timidez, sin tener la menor idea de lo que quería decir la señora Gordon.

—Me sentiré feliz de leer para usted —intervino Starbuck dirigiéndose al reverendo John Gordon.

—El señor Samworth lee muy bien las Escrituras —dijo la señora Gordon.

—¿Quizá, Caleb, deseas leer la palabra de Dios? —preguntó el reverendo John Gordon—. Y después de eso —se volvió a sus invitados de nuevo para explicar el desarrollo del servicio religioso— tenemos un tiempo para la oración y el testimonio. Yo animo a los hombres a dar testimonio del poder de la gracia salvífica de Dios en sus vidas, luego cantamos otro himno y yo hago unas pocas observaciones antes de cerrar nuestra oración con un último himno y una bendición. Después damos a los pacientes un tiempo para la conversación privada o la oración. A veces nos piden que escribamos cartas para ellos. Su ayuda —sonrió primero a Sally y luego a Starbuck— será muy apreciada por ellos, estoy seguro.

—Y también necesitaremos ayuda para la distribución de los libros de himnos —dijo la señora Gordon.

—Será un placer —dijo Sally con calor, que para asombro de Starbuck parecía estar disfrutando de verdad, porque cuando la conversación se generalizó su risa resonó con claridad varias veces en la pequeña salita. La señora Gordon frunció el entrecejo al oírla, pero era evidente que Julia se divertía en compañía de Sally.

A las cinco en punto la criada pálida recogió las bandejas del té y después el reverendo John Gordon pronunció una breve oración en la que pidió a Dios todopoderoso que hiciera llover sus bendiciones sobre el acto de aquella noche. Luego Caleb Samworth fue a por el carruaje, que estaba aparcado en un patio justo

después de doblar la esquina de Charity Street. El carruaje estaba pintado de negro y tenía una capota de lona negra sujeta con aros. Dos bancos corrían a uno y otro lado de la caja del carro y en el centro se habían fijado dos brillantes raíles de acero.

—¿Es ahí donde ponen el ataúd? —preguntó Sally mientras Caleb la ayudaba a subir los peldaños fijados en la parte trasera.

—En efecto, señorita Royall —dijo él.

Sally y Julia compartieron un banco con Adam, Starbuck se sentó con el reverendo y la señora Gordon, mientras que Caleb Samworth subió al pescante del cochero, forrado con una capa de cuero aceitado. El coche fúnebre tardó veinte minutos en llegar a la colina donde los recién construidos barracones del hospital se alzaban sobre la hierba del parque Chimborazo. Atardecía y una tenue luz amarilla se filtraba por decenas de pequeñas ventanas. Una neblina de humo de carbón flotaba en la lluvia sobre los tejados embreados de los barracones. El grupo de la misión se apeó delante del barracón elegido para el servicio religioso de aquella noche y luego Caleb y Adam se llevaron el carruaje para cargar el armonio del hospital, mientras Julia y Sally repartían los libros de himnos de la misión.

Starbuck acompañó a Adam.

—Sólo unas palabras en privado —confió a su amigo mientras el carro del sepulturero traqueteaba por el suelo empapado—. ¿Has hablado con tu padre?

—No he tenido ocasión —dijo Adam. No miró a Starbuck, sino hacia la noche lluviosa.

—¡Lo único que pido es volver con mi compañía! —suplicó Starbuck.

—Lo sé.

—¡Adam!

—¡Lo intentaré! Pero es difícil. Tengo que elegir el momento adecuado. Padre es quisquilloso, ya lo conoces. —Adam meneó la cabeza con tristeza—. ¿Por qué estás tan impaciente por luchar? ¿Por qué no te apartas a un lado y dejas que la guerra siga su curso?

—Porque soy un soldado.

—Un loco, querrás decir —repuso Adam con un punto de exasperación, y en ese momento el carro se detuvo con una sacudida: llegó el momento de cargar el armonio para llevarlo a la sala.

En el interior del barracón de madera había sesenta enfermos. Veinte camas se alineaban contra las paredes de cada uno de los lados y veinte más estaban colocadas en el pasillo central, en doble fila. Una estufa panzuda ocupaba el centro y tenía encima una bandeja caliente abarrotada de cafeteras. La mesa de la enfermera había sido retirada para dejar espacio para el armonio. Julia apretó los pedales forrados y luego tocó unos breves acordes asmáticos como si pretendiera limpiar las telarañas de los tubos del instrumento.

El reverendo y la señora Gordon recorrieron las filas de camas dando apretones de manos y repartiendo palabras de consuelo. Sally hizo lo mismo y Starbuck se dio cuenta de que la presencia de la chica animaba a los heridos. Su risa iluminó el barracón con su alegría y Starbuck pensó que nunca había visto a Sally tan feliz. Había cubos de agua repartidos a lo largo del barracón para que no se secaran las vendas de los pacientes heridos y Sally encontró una esponja y humedeció con suavidad los vendajes salpicados de manchas oscuras. La sala olía a carne infectada y a excrementos humanos. El ambiente era húmedo y frío a pesar de la estufa; también oscuro a pesar de la media docena de lámparas que colgaban de los troncos aserrados que constituían la tosca armazón del techo. Algunos hombres se encontraban inconscientes, muchos febriles, sólo unos pocos habían sido heridos en la batalla.

—Cuando empiece otra vez la guerra de verdad —dijo a Starbuck un sargento que había perdido un brazo—, entonces sí que verá llegar heridos. —El sargento había venido a asistir al servicio con una veintena más de pacientes de los barracones vecinos, todos ellos cargados con sillas y lámparas extra. El sargento había resultado herido en un accidente de tren—. Me caí en medio de los raíles —contó a Starbuck—, estando borracho. Fue culpa mía. —Miró apreciativamente a Sally—. Chicas como ésa se ven pocas, capitán, chicas que hacen que para un hombre valga la pena vivir.

La música del himno que se cantó después atrajo a más pacientes a la sala, además de a algunos oficiales no heridos que habían venido a visitar a amigos y ahora se apiñaban al fondo del barracón. Algunos de los heridos eran yanquis, pero todas las voces se unieron en la melodía y crearon una especie de camaradería sentimental que hizo añorar de pronto a Starbuck la compañía de sus soldados. Sólo un hombre pareció insensible a los cánticos, una criatura barbuda, pálida y flaca que había estado durmiendo pero se despertó de pronto y empezó a aullar de terror. Las voces titubearon, pero Sally acudió al lado de aquel hombre, colocó la cabeza de él entre sus brazos y acarició su mejilla. Starbuck vio calmarse las manos temblorosas del hombre sobre la manta gris raída que cubría su cama.

El hombre flaco quedó en silencio y las voces siguieron cantando. Starbuck observó a Julia al armonio y de pronto sintió en su interior la comezón de su antigua fe. Puede que fueran aquella luz amarilla, los rostros de los heridos tan patéticamente felices porque llevaran hasta ellos la palabra de Dios o la belleza de una Julia absorta en su tarea, pero el caso es que Starbuck se vio asaltado de pronto por el sentimiento de culpa de un pecador cuando oyó al reverendo John Gordon rezar porque las bendiciones divinas se derramaran sobre aquellas almas dolientes. El misionero hablaba con una suavidad llena de eficacia que le pareció mucho más adecuada que el bronco tronar que habría empleado el padre de Starbuck. El texto de las Escrituras elegido era el Capítulo 12 del Eclesiastés y Samworth lo leyó en voz alta y nerviosa.

Starbuck siguió el pasaje en la Biblia de su hermano, que Adam le había enviado junto a la invitación a tomar el té.

Las palabras de la Escritura conmovieron profundamente a Starbuck. «Recuerda ahora a tu Creador, en los días de tu juventud», empezaba el pasaje, y James había escrito al margen, con su letra minúscula: «¿Más fácil ser cristiano en la vejez? ¿Traen los años la sabiduría? Reza para pedir la gracia ahora». Starbuck supo entonces que había perdido la gracia, que era un pecador, que las puertas del infierno estaban abiertas de par en par como el vientre llameante de los altos hornos que se sucedían río abajo de Richmond, y sintió el terror trémulo de un pecador al encontrarse frente a Dios. «Porque el hombre se dirige a su lejano hogar —leyó Samworth— y las plañideras recorren las calles. Para siempre se ha soltado el hilo de plata, la copa de oro se ha quebrado, el cántaro se ha hecho añicos en la fuente, se ha partido la rueda de la polea de la cisterna», y las palabras infiltraron en el ánimo de Starbuck la premonición súbita de que tendría una muerte prematura: alcanzado por un disparo yanqui o despanzurrado por una granada vengativa y justiciera, un pecador emprendería la marcha hacia su lejano y ardiente destino.

No oyó gran cosa del sermón, ni de los muchos testimonios en los que los heridos daban gracias a Dios por las bendiciones que había derramado sobre sus vidas. En vez de ello, Starbuck se hundió en el pozo oscuro de los remordimientos. Cuando acabara el acto, decidió, solicitaría unos minutos de conversación con el reverendo John Gordon. Confesaría sus pecados ante Dios y, con la ayuda del misionero, intentaría hacer regresar su alma al lugar que le correspondía. Pero ¿cómo podría ocupar nunca su lugar? Se había peleado con Ethan Ridley por Sally y lo había matado a consecuencia de aquella pelea. Ese acto por sí solo arrastraría su alma a la condenación eterna. Se dijo a sí mismo que lo había matado en defensa propia, pero su conciencia sabía que había sido un asesinato. Starbuck parpadeó para reprimir las lágrimas. Todo era vanidad, pero ¿de qué servía la vanidad frente a un infierno eterno?

Pasaban de las ocho cuando el reverendo John Gordon dio la bendición a los pacientes; luego el misionero fue pasando de cama en cama rezando y ofreciendo ánimos. Los heridos parecían muy jóvenes; incluso a Starbuck le parecieron niños.

Llegó uno de los cirujanos jefes del hospital, todavía con su delantal sanguinolento, a dar las gracias al reverendo John Gordon. Con el cirujano apareció un clérigo, el reverendo doctor Peterkin, que era capellán honorario del hospital y también uno de los ministros más de moda en la ciudad. Reconoció a Adam y se acercó a charlar con él, mientras Julia, que había dejado ya de tocar, se dirigió a Starbuck:

—¿Qué le ha parecido nuestro pequeño servicio, señor Starbuck?

—Me ha conmovido, señorita Gordon.



—Padre es bueno, ¿verdad? Su sinceridad resplandece. —Le llamó la atención la expresión de Starbuck y confundió su sentimiento de culpa por sus pecados con el disgusto por los horrores de aquella sala—. ¿Le disuadirá esto de seguir guerreando? —le preguntó Julia.

—No lo sé. No lo había pensado. —Miró a Sally, volcada ahora sobre el hombre destrozado y asustado que se aferraba a sus manos como si únicamente ella pudiera mantenerlo con vida—. Los soldados no piensan que acabarán en lugares como éste.

—O peores —dijo Julia en tono seco—. Aquí hay salas para los moribundos, hombres a los que ya no hay posibilidad de ayudar. Aunque yo querría ayudarlos —añadió pensativa.

—Estoy seguro de que lo haría —dijo Starbuck galante.

—No me refiero a hacerles visitas y tocar himnos, señor Starbuck, quiero decir cuidar de ellos. Pero madre no quiere oír hablar del asunto. Dice que me contagiarán las fiebres o algo peor. Tampoco Adam lo permitiría. Quiere protegerme de la guerra. ¿Sabe usted que la desaprueba?

—Lo sé —confirmó Starbuck, y miró a Julia a los ojos—: ¿Y usted?

—No hay nada en ella que merezca mi aprobación —contestó Julia—. Pero confieso que tengo demasiado orgullo para desear que el Norte triunfe sobre nosotros. De modo que puede que sea una belicista. ¿Es eso lo que hace que los hombres luchan? ¿Simple orgullo?

—Simple orgullo —respondió Starbuck—. En el campo de batalla quieres demostrar que eres mejor que el otro bando.

Recordó su alegría cuando asaltó el flanco descubierto de los yanquis en Ball's Bluff, el pánico en las filas azules, los alaridos de los enemigos al despeñarse desde la cima y caer al río teñido de sangre y acribillado por las balas. Entonces sintió otra punzada de culpa ante aquel placer rememorado. Las puertas del infierno, pensó, se abrirían gustosas de par en par para recibirlo.

—¿Señor Starbuck? —preguntó Julia, alarmada por el horror que reflejaba su rostro, pero antes de que él pudiera responder o Julia decir alguna otra cosa, de pronto Sally cruzó a toda prisa la sala y apretó el codo de Starbuck.

—Sácame de aquí, por favor —pidió en voz baja y urgente.

—Sal... —Starbuck se contuvo a duras penas, al darse cuenta de que Julia conocía a Sally con el nombre de «Victoria»—. ¿Qué ocurre?

—Ese hombre —Sally susurró apenas las palabras y ni siquiera se molestó en indicar de qué hombre hablaba— me ha reconocido. Por favor, Nate. Sácame de aquí.

—Estoy seguro de que no tiene importancia —dijo Starbuck en voz baja.

—¡Por favor! —susurró Sally—. ¡Sácame de prisa de aquí!

—¿Puedo ayudar? —preguntó Julia, atónita.

—Creo que debemos marcharnos —dijo Starbuck, pero el problema era que la

capa y el sobretodo de Sally estaban apilados al fondo del barracón, donde se había colocado el cirujano del delantal ensangrentado, y era ese cirujano el que había reconocido a Sally y hablaba con el reverendo Peterkin, que a su vez hablaba ahora con la señora Gordon.

—Vamos —dijo Starbuck, y tiró de la mano de Sally. Abandonarían los abrigos, aunque lamentaba perder el elegante gabán gris que había pertenecido a Oliver Wendell Holmes—. Discúlpennos —dijo a Julia al alejarse de ella.

—¡Señor Starbuck! —llamó imperiosa la señora Gordon—. ¡Señorita Royall!

—No hagas caso —dijo Starbuck a Sally.

—¡Señorita Royall! ¡Venga aquí! —gritó la señora Gordon, y Sally, sobrecogida por el tono de voz, se volvió hacia ella. Adam acudió a la carrera para averiguar qué ocurría, mientras que el reverendo John Gordon alzó la vista desde el lugar en el que se había arrodillado a la cabecera de un enfermo de fiebres.

—Hablaré con usted ahí fuera —declaró la señora Gordon, y se volvió hacia el pequeño porche donde, en los días soleados, los enfermos podían tomar el aire bajo la protección de un tejadillo inclinado.

Sally recogió su capa. El cirujano sonrió con malicia y le hizo una reverencia.

—Hijo de puta —le susurró Sally. Starbuck recogió su gabán y salió al porche.

—Me faltan las palabras —fue la frase con la que recibió la señora Gordon a Sally y Starbuck en la oscuridad lluviosa.

—¿Quería hablar conmigo? —se le enfrentó Sally.

—No puedo creerlo de usted, señor Starbuck. —La señora Gordon ignoró a la desafiante Sally y se dirigió a Starbuck—. Que usted, educado en un hogar bendecido por Dios, haya sido tan perverso como para introducir en mi casa a una mujer como ésta.

—¿Una mujer cómo qué? —preguntó Sally. El reverendo John Gordon había aparecido en el porche y, obediente a la dura voz de mando de su mujer, cerró la puerta, pero no antes de que Adam y Julia salieran también al ahora abarrotado porche.

—Ve dentro, Julia —le ordenó su madre.

—¡Déjela quedarse! —dijo Sally—. ¿Una mujer como qué?

—¡Julia! —fulminó con la mirada la señora Gordon a su hija.

—Madre, querida —intervino el reverendo John Gordon—, ¿puedes explicarnos qué está pasando?

—El doctor Peterkin —comenzó la señora Gordon indignada— me acaba de informar de que esta, esta mujer es una... —Se detuvo, incapaz de encontrar una palabra que pudiera emplear decentemente delante de su hija—. ¡Julia! ¡Entra inmediatamente!

—¡Querida mía! —dijo el reverendo John Gordon—. ¿Qué es lo que es?

—¡Una magdalena! —aulló la palabra la señora Gordon.

—Quiere decir que soy una puta, reverendo —dijo Sally, hosca.

—¡Y usted la ha traído a mi casa! —riñó la señora Gordon a Starbuck.

—Señora Gordon... —empezó a decir Starbuck.

Pero no consiguió interrumpir la parrafada que ahora chorreaba sobre su cabeza como la lluvia tamborileaba sobre el techo de cartón impermeabilizado del porche. La señora Gordon se preguntó si el reverendo Elial Starbuck sabía en qué abismos de iniquidad se había sumido su hijo, lo lejos que se hallaba de la gracia de Dios y lo mal que elegía a sus compañías.

—¡Es una mujer caída! —gritó la señora Gordon—. ¡Y usted la ha traído a mi casa!

—Nuestro Señor se mezcló con los pecadores —dijo el reverendo John Gordon sin convicción.

—¡Pero Él no les dio té! —La señora Gordon se encontraba más allá de los razonamientos. Se volvió a Adam—: Y usted, señor Faulconer, me sorprenden sus amistades. No hay otra palabra, me sorprenden.

Adam dirigió a Starbuck una mirada cargada de remordimientos.

—¿Es verdad?

—Sally es una amiga —dijo Starbuck—. Una buena amiga. Me siento orgulloso de conocerla.

—¡Sally Truslow! —exclamó Adam, al encajar por fin en sus recuerdos la identidad de la señorita Royall.

—¿Me está diciendo que conoce a esta mujer? —preguntó desafiante la señora Gordon a Adam.

—No me conoce —dijo Sally con cansancio.

—Me veo obligada a plantearme si es usted una compañía adecuada para mi hija, señor Faulconer —presionó la señora Gordon a Adam, aprovechando la ventaja adquirida—. ¡Esta noche ha sido providencial, porque Dios me ha revelado su auténtica personalidad!

—¡He dicho que no me conoce! —insistió Sally.

Adam se encogió de hombros.

—Su padre fue uno de los aparceros de mi familia. Hace mucho tiempo. Aparte de eso, no sabía nada de ella.

—Pero conoce usted al señor Starbuck —insistió la señora Gordon, convencida de que todavía no había provocado suficientes remordimientos en Adam—. ¿Me está diciendo que aprueba las compañías de las que alardea?

Adam miró a su amigo.

—Estoy seguro de que Nate no conocía la naturaleza de la señorita Truslow.

—La conocía —dijo Starbuck— y, como he dicho, es una amiga.

Pasó un brazo por el hombro de Sally.

—¿Y aprueba usted la elección de las compañías de su amigo? —preguntó la señora Gordon a Adam—. ¿La aprueba, señor Faulconer? Porque no puedo dejar que mi hija tenga relación, ni que sea respetable, con un hombre que frecuenta a los amigos de mujeres marcadas.

—No —dijo Adam—, no la apruebo.

—Eres igual que tu padre —dijo Sally—. Podrido hasta la médula. Si los Faulconers no tuvierais dinero, seríais menos que los perros.

Se desasíó del abrazo de Starbuck y echó a correr bajo la lluvia.

Starbuck se volvió para seguir a Sally, pero fue detenido por la señora Gordon.

—¡Elija! —le advirtió ella—. ¡Esta noche debe usted elegir entre Dios y el diablo, señor Starbuck!

—¡Nate! —Adam sumó su voz a la advertencia de la señora Gordon—. Deja que se vaya.

—¿Por qué? ¿Porque es una puta? —Starbuck sintió crecer la rabia en su interior, una rabia cargada de odio hacia aquellos santurrones hipócritas—. Te he dicho que es una amiga, Adam, y no se abandona a los amigos. Dios os maldecirá a todos.

Corrió detrás de Sally y la alcanzó en el límite de los barracones, donde la ladera embarrada del parque Chimborazo caía abruptamente hacia el Bloody Run, la «Pista de la Sangre», el terreno para duelos de la ciudad que se extendía junto a un arroyo.

—Lo siento —dijo a Sally, y tomó de nuevo su brazo.

Ella hipó. La lluvia dejaba pegajosos y enmarañados sus cabellos. Estaba llorando y Starbuck la apretó contra su pecho, tapándola con el forro escarlata de su gabán. La lluvia le golpeaba el rostro.

—Tenías razón —musitó Sally con voz ahogada—. No debíamos haber venido.

—Ellos no debían haberse comportado así —afirmó Starbuck. Sally lloraba en silencio.

—A veces sólo quiero ser una persona corriente —consiguió decir entre lágrimas—. Sólo deseo una casa y niños y una alfombra en el suelo y un manzano. No quiero vivir como mi padre y no quiero ser lo que soy ahora. No para siempre. Sólo quiero ser corriente. ¿Sabes lo que quiero decir, Nate? —Alzó la mirada hacia él, y su rostro quedó iluminado por los hornos que ardían día y noche en las forjas junto al río, al otro lado del campo de duelo.

Él acarició su pelo empapado de lluvia.

—Lo sé —dijo.

—¿Tú no quieres ser corriente? —preguntó ella.

—A veces, sí.

—Jesús —juró Sally. Se apartó de él, se limpió la nariz y se apartó de la frente los mechones húmedos—. He pensado que cuando acabe la guerra tendré bastante dinero

para comprar una tienda pequeña. Nada lujoso, Nate. ¿Legumbres, por ejemplo? Estoy ahorrando dinero, ya ves, para poder ser corriente. No una persona especial. Nada de Royall nunca más, sólo una persona sencilla y corriente. Pero mi padre tiene razón —dijo con una nota nueva, vengativa—, hay dos clases de gente en el mundo, las ovejas y los lobos, y tú no puedes cambiar tu naturaleza. Ellos son ovejas. — Señaló con un pulgar desdeñoso los barracones del hospital—. Incluido tu amigo. Es igual que su padre. Le asustan las mujeres.

Fue una condena sumarísima.

Starbuck la apretó de nuevo contra él y miró más allá de las sombras del Bloody Run, hacia donde el reflejo de los fuegos de las acerías temblaba en el agua del río tachonada por la lluvia. No había comprendido hasta este momento lo solo que estaba en el mundo, un marginado social, un lobo solitario. Sally era igual, rechazada por la sociedad civilizada porque en su desesperación por escapar y tener independencia había quebrantado las reglas y nunca sería perdonada por ello, como tampoco sería perdonado Starbuck, lo cual significaba que tenía que arreglárselas solo, escupir sobre las personas que le rechazaban, y lo iba a hacer esforzándose en ser tan buen soldado como le fuera posible. Siempre había sabido que su salvación en el Sur se encontraba en el ejército, porque allí a nadie le importaba quién eras mientras demostraras que eras capaz de luchar.

—¿Sabes qué, Nate? —dijo Sally—. Allí estuve pensando que podía tener una oportunidad. ¿Como una oportunidad real? Que yo podía ser buena. —Dijo con fervor la última palabra—. Pero ellos no me quieren en su mundo, ¿verdad?

—No necesitas su aprobación para ser una buena persona, Sally.

—Tampoco me importa ya. Un día tendré a personas como ellos suplicándome para poder pisar mis alfombras, y tú estarás allí y lo verás.

Starbuck sonrió en la oscuridad. Eran una puta y un soldado fracasado declarando la guerra al mundo. Se inclinó y besó la mejilla empapada por la lluvia de Sally.

—Tengo que llevarte a tu casa —dijo.

—A tu habitación —decidió Sally—. No me siento con ánimos para trabajar.

Por debajo de ellos un tren salía de la ciudad y la luz de su caldera iluminó con un relumbre fantasmal la hierba empapada junto al arroyo. La locomotora arrastraba vagones repletos de munición destinados a la península, donde una delgada línea de rebeldes que jugaban a multiplicarse mantenía a raya a una horda de enemigos.

Starbuck llevó andando a Sally a casa, y luego a su cama. Era un pecador y, después de todo, aquella no iba a ser una noche para el arrepentimiento.

\* \* \*

Sally se marchó del lado de Starbuck a la una de la madrugada, de modo que él

estaba solo en su estrecho catre cuando llegaron los soldados. Dormía profundamente y la primera noticia que tuvo de su aparición fue el crujido de la puerta exterior del establo al ser echada abajo. No había luz en su habitación. Tanteó en busca de su revólver mientras resonaban pasos en la escalera. Había conseguido apenas desenfundar el arma con culata de marfil de su pistolera cuando la puerta se abrió con estruendo y el chorro de luz de una linterna inundó de luz aquel tabuco.

—¡Abajo esa arma, chico! ¡Abajo!

Los hombres iban de uniforme y llevaban rifles con las bayonetas caladas. En todo Richmond las bayonetas caladas eran el signo anunciador de los «retacos», los miembros de la policía militar del general Winter, y Starbuck se apresuró a dejar caer el revólver al suelo.

—¿Tu nombre es Starbuck? —preguntó el hombre que le había ordenado tirar el arma.

—¿Quién es usted? —preguntó Starbuck mientras hacía pantalla con la mano ante los ojos. Ahora había tres linternas en su dormitorio y lo que parecía ser todo un pelotón de soldados.

—¡Responde la pregunta! —rugió la voz—. ¿Tu nombre es Starbuck?

—Sí.

—¡Lléváoslo! ¡Daos prisa!

—¡Déjenme vestirme, por el amor de Dios!

—¡Deprisa, chicos!

Dos hombres agarraron a Starbuck, lo sacaron desnudo de la cama y lo empujaron con fuerza y dolorosamente contra el enlucido irregular de la pared.

—Tapadlo con una manta, chicos. No queremos que se asusten los caballos. ¡Espósele primero, cabo!

Los ojos de Starbuck se habían adaptado a la luz y pudo ver que el oficial al mando era un capitán de pecho robusto y barba de color castaño.

—¿Qué diablos...? —empezó a protestar Starbuck mientras el cabo sacaba cadenas y esposas, pero el soldado que sujetaba a Starbuck lo aplastó con fuerza contra la pared.

—¡Silencio! —rugió el capitán—. ¡Lléváoslo todo, chicos, todo! Me llevaré esa botella como prueba, gracias, Perkins. Todos los papeles han de ser recogidos y colocados de forma ordenada; ésa es responsabilidad suya, sargento. Y esa otra botella también, Perkins, para mí.

El capitán guardó las botellas de whisky en los amplios bolsillos de su uniforme y encabezó la marcha escaleras abajo. Starbuck, con las muñecas sujetas y el cuerpo más o menos envuelto en una tosca manta gris, caminó a trompicones detrás del capitán a través de las cocheras vacías hasta la calle Seis, donde esperaba a la luz de las farolas un carruaje negro tirado por cuatro caballos. Todavía llovía y el aliento de

los caballos formaba nubecillas de vapor bajo la luz de gas. El reloj de una iglesia tocó cuatro campanadas y en la parte trasera de la casa se abrió una ventana.

—¿Qué ocurre? —gritó una voz de mujer. Starbuck pensó que podía ser Sally, pero no estaba seguro.

—¡Nada, señora! ¡Vuelva a la cama! —gritó el capitán, que empujó a Starbuck para que subiera los peldaños del estribo del coche. Le siguieron el capitán y tres soldados. El resto del grupo seguía registrando el cuarto de Starbuck.

—¿Dónde vamos? —preguntó Starbuck cuando el carruaje se puso en marcha con una brusca sacudida.

—Está usted preso por la policía militar —respondió el capitán en tono formal—. Responderá cuando le hablen y callará en cualquier otro momento.

—Usted me está hablando —dijo Starbuck—, de modo que ¿adónde vamos?

El carruaje estaba oscuro y Starbuck no pudo ver el puño que de pronto se estrelló entre sus ojos y le hizo golpearse la cabeza contra el panel trasero del coche.

—Cierra el maldito pico, bastardo yanqui —dijo una voz, y Starbuck, con los ojos involuntariamente anegados en lágrimas por el efecto del golpe, hizo lo que el hombre ordenaba.

El viaje fue corto, poco más de medio kilómetro, y las ruedas forradas de hierro rechinaron como protesta cuando el carruaje dobló una esquina en ángulo agudo antes de detenerse con brusquedad. La portezuela se abrió de golpe y Starbuck vio las puertas iluminadas por antorchas de la cárcel de Lumpkin, más conocida como Castle Godwin.

—¡Espabila! —gritó el cabo, y Starbuck se vio proyectado fuera del coche y empujado hacia un portillo abierto en las grandes puertas de Castle Godwin.

—¡Número catorce! —gritó un carcelero cuando el piquete de arresto cruzó la puerta. Un guardián uniformado guió al grupo a través de un arco de ladrillo y a lo largo de un pasillo construido con sillares de piedra e iluminado por dos lámparas de aceite, hasta una gruesa puerta marcada con un «14» inciso en el marco de madera. Abrió la puerta con una pesada llave de acero reluciente. El cabo quitó las esposas que sujetaban las muñecas de Starbuck.

—Ahí dentro, menda —dijo el guardián, y Starbuck fue proyectado de un empujón al interior de la celda. Vio un camastro de madera, un balde de metal y un gran charco en el suelo. La habitación apestaba a orines.

—Caga en el cubo y duerme en el catre o al revés, como prefieras, menda —rompió a reír el guardián, y luego la puerta se cerró con un estruendo que despertó ecos en los muros. La celda quedó sumida en una oscuridad absoluta. Starbuck, exhausto, se tendió tiritando en el catre de madera.

\* \* \*

Le dieron un par de pantalones bastos de color gris, unos zapatones cuadrados de cuero y una camisa con manchas de sangre de su anterior propietario, sin lavar. El desayuno consistió en una taza de agua y los restos mordisqueados de una rebanada de pan duro. Los relojes de la ciudad daban las nueve cuando entraron dos guardianes y le ordenaron sentarse en el catre y extender los pies hacia ellos. Le colocaron unos grilletes de hierro unidos por una cadena.

—Ahí se quedarán hasta que te vayas —dijo uno de los guardianes— o hasta que te cuelguen.

Sacó la lengua y torció el gesto para hacer la mueca grotesca de un hombre ahorcado.

—¡En pie! —gritó el segundo guardián—. ¡Muévete!

Starbuck fue sacado a empujones al pasillo. Las cadenas le obligaban a arrastrar torpemente los pies, pero los guardianes estaban obviamente acostumbrados al paso lento porque no le azuzaron, y de hecho le animaron a ir despacio cuando salieron a un patio que recordó a Starbuck las historias de terror de las cámaras de tortura medievales. De las paredes colgaban cadenas, y en el centro del patio había un caballo de madera que consistía en un tablón montado verticalmente sobre unos caballetes. El castigo consistía en sentar a un hombre sobre el lado estrecho del tablón y ponerle pesos en los pies de modo que la madera se clavara en su escroto.

—Eso no es para la gente de tu clase, menda —dijo uno de los dos guardianes—. Contigo van a probar algo nuevo. Sigue caminando.

Starbuck fue conducido a una habitación con paredes de ladrillo, suelo enlosado con un desagüe en el centro, una mesa y una silla. Una ventana provista de barrotes se abría al este, hacia la alcantarilla abierta de la cañada de Shockoe, que fluía a través de la ciudad. Uno de los cristales de la pequeña abertura estaba abierto y el olor a aguas fecales apestaba la habitación. Los guardianes, a los que Starbuck pudo ahora observar a su gusto, dejaron sus mosquetes apoyados contra la pared. Los dos eran corpulentos, tan altos como el propio Starbuck, con caras pálidas, toscas, bien rasuradas, y la expresión estólida de hombres que piden poco de la vida y reciben aún menos. Uno escupió un chorro viscoso de jugo de tabaco hacia el desagüe abierto en el centro de la sala. El escupitajo desapareció por el agujero.

—Buena puntería, Abe —dijo el otro guardián.

Se abrió la puerta y entró un hombre delgado y pálido. Llevaba una bolsa de piel colgada de un hombro y una corta barba rubia orlaba apenas su barbilla. Las mejillas y el labio superior relucían aún del afeitado matinal y su uniforme de teniente estaba impoluto, cepillado hasta expulsar la última mota de polvo y planchado hasta dejar los bordes de las perneras afilados como cuchillos.

—Buenos días —dijo con una voz recelosa.

—Responde al oficial, tú, basura yanqui —dijo el guardián llamado Abe.



—Buenos días —dijo Starbuck.

El teniente pasó el pañuelo por la superficie de su silla, tomó asiento, extrajo unas gafas de un bolsillo y las colgó de sus orejas. Su rostro era muy delgado y más bien amable, como el de un clérigo nuevo recién llegado a una antigua congregación.

—Starbuck, ¿no es así?

—Sí.

—¡Llama «señor» al oficial, basura!

—Paz, Harding, paz.

La frente del teniente se frunció, en evidente desaprobación de la rudeza de Harding. Había dejado la bolsa de piel encima de la mesa y ahora extrajo de ella una carpeta. Desató las cintas verdes de la carpeta, la abrió y examinó los papeles que había en su interior.

—Nathaniel Joseph Starbuck, ¿verdad?

—Sí.

—Con residencia actualmente en Franklin Street, en la antigua casa Burrell, ¿es así?

—No sé quién vivía allí antes.

—Josiah Burrell, un fabricante de tabaco. La familia se vino abajo en tiempos duros como los de los días presentes. Ahora, veamos. —El teniente se recostó en su silla, lo que causó un crujido ominoso, y luego se quitó las gafas y se frotó los ojos con gesto cansado—. Voy a hacerle algunas preguntas, Starbuck, y su tarea, como puede suponer, consistirá en responder a esas preguntas. En circunstancias normales, desde luego, estas cosas están sujetas a requisitos legales, pero estamos en guerra y me temo que la necesidad de establecer la verdad no nos permite esperar a las triquiñuelas de los abogados. ¿Me comprende?

—En realidad no. Me gustaría saber qué diablos estoy haciendo aquí.

Los guardianes colocados detrás de Starbuck soltaron gruñidos de advertencia por su frescura, pero el teniente alzó una mano conciliadora.

—Pronto lo sabrá, Starbuck, se lo prometo. —Volvió a colocar las gafas sobre su nariz—. He olvidado presentarme a mí mismo. Qué negligencia. Soy el teniente Gillespie, teniente Walton Gillespie. —Pronunció el nombre como si esperara que Starbuck lo reconociera, pero Starbuck se limitó a encogerse de hombros. Gillespie sacó un lápiz del bolsillo de su uniforme—. ¿Empezamos? ¿Dónde nació usted? —preguntó Gillespie.

—Boston —dijo Starbuck.

—¿Dónde exactamente, por favor?

—Milk Street.

—La casa de sus padres, ¿verdad?

—De los abuelos. La familia de mi madre.

Gillespie hizo un apunte.

—¿Y dónde residen sus padres ahora?

—Walnut Street.

—¿Siguen allí? ¡Qué agradable para ellos! Estuve en Boston hace dos años y tuve el privilegio de oír a su padre explicar el evangelio. —Gillespie sonrió con placer evidente por aquel recuerdo—. Sigamos —dijo, e hizo a Starbuck una serie de preguntas sobre su escuela y el colegio teológico de Yale, y sobre cómo había ido a parar al Sur al empezar la guerra y los servicios que había prestado en la Legión Faulconer.

—Todo bien hasta el momento —dijo Gillespie cuando hubo acabado de escuchar el relato de la batalla de Ball's Bluff. Pasó página y frunció el entrecejo ante lo que fuera que estaba escrito allí.

—¿Cuándo se encontró por primera vez con John Scully?

—Nunca he oído hablar de él.

—¿Price Lewis?

Starbuck negó con la cabeza.

—¿Timothy Webster?

Starbuck se limitó a encogerse de hombros para mostrar su ignorancia.

—Ya veo —dijo Gillespie en un tono que sugería que la negativa de Starbuck le resultaba particularmente embarazosa. Hizo una señal con el lápiz, aún ceñudo. Luego se quitó las gafas y se frotó el puente de la nariz durante unos momentos—. ¿Cuál es el nombre de su hermano?

—Tengo tres hermanos. James, Frederick y Sam.

—¿Sus edades?

Starbuck tuvo que pensarlo.

—Veintiséis o veintisiete, diecisiete y trece.

—El mayor. ¿Cómo se llama?

—James.

—James —repitió Gillespie como si nunca hubiera oído antes ese nombre. En el patio un hombre dio de pronto un alarido y Starbuck oyó con claridad el zumbido de un látigo en el aire y el chasquido de la tralla al llegar a su destino—. ¿He cerrado la puerta, Harding? —preguntó Gillespie.

—Está bien cerrada, señor.

—Hay tanto ruido, tanto ruido. Dígame, Starbuck, ¿cuándo vio por última vez a James?

Starbuck sacudió la cabeza.

—Tuvo que ser mucho antes de la guerra.

—Antes de la guerra —repitió Gillespie mientras escribía algo—. ¿Y la última vez que tuvo una carta suya?

—También antes de la guerra.

—Antes de la guerra —volvió a decir Gillespie despacio. Sacó un cortaplumas pequeño de su bolsillo, abrió la hoja y afiló con ella la punta del lápiz, recogió con esmero las peladuras de madera y formó con ellas un montoncito en el borde de la mesa—. ¿Qué le sugiere el nombre de la Sociedad para el Suministro de Biblias al Ejército Confederado?

—Nada.

—Ya veo. —Gillespie dejó a un lado el lápiz y se echó atrás en su silla desvencijada—. ¿Y qué información exactamente envió usted a su hermano acerca de la disposición de nuestras fuerzas?

—¡Ninguna! —protestó Starbuck, que por fin empezó a entender adonde iban a parar aquellos farragosos prolegómenos.

Gillespie se quitó una vez más las gafas y las frotó contra su manga.

—Le he mencionado antes, señor Starbuck, que nos vemos obligados, lamentablemente obligados, a tomar medidas extremas en nuestros intentos de poner en claro la verdad. En tiempos más normales, como le he dicho, habríamos incoado un proceso legal, pero las circunstancias extremas exigen medidas extremas. ¿Me comprende?

—No.

—Entonces permita que le pregunte de nuevo. ¿Conoce a John Scully y Lewis Price?

—No.

—¿Ha mantenido comunicación con su hermano?

—No.

—¿Ha recibido cartas dirigidas a la Sociedad para el Suministro de Biblias al Ejército Confederado?

—No.

—¿Y entregó usted una carta dirigida a la atención del señor Timothy Webster, en el Hotel Monumental?

—No —protestó Starbuck.

Gillespie meneó la cabeza con tristeza. Cuando el mayor Alexander arrestó a Timothy Webster y a Hattie Lawton, descubrió también una carta escrita en letras mayúsculas que describía toda la disposición de las defensas de Richmond. La carta iba dirigida al mayor James Starbuck, el mismo nombre que aparecía en el mensaje que llevaba oculto John Scully. La carta habría supuesto un desastre para el Sur porque incluso describía la maniobra con la que el general Magruder había intentado engañar a las patrullas de McClellan. Lo único que impidió a Webster entregar la carta fueron unas terribles fiebres reumáticas que tuvieron a aquel hombre postrado en el lecho durante varias semanas.

Starbuck, cuando fue preguntado acerca de esa carta, sacudió la cabeza.

—Nunca he oído hablar de ningún Timothy Webster.

Gillespie hizo una mueca.

—¿Insiste usted en esas respuestas?

—¡Es la verdad!

—Lástima —dijo Gillespie. Abrió la bolsa de piel y sacó de ella un embudo de latón reluciente y un frasco de cristal de color azul. Destapó el frasco y un tenue olor acre se esparció por la habitación—. Mi padre, Starbuck, como el suyo, es un hombre notable en cierto modo. Es el superintendente médico del Asilo para Lunáticos de Chesterfield. ¿Lo conoce?

—No.

Starbuck miraba el frasco con aprensión.

—Existen dos corrientes de opinión en relación con el tratamiento a los lunáticos —explicó Gillespie—. Una teoría asegura que los pacientes sanan de su locura con una vida en contacto con el aire libre, buenos alimentos y mucho cariño, pero la segunda escuela, a la que se adhiere mi padre, insiste en las ventajas de un tratamiento de choque que implique sufrimiento por parte de los lunáticos. En esencia, Starbuck —Gillespie miró a los ojos al prisionero y sus ojos tenían un brillo extraño—, debemos castigar al lunático por su comportamiento aberrante y reconducirlo a la compañía de la sociedad civilizada. Esto —sostuvo en alto el frasco de vidrio azul— es considerado la mejor sustancia coercitiva conocida por la ciencia. Hábleme de Timothy Webster.

—No hay nada que decir.

Gillespie esperó unos instantes y luego hizo una seña a los dos guardianes. Starbuck intentó resistirse al hombre más próximo, pero fue demasiado lento. Lo golpearon por detrás, lo arrojaron al suelo y antes de que pudiera revolverse estaba inmovilizado boca abajo sobre las losas. Las cadenas de los tobillos resonaron mientras le ataban las manos a la espalda. Maldijo a los dos guardianes, pero eran hombres corpulentos avezados a someter a los prisioneros e ignoraron sus juramentos. Le dieron la vuelta sobre su espalda y uno de ellos tomó el embudo de latón y lo introdujo en la boca de Starbuck. Cuando se resistió apretando los dientes, el hombre amenazó con golpeárselos con el embudo hasta rompérselos y Starbuck, sabiéndose vencido, aflojó la mandíbula.

Gillespie se arrodilló a su lado con el frasco azul.

—Esto es aceite de ricino —dijo a Starbuck—. ¿Lo conoce?

Starbuck no podía hablar, de modo que sacudió la cabeza a un lado y otro.

—El aceite de ricino se extrae de las semillas de la planta del *Croton tiglium*. Es un purgante, señor Starbuck, y muy violento. Mi padre lo utiliza con los pacientes que muestran una conducta agresiva. Ningún loco puede comportarse de un modo

violento o perverso, ya ve, cuando tiene que exonerar el vientre una veintena de veces cada diez minutos. —Gillespie sonrió—. ¿Qué sabe usted de Timothy Webster?

Starbuck sacudió la cabeza e intentó zafarse de los guardianes que lo sujetaban, pero los dos hombres eran demasiado fuertes para él. Uno de ellos empujó hacia atrás la cabeza de Starbuck contra las losas del suelo mientras Gillespie inclinaba el frasco sobre el embudo.

—En el pasado el tratamiento a los lunáticos consistía simplemente en castigos físicos —explicó Gillespie—, pero la contribución de mi padre a la medicina fue el descubrimiento de que una aplicación de este medicamento catártico es más eficaz que una serie de palizas. Una pequeña cata para empezar, creo.

Vertió un hilo de aceite en el embudo. En la boca de Starbuck tenía un sabor grasiento y rancio. Intentó escupirlo pero uno de los guardianes apretó con la mano su mandíbula y a Starbuck no le quedó más opción que tragar el aceite. Le dejó una sensación de ardor en la boca.

Gillespie retiró el frasco e hizo el gesto a los guardianes de que dejaran libre a Starbuck. Starbuck dio un par de boqueadas en busca de aire. La boca le ardía y el gástrico parecía estar en carne viva. Notó el impacto de aquel aceite espeso en su estómago mientras intentaba incorporarse.

Entonces llegó el efecto purgante. Se dobló en dos y vomitó en el suelo. El espasmo le dejó sin aliento, pero antes de que pudiera recuperarse otro espasmo contrajo su vientre. Sus intestinos se abrieron de forma incontrolable y la habitación se llenó de un terrible hedor. No pudo contenerse. Gimió y rodó por el suelo, y se retorció en un nuevo vómito que le desgarró el cuerpo.

Los guardianes se apartaron de él con una sonrisa. Gillespie, sin hacer caso del horroroso hedor, observaba con avidez a través de sus gafas y tomaba de vez en cuando alguna nota en un pequeño libro. Los espasmos seguían agitando a Starbuck. A pesar de que ya no quedaba nada en su estómago ni en sus intestinos, seguía teniendo arcadas violentas y se retorció mientras el horrible aceite seguía actuando en su interior.

—Hablemos de nuevo —dijo Gillespie después de algunos minutos, cuando Starbuck estuvo un poco más calmado.

—Bastardo —musitó Starbuck. Estaba cagado, tendido en medio de la mierda, con las ropas impregnadas de mierda; humillado, impotente y degradado por aquella mierda.

—¿Conoce usted al señor John Scully o al señor Lewis Price? —preguntó Gillespie con su voz precisa.

—No. Y vete al infierno.

—¿Ha estado en comunicación con su hermano?

—No, maldito seas.

—¿Ha recibido cartas a la atención de la Sociedad para el Suministro de Biblias al Ejército Confederado?

—¡No!

—¿Y ha entregado usted información a Timothy Webster en el Hotel Monumental?

—¡Te diré lo que he hecho, bastardo! —Starbuck alzó la cabeza y escupió un jirón de vómito hacia Gillespie—. He empuñado un arma y he luchado por este país, ¡que es más de lo que tú has hecho nunca, hijo de perra cara de mierda!

Gillespie meneó la cabeza, entristecido como si Starbuck fuera un caso particularmente recalcitrante.

—Otra vez —ordenó a los guardianes, y tomó el frasco de encima de la mesa.

—¡No! —gimió Starbuck, pero de nuevo el embudo fue introducido entre sus dientes y de nuevo Gillespie, con su media sonrisa, vertió otro chorro de aquel líquido amarillento y viscoso por la boca del embudo.

Los espasmos atacaron de nuevo. El dolor era mucho peor esta vez, una terrible agonía que le desollaba por dentro dejándole los intestinos en carne viva, extendía en todas direcciones el fuego que le quemaba el estómago y le hacía revolcarse de dolor en sus propios excrementos. Dos veces más vertió Gillespie el purgante por su gaznate, pero el líquido extra no aportó ninguna información. Starbuck siguió insistiendo en que no conocía a nadie llamado Scully, ni a Lewis, ni a Webster.

A mediodía los guardianes le arrojaron unos cubos de agua fría. Gillespie contempló sin la menor expresión cómo el cuerpo inerte yapestoso del norteño era sacado de la habitación y conducido a su celda y luego, enfadado consigo mismo porque iba retrasado, se apresuró a acudir a sus clases regulares de Biblia, que seguía a la hora del almuerzo en la cercana iglesia universalista.

Mientras, Starbuck yacía empapado en el suelo y gimoteaba.

\* \* \*

A regañadientes, como un animal voluminoso que se desperezara después de un largo sueño, el ejército rebelde fue abandonando sus posiciones en torno a Culpeper Court House. Sus movimientos eran lentos y cautelosos, porque el general Johnston todavía no estaba seguro de que la maniobra del Norte no fuera más que un gigantesco engaño. Podía ser que el tan anunciado viaje de grandes barcos desde Alexandria hasta Fort Monroe fuera tan sólo una complicada finta para inducirle a trasladar sus tropas al costado inútil de Richmond. Esa treta abriría los caminos del norte de Virginia al auténtico ataque federal, por lo que, recelando de un posible engaño, Johnston envió patrullas de caballería a los condados de Fauquier y Prince William, y luego todavía más al norte, hasta el condado de Loudoun. Los hombres de

las brigadas de guerrilleros, los jinetes harapientos cuya tarea consistía en quedarse atrás y hostigar a los invasores nordistas, cruzaron el Potomac hasta Maryland, pero todas las patrullas regresaron con la misma información. Los yanquis se habían ido. La línea defensiva de Washington estaba servida por un cuerpo muy nutrido de tropas y los fuertes que guardaban el enclave nordista en el condado virginiano de Fairfax contaban con guarniciones fuertes, pero el ejército de campaña del Norte se había desvanecido. El Joven Napoleón se disponía a atacar desde la península.

La Brigada Faulconer fue una de las primeras en recibir órdenes de desplegarse en las afueras de Richmond. Washington Faulconer convocó al mayor Bird para recibir las órdenes.

—¿No se supone que Swynyard es ahora tu chico de los recados? —preguntó Bird a Washington Faulconer.

—Está descansando.

—Quieres decir que está borracho.

—No digas tonterías, Pecker. —Washington Faulconer vestía su nuevo uniforme, con las estrellas de un brigadier general bordadas en el cuello—. Está aburrido. Impaciente por entrar en acción. Ese hombre es un guerrero.

—Ese hombre es un lunático dipsomaniaco —replicó Bird—. Intentó arrestar a Murphy ayer por no saludarle.

—El capitán Murphy tiene una veta rebelde —dijo Faulconer.

—Yo creía que se suponía que todos nosotros teníamos una veta rebelde —observó Bird—. Te digo, Faulconer, que ese hombre es una esponja. Te han timado.

Pero Washington Faulconer no estaba dispuesto a admitir ningún error. Sabía mejor que nadie que Griffin Swynyard era un desastre macerado en alcohol, pero tenía que soportar ese desastre hasta que la Brigada Faulconer ganara en la batalla una reputación que permitiera a su comandante desafiar el poder del *Examiner* de Richmond. Un ejemplar de ese periódico estaba ahora abierto sobre la mesa de campaña de Faulconer.

—¿Has visto las noticias sobre Starbuck?

Bird ni siquiera había visto el periódico y menos aún había oído ninguna noticia sobre Starbuck.

—Está detenido. Se cree que pasaba información al enemigo. ¡Ja! —Faulconer lo anunció con una satisfacción evidente—. Nunca hizo nada bueno, Pecker. Dios sabrá por qué razón lo defiendes.

Bird se dio cuenta de que su cuñado buscaba una discusión y se negó a ofrecerle esa satisfacción.

—¿Alguna cosa más, Faulconer? —se limitó a preguntar en tono frío.

—Sólo otra cosa, Pecker. —Faulconer, con su guerrera abotonada y su cinturón ceñido, alzó su sable curvado y rasgó con él el aire en un movimiento

deliberadamente casual—. Las elecciones —dijo Faulconer en tono vago, como si el tema se le acabara de ocurrir.

—Todo está preparado.

—No quiero ninguna tontería, Pecker —Faulconer dirigió la punta del sable hacia Bird—. Nada de tonterías, ¿me oyes?

En un plazo de dos semanas la Legión debía elegir a los oficiales de sus compañías. Era una exigencia impuesta por el gobierno confederado, que acababa de establecer el servicio militar obligatorio y, simultáneamente, había ampliado el período de servicio de los hombres que se alistaron como voluntarios por un año. A partir de ahora esos antiguos soldados por un año debían permanecer en servicio hasta que la muerte, la incapacidad o la paz los librasen de su obligación; pero, ante la necesidad de dorar una píldora tan amarga con una capa de caramelo, el gobierno también había legislado que se daría a los regimientos de un año la posibilidad de elegir de nuevo a sus propios oficiales.

—¿Qué tonterías puede haber? —preguntó Bird en tono inocente.

—Ya lo sabes, Pecker, ya lo sabes —advirtió Faulconer.

—No tengo la menor, la más ligera, la más remota idea de lo que quieres decir —dijo Bird.

La punta del sable trazó un círculo en el aire y fue a detenerse a tan sólo unos centímetros de la barba hirsuta de Bird.

—No quiero el nombre de Starbuck entre los candidatos.

—Me aseguraré de que no se le incluya —repuso Bird con la misma inocencia.

—Y no quiero que los hombres escriban su nombre.

—Eso, Faulconer, queda fuera de mi control. Se llama democracia. Creo que tu abuelo y el mío hicieron una guerra para establecerla.

—Tonterías, Pecker. —Faulconer sintió la frustración habitual cuando discutía con su cuñado y el habitual disgusto por la tozuda negativa de Adam a irse del lado de Johnston y tomar el mando de la Legión. A Faulconer no se le ocurría ningún otro hombre al que la Legión aceptara como sustituto de Pecker, e incluso Adam, pensaba Faulconer, lo tendría difícil para sustituir a su tío. Lo cual significaba, y Faulconer ya se había rendido interiormente a ello, que se vería obligado a nombrar a Bird coronel del regimiento. Por lo tanto, y estando así las cosas, ¿por qué no podía demostrarle su cuñado siquiera un ápice de gratitud o de cooperación? Washington Faulconer se tenía a sí mismo por un hombre naturalmente comprensivo y amable, y lo único que pedía era ser correspondido, pero a menudo parecía que, por el contrario, generaba resentimiento a su alrededor—. Con toda seguridad los hombres no se sentirían tentados de votar a Starbuck si hubiera un buen oficial al frente de la Compañía K —sugirió ahora Faulconer.

—¿Quién, por favor?



—Moxey.

Bird puso los ojos en blanco.

—Truslow se lo comerá vivo.

—¡Entonces mantén a raya a Truslow!

—¿Cómo? Es el mejor soldado de la Legión.

—Tonterías —dijo Faulconer, pero no tenía otro candidato que sugerir. Enfundó su sable, y la hoja silbó al rozar la embocadura de madera de la vaina—. Di a los hombres que Starbuck es un traidor. Eso debería enfriar su entusiasmo. Diles que lo colgarán antes de que acabe el mes y que eso es exactamente lo que se merece ese hijo de perra. ¡Sí que se lo merece! Sabes condenadamente bien que mató al pobre Ethan.

En opinión de Bird, matar a Ethan Ridley había sido lo mejor que podía haber hecho nunca Starbuck, pero se guardó esa opinión para sí mismo.

—¿Alguna orden más, Faulconer? —preguntó en cambio.

—Tienes que estar listo para salir dentro de una hora. Quiero que los hombres tengan buen aspecto. ¡Marcharemos a través de Richmond, recuérdalo, de modo que quiero un buen desfile!

Bird salió de la tienda y encendió un cigarro. «Pobre Starbuck», pensó. No creía ni por un instante que Starbuck fuera culpable, pero no había nada que Bird pudiera hacer al respecto: el maestro de escuela reconvertido en militar había decidido mucho tiempo atrás que si no podía influir en un asunto, tampoco debía dejar que el asunto influyese en él. Con todo, pensó, era triste para Starbuck.

Sin embargo, reflexionó Bird, la tragedia de Starbuck sin duda sería sepultada por el desastre mucho mayor planteado por la invasión de McClellan. Cuando cayera Richmond, la Confederación podría mantener su desafío, tambaleante, durante unos meses más, pero privada de su capital y de las acerías de Tredegar, las mayores y más eficientes de todo el Sur, pocas esperanzas tendría la rebelión de sobrevivir. Era extraño, pensó Bird mientras caminaba por entre las hileras de tiendas del campamento de la brigada, pero se cumplía justamente un año del inicio de la rebelión con los cañones disparando en Fort Sumter. Un año, y ahora el Norte se cernía en torno a Richmond como un gran puño revestido de acero dispuesto a aplastarlo todo.

Los tambores redoblaron y los gritos de los sargentos de instrucción dando órdenes se prolongaron en ecos a través del campamento empapado mientras la brigada se preparaba para la marcha. El sol apareció por fin entre las nubes por primera vez en varias semanas cuando la Legión Faulconer se puso en movimiento y se dirigió, hacia el sur y el este, al lugar en que el destino de Norteamérica iba a decidirse en el campo de batalla.

\* \* \*

En un único punto consiguió el teniente Walton Gillespie que Starbuck admitiera alguna clase de conducta ilícita, y después de haber descubierto esa debilidad Gillespie insistió en ella con un entusiasmo desesperado. Starbuck había admitido que vendió pasaportes para lucrarse y Gillespie se cebó en esa confesión.

—¿Admite haber firmado pasaportes sin haber verificado antes su validez?

—Todos lo hacemos.

—¿Por qué?

—Por dinero, desde luego.

Gillespie, ya pálido de por sí, se puso blanco como el papel ante aquella confesión de depravación moral.

—¿Me está diciendo que aceptó sobornos?

—Claro que lo hice —dijo Starbuck.

Estaba tan débil como un recién nacido, el gástrico y las tripas en carne viva le dolían y la cara se le había llenado de pústulas en los lugares en que el aceite de ricino le había salpicado la piel. El tiempo era más cálido, pero él seguía tiritando sin parar y temía haber atrapado unas fiebres. Día tras día había sido interrogado, y día tras día había ingerido aquel aceite repugnante hasta que ahora había dejado de tener conciencia de cuánto tiempo llevaba preso. Las preguntas parecían interminables, y el vómito y la disentería lo sacudían de día y de noche. Le dolía beber agua, le dolía respirar, le dolía seguir vivo.

—¿Quién lo soborna? —preguntó Gillespie, e hizo una mueca cuando Starbuck escupió en el suelo una baba sanguinolenta. Starbuck estaba derrumbado sobre una silla porque su debilidad extrema no le permitía sostenerse de pie y a Gillespie no le gustaba interrogar a hombres tumbados en el suelo. Los dos guardianes se recostaban en la pared. Los dos se aburrían. En su opinión particular, que ambos sabían que no tenía el menor peso, el maldito norteamericano era inocente, pero Gillespie seguía insistiendo—. ¿Quién? —repitió Gillespie.

—Toda clase de gente. —Starbuck estaba muy cansado, muy dolorido—. El mayor Bridgford vino una vez con un paquete de impresos, y también...

—¡Mentira! —estalló Gillespie—, Bridgford no haría una cosa así.

Starbuck se encogió de hombros, como si todo le diera ya lo mismo. Bridgford era el *marshal* de la policía militar, y era cierto que había llevado a Starbuck un rimero de pasaportes en blanco para que los firmara. Después había dejado sobre la mesa de Starbuck una botella de whisky de centeno como pago por el favor. Una veintena de mandos militares y por lo menos una docena de congresistas habían hecho lo mismo, y en general habían pagado bastante más que una sola botella de

licor ilegal. Starbuck, presionado por Gillespie, los nombró a todos. El único nombre que no pronunció fue el de Belvedere Delaney. El abogado era su amigo y su benefactor, y lo menos que podía hacer Starbuck a cambio era protegerlo.

—¿Qué hizo usted con el dinero? —preguntó Gillespie.

—Lo perdí en Johnny Worsham's —respondió Starbuck. Johnny Worsham's era el mayor garito de juego de la ciudad, un lugar bullicioso de mujeres y música, custodiado por dos negros tan altos y robustos que ni siquiera los policías armados se atrevían a enfrentarse con ellos. Starbuck había perdido un poco de dinero allí, pero guardaba a salvo la mayor parte en la habitación de Sally. No quiso revelar el escondite por miedo de que Gillespie persiguiera a Sally— jugando al póquer —añadió—. Soy condenadamente malo en el póquer.

Le dio una arcada seca y gimió mientras intentaba recuperar el aliento. Gillespie había abandonado el aceite de ricino los últimos días, pero aún seguía Starbuck medio doblado sobre sí mismo por los dolores de vientre.

Al día siguiente Gillespie fue a informar al mayor Alexander, que torció el gesto al ver lo poco que se había obtenido de Starbuck.

—¿Y si es inocente? —sugirió.

—Es un yanqui —dijo Gillespie.

—De eso es culpable sin la menor duda, pero ¿lo es de haber escrito a Webster?

—¿Qué otro pudo haber sido? —preguntó Gillespie.

—Eso, teniente, es lo que se supone que hemos de averiguar nosotros. Tenía entendido que los métodos científicos de su padre son infalibles. Y si son infalibles, Starbuck tiene que ser inocente.

—Se deja sobornar.

Alexander suspiró.

—Tendríamos que arrestar a medio Congreso por ese crimen, teniente. —Hojeó los informes del interrogatorio de Gillespie y se dio cuenta con disgusto de las enormes cantidades de aceite que se había obligado a tragar al preso—. Tengo la sospecha de que estamos perdiendo el tiempo —concluyó Alexander.

—¡Sólo pido unos días más, señor! —exclamó Gillespie, apremiante—. Sé que está a punto de romperse, señor. ¡Estoy seguro!

—Dijo lo mismo la semana pasada.

—He reservado el aceite estos últimos días —dijo Gillespie con entusiasmo—. Le estoy dando la oportunidad de recuperarse y luego mi intención es doblar la dosis la próxima vez.

Alexander cerró el dossier de Starbuck.

—Si tuviera algo que decirnos, teniente, ya lo habría confesado a estas alturas. No es nuestro hombre.

Gillespie se molestó ante la implicación de que su interrogatorio hubiera

fracasado.

—¿Sabe que Starbuck tiene su residencia en un burdel? —preguntó a Alexander.

—¿Va a condenar a un hombre por tener esa suerte? —replicó Alexander.

Gillespie enrojeció.

—Una de las mujeres ha estado preguntando por él, señor. Ha visitado la prisión dos veces.

—¿Es la puta guapa? ¿La que llaman Royall?

El rubor de Gillespie se acentuó. Era cierto que Victoria Royall era más hermosa que las mujeres que poblaban sus sueños, pero no se atrevió a admitirlo delante de Alexander.

—Se hacía llamar Royall, en efecto. Y fue enormemente insolente. No quiso decirme cuál era su interés por el prisionero, y en mi opinión debería ser interrogada.

Alexander meneó negativamente la cabeza con aire cansado.

—Su interés por el prisionero, teniente, consiste en que su padre sirve en su compañía de infantería y ella sirve probablemente en la cama de Starbuck. He hablado con esa chica y no sabe nada, de modo que no es necesario que usted la interrogue. A menos que esté pensando en un entretenimiento diferente.

—Por supuesto que no, señor —se sobresaltó Gillespie ante la sugerencia, aunque la verdad era que ansiaba que el mayor Alexander le encomendara el interrogatorio de la señorita Victoria Royall.

—Porque en el caso de que pensara usted en algo diferente —siguió diciendo Alexander—, debería usted saber que las «ninfas mundanas» de esa casa son las más caras de toda la Confederación. Podría descubrir que las damas de ese establecimiento tan radicalmente distinto de la Asociación de Jóvenes Cristianas exceden con mucho las posibilidades de su bolsa.

—¡Señor! Me veo obligado a protestar...

—Cállese, teniente —le atajó Alexander en tono cansado—. Y en el caso de que planee una visita a la señorita Royall en privado, piense antes en cuántos militares de alto rango se cuentan entre sus clientes. Probablemente le creará muchos más problemas de los que usted podría crearle a ella.

Algunos de esos clientes ya habían protestado por el encarcelamiento de Starbuck, que el propio Alexander encontraba cada vez más difícil de justificar. Bien sabía el Dios de los cielos, pensó el mayor, que el caso estaba resultando espinoso. Starbuck parecía el candidato obvio, pero no admitía nada. Timothy Webster, enfermo en su celda, no había revelado la menor información al ser interrogado y era evidente que el hombre apostado delante del tablero de noticias de Saint Paul estaba perdiendo lastimosamente el tiempo. Habían colocado una carta falsa bajo las cintas del tablero del vestíbulo de la iglesia, pero no había aparecido nadie para recogerla.

—Si me dejara usted administrar los purgantes de mi padre a Webster, señor... —

sugirió ansioso Gillespie.

Alexander rechazó la sugerencia de plano.

—Tenemos otros planes para el señor Webster.

Alexander también tenía sus dudas de que el achacoso Webster conociera la identidad del hombre que había escrito al mayor James Starbuck. Tal vez sólo James Starbuck la conocía.

—¿Y la mujer que fue capturada con Webster? —sugirió Gillespie.

—No vamos a permitir que la prensa nordista airee que purgamos a las mujeres —dijo Alexander—. Será reenviada al Norte intacta.

La música de una banda militar hizo que Alexander se acercara a la ventana de su despacho y contemplara desde allí al batallón de infantería que marchaba por Franklin Street en dirección al este. El ejército de Johnston había abandonado por fin sus posiciones en torno a Culpeper Court House y llegaba para defender la capital de la Confederación. Los primeros regimientos ya habían ido a engrosar las defensas de Magruder en Yorktown, mientras que los últimos en llegar estaban instalando sus campamentos al este y al norte de Richmond.

La banda de infantería tocaba «Dixie». Algunos niños que enarbolaban palos en lugar de mosquetes corrían junto a los soldados, que habían adornado sus sombreros con flores. Incluso desde el tercer piso Alexander pudo darse cuenta de lo raídos y remendados que estaban los uniformes de los hombres, pero marchaban con marcialidad y su moral parecía alta. Tendían flores a las muchachas más bonitas. Una mulata colocada entre los espectadores de la acera de enfrente tenía ya un gran ramo de flores y reía mientras los soldados seguían cargándola con más y más capullos. Se había hecho cruzar a la infantería por el centro de la ciudad deliberadamente, para que los habitantes de Richmond supieran que el ejército venía en su defensa, aunque los propios soldados necesitaban defenderse de la ciudad, o mejor dicho de las enfermedades venéreas de sus prostitutas, y por esa razón la columna que desfilaba iba flanqueada por dos líneas de policías militares con las bayonetas caladas que vigilaban que ningún hombre se escabullera entre la multitud.

—No podemos soltar a Starbuck sin más —se quejó Gillespie, que había ido a apostarse delante de la otra ventana.

—Podemos acusarle de cohecho, supongo —admitió Alexander—, pero no podemos llevarle ante un consejo de guerra con ese aspecto de moribundo. Límpielo, déjele recuperarse y luego decidiremos si lo llevamos a juicio por aceptar sobornos.

—¿Y cómo encontraremos al auténtico traidor? —preguntó Gillespie.

Alexander pensó en un hombre anciano de largos cabellos y se estremeció involuntariamente.

—Supongo que tendremos que ir a cenar con el diablo, Gillespie.

Alexander se apartó de la ventana y se detuvo largo rato delante de un mapa de

Virginia que colgaba de la pared de su despacho. Una vez pasado Yorktown, pensó, no había nada que pudiera detener a los yanquis. Irrumpirían delante de las defensas de Richmond como una riada primaveral empujada por un vendaval costero. Rodearían la ciudad, la estrangularían y ¿qué sería entonces de la Confederación? Al oeste, a pesar de los esfuerzos de los periódicos sudistas por describirlo como una victoria, Beauregard se había retirado después de sufrir bajas cuantiosas en un lugar llamado Shiloh. El Norte aseguraba haber obtenido la victoria allí y Alexander temía que sus declaraciones acabaran siendo ciertas. ¿Cuánto tardaría el Norte en gritar victoria también aquí en Virginia?

—¿Ha pensado alguna vez que tal vez toda esta guerra no es más que un despilfarro de esfuerzos? —preguntó a Gillespie.

—¿Cómo puede serlo? —Gillespie quedó desconcertado por la pregunta—. Tenemos la razón moral. Dios no nos abandonará.

—Me había olvidado de Dios —comentó Alexander. Luego se puso el sombrero y salió a buscar al diablo.

Dos soldados sacaron a Starbuck de su celda. Lo despertaron en la oscuridad y lo hicieron gritar presa de un miedo repentino cuando tiraron de la manta de su camastro. Aún no estaba despierto del todo cuando se lo llevaron pasillo adelante. Suponiendo que se trataba de un nuevo interrogatorio, Starbuck giró por instinto hacia la derecha, pero uno de los soldados lo empujó en la otra dirección. La prisión dormía, en los pasillos humeaban las pequeñas llamas de las velas de sebo que ardían en los muros colocadas a cortos intervalos. Starbuck tiritaba a pesar de la agradable temperatura templada del aire primaveral. Habían pasado días desde que Gillespie le administró por última vez aceite de ricino, pero seguía estando dolorido, flaco y pálido como un moribundo. Ya no sufría arcadas e incluso había conseguido comer unas gachas carceleras sin que su estómago devolviese de inmediato aquel burdo alimento, pero se sentía débil como un recién nacido y sucio como un puerco, aunque el final de sus interrogatorios le había dejado al menos un resquicio de esperanza.

## Capítulo 7

Starbuck fue conducido al cuerpo de guardia de la prisión, donde se ordenó a un esclavo que desclavara los grilletes que le sujetaban los tobillos. Sobre la mesa del cuerpo de guardia había un calendario perpetuo de cartón con marco de madera. Allí se indicaba que aquel día era el lunes 29 de abril de 1862.

—¿Cómo te sientes, chico? —preguntó el sargento sentado al otro lado de la mesa. Tenía una taza de latón en sus manazas—. ¿Qué tal tu estómago?

—Vacío y en carne viva —dijo Starbuck.

—Mejor imposible en un día como hoy —se echó a reír el sargento, que dio un sorbo de la taza y torció el gesto—. Café de semillas secas de cacahuete. Sabe a mierda yanqui.

Los soldados ordenaron a Starbuck salir al patio de la prisión. La ausencia de cadenas en los pies le hizo levantar los pies demasiado, por lo que caminaba de una forma grotesca y torpe. En el patio esperaba un coche de la prisión pintado de negro, con su única portezuela abierta y tirado por un jamelgo de lomo hundido y con anteojeras. Empujaron a Starbuck al interior de aquel vehículo.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

No hubo respuesta. La portezuela se cerró de golpe detrás de él. En la parte interior de la puerta no había ninguna manija y el coche tampoco tenía ventanillas. Era un vehículo para el traslado de presos, una simple caja de madera sobre ruedas con una banqueta de rejilla en la que tomó asiento con un suspiro. Oyó que los guardianes subían a la trasera del coche y el cochero hacía restallar su látigo.

El carruaje arrancó con una sacudida. Starbuck percibió el crujir de las puertas de la prisión al abrirse y luego el tosco vehículo traqueteó al cruzar la cuneta y salir a la calle. Él se estremeció en aquella oscuridad solitaria y se preguntó qué nuevas humillaciones iban a caer sobre él.

Media hora después el coche se detuvo y la portezuela se abrió.

—Fuera, menda —dijo uno de los guardianes. Starbuck se apeó a la luz gris del amanecer y vio que había sido conducido a Camp Lee, el antiguo centro ferial de Richmond, situado al oeste de la ciudad. Aquel recinto era ahora el mayor campamento militar de la capital. Por ahí— dijo el guardián y señaló hacia la parte trasera del coche.

Starbuck se dio la vuelta y durante uno o dos segundos fue incapaz de moverse. Al principio fue la incomprensión lo que le mantuvo inmóvil; luego, cuando se dio cuenta de lo que estaba viendo aquel amanecer, una oleada de terror le dejó helado.

Porque allí, a la luz fantasmal de la madrugada, se alzaba un patíbulo.

Era una horca recién construida, de madera clara y sin pulir. Una mole monstruosa que se alzaba entre los restos grisáceos de la noche, con una plataforma

situada a cuatro metros sobre el suelo. Dos postes que se elevaban sobre la plataforma sostenían un travesaño cuadrangular a una altura de tres metros y medio más. Del travesaño colgaba una soga, cuyo extremo anudado reposaba presumiblemente sobre una trampilla. Una escalera ascendía desde la hierba hasta la plataforma, donde esperaba un hombre barbudo vestido con una camisa negra, pantalones negros y chaqueta de un blanco sucio. Se había recostado en uno de los postes y fumaba en pipa.

Una pequeña multitud de hombres uniformados esperaba al pie del patíbulo. Fumaban cigarros y charlaban de menudencias, pero cuando Starbuck apareció callaron y uno tras otro se volvieron a mirarlo. Algunos torcieron el gesto, cosa nada extraña porque Starbuck vestía una camisa mugrienta, pantalones agujereados y sucios sujetos con un pedazo raído de cuerda anudada y unos toscos zapatones de cuero que bailaban en sus pies como si llevara cajas de mantequilla. El roce de los grilletes había dejado magulladuras sanguinolentas en los tobillos, el cabello estaba revuelto y sin lavar y su barba crecida era un revoltijo. Apeataba.

—¿Es usted Starbuck? —ladró en su dirección un mayor bigotudo.

—Sí.

—Quédese ahí y espere —ordenó el mayor, y señaló un lugar apartado del grupo. Starbuck obedeció, pero se volvió alarmado cuando el coche que le había traído de la ciudad se puso en marcha de pronto. ¿Iba a salir de este lugar en el ataúd de pino que esperaba junto a la escalera? El mayor vio el terror reflejado en la cara de Starbuck y frunció el entrecejo.

—Eso no es para usted, estúpido.

Un escalofrío de alivio recorrió el cuerpo de Starbuck y lo dejó tembloroso, casi a punto de echarse a llorar.

Apareció un segundo carruaje mientras el coche de la prisión se perdía en la distancia. El coche recién llegado era un vehículo elegante, aunque pasado de moda, con paneles oscuros barnizados, cubos dorados en las ruedas y un tiro de cuatro caballos a juego. El cochero negro detuvo el carruaje al otro lado del patíbulo, accionó el freno y se apeó de un salto para abrir la portezuela. Por ella asomó un anciano. Era alto y delgado, con una larga cabellera blanca que enmarcaba un rostro curtido de líneas muy pronunciadas. No iba de uniforme, sino que vestía un elegante traje negro. La luz del alba arrancó destellos de la cadena del reloj y de sus cierres colgantes, y también del puño de plata de su bastón. También hizo relucir sus ojos, que parecieron clavarse en Starbuck con una fijeza extrañamente inquietante. Starbuck le devolvió la mirada, disimulando la incomodidad que le producía la inspección del anciano, y cuando pareció que se había establecido entre ellos una competencia infantil para ver cuál apartaba la vista primero, una conmoción a espaldas de Starbuck anunció la llegada de la víctima destinada al patíbulo.



El comandante de Camp Lee encabezaba la pequeña procesión y tras él marchaba el capellán episcopaliano, leyendo en voz alta el Salmo 23. El prisionero venía detrás, ayudado por dos soldados.

El prisionero era un hombre corpulento, de aspecto elegante, con un gran bigote, barbilla afeitada y cabeza poblada por una espesa cabellera negra. Vestía camisa, pantalones y zapatos. Tenía las manos atadas delante y las piernas no iban sujetas por cadenas ni cuerdas, a pesar de lo cual parecía tener dificultades para caminar. Cojeaba y era evidente que cada paso le representaba un suplicio. La multitud guardó silencio de nuevo.

La incomodidad y el dolor de ver a un inválido caminar hacia su muerte se agravó cuando el prisionero intentó subir la escalera. Las manos atadas habrían dificultado la ascensión incluso en las mejores condiciones, pero el dolor de las piernas la hacía casi imposible. Los dos soldados lo ayudaron tanto como pudieron, y el verdugo de la chaqueta blanca sacudió la ceniza de su pipa y se inclinó para ayudar al prisionero a franquear los últimos peldaños. El prisionero emitía pequeños gemidos de dolor a cada paso. Luego se dirigió cojeando hasta la trampilla y Starbuck vio que el verdugo se agachaba para atarle los pies.

El capellán y el comandante habían subido detrás del prisionero a la plataforma. Los primeros rayos del sol acariciaron el travesaño en lo alto del patíbulo con una refulgente luz dorada mientras el comandante desplegaba la orden de ejecución.

—De acuerdo con la sentencia dictada contra usted por el congreso de guerra legalmente constituido aquí en Richmond el día dieciséis de abril... —empezó a leer el comandante del campamento.

—No existe una ley que le permita hacer esto —interrumpió el prisionero al comandante—. ¡Soy un ciudadano americano, un patriota, un hombre que sirve al gobierno legítimo de este país!

El prisionero había protestado con una voz ronca, que aun así consiguió sobresaltar a los circunstantes.

—Usted, Timothy Webster, ha sido sentenciado a muerte por el delito de espionaje, desarrollado ilegalmente en el interior de las fronteras de los soberanos Estados Confederados de América...

—¡Soy un ciudadano de Estados Unidos! —rugió Webster, desafiante—. ¡Los únicos que poseen autoridad sobre este lugar!

—Cuya sentencia será ahora ejecutada según lo previsto por la ley —acabó de leer apresuradamente el comandante, que se apartó de la trampilla—. ¿Tiene algo más que declarar?

—¡Dios bendiga a Estados Unidos de América! —dijo Timothy Webster con su voz áspera y ronca.

Algunos de los oficiales presentes se habían quitado el sombrero, otros desviaron

la mirada con disimulo. El verdugo hubo de alzarse de puntillas para cubrir con una capucha negra la cabeza de Webster y pasar el lazo alrededor de su cuello. La voz del capellán era apenas un murmullo cuando empezó a recitar otra vez el salmo. La luz del sol descendía por los postes verticales, aproximándose poco a poco a la capucha del condenado.

—¡Dios salve a Estados Unidos de América! —gritó Webster con una voz ahogada por la capucha, antes de que el verdugo tirara hacia atrás de la palanca que accionaba la trampilla. Los espectadores retuvieron el aliento cuando el tablero de madera de pino se soltó y quedó balanceándose a un lado mientras el prisionero se precipitaba en el vacío.

Todo ocurrió tan deprisa que Starbuck no recordó los detalles hasta más tarde e incluso entonces no llegó a estar seguro de que su mente no hubiera adornado lo que ocurrió. La cuerda se tensó, el prisionero pareció quedarse suspendido durante un instante y de pronto el nudo se deslizó sobre el rostro encapuchado. Atado como un puerco, de manos y pies, Webster se fue al suelo y la soga quedó bailando a la luz del alba con la capucha negra enganchada en el lazo vacío. Webster aulló al caer sobre sus frágiles tobillos reumáticos. Starbuck se estremeció al oír el grito de dolor de aquel hombre, mientras el anciano de la melena blanca con el bastón de puño de plata seguía con la mirada fija en Starbuck.

Uno de los oficiales del grupo de espectadores se dio la vuelta con una mano en la boca. Otro se apoyó en un árbol para afianzarse. Dos o tres tiraron de los frascos que llevaban en los bolsillos. Un hombre se santiguó. El verdugo se limitó a mirar abajo por la trampilla abierta.

—¡Otra vez! ¡Repítanlo! —gritó el comandante—. Deprisa. ¡Recójalo! Apártese, doctor.

Un hombre, a todas luces un médico, se había arrodillado junto a Webster, pero ahora se echó atrás inseguro mientras dos soldados corrían a levantar al hombre caído. Webster sollozaba, no por el miedo sino por el horrible dolor de sus articulaciones.

—¡Deprisa! —volvió a gritar el comandante. Uno de los oficiales que miraban vomitó.

—¡Me vais a matar dos veces! —protestó Webster con una voz que el dolor hacía trémula.

—¡Deprisa! —insistió el comandante, al borde del pánico.

Los soldados empujaron a Webster hacia la escalera. Tuvieron que desatarle los pies y colocarlos en un peldaño tras otro. Webster se aupó, sollozando aún por el dolor, mientras el verdugo rehacía el lazo de la soga. Uno de los espectadores desenvainó la espada y empujó con ella la trampilla desde abajo para volver a cerrarla.

La capucha se había desprendido del lazo y el verdugo se quejó de que no podía hacer su trabajo sin aquella bolsa negra.

—¡No importa! —aulló el comandante—. ¡Adelante con ello, por el amor de Dios!

El capellán temblaba hasta el punto de que no podía sostener la Biblia en las manos. El verdugo volvió a atar los pies del prisionero, pasó el lazo por su cuello y emitió un gruñido de aprobación después de apretar el nudo bajo el oído izquierdo de la víctima. El capellán empezó a recitar el padrenuestro, atropellando las palabras como si temiese olvidarlas si las pronunciaba demasiado despacio.

—¡Dios bendiga a Estados Unidos! —gritó Webster con todas sus fuerzas, en una voz que fue un sollozo dolorido. Estaba doblado sobre sí mismo por el daño, pero, de pronto, bañado ya por la luz del sol matinal, hizo un supremo esfuerzo para superar la agonía y mostrar a sus verdugos que era más fuerte que ellos. Centímetro a centímetro obligó a su cuerpo contraído y dolorido a ponerse firme—. Dios bendiga a los Estados...

—¡Hágalo! —aulló el comandante.

El verdugo tiró de la palanca y de nuevo la trampilla se abrió y de nuevo el prisionero se precipitó por el hueco abierto, sólo que en esta ocasión la soga aguantó y el cuerpo bailoteó unos instantes hasta que el cuello cedió y se quebró. Uno de los oficiales que miraban tragó saliva conmocionado mientras el cuerpo oscilaba en el extremo de la soga. Webster había muerto instantáneamente en esta ocasión, y su cuello roto se torcía de modo que su rostro parecía mirar arriba, hacia la trampilla abierta, por la que se filtraba la luz de la mañana. Flotaba en el aire el polvo removido de la plataforma. La lengua del muerto asomaba entre los labios y de su pie derecho empezó a gotear un líquido.

—¡Descolgado! —gritó el comandante.

Los oficiales se volvieron, a excepción de un médico que se colocó a toda prisa bajo la plataforma para certificar la defunción del espía. Starbuck, preguntándose por qué le habían hecho cruzar la ciudad para presenciar aquella ejecución bárbara, se volvió a mirar el sol naciente. Hacía mucho tiempo que no veía el cielo. El aire era fresco y limpio. Cantó un gallo en el campamento y su grito puso un contrapunto a los martillazos de los que clavaban la tapa del ataúd en el que había sido depositado el cadáver roto del espía.

Una mano huesuda se aferró con fuerza al hombro de Starbuck.

—Venga conmigo, Starbuck, venga conmigo. —Era el anciano de la melena blanca quien había hablado y llevaba en ese momento a Starbuck hacia su carruaje—. Ahora que se nos ha abierto el apetito —dijo el anciano, alegre—, vámonos a desayunar.

A escasos metros del patíbulo se había excavado una tumba. El coche pasó

traqueteando junto al hueco abierto en el suelo y se dirigió al sur, hacia el llano de los desfiles, para encaminarse luego a la ciudad. El anciano, con las manos prietas en torno a su bastón de puño de plata, sonrió durante todo el camino. Su jornada, por lo menos, había empezado bien.

\* \* \*

Hyde House, la residencia del hombre anciano, ocupaba una parcela triangular en el lugar en que Brook Avenue cortaba en diagonal la cuadrícula de las calles de Richmond. La parcela estaba rodeada por un muro alto de ladrillo recubierto por una capa de piedra blanca picada, por encima del cual sobresalía una profusión de árboles y flores. En el interior de aquel jardín descuidado se alzaba un edificio de tres pisos al que se accedía por una verja metálica rematada por pinchos. La mansión, señorial en tiempos, contaba con galerías exteriores alrededor de los tres pisos y una fachada provista de un porche ornamentado bajo el que podían resguardarse los carruajes. No llovía, pero al aire matutino todo lo que rodeaba la casa parecía rezumar humedad. Incluso las elegantes enredaderas que se enroscaban en los balaústres de las galerías goteaban desconsoladas, y las mismas balaustradas de las galerías aparecían despintadas y agrietadas. Los escalones de madera por los que el anciano condujo a Starbuck hasta la puerta estaban verdosos y podridos. Una esclava abrió la puerta principal barnizada un instante antes de que el anciano fuera a chocar derechamente contra sus pesadas hojas.

—Éste es el capitán Starbuck —ladró el anciano a la bonita joven que había abierto la puerta—. Enséñale su habitación. ¿Está preparado su baño?

—Sí, *massa*.

El anciano consultó su reloj.

—Desayunaremos dentro de cuarenta y cinco minutos. Martha le indicará dónde. ¡Vaya!

—¿Señor? —se dirigió Martha a Starbuck mientras le indicaba que la siguiera hacia las escaleras.

Starbuck no había pronunciado una sola palabra durante el viaje, pero ahora, rodeado por los repentinos y decadentes lujos de aquella vieja mansión, sintió desvanecerse toda su confianza.

—¿Señor? —dijo a la espalda del anciano.

—¡Desayunaremos dentro de cuarenta y cinco minutos! —bramó furioso el anciano, y desapareció por la puerta.

—¿Señor? —repitió Martha, y Starbuck siguió a la muchacha escaleras arriba hasta un dormitorio amplio y abarrotado de muebles. La habitación había sido elegante en tiempos, pero ahora el papel de la pared mostraba manchas de humedad y

la alfombra estaba descolorida y comida por las polillas. Cubría la cama una colcha algo raída sobre la cual, extendido con tanto cuidado como si fuera un elegante traje de etiqueta, estaba el uniforme confederado de Starbuck. La guerrera había sido lavada y zurcida, la correa del cinto cepillada hasta sacar brillo y las botas, sujetas con hormas al pie de la cama, habían sido limpiadas y enceradas. Incluso el gabán de Oliver Wendell Holmes estaba allí. La esclava abrió otra puerta y le condujo a un pequeño vestidor donde una cuba de baño humeaba delante de un fuego de carbón.

—¿Quiere que me quede, *massa*? —preguntó Martha con timidez.

—No. No.

Starbuck apenas podía creer lo que le estaba ocurriendo. Paseó por el vestidor e introdujo con tiento una mano en el agua. Estaba tan caliente que a duras penas pudo soportarla. Una pila de toallas blancas esperaba sobre una silla de mimbre, mientras que sobre un estante y junto a un cuenco de porcelana blanca se alineaban una navaja de afeitar, jabón y una brocha.

—Si deja sus ropas viejas fuera de la puerta... —dijo Martha, y no acabó la frase.

—¿Las quemarás? —sugirió Starbuck.

—Vendré a buscarle dentro de cuarenta minutos, *massa* —dijo ella, e hizo una reverencia antes de volverse hacia la puerta y cerrarla a su espalda después de salir.

Una hora después Starbuck estaba afeitado, lavado, cepillado, vestido y atiborrado de huevos, jamón y pan blanco reciente. Incluso el café había sido auténtico y el cigarro que fumaba después de desayunar era fragante y suave. La abundancia de comida había estado a punto de provocarle otra vez arcadas, pero comió despacio al principio y con voracidad cuando comprobó que su estómago no se rebelaba. El anciano apenas habló durante el desayuno, excepto para comentar en tono burlón algunos párrafos de los diarios de la mañana. Para la mirada curiosa de Starbuck, aquel personaje parecía tan extraordinario como malévol. Las esclavas de la casa sentían un claro terror hacia él. Sirvieron la mesa dos muchachas, ambas de piel tan clara y tan atractivas como Martha. Starbuck incluso se preguntó si se debería a su estado el hecho de que encontrara deseables a todas las mujeres, pero el anciano le vio mirar a una de las dos esclavas y confirmó su juicio.

—No puedo soportar cosas feas en esta casa, Starbuck. Si un hombre ha de poseer mujeres, ha de buscar las más bonitas que pueda permitirse y eso es lo que hago yo. Las vendo cuando cumplen los veinticinco. Si guardas demasiado tiempo a una mujer, se imaginará que te conoce mejor que tú mismo. Cómpralas jóvenes, manténgalas dóciles, véndalas pronto. En eso consiste la felicidad. Venga a la biblioteca.

El anciano abrió la marcha a través de una puerta de doble hoja hasta una habitación magnífica, pero de una magnificencia que había decaído hasta un extremo horrible. Los estantes elegantemente tallados llegaban desde el suelo de parqué hasta

el techo de yeso de hermosas molduras, situado cuatro metros más arriba. Pero el yeso se desmoronaba y el pan de oro que decoraba los estantes se había desgastado hasta desaparecer. Muchos lomos de los volúmenes lujosamente encuadernados en piel se habían desprendido y colgaban sueltos. Unas mesas antiguas estaban cubiertas de libros manchados de moho y toda aquella triste estancia olía a humedad.

—Me llamo *death* —dijo el anciano con su voz seductora.

—¿Death?<sup>[1]</sup>—preguntó Starbuck sin poder ocultar su sorpresa.

—«D» minúscula, «E», apostrofe, «A-T-H». Origen francés: de'Ath. Mi padre llegó aquí con Lafayette y nunca volvió a su patria. No tenía donde volver. Era un bastardo, Starbuck, nacido en el lado equivocado de las sábanas de una aristócrata emputecida. Toda la familia recibió lo que merecía en la época del Terror. Sus cabezas fueron rebanadas por el espléndido invento del doctor Guillotin. ¡Ja! —De'Ath tomó asiento detrás de la mesa más grande, abarrotada por un revoltijo de libros, papeles, tinteros y plumas—. La excelente máquina del doctor Guillotin me convirtió en marqués de una cosa u otra, pero la sabiduría recién adquirida de mi antiguo país no me permite utilizar títulos. ¿Usted cree en esa tontería jeffersoniana de que todos los hombres han sido creados iguales, Starbuck?

—Fui educado para creerlo así, señor.

—No me interesan las tonterías que embutieron en su cabeza infantil, sino las tonterías que todavía siguen alojadas en ella. ¿Cree usted que todos los hombres han sido creados iguales?

—Sí, señor.

—Entonces es usted un tonto. Es obvio hasta para la inteligencia más rudimentaria que algunos hombres han sido creados más sabios que otros, algunos más fuertes y unos pocos afortunados más despiadados que los demás, de lo cual podemos deducir sin esfuerzo que nuestro Creador pretendió que viviéramos dentro de los cómodos confines de una jerarquía. Haga iguales a todos los hombres, Starbuck, y elevará a los locos a la categoría de sabios, con lo que perderá la capacidad de distinguir entre unos y otros. Se lo dije a Jefferson muchas veces, pero él nunca se detuvo a escuchar a otras personas. Siéntese. Puede arrojar la ceniza al suelo. Cuando yo me muera, todo esto desaparecerá. —Un gesto amplio de su mano vino a expresar que se refería a la casa y los objetos admirables pero en estado precario que contenía—. No creo en las riquezas heredadas. Si un hombre no es capaz de hacer dinero por sí mismo, no debería poder disponer de la fortuna de otro. Lo han tratado a usted mal.

—En efecto, así ha sido.

—Tuvo usted la desgracia de que lo tomaran por un confederado. Si capturamos a un norteamericano y pensamos que es un espía, no lo torturamos para que los norteamericanos no torturen tampoco a nuestros espías. No nos importa ahorcarlos, pero no los

torturamos. Tratamos a los extranjeros en función de lo que deseamos de sus países, pero a nuestra propia gente la tratamos de un modo abominable. El mayor Alexander es un estúpido.

—¿Alexander?

—Claro, usted no ha conocido a Alexander. ¿Quién le interrogó?

—Un mequetrefe bastardo llamado Gillespie.

De'Ath gruñó.

—Una cosa pálida y fofa que aprendió sus técnicas de los lunáticos tratados por su padre. Sigue creyendo que es usted culpable.

—¿De admitir sobornos? —preguntó Starbuck con sorna.

—Doy por descontado que admitió usted sobornos. ¿De qué otra manera sería posible triunfar en una república de iguales? No, Gillespie sigue creyendo que es usted un espía.

—Es un idiota.

—Por una vez estoy de acuerdo con usted. ¿Disfrutó de la ejecución? Yo sí. Hicieron una chapuza, ¿verdad? Es lo que ocurre cuando se dejan las responsabilidades en manos de cretinos. Se supone que son nuestros iguales, ¡pero ni siquiera son capaces de ahorcar a un hombre como es debido! ¿Tan difícil era? Me atrevería a apostar que usted o yo lo habríamos hecho a la primera, Starbuck, pero usted y yo hemos sido provistos por nuestro Creador de cerebro, y no de un cráneo relleno de pasta de sémola. Webster sufría de fiebres reumáticas. El peor castigo habría sido obligarle a vivir en un lugar húmedo, pero fuimos misericordiosos y lo ahorcamos. Tenía fama de ser el mejor y el más brillante espía del Norte, pero no sería tan brillante cuando conseguimos capturarlo y ejecutarlo, ¿verdad? Ahora tenemos que pescar a otro y matarlo también. —De'Ath se puso en pie con agilidad y caminó hasta una ventana polvorienta a través de la cual se veía la exuberante vegetación húmeda que servía de pantalla a la casa—. El presidente Davis me ha nombrado, *ex officio*, su cazador de brujas supremo o, mejor dicho, el hombre que ha de limpiar nuestro país de traidores. ¿Cree que esa tarea es posible?

—No sabría decirlo, señor.

—Por supuesto que no es posible. No se puede trazar una línea en un mapa y decir: ¡de ahora en adelante todos los que se encuentren a este lado de la línea serán leales a un país nuevo! Debe de haber cientos de personas que desean en secreto que gane el Norte. Cientos de miles si contamos a los negros. La mayoría de los blancos partidarios del Norte son, o bien mujeres, o bien predicadores, dos clases de bobos inofensivos, pero unas pocas personas sí son peligrosas. Mi tarea consiste en apartar a los que son peligrosos de verdad y utilizar a los demás para enviar mensajes falsos a Washington. Lea esto.

De'Ath cruzó la habitación y dejó caer una hoja de papel en el regazo de

Starbuck.

El papel era muy delgado y estaba cubierto de letras mayúsculas escritas en un formato muy pequeño, pero con una enorme ambición de traicionar. Incluso Starbuck, que no sabía nada de la disposición del ejército, se dio cuenta de que, si aquel mensaje llegaba al cuartel general de McClellan, su utilidad sería inmensa. Y así lo expresó.

—Si McClellan se lo cree, sí —admitió de'Ath—, pero nuestra tarea consiste en asegurarnos de que no tenga esa oportunidad. ¿Ha visto a quién va dirigida la carta?

Starbuck dio la vuelta a la página y leyó el nombre de su hermano. Durante unos segundos se quedó mirando el papel con una incredulidad total y luego soltó una maldición en voz baja al comprender de pronto la razón por la que había pasado en prisión las últimas semanas.

—¿Gillespie cree que yo he escrito esto?

—Quiere creerlo, pero es un idiota —respondió de'Ath—. Su hermano estuvo preso aquí, en Richmond, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Le visitó usted cuando estaba aquí?

—No —dijo Starbuck, pero al mismo tiempo pensó que Adam sí había visto a James durante su prisión y, levantando de nuevo la carta, examinó con atención la escritura. Estaba contrahecha para disimular, pero aun así el corazón le dio un vuelco cuando reconoció la letra de su amigo.

—¿Qué está pensando? —preguntó de'Ath, al notar algo extraño en la actitud de Starbuck.

—Pensaba, señor, que James es poco hábil en cuestiones de engaños y estratagemas —mintió Starbuck con naturalidad.

Lo cierto era que se estaba preguntando si Adam era aún su amigo. Adam podía sin duda haberle visitado en la cárcel, e incluso podía haber detenido las torturas de Gillespie, pero hasta donde Starbuck sabía, no había intentado ninguna de las dos cosas. ¿Estaba Adam tan horrorizado por el hecho de que Starbuck presentara a Sally a una familia respetable que había decidido poner fin a su amistad? Luego Starbuck imaginó a Adam subiendo los peldaños del patíbulo y aguardando de pie sobre la trampilla mientras el verdugo le ataba torpemente los tobillos y le cubría la cabeza con la capucha y, por deteriorada que estuviera su amistad, Starbuck supo que no podría soportar ese espectáculo. Se dijo a sí mismo que el simple hecho de que Adam hubiera hablado con James no lo convertía en un traidor. Una veintena por lo menos de oficiales confederados había visitado alguna vez a los prisioneros de Castle Lightning.

—¿A quién conoce su hermano aquí en Richmond? —La voz de de'Ath seguía siendo suspicaz.



—No lo sé, señor. James era un abogado destacado en Boston antes de la guerra, de modo que supongo que debe de conocer a muchos letrados y fiscales sureños.

Starbuck procuró que su voz sonara inocente y reflexiva. No se atrevió a revelar el nombre de Adam, para que su amigo no fuera arrojado a las mazmorras húmedas de Castle Godwin ni se viera obligado a tragar el aceite de ricino de Gillespie.

De'Ath miró ceñudo y en silencio a Starbuck durante unos segundos; luego encendió un cigarro y arrojó la cerilla a la suciedad que alfombraba el hogar de la chimenea.

—Déjeme explicarle lo que va a ocurrir, Starbuck. Déjeme darle las malas noticias de la guerra. McClellan está acumulando hombres y cañones en sus trabajos de asedio de Yorktown. En un día o dos tendremos que retirarnos. No nos queda otra opción. Eso significa que el ejército nordista tendrá plena libertad para avanzar sobre Richmond. Johnston cree que podremos detenerlos en el río Chickahominy. Veremos. —De'Ath parecía tener sus dudas—. La semana próxima a estas horas —de'Ath sopló una bocanada de humo hacia una pintura al óleo cuya pátina estaba tan oscurecida que Starbuck apenas conseguía distinguir las figuras—, podría ser que debamos abandonar Richmond.

Aquello hizo sobresaltar a Starbuck.

—¿Abandonar?

—¿Cree usted que estamos ganando esta guerra? Dios mío, hombre, ¿se ha tragado cuentos como el de la victoria de Shiloh? Perdimos esa batalla. Miles de hombres muertos. Nueva Orleans se ha rendido, Fort Macón ha caído, Savannah está amenazada. —De'Ath gruñó la lista de los reveses de los confederados, lo que dejó a Starbuck atónito y deprimido—. El Norte incluso ha cerrado sus oficinas de reclutamiento, Starbuck, y ha enviado a sus reclutadores de vuelta a los batallones a los que pertenecían. ¿Y no se imagina por qué? Porque saben que la guerra está ganada. La rebelión tiene los días contados. Lo único que le queda por hacer al Norte es tomar Richmond y pasar la escoba para recoger los pedazos. Eso es lo que creen y puede que tengan razón. ¿Cuánto piensa que podrá sobrevivir el Sur sin las fábricas de Richmond?

Starbuck no contestó. No había nada que decir. No se le había ocurrido que la Confederación fuera tan precaria. En prisión había oído rumores de derrotas en los extremos meridional y oriental de los Estados Confederados, pero nunca supuso que el Norte se encontrara tan cerca de la victoria como para cerrar las oficinas de reclutamiento y devolver a los oficiales reclutadores a sus regimientos. Lo único que le faltaba ahora al Norte era capturar el diabólico laberinto emplazado en Richmond de hornos encendidos y metal fundido, de barrios de esclavos y vertederos de carbón, de silbidos chirriantes y repiqueteo de martillos movidos a vapor, para que la rebelión pasara a la historia.

—Pero quizá podamos ganar todavía —añadió de'Ath poniendo fin a los sombríos pensamientos de Starbuck—. Aunque no lo haremos si espías como ese bastardo nos traicionan. —Señaló con un gesto la carta que tenía Starbuck sobre las rodillas—. Encontramos esa carta escondida en la habitación del hotel de Webster. No tuvo oportunidad de remitirla al Norte, pero antes o después otro hombre conseguirá que mensajes como ése crucen las líneas.

—¿Qué quiere que haga yo? —preguntó Starbuck. Un nombre no, rogó en su interior, cualquier cosa menos un nombre.

—¿Por qué está usted luchando? —preguntó de pronto de'Ath.

Starbuck, a quien la pregunta pilló desprevenido, se encogió de hombros.

—¿Cree en la esclavitud como institución? —le provocó de'Ath.

Era una pregunta que Starbuck nunca se había planteado en serio, porque crecer en el hogar del reverendo Elial Starbuck implicaba que no era necesario planteársela. La esclavitud era sencillamente malvada y ahí acababa el asunto, y esa actitud estaba tan profundamente arraigada en Starbuck que, incluso después de un año en la Confederación, le incomodaba la compañía de esclavos. Le hacían sentirse culpable. Pero también estaba seguro de que el tema real de discusión no era si la esclavitud era buena o mala; la mayoría de las personas pensaba que era mala, pero ¿qué diablos hacer con ella? Tal era el dilema que había torturado a las mejores y más benévolas mentes de Norteamérica durante años. Era una cuestión sencillamente demasiado profunda para dar una respuesta fácil. Una vez más, Starbuck se limitó a encogerse de hombros.

—¿Estaba usted descontento con el gobierno de Estados Unidos?

Antes de la guerra Starbuck nunca había prestado ni siquiera un minuto de atención al gobierno de Estados Unidos.

—No por nada en particular —fue su respuesta.

—¿Cree que están en juego principios constitucionales vitales?

—No.

—Entonces, ¿por qué lucha?

De nuevo Starbuck se encogió de hombros. No es que no tuviese una respuesta, sino que esa respuesta le parecía muy inadecuada. Había empezado a luchar por el Sur como un gesto de independencia personal frente a un padre prepotente, pero con el tiempo aquello se convirtió en algo más que simple rebeldía. El marginal había encontrado un hogar y eso era suficiente para Starbuck.

—He luchado lo bastante bien —replicó en tono beligerante—, para no tener que explicar por qué lucho.

—¿Y todavía desea seguir luchando por el Sur? —preguntó de'Ath con escepticismo—. ¿Incluso después de lo que le ha hecho Gillespie?

—Lucharé por la Compañía K de la Legión Faulconer.

—Puede que no tenga ocasión de hacerlo. Puede que sea ya demasiado tarde. — De'Ath levantó su cigarro. Un montoncillo de ceniza se desprendió de la punta y se posó sobre su chaqueta—. Puede que esta guerra ya haya acabado, Starbuck, pero en el caso de que todavía nos quede una oportunidad de expulsar a esos bastardos de nuestra tierra, ¿nos ayudará usted?

Starbuck esbozó un cauteloso gesto de asentimiento. De'Ath expulsó una bocanada de humo hacia el techo de la habitación.

—Mañana los periódicos informarán de que se han retirado los cargos contra usted y que ha sido puesto en libertad. Necesitará que eso salga en letra impresa para que su hermano crea su historia.

—¿Mi hermano? —preguntó Starbuck, confuso.

—Piense un poco, Starbuck. —De'Ath se dejó caer en un sillón con respaldo adosado, colocado junto a la chimenea. El amplio dosel del sillón dejaba su rostro en la sombra—. Hay un espía, un espía muy capaz, que ha estado en contacto con su hermano. Ha enviado informes a través de Webster, pero la enfermedad de Webster cortó el flujo de información y en consecuencia el Norte envió a dos bobos llamados Lewis y Scully para restablecerlo. Lewis y Scully han sido capturados, Webster ejecutado de una forma chapucera y el Norte debe de estar preguntándose cómo en el nombre de Dios podrán restablecer el contacto con su hombre. Y entonces, caído del cielo, aparece usted en sus líneas llevando un mensaje del espía. O mejor dicho, un mensaje falso que yo mismo confeccionaré. Dirá usted a su hermano que se ha desencantado del Sur, que sus experiencias en la prisión lo desengañaron de las ideas románticas que en otro tiempo le llevaron a prestar apoyo a la rebelión. Le dirá que actuó de modo que ese desencanto fuera conocido en Richmond y que por ese motivo una persona desconocida le pasó una carta con la esperanza de que la hiciera llegar a su hermano. Se ofrecerá voluntario para regresar a Richmond y servir de mensajero de comunicaciones futuras. Convencerá a su hermano de que su pasión reciente por el Norte le ha impulsado a ocupar el lugar de Webster. Estoy convencido de que su hermano le creerá y que le dirá de qué forma puede contactar con su espía, y usted, si sigue siendo un servidor leal de la Confederación y no de su Norte natal, me lo dirá a mí. Entonces tenderemos una trampa, señor Starbuck, y nos daremos el placer exquisito de ver la ejecución chapucera de otro espía por parte de algún imbécil.

Starbuck pensó en Adam ahorcado, su cabeza dorada torcida en ángulo agudo por la soga, la lengua hinchada asomando entre los dientes separados, la orina goteando de sus botas suspendidas en el aire.

—Supongamos que mi hermano no me cree —aventuró Starbuck.

—En ese caso habrá entregado de todos modos una información falsa susceptible de ayudar a nuestra causa y podrá volver con nosotros a su debido tiempo. O bien por el contrario podrá traicionarnos, desde luego, y convencer a su hermano de que

somos un ejército vencido reducido a maquinar trucos de espionaje en un último esfuerzo por sobrevivir. Debo confesar, señor Starbuck, que el Norte nos supera en número hasta un punto tan abrumador que lo más probable es que no consigamos sobrevivir, pero me gusta pensar que vamos a jugar nuestras bazas hasta la última mano. —De'Ath hizo una pausa y chupó su cigarro, de modo que la punta encendida brilló con fuerza en la sombra del dosel del sillón—. Si al final hemos de ser derrotados —añadió en voz baja—, por lo menos antes demos a esos bastardos una paliza que les provoque pesadillas en los próximos años.

—¿Cómo cruzaré las líneas?

—Hay hombres que llamamos «pilotos» que escoltan a los viajeros a través de las líneas. Le proporcionaré uno de los mejores y todo lo que habrá de hacer es entregar a su hermano la carta que yo mismo escribiré. Lo haré con la misma letra disfrazada de la carta que guardaba Webster, sólo que en este caso el contenido será un tejido de mentiras. Urdiremos fantasías con regimientos imaginarios, caballería que brotará del suelo como los dientes de dragón de sus semillas, cañones innumerables. Convenceremos a McClellan de que se enfrenta a una horda vengadora de muchos y muchos miles. En resumen, intentaremos engañarlo. ¿Será usted mi engañador, señor Starbuck?

Los ojos de de'Ath relucieron bajo el dosel de su sillón mientras esperaba la respuesta de Starbuck.

—¿Cuándo quiere que vaya? —preguntó Starbuck.

—Esta noche. —De'Ath dirigió a Starbuck una sonrisa sardónica—. Podrá disfrutar de las comodidades de esta casa hasta entonces.

—¡Esta noche! —Por alguna razón, Starbuck había calculado que dispondría de algunos días para prepararse.

—Esta noche —insistió de'Ath—. Le llevará dos o tres días cruzar a salvo las líneas, de modo que cuanto antes emprenda la marcha, tanto mejor.

—Antes de irme, deseo una cosa —pidió Starbuck.

—¿De mí? —dijo de'Ath en un tono peligroso, como un hombre no acostumbrado a hacer tratos—. ¿Gillespie? ¿Quiere vengarse de esa patética criatura?

—Me vengaré de él cuando llegue el momento —aseguró Starbuck—. No, tengo que hacer algunas visitas en la ciudad.

—¿A quién? —preguntó de'Ath.

Starbuck replicó con una sonrisa fantasmal:

—Mujeres.

De'Ath torció el gesto.

—¿No le gusta Martha? —Señaló irritado hacia la parte trasera de la casa, donde debía de tener instaladas a sus esclavas. Starbuck no contestó y de'Ath gruñó—. Si le dejo hacer sus visitas, ¿llevará mi mensaje a su hermano?

—Sí, señor.

—Entonces vaya a ver a sus muñecas esta noche —concedió de'Ath en tono amargo— y después cabalgará hacia el este. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —aceptó Starbuck, aunque lo cierto es que su intención era llevar a cabo un juego mucho más difícil, un juego cuya conclusión no había de ser llevar a un amigo a balancearse en el extremo de la soga de un patíbulo al amanecer—. De acuerdo —mintió de nuevo, y esperó a que fuera de noche.

\* \* \*

Las tropas nordistas tardaron cuatro semanas en completar los trabajos de asedio necesarios para destruir los fuertes rebeldes de Yorktown. El mayor general McClellan era un ingeniero por su formación y un entusiasta de los asedios por vocación, y su intención era utilizar aquel sitio como demostración de la eficiencia implacable de su país. Los ojos del mundo estaban puestos en su campaña; reporteros de Europa y de América se habían agregado a su ejército, y observadores militares de todas las grandes potencias merodeaban por su cuartel general. En Yorktown, donde Estados Unidos había alcanzado su libertad, el mundo sería testigo de los progresos de la ciencia militar en el continente. Vería un asedio de una ferocidad despiadada, dirigido por el nuevo Napoleón del mundo.

Primero fue necesario cubrir con troncos las carreteras de Fort Monroe a Yorktown para facilitar el transporte del enorme tren de asedio hasta su emplazamiento frente a las defensas de Yorktown. Cientos de leñadores derribaron y descortezaron miles de árboles. Luego los peones arrastraron los troncos fuera de los bosques hasta el lugar en el que eran colocados a lo largo de los traicioneros caminos embarrados. Se colocó luego de través una segunda capa de troncos para formar la calzada propiamente dicha. En algunos lugares esas nuevas carreteras de troncos todavía se hundían bajo el lodo rojizo y pegajoso y fueron necesarias más capas de troncos recién cortados hasta que por fin pudieron avanzar por ellas los cañones y la munición.

Se construyeron quince baterías de artillería. La parte inicial del trabajo se llevó a cabo de noche, para mantener a los obreros a salvo de los francotiradores. En cada uno de los quince emplazamientos los trabajadores levantaron una plataforma de tierra de metro ochenta de altura y luego cubrieron los costados con un entramado de troncos para evitar que el montículo se desmoronara a causa de la lluvia incesante. Los muros que protegían cada batería tenían un espesor de dos metros y medio, necesario para detener una granada rebelde y amortiguar los efectos de su explosión. La protección del frente de cada batería consistía en una zanja de la que se había extraído el material para la construcción del muro macizo, y delante de cada zanja los

ingenieros colocaron estacadas formadas por una maraña de ramaje. Si una fuerza rebelde intentase asaltar la batería, primero habría de abrirse paso a través de aquel laberinto de ramas espinosas que llegaban a la altura del pecho y luego vadear el fondo cenagoso de la zanja inundada, antes de trepar por el terraplén resbaladizo hasta la línea de sacos terreros que formaba el parapeto. Y durante todo el tiempo los asaltantes estarían expuestos al fuego de los cañones de la batería y enfilados por las baterías que la flanqueaban al norte y al sur.

Cuando estuvieron concluidos los muros, las zanjas y las estacadas, las baterías quedaron listas para recibir a los cañones. Las piezas más pequeñas, de doce libras con tubo estriado de cien milímetros, sólo necesitaban una rampa ascendente de madera que amortiguara el retroceso después de cada disparo, pero las piezas mayores, los grandes cañones que derribarían las defensas rebeldes y las convertirían en una ruina sanguinolenta, precisaban una preparación más compleja. Se excavaron cimientos detrás de las troneras y luego se llenaron con cascajo traído de Fort Monroe en carros pesados. Los ingenieros colocaron luego encima una capa de piedra amalgamada con arena y cemento, y la nivelaron de modo que formara una plataforma dura, pero antes de que el cemento se secase hundieron en la superficie un gran raíl metálico de forma curva. El raíl formaba un semicírculo con el lado abierto hacia el enemigo. Dentro de la tronera se clavó un poste de metal en la plataforma, de forma que el raíl curvo describía un arco como trazado con compás alrededor del poste clavado.

Poste y raíl curvo estaban ahora listos para recibir el tren de rodaje de un cañón. La base de ese tren consistía sencillamente en un par de vigas de hierro colado que ascendían de delante atrás. Bajo la parte trasera de esas vigas gemelas había un par de ruedas metálicas que encajaban en el raíl curvo, mientras que en la parte delantera se abría un hueco que se deslizaba contra el poste hincado y engrasado, de modo que todo el tren de rodaje del cañón podía ahora girar a derecha e izquierda del centro determinado por el poste metálico. Sobre las vigas iba montado el tren de la pieza propiamente dicho, que al dispararse ésta se deslizaba hacia atrás a lo largo de ellas. La fricción de toneladas de metal sobre las vigas era suficiente para absorber el retroceso masivo. Para terminar, se llevaron a las baterías los enormes tubos de los cañones mayores. Éstos eran demasiado pesados incluso para los caminos acondicionados con troncos y hubieron de ser transportados desde Fort Monroe en barcasas de fondo plano que se adentraban en las rías de la península aprovechando la pleamar. Los cañones eran descargados de las barcasas y colocados sobre carretas consistentes en poco más que un par de ruedas tan grandes que los pesados tubos de los cañones quedaban suspendidos en el aire al apoyarse en sus ejes. Aquellos vehículos estrechos y estrambóticos rodaban hasta las baterías y los poderosos cañones eran alzados con grúas y depositados con todo cuidado de forma que sus

resaltes encajaran en los alveolos de los trenes de rodaje que los esperaban. Todo ese trabajo hubo de llevarse a cabo de noche, pero aun así los rebeldes detectaron la actividad y enviaron granada tras granada, que cruzaban silbando por encima del terreno encharcado, en un esfuerzo por frustrar el progreso de los yanquis.

Los cañones más grandes eran monstruos de tres metros y medio de largo y más de ocho toneladas de peso. Disparaban proyectiles de doscientos milímetros de diámetro que pesaban más de noventa kilos cada uno. Una docena más de cañones disparaba granadas de cuarenta y cinco kilos de peso, e incluso los cañones más pequeños eran mayores que cualquiera de los cañones parapetados detrás de las troneras rebeldes. Aun así, McClellan no se sintió satisfecho y ordenó que el bombardeo no comenzara hasta poder contar con los mayores morteros del Norte, de más de diez toneladas de peso. Los morteros tenían tubos cortos de boca amplia asentados sobre bases anchas de madera, lo que les daba el aspecto de ollas de cocina monstruosas, y podían disparar granadas de un peso de más de cien kilos con una trayectoria tan curva que caerían casi verticalmente sobre las líneas confederadas. Los grandes cañones con sus trenes de rodaje giratorios estaban concebidos para batir los muros rebeldes con impactos directos, mientras que las bombas de los morteros estallarían detrás de los muros tambaleantes y sembrarían la muerte en los bastiones rebeldes con sus explosiones. McClellan tenía la intención de hacer durar el bombardeo doce horas terribles y, entonces sólo cuando los grandes cañones hubieran acabado su terrible tarea, ordenaría a la infantería nordista cruzar los prados primaverales que florecían entre las líneas de los dos ejércitos.

Por fin quedaron emplazados los cañones. Cada una de las baterías estaba equipada con casamatas subterráneas de muros de piedra, y día a día en esos almacenes se fue acumulando la munición traída por seiscientos carros desde los barcos de Fort Monroe. Otros ingenieros excavaron hacia el frente para formar una trinchera paralela delante de las quince baterías, que había de servir de base para lanzar desde allí el ataque final de la infantería. Nada de todo ello se realizó sin bajas. Los francotiradores rebeldes elegían blanco agazapados detrás de sus líneas, el fuego de mortero iba a caer en ocasiones en medio de los que cavaban, las balas de cañón destruían a veces las frágiles pantallas de juncos que ocultaban a un pelotón de trabajo de la vista del enemigo. Pero palmo a palmo y metro a metro las líneas de asedio de los federales fueron tomando forma. Se excavaron refugios a prueba de bombas para los artilleros, a fin de que pudieran sobrevivir al fuego de las contrabaterías, se midió con precisión el alcance de los grandes cañones y éstos fueron emplazados con una exactitud matemática. Si todas las piezas disparaban al mismo tiempo, y McClellan estaba decidido a que lo hicieran, cada descarga nordista arrojaría más de tres toneladas de bombas en el interior de las líneas rebeldes.

—Mantendremos ese volumen de fuego durante doce horas, caballeros —informó

McClellan a los ansiosos observadores extranjeros la noche antes de iniciar el bombardeo. McClellan declaró que se disponía a inundar las líneas rebeldes con más de dos mil toneladas de metal y explosivos, y que cuando terminara aquella matanza caída del cielo los defensores rebeldes supervivientes estarían tan mareados y aturridos que serían una presa fácil para la infantería nordista—. Daremos a los secesionistas medio día de medicina, caballeros —fanfarroneó McClellan— y luego comprobaremos si son capaces de seguir desafilándonos. ¡Mañana por la tarde los veremos vencidos!

Esa noche, casi como si supieran el destino previsto para ellos a la llegada del día siguiente, los cañones rebeldes abrieron fuego sobre las ya completas líneas nordistas. Disparo tras disparo llegaron silbando en la oscuridad lluviosa, con las mechas encendidas dibujando líneas rojas de fuego como arañazos a la noche. La mayoría de los proyectiles explotó sin causar daños en el suelo encharcado, pero algunos hicieron blanco. Sonaron relinchos doloridos de un tiro de mulas trabadas, una tienda de campaña del 20.º de Massachusetts fue alcanzada y resultaron muertos dos de sus ocupantes, las primeras bajas del batallón en acción desde su desastroso bautismo de fuego en Ball's Bluff. Y las granadas rebeldes siguieron silbando a lo largo de la noche hasta que, de forma tan repentina como había empezado, el bombardeo cesó, los cañones callaron y la oscuridad quedó abandonada a los ladridos de los perros, los relinchos de los caballos y el canto burlón de los sinsontes.

El día siguiente amaneció despejado. Había nubes hacia el norte y los granjeros locales juraban que la lluvia iba a volver muy pronto, pero el sol de la mañana lucía con un resplandor dorado. Se alzó en el aire el humo de diez mil fuegos desde las tiendas de campaña de la infantería nordista. Los hombres estaban alegres, anticipando una victoria fácil. Los artilleros derribarían las defensas del enemigo y luego todo se limitaría a un paseo de la infantería para sacar a los supervivientes de entre las ruinas humeantes. Sería un asalto de libro, la prueba de que un general y un ejército americanos podían hacer en doce horas lo mismo que los europeos habían tardado muchas semanas en conseguir mal que bien en Crimea. McClellan había presenciado como observador los sitios de Crimea y quería que los oficiales franceses y británicos que acompañaban a su ejército recibieran una lección sin palabras pero inolvidable a lo largo de la jornada.

En las profundidades de sus flamantes casamatas los artilleros yanquis llevaban a cabo sus últimos preparativos. Los grandes cañones fueron cargados, los detonadores de fricción insertados en los oídos de las recámaras y los oficiales de artillería examinaron sus objetivos a través de catalejos. Más de cien piezas pesadas esperaban la señal para desencadenar su terrible poder de destrucción sobre las defensas confederadas. Había sido preciso un duro mes de trabajo para llegar a este momento y a muchos nordistas que esperaban en sus bastiones les pareció que el mundo entero



retenía el aliento. En el río York las cañoneras se aproximaron más a la orilla, dispuestas a sumar el fuego de sus propios cañones al martilleo destructor del bombardeo desde tierra. Una leve brisa agitó las banderas de los barcos y empujó el humo de sus calderas de vapor hacia la orilla contraria.

Ochocientos metros detrás de los emplazamientos de los cañones yanquis, oculto por un bosquecillo de pinos que de alguna manera había conseguido escapar a los trazados de los constructores de carreteras, un curioso objeto amarillo empezaba a adoptar una forma monstruosa. Algunos hombres trabajaban vertiendo bombonas de ácido sulfúrico en cubas medio llenas de virutas de hierro y muchos más hacían funcionar las bombas gigantescas que impulsaban el hidrógeno formado en esas cubas a lo largo de mangueras de tela recubierta de caucho. Éstas desembocaban en un gran globo amarillo que poco a poco se hinchaba y asomaba su forma bulbosa por encima de las copas de los árboles. Se había empezado a inflar el globo en la oscuridad para que estuviera listo justo después del amanecer y, llegada el alba, el inmenso aparato necesitaba un equipo de una treintena de hombres para mantenerlo sujeto al suelo. Dos hombres subieron a la barquilla de juncos del globo. Uno era el profesor Lowe, el famoso aeronauta y constructor de ingenios aerostáticos cuyas habilidades habían hecho posible aquel vehículo; el otro era el general Heintzelman, llevado a bordo para que su experta mirada de militar observara la destrucción provocada por los cañones. Heintzelman estaba impaciente por vivir aquella experiencia. Observaría el trabajo de los cañones y telegrafiaría a McClellan cuando viera romperse las líneas rebeldes y huir presas de pánico hacia el oeste. El profesor Lowe hizo funcionar a modo de prueba el equipo telegráfico y luego gritó al equipo de tierra que soltaran amarras.

Poco a poco, como una inmensa luna amarilla que se alzara sobre las copas de los árboles, el globo inició su ascenso. Quinientos metros de cable sujetaban el vehículo a un enorme torno que lo devanaba muy lentamente a medida que los aeronautas ascendían más y más hacia aquella porción de cielo despejado. Se había previsto que la aparición del globo provocaría una andanada de disparos de cañón de largo alcance desde las líneas rebeldes, pero nada quebró el silencio de la mañana.

—Puede que estén recitando sus oraciones —sugirió el profesor Lowe, de buen humor.

—Las necesitarán —respondió el general Heintzelman. Tamborileó con los dedos en la borda de la barquilla del globo. Había apostado con su jefe de estado mayor a que los defensores rebeldes cederían al cabo de seis horas y no de doce. La barquilla se balanceaba y crujía, pero la sensación, decidió Heintzelman, no era desagradable. Mejor que la mayoría de viajes por mar, con toda seguridad. Cuando el globo sobrepasó los doscientos cincuenta metros de altitud, el general enfocó su catalejo hacia el horizonte occidental y allí pudo distinguir la neblina formada por el humo de

las fábricas que envolvía a la capital rebelde. Incluso llegó a ver las cicatrices en la tierra en los lugares donde se habían cavado nuevas trincheras, en las colinas que rodeaban la ciudad.

—¡El nido de las serpientes, profesor! —exclamó Heintzelman.

—¡En efecto, general, y muy pronto vamos a acabar con esas víboras!

Heintzelman dejó de mirar hacia el horizonte y se concentró en las líneas enemigas desplegadas con tanta claridad bajo su barquilla. Se sintió poderoso, dotado de una visión casi divina de los secretos de sus enemigos. Podía ver las baterías, las trincheras que partían de sus refugios a prueba de bombas y las tiendas de campaña resguardadas detrás de los muros de tierra apisonada. La guerra ya nunca sería igual, pensó Heintzelman, ahora que ya no quedaba ningún lugar donde ocultarse. Enfocó su catalejo hacia una de las mayores baterías enemigas. Ningún cañón yanqui abriría el fuego hasta que Heintzelman estuviera listo para informar de los efectos de sus disparos, y ese momento, decidió, había llegado ya.

—Creo que estamos listos para comunicarnos, profesor —dijo el general.

—No hay muchos fuegos de campamento, general —dijo Lowe, y señaló en la posición rebelde un puñado de tiendas andrajosas plantadas entre los refugios preparados con ramas y cubiertos de hierba. Se veía humear algunos fuegos, pero muy pocos, y no salía humo de ninguna de las delgadas chimeneas que despuntaban sobre los refugios subterráneos de las baterías.

Heintzelman dirigió su lente a la batería de cañones. Una bandera rebelde ondeaba en el asta, pero no había ningún artillero a la vista. ¿Esperaban el bombardeo y se habían retirado ya a sus refugios? Alzó el catalejo para enfocar el campamento. Vio el lugar en el que se había trabado a los caballos y donde las cureñas habían dejado impresa la huella de sus ruedas en la hierba, pero no vio a ningún hombre.

—¿Qué vamos a decirles? —preguntó Lowe. El profesor había colocado una mano sobre el telégrafo del globo, que comunicaba con tierra por medio de un cable sujeto al amarre. Un segundo telégrafo aguardaba en la estación de suelo del globo para transmitir las noticias de los aeronautas al cuartel general del general McClellan. El propio McClellan estaba tendido en su catre de campaña, contento de que los artilleros hicieran su trabajo sin necesidad de su presencia.

Un ayudante despertó al Joven Napoleón dos horas después de la salida del sol.

—Tenemos un informe, señor, del globo.

—¿Y bien? —preguntó el general, molesto por haber sido despertado.

—El enemigo, señor, se ha ido.

McClellan consultó su reloj, colocado en la mesilla de noche, y luego se incorporó y abrió un postigo. Parpadeó al recibir la luz del sol y se volvió hacia su ayudante.

—¿Qué es lo que ha dicho?

—Las líneas enemigas, señor, están abandonadas. —El ayudante era Louis Philippe Albert d'Orleans, conde de París, venido a Norteamérica con la intención de mantener vivo el espíritu de Lafayette y ayudar a restablecer la unidad de Estados Unidos. El francés se preguntó por un momento si era su inglés defectuoso lo que le impedía hacerse entender—. Los rebeldes se han retirado, señor —dijo tan claramente como pudo—. Los reductos están vacíos.

—¿Quién lo dice? —preguntó McClellan furioso.

—El general Heintzelman se encuentra en la góndola del globo, señor, con el profesor Lowe.

—Están dormidos. ¡Dormidos! —El general no podía soportar tanta estupidez. ¿Cómo podían haberse retirado los rebeldes? ¡La noche anterior habían iluminado el cielo con sus andanadas! Los fogonazos de los disparos habían brillado como relámpagos de una tormenta de verano en el horizonte occidental, las mechas habían rayado el cielo con trazos de fuego volador y las explosiones habían despertado ecos ahogados en los campos encharcados. El general cerró de golpe el postigo para impedir que entrara la luz e hizo seña a su aristocrático ayudante de que volviera a salir por la puerta. Abajo repiqueteaba el telégrafo con más noticias de los aeronautas, pero el general no quiso conocerlas. Quiso una hora más de sueño—. Despiérteme a las ocho —ordenó—. ¡Y diga a los artilleros que abran fuego!

—Sí, señor. Desde luego, señor.

El conde de París se retiró sin hacer ruido de la habitación y luego se permitió a sí mismo un suspiro de incredulidad ante la tozudez del general.

Los artilleros esperaron. Detrás de ellos y en lo alto del cielo, el amarre del globo se había tensado. El sol desapareció detrás de las nubes y las primeras gotas de lluvia repiquetearon en la superficie recubierta de caucho del globo. Una docena de agregados militares extranjeros y una veintena de periodistas esperaban en las baterías federales mayores la orden de abrir fuego, pero aunque las piezas estaban desplegadas y cargadas y los detonadores dispuestos, del globo no llegó ninguna orden.

En su lugar, una pequeña patrulla de caballería avanzó desde las líneas federales. La docena de jinetes se dispersó en guerrilla en un amplio frente por si acaso disparaba contra ellos un cañón enemigo cargado de metralla. Avanzaron con una cautela extremada, deteniéndose a cada pocos pasos mientras su oficial escudriñaba las defensas enemigas con su catalejo. Los caballos agacharon las cabezas para ramonear la jugosa hierba alta que había crecido sin estorbos entre los dos ejércitos.

La caballería siguió avanzando. Aquí y allá se hacía visible algún centinela en los reductos enemigos, pero esos centinelas no se movieron ni siquiera cuando los alcanzaron las balas de los francotiradores nordistas. Eran muñecos de paja que vigilaban fortalezas abandonadas, porque la noche anterior el general Johnston había

ordenado a los defensores de Magruder que se retiraran hacia Richmond. Los rebeldes se habían marchado en silencio, abandonando sus cañones, sus tiendas de campaña, sus fuegos, dejando cualquier cosa que no pudiesen llevarse cargada a la espalda.

El general McClellan, consciente por fin de la realidad de los hechos, ordenó una persecución, pero en el ejército nordista nadie estaba preparado para una acción inmediata. Las monturas de la caballería pastaban mientras los jinetes jugaban a las cartas y oían tamborilear la lluvia sobre las lonas de sus tiendas. Las únicas tropas listas para la acción eran los artilleros, pero sus blancos se habían desvanecido en la noche.

La lluvia caía con más intensidad cuando la infantería nordista tomó posesión de los fuertes abandonados. La caballería ensilló por fin a sus caballos, pero faltaban órdenes precisas para la persecución, de modo que nadie se movió. McClellan, mientras tanto, redactaba un despacho para la capital del Norte. Yorktown, decía el general a Washington, había caído debido a un brillante despliegue de las tropas nordistas. Precisó que cien mil rebeldes y quinientos cañones habían sido desalojados de sus líneas defensivas, lo que posibilitaba la reanudación de la marcha hacia la capital enemiga. Habría más batallas desesperadas, advirtió, pero al menos en esta jornada Dios había sonreído al Norte.

Los hombres de Magruder marcharon hacia el oeste sin ser perseguidos ni hostigados, mientras el Joven Napoleón pudo sentarse por fin a dar cuenta de su almuerzo aplazado.

—Hemos vencido —dijo a sus ayudantes—. Gracias a Dios todopoderoso, hemos vencido.

\* \* \*

De'Ath dio a Starbuck sus últimas instrucciones en el vestíbulo de la decadente casa de Richmond. La lluvia se precipitaba por los desagües rotos y formaba cascadas en el techo del porche; se escurría goteando por el follaje espeso del jardín y se encharcaba en la avenida arenosa en la que esperaba el carruaje antiguo de de'Ath. Los cubos dorados de las ruedas del coche reflejaban la luz tenue que emitían las temblorosas llamas de las linternas del porche.

—El coche le llevará con sus damas —dijo de'Ath con un rictus amargo al pronunciar la última palabra—, pero no haga esperar al cochero más allá de la medianoche. A esa hora le conducirá a una cita con un hombre llamado Tyler. Tyler es el piloto que le guiará al cruzar las líneas. Éste es su pase para salir de la ciudad. —De'Ath tendió a Starbuck uno de los familiares pasaportes de papel castaño—. Tyler será también quien le traiga de regreso. Si es que regresa.

—Regresaré, señor.

—Si queda algún sitio al que regresar. ¡Escuche! —El anciano indicó con un gesto la carretera que corría al otro lado del muro alto y recubierto de piedra del jardín, y Starbuck oyó ruido de ruedas y cascos. Había habido un tráfico denso desde que la noticia del abandono de Yorktown llegó a la ciudad y sumió a Richmond en el pánico. Quienes tenían dinero alquilaban carruajes o carretas, cargaron en ellos su equipaje y partieron hacia los condados meridionales del Estado, en tanto que las personas que no podían llevarse sus tesoros los enterraban en los patios traseros de sus residencias. Los pasillos de las oficinas del gobierno estaban abarrotados de cajas repletas de documentos oficiales dispuestas para su transporte a Columbia, Carolina del Sur, que sería la siguiente capital de la Confederación en el caso de que Richmond cayese. En el apeadero de Byrd Street, de la línea ferroviaria entre Richmond y Petersburg, esperaba una locomotora con carga plena de combustible y vagones acorazados, dispuesta a evacuar las reservas de oro de la Confederación. Incluso la esposa del presidente, según se rumoreaba, se preparaba para llevarse a sus hijos lejos del avance yanqui.

—Y aunque lo hiciera —comentó sardónico de'Ath cuando el rumor llegó a Hyde House—. Esa mujer tiene la educación de una pescadera.

Ahora, en la oscuridad lluviosa, de'Ath se aseguró de que Starbuck llevaba la carta falsa que el anciano había redactado aquella tarde. La carta, con una escritura que imitaba las mayúsculas del documento encontrado en la habitación del hotel de Webster, informaba de una concentración masiva de tropas rebeldes en Richmond. La carta iba cosida en el interior de una bolsa de papel impermeable oculta en la pretina de los pantalones de Starbuck.

—La llevo, señor —dijo Starbuck.

—Entonces, que Dios lo ayude —dijo de'Ath en tono brusco, y dio media vuelta.

Starbuck sospechó que no tendría más despedida que aquella breve bendición, de modo que se echó el gabán de Oliver Wendell Holmes sobre los hombros, se encasquetó el sombrero de ala ancha y corrió bajo la lluvia hacia el carruaje que le esperaba. No llevaba armas. Había renunciado a llevar sable después de su primera batalla, había dejado su rifle al sargento Truslow y el elegante revólver de culata de marfil que había cogido del cadáver de Ethan Ridley en Manassas se lo robaron cuando estuvo en prisión. A Starbuck le habría gustado llevar un revólver, pero de'Ath fue de la opinión contraria.

—Su objetivo es cruzar las líneas, no ser confundido con un infiltrado. Vaya desarmado, mantenga los brazos en alto y mienta como un buen abogado.

—¿Cómo miente un buen abogado?

—Con pasión, señor Starbuck, y con un profundo convencimiento, siquiera sea sólo temporal, de que los hechos que está exponiendo son la verdad misma

establecida por Dios. Tiene que creerse la mentira que está diciendo y la forma de creérsela es convencerse a sí mismo de que la mentira es un atajo hacia el bien. Si diciendo la verdad no va a ayudar a su cliente, no diga la verdad. El bien es que su cliente sobreviva y la mentira conduce a ese bien. Sus mentiras conducen a la supervivencia de la Confederación y ruego a Dios que desee usted esa supervivencia con tanto fervor como yo mismo.

El cochero negro de de'Ath estaba sentado en el pescante, envuelto en una profusión de prendas de abrigo y con la cabeza cubierta por una capucha de tela.

—¿Dónde, *massa*? —preguntó el hombre.

—Baje por Marshall. Le diré cuándo debe pararse —dijo Starbuck, y subió al interior del enorme vehículo en el momento en que éste se ponía en marcha con una sacudida. Los asientos tenían la piel agrietada y por las rendijas asomaba crin de caballo. Starbuck encendió un Cigarro en la llama de la linterna que iluminaba débilmente el interior del coche y luego alzó una de las persianas enrollables de cuero. El coche avanzaba despacio, porque la llegada de la noche apenas había disminuido el tráfico de quienes evacuaban la ciudad. Starbuck esperó hasta que pasaron la calle Trece y entonces bajó la ventanilla y gritó al cochero que se detuviera delante del Colegio Médico de Virginia. Deliberadamente había mandado parar a alguna distancia de su destino, para que el cochero no pudiera informar a de'Ath de la dirección de la casa que visitaba.

—Espere aquí —ordenó, y luego saltó a la calzada y recorrió a toda prisa dos manzanas por Marshall antes de doblar la esquina de la calle Doce. La casa que buscaba se alzaba en la otra acera de Clay Street: una casa grande, una de las más elegantes de todo Richmond. Starbuck acortó el paso al aproximarse a la casa porque no estaba seguro de cuál sería el modo mejor de tratar el asunto que le llevaba allí.

Comprendía muy bien la trampa que estaba tendiendo de'Ath, pero se resistía a dejar que Adam cayera en ella. Si es que en efecto Adam era el traidor. Starbuck no tenía ninguna prueba, sólo la sospecha de que la repugnancia de su antiguo amigo hacia la guerra podía con facilidad haber degenerado en traición, y con la misma facilidad la amistad de Adam y James podía haberle proporcionado el medio para llevar a cabo esa traición.

En el caso de que «traición» fuera, en efecto, la palabra adecuada. Porque si el espía era Adam, estaba manteniendo su lealtad al país en el que nació, del mismo modo que Starbuck se mostraba ahora leal a una amistad. Esa amistad podía haber sido puesta a prueba, podía incluso haberse roto, pero aun así Starbuck no iba a dejar a sangre fría que la trampa se cerrara. Tenía que advertir a Adam.

De modo que cruzó la calle y subió los peldaños de la entrada de la casa Faulconer de la ciudad. Tiró de la gran cadena de bronce y oyó repicar la campanilla en el interior, hacia las habitaciones de la servidumbre. Starbuck había vivido en

tiempos en aquella casa, en la época en que llegó por primera vez a Richmond y Washington Faulconer había sido su aliado y no su enemigo.

La puerta se abrió. Polly, una de las criadas, escudriñó la figura empapada que aguardaba en el umbral.

—¿Señor Starbuck?

—Hola, Polly. Esperaba encontrar en casa al joven señor Faulconer.

—No está aquí, *massa*—dijo Polly, y al ver que Starbuck se disponía a entrar para ponerse a resguardo de la lluvia, levantó una mano asustada para detenerlo.

—Todo va bien, Polly —intentó Starbuck calmar sus temores—. Sólo quiero escribir una nota y dejarla aquí para el señor Adam.

—No, *massa* —sacudió Polly la cabeza, tozuda—. No debe permitírsele la entrada. Son órdenes del señor Adam.

—¿Adam ha dicho eso? —Starbuck habría pensado que la prohibición venía de Washington Faulconer y no de Adam.

—Si aparecía usted alguna vez, debía volver por donde había venido, eso es lo que dijo el señor Adam —insistió Polly—. Lo siento.

—Está bien, Polly —la tranquilizó Starbuck.

Miró hacia el interior y vio que los cuadros que adornaban la famosa escalinata curva habían sido retirados. Donde estuvo colgado un excelente retrato de la hermana de Adam, Anna, frente a la puerta principal, ahora sólo había un recuadro con el papel de la pared en tonos más claros.

—¿Puede decirme dónde está el señor Adam, Polly? Sólo quiero hablar con él. Nada más.

—No está aquí, *massa*.

Polly intentó cerrar la puerta, pero en ese momento sonó otra voz detrás de ella.

—Adam ha recibido órdenes de reincorporarse al ejército —dijo la voz.

Era una voz de mujer y Starbuck, al mirar hacia los rincones en sombra del vestíbulo, vio una figura alta y oscura silueteada en el umbral de la puerta de la salita de la planta baja.

—Muy agradecido, señora —dijo Starbuck—. ¿Está con las tropas de su padre? ¿O con el general Johnston?

—Con el general Johnston. —La persona que hablaba salió de las sombras y Starbuck vio que era Julia Gordon. Se quitó el sombrero—. Al parecer —siguió diciendo Julia—, desde el abandono de Yorktown estamos metidos en una situación en la que todos los brazos son necesarios. ¿Cree usted que vamos a ser barridos del mapa por los vengadores nordistas, señor Starbuck?

—Estoy seguro de no saberlo, señorita Gordon.

La lluvia caía sobre su cabeza y se escurría por sus mejillas.

—Tampoco yo lo sé. Y Adam no me escribe ni me dice nada, de modo que todo

es un gran misterio. ¿Por qué no entra y se resguarda de la lluvia?

—Porque se me ha prohibido entrar en la casa, señorita Gordon.

—Oh, siempre las mismas tonterías. Déjale entrar, Polly. Yo no se lo diré a nadie si tú no lo cuentas.

Polly dudó, pero al fin sonrió y abrió la puerta de par en par. Starbuck cruzó el umbral, chorreando agua sobre la sencilla estera que protegía del polvo el suelo de parqué junto a la puerta principal. Dejó que Polly se hiciera cargo de su gabán y su sombrero, que ella dejó sobre una escalera de mano que había sido utilizada para descolgar los cuadros. El vestíbulo había sido despojado de casi todo: el elegante mobiliario europeo, los cuadros, las alfombras turcas, incluso el espléndido candelabro dorado que colgaba de una cadena de quince metros de largo en el hueco de la escalera.

—Todo lo han mandado a Faulconer Court House —le informó Julia, al darse cuenta de que Starbuck recorría la habitación con la mirada—. El general Faulconer creyó que sus pertenencias estarían más seguras en el campo. La situación debe de ser realmente desesperada, ¿no le parece?

—El Norte ha dejado de reclutar soldados —dijo Starbuck—, si eso significa algo.

—¿Significa que con toda seguridad hemos perdido?

Starbuck sonrió.

—Puede que ni siquiera hayamos empezado aún a luchar.

A Julia le gustó la fanfarronada. Le hizo seña de que la siguiera a la salita iluminada.

—Venga a la sala y así Polly dejará de sentirse aterrorizada por la posibilidad de que alguien lo vea y se lo cuente al general.

Julia lo condujo a la salita de la planta baja, iluminada por dos lámparas de gas que colgaban del techo. La mayor parte del mobiliario había desaparecido, aunque los estantes seguían repletos de libros y junto a ellos habían colocado una sencilla mesa de cocina con algunas cajas de embalar abiertas. Al entrar Starbuck en aquella habitación familiar, pensó en lo extraño que le resultaba oír aludir a Washington Faulconer como «el general», pero el caso es que lo era y por esa razón resultaba un enemigo todavía más poderoso.

—Estoy seleccionando los libros de la familia —dijo Julia—. El general no quiere enviar todos sus libros al campo, sólo los de más valor, y confía en mí para que le diga cuáles son.

—¿No son todos valiosos?

Julia se encogió de hombros.

—Algunas encuadernaciones son bonitas, quizá, pero la mayoría de los libros son corrientes. —Elegió uno al azar—. *El auge de la República de Holanda*, de Motley.



No puede decirse que sea un volumen raro, señor Starbuck. No, estoy seleccionando las mejores encuadernaciones, los libros con láminas particularmente bellas y unos pocos más.

—¿Entiende usted de libros? —preguntó Starbuck.

—Sé más de libros que el general Faulconer —contestó Julia, divertida. Llevaba un vestido de algodón azul oscuro con cuello alto y adornado con lazos a la cintura. Las mangas del vestido estaban protegidas del polvo por un par de manguitos de tela blanca. Llevaba el cabello negro recogido en un moño alto sujeto con agujas, aunque algunos mechones sueltos le caían sobre la frente. A Starbuck le pareció extrañamente atractiva y se sintió culpable al pensarlo. Era la prometida de Adam.

—¿No se marcha usted a algún lugar más seguro, señorita Gordon? —le preguntó Starbuck.

—¿Adónde podríamos ir? La familia de mi madre vive en Petersburg, pero si Richmond cae, Petersburg no tardará en caer también. El general nos invitó entre dientes a instalarnos a todos en Faulconer Court House, pero no habló para nada del traslado de nuestros muebles, y el coche del pobre señor Samworth ha sido requisado para uso militar, lo que significa que nuestras pertenencias tienen que quedarse aquí. Madre se queda donde están sus muebles, está madre también, de modo que resulta que por la falta de un carro tendremos que quedarnos en Richmond y soportar la invasión yanqui. Si se produce. —Consultó un sencillo reloj de pared con caja de latón, seguramente tomado prestado de las dependencias de la servidumbre—. No tengo mucho tiempo, señor Starbuck, porque mi padre vendrá dentro de unos momentos para acompañarme a casa, pero quiero pedirle disculpas.

—¿A mí? —preguntó Starbuck, sorprendido.

Julia le dirigió una mirada solemne.

—Por la noche del hospital —explicó.

—No me parece que haya nada de lo que deba disculparse —dijo Starbuck.

—Yo creo que sí —insistió Julia—. Usted debió de pensar, ¿no es así?, que una misión consagrada a los pobres estaría acostumbrada a tratar con muchachas como su amiga.

Starbuck sonrió.

—Sally no es muy pobre.

A Julia le gustó la observación y le devolvió la sonrisa.

—Pero ¿es su amiga?

—Sí, lo es.

Julia se volvió hacia la mesa y empezó a seleccionar libros mientras hablaba.

—Tenemos la obligación, ¿no es así?, de imitar a Cristo en todas las cosas. Pero aquella noche pienso que a Nuestro Salvador le complació más su comportamiento que el nuestro.

—Oh, no —repuso Starbuck con torpeza.

—Yo lo creo así. Adam me ha prohibido mencionar nunca más esa noche. ¡Me lo ha prohibido, señor Starbuck! —Estaba claro que la orden la había molestado—. Adam se siente muy avergonzado por aquello. Tiene miedo de ofender a mi madre, ¿sabe? Más miedo, creo, que de ofenderme a mí. —Limpió el polvo del lomo de un libro—. ¿Los *Ensayos* de Macauley? Creo que no. ¿Se sintió muy herida su amiga?

—No por mucho tiempo.

—La *Vida cristiana* de Baynes. Dudo que nos hubiera sido de mucha ayuda aquella noche. Mire, las páginas están sin cortar, pero ni siquiera así tiene algún valor. Salvo por sus consejos espirituales, pero dudo que el general me los agradezca. —Volvió a dejar el libro sobre la mesa—. ¿Se ofendería su amiga si yo la llamara?

La pregunta sobresaltó a Starbuck, pero consiguió disimular su sorpresa.

—Creo que le gustaría.

—Me atreví a proponérselo a Adam, pero la idea lo disgustó enormemente. Me informó de que el tizne mancha a quien entra en contacto con él, y desde luego le agradecí la información, pero no pude dejar de pensar que esa clase de tizne tiene más probabilidades de manchar a un hombre que a una mujer. ¿No está usted de acuerdo?

—Creo que muy bien podría ser cierto, señorita Gordon —contestó Starbuck con sinceridad.

—Madre lo desaprobaba si supiera que estoy pensando hacer esa visita y puedo comprender su reprobación. Pero ¿por qué ha de importarle tanto a Adam?

—¿No debería estar la mujer del César por encima de cualquier sospecha?

Julia se echó a reír. Fue una risa repentina que animó su rostro y produjo una punzada en el corazón de Starbuck.

—¿Cree que Adam es el César? —preguntó, burlona.

—Creo que él desea lo mejor para usted —respondió Starbuck con tacto.

—¿Cree que él lo sabe? —preguntó Julia, vehemente—. Estoy segura de no saber yo misma qué es lo mejor para mí. Me gustaría ser enfermera, pero madre dice que no es una ocupación conveniente y Adam está de acuerdo con ella. —Arrojó un libro sobre la mesa, pero enseguida pareció arrepentirse de la violencia con que lo había arrojado—. No estoy del todo segura de que Adam sepa qué es lo mejor para él mismo —añadió Julia casi para sí; luego escogió un libro delgado encuadernado en piel de color rojo oscuro—. El *Eirenarcha* de Lambarde. Escrito hace más de doscientos años y todavía actual. ¿Cree usted que Adam sabe qué es lo mejor para mí, señor Starbuck?

Starbuck sintió oscuramente la presencia de aguas profundas y turbias en las que podría ser preferible no adentrarse.

—Espero que lo sepa, si va usted a casarse con él.

—¿Vamos a casarnos? —Sus ojos oscuros se clavaron en él, desafiantes—. Adam quiere esperar.

—¿A que acabe la guerra?

Julia rio, y al hacerlo quebró la extraña intimidad que había existido durante unos segundos entre los dos.

—Eso es lo que él dice y estoy segura de que debe de tener razón. —Limpió de polvo un libro, miró el título y lo dejó caer en una de las cajas abiertas. La luz de gas se atenuó de pronto y luego volvió a brillar con intensidad. Julia hizo una mueca—. Lo hacen una y otra vez. ¿Es una señal del fin de la civilización? Me pareció oír que decía a Polly que quería ver a Adam.

—Sí. Es bastante urgente.

—Desearía poder ayudarle. El general Johnston le ordenó presentarse y Adam obedeció de inmediato. Pero no puedo decirle dónde está el general Johnston, aunque supongo que si fuera en dirección al ruido de los cañonazos lo encontraría. ¿Puedo pasarle el recado? Estoy segura de que volverá a la ciudad pronto y, si no es así, siempre podré escribirle una carta.

Starbuck pensó durante unos segundos. No podía ir por las buenas al ejército y buscar a Adam. Su pase sólo era válido para un viaje de salida de la ciudad y la policía militar no le permitiría rondar por las zonas de la retaguardia del ejército en busca de un ayudante del cuartel general. Había planeado dejar en la casa un mensaje para Adam, pero en ese momento decidió que sería más sencillo que se lo entregara Julia.

—Pero no por carta —le rogó.

—¿No?

Julia parecía intrigada. Las cartas, Starbuck lo sabía bien, podían ser abiertas y leídas, y su mensaje, con la implicación de una correspondencia traicionera, no debía ser leído por hombres como Gillespie.

—La próxima vez que lo vea —pidió a Julia—, ¿le dirá que obrará con prudencia si suspende su correspondencia con mi familia? —Estuvo a punto de decir «hermano», pero decidió que no hacía falta precisar—. Y si él encuentra misteriosa la recomendación, dígale que se la explicaré tan pronto como pueda.

Julia detuvo su mirada grave en Starbuck durante unos segundos.

—Yo sí la encuentro misteriosa —dijo después de un rato.

—Me temo que seguirá siéndolo.

Julia tomó otro libro y examinó el lomo.

—Adam me dijo que estaba usted en la cárcel.

—Me han soltado hoy mismo.

—¿Inocente?

—Como la nieve recién caída.

—¿De verdad? —rió Julia, incapaz por lo visto de mantenerse seria durante mucho rato—. El periódico decía que usted aceptó sobornos. Me alegro de que no lo hiciera.

—Pues sí que lo hice. Lo hace todo el mundo.

Julia dejó a un lado el libro y dirigió a Starbuck una mirada especulativa.

—Por lo menos es usted honesto al hablar de su deshonestidad. Pero no en lo que se refiere a sus amigos. Adam nos ha dicho que no hemos de hablar con usted ni con su amiga y ¿usted dice ahora que él no debe hablar con su familia? Bueno, pues a pesar de todo yo hablaré con su amiga la señorita Royall. ¿Qué hora es la mejor para visitarla?

—Al final de la mañana, creo.

—¿Y qué nombre prefiere?

—Supongo que será preferible que pregunte por la señorita Royall, aunque su nombre verdadero es Sally Truslow.

—Truslow. ¿Con doble uve? —Julia lo escribió y luego copió también la dirección de Franklin Street. Consultó de nuevo el reloj—. Tengo que pedirle que se vaya antes de que llegue mi padre y se preocupe al verme manchada por el tizne de su contacto. ¿Tal vez algún día tendremos el placer de vernos de nuevo?

—Me gustaría, señorita Gordon.

En el vestíbulo, Starbuck recogió su gabán.

—¿Recuerda bien el mensaje, señorita Gordon? —preguntó.

—Adam no debe mantener correspondencia con su familia.

—Y por favor, no lo diga a nadie más. Sólo a Adam. Y no por carta, por favor.

—Dejé de necesitar que me repitieran las cosas dos veces cuando era una niña, señor Starbuck.

Starbuck sonrió al oír el reproche.

—Mis disculpas, señorita Gordon. Estoy acostumbrado a tratar con hombres, no con mujeres.

Con esas palabras la dejó sonriente y él mismo salió sonriendo a la lluvia de fuera. Llevaba impreso en la memoria el rostro de ella con tanta fuerza que estuvo a punto de cruzarse en el camino de un carro que se llevaba hacia el este los muebles de otro fugitivo. El negro que conducía el carro dio un grito de protesta y luego hizo restallar su látigo sobre las cabezas de los escuálidos caballos. El carro iba abarrotado de muebles, mal protegidos de la lluvia por una lona encerada de longitud insuficiente.

Starbuck caminó de una farola de gas a la siguiente, abrumado por la sensación de una derrota inminente. Se había mostrado desafiante delante de Julia cuando le aseguró que el Sur todavía no había empezado a luchar, pero sin duda la verdad era muy distinta. La guerra se acababa, la rebelión estaba derrotada, el Norte triunfante, y

Starbuck, enganchado su carro a una estrella declinante, sabía que tenía que dar un nuevo curso a su vida y volver a empezar. Se detuvo, se dio la vuelta y se quedó mirando la casa Faulconer. Era, pensó, el momento de la despedida.

Una porción de su vida, que empezó con una amistad trabada en Yale, concluía en una noche de derrota y de pánico, pero por lo menos al final Starbuck podía acariciar un sentimiento de noble abnegación. Su amigo lo había rechazado y en cambio él había sido fiel a su amistad. Había dado el aviso a Adam y alejado así a su amigo de la sombra del patíbulo de Camp Lee. Adam sobreviviría, se casaría, prosperaría sin duda.

Starbuck se alejó de la casa y se dirigió al coche de de'Ath, que lo esperaba. Las calles se llenaban de ecos de ruedas forradas con aros de hierro y de los gritos de los cocheros. Las farolas ardían con una luz mortecina. En lo hondo del valle un tren traqueteó y rechinó, y su vapor silbó doliente bajo la lluvia espesa. Esclavos y criados cargaban troncos de árboles y morrales en carretas; lloraban unos niños. En algún lugar al este, embozado en la noche, un ejército vengador reclamaba la ciudad para sí. Mientras, Starbuck buscaba su propia salvación.

\* \* \*

Entró por la puerta trasera y fue a la cocina, donde Grace y Charity estaban asando una pieza de venado en el horno de plomo ennegrecido. Las dos esclavas chillaron cuando Starbuck apareció en la puerta y luego lo recibieron con un coro de preguntas sobre de dónde salía y con exclamaciones sobre el estado de sus ropas y de su salud.

—¡Está flacucho! —exclamó Grace—. ¡Mírese!

—He echado de menos tus guisos —dijo Starbuck; luego comentó que necesitaba ver a la señorita Truslow—. ¿Está ocupada?

—¿Ocupada? ¡Ocupada con los muertos! —dijo Grace en tono ominoso, pero no quiso explicar más. En lugar de hacerlo se quitó el delantal, se retocó el pelo para ponerlo un poco en orden y se fue escaleras arriba. Volvió a los cinco minutos y dijo a Starbuck que utilizase la escalera del servicio para subir a la habitación de Sally.

El dormitorio estaba en el tercer piso, con vistas a un jardín húmedo y enmarañado en cuyo extremo se alzaba el edificio de los establos, en el que un rectángulo oscuro mostraba la ventana de su antigua habitación. Las paredes del dormitorio estaban empapeladas en un elegante tono verde pálido y sobre la cama se extendía un dosel de paño también verde. Algunas flores secas reposaban en un jarrón dorado sobre la repisa de la chimenea y de las paredes colgaban paisajes en marcos laqueados. Dos cilindros incandescentes de gas iluminaban la habitación, pero en una mesa había velas preparadas para el caso de que se cortara el suministro

de gas a la ciudad. Los muebles estaban encerados y pulidos, las cortinas limpias, las alfombras bien sacudidas y aireadas. Era un habitación que respiraba las solidas virtudes norteamericanas, limpia y próspera, una habitación de la que la madre de Starbuck se habría sentido orgullosa.

La puerta se abrió con un chasquido y Sally se precipitó dentro del dormitorio.

—¡Nate! —Cruzó corriendo la habitación y le echó los brazos al cuello—. ¡Oh Dios! ¡Estaba tan preocupada por ti! —Lo besó y se apretó contra él—. Intenté buscarte. Fui a la cárcel de la ciudad y luego bajé a Lumpkin's y le pedí a todo el mundo que me ayudara, ¡pero no hubo modo! No pude encontrarte. Quería hacerlo, pero...

—Todo va bien. Estoy estupendamente —la tranquilizó—. De verdad que estoy estupendamente.

—Estás muy delgado.

—Ya volveré a engordar —repuso Starbuck con una sonrisa, e inclinó la cabeza hacia el ruido de risas que venía del piso bajo.

—Están levantando a los muertos —explicó Sally en tono cansado. Se quitó el moño postizo que remataba su peinado y lo dejó con todo cuidado sobre su tocador. Sin aquellos rizos falsos parecía más joven—. Tienen una sesión de fantasmas —explicó—. Están todos borrachos como indios y quieren pedir consejo al general Washington. Es porque vienen los yanquis, por eso todo el mundo va lleno de whisky.

—¿Y tú no?

—Cariño, si quieres hacer dinero en este negocio tienes que estar sobria como una piedra. —Cruzó la habitación y cuando estaba a punto de cerrar la puerta, se detuvo—. ¿Quieres ir abajo? ¿Unirte a ellos?

—No. Tengo que marcharme.

Ella notó algo fuera de lo común en su voz.

—¿Dónde?

Él le enseñó el pasaporte.

—Voy a cruzar las líneas. A volver con los yanquis.

Sally frunció la frente.

—¿Vas a luchar por ellos, Nate?

—No. Muy pronto ya no habrá lucha. Esto se acaba, Sally. Los bastardos han ganado. Son tan condenadamente engreídos que incluso han cerrado las oficinas de reclutamiento. ¡Piensa en lo que eso significa!

—Significa que están muy seguros de sí mismos —dijo Sally burlona, y dio un portazo al cerrar—. ¿Y qué? ¿Has visto alguna vez a un yanqui que no lo estuviera? Diablos, por eso son yanquis. Son todo pavoneos y prisas, Nate, y creer que pueden dar clase al resto del mundo, pero yo todavía no he visto a ninguno de ellos desfilar por Franklin Street. Como dice Pa, eso no va a ocurrir hasta que los puercos no dejen

de gruñir. —Fue hacia una mesa y sacó dos cigarros de un humidificador. Encendió los dos a la luz de gas, pasó uno a Starbuck y se acurrucó frente a él en la alfombrilla. Su falda abullonada susurró cuando ella se agachó. Vestía un complicado traje de seda blanca con la falda muy amplia, la cintura estrecha y los hombros descubiertos bajo un chal de encaje con brocado de perlas. Llevaba más perlas en el cuello y en las orejas—. ¿Has venido a decirme adiós? —le preguntó.

—No.

—¿A qué, entonces? ¿A eso? —Señaló la cama con un gesto de la cabeza.

—No. —Hizo una pausa. Del piso de abajo llegó el ruido de una botella al romperse, seguido de una ovación irónica—. Vaya una sesión —comentó con una sonrisa.

El espiritismo hacía furor en Richmond, condenado desde los púlpitos de las iglesias de la ciudad pero apoyado por las familias de los hombres muertos en el campo de batalla, deseosas de tener la tranquilidad de saber que sus hijos y sus maridos se encontraban bien en la otra orilla de la muerte.

—No es una sesión de verdad. Sólo se sientan alrededor de la mesa y dan puntapiés disimulados a las patas. —Sally calló un instante y ofreció a Starbuck una sonrisa cautelosa—. ¿A qué entonces, Nate?

Él tomó aliento. Adam estaba a salvo, ahora era su turno.

—¿Recuerdas aquella noche en el hospital? —le preguntó—. ¿Cuando me dijiste que querías ser una persona corriente? Tan sólo ser sencilla y corriente. ¿Tal vez regentar una tienda? Pues ven conmigo. El pase servirá para que los dos crucemos las líneas. —No estaba del todo seguro de eso, pero sí lo estaba de que no se iría sin Sally si ella estaba dispuesta a acompañarlo—. He conseguido un permiso para ir allá —le dijo—, porque voy a hacer una cosa para el gobierno.

La frente de Sally se frunció.

—¿Para nuestro gobierno?

—Tengo que entregar una carta —explicó Starbuck, y vio que ella aún sospechaba que se iba para luchar por el Norte, de modo que añadió—: Hay un espía aquí en Richmond —le aclaró—, un hombre peligroso, y quieren que yo lo atrape, ¿ves? Y para hacerlo tengo que llevar esa carta a los yanquis.

—¿Y ellos esperan que no vuelvas? —preguntó Sally.

—Ellos quieren que vuelva —admitió Starbuck, pero no explicó nada más. Ya había revelado todo lo que se atrevía a decir, y no sabía cómo contarle el resto; que creía que el espía era Adam y que querían que volviese a Richmond para hacer caer en una trampa a su amigo. En cambio, su plan era entregar la carta falsa para deshacer todo el daño que Adam había causado ya y luego irse lejos con Sally para dejar que los dos ejércitos siguieran luchando hasta que acabara la guerra. En el mejor de los casos, pensó, a la Confederación sólo le quedaban uno o dos meses de

vida y sería mejor alejarse del naufragio ahora que correr el riesgo de perecer en la catástrofe final—. Coge tu dinero —apremió a Sally— y nos iremos al norte. ¿A Canadá, tal vez? ¿A Maine? Pondremos en marcha tu tienda de legumbres secas. ¿O te parece que vayamos al oeste? —Frunció la frente, convencido de que se estaba expresando mal—. Quiero decir que podemos empezar de nuevo. Te pido que vengas conmigo, yo cuidaré de ti.

—¿Con mi dinero? —sonrió Sally.

—También tienes un poco de dinero mío. Sé que no es mucho, pero entre los dos saldremos adelante. ¡Diablos, Sally, podremos instalarnos donde más nos guste! Solos tú y yo.

Ella dio una chupada al cigarro, mirándolo.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo, Nate Starbuck? —preguntó Sally después de un rato.

—¡Pues claro que sí!

¿Es que ella no había entendido nada?

—Oh, Nate —sonrió Sally—. ¡Eres el mejor cuando se trata de poner los pies en polvorosa!

—No es eso lo que voy a hacer —repuso él, dolido por la acusación.

Ella no se dio cuenta de que lo había herido.

—A veces quiero casarme, Nate, y a veces no. Y cuando sí que quiero, cariño, sabe Dios que me casaría contigo antes que con ningún otro. —Le dirigió una sonrisa triste—. Pero tú te cansarías de mí.

—¡No!

—¡Chis! —Se llevó un dedo a los labios—. Te vi mirar a aquella chica beata en el hospital. Tú siempre has querido saber cómo será casarse con alguien de tu propia clase.

—Eso no es justo —protestó Starbuck.

—Pero es verdad, cariño. —Dio otra chupada a su cigarro—. Tú y yo somos amigos, pero haríamos un matrimonio desastroso.

—¡Sally! —protestó Starbuck.

Ella le chistó otra vez para que callara.

—Yo aguantaré esta guerra, Nate. Si llegan los yanquis les escupiré y luego les sacaré el dinero a esos bastardos. No sé qué más haré, pero sé que no voy a huir.

—Yo no voy a huir —protestó él, pero sin demasiada fuerza.

Ella se quedó pensativa unos segundos.

—No has vivido tiempos duros, Nate. Conozco a un montón de chicos como tú. Os gustan las comodidades. —Ahora sí se dio cuenta de que lo había herido y alargó una mano para acariciarle la mejilla—. Puede que esté equivocada. Siempre se me olvida que éste no es tu país, sino el mío. —Guardó silencio durante un rato,



pensativa, y luego le dedicó una breve sonrisa—. Llega un momento en que tienes que sostenerte sobre tus pies y no sobre los hombros de tu padre. Eso es lo que Pa me enseñó. No soy una rajada, Nate.

—Yo no soy...

—¡Chis! —Se llevó el dedo a los labios de nuevo—. No tengo noticia de que los yanquis hayan ganado ya, y tú mismo me dijiste que hacen falta cinco de ellos para derrotar a uno de los nuestros.

—Fanfarroneaba.

—Como todos los hombres. —Sonrió—. Pero los puercos aún siguen gruñendo, cariño. Todavía no nos han ganado.

Starbuck aspiró el humo de su cigarro. Se había convencido a sí mismo de que Sally se iría con él. Ni por un momento se le había ocurrido que preferiría quedarse y correr el albur de una victoria yanqui. Había pensado que huirían los dos juntos y que encontrarían un pequeño refugio lejos de los problemas del mundo. Su negativa lo dejó confuso.

—¿Nate? —preguntó Sally—. ¿Qué es lo que quieres?

El meditó sobre la cuestión.

—Fui feliz el invierno pasado —respondió—. Cuando estaba con la compañía. Me gusta ser un soldado.

—Entonces, si es eso lo que quieres, cariño, ve a por ello. Como dice Pa, el mundo no te debe nada, de modo que si quieres algo tienes que moverte por ahí y plantarlo, fabricarlo, comprarlo o robarlo. —Le sonrió—. ¿De verdad estás metido en ese asunto de espías?

Él se volvió a mirarla.

—Sí. Te lo prometo.

—Ve y caza a ese bastardo, cariño. Has prometido entregar esa carta, de modo que hazlo. Y si después quieres desaparecer es asunto tuyo, pero no cuentes conmigo. —Se inclinó hacia adelante y lo besó—. De todos modos, si vuelves, cariño, yo seguiré aquí. Todavía te lo debo. —Fue Sally la razón por la que Starbuck mató a Ethan Ridley, y la gratitud de Sally por aquel acto fue profunda y de corazón. Ahora arrojó la colilla de su cigarro a las baldosas de la chimenea—. ¿Quieres que te dé tu dinero?

Él sacudió la cabeza.

—No. —Sus certezas se desvanecían y le dejaban de nuevo confuso—. ¿Harás una cosa por mí? —preguntó a Sally.

—Claro, si es que puedo.

—Escribe a tu padre.

—¡A Pa! —Pareció alarmada—. ¡No querrá una carta mía!

—Yo creo que sí la quiere.

—¡Pero no sé escribir como es debido! —Se había ruborizado, avergonzada de pronto por su falta de educación.

—Tampoco él lee demasiado bien —dijo Starbuck—. Escríbele sin más y dile que voy a volver. Dile que estaré con la compañía antes de que acabe la primavera. Prométeselo.

—Yo creí que ese bastardo de Faulconer no te quería en la Legión.

—Puedo vencer a Faulconer.

Sally se echó a reír.

—Hace un minuto, Nate, estabas decidido a huir y esconderte en Canadá y ¿ahora la emprendes con el general Faulconer? De acuerdo, escribiré a Pa. ¿Estás seguro de que no quieres tu dinero?

—Guárdamelo tú.

—Así que vas a volver.

Él sonrió.

—Los puercos todavía gruñen, cariño.

Ella lo besó y se puso en pie. Fue hasta su tocador, donde sujetó con cuidado el moño postizo sobre sus cabellos negros después de peinarlos. Se aseguró de que los rizos tuvieran un aspecto natural y le sonrió.

—Hasta la vista, Nate.

—Lo mismo digo. —La observó cuando ella se dirigía hacia la puerta—. La chica beata —recordó de repente.

—¿Qué pasa con ella? —Sally se detuvo con la mano en el pomo de la puerta.

—Quiere venir a hablar contigo.

—¿Conmigo? —rio Sally—. ¿Sobre qué? ¿Jesús?

—Podría ser. ¿Te importa?

—Si no le importa a Jesús, ¿por qué diablos habría de importarme a mí?

—Se siente mal por lo de aquella noche.

—Lo he olvidado —dijo Sally, y luego se encogió de hombros—. No, no lo he olvidado. Supongo que tenía esperanzas de olvidarlo. Pero quizá pueda enseñarle un par de cosas.

—¿Como cuáles?

—Cómo es un hombre de verdad, cariño. —Le sonrió.

—No seas dura con ella —dijo Starbuck, y se sorprendió por aquel impulso repentino de proteger a Julia, pero Sally no le oyó. Ya había salido por la puerta.

El acabó su cigarro. Al parecer no había una salida fácil, lo que significaba que tenía una promesa que cumplir y un espía que atrapar. En algún lugar, en la noche, un reloj dio la hora y Starbuck salió a la oscuridad.

## Capítulo 8

—¿Qué es esto? —Belvedere Delaney sostenía un pagaré entre el índice y el pulgar como si aquel papel arrugado pudiera contagiarle alguna enfermedad—. «Parroquia de Point Coupee —leyó en voz alta lo escrito en el papel—, dos dólares». Mi querida Sally, espero que esto no sea lo que cobras por tus servicios.

—Qué gracioso —dijo Sally, y luego tomó la nota de las manos del abogado y la puso sobre uno de los montones colocados en la mesa de madera de cerezo—. Son ganancias de juego —explicó.

—Pero ¿qué tengo que hacer con esto? —preguntó Delaney incordiante, tomando de nuevo el ofensivo pagaré—. ¿He de viajar a Luisiana y pedir al administrador de la parroquia de Point Coupee que me pague dos dólares?

—Sabes de sobra que te lo descontarán en el Exchange Bank —replicó Sally en tono cortante, al tiempo que le quitaba el papel y volvía a colocarlo con los ingresos de la semana—. Son cuatrocientos noventa y dos dólares con sesenta y tres centavos de la planta baja.

La «planta baja» incluía las mesas en las que se jugaba al póquer y al ecarté, de cuyos ingresos la casa percibía un porcentaje neto. Se admitía en esas mesas cualquier clase de dinero acordado entre los jugadores, pero en el piso de arriba las únicas monedas aceptadas eran los flamantes billetes de dólar del Norte, el metálico en oro y plata y los pagarés a cargo del Tesoro de Virginia.

—¿Y qué parte de esos cuatrocientos noventa y dos dólares está en dinero útil? —preguntó Delaney.

—La mitad —admitió Sally. El resto eran billetes más o menos fantasiosos emitidos por una variedad de bancos sureños, comerciantes y gobiernos municipales, que hacían funcionar sus prensas para remediar la escasez de dinero del Norte.

—El Banco de Chattanooga —dijo despectivo Delaney, después de curiosear entre los billetes del montón—. ¿Y qué, en el nombre de Jehová, es esto? —Hizo oscilar un pedazo de papel descolorido—. ¿Un pagaré de veinticinco centavos del Tribunal Inferior del condado de Butts, Jackson, Georgia? ¡Dios mío, Sally, somos ricos! ¡Un cuarto de dólar nada menos! —Soltó el pagaré sobre la mesa—. ¿Por qué no imprimimos algunos pagarés para nosotros mismos?

—¿Por qué no? —preguntó Sally—. Sería condenadamente más fácil que el trabajo que hago yo en el piso alto.

—¡Podríamos inventarnos parroquias enteras! ¡Condados! ¡Dar vida a bancos nuestros imaginarios! —Delaney se entusiasmó con aquella idea. Cualquier cosa que saboteara a la Confederación estaba llena de atractivos para Belvedere Delaney, y destruir la moneda aceleraría con toda seguridad la derrota de la rebelión. No es que hiciera falta mucho para desestabilizar la moneda del Sur; los precios subían de día

en día y todo el sistema financiero se basaba en vagas promesas que dependían para su concreción de la victoria final de la Confederación. Incluso los billetes de banco oficiales del gobierno lo admitían así, al prometer al portador el pago del valor impreso en el billete sólo seis meses después de que se declarase la paz entre los bandos contendientes—. Podríamos instalar una prensa de billetes de banco en las cocheras —sugirió Delaney—. ¿Quién va a saberlo?

—¿El impresor? —preguntó Sally en tono áspero—. Necesitarás a demasiada gente, Delaney, y ten por seguro que acabarán por chantajearte. Además, tengo una idea mejor para las cocheras.

—Cuenta.

—Pon cortinas para que no entre la luz, alfombras, una mesa y una docena de sillas y te garantizo unos beneficios mayores que los que nunca conseguirás de mi dormitorio.

Delaney sacudió la cabeza, sin comprender.

—¿Vas a servir comidas?

—Qué diablos comidas. Sesiones. Preséntame como la mejor médium de Richmond, haz correr la voz y carga cinco pavos por una sesión general y cincuenta por una consulta privada. —La idea se le había ocurrido a Sally la noche anterior, cuando unos clientes celebraron un remedo de sesión de espiritismo en la sala a oscuras. Fue una broma, pero Sally se dio cuenta de que algunos de los participantes esperaban a pesar de todo alguna intervención sobrenatural y calculó que sería posible sacar provecho de esa superstición—. Necesitaré un ayudante para dar golpes en las paredes y mover el tapete —dijo a un Delaney fascinado—, y tendremos que pensar en algunos otros trucos.

A Delaney le gustó la idea. Hizo un vago gesto con la mano hacia los pisos de arriba.

—¿Y dejarás el negocio del dormitorio?

—Si consigo ganar más dinero así, ya lo creo. Pero necesitaré que inviertas antes una buena cantidad. No podemos engatusar a la gente con una habitación barata. Todo tiene que ser como es debido.

—Eres brillante, Sally, absolutamente brillante.

Los elogios de Delaney eran sinceros. Disfrutaba de sus reuniones semanales con Sally, que le impresionaba por su agudeza para los negocios y le divertía por su enérgico sentido común. Era Sally quien gestionaba los temas financieros de la casa, con una brusca eficiencia y una honradez tosca. El burdel, con sus lujos y su aire de exclusividad, era una mina de oro para el abogado, pero también un lugar en el que recogía chismes sobre políticos sudistas y mandos militares, y todo ese chismorreo era puesto después en conocimiento del contacto de Delaney en Washington. Delaney no siempre sabía qué cantidad de su información era cierta o útil y tampoco le

importaba demasiado. Le bastaba con dejar constancia de su apoyo al Norte, para así lucrarse más adelante con su lealtad cuando, tal como él lo veía, se produjera la inevitable victoria nordista. Ahora, mientras aún reflexionaba sobre la propuesta de Sally de reconvertir las anteriores premisas comerciales de la casa para crear un santuario espiritista, Delaney se embolsó su parte de las ganancias semanales.

—Cuéntame qué noticias hay.

Sally indicó con un gesto la ventana desde la que se veían aún carros y carruajes de refugiados bloqueando la calle.

—Ésas son las noticias, ¿no te parece? Pronto nos vamos a quedar sin clientes.

—Puede que llegue una nueva tanda —sugirió Delaney con delicadeza.

—Y a ellos les cobraremos el doble —sorbió Sally, y luego preguntó si era cierto que habían cerrado las oficinas de reclutamiento del Norte.

—No he oído nada —negó Delaney, cuidando de disimular la alegría que le produjo la noticia.

—Los yanquis deben de estar entusiasmados —dijo Sally con una mueca.

«Y con razón», pensó Delaney, porque el ejército nordista estaba ya a tan sólo una jornada de marcha de la ciudad.

—¿Qué cliente te ha contado lo de las oficinas de reclutamiento? —preguntó a Sally.

—No ha sido un cliente —respondió Sally—. Me lo ha contado Nate.

—¿Starbuck? —preguntó Delaney, sorprendido—. ¿Ha estado aquí?

—Anoche. Acababan de dejarlo salir de la cárcel.

—Leí que lo habían soltado —comentó Delaney. La noticia había aparecido tanto en el *Examiner* como en el *Sentinel*—, ¿Está en su antigua habitación? Debería ir a saludarle.

—Ese bastardo idiota es un condenado loco. —Sally encendió un cigarro—. Dios sabe dónde para.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Delaney.

Sally había intentado disimular la inquietud que sentía, pero Delaney era demasiado perspicaz para no darse cuenta del tono de su voz y estaba enterado del cariño que ella sentía por Starbuck.

—Que está arriesgando su maldita vida —dijo Sally—, eso quiero decir. Lleva una carta al otro lado de las líneas y quería que yo me fuera con él.

Delaney olfateó una sabrosa tajada en aquel asunto, pero evitó precipitarse a hacer preguntas para no despertar las sospechas de Sally.

—¿Quería que te fueras con los yanquis? Qué extraño.

—Quería que me casara con él —corrigió Sally a su empresario. Delaney le sonrió.

—Qué gustos más sofisticados tiene nuestro buen amigo Starbuck —dijo, galante

—. ¿Y tú le has dado calabazas?

Lo preguntó con una punta muy velada de ironía. Sally reaccionó con una mueca.

—Pensaba que podríamos montar un comercio de legumbres en Maine.

Delaney se echó a reír.

—¡Querida Sally, qué modo de desperdiciar tus talentos! Y aborrecerías Maine. Viven en casas de hielo, se alimentan de pesca salada para subsistir y su única diversión consiste en cantar salmos. —Delaney sacudió la cabeza, apenado—. Pobre Nate. Le echaré de menos.

—Dice que volverá —dijo Sally—. No quería volver, no si yo me largaba con él, pero como yo no me muevo dice que entregará su carta y luego volverá aquí.

Delaney simuló reprimir un bostezo.

—¿Qué clase de carta? —preguntó en tono inocente.

—No me lo ha dicho. Una carta del gobierno de aquí, nada más. —Sally calló, pero enseguida su inquietud por Starbuck la llevó a explicarse más y en ningún momento pensó que sus explicaciones podían poner en peligro a Starbuck. Sally confiaba plenamente en Delaney. El abogado era su amigo, un oficial confederado de uniforme y un hombre de una gran amabilidad. Otras fulanas recibían golpes y desprecios, pero Belvedere Delaney siempre tenía una actitud llena de consideración y cortesía hacia las mujeres que empleaba. Ciertamente, parecía tan preocupado por la felicidad y la salud de sus empleadas como por los beneficios que le deparaban, de modo que Sally no dudó en expresar sus preocupaciones sobre un oyente tan comprensivo—. Nate dice que hay un espía —explicó—, uno peligroso de verdad que está contando a los yanquis todos los planes de nuestro ejército, y que si consigue entregar la carta eso acabará con el espía. No me dijo más, pero es suficiente. Es un idiota. No tenía por qué meterse en esa estupidez, Delaney. Acabará colgado como el hombre que ahorcaron en Camp Lee.

La historia del final de Webster había llenado páginas y más páginas de los periódicos, que describieron la ejecución como el castigo merecido de un espía.

—Desde luego no queremos que cuelguen al pobre Nate —dijo Delaney en tono grave, y vio que su mano derecha temblaba ligeramente, lo justo para que el humo de su cigarro hiciera volutas en su ascenso hacia las molduras del techo. Su primera reacción fue que Starbuck tenía la misión de atraparle a él, pero luego descartó ese temor como una niñería autoindulgente. Richmond estaba llena de espías, que iban desde los que actuaban de forma abierta y excéntrica, como la rica y alocada Betty Van Lew, hasta los más astutos y solapados, como el propio Delaney. Pero Delaney tenía acceso a poquísimos secretos militares y las palabras de Sally sugerían que el espía que buscaba Starbuck era un militar, con acceso a todos los secretos de la Confederación—. ¿Qué quieres que haga, entonces? —preguntó Delaney a Sally. Ella se encogió de hombros.

—Creo que Nate sólo será feliz si puede volver a la Legión. Le gusta estar allí. ¿No puedes arreglarlo? Si consigue volver después de ver a los yanquis, claro.

—Y si todavía existe una Confederación —aventuró Delaney, dubitativo.

—Pues claro que habrá una Confederación. No nos van a borrar del mapa todavía. ¿No puedes hablar con el general Faulconer?

—¡Yo! —Delaney se estremeció—. A Faulconer no le caigo bien, querida, y odia positivamente a Nate. Puedo decirte desde ahora mismo que Faulconer no dejará volver a Nate a su preciosa Legión.

—Entonces podrías meter a Nate en otro regimiento. Le gusta ser soldado.

«Una prueba más de que está loco», pensó Delaney, pero se guardó esa opinión para sí mismo.

—Puedo intentarlo —dijo, y echó una mirada al reloj de bronce sobredorado que adornaba la repisa de la chimenea—. Creo que debo irme, querida.

—¿No te quedas a desayunar? —Sally pareció sorprenderse. Delaney se puso en pie.

—Incluso los abogados tenemos algo de trabajo que hacer de cuando en cuando, querida —dijo. Delaney era asesor legal del Departamento de la Guerra, un cargo al que dedicaba menos de una hora de trabajo al mes, pero por el que recibía un salario anual de 1.560 dólares, aunque esos dólares tenían el inconveniente de venir en la forma de bonos del Sur. Se estiró los faldones de la guerrera de su uniforme—. Haré todo lo que pueda por Nate, te lo prometo.

Sally sonrió.

—Eres un buen hombre.

—¿No es ésa una verdad asombrosa? —Delaney besó la mano de Sally con su acostumbrada cortesía, guardó el dinero en un maletín de piel y se apresuró a salir a la calle. Había empezado a llover otra vez; las gotas venían acompañadas de un viento frío impropio de la estación.

Delaney recorrió rápidamente la manzana que le separaba de su apartamento de Grace Street y allí abrió la tapa corredera de su escritorio. Había ocasiones en las que el abogado sospechaba que los centenares de informadores de Richmond competían por dar la mejor información y que el vencedor de esa competición secreta recibiría la mayor recompensa cuando el Norte se apoderara de la ciudad. Su pluma rascó con ligereza el papel de escribir, mientras él reflexionaba en que aquel minúsculo chisme podría valerle un primer premio cuando llegara la victoria. Escribió todo lo que le había contado Sally. Escribió a toda prisa para advertir al Norte de que Nathaniel Starbuck era un traidor y luego introdujo la carta en un sobre que dirigió al teniente coronel Thorpe, del Departamento de Inspección General en Washington, D.C. Introdujo ese sobre en otro que dirigió al reverendo Ashley M. Winslow, Canal Street, Richmond, y puso el mensaje y tres dólares del Norte en manos de su esclavo

doméstico.

—Esto es urgente, George. Para nuestros amigos mutuos.

George conocía y compartía la lealtad de su amo. Llevó la carta a Canal Street y la entregó a un hombre llamado Ashley que trabajaba a las órdenes de un supervisor en los Ferrocarriles de Virginia Central. George dio dos dólares a Ashley. Al anochecer, un tren había llevado la carta y una de las dos monedas de dólar a Catlett's Station, en el norte de Virginia, y allí un negro libre propietario de un pequeño taller de zapatero se hizo cargo del sobre.

Mientras, en Richmond el éxodo continuaba. La esposa del presidente se llevó a sus hijos de la ciudad. El precio del transporte se triplicó. Cuando el viento soplaba del este a veces el aire traía extrañas explosiones ahogadas, casi imperceptibles, pero presentes de todos modos. Era el ruido de los cañones. Belvedere Delaney escuchó el cañoneo lejano y puso en su sala de estar una bandera nordista, para colgarla eventualmente de la ventana como bienvenida a los victoriosos yanquis. Se preguntó si su carta llegaría a Washington a tiempo o si la guerra acabaría antes de que se descubriera la traición de Starbuck. En cierto modo, esperaba que el joven norteño viviera porque Starbuck era un bribón interesante, pero de todos modos un bribón, lo que probablemente quería decir que en cualquier caso estaba condenado al lazo corredizo. Delaney lamentaría su desaparición, pero en este tiempo de muerte un cadáver más no supondría una gran diferencia. Sería una lástima, pero apenas nada más. El abogado escuchó el tronar de los cañones lejanos y rogó por que significara la derrota de la rebelión.

\* \* \*

Los primeros yanquis que encontró Starbuck eran hombres del 5.º de Infantería de Nueva Hampshire, que lo confundieron con un rezagado rebelde y lo llevaron a punta de bayoneta a su superior, un capitán flaco y de barba revuelta con gafas de cristales gruesos, montado en un caballo pío y que se esforzaba en ver a través de la lluvia al empapado prisionero.

—¿Habéis registrado a ese miserable bastardo? —preguntó el capitán.

—No tiene nada —contestó uno de los hombres que habían capturado a Starbuck—. Pobre como un abogado honrado.

—Llevadlo a la brigada —ordenó el capitán—. Y si os resulta demasiada molestia, pegadle un tiro a ese bastardo cuando nadie mire. Es lo que se merecen los desertores, una bala.

Dirigió a Starbuck una sonrisa torcida, como desafiándole a objetar su veredicto.

—No soy un desertor —dijo Starbuck.

—Nunca he pensado que lo fueras, rebelde. Supongo que sólo eres un bastardo



que no ha podido soportar más las ampollas en los pies. Supongo que haré a los secesionistas un favor si te mato, de modo que puede que a fin de cuentas te deje con vida. —El capitán compuso las riendas y sacudió la cabeza como despedida—. Llevaos a ese bastardo.

—Traigo un mensaje —dijo Starbuck desesperado—. No soy un desertor ni un rezagado. Traigo un mensaje para el mayor James Starbuck del Servicio Secreto. ¡Lo saqué de Richmond anteanoche!

El capitán dirigió a Starbuck una larga mirada avinagrada.

—Hijo —dijo por fin—, estoy calado hasta los huesos, tengo un hambre canina, estoy cansado y lo único que quiero es volverme a mi casa de Manchester, de modo que si me haces perder el tiempo puede que me harte tan condenadamente de ti que entierre tus miserables huesos sin tomarme siquiera la molestia de pegarte antes un tiro. De modo que convénceme, hijo.

—Necesito que me presten un cuchillo.

El capitán miró a los dos hombres robustos que habían capturado a Starbuck y sonrió como si pensara que el prisionero se proponía luchar contra ellos.

—¿Te sientes heroico, rebelde, o sólo estás tentando a la suerte?

—Un cuchillo pequeño —dijo Starbuck en tono cansado.

El capitán rebuscó entre sus ropas empapadas. Detrás de él, la infantería de Nueva Hampshire chapoteaba en el camino embarrado y la lluvia resbalaba por sus gabanes colocados como capas sobre los macutos. Algunos dirigieron a Starbuck una mirada inquisitiva, intentando ver tras la deshilachada guerrera gris y los pantalones remendados y arrugados del rebelde capturado los rasgos diabólicos que describían los predicadores del Norte.

El capitán sacó por fin un cortaplumas diminuto que Starbuck utilizó para deshacer las puntadas de su pretina. Extrajo de allí la bolsa impermeable y la tendió al jinete.

—No debería mojarse, señor —dijo Starbuck.

El capitán desplegó la bolsa y abrió el cierre, dejando a la vista las hojas de papel de cebolla. Lanzó un juramento cuando una gota de lluvia salpicó la primera página y borró sin remedio una palabra, y al instante se inclinó hacia adelante para proteger los papeles. Se bajó las gafas mojadas sobre el caballete de la nariz y atisbo por encima de ellas la escritura apretada. Lo que leyó le convenció plenamente de la sinceridad de Starbuck porque volvió a doblar con cuidado los papeles y a guardarlos dentro de la bolsa impermeable, y devolvió ésta a Starbuck.

—Me creas un montón de problemas, hijo, pero supongo que el Tío Sam quiere ponerme a prueba. ¿Necesitas algo?

—Un cigarro.

—Dale un cigarro a ese hombre, Jenks, y quita tu bayoneta de las costillas del

pobre bastardo. Parece que a fin de cuentas está de nuestro lado.

Se encontraron caballos y se formó una escolta formada por dos tenientes que agradecieron la oportunidad de cabalgar hasta Williamsburg. Nadie sabía con seguridad dónde estaba situado el cuartel general del ejército del Potomac, pero Williamsburg parecía el lugar más obvio y, además, uno de los tenientes había visto allí el día anterior a una chica de la que juraba que era la cosa más bonita que jamás había esperado encontrar a este lado del paraíso; de modo que fueron a Williamsburg. El teniente quiso saber si las chicas de Richmond eran igual de bonitas y Starbuck le aseguró que sí lo eran.

—No veo el momento de entrar allí —dijo el teniente, pero su compañero, mucho menos optimista, preguntó a Starbuck cómo eran de fuertes las defensas de los rebeldes alrededor de la ciudad.

—Formidables de verdad —dijo Starbuck.

—Bueno, supongo que nuestros chicos de los cañones están deseando machacarlas. Sobre todo después de que los secesionistas se esfumaron de Yorktown sin esperar a que los matáramos antes.

Los tenientes dieron por supuesto, y Starbuck no los desengañó, que él era un patriota nordista que había arriesgado la vida por su país, y sentían curiosidad por él. Quisieron saber de dónde era, y cuando Starbuck les contó que era bostoniano dijeron que habían pasado por Boston camino de la guerra y que era una bonita ciudad, mejor que Washington, donde todo eran avenidas azotadas por el viento, edificios a medio terminar y timadores que intentaban quedarse con un par de pavos de los honrados soldados de pueblo. Habían visto al presidente Lincoln allí; era un buen hombre, sencillo y directo, pero en cuanto al resto de la ciudad, no había bastantes palabras malas para describirla.

Los tenientes no tenían ninguna prisa especial y pararon en una taberna a beber unas cervezas. El tabernero, un hombre malhumorado, dijo que los borrachos habían acabado con todas sus reservas de cerveza y les ofreció a cambio una botella de licor de melocotón. Era un líquido dulce y espeso, que se pegaba a la lengua. Starbuck, sentado en el porche trasero de la taberna, vio el odio a los invasores reflejado en el rostro del tabernero. A su vez, los dos tenientes se burlaron del tabernero como un melenudo ignorante desesperadamente necesitado de las luces del Norte.

—¡No es mal país, éste! —dijo el más alegre de los dos tenientes abarcando el paisaje con un amplio gesto—. Con un drenaje adecuado y cultivos científicos, un hombre podría hacerse rico aquí.

Lo cierto era que aquel paisaje lluvioso tenía un aspecto desesperadamente desolado. La taberna se alzaba en un claro entre los árboles, justo al norte de las marismas que rodean el río Chickahominy. El río en sí no era más ancho que la Main Street de Richmond, pero a ambos lados se extendían amplias franjas de tierras

inundadas o pantanosas de las que emanaba un hedor fuerte y rancio.

—A mí me parece un lugar malsano —observó el teniente más pesimista—. Pantanos así son caldo de cultivo de enfermedades. No es una tierra adecuada para hombres blancos.

Los tenientes, decepcionados por el licor dulce y espeso, decidieron ponerse de nuevo en camino. Los tres jinetes se encontraron entonces con una marea de infantería que marchaba en sentido contrario, y Starbuck advirtió lo bien equipados que iban los soldados nordistas. Ninguno de aquellos hombres llevaba las suelas de las botas atadas con cordones a la parte superior, ninguno llevaba un cinturón de cuerda deshilachada, ninguno iba armado con mosquetes de chispa de ánima lisa como los que utilizaron los hombres de George Washington cuando marcharon por estos mismos caminos a arrinconar a los ingleses contra el mar en Yorktown. Estas tropas no llevaban uniformes manchados de mantequilla de cacahuete, ni necesitaban tostar guisantes y manzanas secadas al humo para fabricar un sustituto del café. Los nordistas parecían bien alimentados, alegres y confiados, eran un ejército bien entrenado y equipado, decidido a dar un fin rápido a un problema lamentable.

A dos o tres kilómetros de su destino pasaron junto a un parque de artillería y Starbuck se detuvo y tragó saliva de puro asombro. No había imaginado que existieran tantos cañones en todo el mundo, no digamos en un pequeño campo de Virginia. Las piezas se alineaban rueda contra rueda, todas con cureñas recién barnizadas, todas pulidas y relucientes, y detrás de ellas había filas y más filas de flamantes carros cubiertos que guardaban los suministros de los artilleros y la munición de reserva. Intentó contar los cañones, pero oscurecía y no alcanzó a ver lo bastante ni siquiera para una estimación aproximada. Había filas de eficientes cañones Napoleón de doce libras, filas de cañones Parrott con sus recámaras bulbosas, y acres y más acres de cañones ligeros con sus esbeltos tubos estriados de 75 milímetros. Algunos cañones tenían la boca ennegrecida, prueba de que los rebeldes habían librado una enérgica y sangrienta acción dilatoria en Williamsburg para hacer más lento el avance federal. Algunos grupos de artilleros estaban reunidos en torno a sus fuegos de campamento entre los cañones aparcados y el aroma de la carne asada hizo que los tres jinetes espolearan a sus monturas hacia las delicias de la ciudad vecina.

Vieron encenderse las primeras linternas tras las ventanas al entrar al trote en Williamsburg, con su hermoso despliegue de antiguos edificios universitarios. Se acercaron al colegio siguiendo una calle de casas de madera. Algunas de ellas estaban limpias e intactas, pero otras, presumiblemente abandonadas por sus propietarios, habían sido saqueadas por los yanquis. Las cortinas rasgadas colgaban de las ventanas rotas y la porcelana destrozada alfombraba los patios. Una muñeca yacía en el barro de uno de ellos, y un colchón rajado había ido a cubrir los restos de un cerezo

de ramas desgajadas. Una de las casas había ardido hasta los cimientos, de modo que todo lo que quedaba de ella eran dos chimeneas de ladrillo descarnadas y ennegrecidas y algunas estructuras metálicas de camas, retorcidas y medio fundidas. Había tropas alojadas en todas las casas.

El Colegio de William and Mary había sufrido tanto como el resto de la ciudad. Los tenientes trabaron sus caballos a un poste del patio principal y exploraron el pabellón Wren en busca de la sede del Servicio Secreto. Un centinela apostado en la puerta del colegio les aseguró que la Oficina se había instalado en la residencia, pero no sabía con seguridad en qué lugar, de modo que los tres hombres recorrieron al azar pasillos alfombrados de libros rotos y papeles desgarrados. A Starbuck le pareció que una horda de bárbaros había venido a destruir la civilización. Todos los estantes habían sido vaciados y los libros amontonados en el suelo, o bien quemados en las chimeneas, o sencillamente apartados a puntapiés. Las pinturas habían sido rajadas y los documentos antiguos sacados de baúles destrozados luego para hacer leña. En una habitación el panel de madera que forraba la pared había sido arrancado a punta de bayoneta y astillado en miles de fragmentos que ahora eran tan sólo ceniza en un amplio hogar. Los pasillos apestaban a meados. Una tosca imagen de Jefferson Davis con cuernos de diablo y cola ahorquillada había sido pintada con lechada de cal en la pared de una sala de lectura. Había soldados acampados en las salas de techos altos. Algunos habían encontrado togas de profesores colgadas en un armario y ahora recorrían los pasillos arriba y abajo envueltos en los ropones negros de seda.

—¿Buscan el cuartel general? —preguntó un capitán de Nueva York cuyo aliento apestaba a whisky, y dirigió a los tres hombres hacia unos edificios que se alzaban fuera, en la oscuridad, a corta distancia—. En las casas de la facultad. —Hipó, y sonrió cuando resonó la risa de una mujer en la habitación que se abría a su espalda. En el dintel alguien había escrito con tiza «Sala de Amalgamación»—. Hemos requisado las reservas de licor del colegio y ahora estamos amalgamando a las chicas de la cocina que hemos liberado —anunció el capitán—. Están invitados a unirse a nosotros.

Un sargento de Nueva York se ofreció a escoltar a Starbuck a la casa en la que creía que se había instalado el Servicio Secreto, mientras los dos tenientes de Nueva Hampshire, cumplida su misión, fueron a sumarse a las celebraciones de los neoyorquinos. El sargento estaba furioso.

—No tienen noción del deber —dijo de sus oficiales—. Estamos llevando a cabo una cruzada justa, ¡no una orgía de borrachos! ¡Son sólo ayudantes de cocina, apenas salidas de la infancia! ¿Qué pensarán esas pobres negritas inocentes? ¡No somos mejores que los sudistas!

Pero Starbuck no consiguió simpatizar con el disgusto del sargento. Estaba demasiado consumido por la aprensión y los nervios mientras seguía un sendero

enlosado que conducía a una hilera de casas elegantes y bien iluminadas. Dentro de pocos segundos iba a encontrarse con su hermano y descubrir de forma definitiva si su antiguo amigo era un traidor. Starbuck tendría además que representar un falso papel y no estaba seguro de que consiguiera engañarle. ¿Y si al ver la cara de James su resolución se venía abajo? ¿Podría ser aquel engaño la vía por la que Dios lo restablecería en su lugar en el mundo? El corazón le latía con fuerza en el pecho; las tripas, todavía afectadas por el maltrato de Gillespie, le dolían. «Sé sincero contigo mismo», se dijo, pero aquello le hizo recordar la pregunta de Pilatos: ¿qué es la verdad? ¿Quería Dios que él traicionara al Sur? Estuvo a punto de dar media vuelta y huir de aquella confrontación, pero en ese momento el sargento señaló una casa brillantemente iluminada con velas y custodiada por dos centinelas de uniforme azul arrimados al muro de ladrillos rojos para resguardarse del viento.

—Esa es la casa —dijo el sargento, y gritó a los centinelas—: Este tiene un asunto ahí dentro.

En la puerta de la casa estaba escrito con tiza: «Mayor E. J. Allan y personal. NO ENTREN». Starbuck esperaba a medias que los centinelas le cerraran el paso, pero éstos, sin hacerle ninguna pregunta, le permitieron entrar en el vestíbulo, adornado con aguafuertes que representaban catedrales europeas. Un perchero hecho con la cornamenta de un ciervo estaba cargado de gabanes azules y cintos con sables. Desde una habitación que se abría al vestíbulo, a la izquierda de Starbuck, llegaba el tintineo de los cubiertos en una vajilla de porcelana.

—¿Hay alguien ahí? —gritó una voz desde el comedor.

—Estoy buscando a... —empezó a decir Starbuck, pero su voz salió tan temblorosa que tuvo que volver a empezar—. Estoy buscando al mayor Starbuck —repitió.

—¿Y quién, en nombre del bendito infierno, es usted? —Un hombre bajo y barbudo de voz profunda apareció en el umbral de la puerta abierta de par en par. Llevaba una servilleta sujeta al cuello y un pedazo de pollo pinchado en un tenedor en la mano derecha. Miró con desprecio el uniforme empapado de Starbuck—. ¿Es usted un miserable rebelde? ¿Eh? ¿Es eso lo que es? ¿Ha venido a mendigar una comida decente, a eso ha venido, ahora que su miserable rebelión se ha derrumbado? ¿Y bien? Hable, estúpido.

—Soy el hermano del mayor Starbuck —afirmó Starbuck— y traigo una carta de Richmond para él.

El hombre irascible se lo quedó mirando durante unos segundos.

—Por Cristo en la cruz —pronunció por fin una blasfemia atónita—. ¿Es usted el hermano de Richmond?

—Sí.

—¡Entonces entre, entre! —Señaló el interior de la sala con su bocado de pollo—.

¡Entre!

Starbuck penetró en una habitación en la que había una docena de hombres sentados a una mesa bien servida. Unas velas ardían en tres candelabros dispuestos a lo largo del tablero de madera pulida y unas veinte bandejas rebosaban de pan fresco, verduras y carne asada, mientras que el vino tinto y la cubertería de plata destellaban a la luz de las velas. Starbuck, a pesar de estar hambriento, no se dio cuenta de nada de eso; lo único que vio fue que el hombre barbudo sentado en el extremo más alejado de la mesa había empezado a ponerse de pie y se había quedado paralizado a medio camino, erguido a medias en su silla. Miraba fijamente a Starbuck y en sus ojos se leía la incredulidad.

—¡Jimmy! —llamó el hombre que había abordado a Starbuck en el vestíbulo—. Dice que es tu hermano.

—Nate —dijo James con voz débil, aún agachado, a medias sentado y a medias levantado de su asiento.

—James. —Starbuck sintió de pronto una gran oleada de afecto por su hermano.

—Oh, gracias a Dios —exclamó James, y cayó hacia atrás en su silla como si la emoción fuese más fuerte que él—. Oh, gracias a Dios —repitió, y se llevó una servilleta a los ojos cerrados mientras rezaba en acción de gracias por el regreso de su hermano. Los demás hombres sentados a la mesa miraban a Starbuck en un silencio tenso.

—Te he traído un mensaje —interrumpió Starbuck la plegaria silenciosa de su hermano.

—¿De...? —empezó a decir James con una ansiedad llena de esperanza. Casi pronunció el nombre, pero entonces recordó su promesa de mantener en secreto la identidad de Adam. Dejó en el aire su pregunta inacabada y se llevó un dedo a los labios como para advertir a su hermano de que no dijera el nombre en voz alta.

Y fue así como Starbuck lo supo. El gesto de advertencia de su hermano implicaba que él conocía también la identidad del espía y eso sólo podía significar que el traidor era Adam. Sabía que tenía que ser Adam, pero esa inevitabilidad no había impedido a Starbuck desear y rezar por que el espía resultara ser un completo desconocido para él. Sintió una tristeza repentina e inmensa por Adam y la desesperación de saber que ahora tendría que utilizar la certeza recién adquirida. James esperaba aún una respuesta y Starbuck asintió con la cabeza.

—Sí —dijo—. De él.

—Gracias a Dios también por esto —dijo James—. Temía que hubiese sido capturado.

—Ya está otra vez Jimmy con sus rezos —exclamó el hombre bajo y barbudo interrumpiendo alegremente la conversación de los hermanos—, de modo que lo mejor será que se siente y coma algo, señor Starbuck. Parece usted famélico. ¿Lleva

el mensaje consigo?

—Este es el señor Pinkerton —presentó James al hombre bajo—. El jefe de la Oficina del Servicio Secreto.

—Encantado y honrado de conocerlo —dijo Pinkerton, tendiendo la mano.

Starbuck se la estrechó y luego entregó a Pinkerton la bolsa impermeable.

—Supongo que estaba esperando usted esto, señor Pinkerton —dijo.

Pinkerton desenvolvió las hojas manuscritas y observó la escritura cuidadosamente disfrazada.

—¡Es auténtica, Jimmy! ¡De tu amigo! ¡No nos ha abandonado! ¡Sabía que no lo haría! —Dio una patada en la alfombra como signo de alegría—. ¡Siéntese, señor Starbuck! ¡Siéntese! ¡Coma! ¡Hacedle sitio! Junto a su hermano, ¿verdad?

James se puso en pie al acercarse Nate. Nate se sentía tan feliz por ver de nuevo a James que durante un segundo sintió la tentación de abrazarlo, pero la familia nunca había sido efusiva en público, de modo que los dos hermanos se limitaron a estrecharse las manos.

—Siéntate —le rogó James—. ¿Tendrá la bondad de acercarnos el pollo, teniente Bentley? Gracias. Y un poco de pan para la salsa. Siempre te gustó untar pan en las salsas, Nate. ¿Batatas? Siéntate, siéntate. ¿Un poco de limonada?

—Vino, por favor —pidió Starbuck.

James lo miró horrorizado.

—¿Tomas bebidas alcohólicas? —Pero enseguida, para no echar a perder aquel momento con reprobaciones piadosas, sonrió—. Un poco de vino entonces, por supuesto. Como medicina para tu estómago, ya entiendo, ¿y por qué no? ¡Siéntate, Nate, siéntate!

Starbuck se sentó y fue asaeteado a preguntas. Al parecer todos los hombres que había alrededor de la mesa sabían quién era y todos habían leído las notas de los diarios de Richmond que anunciaban su puesta en libertad. Aquellos periódicos habían viajado a Williamsburg bastante más deprisa que Starbuck, que ahora aseguró a los colegas de su hermano que su encarcelamiento había sido debido a un error.

—¿Te acusaron de aceptar sobornos? —James desdeñó con un bufido la posibilidad—. ¡Qué tontería!

—Fue un cargo inventado —relató Starbuck con la boca medio llena de pollo y pan mojado en salsa—, una simple excusa para tenerme encerrado mientras intentaban hacerme confesar que les espiaba.

Alguien le sirvió más vino y quiso saber exactamente cómo había podido escapar de Richmond, y Starbuck explicó que había viajado en dirección norte hasta Mechanicsville y que de ahí se dirigió hacia el este por el laberinto de carreteras estrechas localizado en la cabecera del río Chickahominy. Lo contó como si hubiera hecho el viaje solo, aunque lo cierto es que nunca habría alcanzado las líneas del

ejército del Norte sin el piloto de de'Ath, que le había conducido a salvo por caminos secundarios y bosques fantasmales. Viajaron de noche, primero a Mechanicsville, luego a una granja al este de Cold Harbor, y la noche anterior habían cruzado la línea de patrullas rebeldes junto al ferrocarril entre Richmond y York y descendido hasta un bosque de pinos próximo a la iglesia de Saint Peter, donde se había casado George Washington. Fue allí donde el taciturno Tyler se separó de Starbuck.

—Desde aquí puede seguir a pie —había dicho Tyler.

—¿Dónde están los yanquis?

—Los hemos dejado tres kilómetros atrás. Pero de aquí en adelante, muchacho, los bastardos andan por todas partes.

—¿Cómo podré volver?

—Vaya a Barker's Mili y pregunte por Tom Woody. Tom sabe cómo encontrarme, y si Tom no está, el sitio es seguro y podrá esperarlo a salvo. Váyase, ahora.

Starbuck se había ocultado entre los pinos la mayor parte de la mañana y luego había caminado en dirección sur hasta encontrar la carretera en la que lo capturó el regimiento de Nueva Hampshire. Ahora, saciado después de la cena más abundante que había comido en meses, echó atrás su silla y aceptó un cigarro. Su hermano frunció el entrecejo al ver que se disponía a fumar, y Starbuck aseguró a James que sólo lo hacía para aliviar la bronquitis contraída en las cárceles rebeldes. Luego describió el trato que había recibido en prisión y horrorizó a sus oyentes con una descripción detallada de la ejecución de Webster. No pudo dar a Pinkerton noticias de Scully y Lewis, ni tampoco de la mujer, Hattie Lawton, capturada junto a Webster.

Pinkerton, atareado en atacar su pipa con tabaco del río James requisado junto a la casa de la facultad en la que habían instalado su cuartel general, miró ceñudo a Starbuck.

—¿Por qué lo obligaron a presenciar la muerte del pobre Webster?

—Creo que esperaban que me traicionara a mí mismo al reconocerlo, señor —dijo Starbuck.

—¡Deben de pensar que somos tontos! —dijo Pinkerton, y meneó la cabeza ante aquella prueba de la estupidez sureña. Encendió su pipa y golpeó con un dedo las hojas de papel de cebolla en las que estaba escrito el falso mensaje de de'Ath.

—¿Debo suponer que conoce usted al hombre que ha escrito esto?

—En efecto, señor.

—Un amigo de la familia, ¿eh? —La mirada de Pinkerton pasó del flaco Starbuck al rollizo James, para volver a fijarse luego en Starbuck—. Y supongo también, señor Starbuck, que si ese amigo le pidió a usted que entregara la carta es porque conocía sus simpatías por el Norte.

Starbuck se dio cuenta de que la pregunta era un desmañado intento de poner a prueba su lealtad, y de hecho así era, porque comprendió que aquél era el momento



en que tenía que empezar a contar mentiras. O eso, o confesar la verdad y presenciar el aplastamiento de sus amigos de la Compañía K y de Richmond bajo el rodillo del ejército nordista. Durante un segundo de obcecación sintió la tentación de confesar la verdad, aunque sólo fuera por el bien de su alma, pero luego el recuerdo de Sally lo hizo sonreír ante un Pinkerton expectante.

—Conocía mis simpatías, señor. Ya hacía algún tiempo que yo lo ayudaba a reunir la información que ahora le envía.

La mentira se deslizó sin tropiezo. Incluso lo hizo aparecer modesto, y durante un segundo o dos fue consciente de la admiración silenciosa de los presentes. Luego Pinkerton dio una palmada de aprobación en la mesa.

—¡Así que su encarcelamiento era merecido, señor Starbuck! —Se echó a reír para mostrar que hablaba en broma, y dio otra palmada vigorosa—. Es usted un valiente, señor Starbuck, no hay duda.

Pinkerton habló con sentimiento y los hombres sentados alrededor de la mesa respondieron con murmullos de aprobación a la declaración de su jefe. James tocó el brazo de Starbuck.

—Siempre he sabido que estabas del lado correcto. ¡Bien hecho, Nate!

—El Norte ha contraído una deuda de gratitud con usted —continuó Pinkerton— y pondré todo mi empeño en que esa deuda sea pagada. Ahora, si ha acabado de cenar, ¿podemos hablar usted y yo en privado? Tú también, Jimmy, desde luego. Venga. Tráigase su vino, señor Starbuck.

Pinkerton los llevó a una sala pequeña, amueblada con elegancia. Unos libros de teología se alineaban en los estantes y había una máquina de coser sobre una mesa de avellano con una camisa sin terminar aún atrapada bajo la aguja. Sobre una mesa lateral había retratos de familia enmarcados en plata. En uno de ellos, un daguerrotipo de un niño pequeño, el marco estaba recubierto con un crespón para indicar que el niño había muerto recientemente. Otro mostraba a un joven con el uniforme de artillero confederado.

—¡Lástima que ése no lleve también crespón negro! ¿Eh, Jimmy? —dijo Pinkerton al tiempo que se sentaba—. Ahora, señor Starbuck, ¿cómo prefiere que le llame? ¿Nathaniel? ¿Nate?

—Nate, señor.

—Puede usted llamarme «Bulldog». Todo el mundo lo hace. Todos menos Jimmy aquí presente, porque es un tipo estirado de Boston y le cuesta demasiado utilizar apodos, ¿no es así, Jimmy?

—Exactamente así, jefe —respondió James, e indicó con un gesto a Starbuck que se sentara frente a Pinkerton delante de la chimenea apagada. El viento se colaba por el hueco y la lluvia tamborileaba en las ventanas ocultas por cortinas.

Pinkerton sacó el mensaje amañado por de'Ath del bolsillo de su chaqueta.

—Malas noticias, Jimmy —dijo el detective en tono grave—. Es como yo me temía. Debemos de tener a ciento cincuenta mil rebeldes frente a nosotros en estos momentos. Míralo tú mismo. —James se colocó unas gafas de leer sobre el caballete de la nariz y colocó la carta que le tendían bajo una lámpara de aceite. Starbuck se preguntó si su hermano se daría cuenta de que la escritura era imitada, pero James se limitó a hacer un gesto de contrariedad ante el contenido y sacudió la cabeza para solidarizarse con el pesimismo de su jefe.

—Malas noticias, mayor, muy malas.

—Y van a enviar refuerzos a Jackson en el Shenandoah, ¿lo has visto? —Pinkerton dio una chupada a su pipa—. ¡Eso demuestra la gran cantidad de gente que tienen! Pueden permitirse el lujo de distraer tropas de las defensas de Richmond. ¡Eso es lo que me temía, Jimmy! Ya hace varios meses que esos bribones están intentando convencernos de que su ejército es pequeño. Quieren que caigamos de bruces, ¿lo ves? Engatusarnos. ¡Y entonces nos atizarán con todo! —Dio un par de puñetazos al aire, haciendo sombra como un boxeador—. Dios mío, de no haber sido por este mensaje, Jimmy, el truco habría funcionado. El general me lo agradecerá. Por mi alma que me lo agradecerá. Iré a verle dentro de un momento o dos. —A Pinkerton parecían complacerle oscuramente aquellas malas noticias, infundirle alguna clase de energía—. Pero antes de ir, Nate, cuéntame lo que sucede en Richmond. Sin rodeos, muchacho. Cuéntame lo peor, no me ahorres nada.

Starbuck, así espoleado, describió una capital rebelde abarrotada de tropas venidas desde todos los rincones de la Confederación. Dijo que las acerías de Tredegar habían estado produciendo cañones día y noche desde el inicio de la guerra y que esos cañones salían ahora sin parar por las puertas de la factoría hacia las nuevas defensas recién excavadas que rodeaban Richmond. Pinkerton se inclinaba hacia adelante, ansioso por oír cada palabra, y torcía el gesto ante cada nueva revelación de la fuerza de los rebeldes. James, sentado a un lado, tomaba notas en un pequeño libro. Ninguno de los dos hombres discutió las patrañas de Starbuck; por el contrario, se tragaron sus atroces invenciones sin rechistar.

Starbuck contó para terminar que había visto trenes en el apeadero de Richmond del ferrocarril de Petersburg cargados de cajas de rifles británicos que habían llegado burlando el bloqueo de la Armada de la Unión.

—Dicen que ahora todos los soldados rebeldes tienen un rifle moderno, señor, y munición suficiente para una docena de batallas —mistificó Starbuck.

James frunció la frente.

—La mitad de los prisioneros que hemos hecho esta última semana iban armados con mosquetes anticuados de carga por la boca.

—Es porque no dejan salir de Richmond las armas nuevas —mintió Starbuck con desenvoltura. De pronto se dio cuenta de que se estaba divirtiendo.

—¿Lo ves, Jimmy? ¡Nos están engatusando! ¡Plantándonos el cebo delante de las narices! —Pinkerton meneó la cabeza ante aquella prueba de la perfidia de los rebeldes—. Primero nos empujan dentro de la trampa, luego nos zurren. Dios mío, son astutos. —Dio una chupada a la pipa, sumido en sus pensamientos. Un reloj sonó en la repisa, mientras de la oscuridad llegaban voces masculinas cantando. Por fin Pinkerton se echó atrás en su sillón, como si renunciara a buscar un camino a través de las masas compactas de enemigos que le rodeaban—. Su amigo, dígame, el tipo que nos escribe esas cartas —dijo Pinkerton apuntando su pipa hacia Starbuck—, ¿cómo piensa enviarnos los siguientes mensajes?

Starbuck soltó una bocanada de humo de tabaco.

—Me sugirió que volviera a Richmond, señor, y que usted me utilizara como hizo con Webster. Ad... —Se interrumpió justo a tiempo para no pronunciar el nombre de Adam—. Admito que posiblemente no soy la persona ideal, pero el plan es factible. En Richmond nadie sabe que he cruzado las líneas.

Pinkerton dirigió una dura mirada a Starbuck.

—¿Cuál es su situación con los rebeldes, Nate? Lo sacaron de la cárcel, pero ¿son lo bastante estúpidos para creer que regresará usted a su ejército?

—Pedí un permiso, señor, y me lo dieron, pero quieren que esté de vuelta en la Oficina de Pasaportes a finales de este mes. Allí es donde trabajaba cuando fui arrestado, ¿sabe?

—¡Nate, podría sernos condenadamente útil en esa oficina, palabra! ¡Palabra que podría sernos útil! —Pinkerton se puso en pie, excitado, y empezó a recorrer la pequeña habitación a largas zancadas—. Pero correrá un riesgo espantoso si vuelve. ¿De verdad está dispuesto a hacerlo?

—Sí, señor, si es necesario. Quiero decir, si no acaba usted la guerra antes.

—Es usted un valiente, Nate, un valiente —exclamó Pinkerton, y siguió paseando arriba y abajo mientras Starbuck volvía a encender el cigarro y aspiraba el humo muy dentro de su pecho. De'Ath, pensó, habría estado orgulloso de él. Pinkerton dejó de pasear y apuntó a Starbuck con el tallo de su pipa—. Puede que el general desee verle. ¿Estará usted preparado?

Starbuck disimuló la alarma que le produjo la idea de comparecer delante del comandante nordista.

—Desde luego, señor.

—¡Bien! —Pinkerton recogió la carta falsa de encima de la mesa colocada delante de James—. Me voy a ver a su señoría. Les dejo charlar a gusto a los dos.

Salió como un vendaval de la habitación y gritó a un ordenanza que le trajera su gabán y su sombrero.

James, incómodo de pronto, fue a sentarse en el sillón que había dejado libre Pinkerton. Buscó con cautela la mirada de su hermano y le sonrió.

—Siempre he sabido que no eras una víbora cobriza de corazón.

—¿Una qué?

—Una víbora cobriza, una *copperhead* —explicó James—. Es el insulto que se utiliza para los nortños que simpatizan con el Sur. Una palabra que suelen utilizar los periodistas.

—Las víboras son bestias repugnantes —confesó Starbuck en tono ligero. Uno de sus hombres había estado a punto de ser mordido por una *copperhead* el año anterior. Recordó que Truslow había emitido un ladrido de advertencia y luego había cortado limpiamente la cabeza marrón de la serpiente con su cuchillo de caza. La víbora olía a madreselva, recordó Starbuck.

—¿Cómo está Adam? —preguntó James.

—Perfectamente. Enamorado, además. Ella es la hija del reverendo John Gordon.

—¿De la SAPEP? Nunca lo he visto, pero he oído hablar bien de él. —James se quitó las gafas de leer y las limpió en la manga de su guerrera—. Estás flaco. ¿De verdad te administraron purgantes?

—Sí, eso hicieron.

—Terrible, terrible. —James frunció la frente y luego ofreció a su hermano una tímida sonrisa solidaria—. Ahora los dos hemos estado en prisión, Nate. ¿Quién iba a pensarlo? Tengo que confesar que cuando estuve en Richmond obtuve un gran consuelo de los Hechos de los Apóstoles. Me convencí de que si el Señor había podido librar a Pablo y a Silas de la mazmorra, sin duda también me libraría a mí. ¡Y Él lo hizo!

—También a mí —corroboró Starbuck, que se revolvió incómodo en su asiento. Había experimentado cierto placer en engañar a Pinkerton, pero no sentía ninguno en absoluto embaucando a James.

James sonrió.

—Adam me animó a creer que podías volver a nuestro lado.

—¿Eso hizo? —preguntó Starbuck, incapaz de ocultar su sorpresa porque su antiguo amigo le hubiera comprendido tan mal.

—Me dijo que habías asistido a reuniones religiosas —continuó James—. Así supe que debías de querer aliviar tu carga ante el Señor y di gracias a Dios por ello. ¿Te dio Adam la Biblia?

—Sí, gracias. Está aquí —dijo Starbuck indicando el bolsillo del pecho. La Biblia le esperaba junto a su uniforme en la casa de de'Ath—. ¿Quieres que te la devuelva?

—¡No! No. Me gustaría que la conservaras, como regalo. —James echó el aliento sobre sus gafas y limpió los cristales otra vez—. Pedí a Adam que te convenciera de que volvieras a casa. Cuando supe lo que de verdad sentía él sobre la guerra, por supuesto.

—Él me dio ánimos —mintió Starbuck.

James sacudió la cabeza.

—¿Así que de verdad hay tantos soldados rebeldes? Debo confesar que tenía mis dudas. Estaba convencido de que Pinkerton y McClellan veían peligros inexistentes, ¡pero me equivoqué! Bueno, con la ayuda de Dios prevaleceremos, pero admito que la lucha va a ser dura. No obstante, por lo menos tú has cumplido con tu deber, Nate, y yo me encargaré de que padre lo sepa.

Starbuck le dirigió una sonrisa inquieta.

—No me imagino a padre perdonándome.

—No es proclive a perdonar —asintió James—, pero si le explico lo valiosos que han sido tus servicios, ¿quién sabe? ¿Quizá verá una forma de restablecer su afecto? —De nuevo se atareó en la limpieza de sus gafas—. Aún sigue furioso, debo confesarlo.

—¿Por la chica? —preguntó Starbuck en tono brusco, aludiendo a la ira de su padre en la época en que se fugó de Yale—. ¿Y por el dinero que robé?

—Sí. —James se ruborizó y luego sonrió—. Pero ni siquiera padre puede negar la parábola del hijo pródigo, ¿verdad? Y yo le diré que ya es hora de perdonarte. —Calló, atrapado entre el deseo de confesar una emoción y una educación que le había enseñado a reprimir ese tipo de sentimientos reveladores. El deseo se impuso—: Hasta que te fuiste no me di cuenta de lo mucho que te echaba de menos. Siempre fuiste el rebelde, ¿verdad? Creo que necesitaba tus desafíos más de lo que me daba cuenta. Después de que te marcharas pensé que teníamos que haber sido mejores amigos y ahora va a ser posible.

—Es muy amable por tu parte —repuso Starbuck, muy incómodo.

—¡Vamos! —De repente, James se deslizó de su silla y se arrodilló sobre la alfombra arrugada—. ¿Rezamos?

—Sí, desde luego —aceptó Starbuck, y por primera vez en meses se puso de rodillas. Su hermano rezó en voz alta, dando gracias al Señor por el regreso de su hermano pródigo y pidiendo la bendición de Dios para Nate, para el futuro de Nate y para la justa causa del Norte.

—Tal vez —dijo James al terminar— desees añadir algunas palabras a mi oración, Nate.

—Sólo amén —contestó Starbuck, que se preguntaba cuántas traiciones necesitaría cometer en los próximos días si quería mantener la promesa hecha al padre de Sally—. Sólo amén.

—Pues amén, amén y amén —repitió James.

Sonrió, inundado de felicidad, porque la virtud había triunfado, el pecador había regresado a su hogar y una desgracia familiar podría concluir por fin.

\* \* \*

El buque de la Confederación *Virginia*, construido por el procedimiento de acorazar el casco del viejo *Merrimack*, de la Armada de Estados Unidos, fue varado en tierra y quemado cuando Norfolk, su base, fue abandonada. La pérdida del acorazado rebelde abrió el río James a la marina de guerra nordista y una flotilla de buques se adentró río arriba, hacia Richmond. Las baterías rebeldes de ambas orillas fueron silenciadas por el fuego naval: los enormes proyectiles de los cañones Dahlgren destruían los parapetos ablandados por las lluvias; las granadas de cien libras lanzadas por los Parrott de tubo estriado destrozaban las plataformas artilleras corroídas por la humedad y hacían añicos las piezas y sus cureñas. Kilómetro a kilómetro, el escuadrón nordista formado por tres acorazados y dos cañoneras de madera avanzó río arriba, impulsado por la confianza de que no quedaba a flote en el James ningún barco secesionista capaz de enfrentarse a ellos y de que no había ninguna batería ribereña lo bastante fuerte para detener su progreso inexorable.

Nueve kilómetros al sur de Richmond, justo en el lugar en el que la flotilla debía girar en ángulo recto para navegar en dirección norte hacia el centro de la ciudad, se alzaba un último fuerte rebelde. Estaba situado en lo alto de Drewry's Bluff, una gran elevación en la orilla sur del James, y sus cañones pesados apuntaban al este, hacia la embocadura del río. Al norte de Drewry's Bluff, donde el fluir del río parecía invitar a adentrarse en el corazón de la rebelión, había atravesada en la corriente una barricada formada por barcazas que habían sido cargadas de piedras hasta hundirse y sujetadas a grandes pilotes. Las aguas pasaban sobre la barricada y fluían blancas de espuma por los pasadizos abiertos entre las barcas, mientras que una maraña de ramaje y troncos flotantes se había amontonado río arriba de forma que daba a aquel obstáculo una apariencia todavía más formidable.

La flotilla nordista llegó delante del último fuerte y de la barricada una mañana poco después de amanecer. Los cinco buques habían pasado la noche anterior anclados en medio de la corriente, hostigados por fuego de fusilería desde las dos orillas, pero ahora, con el sol naciente a la espalda, aprestaron las torretas y los puentes de sus buques para la batalla decisiva. Primero someterían el fuerte y luego abrirían una brecha en la barricada.

—¡Al anochecer en Richmond, muchachos! —gritó a sus artilleros un oficial del acorazado que abría la marcha.

A través de su catalejo podía ver la ciudad lejana a la luz del nuevo día; vio brillar el sol sobre las torres blancas y las columnas de los templos y sobre los techos que se alzaban en las siete colinas de la ciudad. Vio ondear las malditas banderas rebeldes y juró que antes de que acabara el día su buque desembarcaría una partida de asalto para apoderarse de uno de aquellos trapos arrancándolo del asta de la que estaba prendido en Richmond. Primero destruirían aquel último obstáculo, luego avanzarían contra la corriente hasta el corazón de la ciudad y bombardearían a sus habitantes

hasta que se rindieran. La victoria, al anochecer.

Los cinco barcos cargaron sus cañones, izaron las anclas del barro del lecho del río y avanzaron hacia la batalla con las banderas desplegadas brillando al sol. Los rebeldes dispararon primero, río abajo, cuando el navío más adelantado estaba a una distancia de seiscientos metros. Las granadas rebeldes silbaron al bajar de lo alto de la colina, dejando en el aire una fina estela de humo de las mechas encendidas. Los primeros disparos fueron al agua y levantaron grandes cantidades de líquido que fue a engrosar la neblina suspendida sobre el río. Luego hicieron blanco los primeros proyectiles y los artilleros rebeldes lanzaron vítores.

—¡Reservad el aliento! ¡Recargad! ¡Más deprisa ahora! —gritó un capitán de artillería.

El acorazado *Galena* encabezaba el ataque y encajó la andanada rebelde mientras maniobraba para colocarse en posición de disparo. Primero echó un ancla por la popa y luego, parando la hélice, dejó que la corriente hiciera derivar el buque hasta presentar toda la borda frente al pequeño fuerte situado en lo alto de la colina. El capitán del *Galena* intentó reducir el balanceo de la corriente soltando otra ancla por la proa cuando tuvo todo el costado del buque enfrentado a los cañones rebeldes, pero tan pronto como el acorazado remendado concluyó la maniobra las granadas rebeldes empezaron a hacer pedazos las partes forradas de metal. La coraza que cubría el casco de madera del *Galena* apenas ofreció resistencia a los grandes cañones del fuerte. Las planchas de hierro se combaron primero y se desprendieron luego, y los proyectiles enemigos mordieron en la madera sin protección del puente y lo convirtieron muy pronto en un matadero de fuego y acero al rojo vivo. Sonaron gritos bajo la cubierta baja, brotó el humo de las escotillas y el fuego asomó por las troneras. El buque cortó el cable del ancla y, con la sangre manando por los imbornales, flotó río abajo hacia un lugar seguro.

El *Monitor*, construido como acorazado y provisto de un puente y una torreta de metal macizo, se adelantó hacia el punto peligroso impulsado por su hélice de 2,75 metros de envergadura que batía el agua parda del río y removía el barro del fondo. Los artilleros del fuerte hicieron una pausa para dejar disiparse el humo de sus ocho cañones, y luego rectificaron el ángulo y nivelaron los trenes de rodaje de sus piezas para afinar la puntería. El *Monitor* era un blanco difícil, porque consistía en poco más que un puente plano de metal que apenas sobresalía del nivel de las aguas del río y sobre el que iba montada una torreta circular de unos seis metros de diámetro. Para los hombres del fuerte tenía el aspecto de un molde para pasteles montado sobre una bandeja metálica metida en el agua; luego una bocanada de humo indicó que se había puesto en marcha el motor que hacía girar la torreta para apuntar sus dos monstruosos cañones.

—¡Fuego! —gritaron los comandantes de las piezas rebeldes, y las llamas

brotaron de las bocas de los cañones, cuyo retroceso los hizo chocar con los topes colocados en la barbata del bastión. Los proyectiles se abatieron sobre el buque acorazado. Algunos levantaron grandes chorros de agua del río y otros impactaron en el blanco, pero sólo para rebotar en la coraza del puente, volar silbando hacia las orillas del río y perderse en la espesura.

Los marineros del *Monitor* abrieron las portas de los cañones. Todo el barco se estremeció cuando un disparo enemigo golpeó el puente, y de nuevo cuando la explosión de una granada hizo que la torreta resonase como un tambor gigante.

—¡Fuego! —gritó el oficial de la torreta a los artilleros.

—¡No pueden levantarse lo suficiente! —respondió un capitán artillero—. ¡Los cañones! ¡No se pueden elevar a un ángulo mayor!

Otra granada enemiga estalló en la torreta, lo que levantó el polvo de cada remache y lo proyectó al interior de la coraza. Otro proyectil que falló por poco salpicó de agua los tubos de los cañones, y otro aún hizo crujir la armadura metálica cuando impactó en ella.

El oficial atisbo por el visor de la pieza y vio que el tubo del arma apuntaba a la ladera situada debajo del fuerte.

—¡No pueden subir más! —gritó el capitán de artillería para hacerse oír por encima del ruido terrible de un proyectil macizo que colisionó contra las ocho placas de dos centímetros y medio de espesor cada una que formaban la coraza de la torreta. El motor principal del buque acorazado zumbaba en las profundidades de su estructura manteniendo a la nave contra la corriente, mientras cada pocos segundos un chasquido anunciaba el impacto de la bala de un fusilero que disparaba desde los puestos de tirador alineados en las orillas.

—¡Fuego de todos modos! —gritó el oficial.

El *Monitor* disparó, pero sus dos enormes granadas gemelas se enterraron sin más en la tierra húmeda de la ladera y causaron una pequeña avalancha de tierra húmeda pendiente abajo. Otras granadas enemigas impactaron y rebotaron en la coraza de dos centímetros y medio de grosor del puente; grandes chorros de agua del río ahogaron las tomas de aire de los motores. El piloto, que se esforzaba en compensar el empuje lateral de la monstruosa hélice, miró a través de las ranuras abiertas en los bloques de hierro macizo del puesto de pilotaje, pero no vio más que agua y humo de pólvora. El acorazado volvió a disparar y toda la popa del barco se sumergió momentáneamente unos centímetros en el agua debido al retroceso de los dos grandes cañones, pero de nuevo los disparos impactaron muy por debajo del fuerte de muros de tierra apisonada construido a tanta altura sobre el río.

—¡Marcha atrás! —gritó el capitán del barco al piloto. El *Monitor*, incapaces sus cañones de alcanzar las baterías del enemigo, se deslizó río abajo detrás del derrotado *Galena*, y el piloto pudo oír los silbidos de rechifla de la infantería rebelde apostada



en las orillas.

El tercer buque acorazado, el *Naugatuck*, pasó junto al frustrado *Monitor* para ocupar la posición más avanzada en el cauce estrecho del río. Su primera andanada quedó corta, la siguiente pasó por encima del fuerte y astilló las ramas altas de los árboles que crecían detrás; luego los artilleros consideraron que habían ajustado la elevación correcta e introdujeron una granada de cien libras de peso en el tubo de cuatro metros de largo de su cañón Parrott. Se echaron atrás, el artillero tiró del acollador para accionar el detonador de fricción y disparar la pieza, pero lo que ocurrió fue que todo el tubo, más de cuatro toneladas de hierro colado, estalló con un fogonazo cegador. Los hombres sucumbieron entre chorros de sangre cuando los fragmentos de metal salieron despedidos por todo el puente. Se produjo un incendio que hizo estallar la carga dispuesta para el cañón vecino. Esa explosión menor abrió el tórax de un hombre con la limpieza con que lo habría hecho un cuchillo y dejó sus intestinos colgados de una grúa para subir la munición como si fueran la ristra de embutidos de un carnicero. Una granada enemiga agravó el horror, al entrar por la tronera abierta de un cañón y matar a dos hombres que arrastraban desde la popa una manguera para apagar el fuego. Las llamas se extendieron por todo el puente y obligó a las dotaciones de los cañones a retroceder hacia la popa, donde se convirtieron en blancos fáciles para los fusileros rebeldes de las orillas. Finalmente las bombas del barco consiguieron controlar el fuego, pero sólo después de que el *Naugatuck*, como antes el *Galena* y el *Monitor*, derivara corriente abajo para colocarse fuera del alcance de los cañones enemigos. Las dos cañoneras más pequeñas dispararon desde larga distancia, pero ninguna de las dos se atrevió a exponer su frágil casco de madera a los cañones pesados intactos de Drewry's Bluff, y metro a metro, como reacia a admitir la derrota, la maltrecha flotilla se dejó ir río abajo.

En Richmond los cañonazos sonaron como truenos de una tormenta de verano, hicieron retemblar las ventanas y agitarse las aguas de colores que llenaban las redomas de cuello largo alineadas en el escaparate del salón de peluquería de Monsieur Ducquesne. Los mil doscientos esclavos que trabajaban en las infernales dos hectáreas de las acerías Tredegar aclamaron en silencio a los invisibles atacantes, mientras sus supervisores atisbaban nerviosos por las ventanas mugrientas como si esperaran ver una flota monstruosa de acorazados yanquis acercarse humeantes por la curva del río de Rockett's Landing con sus chimeneas altas oscureciendo el cielo y sus grandes cañones alzados para hacer pedazos el corazón secesionista del Capitolio. Pero nada se movió en el río, a excepción del agua agitada por el viento. Los cañones tronaban y el ruido sonaba ahogado en la mañana larga y cálida.

Aquel sonido convocó de urgencia una reunión de ciudadanos libres que fueron congregándose al pie de la gran escalinata de la Cámara del Estado. Desde el más alto de los peldaños, enmarcados y ennoblecidos por las imponentes columnas de la

arquitectura de Jefferson, el alcalde de Richmond y el gobernador de Virginia juraron a dúo que la ciudad jamás se rendiría mientras quedara un átomo de aliento en sus cuerpos y de orgullo en sus corazones. Prometieron luchar calle por calle, casa por casa, y anunciaron que las aguas del James se tornarían carmesíes por la sangre yanqui antes de que la ciudad de Virginia se doblegara ante la tiranía del Norte. La multitud, que enarbolaba armas de todo tipo, vitoreó aquellos sentimientos.

Julia Gordon, de regreso a su hogar con un par de conejos esqueléticos que había trocado en el mercado de Union Street por un delicado mantel de damasco que había formado parte del ajuar de boda de su madre, se detuvo a poca distancia del gentío allí congregado para escuchar a los oradores. Advirtió en las pausas entre los aplausos que el estruendo de los cañones parecía ascender, bajar, apagarse y propagarse en ecos igual que una tormenta lejana. Había empezado a hablar un famoso congresista confederado, utilizando como texto un ejemplar del *Herald* de Nueva York que reseñaba que los ciudadanos de Albany, la capital del estado de Nueva York, celebraban ya la inminente victoria del Norte sobre la secesión. En las calles del Norte la gente bailaba, gritó el congresista, porque los arrogantes yanquis daban ya la guerra por ganada. ¿Y por qué estaban tan seguros?, preguntó el orador. Porque el gran McClellan marchaba sobre Richmond.

—¿Y vencerá McClellan? —rugió el orador.

—¡No! —bramó en respuesta la multitud.

El Joven Napoleón, dijo el orador, encontrará aquí su Waterloo y el jolgorio de las calles de Albany se trocará en duelo. Las bandas de música de baile darán paso a los tambores amortiguados, y los arlequines a viudas plañideras. Por cada valiente enterrado en el cementerio de Hollywood de Richmond, prometió el orador, veinte cadáveres recibirían sepultura en el Norte, y por cada lágrima vertida por una viuda sudista se llenarían cubos enteros en la Unión aborrecida. Richmond no iba a rendirse, el Sur no iba a ceder, la guerra no estaba perdida. La multitud gritó y los cañones lejanos se hicieron eco de la ovación.

Julia siguió despacio su camino, con los dos conejos muertos goteando en su mano. Dio un rodeo para evitar el gentío y tomó el camino que bajaba hacia la torre de las Campanas. Había mendigos mutilados sentados junto a las barandillas que rodeaban la torre, todos ellos heridos en la batalla de Manassas. Al otro lado de la torre, aparcado junto a Saint Paul en la calle Nueve, esperaba un coche fúnebre tirado por una pareja de caballos adornados con penachos de plumas negras. Los postillones negros llevaban guantes blancos y levitas negras. Detrás del coche una pequeña banda militar con brazaletes negros esperaba la salida del féretro de la iglesia.

Julia cruzó la calle delante de los caballos emplumados, subió la escalinata del Departamento de la Guerra y preguntó al funcionario sentado en el vestíbulo si el mayor Adam Faulconer, del estado mayor del general Johnston, se encontraba en el

edificio. El funcionario ni siquiera necesitó consultar su registro.

—Todos los oficiales del estado mayor del general están fuera de la ciudad, señorita. Hace ya un mes que no hemos visto por aquí al mayor Faulconer.

—¿No ha enviado una carta para mí? —preguntó Julia. A veces los oficiales de estado mayor evitaban las demoras del servicio de correos utilizando mensajeros del ejército para llevar sus cartas privadas a la ciudad—. ¿Para la señorita Gordon? —precisó Julia.

El funcionario buscó entre las cartas que tenía sobre la mesa, pero no había ninguna para Julia. Ella le dio las gracias y reanudó su paseo, subiendo despacio la colina y girando en Franklin Street mientras intentaba decidir si se sentía decepcionada por el silencio de Adam o bien si, por extraño que pudiera parecer, aquello le suponía un alivio. Julia había escrito para decir a Adam que tenía un mensaje para él, pero no había recibido ninguna respuesta y empezaba a sospechar que su silencio tal vez fuera un síntoma de un cambio en sus sentimientos.

Julia se había sorprendido cuando Adam empezó a cortejarla, pero también se sintió halagada, porque él era un hombre notablemente bien parecido y conocido como una persona a la vez honorable y honrada. Adam era también —y Julia no era tan insincera como para pretender que aquella ventaja carecía de importancia— el único heredero de una de las mayores fortunas de Virginia, y aunque Julia se repetía continuamente a sí misma que su afecto por Adam no se vería alterado por esa circunstancia, también sabía que esa circunstancia debía de tener unos efectos tan marcados y constantes como la atracción invisible de la luna en las mareas. La madre de Julia vivía bajo la continua vergüenza de la pobreza y esa vergüenza amargaba la vida de su marido. Julia era consciente de que emparentando con la familia Faulconer podría aliviar la infelicidad de sus padres.

No obstante, y aquí Julia cayó en un ensueño mientras recorría despacio la ciudad, había algo que no encajaba en sus sentimientos hacia Adam. ¡Era tan imprecisa, se dijo, la palabra «amor»! ¿Amaba ella a Adam? Estaba segura de que sí, e imaginaba una vida repleta de buenas obras y de caridad que se prolongaría muchos años, incluso hasta el siguiente siglo, y siempre que pensaba en esa vida buena y útil se veía a sí misma servicial y atareada, pero no se imaginaba feliz. No sería infeliz, sin duda, pero tampoco feliz, y entonces se reñía a sí misma por el egoísmo poco cristiano de pretender la felicidad a toda costa. La felicidad, se dijo a sí misma, no era el producto de la persecución del placer, sino un efecto que surgía del compromiso incesante con las buenas obras.

Pero a veces, cuando la despertaba en medio de la noche el silbido del viento en los tejados o el gorgoteo de la lluvia en los canalones, se sentía melancólica porque echaba de menos un poco de alegría. ¿Se preocupaba alguna vez Adam por la falta de alegría?, pensó. Parecía tan triste, tan repleto de propósitos elevados y de

preocupaciones profundas. Decía que era la guerra lo que oprimía su alma, pero Julia no era ciega y veía a otros jóvenes cuyo amor feliz trascendía la lucha en la que estaban empeñados.

Julia se dio cuenta de que caminaba por Franklin Street en dirección oeste, lo que significaba que pronto pasaría por delante de la casa en la que vivía Sally Truslow. Julia todavía no había reunido el valor suficiente para hacer aquella visita y se avergonzaba de su debilidad. Pasó ante la casa por la acera de enfrente y se sintió intimidada por su aspecto imponente. Un sol neblinoso relucía en las ventanas, pero no conseguía ocultar las lámparas colgadas de los techos de las habitaciones. La puerta principal brillaba a aquella luz extraña. Sintió el impulso de cruzar la calle y tirar de la cadena de bronce de la campanilla, pero luego decidió que entrar en una casa así, aunque fuera una casa de mala reputación, con dos conejos ensangrentados no era el camino más indicado para salvar un alma. Y ése, se repitió a sí misma, era el motivo por el que quería visitar a Sally.

Siguió caminando hasta su casa, pasando por delante de viviendas con los postigos herméticamente cerrados y los cerrojos corridos, porque sus habitantes habían huido de la proximidad de los yanquis. La ciudad era más segura a causa de la evacuación porque el ejército había incrementado las patrullas de policía militar, en un esfuerzo por proteger propiedades que de otro modo quedarían sin vigilancia. Otras patrullas recorrían los barrios más pobres de la ciudad en busca de desertores refugiados allí, mientras los periódicos proclamaban que las autoridades estaban dedicadas a la caza de espías nordistas que se lucraban traicionando a la Confederación. La ciudad estaba llena de rumores y de miedo, y ahora se estremecía con el estruendo de los cañones. El enemigo estaba a las puertas.

Julia llegó a la casa de sus padres. Se quedó inmóvil durante un instante y escuchó el tronar amortiguado de cañones pesados que disparaban en el río. Cerró los ojos y musitó una oración para que todos los jóvenes volvieran sanos y salvos a sus hogares. Inesperadamente se le presentó una imagen de Starbuck y tanto la sorprendió aquella intrusión que rompió a reír. Luego se llevó dentro los conejos y cerró la puerta al estruendo de la guerra.

\* \* \*

La carta de Belvedere Delaney al teniente coronel Thorne estuvo escondida toda una semana en el taller del zapatero de Catlett's Station. Cada día el zapatero guardaba nuevas cartas en su escondite, hasta que consideró que tenía ya las suficientes para justificar un viaje. Entonces, con dieciséis cartas para el coronel Thorne metidas todas en un sobre grande, cerró el taller y dijo a sus amigos que iba a entregar unos zapatos remendados a clientes que vivían lejos. Luego, cargado con

una pesada bolsa llena de zapatos y con el sobre clandestino oculto en el forro, emprendió la marcha hacia el norte. Una vez fuera de su distrito viajó sólo de noche, cuidando de eludir las patrullas de jinetes voluntarios que no habrían dudado en colgar del árbol más próximo a un negro libre, con o sin pasaporte.

Tardó dos noches en llegar a las líneas federales al sur del Potomac, donde sencillamente se coló paseando en un campamento de infantería de Pensilvania.

—¿Buscas trabajo, Sambo? —le gritó un sargento.

—Sólo traigo el correo, señor.

El zapatero se quitó el sombrero e inclinó respetuosamente la cabeza.

—El coche del correo está en el cobertizo del buhonero, pero ¡ojo! que te estoy vigilando. Como robes algo, negro bastardo, haré que mis hombres utilicen tu pellejo como diana en los ejercicios de tiro.

—¡Sí, señor! ¡Me portaré bien, señor! ¡Gracias, señor!

El funcionario del servicio de correos se hizo cargo del sobre grande, lo franqueó, empujó el cambio a través del mostrador y dijo al zapatero que ahuecara el ala. Al día siguiente las dieciséis cartas fueron depositadas sobre el escritorio del teniente coronel Thorne, en el Departamento de Inspección General de Washington D.C., y allí esperaron junto a un centenar más de cartas que solicitaban la atención del coronel. La oficina del coronel estaba atrozmente necesitada de personal porque, dada la rápida expansión del ejército de Estados Unidos, el Departamento de Inspección General se había convertido por la fuerza misma de las cosas en el lugar más adecuado para que le delegaran las tareas que ningún otro departamento tenía competencias o ganas de llevar a cabo. Entre esas tareas figuraba la evaluación de los informes llegados de la Confederación, una tarea que habría sido más adecuado centralizar en la Oficina del Servicio Secreto. Sin embargo, en el gobierno de Estados Unidos no todos compartían la fe del general McClellan en el detective Pinkerton, de modo que se había montado un servicio de inteligencia autónomo en Washington que, como todas las demás responsabilidades huérfanas, había ido a parar al Departamento de Inspección General.

Toda esa azarosa delegación de responsabilidades acabó por llevar la oferta original de ayuda de Belvedere Delaney hasta el escritorio del teniente coronel Thorne. Desde aquel día Delaney, como otra veintena de simpatizantes del Norte en la Confederación, envió su material a Thorne, que añadió esa correspondencia al enorme flujo de información que amenazaba desbordar unas oficinas ya sobrecargadas con otras tareas inverosímiles. Así, cuando la última carta de Delaney llegó a su despacho, Thorne no se encontraba en Washington o en sus alrededores, sino en Massachusetts, llevando a cabo una gira de inspección de los fuertes costeros del Norte, gira que había de durar hasta bien avanzado el mes de mayo, de modo que la carta de Delaney esperó en Washington mientras el coronel Thorne revisaba los

baldes previstos para caso de incendio y las letrinas de Fort Warren. No era aquélla, se dijo Thorne, la razón por la que se había alistado en el ejército, pero aún seguía alimentando la esperanza de galopar algún día a través de un campo de batalla nublado por el humo y salvar a su país del desastre. El coronel Thorne, a pesar de su espalda tiesa como el palo de una escoba, de su rostro endurecido y de sus ojos inflexibles, aún alimentaba sueños de soldado y rezaba oraciones de soldado, en las que pedía a Dios poder batirse al menos en una batalla por su país antes de que el Joven Napoleón trajera a Norteamérica una paz duradera.

De modo que la carta siguió acumulando polvo.

\* \* \*

El torpedo terrestre fue colocado de modo que el comandante del Ejército del Potomac pudiera ver por sí mismo en el fondo de qué abyectos abismos habían caído las fuerzas rebeldes.

—Sólo debido a la gracia de Dios todopoderoso hemos descubierto éste antes de que explotara, pero Dios sabe cuántos otros habrán estallado sin previo aviso.

Quien hablaba era un mayor bajito y brusco del Cuerpo de Ingenieros, vestido con camisa y tirantes y con un aire de competencia eficiente que a Starbuck le recordó a Thomas Truslow.

El mayor general McClellan se apeó de su caballo y se acercó con pasos rígidos a examinar el torpedo terrestre, que había sido escondido en un barril sobre el que se había estarcido la siguiente leyenda: OSTRAS SECAS, SRES. MOORE Y CARLINE, MT. FOLLY, VA. McClellan, inmaculado en su levita azul con una doble hilera de botones de bronce y un elegante cinturón dorado, se aproximó con cautela al barril.

—Ahora no hay peligro, señor, como puede ver. —El mayor debía de haberse dado cuenta del nerviosismo del general—. Pero era un artefacto diabólico, por mi alma que lo era, señor.

—Una desgracia —comentó McClellan, siempre a prudente distancia del barril de ostras—. Una completa desgracia.

—Lo encontramos en esa casa. —El mayor señaló una pequeña granja abandonada, a unos cien metros de la carretera—. Lo hemos traído aquí para que usted lo vea, señor.

—¡Y así había de hacerse, para que todo el mundo lo vea! —McClellan estaba de pie muy rígido, con una mano metida en una abertura desabotonada de su levita y un ceño de preocupación en el rostro. Ese ceño, según había observado Starbuck, parecía ser la expresión perpetua del joven general—. No habría creído —declaró McClellan despacio y en voz alta para que los jinetes reunidos a un lado de la carretera pudieran

escuchar todas sus palabras— que hombres nacidos y educados en Estados Unidos de América, incluso tratándose de hombres mordidos por el veneno del secesionismo, fueran capaces de maquinar estratagemas tan bajas y recurrir a artefactos tan malvados.

Muchos de los oficiales montados asintieron con gravedad, en tanto que Pinkerton y James, que acompañaban con Starbuck al general en su cabalgada hacia el oeste, emitieron un murmullo de desaprobación. Los reporteros de la prensa extranjera, a los que McClellan había dirigido en realidad sus comentarios, garabateaban en sus cuadernos. El único hombre que no pareció sorprendido ni ofendido por el barril-trampa fue un observador militar francés tuerto y lleno de cicatrices que, según observó Starbuck, parecía divertirse mucho con todo lo que veía, incluido aquel artefacto maligno.

El barril de ostras había sido llenado a medias con arena, en la que se había hundido en posición vertical una granada de diez centímetros de largo. La caperuza de cobre de la espoleta había sido desatornillada de la cabeza de la granada dejando a la vista una barra estrecha que se adentraba en la tripa explosiva del proyectil. Esa barra había sido rellena con pólvora, pero no sin antes soldar en la cabeza de la granada un mecanismo de chispa bastante tosco y anticuado. El mayor mostró cómo una cuerda atada a la parte interior de la tapa del barril habría accionado el mecanismo y producido una chispa que inflamaría la pólvora y haría estallar la carga principal encerrada en el interior de la granada.

—Habría matado fácilmente a un hombre —sentenció el mayor en tono solemne—. A dos o tres, si hubieran estado lo bastante juntos.

Los confederados en retirada habían dejado decenas de esos torpedos terrestres. Algunos se enterraban en los caminos, otros junto a los pozos, otros en casas abandonadas; eran tantos que ahora los yanquis al avanzar habían aprendido a buscar cables u otros mecanismos detonantes, pero cada día uno o dos de aquellos artefactos seguían causando víctimas, y cada víctima era una nueva ofensa sufrida por los nordistas.

—Son tácticas —anunció McClellan a los periodistas que acompañaban a su estado mayor— que incluso salvajes bárbaros tendrían reparos en utilizar. Ustedes pensarán, ¿no es así?, que con la ventaja numérica de que disfrutaban los rebeldes, no tendrían necesidad de recurrir a este tipo de medidas desesperadas. Pero esos mecanismos son, supongo, la prueba de su degradación espiritual y moral.

Se oyeron murmullos de asentimiento cuando el general volvió a montar en su caballo y picó espuelas para alejarse del barril letal. Los demás jinetes se apresuraron a buscar un lugar detrás del comandante del ejército y se esforzaron en atraer la atención del gran hombre, pero McClellan, al buscar compañía para la siguiente etapa de su viaje, hizo una seña a Pinkerton.

—¡Traiga a su hombre, Pinkerton! —llamó McClellan, y Pinkerton apremió a Starbuck para que se adelantara. Habían esperado durante días una entrevista con el general, entrevista por la que Starbuck no sentía el menor entusiasmo pero que Pinkerton insistía en llevar a cabo—. ¿De modo que éste es su mensajero, Pinkerton? —inquirió McClellan con énfasis.

—Lo es, señor, y un hombre valeroso.

McClellan observó a Starbuck, sin que su rostro reflejara lo que pensaba de él. Cabalgaban por terreno llano, junto a campos desolados, cenagales profundos y pinos raquíuticos. Los jacintos crecían a la orilla de los pequeños arroyos, pero apenas había en el paisaje ningún otro toque de color que alegrara la vista.

—¿Su nombre? —ladró McClellan a Starbuck.

—Starbuck, señor.

—Su hermano, señor, es uno de mis hombres más valiosos. —Allan Pinkerton señaló a James con la boquilla de su pipa—. Está detrás de nosotros, señor, si desea saludarle.

—Perfectamente, por supuesto —dijo McClellan a regañadientes, y luego volvió a guardar silencio.

Starbuck examinó con disimulo al comandante yanqui y vio a un hombre de baja estatura y robusto, de cabellos de un tono castaño claro, ojos azules y tez fresca. El general mascaba tabaco y de vez en cuando escupía un chorro de jugo al camino, cuidando de inclinarse lo suficiente en la silla para que los escupitajos no le mancharan el uniforme ni salpicaran sus botas impolutas y relucientes.

—¿Conocía usted el contenido del mensaje que entregó? —preguntó de pronto McClellan a Starbuck.

—Sí, señor.

—¿Y? ¿Qué me dice? ¿Está de acuerdo con él?

—Claro que sí, señor.

—Un mal asunto —concluyó McClellan—. Mal asunto. —Guardó silencio de nuevo y Starbuck se dio cuenta de que el sardónico oficial francés se había acercado con intención de escuchar su conversación. También McClellan se dio cuenta de la maniobra del francés—. ¿Sabe, coronel Lassan, contra qué estamos luchando? —El general se giró en la silla para mirar de frente al francés.

—¿Qué es exactamente ese qué, *mon general*?

—¡Un enemigo abrumadoramente superior, ése es el qué! Un enemigo que cuenta con dos soldados por cada uno nuestro, ¿y qué hacen en Washington? ¿Sabe usted lo que hacen? Impiden que el cuerpo de McDowell venga a reforzarnos. En todos los anales de la guerra, coronel, en toda la historia militar, ¿ha sabido usted de una traición semejante? ¿Y por qué? ¿Por qué? Para preservar Washington, que no está siendo atacada, ¡en absoluto! ¡Son estúpidos! ¡Cobardes! ¡Traidores! ¡Bestias!



Aquella pasión repentina asombró a Starbuck, aunque apenas podía considerarse una sorpresa. La mayor parte del ejército estaba al corriente de la furia del mayor general McClellan cuando se enteró de que el presidente Lincoln había prohibido al 1.<sup>er</sup> Cuerpo embarcarse para reforzar a los hombres desplegados en la península. McClellan, había dicho el presidente, tendría que arreglárselas con los ciento veinte mil hombres que tenía bajo su mando. McClellan declaró que los treinta y cinco mil efectivos que reclamaba eran la clave para la victoria del Norte.

—Si contara con esos soldados podría conseguir algo. Tal como están las cosas, sólo cabe esperar un milagro. Ninguna otra cosa podrá salvarnos ahora, sólo un milagro.

—Desde luego, *mon general* —corroboró el coronel Las— san, pero Starbuck se dio cuenta de que lo decía con una extraordinaria falta de convicción.

McClellan se volvió de nuevo hacia Starbuck y quiso saber qué unidades había visto desfilar por las calles de Richmond. Starbuck, que a esas alturas estaba ya acostumbrado a contar las mentiras más monstruosas, fue detallando una tras otra unidades que jamás había visto ni oído hablar de ellas. Se inventó toda una brigada de Florida, un regimiento de caballería de Luisiana, y describió baterías de artillería pesada surgidas por ensalmo en el aire cálido de Virginia. Para su asombro y diversión, McClellan le escuchaba con tanta avidez como lo había hecho Pinkerton y tomaba las palabras de Starbuck como prueba de que un enemigo poderoso lo esperaba emboscado en los alrededores de Richmond.

—¡Es tal como nos temíamos, Pinkerton! —exclamó McClellan cuando se agotaron los recursos de la imaginación de Starbuck—. ¡Johnston debe de contar con ciento cincuenta mil hombres bajo su mando!

—Por lo menos, señor.

—Tendremos que ser prudentes. Si pierdo este ejército, la guerra se había acabado —decretó McClellan—. Necesitamos conocer el despliegue exacto de esas nuevas brigadas rebeldes. —Esa última petición iba dirigida a Pinkerton, que aseguró al general que Starbuck estaba dispuesto a viajar de vuelta a Richmond tan pronto como se le proporcionara una lista con las preguntas que McClellan deseaba que respondiese el valioso y misterioso espía que al parecer estaba oculto en el corazón mismo del alto mando confederado—. Tendrá usted sus preguntas —aseguró McClellan a Starbuck, y luego alzó la mano en respuesta a los vítores de un grupo de negros colocados junto a la carretera. Una mujer con un vestido harapiento y un delantal rasgado se adelantó con un ramo de jacintos que ofrendó al general. McClellan dudó, sin duda con la esperanza de que alguno de sus ayudantes se adelantara a recibir las flores en su lugar, pero la mujer puso el ramo en sus manos. Las recibió con una sonrisa forzada—. Pobre gente —comentó cuando estuvieron fuera del alcance de sus oídos—. Creen que hemos venido a liberarlos.

—¿Y no es así? —Starbuck no pudo reprimir la pregunta.

—Ésta no es una guerra para despojar a ciudadanos de Estados Unidos de sus legítimas propiedades, ni siquiera a ciudadanos que han sido tan locos como para montar una rebelión armada contra su gobierno. —El general parecía enojado por tener que dar aquella explicación—. Éste es un conflicto para preservar la Unión y si yo creyera por un momento que estuviéramos arriesgando la vida de hombres blancos para liberar esclavos, dimitiría al instante de mi cargo. ¿No es así, Marcy?

Había aullado por encima del hombro aquella petición de confirmación y Marcy, un oficial de estado mayor de aspecto tristón aseveró que, en efecto, tal era la firme opinión del general. McClellan bajó de pronto la vista, se enfureció al ver los jacintos que llevaba en la mano y los arrojó a un lado de la carretera, donde quedaron esparcidos en un charco. Starbuck se giró en su silla y vio que los negros aún miraban hacia los jinetes. Sintió una repentina tentación de desmontar y recoger las flores, pero justo en el momento en que tiraba de las riendas el caballo de Pinkerton pisoteó las flores, que quedaron aplastadas en el barro.

La vista de los negros indujo al coronel Lassen, que hablaba un inglés perfecto, a hablar de una muchacha esclava que había conocido en Williamsburg.

—Sólo tenía diecinueve años y era una preciosidad. Tenía cuatro hijos, cada uno de ellos con un hombre blanco distinto. Aseguraba que sus hijos eran su posesión de más valor. Estaba orgullosa de ellos. Decía que un varón mulato podía venderse por quinientos dólares.

—Una mulata bonita valdría bastante más —señaló Pinkerton.

—Y algunas son casi blancas —observó un oficial de estado mayor—. Imposible encontrar diferencias.

—Compre una blanquita, Lassen, y llévesela a casa —sugirió Pinkerton.

—¿Por qué sólo una? —preguntó el francés con fingida inocencia—. Podría llevarme un cargamento completo si todas fueran lo bastante hermosas.

—¿Es verdad...? —interrumpió McClellan la conversación en un tono que sugería que desaprobaba aquella charla ociosa y lasciva—. ¿Es verdad... —repitió mirando directamente a Starbuck— que han nombrado a Robert Lee segundo al mando de Johnston?

—No estaba enterado de eso, señor —respondió Starbuck, sincero.

—Ruego por que sea verdad —dijo McClellan con un ceño pensativo—. Lee siempre ha sido demasiado prudente. Es un hombre débil. No le gusta la responsabilidad. Le falta firmeza moral y los hombres como él se comportan con timidez bajo el fuego. Lo he notado. ¿Cómo llaman a Lee en el Sur? —preguntó a Starbuck.

—«Granny», señor.

McClellan lanzó una breve carcajada.

—Supongo que un joven Napoleón podrá manejar a una abuelita, ¿eh, Lassan?

—Ya lo creo, *mon general*.

—Pero ¿podrá manejar a ciento cincuenta mil rebeldes? —preguntó McClellan, y luego calló como si meditara sobre la cuestión.

Cabalgaban por una zona donde había infantería acampada y las tropas nordistas, al descubrir que su general estaba en las proximidades, corrieron a la carretera y empezaron a vitorearlo. Starbuck, mientras se separaba del lado de McClellan, se dio cuenta del estímulo que suponía para el pequeño general la adulación de sus tropas y lo sincera que era esa adulación. Los hombres se sentían más animados por la presencia de McClellan del mismo modo que el general se veía vivificado por sus ovaciones. Éstas se hicieron aún mayores cuando detuvo su caballo y pidió a un soldado que le prestara un momento su pipa para encenderse él mismo un cigarro. Aquel gesto familiar les pareció especialmente conmovedor a los infantes que se arremolinaron para tocar el gran caballo bayo del general.

—¡Díganos cuándo vamos a zurrar a los rebeldes, general! —gritó un hombre.

—¡A su debido tiempo! ¡Todo a su debido tiempo! ¡Sabéis que no quiero arriesgar vuestras vidas sin necesidad! ¡Todo a su debido tiempo!

Uno de los hombres ofreció al general un pedazo de galleta y McClellan provocó grandes ovaciones al preguntar con falsa ingenuidad si se suponía que tenían que comerse aquello o lo usaban para reparar los tejados.

—Es un hombre admirable —confió James a su hermano.

—¿Verdad que sí? —ratificó Starbuck.

En los últimos días había descubierto que la mejor manera de tener contento a James era darle blandamente la razón en todo lo que decía, pero incluso aquel pequeño gesto se le atragantaba a veces. El alivio y el placer de James ante el regreso del hermano pródigo eran sinceros y deseaba hacer feliz a Starbuck por haber cambiado de actitud, pero sus atenciones resultaban empalagosas. James estaba convencido, igual que su padre, de que el tabaco era una hierba diabólica, pero si Starbuck tenía ganas de fumar su hermano se sentía feliz comprando cigarrillos a los buhoneros del ejército, cuyos carros servían de tenderetes allí donde acampaba un regimiento. James fingía incluso creer a Starbuck cuando éste aseguraba que necesitaba el vino y el whisky para calmar su estómago dispéptico, y adquiría aquella llamada medicina con su propio dinero.

Los mimos continuos de James sólo consiguieron aumentar el sentimiento de culpa de Starbuck, una culpa agravada cuando vio lo mucho que agradaba a su hermano su compañía. James estaba orgulloso de su hermano, lo envidiaba incluso, y se complacía en difundir la historia de que su hermano, lejos de ser un *copperhead* el año anterior, de hecho había sido agente del Norte desde que se cruzaron los primeros disparos de la guerra. Starbuck no desmintió esa historia, pero el placer que James

encontraba en ella aumentaba su mala conciencia por su propósito de traicionar aquella confianza. Sin embargo, de una forma perversa, la perspectiva de esa traición le resultaba aún más deseable porque significaría regresar a Richmond y escapar a las atenciones de James. Lo único que retrasaba el regreso de Starbuck era la lista de preguntas que se suponía había de trasladar a Adam. Esas preguntas estaban siendo redactadas por McClellan y Pinkerton, pero como cada día traía nuevos rumores de refuerzos rebeldes, también cada día crecía el número de preguntas y se corregían las que ya figuraban en la lista.

Apareció otro grupo de soldados eufóricos que rodearon a su general, tantos que James y Starbuck se vieron apartados a un lado por la presión de aquella masa de cuerpos. El caballo de Starbuck se desvió a un lado y empezó a pacer la hierba que crecía entre las rodadas embarradas abiertas en el borde de la carretera. El general McClellan despachó su discurso habitual sobre conducir a sus preciosos muchachos a la victoria, pero sólo a su debido tiempo y en las circunstancias propicias. Los hombres aplaudieron aquellas palabras y el general prosiguió su marcha hacia el oeste.

—Lo seguirán a cualquier parte —dijo en voz baja una voz sardónica justo detrás de Starbuck—. Por desgracia, él nunca quiere llevarlos a ninguna parte.

Starbuck se volvió y vio que quien hablaba era el agregado francés de la cara destrozada, el coronel Lassan, cuyo ojo ausente estaba tapado por un parche mohoso. El uniforme del francés evocaba glorias pretéritas, el hilo metálico de su uniforme había perdido su lustre y las charreteras se deshilachaban. Al costado pendía una espada enorme, recta, con empuñadura de acero, y tenía dos revólveres en sendas fundas en la silla de montar. Encendió un cigarro y lo ofreció a Starbuck. El gesto hizo que el resto de los oficiales de estado mayor siguiera adelante, que era evidentemente lo que deseaba el francés.

—¿Ciento cincuenta mil hombres? —preguntó Lassan en tono escéptico.

—Tal vez más. —Starbuck tomó el cigarro—. Gracias.

—¿Setenta mil? —El francés encendió otro cigarro para sí mismo, y chascó la lengua. El caballo se puso en marcha, obediente.

—¿Señor?

—Calculo, *monsieur*, que el general Johnston tiene setenta mil hombres. Como mucho. Y que su misión consiste en engañar al general McClellan.

Sonrió a Starbuck.

—Esa sugerencia, señor, es ofensiva —protestó Starbuck, indignado.

—Por supuesto que es ofensiva —confirmó Lassan, divertido—, pero también es cierta, ¿no? —Delante de ellos, apenas visible debido a una espesa ráfaga de lluvia que se dirigía hacia el grupo de jinetes, la forma bulbosa amarilla de uno de los globos del profesor Lowe flotaba en el cielo gris—. Déjeme explicarle mi posición,

señor Starbuck —continuó Lissan en tono suave—. Soy un observador, enviado por mi gobierno para estudiar la guerra e informar a París sobre las técnicas y las armas que podrían ser útiles para nuestro propio ejército. No he venido aquí a tomar partido. No soy como el conde de París o el príncipe de Joinville —señaló a los dos elegantes oficiales de estado mayor franceses que cabalgaban detrás del general—, que han venido a luchar por el Norte. Con franqueza, no me importa cuál de los dos bandos gane. No es asunto mío, sólo he de observar y escribir informes, y me parece que tal vez ya es hora de observar la lucha desde el lado sudista.

Starbuck se encogió de hombros, como para indicar que las decisiones de Lissan no eran de su incumbencia.

—Porque me gustaría mucho ver cómo se proponen setenta mil hombres burlar a ciento veinte mil atacantes —dijo Lissan.

—Los ciento cincuenta mil hombres del ejército rebelde —repuso Starbuck, tozudo— cavarán trincheras y tratarán de rechazar a los nordistas con fuego de artillería.

—No lo creo —replicó Lissan—. No pueden permitirse tener a tantos yanquis sentados a la puerta, ni pueden competir con McClellan en una guerra de asedio. Puede que la competencia de ese hombre esté sobrevalorada, pero es un experto en ingeniería. No, ustedes los rebeldes tienen que superarlo tácticamente, y la batalla será fascinante. Mi problema es, desde luego, que no se me permite cruzar las líneas. Mis opciones son, o bien navegar a las Bermudas y pagar a uno de los barcos que burlan el bloqueo para que me lleve como polizón a alguno de los puertos de la Confederación, o bien ir hacia el oeste y procurarme la forma de volver por tierra, a través de Misuri. En uno y otro caso me perderé los combates de esta primavera. A menos, claro está, que usted me permita acompañarlo cuando regrese usted al lado rebelde.

—Si regreso al lado rebelde —contestó Starbuck con tanta altivez como pudo reunir—, lo haré como agente al servicio de Estados Unidos.

—¡Tonterías! —replicó Lissan sin inmutarse—. Usted es un pícaro, señor Starbuck, y un pícaro siempre reconoce a otro de su especie. Y es usted un mentiroso lleno de inventiva. ¡La 2.<sup>a</sup> Brigada de Florida! Muy bueno, señor Starbuck, muy bueno. Pero seguramente no hay en Florida suficientes habitantes blancos para formar una brigada, ¡no digamos ya dos! ¿Sabe por qué lo cree el general McClellan?

—Porque digo la verdad.

—Porque quiere creerlo. Necesita desesperadamente verse en inferioridad numérica. De ese modo, ya ve, no habrá reproches si sale derrotado. De modo que, ¿cuándo vuelve usted?

—No lo sé todavía.

—Entonces póngame al corriente cuando lo sepa —dijo Lissan. Por delante de

los jinetes se escuchó el ladrido del fuego de artillería, amortiguado por la humedad del aire.

El ruido parecía venir de algún lugar situado a la izquierda de la carretera, detrás de un lejano cinturón de bosque—. Observe ahora —pidió Lissan a Starbuck—. En cualquier momento vamos a detener nuestro avance. Verá si estoy o no en lo cierto.

Los cañones volvieron a tronar, y de pronto el general McClellan alzó una mano.

—Podemos detenernos aquí —anunció el general—, sólo para dejar descansar a los caballos.

Lissan dirigió a Starbuck una mirada divertida.

—¿Es usted aficionado a las apuestas?

—He jugado algunas veces al póquer —dijo Starbuck.

—Entonces, ¿cree usted que la pareja de doses de los rebeldes ganará a la escalera de color del Joven Napoleón?

—Nada puede ganar a una escalera de color —dijo Starbuck.

—Depende de quién la tenga, señor Starbuck, y de si se atreve a jugarla. Puede que el general no quiera que se ensucie su bonita baraja nueva. —El francés sonrió—. ¿Qué se dice en Richmond? ¿Que la guerra está perdida?

—Algunos lo dicen —confirmó Starbuck, y sintió que se ruborizaba. Él mismo lo había dicho, y había intentado convencer a Sally.

—No lo está —repuso Lissan—, no mientras el enemigo del Sur sea el Joven Napoleón. Se asusta de las sombras, señor Starbuck, y sospecho que su misión es hacerle ver sombras donde no las hay. Usted es una de las razones por las que setenta mil hombres muy bien podrían vencer a ciento veinte mil.

—Sólo soy un norteño que ha recuperado el buen sentido —replicó Starbuck.

—Y yo, *monsieur*, soy el rey de Tombuctú —dijo Lissan—. Le ruego que cuando quiera volver a casa me lo comunique.

Se tocó el ala del sombrero y picó espuelas, y Starbuck, mientras observaba al francés que cabalgaba hacia el tronar de los cañones, supo de pronto que él estaba equivocado y Sally tenía razón. Los cerdos aún gruñían y la guerra no estaba perdida.

\* \* \*

—¿Crees que la guerra está perdida, bastardo? —El sargento Truslow agarró de la oreja a Iazard Cobb, sin hacer caso del alarido de dolor del hombre—. Si te digo que te des prisa, cara de culo, te das prisa. ¡Ahora date prisa! —Dio un puntapié a Cobb en el trasero. Una bala silbó sobre sus cabezas y Cobb se agachó—. ¡Y date prisa bien derecho! —gritó Truslow—, ¡condenado hijo de una perra preñada!

Brotó una humareda cuando el cañón disparó desde la lejana línea del bosque. El humo de la espoleta de la granada trazó una delgada línea gris en el aire, visible sólo

para los hombres situados en línea con la trayectoria del proyectil. El sargento Truslow, al ver llegar la granada, supo que no le quedaba tiempo de ponerse a cubierto y simuló despreocupación. El proyectil impactó en el terraplén de la línea férrea situada a su espalda, apenas un segundo antes de que el estruendo del cañón retemblara sobre el río y las marismas.

—¡Cabo Bailey! —gritó Truslow cuando el polvo levantado por el impacto de la granada todavía no se había vuelto a posar del todo.

—¡Sargento!

—¡Desentierre esa granada!

El proyectil no había explotado, y en consecuencia podía ser perfectamente utilizable, enterrado como estaba en la tierra blanda del terraplén. De haber habido en las proximidades un batería confederada, Truslow habría ofrecido a los artilleros la granada recuperada para que la devolvieran a sus remitentes, pero a falta de artilleros capaces de apreciar el regalo, pensó que la mejor solución sería preparar con él un torpedo terrestre.

La Legión se encontraba en la orilla sur del río Chickahominy, junto a las riostras que sostenían el puente del ferrocarril de la línea entre Richmond y York. La última locomotora confederada había cruzado el puente tres horas antes, arrastrando a su cola todo el material móvil que quedaba en el apeadero junto a White House y en las vías muertas de la estación de Tunstall. Los ingenieros habían colocado cargas en el puente, encendido las mechas y esperado, pero nada había sucedido. La Legión Faulconer, al ser la unidad de infantería más próxima al puente, recibió entonces la orden de mantener a raya a los batidores enemigos mientras los ingenieros determinaban qué era exactamente lo que había fallado en sus explosivos.

El puente no era ninguna gran obra de ingeniería. No tenía que salvar un precipicio profundo ni abrirse paso entre dos montañas formidables; por el contrario, era poco más que una especie de dique bajo arriostrado que cruzaba las marismas, chapoteaba a través del río y seguía su camino por el humedal durante unos trescientos cincuenta metros más hasta asentarse sobre terreno sólido en la otra orilla del Chickahominy. Precisamente en ese terreno sólido habían desenganchado los yanquis de sus cureñas dos cañones de campo junto a un bosquecillo denso de árboles recubiertos de musgo, y ahora el fuego de la artillería nordista hacía retemblar las marismas herbosas con sus aguas estancadas, sus arbustos achaparrados y sus juncales. También eran visibles en aquel terreno lejano algunos soldados nordistas de caballería que habían desmontado y sumaban el fuego de sus carabinas al de los cañones, mientras que otro grupo aún de soldados de caballería a pie avanzaba a lo largo del puente arriostrado con la esperanza de expulsar de allí a los ingenieros sudistas.

—¡Sargento Hutton! —gritó Truslow—. ¡Traiga aquí a su pelotón! ¡Deprisa!

Cárter Hutton gritó a sus hombres que se acercaran al terraplén, y allí Truslow los hizo formar en dos filas. Durante unos segundos ofrecieron un blanco tentador a los artilleros, pero Truslow había estado midiendo los intervalos entre los disparos y sabía que disponía de medio minuto antes de que los artilleros cargaran de nuevo las piezas.

—¡Apuntad a esos bastardos! ¡Los de las vías! Miras a trescientos metros. — Observó a los soldados de caballería, que no se habían dado cuenta del peligro y seguían avanzando por la vía del tren, sobre terreno seco, en lugar de moverse por el suelo pantanoso que se extendía a ambos lados de las riostras—. ¡Fuego! —gritó Truslow—. ¡Y ahora abajo, fuera de la vía, deprisa!

Cinco segundos después una granada pasó silbando sobre el lugar en el que Truslow había formado su doble fila de fusileros y fue a explotar sin causar bajas entre los árboles que se alzaban detrás de la posición ocupada por la Legión. Cuando se desvaneció el humo de la descarga de Truslow, éste pudo ver que los soldados de caballería se habían dispersado por entre los charcos de agua de lluvia que se extendían a ambos lados del puente.

—¡Haced que sigan con las cabezas gachas! —gritó Truslow, y luego se volvió hacia Andrew Bailey, que se acercaba portando entre sus manos la granada desenterrada. Era un proyectil de diez libras, de unos setenta centímetros de longitud, con una caperuza de cinc en el morro. Truslow colocó la granada sobre una traviesa de la vía férrea y utilizó la hoja pequeña de su cuchillo para desenroscar la caperuza. Los hombres agazapados junto a él se apartaron temerosos, lo que les valió una mirada de desprecio de Truslow.

La caperuza de cinc ocultaba una barra metálica que se hundía en las tripas de la granada. La barra tenía un émbolo móvil en cuya punta había colocada una cápsula de percusión de latón, que debía haber sido proyectada hacia atrás por el impacto de la granada para estallar en la parte inferior de la caperuza. El émbolo se mantenía en posición gracias a dos salientes metálicos delgados y frágiles diseñados para impedir que el detonador se deslizara por el eje y explotara cuando la granada fuera transportada o manipulada de alguna forma. Sólo el choque violento de una granada al golpear el suelo tenía fuerza suficiente para romper los resaltes metálicos, pero como la granada había caído en la tierra blanda del terraplén, los resaltes habían quedado intactos.

Truslow utilizó la hoja del cuchillo para romper los dos resaltes y luego puso la granada boca abajo y la agitó para soltar el émbolo. Éste, con su cápsula de percusión en un extremo, tenía en su centro un estrecho agujero relleno de explosivo. Se suponía que era esa pólvora la que había de prender fuego a la carga principal, protegida de la humedad por un diafragma de papel. Truslow agujereó con un mondadientes ese papel y luego llenó a medias el eje vacío de la espoleta de la



granada con pólvora tomada de los cartuchos de su rifle. Finalmente volvió a introducir el émbolo en su lugar, pero de modo que ahora, en lugar de caer hacia la parte de atrás del eje, el émbolo sobresalía un par de centímetros del morro cónico del proyectil. Si alguien tropezaba con aquel émbolo saliente, el fuego de la cápsula de percusión descendería a lo largo del eje de la granada, causaría la explosión de la pólvora con la que Truslow había relleno el eje y, en consecuencia, la ignición de la carga principal.

Ahora tenía que colocar la granada. Después del paso del último tren, los ingenieros habían levantado los raíles de acero y los habían cargado en los vagones de cola para su transporte a Richmond; pero habían dejado en su lugar las traviesas de madera. Truslow hizo que dos hombres levantaran una de las traviesas y luego excavó un hueco en el espacio en forma de ataúd que la traviesa había dejado impreso en el suelo de la vía férrea. Metió la granada en el hueco abierto con la punta hacia arriba y luego puso a su lado una piedra. Con mucho cuidado, volvió a colocar la traviesa en equilibrio sobre la piedra. Hizo balancearse con mucha suavidad la traviesa, moviéndola apenas un par de centímetros arriba y abajo, y luego se apartó para admirar su obra. La traviesa quedaba un poco levantada respecto de las demás, pero con suerte los yanquis no se darían cuenta y alguno de ellos pisaría la traviesa y haría que la madera chocara con la cápsula de percusión.

—¿Se está divirtiendo, sargento? —preguntó el mayor Bird, que se había adelantado desde la línea de árboles donde estaba apostada la mayor parte de la Legión.

—Era una pena desperdiciar una buena granada —respondió Truslow al detectar un ligero matiz de desaprobación en la, por lo demás, inocente pregunta de Bird.

Bird no estaba seguro de que los torpedos terrestres fueran un método enteramente legal de hacer la guerra, pero también sabía que atenerse a la legalidad en una guerra era una noción ridícula, una noción del tipo de las que su cuñado defendería. La guerra consistía en matar, no en obedecer reglas arcaicas de caballería.

—Ha llegado una carta para usted —dijo a Truslow.

—¿Para mí? —se sorprendió Truslow.

—Aquí está. —Bird sacó la carta del bolsillo y se la tendió; luego observó con su medio binóculo los progresos de los ingenieros—. ¿Por qué tardan tanto?

—Espoletas mojadas —dijo Truslow, y luego se frotó las manos en la guerrera antes de abrir el delicado sobre de color rosado y extraer de él una única hoja rosa que debía de proceder de un surtido de preguerra de papel de escritura con bordes dorados. Truslow miró primero la firma—. ¡Es de mi Sally!

Parecía sorprendido. Una bala silbó junto a su oído y una granada cruzó el aire con un gemido fantasmal por encima de sus cabezas.

—Ah, bien —dijo el mayor Bird, cuyo comentario no iba dirigido a Truslow, sino

a los ingenieros que se retiraban por fin a la carrera hacia la orilla sur.

—¡Cubridlos! —gritó Truslow, y los rifles de los fusileros escupieron un fuego rabioso en dirección a la otra orilla del río—. No sabía que mi Sally fuera capaz de escribir.

A juzgar por el sobre, pensó Bird, no lo era. Sólo de milagro podía haber llegado a su destino una carta con esa dirección, pero al ejército se le daba bien aquel tipo particular de milagro. Pocas cosas elevaban tanto la moral como las cartas que llegaban de casa.

—¿Qué dice? —preguntó Bird.

—No lo entiendo bien —gruñó Truslow.

Bird dirigió al sargento una mirada de reojo. Truslow era, sin la menor duda, el hombre más duro de la Legión, y probablemente también el hombre más duro que Bird había conocido nunca, pero ahora en los ojos de Truslow advirtió una mirada avergonzada e incómoda.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó Bird en tono casual.

—Es la forma de escribir de la chica —dijo Truslow—. Puedo leer su nombre, eso desde luego, pero poca cosa más.

—Déjeme a mí —dijo Bird, que sabía muy bien que Truslow no era un lector muy hábil. Tomó la carta y alzó la vista al ver que los ingenieros habían rebasado ya su posición—. ¡Replieguense! —gritó Bird a los hombres de la Compañía K, y luego bajó de nuevo la mirada al papel—. ¡Dios mío! —exclamó Bird. La escritura era auténticamente horrorosa.

—¿Es que no está bien? —preguntó de inmediato Truslow con una voz llena de ansiedad.

—Es sólo por su escritura, sargento, nada más. Déjeme ver. Se sorprenderá usted de saber de ella, dice, pero está de verdad muy bien y supone que tendría que haber escrito hace mucho tiempo, pero dice que es tan tozuda como usted mismo y por eso no ha escrito —parafraseó Bird. Truslow y él, que se habían quedado solos junto al terraplén, se vieron de pronto amenazados por una ráfaga de disparos de carabina. Un ingeniero gritó a los dos hombres que se replegaran antes de que prendiera la mecha, de modo que ellos empezaron a caminar despacio hacia el refugio de los árboles—. Dice que siente lo sucedido —siguió leyendo Bird mientras las balas de la caballería silbaban a su alrededor—, pero que no siente haber hecho lo que hizo. ¿Tiene eso sentido para usted?

—Nunca he entendido una jota de lo que decía esa chica —comentó Truslow, gruñón. La verdad es que echaba de menos a Sally. Era una fierecilla tozuda, pero también la única familia que tenía.

Bird avivó el paso para que Truslow no se avergonzara de las lágrimas que habían empezado a brotar de sus ojos.

—¡Dice que ha visto a Nate Starbuck! Esto es interesante. Fue a verla cuando lo sacaron de la cárcel y le pidió que le escribiera a usted y le prometiera que volverá a la Legión. De modo que por eso escribe. He de decir —añadió Bird— que Starbuck tiene una forma muy curiosa de anunciar su regreso.

—¿Dónde está él? —preguntó Truslow.

—No lo dice. —Bird dio la vuelta a la hoja. Los ingenieros habían encendido la mecha y una estela de chispas y humo culebreó entre los dos hombres sin que éstos parecieran darse cuenta. Bird frunció la frente en su empeño por descifrar la segunda página—. Ella dice que por eso ha escrito, porque Nate se lo pidió, pero que se alegra de que se lo pidiese porque ya es hora de que ella y usted sean amigos. Y también dice que tiene un nuevo trabajo, uno que usted aprobaría, pero no dice de qué se trata. Ya está, eso es todo. —Bird devolvió la carta a Truslow—. Estoy seguro de que podrá leerla por sí mismo, ahora que le he contado de lo que trata.

—Supongo que podré —afirmó Truslow, y volvió a suspirar—. ¿De modo que el señor Starbuck va a volver?

—Según su hija, sí. —El tono de Bird era más bien dubitativo.

—¿De modo que ya no tendrá usted que nombrar un oficial para la Compañía K?

—No iba a hacerlo de todos modos —le informó Bird.

—Bien —corroboró Truslow—. Después de todo, elegimos a Starbuck, ¿no es cierto?

—Me temo que sí. —«Y muy en contra de la voluntad del general Faulconer», reflexionó Bird, feliz. Más de setecientos hombres habían votado en la elección de oficiales de compañías y el nombre de Starbuck figuraba en más de quinientas papeletas.

—Y si las elecciones significan alguna cosa —continuó Truslow—, entonces Starbuck debería estar aquí, ¿no es cierto?

—Supongo que es así —aventuró Bird—, pero confieso que no veo cómo va a permitirlo el general Faulconer. O el coronel Swynyard.

No es que se viese mucho al coronel Swynyard en esos días. Hasta donde Bird podía determinar, el segundo al mando de la brigada se encontraba sumido en un perpetuo estupor debido a un inacabable suministro de whisky de barrica a cuatro dólares el galón.

—Apuesto un dólar de mi paga a que Starbuck puede al general —dijo Truslow—. Starbuck es un tipo listo.

—¿Un dólar? —preguntó Bird—. Hecho.

Estrechó la mano mugrienta de Truslow justo en el momento en que detrás de ellos voló el puente. Ciento veinte kilos de pólvora rompieron los pilares y enviaron al aire las viejas vigas de madera. El humo y el estruendo se propagaron por las marismas, y cientos de aves echaron a volar sobresaltadas desde los juncales. El agua

del río pareció retroceder por las explosiones, y luego volvió en forma de una gran oleada que proyectó al aire una nube de vapor mezclada con humo. Donde había habido un puente ahora sólo quedaba una línea de muñones de madera astillados y ennegrecidos asomando en el agua revuelta, mientras aguas arriba y abajo los cascotes levantaban salpicaduras al caer en el Chickahominy o bien aterrizaraban en las lagunas quietas de las marismas, de las que huían retorciéndose en el fango culebras y serpientes mocasín.

Un pedazo de madera voló muy alto en el aire y fue a caer con puntería infalible directamente sobre la traviesa que Truslow había colocado con tanto cuidado en equilibrio sobre la piedra. El impacto de la madera sobre la traviesa provocó la explosión de la cápsula de percusión y de la granada situada debajo, que abrió un pequeño cráter en el terraplén reblandecido por la lluvia.

—Hijo de puta —exclamó Truslow, en referencia evidente al desperdicio de esfuerzos empleados en montar el torpedo terrestre, pero el mayor Bird vio que de todos modos el sargento sonreía.

Esa felicidad, se dijo, era algo que no tenía precio en tiempo de guerra. Hoy podía ser un día de sonrisas, pero el mañana podía acarrear lo que los predicadores llamaban «la larga morada oscura en el polvo». Y al pensar en esas tumbas, Bird se sintió invadido por un terror repentino. ¿Y si Truslow no vivía para ver de nuevo a su Sally? ¿Y si su propia Priscilla amada quedaba viuda? La idea provocó en Bird el temor de no estar lo bastante endurecido para ser un buen soldado. Porque la guerra era para Bird un juego, a pesar de todos sus cáusticos discursos en sentido contrario. La guerra era para Bird un juego de ingenio en el que el menospreciado maestro de escuela iba a demostrar a todos que era más ingenioso e inteligente, más rápido y mejor que todos los demás. Pero cuando los muertos de piel cérea se alineaban en un juicio sepulcral y sus ojos ciegos y sucios de polvo pedían a Bird el listo que les explicara por qué razón habían muerto, él no encontraba una respuesta.

Los dos cañones yanquis aún dispararon inútilmente una vez y sus granadas levantaron salpicaduras de barro en los humedales. Las aguas del río siguieron agitadas por remolinos hasta que al cabo de un rato de nuevo fluyeron lentas y grises más allá de los restos ennegrecidos del puente para arrastrar hacia el mar su carga de peces muertos con los vientres blancos asomando en la superficie. Una neblina se levantó de los pantanos y fue a mezclarse con el humo de la pólvora. En el bosque revoloteaban los chotacabras y el mayor Bird, que no creía en Dios, deseó de pronto que Dios todopoderoso acabara de una vez aquella maldita guerra.

## **TERCERA PARTE**

## Capítulo 9

Los ejércitos se inmovilizaron finalmente en una curva en torno al flanco nordeste de Richmond. El general Johnston había retrocedido tanto que los soldados nordistas podían ahora oír las horas que tocaban las campanas de las iglesias de Richmond y, cuando el viento soplaba del oeste, a sus narices llegaba el fuerte olor de la ciudad a tabaco y humo de carbón.

Los periódicos de Richmond rezongaron porque se había permitido a los yanquis acercarse demasiado a la ciudad, y los médicos de los dos ejércitos se quejaron de que hubiese tantas tropas estacionadas en los cenagales deletéreos del río Chickahominy. Los hospitales estaban llenos de hombres moribundos por la fiebre del río, una dolencia que, incluso en aquellos días templados que anticipaban el calor sofocante del verano, hacía agitarse a sus víctimas con accesos de temblores incontenibles. Los médicos explicaron que la fiebre era una consecuencia natural de los miasmas invisibles que se alzaban del río con las nieblas sepulcrales que cubrían los pantanos al alba y al crepúsculo, y que si los ejércitos se desplazaran a un terreno más elevado las fiebres desaparecerían; pero el general Johnston declaró que la suerte de Richmond dependía del río y en consecuencia sus hombres debían soportar los miasmas esparcidos por las nieblas. Era una estrategia, insistió Johnston, y frente a aquel término militar los médicos no pudieron hacer otra cosa que renunciar a sus argumentos y ver morir a sus pacientes.

A finales de mayo, en una tarde de viernes calurosa y tranquila, Johnston reunió a sus ayudantes y les explicó su estrategia. Había colgado un mapa en la pared de la sala de la vivienda que utilizaba como cuartel general, y utilizó un espetón con mango de madera de avellano como puntero.

—¿Ven, caballeros, cómo he forzado a McClellan a empantanarse en el Chickahominy? El ejército nordista es una fuerza dividida, caballeros, una fuerza dividida. —Dio más énfasis a su observación dando unos golpecitos al mapa, al norte y al sur del río, con el espetón—. Una de las reglas básicas de la guerra dice que no debes dividir tus fuerzas frente al enemigo, ¡y eso es precisamente lo que ha hecho McClellan! —Johnston se encontraba en vena didáctica y hablaba a sus ayudantes como si fueran cadetes recién ingresados en West Point—. ¿Y por qué un general nunca debe dividir su fuerza? —preguntó ahora mientras observaba expectante a sus ayudantes.

—Porque las partes podrán ser derrotadas una después de la otra, señor —respondió diligente uno de ellos.

—Exacto. Y mañana por la mañana, caballeros, al amanecer, destruiremos esta mitad del ejército nordista. —Johnston golpeó el mapa con el espetón—. La destruiremos, caballeros, la destruiremos.

Había señalado la parte del mapa situada al este de Richmond y al sur del río Chickahominy. Las fuentes del río quedaban al noroeste de la ciudad; luego el cauce se ensanchaba rápidamente y seguía un curso sesgado a través de los alrededores del norte de la ciudad, para descender luego hacia las tierras bajas que se extendían al este de Richmond antes de unir sus aguas a las más abundantes del río James. Todo el ejército confederado se encontraba al sur del río, y en cambio la fuerza principal de McClellan estaba dividida; la mitad de las tropas se hallaba en las tierras infestadas de malaria situadas al norte del Chickahominy y la otra mitad en el sur. La intención de Johnston era surgir repentinamente de entre las nieblas matinales y aplastar a la mitad del sur hasta convertirla en un despojo ensangrentado antes de que las tropas yanquis del norte del río pudieran utilizar sus puentes recién construidos para acudir en auxilio de sus maltrechos colegas.

—Lo haremos mañana por la mañana, caballeros, al amanecer —informó Johnston, y no pudo evitar una sonrisa de satisfacción al ver el asombro de sus oyentes.

Se sintió satisfecho porque esa sorpresa era exactamente la respuesta que deseaba. Johnston no había comunicado a nadie sus planes, ni a su segundo en el mando, el general Smith, ni a su presidente, Jefferson Davis. Había demasiados espías en Richmond y demasiados hombres que podían sentir la tentación de desertar ante el enemigo para llevarle la noticia: Para impedir esas traiciones Johnston había trazado sus planes en secreto y los había mantenido ocultos hasta ahora, la tarde previa a la batalla, cuando sus ayudantes habían de llevar sus órdenes a los comandantes de las divisiones.

La división de Daniel Hill iniciaría el ataque y golpearía el centro de las líneas enemigas.

—Tendrá que luchar solo durante un rato —explicó Johnston a sus ayudantes—, porque queremos atraer hacia allí a los yanquis, distraerlos, para luego golpear sus flancos aquí y aquí. —El espetón golpeó el mapa, desgarrándolo en cada ocasión, y mostró cómo el doble ataque, a la manera de las puntas exteriores de un tridente, había de penetrar en las líneas de un enemigo que ya se habría empalado antes a conciencia en la punta central de aquél—, Longstreet atacará su flanco norte —continuó diciendo Johnston—, y simultáneamente las divisiones del general Huger golpearán el flanco sur. A mediodía, caballeros, los yanquis estarán muertos, habrán sido hechos prisioneros o serán fugitivos en los pantanos de White Oak.

Johnston podía ya saborear la victoria; podía escuchar los vítores mientras cabalgaba por la plaza del Capitolio de Richmond y ver la envidia en los rostros de los generales rivales como Beauregard y Robert Lee. El plan era brillante, lo sabía. Todo lo que quedaba entre este momento y la gloria era la batalla que había de empezar cuando sus tropas uniformadas de gris apareciesen como un enjambre de

entre las nieblas del amanecer. Y si esas tropas tenían de su parte el factor sorpresa, se dijo Johnston, la victoria era segura.

Se repartieron órdenes selladas a tres ayudantes para que las llevaran a los tres generales de división. A Adam Faulconer se le encargó cabalgar hasta el cuartel general del general Huger, situado en el mismo límite de la ciudad de Richmond.

—Ahí va un juego de órdenes —dijo el jefe de estado mayor de Johnston, un hombre afable llamado Morton, mientras tendía el paquete sellado a Adam—, y me firmas aquí, Adam. —El coronel Morton le tendió un recibo en el que constaba que Adam había tomado posesión del sobre—. Dices a Huger que firme el recibo aquí, ¿lo ves? El viejo Huger te invitará probablemente a cenar, pero tienes que estar de vuelta a medianoche. Y por el amor de Dios, Adam, asegúrate de que se entera de lo que se supone que tiene que hacer mañana.

Esa era la razón por la que Johnston se había preocupado tanto de mostrar su estrategia a los ayudantes; para que ellos, a su vez, pudieran contestar las preguntas de los generales. Johnston sabía que, de haber reunido a los generales en su puesto de mando, el ejército intuiría la excitación inminente y algún hombre indigno sentiría la tentación de deslizarse de noche hacia las líneas enemigas para advertirlos de los problemas que se les avecinaban.

Adam firmó el recibo, en el que reconocía hacerse responsable de un juego de órdenes, y guardó el sobre en una cartera de cuero que colgaba de su cinturón.

—Yo me pondría ya en camino —le aconsejó el coronel Morton—, antes de que empiece a llover. ¡Y asegúrate de que Huger firma esos papeles, Adam! O bien él, o su jefe de estado mayor. Nadie más.

Adam esperó en la galería exterior de la casa a que ensillaran su caballo. El tiempo era bochornoso, sin una brizna de aire, pesado y oscuro, a juego con su ánimo melancólico y abatido. Palpó la preciosa orden y se preguntó si aquel sobre sellado contendría la destrucción de todas sus esperanzas. Tal vez, pensó, el sobre era la clave de la victoria del Sur, e imaginó al ejército nordista huyendo como lo había hecho en el Bull Run. En sus temores imaginó a hombres dominados por el pánico hundidos hasta el pecho en las arenas movedizas de los pantanos de White Oak y tiroteados por rebeldes maliciosos y burlones, como los que reían mientras disparaban desde la cima de Ball's Bluff. Vio las aguas del Chickahominy fluir rojas de sangre al James y se estremeció ante el realismo de esas imágenes. Durante un segundo de locura estuvo tentado de cruzar las líneas al galope, con los flancos de su caballo ensangrentados por el agujijón de las espuelas, y pasar como una exhalación por entre las atónitas patrullas confederadas para llegar hasta el ejército del Norte. Entonces pensó en el dolor que su desertión causaría a su padre y en Julia en Richmond, y toda la vieja confusión invadió de nuevo el interior de Adam. La guerra estaba mal, pero él era un Faulconer, el heredero de una familia que había ido a la batalla al lado de George



Washington. Los Faulconers no manchaban su linaje pasándose al enemigo.

Pero ¿cómo podía ser el enemigo un país fundado por el propio Washington?

Adam palpó las órdenes guardadas en la cartera de su cinturón y se preguntó por milésima vez por qué el Joven Napoleón se había comportado con tanta timidez. Adam le había revelado la debilidad del Sur en la península y en consecuencia había esperado que McClellan avanzara desde Fort Monroe como un ángel vengador. En cambio, el comandante nordista se había decidido por una táctica lenta y cautelosa que había dado a los rebeldes tiempo suficiente para poblar y reforzar las defensas de Richmond. Y ahora, precisamente en el momento en que el Norte se encontraba ya a la distancia de un cómodo paseo del centro de Richmond, los rebeldes planeaban un ataque que podía partir en dos el ejército nordista, y Adam, de pie en la galería y contemplando las nubes negras como la noche que se cernían ominosas sobre los bosques inmóviles, se supo incapaz de evitar el desastre. No tenía valor para desertar.

—¡Adam, no te vayas aún! —El coronel Morton asomó la cabeza por entre las cortinas de muselina de una ventana, en el otro extremo de la galería—. ¡Tenemos otra carta para ti!

—Muy bien, señor —respondió Adam.

Un ordenanza acababa de traer el caballo de Adam frente a la casa, y Adam dijo al hombre que atara el animal a la balaustrada. El caballo agachó la cabeza y ramoneó en unas hierbas altas que crecían junto a los peldaños de la galería. Un esclavo que pertenecía al propietario de la casa requisada por el cuartel general cavaba entre los restos, pisoteados por los cascos, de un huerto de verduras. El hombre estaba cansado y dejó de trabajar, pero de pronto advirtió la presencia de Adam en la galería, de modo que se secó el sudor de la frente y se inclinó de nuevo sobre el sembrado. Adam observaba al hombre y sintió de pronto un acceso de rabia irracional e injusta contra toda la raza negra. ¿Por qué, en nombre de Dios, los había traído nadie a Norteamérica, cuando sin ellos el país sería sin duda el más feliz y el más pacífico del mundo entero? Ese pensamiento repentino le hizo sentirse avergonzado de sí mismo. La culpa no era de los esclavos, sino de la esclavocracia. No era la raza negra, sino sus propios congéneres quienes habían roto la paz y amargado la felicidad de aquellas tierras.

—Demasiado calor para trabajar, ¿verdad? —llamó al esclavo, con propósito de enmienda por sus pensamientos privados.

—Demasiado calor, *massa*. Seguro que demasiado.

—Si yo fuera tú, descansarías un poco —dijo Adam.

—Descansaremos a gusto en el cielo, el Señor Jesús sea alabado, *massa* —respondió el esclavo, y volvió a hundir la ancha hoja de la pala en la tierra rojiza y blanda.

—Aquí tienes, Adam. —El coronel Morton se acercó por la galería, con sus

espuelas tintineando al caminar—. Prestaremos a Pete Longstreet algunos hombres de Huger. A Huger no le va a gustar, pero Longstreet encontrará más resistencia por parte de los yanquis y necesitará unos cuantos rifles extra. Por el amor de Dios, sé diplomático con Huger.

—Por supuesto, señor. —Adam tomó el sobre que le tendían—. ¿Necesitará usted...? —Había empezado a preguntar si el coronel Morton querría otra firma del general Huger acusando recibo de la segunda remesa de órdenes, pero se interrumpió bruscamente—. Muy bien, señor.

—De vuelta a medianoche, Adam, todos necesitaremos dormir bien esta noche. Y sé amable con el viejo Huger. Es una bestia susceptible.

Adam cabalgó hacia el oeste. Donde el camino atravesaba bosques el aire le parecía aún más opresivo. Las hojas no se movían y su quietud resultaba extrañamente amenazadora. El día le parecía innatural, pero casi todo su mundo le parecía irreal a Adam en aquel tiempo, incluida Julia, y eso le recordó que debía hacer un esfuerzo por verla pronto. Ella le había escrito advertencias misteriosas, y aunque insistía en que el mensaje que tenía que darle no era de naturaleza personal, Adam no podía evitar la sospecha de que Julia deseaba poner fin a su compromiso. Últimamente Adam había empezado a pensar que no entendía en realidad a Julia, y a darse cuenta de que los deseos de ella eran mucho más complicados de lo que nunca pudo imaginar. Para un observador superficial Julia era una joven convencional, piadosa y agradablemente sumisa, pero Adam había podido advertir en ella una sutil vivacidad como de azogue que normalmente permanecía oculta, y era esa cualidad de azogue lo que hacía que Adam se sintiera indigno de ella. Sospechaba que su propia madre tuvo en tiempos esa misma cualidad y que su padre se la había arrancado por la fuerza.

Adam detuvo su caballo en una zona boscosa en la que no había campamentos militares visibles. Su viaje le había llevado a través de una veintena de regimientos acampados, pero de pronto se encontró solo en el interior de un bosque espeso, oscuro e inmóvil, y pudo reflexionar sobre una idea que había estado cosquilleando en algún rincón remoto de su cerebro. Abrió su cartera y sacó los dos mensajes. Estaban envueltos en sobres idénticos de un color castaño claro, sellados con los mismos goterones de lacre escarlata, y con la dirección escrita en la misma letra negra y picuda. El sobre que contenía las órdenes para la batalla era más grueso que el otro, pero por lo demás nada los distinguía.

Miró el recibo. Sólo mencionaba un paquete de órdenes.

Adam volvió a examinar los sobres. «Supongamos —pensó—, que me olvido sencillamente de entregar las órdenes para la batalla. Supongamos que Huger no se pone en marcha mañana por la mañana. Supongamos que el Norte vence en la batalla y toma Richmond. ¿Quién se preocupará entonces de la falta de un sobre con

órdenes?». Y, si por alguna circunstancia inverosímil el Sur vencía mañana sin las tropas de Huger, ¿a quién le importaría de todos modos ese sobre? Aunque su pérdida fuera descubierta —Adam no era tan tonto como para no darse cuenta de que tarde o temprano sería descubierta—, no necesariamente esa pérdida sería considerada una traición, sino simplemente un olvido casual o, en el peor de los casos, una negligencia. La pérdida de las órdenes le costaría sin duda su puesto en el estado mayor de Johnston, pero no caería en desgracia, sino que a lo sumo tendría que cargar con una mala reputación de persona descuidada. Y tal vez, se dijo a sí mismo, eso significaría pasar el resto de la guerra bajo la protección de su padre. Quizá se sentiría más feliz como jefe del estado mayor de su padre, donde, si no otra cosa, podría por lo menos intentar preservar de los peores rigores de la guerra a los aparceros y vecinos de su padre enrolados en la Legión.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró en voz alta, pero fue en realidad una oración por su propia felicidad y no una petición de guía espiritual, porque sabía ya exactamente lo que iba a hacer.

Lenta, deliberadamente y con la debida ceremonia, Adam rasgó las órdenes para la batalla una vez, luego otra, y luego siguió rasgando los pedazos de papel hasta dejarlos reducidos a fragmentos minúsculos. Los rompía como si se tratara de la materia misma de la historia y, cuando las órdenes no fueron más que un puñado de fragmentos de papel, los arrojó a las aguas negras de una zanja abierta a un lado del camino. Aquel acto de destrucción traicionera le produjo un repentino estremecimiento de felicidad. ¡Había saboteado la victoria! Había cumplido la voluntad del Señor en un día aciago y se sentía como si le hubieran sacado de encima de los hombros una pesada carga de culpabilidad y de indecisión. Picó espuelas y siguió su camino hacia el oeste.

Media hora después Adam llegó a la pequeña casa que servía de cuartel general a Huger y allí, con un celo tan puntilloso que rozó la insubordinación, Adam insistió en que el general le firmara el recibo antes de entregarle el único sobre que le quedaba. Luego se hizo respetuosamente a un lado mientras Huger abría el sobre y leía la única hoja con las órdenes. El general, orgulloso de sus antepasados franceses, era un hombre quisquilloso y cauto que se había labrado una brillante carrera en el ejército de los antiguos Estados Unidos y ahora no perdía ocasión de hacer comparaciones desfavorables entre su anterior empleo y el actual.

—¡No entiendo! —dijo a Adam después de leer la orden por segunda vez.

—¿Perdón, señor?

Adam aguardaba de pie junto a los ayudantes de Huger en una galería abierta que daba a Gillies Creek. La casa estaba tan cerca de Richmond que Adam podía ver el despliegue de tejados y chimeneas detrás de los muelles de Rockett's Landing, donde eran visibles en la penumbra del atardecer los mástiles de una docena de barcos

inmovilizados en los muelles por la barricada de Drewry's Bluff. Más abajo de la casa, en el extremo de un largo prado salpicado por los bultos oscuros de los carros y cañones de la artillería de Huger, la línea del ferrocarril entre Richmond y York pasaba junto a la cañada, y a la luz declinante del crepúsculo, oscurecida aún más por las nubes negras que se amontonaban en el cielo, un tren avanzaba despacio hacia la ciudad. El tren incluía una curiosa colección de vagones abiertos en los que se había montado el globo aerostático de la Confederación. El globo en sí había sido confeccionado con la seda de los mejores vestidos de fiesta de las damas de Richmond, donados para la ocasión, y se alzaba o descendía por medio de un cabrestante enorme atornillado a uno de los vagones. Otros vagones contenían el aparato químico que producía el hidrógeno. El globo, que había estado observando las líneas enemigas desde la terminal desmontada de la estación de Fair Oaks, todavía se estaba bajando por medio del cabrestante cuando el tren pasó traqueteando y vomitando humo delante del cuartel general de Huger. El canoso general miraba ahora a Adam por encima de un par de gafas de lectura.

—¿Debo comprender que parte de mis hombres debe pasar bajo el mando del general Longstreet?

—Creo que es así, señor, sí —respondió Adam.

Huger dio una serie de resoplidos cortos que pretendían pasar por una risa sarcástica.

—Supongo —observó finalmente Huger— que el general Johnston es consciente, siquiera sea mínimamente, de que mi antigüedad es superior a la del general Longstreet.

—Estoy seguro de que lo es, señor.

El enojo de Huger crecía, en un despliegue modélico de vanidad herida.

—El general Longstreet, creo recordar, era oficial pagador en el antiguo ejército. Un simple mayor. No creo que nunca fuese ascendido ni que se le confiara ninguna tarea más comprometida que la de distribuir las soldadas a la tropa. ¿Y ahora va a dar órdenes a hombres que están bajo mi mando?

—Sólo a unos pocos de sus hombres, señor —observó Adam con tacto.

—¿Y por qué? —preguntó Huger—. ¿Sin duda Johnston tiene sus razones? ¿Se le ha ocurrido explicarle esas razones a usted, joven?

Johnston tenía efectivamente sus razones, pero explicarlas significaría abandonar el propósito que guiaba a Adam, de modo que éste se contentó con la pobre explicación de que la división del general Longstreet estaba acampada más cerca del enemigo y que, en consecuencia, se había estimado prudente reforzar sus brigadas con más hombres.

—Estoy seguro de que se trata tan sólo de una medida temporal, señor —comentó Adam para terminar, y fijó la vista más allá del mortificado Huger, al lugar donde el

tren se había detenido por completo y el globo descendía los últimos pocos metros tirado por el cabrestante. El humo de la locomotora parecía curiosamente blanco y brillante en contraste con las nubes negras.

—No me quejo —declaró Huger, indignado—. Estoy muy por encima de estas ridiculeces y las características de este ejército hacían esperar insultos; de este género. Pero habría sido una cortesía por parte de Johnston preguntarme si me importaba poner mis tropas a las órdenes de un simple pagador. ¿O no habría sido una cortesía? —interrogó a sus propios ayudantes, que se apresuraron a expresar su acuerdo con grandes cabezadas.

—Estoy seguro de que el general Johnston no ha tenido intención de minusvalorarlo, señor —terció Adam.

—Usted podrá estar seguro de lo que quiera, joven, pero yo tengo más experiencia en estos asuntos. —Huger, que se tenía a sí mismo por un aristócrata cumplido, se irguió cuanto pudo para mirar por encima de la nariz a Adam—. Puede que el general Johnston necesite a mis hombres para custodiar las soldadas del ejército, ¿no cree? —El chiste fue subrayado de nuevo por una serie de bufidos roncocos que hicieron lucir a los ayudantes de Huger sonrisas apreciativas llenas de camaradería—. Hubo una época —continuó Huger, al tiempo que plegaba las órdenes una y otra vez— en que los asuntos militares se llevaban con la seriedad debida en Norteamérica. En que tales cosas se hacían con un estilo castrense. Como se hacen en un ejército bien organizado. —Arrojó el papel plegado de la orden sobre un banco suspendido de unas cadenas sujetas a los pilares de la galería—. Muy bien, joven, diga a Johnston que he recibido sus órdenes, por más que no pueda comprenderlas. Estoy seguro de que querrá usted regresar junto a su jefe antes de que empiece a llover, de modo que le deseo un buen día.

Esa brusca despedida, sin ofrecer a Adam ni siquiera un vaso de agua, era un desaire deliberado, pero a Adam no le importó. Había asumido un riesgo enorme y representado bien su papel, pero no creía poder seguir esquivando mucho tiempo las preguntas del general. Dios mío, pensó Adam con una punzada de terror, el infierno se abriría a sus pies cuando Johnston descubriera lo sucedido. Pero enseguida Adam se tranquilizó a sí mismo diciéndose que únicamente podía culpársele de negligencia.

Guardó el recibo firmado en su bolsa y volvió a montar en su caballo. Era un viernes por la tarde y supo que encontraría a Julia en el cercano Hospital Chimborazo. Se sentía culpable con ella por su carta, y como sabía que tendría toda la tarde libre, cabalgó en busca de su prometida. De camino pasó delante de uno de los nuevos fuertes en forma de estrella del general Lee, que rodeaban toda la ciudad. El terraplén estaba rematado por hileras de sacos llenos de tierra, donados por los círculos de cosedoras de Richmond. Las damas habían aprovechado hasta el último retal de cualquier tipo de tela disponible, de modo que los parapetos recién colocados

parecían una enorme colcha compuesta con cretonas estampadas, terciopelos oscuros y telas de algodón de colores vivos: A la luz siniestra del crepúsculo por la amenaza latente de la tormenta, el efecto de aquella labor de retales resultaba curiosamente alegre, un toque doméstico en un escenario bélico. El aire, sofocante e inmóvil durante todo el día, se agitó de pronto cuando una inesperada ráfaga de viento alzó los pliegues de la bandera de guerra confederada por encima de los colores llamativos de los bastiones. Hacia el sur, y hasta más allá del río, el paisaje se iluminaba con los últimos rayos oblicuos de sol que se filtraban bajo las nubes, de modo que la tierra parecía más clara que el cielo. Adam, una vez realizado su nuevo acto de traición, quiso interpretar aquel rayo lejano de luz dorada como un augurio de felicidad y de éxito.

Tuvo que mostrar su pase del cuartel general a uno de los centinelas del puesto de guardia que cerraba el acceso a la ciudad. Un retumbo remoto de truenos sonó como una descarga de artillería procedente del terreno que se extendía entre los dos ríos. El centinela hizo una mueca.

—Me temo que habrá tormenta esta noche, mayor. Y gorda, además.

—Pinta mal —asintió Adam.

—Nunca he visto una primavera como ésta —dijo el centinela, y calló un instante mientras el estallido de un nuevo trueno despertaba ecos ominosos en el cielo—. Puede que se ahoguen uno o dos yanquis. Eso nos evitará tener que matar a todos esos hijos de mala madre.

Adam no respondió; se limitó a guardar de nuevo su pase y picar espuelas. Los fognazos de los relámpagos iluminaban el cielo hacia el norte. Puso su caballo al trote y corrió contra la lluvia, que empezó a caer en grandes y siniestros goterones en el momento en que giraba hacia las instalaciones del hospital. Un ordenanza informó a Adam de en qué sala tenía lugar el servicio del misionero, y galopó contra el repentino viento racheado que dispersaba el humo arrojado por las delgadas chimeneas metálicas que asomaban de los techos de cada barracón. La lluvia empezó a caer con más fuerza, a repiquetear sobre los tejados de cinc y a resonar en la lona tensa de las tiendas de campaña que habían sido levantadas como salas suplementarias. Encontró el barracón rápidamente y se precipitó dentro justo en el momento en que la explosión de un trueno pareció rasgar de arriba abajo el corazón de los cielos y desencadenó un auténtico diluvio que cayó con tanta furia sobre el techo del barracón que ahogó por completo la voz del reverendo John Gordon. Julia, sentada a los mandos del pequeño armonio asmático, recibió con una sonrisa de placer la inesperada llegada de Adam. Adam, al cerrar a su espalda la puerta, vio que aquella era una de las veladas de viernes en que la madre de Julia había decidido no acudir al hospital. Sólo estaban Julia, su padre y el inevitable señor Samworth, que dirigía una mirada nerviosa al techo mientras un nuevo trueno rugía en lo alto.

El servicio religioso siguió adelante con titubeos, interrumpido por los truenos y enmudecido por el fragor de la lluvia. Adam, de pie junto a una ventana, veía caer la noche sobre Richmond y cómo la oscuridad recién instalada se fragmentaba en astillas luminosas de los relámpagos que prestaban una luz diabólica a las agujas de las torres de las iglesias de la ciudad. El chaparrón pareció aumentar en intensidad, como los ecos de una guerra en el cielo, y la lluvia golpeó el techo con una malevolencia tal que el reverendo Gordon abandonó la desigual lucha y convocó a todos a cantar un himno. Julia hizo sonar el pequeño armonio y entonó «Alabad a Dios, que hace llover las bendiciones sobre nosotros», que fue seguido por toda la sala. Cuando concluyó el himno, el misionero pronunció una bendición inaudible y dio por concluido el servicio maltratado por la tormenta.

—¡Esto pasará pronto! —hubo de gritar el reverendo Gordon a Adam para hacerse oír, pero la tempestad parecía haberse instalado sobre la ciudad, incansable en su furia. Aparecieron goteras en el techo del barracón en una docena de lugares y Adam ayudó a apartar las camas del chorro frío del agua. Julia quiso salir a ver la tormenta y envuelta en su capa se instaló en el pequeño porche de la parte trasera del barracón, donde, al abrigo del tejadillo inclinado, ella y Adam observaron el aguacero que agitaba el cielo sobre Virginia. Un relámpago tras otro se estrellaban contra el suelo, y el redoble de un trueno tras otro conmovía los cielos. Había caído la noche, pero era una noche hendida por el fuego y engrandecida por las explosiones celestes. Un perro ladró en algún lugar del hospital, mientras ríos de agua corrían, gorgoteaban e iban a verterse en los negros abismos del Bloody Run.

—Madre tiene jaqueca. Siempre puede predecir la proximidad de una tormenta por sus jaquecas —dijo Julia a Adam con una voz inapropiadamente alegre, pero es que a Julia siempre le habían gustado las tormentas. Sentía algo muy especial ante la furia de la naturaleza: creía estar presenciando un débil eco del caos a partir del cual Dios creó el mundo. Se apretó la capa alrededor del cuerpo y, a la luz de los relámpagos, Adam se dio cuenta de que sus ojos brillaban de excitación.

—¿Querías verme? —le preguntó Adam.

—¡Esperaba que tú también querrías verme a mí! —repuso Julia en tono burlón, pero en su interior ansió que él contestara con una declaración apasionada de que afrontaría una docena de tempestades como aquélla para estar a su lado.

—Por supuesto que sí, claro —dijo Adam. Se mantuvo decorosamente apartado de Julia a pesar de que, como ella, tenía que apretarse con fuerza contra la pared del barracón, para aprovechar todo lo posible el exiguo refugio del tejadillo del porche. El agua chorreaba por los lados y formaba una cortina iluminada por un resplandor plateado cada vez que estallaba el fogonazo de un relámpago entre las nubes—. Pero me escribiste —le recordó Adam.

Julia casi había olvidado la carta, con su insinuación de un mensaje importante, y

ahora, tanto tiempo después, supuso que aquel mensaje habría perdido probablemente toda su urgencia.

—Era sobre tu amigo Nate Starbuck —explicó.

—¿Nate?

Adam, que esperaba a medias que ella le confesara que deseaba poner fin a su compromiso, no pudo ocultar su sorpresa.

—Vino a buscarte nada más salir de la cárcel —dijo Julia—. Dio la casualidad de que yo estaba en la casa de tu padre. Sé que no debía haberle invitado a entrar, pero llovía casi tanto como ahora y él parecía tan desamparado que tuve compasión de él. No te importa, ¿verdad?

Miró a los ojos a Adam. Adam casi había olvidado el impulso que le llevó a ordenar a los criados de su padre que no dejaran entrar a Starbuck en la casa. Entonces, reciente aún la horrorosa intrusión de una mujer caída en la casa del misionero, la prohibición le había parecido una precaución justa, pero el enfado de Adam se había ido diluyendo después de aquella noche terrible.

—¿Qué quería? —preguntó ahora Adam.

Julia hizo una pausa mientras una serie de truenos retumbaba sobre la ciudad para desvanecerse poco a poco. Los relámpagos iluminaban las nubes desde atrás y centelleaban a través del cielo tapado como ríos destellantes de plata aérea. Un rayo había causado un incendio en algún lugar de la ciudad de Manchester, en la otra orilla del río James, porque un resplandor de un tono rojizo siguió brillando durante unos segundos, hasta que la lluvia lo apagó.

—Tenía un mensaje para ti —explicó Julia—. Pensé que todo era muy misterioso, pero no quiso explicármelo. Me dijo sólo que tú lo entenderías. Dijo que tienes que dejar de escribir a su familia.

Adam sintió un escalofrío a través de la espina dorsal. No dijo nada, tan sólo se quedó mirando el valle oscuro del río, con la lluvia martilleando sobre las aguas revueltas.

—¿Adam? —preguntó Julia.

Adam se había visto asaltado de pronto por la visión de un lazo corredizo colgando de lo alto de una viga.

—¿Qué es lo que dijo? —consiguió preguntar.

—Dijo que tenías que dejar de escribirte con su familia. ¿No te parece extraño? A mí me pareció rarísimo. Después de todo, la familia de Starbuck vive en Boston, de modo que ¿cómo puedes tener correspondencia con ellos? Me han dicho que hay gente que consigue hacer pasar cartas al Norte, pero no puedo hacerme a la idea de que tú te tomes tantas molestias sólo para escribir al reverendo Elial Starbuck. Y Nate me dijo también que te lo explicaría tan pronto como pudiese, pero también estuvo muy misterioso respecto de cuándo sería eso.



—Oh, santo Dios —exclamó Adam, y se estremeció al sentir de nuevo el latigazo del terror. Pensó en la vergüenza de su padre si llegaba a descubrir que su hijo había traicionado a Virginia. ¿Y cómo lo había descubierto Starbuck? ¿Le había escrito James? No podía haber otra explicación. ¿Cómo, si no, podía haberlo descubierto Starbuck? Y si lo sabía Starbuck, ¿quién más lo sabía también?—. ¿Dónde está Nate? —preguntó a Julia.

—No lo sé. ¿Cómo iba a saberlo?

Lo cierto es que Julia tenía la extrañísima idea de que Starbuck había cruzado las líneas, pero como la fuente de esa idea era Sally Truslow, no le pareció prudente mencionarlo. Julia había reunido por fin el valor suficiente para visitar a Sally y había ido a la casa armada con una Biblia y un bolso lleno de folletos que describían los inimaginables horrores que esperan en el infierno a los pecadores, pero la visita se convirtió de forma inesperada en una mañana risueña durante la cual, en lugar de intentar acercar a la muchacha más joven al Señor, Julia se había encontrado a sí misma admirando la colección de vestidos y chales de Sally. Habían hablado de batistas y de cambrayes, y de si la tarlatana puede reemplazar a la muselina como material para velos. Julia había palpado las sedas y los rasos de Sally, y después de los temores que atenazaban a la ciudad aquella charla sobre trapos y perifollos había resultado un alivio. Los sentimientos religiosos de Julia sólo se habían sentido ofendidos por los planes entusiastas de Sally de instalar un santuario espiritista en la trasera de la casa, pero eran tan evidentes el cinismo de Sally y su desenfadada descripción de cómo se proponía engañar a los clientes, que acabó por forzar las risas de Julia en lugar de su desaprobación. Julia también se había conmovido al ver la preocupación que Sally mostraba por Starbuck, y enrojeció cuando Sally ponderó cuánto le gustaba Julia a Starbuck. Todo había sido muy extraño, demasiado extraño para explicarlo a Adam, que sin duda habría estallado en un arrebato de ira justiciera ante la mera idea de que su prometida visitara a una de las cortesanas de Richmond, aunque la verdad es que la casa de Sally tenía exteriormente un aspecto tan respetable como la que más de la ciudad, y bastante más limpio que la mayoría de ellas. Pero Julia no podía ser más explícita con Adam, acerca de su visita, de lo que lo sería con su madre.

—¿Tiene alguna importancia dónde esté Nate? —preguntó ahora Julia a Adam.

—Supongo que no.

Adam se removió inquieto, y sus espuelas y las cadenas que sujetaban la vaina de su sable emitieron un tintineo apagado al entrechocar bajo el fragor de la lluvia y el aullido del viento.

—¿Y qué significa ese mensaje? —preguntó Julia directamente.

Su curiosidad se había aguzado al ver la reacción de Adam que, a su parecer, se había sobresaltado y se comportaba como si fuera culpable de algo.

Adam sacudió la cabeza, pero acabó por ofrecer una explicación vacilante.

—Viene de muy lejos —dijo despacio y sin articular del todo bien las palabras—. De cuando Nate llegó aquí por primera vez. Yo intenté... Padre intentó en todo caso restablecer el contacto con la familia de Nate. Nos pareció importante. —Adam era un mal mentiroso, y para ocultar su incomodidad se apartó del resguardo del tejadillo y colocó sus manos sobre la balaustrada—. Creo que Nate se siente ofendido por nuestros intentos —acabó, en tono inseguro.

—¿De modo que no es tan misterioso después de todo? —se extrañó Julia, que no había creído una palabra de lo dicho por Adam.

—No —respondió Adam—, en realidad no.

Julia escuchó los ladridos de los perros, los relinchos de los caballos y los latigazos de las lonas de las tiendas de campaña sacudidas por el viento.

—¿Qué es lo que hizo Nate? —preguntó después de una larga pausa.

—¿Qué quieres decir?

—Pregunto qué es lo que hizo Nate para perder el afecto de su familia.

Pasó mucho tiempo antes de que Adam respondiera, y lo hizo con un encogimiento de hombros.

—Se escapó.

—¿Eso es todo?

Adam no tenía la menor intención de contar a Julia que había habido una mujer implicada, una actriz que primero utilizó a Starbuck y luego lo dejó abandonado en Richmond.

—Se portó muy mal —dictaminó Adam en tono severo, consciente de que la explicación era inadecuada y además injusta—. Nate no es un mal hombre —añadió, pero no supo cómo acabar la frase.

—¿Tan sólo apasionado? —preguntó Julia.

—Sí —concedió Adam—, sólo apasionado. —Calló cuando el retumbo ensordecedor de un trueno conmovió toda la bóveda del cielo. Un relámpago iluminó la otra orilla del río y los muelles con una luz blanca cruda y cegadora que hizo resaltar las sombras con un negro intenso—. Cuando lleguen los yanquis —cambió de tema para no seguir hablando del carácter de Nate Starbuck—, deberías quedarte en tu casa.

—¿Pensabas que tenía intención de bajar a Richmond a darles la bienvenida? —preguntó Julia en tono áspero.

—¿Tienes una bandera? Quiero decir, ¿una bandera de Estados Unidos? —preguntó Adam.

—No.

—Estoy seguro de que hay una en mi habitación de Clay Street. Pídesela a Polly y cuélgala de una ventana de tu casa.

El consejo le pareció derrotista a Julia.

—Pareces muy seguro de que entrarán en Richmond —afirmó.

—Lo harán —replicó Adam con fervor—. Es la voluntad de Dios.

—¿Lo es? —se sorprendió Julia—. Entonces, ¿por qué razón, me pregunto, ha permitido Dios que ocurriera esta guerra?

—Nosotros declaramos la guerra —dijo Adam—. Fue el hombre quien lo hizo, no Dios, y fue el Sur quien hizo la declaración. —Guardó silencio durante unos instantes, mientras examinaba su conciencia y se descubría a sí mismo en falta—. Yo creí todo lo que mi padre sostuvo entonces. Aseguró que Norteamérica sólo necesitaba un poco de derramamiento de sangre, como un médico sangra a un paciente para tratar una enfermedad. Después de una dura batalla, todos nos daríamos cuenta de la oportunidad de emprender unas negociaciones de paz. ¡Y ahora mira! —Extendió el brazo hacia la tormenta y Julia miró obediente hacia el otro lado del valle, donde el fogonazo blanco azulado de un relámpago resaltó las siluetas de los barcos anclados en el río y derramó un fuego blanco sobre las aguas. La lluvia tamborileaba en el suelo, se derramaba por los bordes del tejado del barracón, fluía por los canalones y bajaba en oleadas por la ladera del hospital—. Vamos a ser castigados —sentenció Adam.

Julia recordó la bravata de Starbuck, cuando citó el agudo desafío de John Paul Jones.

—Yo creía que aún no habíamos empezado a luchar —repitió las palabras de Starbuck, y su beligerancia la sorprendió a ella misma. Nunca se había considerado una partidaria de la guerra, pero estaba demasiado implicada en la discusión para darse cuenta de que utilizaba un argumento político como medio para discutir acerca de una relación personal—. ¡No podemos admitir sencillamente la derrota sin luchar! —insistió.

—Vamos a ser castigados —repitió Adam—. Hemos dado rienda suelta al mal, ¿sabes? Lo he comprendido hoy mismo. —Guardó silencio y Julia, pensando que había sido testigo de alguna ofensa terrible, no lo apremió a hablar, pero entonces Adam dio una explicación muy distinta a la que ella esperaba, y contó de qué modo se había encontrado a sí mismo culpando a un esclavo de la guerra—. ¿No ves que la guerra saca a la luz lo peor de todos nosotros? —le preguntó—. Todas las amarras que nos sujetaban a la decencia y a Dios están siendo cortadas y vamos a la deriva sobre una marea de ira corrompida.

Julia frunció la frente.

—¿Crees que el Sur merece ser derrotado porque has sido poco caritativo con un esclavo?

—Creo que Norteamérica es un solo país —afirmó Adam.

—Tengo la sensación —replicó Julia, procurando reprimir una rabia creciente—

de que estás luchando en el bando equivocado.

—Puede que lo esté —aceptó Adam en voz baja, pero no tan baja como para que Julia no lo oyera en el fragor de la lluvia.

—Entonces deberías pasarte al Norte —manifestó Julia en tono frío.

—¿Debería? —preguntó Adam en un tono extrañamente implorante, como si de verdad quisiera su consejo.

—No me cabe duda de que has de luchar por lo que crees —declaró Julia con crudeza. Adam asintió.

—¿Y tú? —preguntó.

Julia recordó algo que le había dicho Sally, algo que la había sorprendido: que los hombres, detrás de todas sus bravuconadas y su pantomima, son tan débiles como gatitos recién nacidos.

—¿Yo? —preguntó Julia como si no hubiera entendido bien lo que implicaban las palabras de Adam.

—¿Abandonarías el Sur?

—¿Desearías que lo hiciera? —preguntó Julia, y en realidad su intención fue dar pie a Adam para cortejarla y declarar que un gran amor se expresaba con gestos desmesurados. Julia no quería un amor plácido, deseaba que fuese un misterio capaz de cambiar la vida entera, como la religión, y que provocara una tempestad como la que ahora desplegaba su furia sobre toda la península.

—Desearía que hicieras todo lo que tu corazón y tu alma te dicten —expuso Adam, rígido.

—Entonces mi corazón me dicta que me quede en Virginia —le respondió Julia con la misma frialdad—. Me dice que debo trabajar aquí, en el hospital. Madre no lo aprueba, pero he de insistir. ¿Te parece inconveniente que trabaje como enfermera?

—No —respondió Adam, pero sin la más mínima convicción.

Parecía perdido, como un viajero extraviado en un territorio desconocido, y para él fue un alivio no verse obligado a decir nada más porque la puerta del barracón se abrió y el reverendo John Gordon asomó ansioso la cabeza por ella.

—Temía que la riada se os hubiera llevado a los dos —dijo el padre de Julia, en el tono más severo que era capaz de imprimir a un reproche. Su esposa habría protestado por la impropiedad de que Adam y Julia estuvieran solos en la oscuridad, pero el reverendo Gordon no pudo apreciar nada pecaminoso en el comportamiento de los dos.

—No nos hemos mojado, padre —aclaró Julia, malinterpretando de forma deliberada la suave reprimenda de su padre—. Sólo estábamos contemplando la tormenta.

—Soplaron los vientos y embistieron contra aquella casa; pero ella no cayó, porque estaba cimentada sobre roca —citó feliz el reverendo John Gordon el

Evangelio de Mateo.

—No he venido a traeros la paz —respondió Julia con una cita del mismo texto —, sino la espada.

Miró a Adam al hablar, pero Adam no se dio cuenta de su mirada. Tenía la vista fija en un vacío oscuro rasgado por lenguas de fuego y el recuerdo puesto en los pedazos de papel blanco esparcidos en una zanja negra. Aquel era el sendero de la traición que había de traer la victoria nordista y, en la estela de esa victoria bendita, la paz. Con toda seguridad, se dijo Adam a sí mismo, en la paz se recompondría todo lo que estaba roto.

Mañana.

\* \* \*

La tierra empapada por la lluvia humeaba al sol de la mañana. El ataque debería haber empezado dos horas antes, y a esas alturas ya tendría que haber quebrado el centro de las líneas yanquis y empezado a empujar a los nordistas hacia los pantanos de White Oak, pero no había movimiento en las tres carreteras que llevaban desde las líneas rebeldes hasta las posiciones yanquis.

El general Johnston había planeado utilizar las tres carreteras como un tridente. La división de Hill avanzaría primero por el centro, siguiendo el eje de la carretera de Williamsburg para asaltar a las tropas nordistas apostadas detrás de la estación de Fair Oaks. Johnston esperaba que la infantería yanqui acudiría entonces como un enjambre de abejas a cerrar el paso a las tropas de Hill, sólo para ser golpeada desde el norte por la división de Longstreet y desde el sur por la de Huger. Lo único que necesitaba la división de Hill para empezar su ataque era un mensaje con el anuncio de que las tropas de Longstreet y Huger ocupaban sus posiciones de partida después de avanzar desde sus campamentos próximos a Richmond. Los hombres de Longstreet tenían que situarse en la carretera de Nine Miles, junto a Old Tavern, en tanto que la división de Huger lo haría en la carretera de Charles City, a la altura de White's Tavern.

Pero las dos carreteras estaban desiertas. Llenas de charcos profundos debido a la lluvia tempestuosa de la noche anterior, pero desiertas en cualquier otro sentido. Cuando las nieblas matinales se evaporaron apareció un paisaje inundado y azotado por un viento vivo y frío lo bastante fuerte para que los yanquis mantuvieran anclados en tierra sus dos globos de observación y para deshilar el humo de los fuegos de campamento que se esforzaban en quemar la leña empapada de lluvia.

—¿Dónde diablos están? —preguntó Johnston, y envió a sus ayudantes a chapotear por los senderos anegados y las carreteras ominosamente desiertas en busca de las divisiones ausentes.

—¡Encontradlos, sólo encontradlos! —gritó.

A esa hora, según el plan fijado, los ataques combinados deberían ya haber roto el frente yanqui y empujado a una masa de fugitivos hacia las ciénagas traicioneras de White Oak. En cambio, los yanquis seguían ignorantes del destino que los esperaba y la niebla formada por el humo de sus fuegos de campamento oscurecía el horizonte oriental.

Un ayudante llegado de los cuarteles del general Huger comunicó que había encontrado al general en la cama, durmiendo plácidamente.

—¿Estaba qué? —preguntó Johnston.

—Durmiendo, señor. Todo su estado mayor dormía también.

—¿Después de la salida del sol?

El ayudante asintió.

—Durmiendo plácidamente, señor.

—¡Por Dios todopoderoso! —Johnston miraba incrédulo a su ayudante—. ¿Es que no recibió las órdenes?

El ayudante, un amigo de Adam, dudó mientras buscaba alguna excusa para su amigo.

—¿Y bien? —preguntó Johnston furioso.

—Su jefe de estado mayor dice que no, señor —respondió el ayudante, con un encogimiento de hombros dirigido a Adam a modo de disculpa.

—¡Maldita sea! —estalló Johnston—, ¡Morton!

—¿Señor?

—¿Quién llevó las órdenes a Huger?

—El mayor Faulconer, señor, pero puedo asegurarle que las órdenes fueron entregadas. Tengo el recibo con la firma del general. Aquí está, señor.

El coronel Morton sacó el recibo y lo tendió al general. Johnston miró ceñudo el papel.

—¡Recibió las órdenes! ¿Eso quiere decir que sencillamente se ha quedado dormido?

—Así parece, señor —respondió el ayudante que había despertado al general Huger.

Johnston parecía temblar debido a una furia reprimida que no podía expresar con palabras.

—¿Y dónde diablos está Longstreet? —preguntó.

—Todavía estamos tratando de encontrarlo, señor —informó el coronel Morton.

Había enviado un ayudante a la carretera de Nine Miles, pero el ayudante había desaparecido tan absolutamente como la división de Longstreet.

—¡Por el amor de Dios! —gritó Johnston—, ¡encontrad a mi maldito ejército!

Adam había esperado crear confusión al destruir las órdenes de Huger, pero jamás

se habría atrevido a esperar una confusión tan completa como la que produjo el general Longstreet al decidir por su cuenta que no quería avanzar por la carretera de Nine Miles, y sí en cambio por la de Charles City. Esa decisión obligó a su división a progresar a través de los campamentos de las tropas del general Huger. El general Huger, bruscamente despertado por la noticia de que debería estar avanzando hacia el este por la carretera de Charles City, descubrió ahora que se le habían unido las tropas de Longstreet.

—Maldito sea el pagador —imprecó Huger, y ordenó que le trajeran el desayuno.

Media hora más tarde el pagador en persona se presentó en el cuartel general de Huger.

—Espero que no le importe que utilice su carretera —anunció Longstreet—, pero la mía está demasiado inundada para avanzar. Había barro hasta las rodillas.

—¿Quiere un poco de café? —sugirió Huger.

—Tiene usted una condenada sangre fría, Huger, para ser un hombre que afronta una batalla —comentó Longstreet al ver el generoso plato de huevos con jamón que servían en ese momento a su colega general.

Huger no sabía nada de ninguna batalla, pero desde luego no iba a revelar su ignorancia a un pagador ascendido por encima de sus méritos.

—¿Y cuáles son sus órdenes para hoy? —preguntó, disimulando su alarma en aumento por haberse perdido algo importante.

—Las mismas que las tuyas, supongo. Marchar en dirección este hasta encontrar a los yanquis y atacar. ¿Eso es pan reciente?

—Sírvase —dijo Huger, preguntándose si el mundo se había vuelto loco—. Pero yo no puedo avanzar si está usted en mi carretera.

—Me apartaré para dejarlo pasar —ofreció Longstreet, generoso—. Me llevaré a mis hombres al otro lado de la cañada y les daré un descanso mientras usted pasa. ¿Le parece bien?

—¿Por qué no toma también huevos con jamón? —preguntó Huger—. No estoy seguro de tener apetito.

Se puso de pie y llamó a su jefe de estado mayor. Tenía una división que movilizar y una batalla que librar. ¡Buen Dios, pensó, estas cosas funcionaban mejor en el antiguo ejército! Muchísimo mejor.

En el cuartel general del ejército el general Johnston consultó por centésima vez su reloj. La batalla debería haber entrado ya en su cuarta hora y todavía no se había disparado una sola bala. El viento agitaba los charcos, pero apenas conseguía reducir la humedad del ambiente. «Los mosquetes fallarán hoy», pensó Johnston. En un día seco la pólvora ardía limpiamente, mientras que un día húmedo ensuciaba los cañones de los rifles y obligaba a los hombres a trabajar duro con las baquetas.

—¿Dónde, en el nombre de Dios, están? —gritó, frustrado.

La división del general Hill estaba preparada desde el amanecer. Sus hombres, al abrigo de unos bosques cuyos árboles más altos habían sido desgajados por los rayos y el viento de la noche, aferraban sus rifles y esperaban la señal de avanzar. Las formaciones más adelantadas podían ver los piquetes yanquis apostados en el otro extremo de un claro embarrado. Aquellos puestos avanzados eran toscos refugios preparados con ramas caídas que los nordistas utilizaban para resguardarse como podían de la intemperie. Algunos soldados enemigos habían colgado sus gabanes y guerreras para secarlos al viento frío que soplaba inclemente. Un yanqui, sin sospechar que el bosque del otro lado del claro estaba abarrotado de enemigos a la espera de la señal de ataque, tomó una pala y empezó a caminar siguiendo la línea de los árboles. Hizo un gesto en dirección a los rebeldes, suponiendo que lo observaban tan sólo los mismos piquetes con los que, el día antes, había cambiado café por tabaco y un periódico del Norte por otro del Sur.

El general Hill consultó su reloj.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna, señor.

Los ayudantes del general habían cabalgado hasta White's Tavern y Old Tavern, y no habían visto nada.

—¿Se sabe algo de Johnston?

—Nada, señor.

—Al diablo con todo. Así no hay manera de ganar una guerra. —Hill embutió su reloj en el bolsillo de su guerrera—. ¡Dé la señal! —gritó a la batería de artillería que, con tres disparos espaciados, había de realizar la señal del inicio del ataque.

—¿Va a atacar sin apoyos? —preguntó un ayudante, aterrorizado ante la idea de que la división entablara combate con medio ejército nordista sin ningún refuerzo por los flancos.

—Son sólo malditos yanquis. Haremos correr a esos bastardos. ¡Dispare la señal!

Los ruidos amortiguados, rasposos, monótonos de los tres disparos de señales quebraron la paz del mediodía. La primera bala cayó en los bosques lejanos y provocó una lluvia de agujas de pino, la segunda rebotó en un prado anegado e impactó en el tronco de un árbol y la tercera y última dio inicio a la batalla.

\* \* \*

—Johnston no atacará —aseguró James Starbuck a su hermano.

—¿Cómo lo sabemos?

—McClellan lo conoció antes de la guerra. Lo conoció bien, de modo que sabe cómo piensa —explicó James, inconsciente de la ironía de que cabía esperar del Servicio Secreto de Estados Unidos que descubriera un indicador de las intenciones



del enemigo un poco más fiable que la capacidad del comandante en jefe para leer en las mentes ajenas. James extendió el brazo hacia el plato de panceta y se sirvió. Siempre había tenido buen apetito, y aunque para el almuerzo los cocineros le habían preparado un succulento plato de pollo frito, James había pedido que sacaran también a la mesa la panceta sobrante del desayuno—. ¿Quieres un poco de panceta? —invitó a su hermano.

—Ya he comido bastante.

Starbuck hojeaba el enorme montón de periódicos que cada día se llevaba a donde tenía sus cuarteles de campaña el Servicio Secreto. El montón incluía el *Journal* de Louisville, el *Mercury* de Charleston, el *Codman* de Cape Cod, el *Times* de Nueva York, el *Herald* de Nueva York, el *Mississippian*, el *National Era*, *Harpers Weekly*, la *Gazette* de Cincinnati, el *Republican* de Jacksonville, el *North American* de Filadelfia y el *Journal de Chicago*.

—¿Lee alguien todos estos diarios? —preguntó Starbuck.

—Yo lo hago. Cuando tengo tiempo. Nunca hay tiempo bastante. No tenemos personal suficiente, ése es el problema. ¡Mira esa pila! —James miró por encima del periódico que estaba leyendo y señaló los mensajes telegráficos que había que descodificar y seguían intactos por falta de ayuda administrativa—. Tal vez podrías unirte a nosotros, Nate —sugirió ahora James—. Al jefe le gustas.

—¿Cuando vuelva de Richmond, quieres decir?

—¿Por qué no? —se entusiasmó James con la idea—. ¿Seguro que no quieres más panceta?

—Segurísimo.

—Te pareces a padre —dijo James, que cortó una rebanada de pan recién horneado y la untó de mantequilla—, mientras que yo siempre he sido grueso, como madre. —Volvió una página del periódico y levantó la vista cuando Pinkerton entró en la habitación—. ¿Cómo está el general? —preguntó James.

—Enfermo —respondió Pinkerton. Calló unos instantes para llevarse una loncha de panceta de la bandeja colocada junto a James—. Pero vivirá. Los médicos lo han envuelto en mantas y le están administrando quinina. —El general McClellan había contraído la fiebre del Chickahominy y sudaba y tiritaba alternativamente en su dormitorio requisado. El Servicio Secreto de Pinkerton había ocupado una casa vecina, porque al general no le gustaba estar lejos de su mejor fuente de información—. Pero el general sigue teniendo la cabeza clara —siguió diciendo Pinkerton— y está de acuerdo en que ya es hora de que te vayas.

Señaló a Starbuck con lo que quedaba de la loncha de panceta.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó James, y miró consternado a su hermano menor.

—No estás obligado a hacerlo, Nate —aclaró Pinkerton—, no si piensas que es demasiado peligroso. —Se llevó a la boca el resto de la panceta y fue a la ventana

para examinar el cielo—. Demasiado maldito viento para los globos. Nunca había visto una tormenta como la de anoche. ¿Pudiste dormir?

—Sí —contestó Starbuck mientras disimulaba el escalofrío de excitación que lo recorrió por dentro.

Había empezado a sospechar que nunca le darían la lista de preguntas y por tanto nunca volvería del lado del Sur ni vería más a Sally ni al padre de ella. Lo cierto es que se aburría y, para ser sincero, le aburría por encima de todo la compañía de su hermano. James era un alma tan bendita como la que más sobre el ancho mundo, pero carecía de conversación fuera de los temas de la comida, la familia, Dios y McClellan. Cuando Starbuck se presentó en las líneas yanquis temió ver puesta a prueba su lealtad y que su reverencia hacia las barras y estrellas resucitara con tanta fuerza que rompiera los lazos que lo unían a los rebeldes; pero la tediosa compañía de James había servido de freno a ese patriotismo renovado.

Además, le gustaba cultivar su imagen de proscrito y en el ejército rebelde Starbuck se había hecho con una reputación de renegado, de temerario, de rebelde, mientras que en este ejército mucho más numeroso, con su organización más rígida, nunca sería sino un joven más de Massachusetts ligado para siempre a las expectativas de su familia. En el Sur, pensó Starbuck, él mismo definía lo que quería ser y los únicos límites a su ambición estaban dentro de sí mismo, mientras que en el Norte siempre sería el hijo de Elial Starbuck.

—¿Cuándo? —preguntó a Pinkerton con una impaciencia un poco excesiva.

—¿Esta noche, Nate? —sugirió Pinkerton—. Dirás que has estado de viaje. —Pinkerton y James habían elaborado una historia que justificara por qué Starbuck había pasado tanto tiempo lejos de Richmond. La historia venía a decir que Starbuck había querido restablecerse después de su experiencia carcelaria viajando por las regiones del sur de la Confederación, donde se había visto retenido por el mal tiempo y la falta de puntualidad de los ferrocarriles. Pinkerton, como James, no sabía que esa historia era innecesaria, que lo único que necesitaba Starbuck era el papel que ahora sacó Pinkerton y que él entregaría a de'Ath, su poderoso protector en Richmond—. Tener al general en la cama por lo menos nos ha permitido conseguir que se concentre en nuestros asuntos —confesó Pinkerton, alegre—, de modo que ahora podrás llevar estas preguntas a tu amigo.

Las preguntas de McClellan, igual que el falso mensaje que de'Ath había confiado a Starbuck, iban selladas y cosidas en el interior de una bolsa impermeable.

Starbuck tomó el paquete y se lo metió en el bolsillo. Llevaba una de las guerreras yanquis desechadas por su hermano, un voluminoso uniforme azul de doble pechera que colgaba en amplios pliegues del cuerpo delgado de Starbuck.

—Necesitamos saber muchas más cosas sobre las defensas de Richmond —explicó Pinkerton—. Esto va a convertirse en un asedio, Nate, nuestros cañones

contra sus reductos, y queremos que tu amigo nos diga qué fuertes son los más débiles. —Pinkerton miró ahora hacia James—. ¿Ese pan es reciente, Jimmy?

—Buen Dios. —James ignoró la pregunta de su jefe para mirar con ojos como platos el ejemplar recién abierto del *Examiner* de Richmond, colocado junto a su plato—. Bueno, yo nunca... —añadió.

—¿El pan, Jimmy? —insistió Pinkerton.

—¡Ochenta años, nada menos! Una buena edad para un mal hombre. Bueno, yo nunca...

—¿De quién, en nombre del infierno, estás hablando? —preguntó Pinkerton.

—Henry de'Ath —aclaró James—. Es el fin de una era, sin discusión posible. —Escudriñó de cerca las manchas de tinta del periódico—. Dicen que murió mientras dormía. ¡Qué canalla, qué canalla!

Starbuck sintió un escalofrío helado, pero no se atrevió a revelar su preocupación repentina. Tal vez Henry de'Ath no era el hombre que había hecho cruzar las líneas a Starbuck, sino algún otro que se llamaba igual que él.

—¿Qué clase de canalla? —preguntó.

—Tenía los principios de un chacal —explicó James, aunque no sin una nota reprimida de admiración. Como cristiano debía desaprobador la reputación de de'Ath, pero como abogado envidiaba la eficacia de sus métodos—. Fue el único hombre con el que Andrew Jackson se negó a batirse en duelo —siguió diciendo James—, probablemente porque a esas alturas de'Ath había matado ya a seis hombres, tal vez incluso a más. Era letal, con espada o con pistola. Y letal también delante de un tribunal. Recuerdo que el juez Shaw me contó que de'Ath alardeó en cierta ocasión de haber mandado con plena conciencia al patíbulo a una docena por lo menos de inocentes. Desde luego Shaw protestó, y entonces de'Ath le dijo que el árbol de la libertad se regaba con sangre, y pidió a Shaw que no fuera tan remilgado respecto a que la sangre fuera inocente o culpable. —James sacudió la cabeza como un reproche a tanta maldad—. Siempre aseguró ser medio francés, pero Shaw tenía por cierto que era hijo natural de Thomas Jefferson. —James se ruborizó de pronto por contar de nuevo aquel chismorreo de leguleyo—. Seguro que no era verdad —se apresuró a añadir—, pero ese hombre suscitaba esa clase de exageraciones. Ahora se ha ido y se enfrenta a su juicio final. Jeff Davis lo echará de menos.

—¿Por qué? —preguntó Pinkerton.

—Eran inseparables, como ladrones de la misma cuadrilla, señor —respondió James—. De'Ath era una *eminence grise*. Tiene que haber sido uno de los consejeros íntimos de Davis.

—Entonces, demos gracias a Dios porque el bastardo se quedó frío en su cama —concluyó Pinkerton, alegre—. Y ahora, ¿ese pan es reciente?

—Lo es, jefe —contestó por fin James—. Muy reciente.

—Córtame una rebanada, si haces el favor. Y te agradeceré también que me pases una pata de pollo. Lo que he pensado que haremos —Pinkerton se volvió hacia Starbuck después de haberse asegurado el almuerzo— es enviarte esta noche a cruzar el río James. Tendrás que caminar dos o tres horas desde Petersburg y desde allí encaminarte hacia el norte. ¿Crees que podrás conseguirlo?

—Seguro que sí, señor —dijo Starbuck, y se asombró de que su voz sonara tan normal, porque por dentro le consumía un terror instalado como un peso en la boca de su estómago. ¡De'Ath muerto! ¿Quién entonces hablaría en Richmond en favor de Starbuck? ¿Quién podría garantizar en la Confederación que no era un desertor? Starbuck se estremeció de pronto. ¡No podía volver! Esa constatación caló como un chorro de agua helada en su conciencia. Sólo de'Ath podía avalarlo y sin de'Ath carecía de amigos en Richmond. Sin de'Ath parecería un doble chaquetero, doblemente despreciable; sin de'Ath jamás podría regresar al Sur y menos aún volver a unirse a la Legión.

—¡Pareces nervioso, Nate! —comentó Pinkerton en voz alta—. ¿Te preocupa volver? ¿Es eso?

—Todo irá bien, señor —lo tranquilizó Starbuck.

—Estoy seguro de que será así. Todos mis mejores agentes son gente nerviosa. Sólo los bobos no se ponen nerviosos cuando se trata de ir al Sur. —El escocés se volvió asombrado cuando a lo lejos sonó una serie de cañonazos—. ¿Eso es fuego de cañón? —preguntó—. ¿O más truenos? —Cruzó la habitación y abrió una ventana de par en par. El fragor inconfundible del cañón retumbaba en el horizonte, se apagaba y volvía a crecer cuando se sumaba otra batería. Pinkerton escuchó y acabó por encogerse de hombros—. ¿Tal vez alguna dotación que se ejercita?

—¿Puedo tomar un caballo e ir a echar un vistazo? —preguntó Starbuck.

Quería estar solo para decidir su futuro ahora que su protector había muerto. Imaginó a de'Ath tendido en la mansión ruinoso con una sonrisa sardónica en los labios muertos. ¿Habría dejado el anciano una nota que exonerase a Starbuck? Por alguna razón Starbuck lo dudaba. Sintió un nuevo escalofrío a pesar del calor.

—Toma mi caballo —ofreció James.

—¡Pero has de estar de vuelta aquí antes de la seis! —advirtió Pinkerton a Starbuck—. ¡A las seis tendré aquí a un hombre que te llevará hasta el río!

—A las seis en punto —prometió Starbuck, y luego, aturdido por la incertidumbre y el miedo, fue a las cuerdas.

Pinkerton se sentó en la silla de Starbuck y se sirvió más pollo.

—Un joven excelente, tu hermano. Pero nervioso, Jimmy, muy nervioso.

—Siempre ha sufrido de debilidad nerviosa —confirmó James—. Y no se ayuda a sí mismo bebiendo y fumando.

Pinkerton sonrió.

—También yo lo hago, Jimmy.

—Pero usted es un hombre corpulento —explicó James— y mi hermano es flaco. Las personas como usted y como yo, mayor, padecemos del estómago y los intestinos, pero quienes son como mi hermano siempre sufrirán de los nervios. En eso ha salido a mi padre.

—Debe de ser una gran cosa tener una educación —confesó Pinkerton, inclinado sobre su plato. El ruido de cañoneo aumentó, pero él no hizo caso—. Mi querida abuela, Dios la tenga en su seno, siempre decía que no había enfermedad en este mundo de Dios que no se curara con un traguito de whisky. Dudo que estés de acuerdo con ella, Jimmy, pero vivió muchos años y prácticamente nunca estuvo enferma.

—Pero recomendaba sólo un trago pequeño —replicó James, dichoso al pensar que se apuntaba un punto—, no llenarse la panza, y ninguna persona sensata discutirá las virtudes curativas del whisky, pero por desgracia no se toma habitualmente como medicina.

—A tu hermano le gusta su traguito —señaló Pinkerton con malicia.

—Nate es una decepción dolorosa —admitió James—. Pero yo lo veo de la manera siguiente, mayor. Ha enmendado su error político, de modo que inicia con buen pie el duro camino de la redención. Se extravió un gran trecho, pero con la ayuda de la gracia divina rehará cada paso de ese largo camino y se dirigirá decididamente hacia la salvación.

—Me atrevería a afirmar que estás en lo cierto —rezongó Pinkerton.

Nunca se sentía cómodo cuando su jefe de gabinete incurría en aquellas prédicas, pero apreciaba las sólidas virtudes de James y sabía que aquel extraño sermón bien valía el orden riguroso que había aportado James a los asuntos del Servicio Secreto.

—Y tal vez nosotros podamos contribuir a la salvación de Nate —insistió James— ofreciéndole un puesto en la Oficina. Estamos desesperadamente necesitados de personal, jefe. ¡Mire esto, si no!

Señaló la pila de telegramas y de interrogatorios.

—Cuando vuelva de Richmond —concedió Pinkerton—, pensaremos en el asunto, te lo prometo. —Se volvió hacia la ventana, ceñudo—. El cañoneo se anima. ¿Crees que los secesionistas nos atacan?

—No nos consta ninguna información sobre un ataque rebelde —alegó James, como si ese hecho implicara que no era posible ningún asalto. Cada vez que se producía un ataque, siempre había un goteo de desertores que traían noticias de los preparativos del enemigo, pero el frente entre los dos ejércitos había estado desacostumbradamente tranquilo en los últimos días.

—Tienes razón, Jimmy, tienes razón. —Pinkerton volvió a la mesa—. Probablemente es sólo una cañonera que ha decidido ejercitar a su tripulación. Y no

cabe duda de que nos enteraremos pronto si se trata de algo más importante. —Tomó un ejemplar de la semana anterior del *Republican* de Jacksonville y empezó a leer un reportaje eufórico acerca de cómo un mercante había conseguido eludir el bloqueo de los buques de guerra nordistas en la costa de Carolina del Norte. El barco traía lonas de Génova, zapatos de confección francesa, cápsulas de percusión británicas, gutapercha de Malaya y agua de colonia—. ¿Para qué, en nombre de Dios, querrían agua de colonia? —preguntó Pinkerton—. ¿Por qué, en nombre de Dios, querrían una cosa así?

James no respondió. Él mismo estaba concentrado en su almuerzo y acababa de servirse otra porción de pollo cuando la puerta de la sala se abrió de golpe para dejar paso a un coronel alto, de rostro chupado. El coronel calzaba botas de montar y empuñaba una fusta; su uniforme estaba salpicado de barro rojizo, prueba de lo duro que había cabalgado.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó Pinkerton alzando la mirada de su periódico.

—Me llamo Thorne. Teniente coronel Thorne. Departamento de Inspección General, en Washington. Y usted, ¿quién diablos es?

—Pinkerton.

—Muy bien, Pinkerton, ¿dónde está Starbuck?

—¿Señor? Yo soy Starbuck, señor —dijo James, al tiempo que se quitaba la servilleta del cuello y se ponía en pie.

—¿Es usted Nathaniel Starbuck? —preguntó ceñudo el coronel Thorne.

James sacudió negativamente la cabeza.

—No, señor, soy su hermano.

—Entonces, ¿dónde diablos está Nathaniel Starbuck? ¿Le han arrestado?

—¿Arrestado? —preguntó Pinkerton.

—Le telegrafíé ayer. ¿Es que nadie atiende a su trabajo, aquí? —Thorne hizo la pregunta en tono amargo, consciente de que la carta de Delaney que revelaba que Starbuck era un traidor había permanecido sin abrir sobre su propio escritorio durante un lapso de tiempo mucho más largo—. ¿Dónde diablos está, entonces?

James indicó con mano temblorosa la parte trasera de la casa.

—En las cuadras, creo.

—¡Entonces lléveme allí!

Thorne sacó un revólver de su funda y colocó una cápsula de percusión en una de las cazoletas de la recámara.

—¿Puedo preguntar...? —empezó a decir James, nervioso.

—¡No, no puede preguntar maldita la cosa! ¡Lléveme a las cuadras! —gritó Thorne—. No he venido al galope desde Washington para verlo temblar como una virgen en su lecho nupcial. ¡Muévase ya!

James corrió a las cuadras.

La puerta del establo en el que había estado encerrado su caballo porteaba, abierta y empujada por el viento. El establo estaba vacío.

—Ha ido a ver cuál era la causa de esos cañonazos —dijo James sin convicción, asustado por la expresión salvaje de Thorne.

—Estará de vuelta a las seis —aseguró Pinkerton a Thorne.

—Ya pueden empezar a rezar por que así sea —amenazó Thorne—. ¿Dónde está McClellan? Tendrá que conseguirme un pelotón de caballería y perseguiremos a ese bastardo traidor.

—Pero ¿por qué? —preguntó James—. ¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

Pero el coronel ya se había ido. Los cañones tronaban en el horizonte, donde ahora flotaba sobre los árboles una pantalla translúcida de humo blanco. Nate se había ido hacia el oeste, algo terrible conmovía el universo y James sintió que su corazón daba un vuelco tremendo. Rezó porque sus temores fueran infundados y fue a buscar un caballo.

\* \* \*

La infantería confederada trotó a medias y a medias caminó por un terreno firme en algunos lugares y empantanado en otros. Los piquetes yanquis vieron aparecer entre los árboles la línea de uniformes grises y castaños y corrieron atrás para alertar a sus camaradas de que los rebeldes atacaban.

Las cornetas difundieron la alarma en los campamentos federales dispersos entre las granjas situadas al sur de la estación de Fair Oaks. El general McClellan había entrenado bien a aquellos hombres y se habría sentido orgulloso al ver cómo se aprestaron para la batalla. Regimientos enteros dejaron caer las cartas que estaban escribiendo y el café que preparaban, soltaron los bates de béisbol y los naipes que tenían en las manos, tomaron los rifles colocados de forma similar a los postes de las tiendas indias y corrieron a formar filas detrás de las estacadas altas hasta la altura del pecho que protegían sus campamentos. Los batidores fueron rápidamente a ocupar una línea de puestos de tirador excavados cien pasos por delante de las estacadas, en un lugar donde un ligero ascenso del terreno mantenía el suelo teóricamente libre de inundaciones. Sin embargo, a pesar de todo, el diluvio de la noche anterior había inundado las zanjas, de modo que los batidores se arrodillaron delante de los puestos encharcados y retiraron los tapabocas que habían impedido que la lluvia oxidara el ánima del cañón de sus rifles. El resto de los regimientos recién alertados formó en dos largas filas y ahora los hombres esperaban erguidos, expuestos al viento fuerte y cálido, y miraban hacia los árboles desde los que acababan de llegar a la carrera los piquetes. Los hombres cargaron sus armas y colocaron cápsulas de percusión en las

cazoletas de sus rifles.

La estacada situada delante de la infantería desplegada a la espera era una barrera formada por ramas de árboles entrelazadas. Se interrumpía a intervalos que servían de pasillos a los batidores y también por la presencia de los muros de tierra de los emplazamientos de la artillería. Los cañones, la mayoría de ellos Napoleones de doce libras, aunque también había un puñado de Parrotts de diez libras, ya habían sido cargados con granadas. Los artilleros retiraron las lonas de las cajas de munición, empujaron los detonadores de fricción en los oídos de las piezas y alinearon botes de metralla muy juntos, preparados para el segundo y el tercer disparo. Salieron aleteando los pájaros de entre los árboles, asustados por los rebeldes que avanzaban. Luego una pareja de ciervos saltó desde el interior del bosque y cruzó al galope frente a un batallón de neoyorquinos novatos.

—¡No disparen! —aulló un sargento a un hombre que seguía a los ciervos con su rifle—. ¡Apunten bajo cuando vengan, busquen a los oficiales! ¡Quietos ahora! —El sargento se paseó ante una fila de hombres nerviosos—. Son sólo una pandilla de granjeros harapientos, tan miserables como vosotros mismos. No hay nada mágico en los rebeldes. Se los puede matar como a cualquiera. Apuntad bajo cuando los veáis.

Un muchacho murmuraba el nombre de Cristo una y otra vez. Las manos le temblaban. Algunos hombres habían clavado sus baquetas en la hierba húmeda para tenerlas a mano en el momento de recargar.

—Esperad, muchachos, esperad —decía el sargento, al ver el nerviosismo reflejado en aquellos rostros jóvenes. El coronel pasó al galope por detrás de la última fila, y los cascos de su caballo salpicaron chorros de agua y de barro líquido.

—¿Dónde están? —preguntó un hombre.

—Los verás enseguida —dijo un compañero.

En el centro de la línea las banderas destacaban contra el gris sucio del cielo.

En algún lugar hacia la derecha una descarga de mosquetería sonó como un cañaverol ardiendo. Un cañón disparó con tal estruendo que sobresaltó a los hombres. En aquel flanco los hombres chillaban como demonios y el humo se extendía sobre el terreno húmedo como una cortina, pero seguía sin haber ningún enemigo visible delante de los chicos de Nueva York. Un segundo cañón disparó, escupiendo una bocanada de humo a treinta metros por delante de su boca. Una granada estalló en el aire detrás del regimiento de Nueva York, prueba de que una batería rebelde había entrado en acción en algún lugar próximo. Uno de los neoyorquinos que esperaban se dobló de pronto sobre sí mismo y vomitó un buche de galleta y café sobre la hierba.

—Te sentirás mejor cuando los veas —gruñó el sargento.

Otro ciervo apareció entre los árboles y galopó hacia el norte, en dirección al humo y el ruido; luego se dio la vuelta y cruzó a la carrera frente al regimiento. Ahora se veían siluetas moviéndose entre los árboles y el reflejo de la luz gris del día



en el acero de las armas. Una mancha brillante de color apareció allá donde una bandera rebelde ondeó entre los pinos.

—¡Preparados! ¡Apunten! —gritó el coronel de los neoyorquinos, y setecientos rifles se apoyaron en setecientos hombros. Los batidores ya habían abierto fuego desde el lugar que ocupaban junto a los puestos de tirador inundados, salpicando el paisaje de nubecillas de humo que el viento arrastraba hacia el norte.

—¡Esperad! ¡Esperad! —ordenó el sargento. Un teniente cortó con su sable el tallo de una planta. Intentó tragar saliva, pero tenía demasiado seca la garganta. Desde hacía varios días había estado estreñado, pero de pronto le pareció que los intestinos se le derretían—. ¡Quietos ahora! ¡Esperad aún! —El sargento dio un paso atrás y se alineó con la primera fila de hombres.

Y, de repente, allí estaban los enemigos de los que tanto habían leído, de los que tantas cosas les habían contado y sobre los que tanto habían bromeado. Además tenían el aspecto de un enemigo pobre y astroso, apenas una línea desordenada de hombres uniformados de marrón sucio y gris rata, que salían de entre las sombras de los árboles lejanos.

—¡Fuego!

El coronel había alzado su sable y ahora lo abatió. La primera línea del regimiento de Nueva York desapareció en la humareda de pólvora.

—¡Fuego! —gritaron los capitanes de las baterías, y las granadas partieron silbando hacia el límite del bosque y estallaron en forma de repentinas nubes pequeñas de humo. Los hombres pasaron los escobillones y empujaron dentro de los tubos de las piezas las cargas de pólvora y los botes de metralla.

—¡Los estáis parando, muchachos! ¡Estáis resistiendo! —El capellán de Nueva York paseaba de un lado para otro por detrás de las compañías, con la Biblia en una mano y un revólver en la otra—. Enviad sus almas al Señor, muchachos, mandad a esos canallas al cielo. ¡Bien hecho! ¡Loado sea el Señor, apuntad bajo!

—¡Fuego!

Los botes de metralla se abrieron en la boca de los cañones como flores letales y esparcieron su contenido por el terreno. Los rebeldes fueron derribados por aquel granizo y su sangre punteó los charcos dejados por la lluvia nocturna. Las baquetas de acero ludieron en los cañones de los rifles cuando los neoyorquinos cargaron de nuevo. El humo de su descarga inicial fue desvaneciéndose y pudieron ver que el enemigo seguía avanzando, aunque ahora lo hacía en grupos pequeños de hombres que se detenían, se arrodillaban, disparaban y luego avanzaban de nuevo. Durante todo el tiempo bramaban aquel famoso alarido salvaje de los rebeldes. Su nueva bandera de batalla parecía roja de sangre contra el fondo de los árboles.

—¡Fuego! —gritó el sargento, que vio como uno de los grupos de rebeldes se detenía en seco. Dos hombres de gris cayeron. Una baqueta, disparada por error, voló

a través del humo. Las balas rebeldes impactaron en los troncos que componían el almacén de la estacada y otras silbaron al pasar por encima de ésta. Los batidores de Nueva York se retiraban, cediendo los puestos de tirador inútiles a los batidores rebeldes. El humo empezaba a ocultar el campo de batalla y formaba una pantalla fragmentaria detrás de la cual los rebeldes eran simples siluetas subrayadas por las llamaradas de los rifles.

Los trenes de rodaje de los cañones crujían por el golpe del retroceso y excavaban surcos profundos en la hierba empapada. No había habido tiempo de construir unas troneras adecuadas sobre suelos más duros, sino sólo para levantar un tosco parapeto delante de los cañones que ahora vomitaban una metralla letal. Cada pieza de doce libras era cargada ahora con dos botes que eran empujados sobre una bolsa que contenía algo más de un kilo de pólvora, de modo que cada tubo disparaba de golpe cincuenta y cuatro balas de mosquete, cada una de ellas de tres centímetros y medio de largo. Los botes estaban hechos de latón para que se partiesen y las balas iban envueltas en serrín, que desaparecía al arder con la llamarada de la pólvora en la boca misma del cañón. Las balas impactaban en los troncos de los árboles situados más allá de los asaltantes rebeldes, salpicaban barro al hundirse en el suelo húmedo y atravesaban cuerpos de confederados. Cada vez que disparaban, los cañones retrocedían un poco más y alargaban los surcos abiertos en el suelo blando, pero los artilleros no tenían ni fuerzas ni tiempo para empujar las piezas a su posición anterior en aquel suelo resbaladizo. Tenían que bajar el ángulo de tiro para compensar el hundimiento de la cola en los surcos abiertos, pero aun así el cañoneo resultaba efectivo y conseguía contener el ataque rebelde. El ruido inquietante de los aullidos rebeldes había cesado, reemplazado por el silbido de la metralla al desgarrar las hojas de los árboles en el bosque lejano.

—¡Los estáis derrotando! ¡Los estáis derrotando! —gritó el coronel de Nueva York a sus hombres mientras se alzaba sobre los estribos—. Lo estáis haciendo de maravilla —dijo, y dio una boqueada repentina cuando una bala impactó en la parte baja de su garganta.

El coronel empezó a mover la cabeza como un hombre al que el cuello duro de la camisa aprieta en exceso. Quiso hablar pero no le salieron las palabras, sólo una mezcla de sangre y saliva. Se echó atrás en su silla de montar con una mirada asombrada en su rostro barbudo. El sable se deslizó de su mano y fue a caer de punta en el barro.

—¡Los chicos lo están haciendo bien, señor, bien de verdad! —gritó un mayor que acercó su caballo al del coronel.

Entonces vio consternado cómo su superior caía poco a poco de lo alto de la silla. El caballo del coronel soltó un relincho y trotó hacia adelante, arrastrando al coronel por el pie izquierdo enganchado aún en el estribo.

—¡Oh, Cristo! —exclamó el mayor—. ¡Doctor! ¡Doctor!

Luego se oyó el retumbo hueco de un bote de metralla al ser disparado, pero en esta ocasión las balas de mosquete volaron entre las filas de los neoyorquinos, repiquetearon contra la estacada y derribaron a cuatro hombres. Tronó otro cañón de campo y el mayor vio que los rebeldes habían situado dos cañones delante de su flanco izquierdo y estaban desenganchando dos más de sus cureñas. Hizo dar la vuelta a su caballo para acudir al flanco amenazado, pero ya la compañía situada allí se replegaba ante la amenaza rebelde. Había más tropas nordistas en ese flanco, pero estaban demasiado lejos para ser de alguna ayuda, y además bastante tenían con intentar contener la oleada de atacantes rebeldes que se les enfrentaba.

—¡Contenedlos! ¡Contenedlos! ¡Contenedlos! —gritó el mayor, pero la llegada de la artillería rebelde había dado ánimos al ataque sudista y ahora las figuras grises y marrones llegaban ya junto a la estacada y su fuego de mosquete resultaba cada vez más letal. Los hombres heridos se apartaban cojeando o se arrastraban fuera de las filas de Nueva York e iban en busca de ayuda hacia los músicos, que actuaban como auxiliares médicos. Los yanquis muertos eran arrastrados a un lado y los vivos cerraban filas en el centro. Sus bocas estaban secas por la sal de las cargas que se derramaba cada vez que mordían un cartucho, y tenían los rostros ennegrecidos por la pólvora. El sudor trazaba líneas de piel limpia en las caras sucias. Cargaban y disparaban, cargaban y disparaban, se encogían por los culatazos de los rifles pesados en sus hombros magullados y volvían a cargar y a disparar. El suelo, detrás de los rebeldes, estaba cubierto de muertos y heridos, con grupos concentrados en los lugares en los que la metralla disparada por los cañones había diezmado las filas que avanzaban. La nueva bandera rebelde, con su aspa azul estrellada sobre un campo rojo, había sido desgarrada por la metralla, pero un hombre empuñó el asta y corrió adelante hasta que una bala yanqui le quebró la pierna y la bandera cayó de nuevo al suelo. Otro hombre la recogió y una docena de fusileros de Nueva York dispararon a un tiempo contra él.

Un sargento de Nueva York vio a un chico empujar con la baqueta una bala y se dio cuenta de que ésta penetraba menos de medio metro en el cañón antes de quedar atascada. El sargento se abrió paso entre las filas y le quitó el arma de las manos.

—Tienes que disparar la condenada bala antes de meter otra.

El sargento calculó que el chico había embutido por lo menos cuatro o cinco cargas en el cañón del rifle y había olvidado alimentar la cazoleta con una cápsula de percusión en cada ocasión. El sargento arrojó a un lado el rifle y tomó el de un hombre muerto.

—Dios nos ha dado las cápsulas de percusión para esto, chico, para matar rebeldes. Ahora, adelante con ello.

El mayor de Nueva York dio media vuelta y galopó delante del cadáver de su

coronel hasta la batería yanqui más próxima, donde su caballo resbaló hasta detenerse en un barrizal líquido.

—¿Pueden apuntar a esos cañones? —preguntó, señalando con el sable alzado la artillería rebelde, envuelta ahora en una nube de humo.

—¡No podemos mover los cañones! —respondió un teniente de artillería.

Las piezas nordistas se habían clavado tan profundamente en el barro que la fuerza combinada de hombres y caballos no conseguía desatascarlos. Una granada pasó gimiendo sobre sus cabezas y fue a explotar más allá de las tiendas de campaña de los neoyorquinos. Dos piezas yanquis dispararon, pero sus colas estaban tan hundidas que la metralla pasó con un silbido fantasmal por encima de las cabezas de los rebeldes.

Luego comenzó otra vez aquel aullido extraño, el grito agudo y sobrecogedor que sugería la locura y al mismo tiempo un placer perverso de matar por matar. Fue ese sonido, más que la mosquetería o la artillería de los rebeldes, lo que convenció a los neoyorquinos de que habían cumplido de sobras con su deber. Abandonaron la estacada, disparando aún mientras se replegaban, pero impacientes por escapar del infierno de metralla y fuego de fusil que acribillaba la estacada y derribaba a más y más hombres de las filas.

—¡Firmes ahora, muchachos, firmes! —voceó el mayor cuando sus tropas empezaron a retroceder.

Los heridos suplicaban que se los llevaran con el batallón en retirada, pero cada hombre válido que colgaba el rifle del hombro para ayudar a un herido representaba un arma menos para rechazar el ataque. El fuego rebelde crecía en intensidad, mientras que el de Nueva York disminuía, pero aun así los novatos neoyorquinos se comportaban con bravura. Siguieron disparando mientras retrocedían y no se dejaron dominar por el pánico.

—¡Estoy orgulloso de vosotros, muchachos! ¡Muy orgulloso! —gritó el mayor con la boca seca, y enseguida soltó un aullido cuando un mazazo de dolor atravesó su brazo izquierdo. Observó con incredulidad la sangre que repentinamente surgía de la manga. Intentó apartar su mano de la sangre chorreante, pero sólo pudo mover su dedo meñique, así que dobló su brazo hacia arriba, lo que detuvo la hemorragia. Se sintió extrañamente débil, pero rechazó la sensación por inoportuna—. ¡Lo estáis haciendo bien, muchachos, pero que muy bien! —Sin embargo a su voz le faltaba convicción y la sangre se estaba acumulando en el codo de su manga.

Los rebeldes llegaron a la estacada y la utilizaron como apoyo para hacer puntería con sus rifles. Algunos hombres empezaron a desmontar algunas partes de la barricada; otros descubrieron los huecos dejados para el paso de los batidores y se colaron por ellos. Brotaron nubecillas de humo de las filas rebeldes y se desvanecieron en el aire. Los neoyorquinos retrocedían ahora más deprisa,

atemorizados al ver que los artilleros abandonaban sus cañones atascados y huían a lomos de los caballos de tiro. Un oficial de artillería se quedó atrás e intentó clavar las piezas introduciendo con un martillo clavos de material más blando en los oídos de los cañones, pero antes de poder hacerlo fue alcanzado por un disparo y luego atravesado por la bayoneta de un rebelde codicioso que de inmediato se puso a registrar los bolsillos de su víctima.

El mayor consiguió por fin colocar un torniquete encima de su codo izquierdo. Su caballo trotaba sin guía por entre las tiendas del regimiento, que seguían immaculadas después de la inspección de la mañana. Los faldones de las puertas y de los lados estaban levantados para ventilar el interior, las lonas del suelo habían sido barridas y los catres de campaña de los hombres habían sido recogidos y plegados. Los fuegos del desayuno aún ardían. En un pote olvidado, el café hervido se había derramado. Volaban naipes arrastrados por el viento. Los rebeldes llegaban ahora más rápidamente y los neoyorquinos empezaron a correr hacia el abrigo de la línea de árboles situada detrás de su campamento. En algún lugar más allá de aquellos árboles, junto al cruce de caminos en el que se alzaban siete pinos muy altos en un claro aislado, había más tropas nordistas, reductos de artillería mayores y una estacada más recia. Allí estaba la salvación y hacia allí huyeron los yanquis mientras los confederados saqueaban el campamento con sus tesoros de víveres, café y regalos enviados por familias amantes a hombres comprometidos en el gran y sagrado empeño de mantener unida a la Unión.

A seis kilómetros de distancia, en una carretera cubierta de barro pegajoso que atravesaba bosques sombríos, la división del general Huger esperaba mientras su comandante en jefe intentaba averiguar dónde exactamente se suponía que estaba. Algunos de sus hombres se habían mezclado con las unidades de la retaguardia de la división del general Longstreet, y allí la confusión era aún mayor porque Longstreet acababa de ordenar a sus brigadas que dieran media vuelta y rehacer el camino por el que habían venido. El tiempo bochornoso distorsionaba las ondas sonoras y a veces las ahogaba de modo que la batalla parecía tener lugar a muchos kilómetros de distancia, mientras que en otras ocasiones daba la sensación de que el conflicto se había desplazado hacia el este. Las dos divisiones que habían de cerrarse como mandíbulas de acero sobre el ejército yanqui vagaban confusas y malhumoradas mientras el general Johnston, que ignoraba que sus dos alas se habían juntado y su centro había iniciado el ataque sin esperarlas, esperaba en Old Tavern la llegada de las tropas de Longstreet.

—¿Tenemos noticias de Longstreet? —preguntó el general por vigésima vez en una hora.

—Ninguna, señor —respondió Morton, desolado. La división de Longstreet se había desvanecido—. Pero los hombres de Huger avanzan —continuó Morton, sin

atreverse a añadir que lo hacían tan despacio que dudaba que ni siquiera la vanguardia llegara al campo de batalla antes de la noche.

—Habrà una investigación a fondo sobre todo esto, Morton —amenazó Johnston—. Quiero saber quién ha desobedecido qué órdenes. Encárguese de ello.

—Desde luego, señor —obedeció Morton, pero al jefe de estado mayor le preocupaba más en ese momento el ruido de cañoneo que se oía en la dirección de la división de Hill. Era un ruido apagado, porque también aquí las capas de aire cálido y bochornoso amortiguaban el desplazamiento de las ondas sonoras, de modo que el fragor de la batalla próxima se oía como el retumbo de un trueno lejano.

Johnston desechó los temores de su jefe de estado mayor sobre aquellos ruidos apagados.

—Un duelo artillero en el río —sugirió—. Hill nunca atacaría sin contar con apoyo. No está loco.

A nueve kilómetros de distancia, en Richmond, el tronar de los cañones se oía con mucha mayor claridad y repercutía en ecos por las calles lavadas por la tormenta de la noche. La gente subía a los tejados de las casas y a los campanarios de las iglesias para ver la humareda de pólvora que se alzaba desde los bosques situados al este de la ciudad. El presidente no había sido informado de que hubiera ninguna batalla en perspectiva y envió mensajes quejosos al comandante en jefe de su ejército pidiendo que se le explicara qué estaba ocurriendo. ¿Eran los yanquis los que atacaban? ¿Debía el gobierno cargar las reservas de oro en el tren que esperaba y llevarlas al sur, a Petersburg? El general Robert Lee, tan ignorante de las intenciones de Johnston como el presidente Davis, aconsejó al presidente que no se precipitara. Sería preferible esperar noticias, aconsejó, antes de desencadenar el pánico de una nueva evacuación en la capital.

No todos esperaban nerviosos alguna noticia. Julia Gordon repartía Nuevos Testamentos en el Hospital Chimborazo, mientras, al otro lado de la ciudad, en Franklin Street, Sally Truslow aprovechaba la ausencia de clientes para organizar una limpieza total de primavera en la casa. Se escurrían las sábanas y se colgaban a secar en el jardín, los tapices y las alfombras se sacudían para quitarles el polvo, las delicadas pantallas de cristal de las lámparas de gas se lavaban con agua y jabón, se enceraban los suelos de parqué y se limpiaban las ventanas con periódicos empapados en vinagre. A media tarde un cochero trajo en su carro la gran mesa redonda de caoba que ocuparía el centro de la sala de las sesiones de espiritismo, la cual también debía encerarse. En la cocina humeaban los calderos con agua hirviendo y olía a lejía y a jabón. Sally, con las manos y los brazos enrojecidos, el pelo recogido en un moño y la cara brillante de sudor, cantaba mientras trabajaba. Su padre se habría sentido orgulloso de ella, pero Thomas Truslow dormía profundamente en aquel momento. La Brigada Faulconer había sido apostada como reserva y vigilaba

los pasos del Chickahominy al nordeste de la ciudad; desde allí los hombres oían los ruidos de la batalla lejana, jugaban a las cartas, lanzaban herraduras y se alegraban de que su presencia no fuese requerida ese día en el campo de batalla.

\* \* \*

Starbuck cabalgó en dirección sudoeste, siguiendo la carretera que llevaba al vado más próximo del Chickahominy. Apenas sabía dónde iba, ni lo que podía hacer. De'Ath había sido su garante, su protector, y ahora Starbuck se debía valer de sus propios recursos. Durante días a Starbuck le había aterrado la posibilidad de que un mensaje auténtico de Adam llegara a manos de James y se descubriera su engaño, pero nunca previo este peligro, quedarse sin protección en el otro lado de la línea del frente. Se sintió como un animal expulsado de su madriguera y acosado por los cazadores. Recordó entonces el documento que Pinkerton acababa de darle y se preguntó si aquel pedazo de papel tendría poder suficiente para conducirlo a salvo de vuelta a la Legión. Estaba seguro de que era allí donde quería ir, pero ahora se veía obligado a forzar la puerta de la Legión sin la ayuda de de'Ath, y la perspectiva le pareció casi desesperada. Tal vez, pensó, lo que debería hacer era presentarse por las buenas como voluntario en un regimiento nordista de infantería. Cambiar de nombre, empuñar un rifle y desaparecer en medio de las filas de uniformes azules del mayor ejército de Norteamérica.

El caballo de Starbuck siguió su camino a un trote corto mientras el jinete intentaba encontrar algún motivo de esperanza en el torbellino de miedos e ilusiones que le asaltaba. La carretera estaba cortada y se hundía en un lodazal de barro rojo y espeso en que las rodadas dejadas por cañones y carros habían quedado inundadas por agua de lluvia que el viento ondulaba ahora. El entorno era una sucesión plana de campos de cultivo interrumpida por franjas boscosas y zonas de marismas en las que corrientes perezosas trazaban meandros entre cañaverales. Algo más adelante, sin embargo, unas colinas bajas prometían un suelo más firme para su montura prestada.

El cañoneo era incesante ahora, lo que sugería que uno u otro bando estaba llevando a cabo un esfuerzo tenaz para desalojar a su enemigo. Aun así, la urgencia que se percibía en los campos tan incómodamente situados en medio de las marismas anegadas, era asombrosamente escasa. Los hombres holgazaneaban como si la batalla que tenía lugar al otro lado del río afectara a algún otro ejército o a alguna otra nación. Una hilera de soldados esperaba ante el tenderete de un buhonero para comprar los modestos artículos que ofrecía el hombre y se había formado una hilera aún más larga delante de la tienda que anunciaba ostras secas. Uno de los hombres hizo un guiño a Starbuck y dio unos golpecitos a su cantimplora, para indicar que el vendedor de ostras ofrecía en realidad whisky ilegal. Starbuck sacudió la cabeza y

siguió su camino. ¿Tal vez debería escapar? ¿Ir a los desiertos del oeste? Entonces recordó el desdén de Sally y supo que no podía cortar con todo y huir por las buenas. ¡Tenía que luchar por lo que quería!

Pasó delante de una iglesia baptista utilizada como hospital. A un lado había instalado su tenderete un enterrador con el rótulo del propietario pintado en grandes letras rojas en la lona de una carreta cubierta: «Ethan Cornett e Hijos, Newark, Nueva Jersey, Embalsamamientos Baratos y Completos, Garantizados Libres de Olores e Infecciones». Un segundo carro tenía apilados ataúdes de madera de pino, cada uno con una etiqueta que indicaba la dirección donde habían de ser entregados. Los cadáveres embalsamados viajarían a hogares de Filadelfia y Boston, Newport y Chicago, Buffalo y Saint Paul, para ser enterrados allí con el acompañamiento de los sollozos de los familiares y la retórica inflamada de clérigos sedientos de sangre. Muchos de los cadáveres eran enterrados en el lugar donde caían, pero algunos hombres que morían en el hospital habían pagado para que sus restos fueran devueltos a su hogar. Mientras Starbuck pasaba sacaron un cadáver de la iglesia y lo colocaron sobre una mesa junto a la tienda del embalsamador. De un tobillo del muerto colgaba una etiqueta. Un hombre en mangas de camisa y con un delantal de tela sucio, que empuñaba un cuchillo de hoja ancha, salió de la tienda para inspeccionar al nuevo difunto.

Starbuck espoleó a su caballo para evitar el olor rancio de las sustancias químicas del embalsamador y ascendió después una pequeña cuesta en un tramo boscoso, más allá del cual encontró una granja miserable con cultivos que en tiempos habían estado protegidos con una valla de madera. Sin embargo, ahora todo lo que quedaba de la valla eran las marcas de los agujeros en la hierba, porque los postes habían sido robados para hacer fuego. Junto a la carretera se alzaba una cabaña de troncos con una bandera de la Unión de confección casera, colgada del alero del tejado de paja. Las barras estaban hechas con telas de arpillera de color alternativamente claro y oscuro cosidas entre ellas, y las estrellas eran treinta y cuatro topes pintados con lechada en un retal de tela de un azul descolorido. La casa de troncos albergaba sin duda a una familia de negros libres, porque un anciano de color, canoso, salió del interior cuando Starbuck pasaba delante de la puerta. El hombre se dirigió a su huerto con una horca que alzó para saludar a Starbuck.

—¡Envíelos al infierno, señor! —gritó—. Haga el trabajo de Dios, señor, escúcheme, señor.

Starbuck alzó una mano en silencioso asentimiento. Delante de él podía ver ahora la cinta brillante del río y más allá, mucho más allá, un gran espacio cubierto por una densa humareda, como si un gran bosque estuviera ardiendo. Era la señal de una batalla, y al verla Starbuck retuvo a su caballo y pensó en la Compañía K. Se preguntó si Truslow estaría debajo de aquel humo, y si Decker y los gemelos Cobb y



Joseph May y Esau Washbrook y George Finney estarían luchando allí. Dios, pensó, si estaban combatiendo él quería ir con ellos. Maldijo interiormente a de'Ath por morirse y luego miró más allá del humo, mucho más allá, hacia donde una gran mancha de vapor más oscuro revelaba que allí se encontraban las acerías y los molinos de Richmond, arrojando sus humos nocivos al cielo ventoso. Aquella visión de la ciudad lejana le hizo añorar a Sally.

Sacó un cigarro de su bolsillo y rascó una cerilla para encenderlo. Tragó con ansia el humo. Al volver a colocar las cerillas en el bolsillo notó la forma ahusada del paquete envuelto en tela impermeable que era la única arma que le quedaba. El papel que contenía tendría que ser su pasaporte para la Legión, pero si la maldita lista de preguntas caía en manos de un policía militar rebelde se convertiría en su perdición. De nuevo sintió Starbuck un escalofrío de miedo y la tentación de huir lejos de los dos ejércitos.

—Haga el trabajo de Dios, señor, envíelos al infierno, señor —exclamó el negro anciano, y Starbuck se volvió pensando que era a él a quien hablaba de nuevo el viejo, pero vio acercarse a otro jinete picando espuelas. Unos trescientos metros detrás del hombre que se acercaba, un grupo de soldados de la caballería nordista chapoteaba mientras cruzaba a toda carrera la zona inundada de barro rojizo, primera señal de urgencia que había visto Starbuck a este lado del río Chickahominy.

Volvió la vista hacia el humo de la batalla cuando un duro y penetrante estruendo de fuego de cañón difundió sus ecos por el paisaje circundante. Y entonces lo llamó apremiante una voz a medias familiar. Starbuck se giró y con un sobresalto de pánico se dio cuenta de que se le venían encima más problemas.

El ataque rebelde se detuvo entre las tiendas abandonadas del regimiento de Nueva York. No fue la resistencia nordista la que abortó su avance, sino la riqueza nordista, porque en el interior de aquellas tiendas confeccionadas con una lona blanca robusta de una calidad olvidada por los sureños, había cajas con comida, mochilas repletas de camisas excelentes, pantalones y zapatos de cuero de verdad adaptados bien al pie izquierdo, bien al derecho, no como las abarcas cuadradas de los confederados, hechas de cuero rígido, que podían utilizarse indistintamente en ambos pies y prometían las mismas llagas y rozaduras a los dos. Luego estaban los paquetes de comida enviados con cariño desde los hogares del Norte: bolsas de avellanas, botes de pepinillos encurtidos, botellas de mantequilla de manzana, tajadas de pastel de jengibre envueltas en papel, latas repletas de pastas y de ciruelas pasas, quesos envueltos en tela y lo mejor de todo, café. Café de verdad. No café adulterado con guisantes puestos a secar y molidos, ni café hecho con maíz reseco triturado, ni café hecho con hojas de diente de león desecadas mezcladas con polvo de manzana seca, sino auténticos granos de café fragante.

## Capítulo 10

Al principio los oficiales rebeldes intentaron apartar a sus hombres de las tentaciones de la riqueza enemiga, pero luego los mismos oficiales quedaron seducidos por las presas fáciles que encontraban en las tiendas abandonadas. Había jamones, pescado ahumado, ostras secas, mantequilla reciente y pan blanco tierno. Había mantas gruesas y, en algunas tiendas, colchas cosidas por manos femeninas para sus heroicos hijos y maridos. Una colcha llevaba cosida una bandera de la Unión con una leyenda bordada con letras de seda dorada: «¡Vengad a Ellsworth!», decía la leyenda.

—¿Quién diablos es Ellsworth? —preguntó un rebelde a su oficial.

—Un neoyorquino que se hizo matar.

—Eso es lo habitual en los yanquis estos días, ¿no?

—Él fue el primero. Lo tirotearon cuando intentó quitar una de nuestras banderas del tejado de un hotel de Virginia.

—El hijo de perra podía haberse quedado en Nueva York entonces, ¿verdad?

En las tiendas de los oficiales había elegantes gemelos de campo alemanes, fotografías de familia enmarcadas en plata sobre mesas plegables de madera, maletines de viaje con recado de escribir y papel de cartas con el encabezamiento estampado, libros encuadernados en piel, cepillos para el pelo con mango de carey, navajas de afeitar de acero inoxidable en estuches de piel, cajas de crema de afeitar Roussell's, paquetes muy manoseados de daguerrotipos íntimos de damas desvestidas, cántaros de piedra de buen whisky y botellas de vino guardadas en cajas rellenas de serrín. Un mayor confederado que encontró uno de esos escondites lleno de botellas disparó su revólver contra la caja para que el alcohol no tentara a sus hombres.

El serrín de la caja iba coloreándose con el vino a medida que las pesadas balas rompían las botellas.

—¡Hagan moverse a los hombres! —gritó el mayor a sus oficiales, pero los oficiales eran como los soldados, y los soldados eran como niños en una juguetería y no había modo de conseguir que atendieran al asunto principal del día.

En el parque de vehículos del batallón, detrás de las tiendas del cuartel general, un sargento descubrió cien rifles Enfield por estrenar guardados en cajas atadas con cuerdas que llevaban estarcido el nombre del fabricante: «Ward & Sons, Birmingham, Inglaterra». El Enfield era un rifle caro y mucho más preciso y robusto que las armas que utilizaba aquel regimiento de rebeldes, y muy pronto los hombres se arremolinaron alrededor del carro para conseguir uno de los preciosos rifles.

Poco a poco el caos se fue calmando. Algunos oficiales y sargentos cortaron los vientos de las tiendas de campaña, de modo que las lonas cayeron al suelo y los

hombres abandonaron el saqueo y se aprestaron a perseguir a los yanquis derrotados. A ambos lados no había ningún otro campamento que pudiera retrasar el ataque y las tropas rebeldes avanzaron a lo largo de una amplia franja de terreno boscoso con el suelo salpicado de anémonas, sanguinarias y violetas en flor, para salir luego a un área abierta de prados anegados donde el viento rizaba la superficie de los charcos y alzaba las pesadas banderas de las tropas yanquis que se habían detenido justo al oeste del cruce de las tres carreteras en el que se suponía que habían de confluír los ataques rebeldes. El cruce estaba señalado por siete pinos altos y dos granjas raquícas, los puntos de referencia del campo de batalla en el que Johnston había planeado la aniquilación de los yanquis apostados al sur del río.

Aquel cruce de caminos estaba protegido además por un complejo fortín de tierra erizado de cañones y coronado por la bandera de la Unión en lo alto de un asta hecha con el tronco desbastado de un pino. Los accesos al fortín estaban defendidos por una red de estacadas cruzadas y puestos de tirador. Aquí era donde Johnston había planeado rodear a los yanquis, golpeando primero su centro, rompiendo después por el norte y el sur y empujándolos por fin gimoteantes hacia los pantanos rebosantes de serpientes de White Oak, pero ahora era tan sólo una división rebelde la que avanzaba desde los árboles. Los hombres de la división habían roto ya una línea de defensa nordista y ahora, al cruzar las marismas rizadas por el viento, vieron una segunda línea que los esperaba bajo sus vistosas banderas, de modo que las tropas uniformadas de gris y marrón empezaron a emitir su agudo y fantasmal aullido de ataque.

—¡Fuego! —gritó un oficial nordista encaramado al muro del fortín.

Los cañones nordistas golpearon los topes en su retroceso. Estallaron granadas en el aire y junto al humo blanco arrojaron fragmentos de acero ardiente sobre la línea de ataque rebelde. Las balas Minié silbaron sobre el pantano y al llegar a su destino proyectaron chorros de sangre. Las banderas cayeron al suelo y fueron levantadas de nuevo por rebeldes que chapoteaban en aquel terreno inundado.

El general Huger oyó recrudescerse el cañoneo, pero se negó a considerarlo una llamada a apresurarse.

—Hill conoce su oficio —aseguró— y de necesitar nuestra ayuda ya habría venido a pedírnosla.

Mientras tanto, hizo avanzar cautelosamente una brigada por una carretera vacía, afirmando que se trataba de una fuerza de reconocimiento. La brigada no encontró nada. Longstreet, entre tanto, al ver frustrado su avance primero en una dirección y luego en la otra, ordenó una vez más una contramarcha a sus hombres. Los dos generales maldecían la ausencia de mapas y las nieblas del atardecer, lo bastante espesas para ocultar el penacho de humo de pólvora que de otra forma les habría indicado el lugar exacto del que provenía el fragor incierto y amortiguado de los

cañones.

El presidente Davis, enojado por el silencio de su comandante en jefe, salió a caballo de Richmond en dirección al campo de batalla. Preguntó a todos los oficiales que encontró a su paso qué noticias había, pero nadie sabía qué estaba ocurriendo en los campos empantanados al sur del río. Ni siquiera el consejero militar del presidente fue capaz de descubrir la verdad. Robert E. Lee no tenía acceso a los asuntos militares y sólo podía suponer que se había producido un ataque desde las líneas confederadas, pero no era capaz de decir ni de suponer con qué objetivo ni con qué resultado. El presidente preguntó si alguien sabía dónde se encontraba el cuartel general de Johnston, pero nadie pudo responderle con certeza. A pesar de todo el presidente seguía decidido a encontrar a Johnston, de modo que su grupo continuó su avance en busca de noticias de una batalla que se reavivaba ahora, cuando las columnas de Hill, sin apoyo de flanco, fueron a estrellarse contra las sólidas defensas levantadas por los yanquis alrededor de los Siete Pinos.

Allí los cañones fueron recalentándose más y más a medida que, alimentada por la confusión y sostenida por el orgullo, la matanza proseguía.

\* \* \*

El hombre que había saludado a Starbuck era el observador militar francés, el coronel Lassen, que ahora espoleó a su caballo para franquear el montículo y se apoderó de la brida del caballo de Starbuck para sacarlo del camino y apartarlo de ese modo de la vista de la caballería yanqui.

—¿Sabe que está en apuros? —preguntó el francés.

Starbuck tironeó para liberar la cabeza de su caballo de la presa del francés.

—¡No sea tan condenadamente idiota! —gritó Lassen en su perfecto inglés—. ¡Y sígame!

Soltó la brida y pinchó los flancos de su montura con las espuelas. Tanta autoridad tenía su voz que instintivamente Starbuck siguió al francés, que se alejó rápidamente de la carretera y cruzó una zona de arbustos para refugiarse en un macizo espeso de árboles. Los dos hombres se abrieron paso entre un sotobosque denso y las ramas bajas y cargadas de agua de los árboles, y llegaron por fin a un claro en medio del bosque donde el francés hizo girar a su caballo y alzó una mano para ordenar silencio a Starbuck.

Los dos hombres escucharon. Starbuck pudo oír el estruendo sólido y atronador de cañones de gran calibre al otro lado del río, y el crepitar más ligero y agudo de la mosquetería. Pudo oír el roce de las hojas y el gemido del viento en lo alto de los árboles, pero no alcanzó a oír nada más. Sin embargo, el francés seguía escuchando y Starbuck examinó con curiosidad renovada a su rescatador. Lassen era un hombre

alto, de unos cuarenta años, con un mostacho negro y un rostro flaco singular por las cicatrices de guerra que lo recorrían. Starbuck observó las cicatrices que señalaban los lugares en que un sable ruso había abierto la mejilla derecha del francés, una bala cosaca le había vaciado el ojo izquierdo y otra bala de un rifle austríaco había partido su mandíbula izquierda. No obstante, a pesar de las heridas, subsistía en el francés una actitud tan clara de confianza y de diversión que nadie podía considerar fea aquella cara horriblemente desfigurada. Estaba, eso sí, magníficamente maltrecha, era una cara en la que la vida había impreso una historia de aventuras afrontadas con gallardía. Lissan cabalgaba en su caballo negro con la misma gracia innata de Washington Faulconer, en tanto que su uniforme, que alguna vez había sido vistoso con sus encajes, borlas de oro y charreteras doradas, estaba ahora descolorido y desgastado, y sus adornos metálicos, o bien aparecían herrumbrosos, o sencillamente se habían perdido. El uniforme debió de incluir en tiempos un sombrero espléndido, tal vez de piel lustrosa, o un casco de bronce brillante rematado por un penacho de plumas o una cresta escarlata, pero lo que ahora llevaba Lissan era un sombrero blando de ala ancha que parecía prestado por un espantapájaros.

—Todo en orden —rompió Lissan su silencio—. No nos siguen.

—¿Quiénes?

—El jefe del grupo es un individuo llamado Thorne. Viene de Washington. —Lissan hizo una pausa para palmear el cuello de su caballo—. Asegura tener pruebas de que usted fue enviado a este lado de las líneas para engañar a los yanquis. Peor aún, que fue enviado para descubrir la identidad del mejor espía que tienen en Richmond. —Lissan sacó una brújula del bolsillo y esperó a que la aguja se inmovilizara para señalar con el brazo hacia el noroeste—. Iremos por allí. —Hizo dar la vuelta a su caballo y lo guió al paso por entre los árboles—. Lo urgente del caso, amigo mío, es que quieren tomar las medidas de su cuello para una soga. Yo me enteré porque el enérgico Thorne se presentó a McClellan pidiendo un destacamento de caballería. Lo oí y aquí estoy. A su servicio, *monsieur*.

Y Lissan ofreció a Starbuck una sonrisa desenfadada.

—¿Por qué? —preguntó Starbuck huraño.

—¿Por qué no? —respondió Lissan, alegre, y luego hubo un silencio mientras su caballo bajaba hasta el curso de un pequeño arroyo y trepaba luego por la otra orilla—. De acuerdo, voy a decirle por qué. Es tal como se lo conté el otro día. Necesito llegar al lado rebelde, tan sencillo como eso, y preferiblemente antes de que la campaña finalice, lo que significa que no puedo perder semanas viajando por medio mundo para ir de Yorktown a Richmond. Prefiero cruzar las líneas y supuse que usted haría lo mismo esta tarde, de modo que me dije a mí mismo, ¿por qué no? Dos cabezas piensan mejor que una y cuando estemos en el otro lado usted me avalará para que, en lugar de arrestarme y fusilarme por espía, acepten su palabra de que yo

soy, de verdad, Patrick Lassan, *chasseur colonel* de la Guardia Imperial. —Sonrió a Starbuck—. ¿Le parece a usted razonable?

—¿Patrick? —preguntó Starbuck, picada su curiosidad por aquel nombre que no parecía en absoluto francés.

—Mi padre era inglés y su mejor amigo irlandés, de ahí mi nombre. Mi madre es francesa y llevo su apellido porque nunca encontró el momento de casarse con su inglés, lo cual me convierte a mí, *mon ami*, en un mestizo bastardo. —Lassan había hablado de sus padres con un afecto evidente, un afecto que despertó la envidia de Starbuck—. Y también resulta que soy un mestizo bastardo aburrido —siguió diciendo Lassan—. Los yanquis son gente excelente y hospitalaria, pero cada vez más se han encerrado en una disciplina teutónica. Siempre quieren ponerme cortapisas, amparándose en leyes y reglamentos. Quieren que me mantenga a una distancia decorosa de los combates, como corresponde a un observador no participante, pero yo necesito oler la matanza, porque no puedo saber de otro modo por qué se gana o se pierde la guerra.

—También nosotros tenemos leyes y reglamentos —repuso Starbuck.

—¡Ajá! —Lassan se removió en su silla—. ¿De modo que es usted un rebelde?

Durante un segundo el hábito adquirido en las últimas semanas tentó a Starbuck a negarlo, pero luego se encogió de hombros.

—Sí.

—Bien por usted. Puede que sus leyes y sus reglamentos sean tan malos como los de los yanquis, ya lo veremos. Pero será una aventura, ¿no? Una magnífica aventura. ¡Vamos!

Llevó a Starbuck fuera de los árboles, a través de un prado utilizado como parque de artillería. Delante de ellos había otra carretera y a su lado filas de infantería yanqui que descansaba. Lassan propuso que si alguien discutía su presencia allí él explicaría que era un oficial observador que quería ver de cerca la batalla y que Starbuck era su ordenanza.

—Pero nuestro mayor obstáculo será cruzar el río. Sus perseguidores están detrás de nosotros, pero existe la posibilidad de que hayan teleografiado a todos los puentes y alertado a los centinelas de que le impidan pasar si aparece.

Starbuck sintió el regusto agrio del miedo en su estómago. Si los yanquis lo capturaban, lo ahorcarían, y si los policías militares rebeldes encontraban el papel de Pinkerton, harían lo mismo. Pero cruzar las líneas le daba aún una oportunidad de regresar a las filas de la Legión.

—Usted asume el riesgo, ¿verdad? —preguntó a Lassan.

—En absoluto. Si nos prenden, declararé que no le conozco de nada. Diré que me engañó para que lo acompañara y me fumaré un cigarro mientras lo cuelgan. Pero no tiene por qué preocuparse, rezaré una oración por su alma.

La idea de que su alma estaba condenada llevó a Starbuck a pensar en todas las oraciones desperdiciadas de su hermano James.

—¿Vio a mi hermano? —preguntó Starbuck mientras el coronel y él pasaban delante de los cañones aparcados y se dirigían hacia las unidades de infantería que descansaban junto a la carretera.

—Estaba proclamando a voces que usted era inocente. Su hermano, creo, no es un soldado nato. —Era un juicio expresado con una sutil amabilidad—. Yo pasé la mayor parte de la batalla de Bull Run en compañía de su hermano. Es un hombre al que agrada encasillarse en las leyes y los reglamentos. No es un pícaro, creo. Los ejércitos no podrían sobrevivir sin esa clase de hombres concienzudos, pero necesitan todavía más a los picaros.

—James es un buen abogado —replicó Starbuck en defensa de su hermano.

—¿Por qué ustedes los norteamericanos se enorgullecen tanto de sus hombres de leyes? Los abogados no son más que un síntoma de una sociedad conflictiva y cada centavo dado a un abogado es un sorbo menos de champaña, una mujer sin conquistar o un cigarro sin fumar. Maldita sea toda su ralea de chupasangres, digo yo, aunque estoy seguro de que su hermano es un verdadero ángel comparado con los demás. ¡Sargento! —gritó Lasso a uno de los infantes—, ¿a qué unidad pertenece usted?

El sargento, obediente a la autoridad de que daba pruebas Lasso, dijo que su regimiento era el 1.º de Minnesota, en la brigada del general Gorman.

—¿Sabe lo que está ocurriendo, señor? —preguntó el sargento.

—Los malditos rebeldes se mueven, sargento. Muy pronto irán ustedes a darles una lección. ¡Les deseo buena suerte!

Lasso siguió su camino al trote, entre las rodadas embarradas y la infantería sentada al borde de la carretera.

—Éste es el cuerpo del general Sumner —informó a Starbuck—, Sumner debe de haber dado la orden de acercarse al puente, lo que quiere decir que espera órdenes de atacar, pero dudo que las reciba muy pronto. Nuestro Joven Napoleón no parece tener conciencia plena de la urgencia de la situación. Está enfermo, pero aun así debería hacer algo.

—¿No le gusta McClellan? —preguntó Starbuck.

—¿Gustarme? —El francés meditó un momento sobre la cuestión—. No, no mucho. Es un sargento de instrucción, no un general. Nada más que un hombrecillo pomposo con una opinión demasiado elevada sobre sí mismo. No tendría importancia si ganara batallas, pero parece incapaz de librarlas, no digamos ya de ganarlas. Hasta el momento, todo lo que ha hecho en esta campaña es inclinarse sobre los rebeldes y utilizar su peso para empujarlos atrás, pero no los ha combatido. ¡Le asustan! ¡Cree que tienen ustedes doscientos mil hombres! —Lasso soltó una carcajada parecida a un ladrido y luego señaló un cable de telégrafos tendido sobre unos postes

improvisados a lo largo de la carretera—. Ése es nuestro problema, Starbuck. Suponga que nuestro amigo Thorne ha telegrafiado, ¿eh? Pueden estar esperándolo en el puente. Probablemente lo ahorcarán en las mazmorras de Fort Monroe. La última taza de café, un cigarro, una lectura rápida del Salmo 23 y entonces le pondrán la capucha y lo harán pasar de golpe por la trampilla. Mucho mejor que ser fusilado. ¿Ha presenciado alguna vez a un pelotón de fusilamiento?

—No.

—Mejor. Siempre me ha asombrado la frecuencia con la que un pelotón de fusilamiento no da en el blanco. Alinea usted a esa pandilla de bobos a diez pasos, prende un pedazo de papel sobre el corazón del pobre hombre y ellos le agujerean el hígado, los codos y la vejiga; en cualquier lado, de hecho, y eso significa que el oficial ha de acercarse luego y pegar a la pobre víctima temblorosa un *coup de grace* en la sien. Nunca olvidaré mi primer fusilamiento. Las manos me temblaban como una hoja y el pobre bastardo se retorció como un pescado fuera del agua. Me costó tres balas de revólver y tardé dos semanas en quitar la sangre de las costuras de mis botas. Un desastre, los pelotones de fusilamiento. ¿Se siente usted bien?

—Perfectamente —respondió Starbuck, y lo cierto es que la conversación de Lissan le distraía de sus preocupaciones relacionadas con la muerte de de'Ath.

Lissan se echó a reír al ver el aplomo de Starbuck. La carretera había entrado en un tramo boscoso oscuro y húmedo, con enredaderas que colgaban de los árboles y grandes charcos de agua bajo las ramas. La carretera había sido pavimentada con troncos, lo que dificultaba su tránsito a caballo, tanto que al cabo de un rato Lissan sugirió que desmontaran y llevaran a los caballos de las riendas. Habló de Crimea y de la idiotez de los generales, y luego de la época en que se enroló en el ejército francés como cadete, en 1832.

—Mi padre quería que me alistara en el ejército inglés. Ser un fusilero, me dijo, es lo mejor de lo mejor. Pero mi madre quería que fuera un oficial de la caballería francesa. Elegí Francia.

—¿Por qué?

—Porque me enamoré de una chica cuyos padres vivían en París y pensé que si ingresaba en Saint Cyr podría seducirla, mientras que si me marchaba a Inglaterra nunca volvería a verla.

Starbuck se acordó de mademoiselle Dominique Demarest de Nueva Orleans, actriz barata y puta más barata todavía, que lo había tentado para que dejara Yale y se fugara con una compañía itinerante de actores. Se preguntó dónde estaría ahora Dominique y si alguna vez volvería a verla para ajustar cuentas con ella. Luego, y de forma bastante repentina, se dio cuenta de que no sentía ningún rencor hacia Dominique. Ella sólo lo empujó a hacer lo que él quería hacer, que era huir de las ataduras embrutecedoras de su familia.



—¿Qué ocurrió con la chica? —preguntó Starbuck.

—Se casó con un pañero de Soissons —dijo Lissan—. Y ahora apenas consigo recordar el aspecto que tenía.

—¿Se enfadó su padre?

—Sólo por mis gustos con las mujeres. Dijo que había visto bueyes con caras más bonitas. —Lissan rio de nuevo—. Pero tomé mi decisión por amor, ya ve, y no me he arrepentido. Puede que de haber elegido la otra alternativa tampoco lo hubiera hecho. No hay un grado óptimo en esta vida, sino un condenado montón de buenos ratos mientras dura la espera, para quienes tienen el valor de asumirlo. Y valor es lo que vamos a necesitar ahora, *mon ami*. —Lissan extendió el brazo para señalar el puente que acababa de aparecer a la vista—. Si cruzamos ese puente ya sólo tendremos que evitar las balas y las granadas para sobrevivir.

El puente era un armadijo de aspecto miserable. La carretera pavimentada con troncos embarrados cruzaba un pantano de aguas estancadas y luego parecía elevarse unos cincuenta o sesenta centímetros por encima del nivel del río mefítico y maloliente antes de volver a descender hacia otro tramo encharcado, ya en la orilla sur de la corriente. Aquella ligera elevación se debía a cuatro pontones de madera recubierta de cinc que llevaban la carretera tapizada de troncos a través del río. Los pontones estaban sujetos con cuerdas desmesuradamente largas que se habían llevado hasta el bosque y atado a los troncos de los árboles, pero era evidente que había un problema con aquel complicado despliegue de sogas, pontones, poleas y carretera. La tormenta de la noche anterior había elevado el nivel de las aguas y arrastrado una masa de residuos flotantes que habían quedado atrapados contra el puente, lo que tensaba tanto las sogas que sujetaban los pontones que ahora la carretera quedaba peligrosamente sumergida en algunos tramos. Estaba claro que la presión del agua y de los residuos flotantes rompería las cuerdas y destruiría el puente. Con la intención de impedir tal desastre una veintena de ingenieros militares descontentos se hundía hasta el pecho en el agua revuelta y embarrada mientras intentaba limpiar el puente de obstáculos y fijar nuevos amarres.

—¡No se puede cruzar! —Un ingeniero en mangas de camisa se acercó a Lissan y Starbuck cuando los dos hombres, llevando de la brida a sus caballos, asomaron fuera del refugio de los árboles. El ingeniero era un hombre de edad mediana, sus pantalones estaban sucios de barro y su rostro patillado rezumaba sudor, que también había oscurecido de humedad su camisa blanca—. Soy el coronel Ellis, del Cuerpo de Ingenieros —se presentó a Lissan—. El puente no es seguro. La tormenta le ha dado un condenado meneo. Ellis dedicó a Starbuck una ojeada, pero no mostró más interés por él. Hay otro puente a kilómetro y medio, río arriba.

Lissan hizo una mueca.

—¿Cómo podemos llegar al otro puente?

—Vuelvan por el camino por donde han venido. A unos ochocientos metros hay un cruce a mano izquierda, tómenlo. Cerca de un kilómetro más allá encontrarán otro cruce en forma de «T»; giren allí a la izquierda otra vez.

Ellis se dio una palmada en la cara para espantar a un mosquito. En el río, una hilera de hombres tiraba de un cable y Starbuck vio sumergirse el frágil puente y temblar cuando la gruesa cuerda se tensó. La soga salió del agua, con mucha vegetación adherida que goteaba, y uno de los hombres metidos en el río gritó al ver una serpiente enroscada en la soga de la que tiraban. La soltó y el pánico se extendió a sus compañeros: todos soltaron la cuerda y corrieron hacia la orilla. El puente crujió y se desplazó un pequeño trecho río abajo.

Un sargento abroncó a los hombres y los llamó bastardos de hígados de gallina.

—¡Es sólo una maldita mocasín! ¡No os va a matar! ¡Sujetad ahora! ¡Tirad, bastardos, tirad!

—¿Sabe que hay todo un cuerpo de ejército esperando para cruzar este puente? —preguntó con severidad Lissan al coronel Ellis, como si el ingeniero en persona fuera el responsable de estar retrasando el avance de las tropas—. Están esperando al otro lado del bosque.

—No cruzarán nada hasta que el puente esté reparado —replicó Ellis de mal humor.

—Creo que vamos a comprobar por nosotros mismos si el puente es seguro —comentó Lissan en tono ligero—. El futuro de la Unión podría depender de ello. En la guerra, coronel, uno se ve obligado a asumir riesgos que serían impensables en tiempos de paz, y si un puente frágil es el único camino hacia la victoria, es necesario correr el riesgo.

Mientras declamaba aquel discurso vacío se encaminó resueltamente hacia el puente, que se estremecía bajo el empuje de las aguas. Starbuck vio que la crecida había desplazado dos pontones dejándolos mal alineados. Como resultado, los troncos que cubrían el camino se habían desordenado y dejaban huecos peligrosos en la capa superior.

—¿Quién es usted? —El coronel ingeniero salpicado de barro corrió detrás del francés. Lissan lo ignoró. En cambio, fijó la mirada en una pequeña tienda de campaña que se alzaba precariamente al lado de un gran charco de aguas estancadas, en cuyo interior estaba funcionando un telégrafo sin que nadie lo atendiera—. ¡Le digo que quiero saber quién es usted! —insistió el coronel, con la cara roja de ira.

—Soy el general Lissan, vizconde de Seleglise del ducado de Normandía, y *chasseur* de la Guardia Imperial del emperador, adscrito actualmente al estado mayor del mayor general George McClellan —anunció Lissan sin dejar de avanzar con Starbuck a su lado.

—Por mí como si es el rey de Siam —insistió Ellis—. No puede cruzar.

—Tal vez no, lo que significa que moriré en el intento —repuso Lassen, grandilocuente—. Si recuperan mi cadáver, coronel, le ruego que lo envíen a Normandía. Mi compañero, por otra parte, es de Boston, de modo que puede usted dejar que su cadáver se pudra en cualquier marasmo mefítico adonde vaya a parar. ¡Vamos, muchacho!

El último estímulo iba dirigido a su caballo, que tascaba la brida nervioso por la proximidad de aquel paso inseguro. Los troncos colocados sobre la carretera se hundieron unos centímetros bajo el peso de los caballos y una oleada de cieno acuoso y burbujeante afloró por los intersticios.

—¡Vuelvan de una maldita vez! —gritó a Lassen y a Starbuck el sargento, hundido hasta la cintura en el agua y sujetando el extremo de la sogas con las dos manos.

—Yo sigo adelante. ¡El riesgo es mío, no suyo! —contestó Lassen al sargento, y dirigió a Starbuck una sonrisa llena de malicia—. ¡Adelante, siempre adelante!

—¡General! ¡Por favor! —El coronel Ellis hizo un último intento, pero Lassen se limitó a ignorar a los ingenieros y avanzó resuelto hacia el lugar donde el puente maltrecho se levantaba por encima de las aguas henchidas, veloces y turbulentas del río. La superficie cedió y se hundió cuando se aventuraron en la rampa. Starbuck, al pasar el primer pontón, vio que estaba inundado a medias. Afrontó la casi imperceptible pendiente y su caballo hizo un extraño para apartarse del remolino del agua que chocaba contra el ramaje flotante y los pontones. Starbuck siguió adelante, pero con una dolorosa lentitud porque el animal necesitaba tiempo para colocar los cascos en los troncos mal asentados.

—Quédese en la parte que da río arriba —le aconsejó Lassen—. Ahí los troncos están más juntos.

El segundo pontón estaba casi repleto de agua y, bajo el peso del caballo de Lassen, la pasarela se hundió hasta quedar peligrosamente próxima al curso turbulento de las aguas rojizas.

—¡Coronel Ellis! —gritó Lassen en dirección al grupo de ingenieros.

—¿Qué pasa?

—Trabajaré mejor si antes achica el agua de los pontones.

—¿Por qué no se ocupa de sus propios condenados asuntos?

—Una buena pregunta —dijo Lassen para sí mismo, divertido. Starbuck y él estaban ya a medio camino, y su peso sumergía la pesada pasarela hasta escasos centímetros de la superficie del río—. Tienen ustedes muy buenos ingenieros en este país —comentó el francés a Starbuck—. Mejores que los nuestros. A los franceses les gusta servir en la caballería y, como mal menor, aceptan enrolarse en la infantería ligera, pero cualquier otra opción es considerada degradante. Sin embargo, tengo la horrible sospecha de que las guerras futuras las decidirán los artilleros y los

ingenieros, las servidumbres matemáticas de la guerra, mientras que nuestros espléndidos jinetes se verán reducidos a la condición de chicos de los recados. Sin embargo, no puedo imaginarme a bellas mujeres enamorándose de ingenieros, ¿y usted? Es lo bueno que tiene ser un soldado de caballería; facilita en cierto modo las conquistas más importantes de la vida.

Starbuck se echó a reír, y luego tragó saliva cuando una de sus botas resbaló en una mancha de grasa de un tronco. Consiguió mantener el equilibrio, pero el brusco movimiento tensó más aún las cuerdas que sujetaban el siguiente pontón y todo el puente sufrió una sacudida bajo el asalto de las aguas del río, que burbujearon y afloraban por los huecos abiertos entre los troncos. Starbuck y su caballo permanecieron inmóviles hasta que las peores sacudidas pasaron y pudieron seguir adelante con cautela.

—¿De verdad es usted un vizconde? —preguntó Starbuck al francés, y recordó que también de'Ath se ufanaba de un título francés, aunque si eran ciertos los chismorreos de James la estirpe de de'Ath sería todavía más encumbrada.

—No estoy muy seguro —respondió Lissan con des— preocupación—. Es un título antiguo, suprimido oficialmente durante la Revolución, pero mi abuelo lo usaba y yo soy su único descendiente varón. Supongo que perdí mis derechos de pertenencia a la nobleza cuando mi madre y mi padre hicieron el amor en el lado equivocado de las sábanas, pero de vez en cuando resucito el título para epatar al paisanaje local.

—¿Y dijo usted que era general?

—Interino, nada más. Cuando acabó la guerra con Austria volví a convertirme en un simple y humilde coronel.

—¿Y su gobierno le ha enviado aquí para ver cómo luchamos? —preguntó Starbuck, asombrado de que a un hombre así lo hubieran expedido a Norteamérica.

—¡Oh, no! Querían ponerme al frente de un centro de instrucción de reclutas, pero allí no había otra cosa que labriegos torpes, caballos de la remonta doliéndose de esparavanes y sargentos borrachos. Enviaron aquí a algunos pelmazos de la academia y a un par de oscuros oficiales de infantería para que ejercieran de observadores, pero yo quería verlo todo por mí mismo, de modo que solicité un permiso indefinido y en el gobierno me acreditaron a regañadientes cuando se dieron cuenta de que no iban a poder disuadirme. Yo pienso en esta misión como en unas vacaciones, Starbuck. — Lissan tiró de su caballo hacia delante—. Casi hemos llegado. No sé de qué se preocupan esos estúpidos bastardos. Podría bailar el vals con una división de fulanas al galope y con los ojos vendados encima de este puente.

Starbuck sonrió al oír aquella fanfarronada, y se giró cuando una voz severa los llamó desde la orilla norte del río. Era el coronel Ellis quien los voceaba desde la tienda del telégrafo.

—¡Alto! —gritó Ellis—. ¡Quietos donde están! ¡Alto!

Starbuck hizo gesto de no haber entendido la orden de Ellis y siguió caminando. Casi había salido ya del puente y se acercaba a la superficie embarrada y resbaladiza del camino de acceso. Se apresuró, tirando de las riendas de su caballo.

—¡Alto! —volvió a gritar Ellis, y en esta ocasión dio más énfasis a la orden sacando su revólver y disparando por encima de la cabeza de Starbuck. La bala se perdió entre el follaje de los árboles, que ahora estaban a tan sólo cincuenta metros delante de ellos.

—Vuelva el caballo hacia él —susurró Lasso— para que crea que le está obedeciendo. Monte al mismo tiempo, luego haga dar la vuelta en redondo a su montura y corra como el demonio. ¿Entendido?

—Entendido —confirmó Starbuck.

Agitó de nuevo las manos hacia el coronel de ingenieros e hizo girar al caballo para dejar claro que no intentaba escapar. Al mismo tiempo puso su embarrada bota izquierda en el estribo. Se aferró al pomo de la silla de montar con la mano izquierda y, con un rápido impulso, se alzó hasta la silla de su hermano. Lasso también montó.

El coronel caminaba apresuradamente hacia el puente y hacía señas a los fugitivos:

—¡Vuelvan!

—Adiós, *mon colonel* —musitó Lasso, e hizo girar en redondo a su montura—. ¡Ahora cabalgue sin separarse de mi lado! —gritó el francés. Starbuck picó espuelas con fuerza y su caballo saltó detrás del francés. La carretera de troncos era resbaladiza y traicionera, pero de alguna manera los dos caballos mantuvieron el equilibrio—. ¡Corra! —animó Lasso a Starbuck, y el coronel Ellis proporcionó un estímulo adicional disparando su revólver, sólo que esta vez no apuntó por encima de las cabezas de los fugitivos, sino a sus caballos. Pero los dos hombres estaban ya a más de cien metros y los revólveres son armas imprecisas a distancias superiores a los cuarenta o cincuenta metros. El coronel disparó sus dos primeras balas demasiado deprisa y su puntería fue lamentable. Entonces se detuvo para apuntar con más cuidado, pero Lasso se encontraba ya al resguardo de los árboles, donde hizo dar la vuelta a su caballo negro. Entonces sacó su propio revólver y disparó para cubrir a Starbuck. Las balas de Lasso levantaron salpicaduras de los charcos o arrancaron astillas húmedas de los troncos que tapizaban la pasarela. El francés no disparaba con intención de matar, sino sólo de estorbar la puntería del ingeniero, y al poco Starbuck pasó como una exhalación a su lado y una curva del camino lo ocultó a la vista de Ellis.

Lasso se colocó junto a Starbuck y los dos hombres cabalgaron en medio de bosques tan húmedos y extensos como los de la orilla norte del río.

—Ahora saben que estamos aquí —dijo Lasso—. Ellis les telegrafiará.

Cargó su revólver de nuevo, empujando las balas y la pólvora en el ánima con el émbolo sujeto debajo del cañón del arma. Ahora el ruido de la batalla era más fuerte y llenaba el terreno bochornoso por delante de ellos con la amenaza de la muerte. Lassan vio un sendero que cruzaba los bosques y se apartó de la carretera, para llegar luego al galope a un espacio abierto que fue ensanchándose en un campo situado a espaldas de una casa con varias dependencias. Starbuck lo siguió y se puso en tensión al ver al francés saltar una valla. Starbuck aferró las riendas, cerró los ojos y dejó que su caballo tomara la iniciativa. De una forma u otra consiguió seguir pegado a los lomos del animal y cuando abrió los ojos de nuevo vio que avanzaban al trote por un camino que corría entre el campo y más bosques. Una carretilla de agricultor había quedado abandonada junto al sendero, testimonio de tiempos más pacíficos, mientras que en el extremo más alejado del campo se había instalado un parque de artillería y los caballos, las cureñas y los cañones de una batería nordista esperaban órdenes allí.

—Será mejor que no parezca que tenemos mucha prisa —aconsejó Lassan a Starbuck—. No hay nada tan sospechoso en el campo de batalla como un hombre con prisas. ¿No se ha dado cuenta? Los soldados lo hacen todo sin apresurarse. Los únicos son los oficiales de estado mayor y los fugitivos.

Giró hacia el este por el campo abierto y pasó a un trote despreocupado por detrás de los cañones aparcados. Starbuck cabalgó a su lado. A unos ochocientos metros a la izquierda había otra franja arbolada y más allá se extendía una serie de colinas bajas boscosas que ocultaban el campo de batalla. Una gran humareda ascendía hacia las nubes desde detrás de aquellas colinas y Lassan se dirigió hacia el límite de aquella humareda.

—No tiene sentido meterse en el fragor de la pelea, Starbuck. Daremos un rodeo por el flanco.

—Se está divirtiendo usted, ¿no es cierto? —apostilló Starbuck, contento de que el francés, más experimentado, le sirviera de guía.

—Es mejor que estar sentado en el cuartel general de McClellan leyendo el *World* de Nueva York por octogésima novena vez.

—Pero ¿y sus pertenencias? —preguntó Starbuck, al darse cuenta de pronto de que el francés se proponía trasladarse de las líneas federales a las confederadas sin llevar consigo el menor equipaje aparente.

—Mis pertenencias se encuentran en Francia. Aquí en Norteamérica tengo una capa. —Lassan dio unas palmadas sobre la prenda de abrigo, que estaba enrollada en la parte trasera de su silla de montar—. Algo de dinero aquí. —Palmada a la alforja de la silla—. Lo suficiente para que valga la pena asesinar me, pero le aconsejo que no lo intente. —Sonrió feliz—. Una camisa de repuesto, un poco de tabaco, cartuchos de revólver, ropa interior, un volumen de los *Ensayos* de Montaigne, un cepillo de dientes, tres cuadernos de notas, dos lápices, dos navajas de afeitar, un cuchillo, una

brújula, gemelos de campo, un peine, un reloj, una flauta, cartas de crédito y mis papeles oficiales. —Fue señalando con palmadas los bolsillos o las alforjas en los que guardaba esas pertenencias diversas—. Cuando esté a salvo entre los rebeldes compraré un caballo de repuesto y entonces volveré a tener posesiones suficientes para todas mis necesidades. Un soldado no debería llevar nada más y si me dejo barba ni siquiera necesitaré las navajas.

—¿Y la flauta?

—Un hombre debe poseer algún talento civilizado, *mon ami*, porque si no sería tan sólo un bruto. Dios, no me gustaría luchar en este país. —Expresó esa opinión cuando los dos jinetes coronaron una ligera cuesta y vieron frente a ellos un laberinto de campos y bosques pequeños—. No es un buen sitio para la caballería —concluyó Lissan.

—¿Por qué no?

—Porque la caballería odia los árboles. Los árboles pueden ocultar cañones y mosquetes, y a nosotros los de caballería nos gustan los llanos extensos y ondulados. Primero rompes las líneas de la infantería enemiga con tu artillería, luego sueltas contra ellos a la caballería y al final los entierras. Esa es la receta del Viejo Mundo para las batallas, pero sólo es posible hacerlo en terreno abierto. Y le aseguro, amigo mío, que Dios no nos ha concedido una emoción más intensa que la de cabalgar contra un enemigo en desbandada. Golpear de cascos, trompetas, el sol arriba, el enemigo abajo, Dios mío, la guerra puede ser perversamente excitante.

Siguieron avanzando al trote y llegaron ante las primeras señales de la batalla que se estaba desarrollando. Había un puesto de socorro en el campo, al que las ambulancias llevaban a los heridos y donde enfermeras en uniforme de falda larga y camisa masculina ayudaban a transportar los cuerpos ensangrentados desde los carros hasta el interior de las tiendas. Junto al puesto de socorro había un pequeño grupo de hombres hoscos con los rostros ennegrecidos de pólvora, fugitivos que habían huido de los primeros ataques de los rebeldes y ahora habían caído en manos de la policía militar. Algunas mulas cargadas con cestos de munición eran conducidas a lo largo de una carretera hacia el penacho de humo.

Lissan y Starbuck adelantaron al trote a las mulas y cruzaron otra faja boscosa en la que unas unidades de infantería nordista esperaban en la sombra. Los rostros de los hombres no estaban sucios de pólvora, prueba de que aún no habían combatido ese día.

Más allá de los árboles la carretera descendía suavemente hacia el lugar donde el terraplén de la línea férrea entre Richmond y York atravesaba los prados húmedos. Los rebeldes habían arrancado los raíles y volado el puente sobre el Chickahominy, pero los eficientes ingenieros del Norte habían reconstruido ambas cosas y un tren con un globo de reconocimiento se hallaba detenido justo a la derecha del lugar en

que la carretera cruzaba la vía. Una locomotora expulsaba humo al aire mientras la dotación del globo trataba de elevar su torpe vehículo desde un vagón descubierto. El viento se había calmado después de la tormenta, pero aun así el equipo tenía dificultades para manejar aquel armatoste hinchado de gas.

—Problemas —gruñó Lissan.

Starbuck había estado mirando el globo, pero ahora volvió la vista en la otra dirección y vio que una patrulla de caballería avanzaba a lo largo del terraplén del ferrocarril.

—Puede que sólo vayan a la caza de emboscados —conjeturó Lissan—. Tendremos que arriesgarnos. Una vez estemos en los bosques del fondo nos encontraremos bastante a salvo. —Señaló una espesa franja arbolada que se extendía al otro lado de la línea férrea—. Pongamos los caballos al paso.

Lissan y Starbuck avanzaron despacio hacia el terraplén. El francés encendió un cigarro, que ofreció a Starbuck, y luego otro para sí mismo. La patrulla estaba aún muy lejos y Starbuck sintió aumentar su confianza a medida que se acercaba a la vía férrea. El camino ascendía suavemente hacia el nivel del terraplén entre márgenes salpicados de puntos de hierba quemada, allí donde las chispas de las locomotoras habían provocado pequeños fuegos. Dos soldados arrastraban un carrete con un palo como eje, e iban desenrollando un cable de telégrafo para conectar la barquilla del globo con la línea que se había tendido recientemente a lo largo del terraplén. Uno de los hombres retorció uno de los polos con unos alicates.

—Odio la guerra moderna —renegó Lissan cuando él y Starbuck llegaron al cruce de la vía—. La guerra debería ser redobles de tambor y toques de trompeta, no ingenieros eléctricos y máquinas de vapor.

Dos ambulancias pasaron por la carretera a toda prisa en dirección norte y Lissan se hizo a un lado con su caballo para dejarlas pasar. Las ruedas de los dos carros pintados de blanco resonaron al pasar sobre los tableros que subían desde el nivel del camino hasta las vías. Las ambulancias dejaron un rastro de gotas de sangre en el suelo. Lissan hizo una mueca al ver la carga de pasajeros que gemían, maldecían y sangraban en la ambulancia, y luego sacó sus gemelos de campo para examinar el terreno al sur de la vía férrea. Lejos a la izquierda había filas de tiendas de campaña y una línea de reductos en los que había emplazada una batería, aunque la batalla parecía desarrollarse un par de kilómetros más allá, al otro lado de los árboles. Dos señaleros agitaban sus banderas, de pie en el parapeto del reducto, para enviar un mensaje al sur. Más cerca, la patrulla de caballería bajó del terraplén de la vía férrea y aceleró el paso a través de los prados.

—Nos han visto —advirtió Starbuck al francés, que miró a la izquierda y vio que los jinetes nordistas atajaban a campo través en una maniobra que parecía tener como objetivo cortar el paso a los dos fugitivos.



Lassan miró durante un segundo por sus gemelos.

—Su hermano está entre ellos. Y Pinkerton. Creo que debemos convertirnos en fugitivos, ¿no?

Sonrió a Starbuck y trotó por la rampa que conducía al lado sur del terraplén. Al pie de la pendiente volvió a mirar hacia sus perseguidores y evidentemente no le gustó lo que vio, porque agarró la pesada vaina de metal que guardaba su enorme y vieja espada y la colocó entre su muslo izquierdo y la silla de montar para que no le hiciera daño el moverse.

—¡Al galope! —dijo a Starbuck.

Los dos hombres apretaron los talones contra los flancos de sus monturas, que tendieron las cabezas e hicieron resonar sus cascos contra el barro rojo del camino. Una corneta de caballería llamó a la carga y Starbuck se revolvió con torpeza en la silla para ver a los jinetes de azul desplegarse en el campo. El más próximo estaba aún a más de trescientos metros y sus caballos estaban cansados, pero de pronto sonó el disparo de una pistola o una carabina y Starbuck vio la nubecilla de humo deshilacharse detrás de los jinetes. No estaba seguro, pero creyó ver a James; luego sonó otro disparo y Starbuck agachó la cabeza y siguió a galope tendido a Lassan. El caballo del francés llegó a los árboles y allí Lassan se desvió de la carretera para internarse en la densa maraña del bosque. Starbuck cabalgó tras él; intentó hasta la desesperación evitar las zonas más tupidas y agachó la cabeza para abrirse paso debajo de las ramas, hasta que por fin Lassan aflojó el paso hasta un trote corto y miró atrás para asegurarse de que habían esquivado a sus perseguidores. Starbuck, con el corazón disparado, intentó tranquilizar a su caballo sudoroso.

—Odio cabalgar —dijo.

Lassan se llevó un dedo a los labios y señaló la dirección hacia donde quería ir. Dejó que los caballos avanzaran al paso. Starbuck notó el hedor dulzón del humo de pólvora, mientras que el fragor de los cañones estaba ahora tan próximo que cada cañonazo repercutía como un golpe en los oídos. Sin embargo, los árboles ocultaban por completo la batalla. Lassan se detuvo de nuevo. El rostro del francés estaba iluminado por la felicidad. Para él aquello era una gloriosa aventura, una alegre excursión en el Nuevo Mundo.

—Adelante —repitió—, siempre adelante.

Los dos hombres salieron del bosque a un prado pequeño e irregular donde esperaba un batallón de infantería nordista. El oficial situado al frente de la escuadra de abanderados del batallón hizo dar la vuelta a su caballo, impaciente, en cuanto apareció Lassan.

—¿Órdenes? —preguntó.

—Nuestras no, pero buena suerte de todas formas —gritó Lassan como respuesta, y picó espuelas para pasar delante de la escuadra de abanderados.

A la izquierda de Starbuck el terreno era más despejado; pudo ver carros y cureñas de cañones aparcados junto a un cruce de caminos y penachos de humo que indicaban dónde disparaban los cañones. Había allí un grupo de pinos y dos granjas míseras que parecían estar situadas justo debajo de la nube de humo. Una bandera de la Unión agitaba sus barras escarlatas y blancas al viento cargado de humo y enseguida Starbuck perdió de vista el cruce de caminos mientras seguía a Lissan al interior de otra franja boscosa.

Lissan le condujo a través de un embrollo de espinos y por encima de un tronco caído y cubierto de hongos, desde donde salieron a otro claro. Esta vez Starbuck pudo ver el terraplén del ferrocarril a su derecha. No había soldados a la vista.

—Hemos despistado a la caballería —dijo Starbuck al francés.

—No están muy lejos —lo previno Lissan—. Los hemos perdido por el momento, pero volverán. Por aquí.

Se internaron de nuevo entre los árboles y asomaron a un terreno despejado tan pantanoso que hubieron de desmontar y llevar de las riendas a sus caballos por el herbazal resbaladizo y pegajoso. Cruzado el pantano, llegaron a una franja de terreno cubierta de matorral y luego a un grupo de pinos. La batalla seguía tronando incesante, pero, extrañamente, no había signos visibles de soldados. El bosque estaba tan tranquilo que Lissan señaló de pronto a su derecha y Starbuck vio tres pavos silvestres en un pequeño claro.

—¿Es buena su carne? —preguntó Lissan.

—Mucho.

—Pero no hoy —se lamentó Lissan, y se volvió a mirar al frente cuando el crepitar del fuego de fusilería rasgó el aire húmedo. Luego, por encima del ruido de los disparos se elevó el chillido agudo y peculiar del grito de batalla rebelde. Aquel sonido desafiante provocó en Starbuck una excitación que aceleró su pulso.

—Yo en su lugar —lo aconsejó Lissan— me quitaría esa guerrera azul.

Starbuck todavía llevaba puesta la guerrera de su hermano. Ahora rebuscó a toda prisa en los bolsillos, sacó la Biblia que James había dejado para él en Richmond y un puñado de cigarros baratos, la caja de cerillas, la navaja y el paquete impermeable con los papeles. Lo puso todo en una alforja de la silla de montar, se quitó la guerrera de su hermano y la arrojó al suelo. Ahora llevaba sólo los viejos pantalones grises de su uniforme rebelde, tirantes rojos, los zapatos nuevos que su hermano le había comprado a un vivandero de un regimiento de Pensilvania, y un sombrero de ala flexible tan maltrecho y manchado como el excéntrico tocado de Lissan.

El francés lo guió por entre los árboles. De vez en cuando Starbuck tenía un atisbo del terraplén del ferrocarril a su derecha, pero aún no alcanzaba a ver a las tropas que habían lanzado el aullido rebelde. A cada pocos segundos una bala de rifle perdida perforaba las hojas de los árboles sobre sus cabezas, pero era difícil

determinar de dónde venía con exactitud. Lissan avanzaba con cuidado, tan alerta como un cazador al acercarse a una presa.

—Puede que tengamos que cruzar la vía otra vez —dijo el francés, y ya no hubo tiempo de más deliberaciones ni de pensar en nada más que en huir, porque un grito a sus espaldas les reveló que la caballería había vuelto a encontrarlos. Los dos hombres picaron espuelas por instinto y salieron disparados al galope.

Una bala silbó sobre sus cabezas, otra impactó en el tronco de un árbol. Lissan dio un grito y se agachó para evitar una rama baja. Starbuck lo siguió, agarrado al pomo de su silla mientras su caballo galopaba por un sendero embarrado, trepaba una pequeña cuesta y bajaba hacia una carretera donde esperaba una doble fila de infantería yanqui.

—¡Abran paso! ¡Abran paso! —gritó Lissan con su voz llena de autoridad, y la infantería se hizo mágicamente a un lado para dejar pasar a los dos jinetes.

Saltaron una valla baja, cruzaron un campo de cultivo y enseguida volvieron a sonar disparos a su espalda. Starbuck temió que todo el batallón de infantería abriera fuego contra ellos, pero de pronto se encontró de nuevo entre árboles y pudo ver a soldados a su izquierda, sólo que esos soldados estaban en plena lucha, corriendo para huir de un enemigo que tenían delante, y sintió renacer sus esperanzas. Los fugitivos eran nordistas, de modo que sin duda los rebeldes estaban cerca.

Lissan vio a los hombres que corrían y se desvió de ellos. Starbuck oyó ahora cascos de caballo a su espalda y al arriesgar una ojeada por encima del hombro vio a un jinete barbudo a unos veinte pasos de distancia. El hombre empuñaba un sable con el brazo extendido al frente y la hoja relampagueó amenazadora a la luz de aquel día nublado. Al frente seguían las descargas de fusilería, de nuevo el aullido rebelde y más carreras de los nordistas. Lissan miró por encima del hombro y vio al soldado de caballería que se acercaba a Starbuck. El francés tiró de su caballo hacia la izquierda, acertó el paso y sacó su enorme espada de la vaina. Dejó pasar a Starbuck a su lado, se interpuso en el camino del nordista y asestó brutalmente una cuchillada contra la cabeza del caballo de aquel hombre. La hoja penetró en la frente del caballo, que emitió un fuerte relincho antes de doblar las rodillas y, agitando a un lado y otro la cabeza que chorreaba sangre, derrumbarse mientras su jinete salía volando e iba a caer maldiciendo sobre un arbusto espinoso que crecía junto al sendero. Lissan ya había dado media vuelta y se acercaba de nuevo a Starbuck.

—Siempre vaya a por el caballo, nunca a por el hombre —gritó mientras galopaba para ponerse a su altura.

El francés envainó su espada y Starbuck y él irrumpieron en una amplia franja de terreno abierto. A su derecha, sobre el terraplén del ferrocarril, aparecían pequeños grupos de yanquis que observaban impotentes como una sola brigada de infantería rebelde avanzaba audaz por el brezal. La brigada estaba compuesta por cuatro

batallones, tres de los cuales hacían ondear la nueva bandera de batalla de la Confederación, mientras que el cuarto enarbolaba aún la vieja bandera de las tres barras. La brigada avanzaba en dos líneas sin apoyo artillero ni de la caballería, pero nada parecía capaz de detener su avance. Frente a ellos había una masa caótica de fugitivos y, tras ellos, una alfombra de muertos y heridos. No había más rebeldes a la vista. Parecía como si esa única brigada hubiera encontrado un hueco en las líneas yanquis y decidido ganar la batalla por sí sola.

Starbuck se dirigió hacia la brigada rebelde.

—¡Virginia! —aulló como grito de batalla—. ¡Virginia!

Agitó los brazos para mostrar que estaba desarmado. Lissan le siguió al tiempo que, sesenta metros detrás de Lissan, la patrulla de caballería nordista asomaba entre los árboles.

La brigada rebelde había sido la primera de las unidades del general Longstreet en llegar al campo de batalla, y su comandante, el coronel Micah Jenkins, tenía tan sólo veintiséis años de edad. Contaba con tres batallones de Carolina del Sur y uno de Georgia, y los cuatro regimientos sudistas habían asaltado ya tres posiciones nordistas. A Jenkins le habían ordenado atacar y nadie le había ordenado detenerse, de modo que marchaba a fondo contra la retaguardia yanqui. Con la suerte de los soldados natos, su brigada había ido a golpear las defensas yanquis en un lugar donde había pocos cañones y sólo algunas unidades de infantería dispersas, y una tras otra las posiciones nordistas fueron rebasadas y habían huido aterrorizadas. Ahora sus hombres estaban siendo amenazados por un puñado de soldados de caballería uniformados de azul que aparecieron por su flanco izquierdo. Un capitán de Carolina del Sur hizo dar a su compañía un cuarto de vuelta a la izquierda.

—¡Aseguraos de que tenéis las armas cargadas! —gritó—. ¡Apuntad a los caballos!

Algunos yanquis se dieron cuenta de lo que iba a pasar y tiraron de las riendas. Un caballo, al revolverse demasiado deprisa, perdió pie en el suelo resbaladizo y se fue al suelo. Otro se encabritó y desmontó a su jinete. Pero muchos de los yanquis gritaron y siguieron avanzando al galope, arrastrados por el frenesí de la caballería en plena carga. Treinta jinetes habían sacado sus sables, otros empuñaban revólveres. Un sargento barbudo enarbolaba el guión, una banderola triangular montada en el asta de una lanza, y ahora bajó la punta afilada como una navaja de la lanza hasta que apuntó directamente hacia el corazón del capitán de Carolina del Sur.

El capitán esperó hasta que los dos extraños jinetes fugitivos pasaron a salvo delante de sus rifles y luego dio la orden de disparar. Cincuenta rifles crepitaron.

Los caballos se precipitaron al barro entre relinchos. El guión se hundió de punta en un montículo herboso y allí quedó temblando mientras el sargento caía del caballo, arrojando de súbito sangre por la boca abierta. Una docena de caballos pataleaba

caída en el barro y otra docena se agitaba en un torbellino de cascos y hombres revueltos. Los caballos heridos daban relinchos de dolor. Los ilesos no cargaron a través del embrollo de sangre y cascos que pateaban el aire, sino que se hicieron a un lado. Unos pocos jinetes dispararon sus revólveres contra la pantalla de humo de rifle y luego picaron espuelas para alejarse antes de que la infantería cargara de nuevo sus armas. El coronel Thorne estaba entre los caídos, atrapado en el barro debajo de su caballo herido. El coronel tenía rota la pierna izquierda y su hermoso sueño de galopar por un campo cubierto de humo para rescatar a su país quedó reducido al hedor de la sangre y los relinchos de las bestias heridas y al golpeteo de cascos que se retiraban apresuradamente. El capitán de Carolina del Sur hizo girar de nuevo a su compañía y prosiguió su avance.

El coronel Jenkins se acercó al galope a los recién llegados.

—¿Quién demonios sois vosotros?

—Capitán Starbuck, Legión Faulconer, Virginia —respondió Starbuck, jadeante.

—Lassan, coronel del ejército francés, en funciones de observador de guerra —se presentó Lassan a sí mismo.

—Puede estar seguro de que ha venido al lugar adecuado, coronel. ¿Qué hay allá arriba?

—Mi posición oficial de observador no me permite decírselo —explicó Lassan—, pero mi compañero, cuando recupere el aliento, le dirá que hay dos regimientos separados de infantería yanqui, uno en un claro al otro lado de ese grupo de árboles y el segundo unos cuatrocientos metros más atrás. Después tropezará usted con sus fortificaciones principales, en el cruce de caminos.

—Entonces lo mejor será que sigamos —decidió Micah Jenkins— y zurremos un poco más a esos bastardos. —Miró a Starbuck—. ¿Estaba usted prisionero?

—En cierto sentido, sí.

—Entonces bienvenido a casa, capitán, bienvenido a casa. —Hizo girar a su caballo y alzó la voz—. ¡Adelante, muchachos, adelante! ¡Haced volverse a los bastardos por donde han venido! ¡Adelante, muchachos!

Starbuck se volvió a mirar hacia su izquierda. Un pelotón de batidores rebeldes se había acercado a acabar con el sufrimiento de los caballos y sus disparos resonaron huecos y apagados en la penumbra del atardecer. Los restos de la caballería yanqui se habían reunido junto a los árboles lejanos y allí esperaban impotentes, viendo cómo los infantes rebuscaban en las sillas de montar y los bolsillos de los jinetes caídos. Los sudistas quitaron al caballo de Thorne de encima del coronel, se quedaron con su espada y su pistola y lo dejaron maldiciendo a su parentela. Más jinetes aparecieron entre los árboles y Starbuck vio a James entre ellos. «Pobre James», pensó, y el sentimiento de culpa lo golpeó con la fuerza del impacto de una bala.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Lassan al ver la mirada de pesar en el rostro de

Starbuck.

—Mi hermano.

—Ustedes estaban jugando una partida —afirmó Lassan— san en tono brusco—. El ha perdido y usted ha ganado, y los dos están vivos. Hay miles de personas que hoy lo pasarán peor.

—No quiero que sufra.

—¿Cómo sufre? —preguntó Lassan—. Lo peor que ocurrirá a su hermano será que volverá a su profesión y se pasará el resto de su vida contándoles a sus colegas que su hermano es un bala perdida, aunque en secreto se sentirá orgulloso de usted porque está haciendo todo lo que él no se atreve pero en realidad le gustaría hacer. Los hombres como él necesitan hermanos como usted, porque de otra forma nunca ocurriría nada en sus vidas. Mi madre solía decirnos a mi hermana y a mí la misma cosa una y otra vez. «Los gansos van en bandadas», decía, «pero las águilas vuelan solas». —Lassan sonrió con malicia—. Puede que eso no sea cierto, *mon ami*, pero si esa idea ayuda a su conciencia yo me agarraría a ella como a una mujer caliente en una cama honda una noche fría. Y ahora deje de sentirse culpable y busque un arma. Estamos en medio de una batalla.

Starbuck buscó un arma. Había vuelto bajo la bandera elegida por él, con una batalla por pelear, un nudo corredizo del que escapar y un amigo al que traicionar. Recogió el rifle de un hombre caído, encontró algunos cartuchos y buscó un blanco al que apuntar.

\* \* \*

Los refuerzos nordistas empezaron por fin a cruzar el río crecido por las lluvias. El peso de un cañón de campo hundió el puente maltrecho, aunque milagrosamente no se perdió ningún hombre ni ninguna pieza. En cambio, los caballos del tiro fueron azotados hasta sangrar para que sacaran fuera del agua el pesado cañón y lo subieran a la carretera tapizada de troncos de la orilla sur.

McClellan estaba en cama, aplicándose a sí mismo quinina, miel y coñac. Había ingerido tantos medicamentos que estaba mareado y postrado por la jaqueca. Su médico confirmó al personal del estado mayor que el febril general era consciente de que se estaba librando una batalla, pero aseguró que su paciente no estaba en condiciones de tomar el mando del ejército. Mañana, tal vez, el Joven Napoleón sería capaz de imponer su voluntad de granito en el campo de batalla, pero hasta entonces debía descansar y el ejército habría de componérselas sin el genio que lo guiaba. El estado mayor del general se alejó de puntillas para no estorbar la recuperación del gran hombre.

El general Johnston, que esperaba noticias en su cuartel general junto a Old

Tavern, al norte de la línea del ferrocarril, se enteró por fin de que los ruidos ahogados de cañoneo no procedían de un duelo artillero, sino que se estaba librando una batalla sin su conocimiento y sin su dirección. El general Longstreet se había presentado en Old Tavern y confirmado que la vanguardia de sus tropas atacaba ahora al sur de las vías del tren.

—He perdido a Micah Jenkins —informó a Johnston—. Dios sabe dónde está su brigada en estos momentos, pero en cuanto a los demás, Johnston, son exactamente como vírgenes.

Johnston habría podido jurar que Longstreet había dicho que sus hombres eran como vírgenes.

—¿Como virginianos?

—Como vírgenes, Johnston, ¡vírgenes! Temen por sus flancos —rio Longstreet. Era un hombre pletórico de energía y propicio a excitarse—. Necesitamos atacar aquí —golpeó con una uña sucia el mapa de Johnston—, al norte de las vías.

Johnston creía en cambio haber dado a Longstreet órdenes específicas de llevar a cabo exactamente ese ataque, al norte de las vías del tren, y que esas órdenes exigían que la ofensiva se hubiese realizado al amanecer y no ahora que el día ya se acababa. Sólo Dios sabía qué había salido mal de su proyectado asalto en tridente, pero las cosas tomaban un sesgo peligroso y mañana, se juró Johnston, descubriría con exactitud qué era lo que se había torcido y quién era el responsable. Pero esa investigación debía esperar hasta después de la victoria, y por esa razón refrenó su habitualmente afilada lengua y dio orden a una de las divisiones de reserva de atacar por el lado norte del terraplén del ferrocarril.

Los nuevos atacantes partieron de Old Tavern y Johnston, impaciente por saber qué estaba ocurriendo exactamente en el campo de batalla, se unió al avance de las tropas. Mientras cabalgaba se preguntó por qué todo en ese ejército resultaba tan innecesariamente complicado. Había ocurrido lo mismo en Manassas, reflexionó. En aquella batalla el cuartel general rebelde esperó acontecimientos en el flanco derecho ignorando que la batalla tenía lugar en el izquierdo y, en cambio, ahora él había esperado situado a la izquierda mientras se combatía sin ninguna dirección en el costado derecho. Pero todavía podría arrancar una victoria de aquel caos si los yanquis no habían enviado demasiados refuerzos a cruzar el Chickahominy.

El presidente Davis llegó a Old Tavern y descubrió que el general Johnston había salido de allí en dirección este. El segundo en el mando de Johnston, Gustavus Smith, que había sido comisario de policía en las calles de Nueva York antes de la guerra, confesó no estar muy seguro de lo que estaba ocurriendo, pero emitió el veredicto aproximado de que todo iba de maravilla hasta donde él podía saber, aunque admitió que en realidad no era mucho lo que sabía. El general Lee, que acompañaba al presidente, se avergonzó de que un colega en el servicio de las armas diera semejante

respuesta y se removió en su silla de montar. El tabernero trajo al presidente un vaso de limonada azucarada que Davis bebió sin apearse del caballo. A lo lejos, Davis vio los dos globos amarillos del Cuerpo Aeronáutico del ejército federal, bamboleándose precariamente en el viento racheado.

—¿Hay algo que podamos hacer con esos globos? —preguntó Davis de mal humor.

Hubo un silencio de uno o dos segundos. Lee sugirió en voz baja que los cañones no disponían de la elevación necesaria y que la mejor respuesta serían unos tiradores de élite armados con rifles de gran potencia que hicieran incómoda la vida a los ocupantes de la góndola.

—Pero aun así, señor presidente, dudo que tales rifles tengan el alcance necesario.

—Algo tendría que hacerse —replicó Davis, irritado.

—¿Águilas? —fue la brillante sugerencia del general Smith.

Tanto Lee como Davis lo miraron perplejos y Smith engarfió los dedos para mostrar la acción de las garras del ave.

—Águilas entrenadas, señor presidente, podrían conseguir perforar la envoltura del globo.

—Ya veo —dijo Davis, atónito—. Ya veo.

Volvió la mirada hacia su asesor militar, pero Lee tenía la vista clavada en un charco como si, de alguna manera, la respuesta a los problemas de la Confederación pudiera encontrarse en sus cenagosas profundidades.

Mientras tanto, en los campos los cañones seguían tronando.

\* \* \*

—¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante! —Era la única orden que Micah Jenkins parecía saber dar a sus hombres. Ignoró sus propias bajas y las dejó atrás en el campo mientras empujaba y estimulaba e inspiraba a sus hombres para que siguieran su avance. Estaban ahora profundamente incrustados en territorio yanqui, sin más tropas sudistas que les dieran apoyo, pero al joven coronel de Carolina del Sur no le importaba—. ¡Adelante! ¡Adelante! —gritaba—. ¡No os paréis ahora! Enviad a esos bastardos al infierno. ¡Vamos, tambores! ¡Quiero escucharos! ¡Seguid marchando! —Una bala pasó silbando a un palmo de la mejilla de Jenkins y la brisa que causó al pasar fue como una bofetada ligera y cálida. Vio elevarse una nubecilla de humo de la copa espesa de un pino y picó espuelas hacia una de sus compañías en marcha—. ¿Veis el humo? ¡Allí, en el pino! A la izquierda del espino. Hay un francotirador en esas ramas. ¡Quiero que la esposa de ese bastardo enviude al momento!

Una docena de hombres hincó la rodilla, apuntó y disparó. El árbol pareció



estremecerse y un cuerpo cayó y quedó a la vista, sostenido sólo por la cuerda con la que el propio tirador nordista se había atado al tronco.

—¡Buen trabajo! —gritó Jenkins—. ¡Buen trabajo! ¡Seguid avanzando!

Starbuck había despojado de su rifle, de una mochila con cartuchos y de su uniforme gris al cadáver de un soldado de Carolina del Sur. La guerrera tenía un pequeño agujero de bala a la altura de la tetilla izquierda y una gran mancha de sangre en la espalda, pero aun así era un uniforme mejor que su camisa sucia. Ahora luchaba como un infante montado, cargando y disparando desde la silla de montar. Cabalgaba en primera línea, justo detrás de Jenkins, cautivado por la loca intrepidez de aquella arremetida que plantaba su zarpa ensangrentada en las profundidades de la retaguardia yanqui. La batalla principal seguía desarrollándose a la derecha de la brigada, pero parecía no tener ninguna relación con la carga del inspirado coronel de Carolina del Sur.

Los rebeldes cruzaron en línea una carretera y echaron abajo la valla que se alzaba al otro lado antes de internarse en un área boscosa. El francotirador yanqui muerto colgaba de su cuerda goteando sangre en lo alto del pino. Su rifle, un modelo caro con un cañón grueso y mira telescópica, había caído hasta quedar enganchado en una rama baja, de donde fue rescatado por un jubiloso georgiano al que sus camaradas auparon para que lo recogiera justo en el momento en que la brigada salía de la faja boscosa y se enfrentaba a otro batallón de infantería nordista. Los yanquis acababan de recibir la orden de ponerse en pie cuando los rebeldes irrumpieron de entre los árboles. Micah Jenkins rugió a sus hombres que retuvieran el fuego y cargaran.

—¡Aullad! —gritó—. ¡Aullad!

Y de nuevo recomenzó el ulular agudo de los rebeldes.

La línea yanqui desapareció detrás de su propia pantalla de humo de pólvora. Las balas silbaban alrededor de Starbuck. Los confederados cayeron dando boqueadas y patadas en la hierba, pero la línea gris siguió adelante con Jenkins azuzando a sus hombres sin piedad para que atacaran.

—¡Dejad a los heridos! ¡Dejadlos! —gritó—. ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante!

Los yanquis empezaron a recargar sus armas y aparecieron las baquetas subiendo y bajando por encima de su doble fila, pero de pronto el aullido *banshee* de los atacantes y el destello acerado de sus bayonetas por entre el humo convencieron a los nordistas de que la lucha estaba perdida. El batallón rompió filas y huyó.

—¡Perseguidlos! ¡Perseguidlos! —gritó Jenkins, y los fatigados rebeldes se desperdigaron por el bosque y abrieron fuego contra los fugitivos. Algunos yanquis intentaron rendirse, pero Jenkins no tenía tiempo para hacer prisioneros. Los nordistas entregaron sus rifles y se les indicó que ahuecaran el ala sin más.

Otro batallón yanqui esperaba en el límite más lejano del bosque y tampoco éste,

como todos los demás regimientos a los que se había enfrentado la brigada de Jenkins aquella tarde, contaba con apoyo de ninguna otra unidad de infantería. Lo primero que supieron de un asalto rebelde fue el ver aparecer a los yanquis fugitivos entre los árboles, pero antes de que el coronel pudiera organizar la defensa los rebeldes estaban ya a la vista, gritando, aullando y pidiendo sangre. Los yanquis huyeron a la desbandada por un trigal, en dirección al cruce de caminos donde el grueso de su ejército había frenado el poderoso empuje central del ataque principal de los rebeldes. Y ahora, a la vista de aquella batalla de más envergadura, Micah Jenkins hizo detenerse a sus hombres.

La brigada había penetrado profundamente en la retaguardia yanqui, pero ir más allá era exponerse a la aniquilación. Frente a ellos se extendía una llanura abierta abarrotada de tiendas de campaña, carros, cureñas y cajas de munición, mientras que a la derecha se encontraban el cruce de caminos junto a las dos granjas convertidas en ruinas humeantes por las granadas y los siete pinos acribillados por los disparos de fusil. Allí, junto a los puestos de fusileros y el gran fortín, se libraba la batalla principal. El ataque confederado más importante había sido frenado frente al reducto que los yanquis defendían de forma consistente. El fuego de cañón había quemado el trigo y segado las vidas de muchos rebeldes. Era allí donde Johnston había planeado atrapar a la tenaz defensa yanqui entre las pinzas de sus ataques de flanco, pero los ataques de flanco nunca se concretaron y el asalto central estaba siendo manchado de sangre y diezmado por los artilleros nordistas.

Salvo por el hecho casual de que los mil doscientos hombres de Micah Jenkins se encontraban ahora en la retaguardia yanqui. La brigada contaba con mil novecientos hombres al empezar la batalla, pero setecientos yacían muertos o heridos en el sendero de caos que el hombre de Carolina del Sur había trazado a través del campo de batalla. Y ahora se le presentaba la oportunidad de crear más caos.

—¡Formen en línea! —gritó Jenkins, y esperó a que la segunda línea de hombres ocupara su lugar detrás de la primera—. ¡Carguen armas!

Mil doscientos rebeldes dispuestos en dos líneas irregulares empujaron con las baquetas balas Minié sobre las cargas de pólvora y los tacos. Mil doscientas cápsulas de percusión fueron insertadas en las cazoletas y mil doscientos martillos retrocedieron a la posición de disparo.

—¡Apunten!

No es que hubiera nada en especial a lo que apuntar. Ningún enemigo se enfrentaba directamente a la brigada de Jenkins; lo que los soldados rebeldes tenían delante era una amplia extensión de campamentos yanquis bajo un cielo oscurecido por el humo que el viento empujaba. Las banderas de los rebeldes se alzaban muy por detrás de la doble línea, el palmito de Carolina del Sur y el pórtico con las tres columnas de Georgia, y encima de ellas todas las estrellas en cruz de la bandera de

batalla de la Confederación. Seis banderas enemigas yacían sobre la hierba junto al caballo de Jenkins, todas ellas capturadas en el curso de la carga y retenidas ahora como trofeos para ser enviadas a la plantación de sus padres en Edisto Island.

Jenkins alzó en el aire su sable, hizo una pausa de apenas un segundo y abatió la hoja curva:

—¡Fuego!

Mil doscientas balas silbaron sobre los campos húmedos en el crepúsculo. La descarga apenas causó daños físicos, pero aquel crepitar masivo anunció a los nordistas que tenían a los rebeldes a su espalda, y esa constatación bastó para que dieran comienzo a la retirada desde la encrucijada de los Siete Pinos. Uno a uno los cañones yanquis fueron sacados del reducto y los batallones de infantería empezaron a abandonar sus parapetos. Los aullidos rebeldes resonaron en la penumbra y Starbuck vio una línea gris de hombres abalanzarse apiñada entre las sombras hacia el fortín de tierra. Un último cañón nordista disparó y derribó a un grupo de atacantes en un montón sanguinolento, pero de inmediato una oleada de bayonetas pasó sobre los sacos de tierra de los parapetos y, de pronto, el trigal que se extendía frente a la brigada de Micah Jenkins se oscureció con un enjambre de hombres aterrorizados que corrían hacia el este. Los yanquis abandonaron sus tiendas, su artillería y a sus heridos. Los jinetes cabalgaron al galope en medio de los fugitivos que corrían hacia la noche. En manos de los rebeldes quedaron las dos granjas, los pinos acribillados y el reducto ensangrentado.

—¡Dios mío! —exclamó Jenkins, y escupió un chorro de jugo de tabaco que fue a caer sobre una de las banderas nordistas capturadas—. ¡Qué buenos son los yanquis corriendo!

Había aún luz suficiente para permitir a los rebeldes victoriosos saquear los campamentos abandonados, pero no para convertir en triunfo la victoria de la jornada. Los nordistas no se vieron empujados hacia el pantano. Sus oficiales pudieron contener el pánico de los fugitivos dos kilómetros al este del cruce de caminos y ordenaron a los maltrechos batallones excavar nuevos puestos de tiradores y derribar árboles para levantar nuevas estacadas. Desde la retaguardia yanqui llegaron más cañones para reforzar la nueva línea defensiva, pero a la moribunda luz del día no aparecieron rebeldes para poner a prueba las baterías recién instaladas.

Al norte de la vía férrea, el ataque de flanco de Johnston cruzó cenagales con agua hasta la cintura para atacar emplazamientos artilleros protegidos por la infantería que acababa de cruzar el río. Las líneas yanquis abrieron fuego y sus cañones escupieron granadas y botes de metralla, lo que obligó a las líneas de gris a retroceder, ensangrentadas y diezmadas. Los azules lanzaron vítores en el crepúsculo al ver al enemigo silenciado primero, ensangrentado luego y finalmente derrotado. Heridos hubo que se ahogaron en los pantanos, y su sangre tiñó el cieno maloliente.

El general Johnston vio retroceder a sus hombres ante la repentina e inesperada defensa yanqui. Estaba sentado en su caballo sobre un pequeño montículo que ofrecía una excelente vista del campo de batalla, enrojecido ahora por la luz del sol poniente que se filtraba por entre las nubes y el humo de la batalla. Las balas silbaban sobre su cabeza y perforaban las hojas de un pequeño almez que se alzaba en la cima del montículo. Uno de sus ayudantes se encogía en la silla cada vez que una bala pasaba cerca, y el apocamiento de aquel hombre irritó al general.

—No tiene que agacharse por las balas —abroncó a su ayudante—. Cuando se oyen, ya han pasado de largo.

El general había sido herido cinco veces al servicio del antiguo ejército de Estados Unidos y sabía lo que era estar bajo el fuego. También sabía que la batalla cuidadosamente planeada que debía darle gloria y fama había ido desastrosamente mal. «Por Dios —pensó con rencor—, alguien va a pagar por esto».

—¿Sabe alguien dónde está Huger? —preguntó, pero nadie lo sabía. El general parecía haberse desvanecido por completo, como antes lo había hecho Longstreet; pero al menos Longstreet había llegado por fin al campo de batalla, mientras que Huger seguía sin aparecer por ninguna parte.

—¿Quién dio las órdenes a Huger? —volvió a preguntar Johnston.

—Ya se lo he dicho, señor —contestó respetuosamente el coronel Morton—. Fue el joven Faulconer.

Johnston se volvió a Adam.

—¿Entendió lo que se le pedía?

—Así lo creo, señor.

—¿Qué quiere decir? ¿Así lo cree? ¿Hizo alguna pregunta?

—Sí, señor.

Adam sintió que se ruborizaba.

—¿Qué preguntas? —estalló Johnston.

Adam procuró disimular su nerviosismo.

—Sobre las tropas que puso usted bajo el mando del general Longstreet, señor.

Johnston lo miró, ceñudo.

—¿No hizo preguntas sobre el ataque?

—No, señor.

—Muy bien, mañana meteremos a todos en una habitación, al general Huger y al general Longstreet, entonces descubriremos qué diablos ha ocurrido hoy y les prometo que quienquiera que sea el que ha echado a perder los esfuerzos de la jornada deseará no haber nacido. ¿No es así, Morton?

—Absolutamente, señor.

—Y quiero que estén presentes todos los ayudantes que llevaron algún mensaje —insistió Johnston.

—Desde luego, señor —obedeció Morton.

Adam miraba con obstinación la nube de humo de pólvora. De alguna manera, a la luz cruda de la furia de Johnston, su idea febril de la noche anterior no le pareció tan brillante después de todo. Había tenido intención de alegar un olvido, o sencillamente negligencia, pero ahora aquellas excusas parecían extraordinariamente débiles.

—¡Haré que fusilen al responsable! —amenazó Johnston, furioso, obsesionado aún por el fracaso de sus cuidadosos planes.

De pronto hizo un gesto ampuloso con el brazo izquierdo, que pareció curiosamente fuera de lugar. Adam, aterrado por lo que saldría a la luz en la investigación del día siguiente, creyó por un instante que el general quería golpearlo, pero enseguida se dio cuenta de que Johnston había sido herido en el hombro derecho y simplemente había alzado el brazo izquierdo en un intento desesperado de mantener el equilibrio.

El general parpadeó varias veces, tragó saliva y por fin palpó con cuidado con las puntas de los dedos de la mano izquierda su hombro derecho.

—Maldita sea, me han herido —dijo a Morton—. Una bala. Maldita sea.

Su respiración se había vuelto jadeante.

—¡Señor! —Morton espoleó a su montura para ayudar a Johnston.

—Está bien, Morton. No hay ningún punto vital afectado. Es sólo una bala, nada más.

Johnston sacó con torpeza un pañuelo y empezó a doblarlo para contener la sangre, pero en ese momento una granada yanqui estalló al pie del montículo y un fragmento del proyectil impactó de lleno en el pecho del general y lo derribó del caballo. Dio un grito, más de asombro que de dolor, y al instante sus ayudantes se agruparon a su alrededor y lo desembarazaron del cinto de la espada, de las pistolas y de la guerrera. La sangre empapaba la pechera del uniforme de Johnston.

—Todo irá bien, señor —dijo un ayudante, pero el general estaba inconsciente y había empezado a fluir un hilo de sangre de su boca.

—¡Llevallo atrás! —El coronel Morton se hizo cargo de la situación—. ¡Una camilla aquí, rápido!

Otra granada yanqui estalló cerca. La metralla silbó por encima de sus cabezas y desgarró más hojas del almez.

Adam vio a los hombres del batallón de infantería más próximo acercarse con una camilla para el comandante en jefe del ejército. Johnston tenía los ojos cerrados, la piel pálida y la respiración entrecortada. «Tanto peor para la investigación de mañana», pensó Adam, y sus esperanzas renacieron. ¡Iba a conseguirlo! ¡Había causado una derrota y nadie lo sabría nunca!

Al otro lado de la llanura los cañones seguían disparando. El sol se puso, oculto

de nuevo por las nubes. Los muertos quedaron tendidos en los campos encharcados, los heridos gimieron y los vivos se agazaparon para morder sus cartuchos y disparar sus armas. La oscuridad creciente hizo que las llamaradas de los disparos brillaran con más intensidad en la penumbra. La noche despertó a las luciérnagas, los cañones fueron enmudeciendo y los gritos de los moribundos fueron el ruido más intenso que se pudo oír entre la ciudad y el pantano de White Oak.

Algunas luces parpadeaban en la oscuridad. No eran estrellas ni la luz de la luna, sino sólo linternas y fuegos de campamento. Los hombres rezaban.

A la mañana siguiente, lo sabían, la batalla reviviría, como las brasas atizadas por un soplo de brisa reaniman un fuego; pero ahora, en las tinieblas húmedas en que los heridos gritaban pidiendo ayuda, los dos ejércitos descansaban.

\* \* \*

La batalla concluyó el domingo por la mañana. Los rebeldes, mandados ahora por el general Smith, atacaron en el centro, pero los yanquis habían enviado refuerzos desde el norte del Chickahominy y no se los pudo desalojar de sus nuevas líneas defensivas. Luego los yanquis contraatacaron y los rebeldes cedieron terreno hasta que, hacia el mediodía, los dos ejércitos abandonaron la lucha por cansancio mutuo. Los rebeldes, al no encontrar ninguna ventaja en mantenerse en la franja de terreno que habían conquistado, se retiraron a sus posiciones de partida y dejaron que los yanquis volvieran a ocupar el cruce de caminos bajo los siete pinos socarrados por el fuego.

Algunos pelotones de trabajo cortaron troncos y levantaron piras en las que se quemó a los caballos muertos. El calor contraía los tendones de los caballos, de modo que los animales muertos parecían agitarse en galopes soñados mientras las llamas silbaban a su alrededor. Los hombres heridos fueron llevados a hospitales de campaña o bien, en el bando rebelde, cargados en carros y vagones descubiertos y conducidos a Richmond. Los nordistas enterraron a sus muertos en tumbas someras porque nadie tenía energías para cavar a mayor profundidad, en tanto que los confederados amontonaron sus cadáveres en carretas y los llevaron a los cementerios de Richmond. En la ciudad, mujeres y niños miraban espantados el paso de carros y carretas que traqueteaban por las calles con su carga de cadáveres y moribundos al descubierto.

Los yanquis lo celebraron. Entre el botín conquistado en la batalla se contaba un coche público de dos pisos que el Richmond Exchange Hotel había utilizado en tiempos para llevar a sus clientes a las estaciones de ferrocarril de la ciudad. El coche público tirado por caballos fue llevado a la batalla como ambulancia, pero se atascó en el barro y fue abandonado. Los soldados de la Unión lo arrastraron hasta su campamento y anunciaron paseos a dos centavos por Broadway. «¡Todos a bordo

para Battery!», gritaban. Los nordistas consideraron que la batalla había sido una victoria para ellos. ¿No habían rechazado a los temibles confederados, que los superaban en número? Y cuando el enfermo, tembloroso y debilitado McClellan apareció a caballo en medio de la desolación de cureñas carbonizadas, cañones despanzurrados, prados ensangrentados y rifles rotos, fue recibido con ovaciones como si fuera un héroe conquistador. Una banda de Nueva York le dedicó la pieza «Llor al Jefe». El general intentó valerosamente pronunciar un discurso, pero su voz era tan tenue que sólo unos pocos hombres lo oyeron declarar que habían sido testigos del último coletazo desesperado del ejército rebelde y que pronto, muy pronto, los conduciría a todos ellos hasta el corazón de la secesión para derrotarla por completo.

En los dos bandos los regimientos formaron en cuadro para el servicio religioso del domingo. Los regimientos católicos siguieron la misa, los protestantes escucharon las Escrituras y todos dieron gracias a Dios por haberlos librado de la muerte. Viriles voces roncadas cantaron himnos y sus ecos afligidos recorrieron el campo de batalla, que apestaba a muerte y a humo.

Starbuck y Lassan pasaron la noche con la brigada de Micah Jenkins, pero la tarde después del final de la batalla se abrieron paso por entre los cráteres de las granadas y las hileras de cadáveres destrozados por la metralla hasta encontrar el cuartel general del ejército en una pequeña granja de piedra al norte de la vía del ferrocarril. Starbuck pidió allí orientación y después, de pie en la carretera, se despidió de Lassan, pero no sin antes insistir en que el francés se quedara con el caballo de su hermano.

—¡Debe vender ese caballo! —protestó Lassan.

Starbuck sacudió negativamente la cabeza.

—Estoy en deuda con usted.

—¿Qué es lo que me debe, *mon ami*?

—La vida —respondió Starbuck.

—¡Bah, tonterías! Deudas como ésa van y vienen en el campo de batalla como los caprichos de un niño.

—Pero yo estoy en deuda con usted —insistió Starbuck.

Lassan se echó a reír.

—En el fondo es usted un puritano. Deja que el miedo al pecado cabalgue sobre sus lomos como un jinete. Muy bien, me quedará el caballo como castigo por sus pecados imaginarios. Volveremos a vernos pronto, ¿verdad?

—Eso espero —deseó Starbuck, pero eso sólo ocurriría si le salía bien el juego que estaba tramando. De no ser así, pensó, colgaría de una viga alta un amanecer frío, y sintió la tentación de deshacerse de los papeles de Pinkerton—. Eso espero —repitió, resistiendo la tentación.

—Y recuerde lo que le he enseñado —dijo Lissan—. Apunte bajo con los hombres y alto con las mujeres. —Estrechó la mano de Starbuck—. Buena suerte, amigo mío.

El francés fue a presentarse a sí mismo en el cuartel general confederado mientras Starbuck caminaba despacio en dirección norte con su modesto botín ganado en la batalla. Tenía una magnífica navaja de afeitar con mango de marfil fabricada en el Norte, un par de gemelos pequeños de teatro y una jarra llena de café frío. Se bebió el café mientras caminaba y tiró la jarra vacía al llegar a los campos en los que estaba acampada la Legión Faulconer.

Había llegado el momento de hacer lo que Sally le había dicho que hiciera hacía tanto tiempo: había llegado el momento de luchar por lo que quería.

Entró en el campamento en el momento en que concluía el servicio religioso de la tarde delante de la tropa formada. Evitó deliberadamente las tiendas de campaña alineadas de la Legión y se dirigió hacia las tiendas de caballete de los oficiales, agrupadas alrededor de dos pinos a los que habían cortado las ramas para convertirlos en astas de las banderas. El árbol más alto sostenía una bandera de batalla confederada, y el otro, ligeramente más bajo, la bandera adaptada del blasón de los Faulconer con su lema «Forever Ardent». Nelson, el sirviente del general Washington Faulconer, fue el primer hombre que vio a Starbuck en el campamento.

—Tiene que irse, señor Starbuck. ¡Si el amo lo ve, lo hará arrestar!

—No hay problema, Nelson. ¿Me han dicho que el amo Adam está aquí?

—Es cierto, señor. Comparte la tienda del capitán Moxey, señor, hasta que le encuentren una nueva. El amo está tan contento de tenerlo de vuelta.

—¿Moxey es capitán, ahora? —preguntó Starbuck, divertido.

—Es ayudante del general, señor. Y usted no debería estar aquí, señor, no debería. El general no puede tragarlo, señor.

—Dígame cuál es la tienda de Moxey, Nelson.

Era una tienda grande, que además de dormitorio servía de oficina de la brigada. Había en su interior dos catres de campaña, dos mesas largas y dos sillas, todo colocado sobre un suelo de tablas de madera. Sobre la cama de Moxey, Starbuck vio un montón de ropa sucia y de equipo desechado, mientras que el equipaje de Adam estaba ordenado de forma impecable al pie de las mantas pulcramente dobladas. Sobre las mesas aparecían los rimeros de papeles que genera la vida militar, sujetos por piedras que mantenían los impresos a salvo del viento suave que se colaba por entre los faldones recogidos y atados con cintas de la entrada.

Starbuck tomó asiento en una de las sillas plegables de lona. La luz del sol de mediodía, ya débil en el exterior, se teñía de un tono amarillento sucio al ser filtrada por la lona. Starbuck vio un revólver Savage de la Armada entre las pertenencias desordenadas de la cama de Moxey y lo cogió en el momento en que los primeros



oficiales empezaban a llegar a sus tiendas. Los caballos pateaban el suelo con sus cascos y sirvientes y esclavos corrían a tomarlos de las riendas mientras los cocineros colocaban en las mesas los platos para la cena. Starbuck vio que el Savage estaba descargado, pero, típico de la negligencia de Moxey, una cápsula de percusión había quedado sin disparar en una de las cazoletas. Giró el barrilete hasta dejar la cápsula en la posición del siguiente disparo y alzó la vista en el momento en que el capitán Moxey se agachaba bajo el avance para entrar. Starbuck le sonrió, pero no dijo nada. Moxey se lo quedó mirando boquiabierto.

—No deberías estar aquí, Starbuck.

—La gente no para de decírmelo. Empiezo a sentirme un indeseable, Moxey. Pero aquí estoy de todos modos, así que lárgate a cualquier otra parte.

—Esta es mi tienda, Starbuck, y... —Moxey calló de repente cuando Starbuck le apuntó con el pesado revólver. Levantó las manos—. Vamos, Starbuck. ¡Por favor! Sé comprensivo.

—Bang —dijo Starbuck, y luego apretó el gatillo inferior, que amartillaba el arma y hacía girar el barrilete—. Lárgate —ordenó.

—¡Vamos, Starbuck, por favor! —tartamudeó Moxey, y chilló cuando Starbuck tiró del gatillo superior y la cápsula de percusión detonó con estrépito. Moxey salió corriendo, mientras Starbuck limpiaba la cazoleta de los restos de cobre aplastado y chamuscado. La tienda quedó impregnada de una fina capa de humo astringente.

Adam entró unos segundos más tarde. Se detuvo al ver a Starbuck y su cara pareció empalidecer de pronto, aunque puede que fuera sólo el efecto de la luz solar al filtrarse a través de la lona.

—Nate —alcanzó a decir Adam en un tono que no era ni de bienvenida ni de enfado, pero tal vez contenía un matiz de precaución.

—Hola, Adam —saludó Starbuck, alegre.

—A mi padre...

—...no le gustará que esté aquí —acabó Starbuck la frase por su amigo—. Y tampoco al coronel Swynyard. Y tampoco Moxey aprueba mi presencia, lo cual resulta bastante curioso, aunque no sé por qué razón, en nombre del bendito infierno, hemos de preocuparnos de lo que piense Moxey. Tengo que hablar contigo.

Adam miraba la pistola en las manos de Starbuck.

—Me he estado preguntando dónde estabas.

—He estado con mi hermano James. ¿Te acuerdas de James? He estado con él y con su jefe, que es un hombrecillo tosco llamado Pinkerton. Ah, y también he estado con McClellan. No hemos de olvidarnos del mayor general McClellan, el Joven Napoleón. —Starbuck miró por dentro del cañón del Savage—. Moxey tiene sucia su arma. Si no la limpia, se volará la mano algún día. —Starbuck volvió a levantar la vista hacia Adam—. James te envía sus recuerdos.

La tienda dio una sacudida violenta cuando un hombre que entraba agachado tropezó con los faldones de la entrada. Era Washington Faulconer y su rostro bien parecido estaba congestionado por la ira. El coronel Swynyard venía detrás del general, pero Swynyard se quedó fuera, a la pálida luz del sol, mientras Faulconer se enfrentaba a su enemigo.

—¿Qué diablos está haciendo aquí, Starbuck? —preguntó el general Faulconer.

—Estoy charlando con Adam —respondió Starbuck en tono suave. Reprimió su nerviosismo. Podía disgustarle Washington Faulconer, pero aquel hombre seguía siendo un enemigo poderoso y un general con mando de tropas.

—Póngase en pie cuando hable conmigo —ordenó Faulconer—. Y deje esa pistola —añadió cuando Starbuck se puso obedientemente de pie. Faulconer confundió su obediencia con servilismo. El general había entrado en la tienda con la mano derecha en la funda de su propio revólver, pero ahora se relajó—. Lo expulsé de mi Legión, Starbuck —dijo—, y cuando di esa orden fue porque quería que se mantuviera usted lo más lejos posible de mis hombres. De todos mis hombres, y en particular de mi familia. No es usted bienvenido aquí, ni siquiera como visitante. Váyase ahora mismo.

El general había hablado con dignidad, manteniendo bajo el tono de voz, de modo que los curiosos que rondaban por las proximidades no pudieron oír la discusión que tenía lugar en el interior de la tienda.

—¿Y si no me voy? —preguntó Starbuck, también en voz baja.

Un músculo tembló en el rostro de Faulconer, revelando que el general estaba bastante más nervioso de lo que se desprendía de su actitud. La última vez que los dos hombres se habían enfrentado fue en la noche de la batalla de Manassas, y aquella noche fue Faulconer el humillado y Starbuck el triunfador. Faulconer quería vengarse.

—Se irá usted, Starbuck —afirmó el general, confiado—. Aquí no hay nada para usted. No lo necesitamos y no lo queremos, de modo que sus opciones son arrastrarse de vuelta a su familia o volver con esa zorra de Richmond, y lo hará por su propia voluntad o bien bajo arresto. Pero se irá. Yo estoy al mando aquí, y le ordeno que se vaya. —Faulconer se hizo a un lado y señaló con un gesto la puerta de la tienda—. Ahora mismo —añadió.

Starbuck abrió el bolsillo superior de la raída guerrera del uniforme del que despojó al muerto de Carolina del Sur y sacó la Biblia que le había dado James. Miró a Adam y vio que su amigo reconocía el libro.

—Padre —intervino Adam en voz baja.

—¡No, Adam! —lo atajó con firmeza el general—. Conozco tu naturaleza y sé que apelarás en favor de tu amigo, pero no hay apelación que valga. —Faulconer dirigió una mirada despectiva a Starbuck—. Deje esa Biblia y váyase. Si no lo hace,

llamaré a la policía militar.

—¿Adam? —urgió Starbuck a su amigo.

Adam sabía lo que insinuaba Starbuck. La Biblia era un símbolo de James, James era el socio de Adam en el espionaje y la conciencia culpable de Adam tenía una fuerza más que suficiente para establecer la conexión entre la Biblia y su propia traición a la causa de su padre.

—Padre —repitió Adam.

—¡No, Adam! —insistió Faulconer.

—¡Sí! —Adam gritó la palabra en un tono sorprendentemente alto, que asombró a su padre—. Tengo que hablar con Nate —insistió Adam— y después he de hablar contigo.

En su voz había una aflicción abrumadora.

Washington Faulconer sintió que su seguridad se quebraba como una línea de batalla bajo el fuego del cañón. Se pasó la lengua por los labios.

—¿Sobre qué quieres hablar? —preguntó a su hijo.

—¡Por favor, padre!

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Faulconer. Swynyard estaba agachado a la puerta de la tienda, intentando escuchar—. ¿Qué está ocurriendo? —imploró Faulconer—. ¡Cuéntamelo, Adam!

Adam, con el rostro aún pálido y descompuesto, se limitó a sacudir la cabeza.

—Por favor, padre.

Pero Washington Faulconer no estaba dispuesto a rendirse aún. Se llevó la mano a la pistolera y fulminó a Starbuck con la mirada.

—Ya he tenido bastante paciencia —dijo—. No voy a quedarme quieto mientras usted vuelve a amargarnos la vida, de modo que váyase al infierno bien lejos de nosotros. ¡Ya!

—¿General? —insistió Starbuck en un tono tan suave y respetuoso que desconcertó momentáneamente a Washington Faulconer.

—¿Qué ocurre? —preguntó Faulconer, suspicaz.

Starbuck dirigió a su enemigo una sonrisa trémula.

—Lo único que le pido, señor, es permiso para reincorporarme a la Legión. Nada más, señor, eso es todo lo que pretendo.

—Voy a llamar a los policías —replicó el general Faulconer en tono seco, y se volvió hacia la entrada de la tienda.

—¿Por quién? —preguntó Starbuck con una voz lo bastante acerada para frenar en seco a Washington Faulconer—. Si no hablo con Adam ahora —siguió diciendo Starbuck sin reparos—, le prometo que el nombre de Faulconer pasará a la historia de Virginia unido al de Benedict Arnold. Arrastraré a su familia por un fango tan profundo que ni siquiera los puercos querrán tenderse en su lecho. Haré pedazos su

nombre, general, y toda la nación escupirá sobre esos pedazos.

—¡Nate! —imploró Adam.

—Faulconer y Arnold —ratificó Starbuck la amenaza, y al nombrar al traidor sintió la euforia de un jugador, el mismo tipo de sensación que lo había acompañado en el momento en que desbordó el flanco yanqui en Ball's Bluff.

Había venido aquí solo, armado únicamente con un pedazo de papel inocuo, y estaba derrotando a un general rodeado por su propia brigada. Starbuck se habría echado a reír en voz alta por el éxito arrogante de aquel momento. Era un soldado, estaba luchando contra un enemigo poderoso y vencía.

—¡Ven y hablaremos! —pidió Adam a Starbuck, e indicó con un gesto la entrada de la tienda.

—¿Adam? —lo llamó su padre.

—Enseguida, padre, enseguida. ¡Primero tenemos que hablar Nate y yo! —impetró Adam, y se agachó para salir fuera, a la luz del día.

Starbuck sonrió.

—Encantado de estar de regreso en la Legión, mi general.

Durante un segundo Starbuck pensó que Washington Faulconer iba a desabrochar la pistolera y sacar el revólver, pero el general dio media vuelta y salió de la tienda.

Starbuck lo siguió. El general y Swynyard se alejaban a largas zancadas, dispersando a su paso al grupo de espectadores que se había congregado para escuchar la conversación del interior de la tienda. Adam agarró a Starbuck del brazo.

—Vamos —dijo.

—¿No quieres hablar aquí?

—Pasearemos —insistió Adam, y guió a Starbuck a través del círculo de oficiales confusos y silenciosos.

Cruzaron el campo y treparon a la cima de un montículo boscoso en el que crecían los ciclamores y los carpes. Los ciclamores estaban en flor y formaban una preciosa nube de color rosado. Adam se detuvo junto a un árbol caído y se volvió a mirar la ciudad lejana, más allá del campamento.

—¿Cuánto sabes? —preguntó a Starbuck.

—Prácticamente todo, supongo —respondió Starbuck.

Encendió uno de sus cigarros, se sentó en el tronco caído y observó el lejano rastro de humo de una locomotora. Supuso que el tren iba cargado con bajas para Richmond, más cuerpos para los barracones de Chimborazo Hill o para las tumbas adornadas con flores de Hollywood.

—Quiero que la guerra se acabe, ya ves —rompió Adam el silencio—. Me he equivocado, Nate, todo el rato. Nunca debí ponerme el uniforme, nunca. Ese fue mi error. —Estaba aturdido, inseguro, tal vez nervioso por la inmovilidad de Starbuck—. No creo en la guerra —continuó Adam, desafiante—. Creo que es pecado.

—Pero ¿no es un pecado compartido a partes iguales por los dos bandos?

—No —dijo Adam—. El Norte tiene la razón desde el punto de vista moral. Nosotros somos los equivocados. Puedes entenderlo, ¿no es así? ¿Sin duda lo entiendes?

Por toda respuesta Starbuck sacó el paquete envuelto en tela impermeable de su bolsillo y deshizo las puntadas que lo cerraban. Mientras rompía el hilo de algodón encerado cosido muy prieto, contó a Adam que una de sus cartas había sido interceptada cuando arrestaron a Webster, que las autoridades habían sospechado que Starbuck era su autor y cómo, después de padecer aquella tortura, fue enviado al otro lado de las líneas con la misión de descubrir al auténtico traidor.

—Me envió un hombre aterrador de Richmond, Adam. Quería saber quién había escrito aquella carta, pero yo sabía que eras tú. O supuse que eras tú. —Starbuck extrajo la hoja de papel cuidadosamente doblada de su envoltura impermeable—. Se supone que he de llevar este papel a Richmond. Es la prueba que quieren. Te señala a ti como el espía. —El papel no contenía nada parecido; era tan sólo la lista de preguntas que Pinkerton y McClellan habían confeccionado antes de que el general cayera víctima de las fiebres del Chickahominy, pero en la parte inferior del papel había un círculo impreso en lacre en el que se leía «Sellado por Orden del Jefe de la Oficina del Servicio Secreto del Ejército del Potomac», y Starbuck dejó que Adam viera ese sello antes de volver a doblar la carta en cuatro.

Adam estaba demasiado asustado para desafiar la simple afirmación de Starbuck de que aquel papel era la prueba de su culpabilidad. Había visto el sello y las cuidadosas precauciones utilizadas para proteger el papel de la humedad. Todo ello fue suficiente. No se le ocurrió que todo podía ser un invento, que el papel no le incriminaba y que el hombre aterrador de Richmond yacía bajo tierra en un ataúd. La verdad es que Starbuck estaba apostando fuerte con una mano de cartas peor que mediocre, pero Adam se sentía tan culpable que no advirtió que su amigo jugaba de farol.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Adam.

—Lo que no voy a hacer —dijo Starbuck— es ir a visitar a ese hombre aterrador de Richmond para darle esta carta. —Guardó la carta doblada en el bolsillo del pecho junto a la Biblia—. Y lo que puedes hacer tú —sugirió Starbuck a Adam— es dispararme ahora mismo. Luego podrás apoderarte de la carta y nadie sabrá nunca que eres un traidor.

—¡No soy un traidor! —protestó Adam—. ¡Dios mío, Nate, éste era un solo país hasta hace nada más que un año! Tú y yo nos quitábamos el sombrero ante la misma bandera, celebrábamos juntos cada nuevo Cuatro de Julio y teníamos lágrimas en los ojos cuando oíamos tocar «Barras y estrellas». ¿Cómo puedo ser un traidor si lo único que hago es luchar por lo que me han enseñado a amar?

—Porque si hubieras tenido éxito —replicó Starbuck—, hombres que son tus amigos estarían muertos.

—¡Pero habrían muerto menos personas! —gritó Adam. Había lágrimas en sus ojos, y apartó la mirada de Starbuck para dirigirla, más allá del paisaje verdeante, hacia las torres y los tejados oscuros de Richmond—. ¿No lo entiendes, Nate? ¡Cuanto más larga sea la guerra, más muertos habrá!

—¿De modo que decidiste acabarla tú solo?

Adam se dio cuenta del tono burlón.

—Quise hacer lo correcto, Nate. ¿Te acuerdas de cuando buscabas lo que era más justo? ¿Cuando rezabas conmigo? ¿Cuando leías tu Biblia? ¿Cuando cumplir la voluntad de Dios era más importante que nada en este mundo? ¿Qué te ha ocurrido, por el amor de Dios?

Starbuck miró directamente a su amigo furioso.

—Encontré una causa —dijo.

—¡Una causa! —se burló Adam de la palabra—. ¿El Sur? ¿Dixie? ¡Ni siquiera conoces el Sur! ¡No has viajado al sur de Rockett's Landing en toda tu vida! ¿Has visto los arrozales de Carolina del Sur? ¿Has visto las plantaciones del delta? —La rabia de Adam era elocuente y feroz—. Si quieres ver el infierno en la tierra, Nate Starbuck, date un paseo para ver lo que estás defendiendo. ¡Viaja río abajo, Nate, escucha los latigazos y mira la sangre, contempla cómo violan a las niñas! Y luego vuelves y me hablas de tu causa.

—¿Y cuál es la causa moral que defiendes tú? —Starbuck se esforzaba en mantener la iniciativa en la discusión—. ¿Crees que si gana la guerra el Norte los esclavos serán felices? ¿Crees que serán tratados mejor que los pobres en las factorías norteñas? Tú has estado en Massachusetts, Adam, has visto las fábricas de Lowell, ¿es esa tu nueva Jerusalén?

Adam sacudió la cabeza, cansado.

—En Norteamérica se han repetido estos argumentos mil veces, Nate, hemos celebrado unas elecciones y hemos zanjado la discusión en las urnas, pero ha sido el Sur el que se ha negado a aceptar la decisión. —Extendió las manos como para mostrar que no quería volver a oír aquella discusión vieja e inútil—. Mi causa es hacer lo que es justo, nada más.

—¿Y engañar a tu padre? —preguntó Starbuck—. ¿Te acuerdas del verano pasado? ¿En Faulconer County? Me preguntaste cómo podía asustarme de mi padre y no de la guerra. Entonces, ¿por qué no cuentas a tu padre lo que crees?

—Porque le partiría el corazón —respondió Adam con sencillez. Guardó silencio con la mirada vuelta hacia el norte, donde un meandro del Chickahominy reflejaba un destello de luz que iluminaba el paisaje verde—. Pensé, ya ves, que podría cabalgar los dos caballos, que podría servir a mi país y a mi tierra, y que si la guerra acababa

pronto mi padre nunca llegaría a saber que había traicionado a la una por el otro. — Hizo una pausa—. Y todavía puede ocurrir. McClellan sólo tiene que atacar con fuerza.

—McClellan no atacará. Es un pavo real, todo plumas y sin sustancia. Además, McClellan está convencido de que lo superamos en número. Yo lo he visto.

Adam se encogió ante el tono de Starbuck, pero no dijo nada durante un largo rato. Por fin suspiró.

—¿Me ha traicionado James?

—Nadie te ha traicionado. Yo lo he averiguado todo por mí mismo.

—Nate el listo —dijo Adam con tristeza—. Nate, el listo y el equivocado.

—¿Qué hará tu padre si descubre que has traicionado al Sur? —preguntó Starbuck.

Adam lo miró a los ojos.

—¿Vas a decírselo? —preguntó—. Casi lo has hecho ya, de modo que ahora puedes contarle el resto, ¿verdad?

Starbuck sacudió la cabeza.

—Lo que voy a hacer, Adam, es bajar a esas tiendas, buscar a Pecker Bird y decirle que he vuelto para ser el capitán de la Compañía K. Eso es lo que voy a hacer, a menos que venga alguien a expulsarme otra vez de la Legión, en cuyo caso iré a Richmond a visitar a un anciano astuto y desagradable y dejaré que sea él quien resuelva el asunto en mi lugar.

Adam frunció la frente ante lo que implicaba aquella amenaza.

—¿Por qué? —preguntó después de un silencio.

—Porque es lo que sé hacer. He descubierto que me gusta ser un soldado.

—¿En la brigada de mi padre? ¡Te odia! ¿Por qué no vas a alistarte en otro regimiento?

Starbuck no respondió de inmediato. La verdad era que carecía de influencias para unirse a otro regimiento, y menos como capitán. Además, su hoja de papel sólo le servía como arma si la utilizaba contra la familia Faulconer. Pero también había una verdad más profunda. Starbuck empezaba a comprender que la guerra no era un asunto en el que fuera posible implicarse a medias. Un hombre no podía dedicarse a matar como pasatiempo, del mismo modo que un cristiano no podía flirtear con el pecado. La guerra tenía que ser abrazada, celebrada, apurada hasta las heces. Sólo unos pocos hombres sobrevivían a ese proceso, pero esos pocos brillaban a través de la historia como héroes. Washington Faulconer no era un hombre así. Faulconer disfrutaba luciendo las galas de un alto mando militar, pero le disgustaba la guerra y Starbuck vio de pronto con toda claridad que, si sobrevivía a las balas y a las granadas, algún día dirigiría a esta huidiza brigada en la batalla. Sería la Brigada Starbuck, y que Dios se apiadara del enemigo cuando llegara ese día.

—Porque uno no debe huir de sus enemigos —respondió finalmente a la pregunta de su amigo.

Adam meneó la cabeza, compadecido.

—Nate Starbuck —concluyó con amargura—, enamorado de la guerra y de la milicia. ¿Es porque has fracasado en todo lo demás?

—Aquí es donde pertenezco —replicó Starbuck, que ignoró la amarga pregunta de Adam—. Y tú no. De modo que lo que vas a hacer, Adam, es convencer a tu padre de que me deje ser el capitán de la Compañía K de la Legión. Cómo lo haces es cosa tuya. No tienes por qué contarle la verdad.

—¿Qué otra cosa puedo contarle? —preguntó Adam desesperado—. Ya has insinuado lo bastante.

—Tu padre y tú tenéis una oportunidad —razonó Starbuck—. Podéis resolver esto en privado o dejar que salga todo a la luz. Creo saber lo que preferirá tu padre. —Hizo una pausa y luego adornó su farol con otra mentira—. Y yo escribiré al hombre de Richmond y le diré que el espía ha muerto. Le diré que murió en la batalla de ayer. Después de todo, has terminado tu carrera de espía, ¿no es así?

Adam se dio cuenta del sarcasmo y se estremeció. Luego dirigió a Starbuck una mirada dura.

—Tengo aún otra opción, ¿recuerdas?

—¿La tienes?

Adam desabrochó el botón de la funda de su pistolera y sacó el arma. Era un revólver Whitney caro, con cachas de marfil en la culata y un barrilete burilado. Tomó una cápsula de percusión y la insertó en una de las cámaras cargadas.

—¡Por el amor de Dios, no te mates! —pidió Starbuck, alarmado.

Adam hizo girar el barrilete hasta que la cámara cargada quedó debajo del martillo.

—A veces he pensado en el suicidio, Nate —dijo en voz baja y dulce—. De hecho, he pensado a menudo en la bendición que sería no tener que preocuparme de hacer siempre lo correcto, no tener que preocuparme por mi padre, no tener que preocuparme de si Julia me ama, o de si yo la amo a ella. ¿No te parece complicada la vida? Oh, Dios del cielo, la encuentro tan enmarañada que a excepción de la oración, Nate, y a excepción de todo lo que he pensado en las últimas semanas, no encuentro en ella ninguna certeza. —Hizo un gesto amplio con el revólver cargado, abarcando con el arma todo el horizonte—. Este es el país de Dios, Nate, El nos puso aquí con un propósito y ese propósito no era que nos matáramos los unos a los otros. Yo creo en Estados Unidos de América, no en los Estados Confederados, y creo que Dios creó Estados Unidos para que fueran un ejemplo y una bendición para el mundo. De modo que no, no voy a matarme, porque matarme no acercaría ni un día tan sólo el Milenio norteamericano, como ninguno de los muertos en la batalla lo ha aproximado



tampoco. —Extendió el brazo y bajó el cañón del arma hasta apuntar directamente a la frente de Starbuck—. Pero como tú mismo has dicho, Nate, puedo matarte y nadie me delatará.

Starbuck miró el arma. Podía ver las puntas de los conos de las balas en las cámaras situadas en la parte baja del barrilete, y sabía que una bala como aquellas lo apuntaba desde la boca oscura del cañón. El revólver tembló ligeramente en la mano de Adam y Starbuck miró más allá del arma el rostro pálido y amable de su amigo.

Adam amartilló el revólver. El chasquido del martillo al quedar montado sonó muy fuerte.

—¿Te acuerdas de las conversaciones que solíamos tener en Yale? —preguntó Adam—. ¿Cuánto nos enorgullecía el hecho de que Dios hubiera hecho tan arduo el camino de la virtud? Ser un pecador era fácil y en cambio ser un cristiano muy difícil. Pero tú has dejado de intentar ser un buen cristiano, ¿no es así, Nate? —El arma aún temblaba, y el cañón al moverse reflejaba destellos de la luz del sol poniente—. Me acuerdo de cuando te conocí, Nate —siguió diciendo Adam—. Yo solía preocuparme mucho por la dificultad de vivir, por lo arduo que resultaba conocer la voluntad de Dios, y entonces llegaste tú y yo pensé que nada volvería a ser tan duro en adelante. Creí que tú y yo compartiríamos la carga. Creí que recorreríamos juntos el camino hacia Dios. Estaba equivocado, ¿verdad?

Starbuck no dijo nada.

—Lo que me estás pidiendo —continuó Adam— es algo que no tienes fuerzas suficientes para hacer por ti mismo. Me pides que me enfrente a mi padre y le parta el corazón. Siempre he creído que tú eras el más fuerte de los dos, pero estaba equivocado, ¿verdad?

Adam parecía a punto de romper a llorar.

—Si tuvieras ese valor —contestó Starbuck—, no me matarías, sino que lucharías en el bando de los yanquis.

—No necesito ya tus consejos —repuso Adam—. Los consejos inmundos que me has dado me bastan para toda la vida, Nate.

Y apretó el gatillo.

El ruido del disparo fue atronador, pero Adam había alzado el cañón en el último momento y apuntado al árbol que estaba encima de la cabeza de Starbuck. La bala impactó en un racimo de flores de ciclamor y los pétalos cayeron como una lluvia rosada sobre los hombros de Starbuck.

Starbuck se puso en pie.

—Me voy a la Legión. Ya sabes dónde encontrarme.

—¿Sabes cómo llaman a ese árbol? —preguntó Adam cuando Starbuck se alejaba.

Starbuck dio media vuelta y pensó un instante, intentando encontrar la razón de

aquella pregunta. No pudo encontrar ninguna.

—Ciclamor, ¿por qué?

—Lo llaman el árbol de Judas, Nate. El árbol de Judas.

Starbuck miró a su amigo a los ojos.

—Adiós, Adam —se despidió.

\* \* \*

Pero no obtuvo respuesta y bajó solo a donde estaba acampada la Legión.

—¿Se ha enterado de la noticia? —preguntó Thaddeus Bird cuando Starbuck se presentó en su tienda.

—He vuelto.

—Ya lo Veo —dijo Bird, como si la repentina aparición de Starbuck fuese un acontecimiento de lo más normal—. ¿Sabe mi cuñado que está de nuevo bajo su mando?

—Se está enterando en este mismo momento.

Starbuck había visto a Adam dirigirse a la tienda de su padre.

—¿Y cree usted que el general lo aprobará? —preguntó Bird dubitativo. Había estado escribiendo una carta y ahora posó la pluma sobre el borde de la caja de legumbres secas que le servía de mesa.

—No creo que me expulse por segunda vez de la Legión.

—Está usted muy misterioso, joven Starbuck. Bueno, estoy seguro de que el señor Truslow se alegrará de verlo. Por alguna razón parecía echarlo de menos durante su ausencia. —Bird volvió a tomar la pluma y mojó la punta en el tintero—. Supongo que se ha enterado usted de la noticia.

—¿Qué noticia?

—Tenemos un nuevo comandante en jefe del ejército.

—¿De verdad? —preguntó Starbuck.

—Robert E. Lee. —Bird se encogió de hombros como para sugerir la escasa importancia de la noticia.

—Ah.

—Exactamente. Ah. Al parecer el presidente no confía en Smith para reemplazar a Johnston, de modo que será Granny Lee, nuestro Rey de Palas, quien ocupe el cargo. Y bien, ni siquiera el Rey de Palas puede ser peor que Johnston, ¿verdad? ¿O sí que puede? Quizá lo mejor que podemos esperar es que Lee resulte ser un poco mejor que la reputación que tiene.

—McClellan cree que a Lee le falta firmeza moral —opinó Starbuck.

—¿Sabe eso con certeza, joven Starbuck?

—Sí, señor. McClellan me lo dijo la semana pasada.

—Espléndido, muy bien, váyase —ordenó Bird con un gesto imperioso. Starbuck no se movió aún.

—Es bueno estar de vuelta, señor.

—Acuéstese temprano, Starbuck, nos toca servicio de patrulla a partir de la medianoche. El mayor Hinton le dará sus órdenes.

—Sí, señor.

—Y dele al sargento Truslow un dólar.

—¿Un dólar, señor?

—¡Dele un dólar! Es una orden. —Bird hizo una pausa—. Estoy encantado de verlo de vuelta, Nate. Ahora váyase.

—Sí, señor.

Starbuck caminó por entre las tiendas y oyó el sonido distante de un violín. Pero la tristeza de la melodía no lo afectó, no ahora, porque ahora estaba de regreso en el lugar al que pertenecía. El *copperhead* había vuelto a casa.

## Epílogo

Las muertes empezaron en la Compañía K tres semanas más tarde. Joseph May fue el primero. Había ido a buscar agua y una granada perdida fue a caer en el arroyo. Sus gafas nuevas volaron lejos de su rostro, una lente se quebró y la otra quedó tan cubierta de sangre que parecía un cristal pintado de rojo rubí.

Todo ese día la Legión esperó, mientras la batalla se desarrollaba al norte de su posición. Los cañones retumbaron desde el amanecer hasta la noche y la nube de humo no cambió en ningún momento de lugar, prueba de que todos los ataques rebeldes no habían conseguido desalojar a los yanquis. Pero aquella noche, después de concluir la lucha, el ejército nordista se replegó hacia nuevas posiciones más al este, y al amanecer se oyó ruido de palas y los rebeldes supieron que iban a tener trabajo duro por delante si querían empujar más lejos de Richmond a aquellos tripas azules. Esa mañana murió James Bleasdale. Había trepado a un árbol para coger los huevos de un nido y un tirador yanqui lo alcanzó en el cuello. Estaba muerto antes de llegar al suelo. Starbuck escribió a su madre, una viuda, e intentó encontrar palabras que sugirieran que su hijo no había muerto en vano. «Lo echaremos muchísimo de menos», escribió Starbuck, pero no era cierto en realidad. Bleasdale no gustaba especialmente a nadie, como tampoco disgustaba en particular a nadie. Una ráfaga de disparos anunció que la expedición montada por el sargento Truslow había localizado al tirador yanqui, pero Truslow volvió desconsolado.

—El hijo de puta se escabulló —informó el sargento; luego se volvió a mirar al mayor Bird—. Se ha vuelto loco.

En efecto, el mayor Bird se comportaba de un modo más extraño de lo habitual. Se movía por el campamento con unos andares curiosos, como de cangrejo: daba unos cuantos pasos al frente, se detenía con los pies juntos y un brazo extendido hacia delante, daba de pronto una vuelta completa sobre sí mismo y recomenzaba de nuevo aquel extraño proceso. De vez en cuando interrumpía aquellas cabriolas para informar a un grupo de hombres de que debían estar listos para marchar al cabo de media hora.

—Se ha vuelto loco —repitió Truslow, después de observar durante un rato más la extraña conducta del mayor.

—Estoy aprendiendo a bailar —anunció Bird a Starbuck, y dio una vuelta completa sobre sí mismo con una imaginaria pareja en sus brazos esqueléticos.

—¿Por qué? —preguntó Starbuck.

—Porque el baile es un ejercicio adecuado para dar realce a un alto mando militar. Mi cuñado acaba de ascenderme a teniente coronel.

—Mi enhorabuena, Pecker —exclamó Starbuck, con una satisfacción auténtica.

—Al parecer le quedaban pocas opciones ahora que Adam ha renunciado a la

refriega.

Pecker Bird, a pesar de su declarado desdén por la jerarquía militar formal, no podía ocultar su alegría.

—Le quedaban menos opciones aún después de que todo el mundo votó por usted —gruñó Truslow.

—¡Votó! ¿Cree que debo mi rango militar a la mera democracia? ¿A la plebecracia? Yo soy un genio, sargento, que se alza como un cometa por encima de un océano de mediocridades. Y también sé hacer metáforas. —Bird echó una ojeada al papel que tenía Starbuck en el regazo—. ¿Está usted escribiendo metáforas a Mamá Bleasdale, Nate?

—Sólo las mentiras de costumbre, Pecker.

—Entonces ponga algunas desacostumbradas. Dígale que el torpón de su hijo ha sido elevado a la gloria, que se ha liberado de sus lazos terrenos y ahora acompaña con sus trinos a los coros eternos. Diga que retoza en el seno de Abraham. A Sarah Bleasdale le gustará; siempre ha sido una boba. Media hora, Starbuck, y nos ponemos en marcha.

Bird se alejó danzando, girando con una pareja invisible por entre las boñigas de vaca del campo en el que la Legión había dormido bajo las estrellas.

Cuando la Legión abandonó su campamento, el general Lee estaba junto a la carretera, sentado con la espalda muy derecha sobre un caballo gris, rodeado por su estado mayor y llevándose la mano al sombrero para saludar a cada una de las compañías que pasaban.

—Tenemos que echarlos de aquí —decía a cada compañía en tono coloquial, y entre el paso de una y otra trataba torpemente de charlar con Washington Faulconer.

—Echadlos de aquí, muchachos, echadlos de aquí —repitió Lee, en esta ocasión a la compañía que desfilaba inmediatamente delante de la de Starbuck, y cuando el general se volvió a Faulconer de nuevo, vio que el brigadier había desaparecido inexplicablemente de su lado—. ¡Deles duro, Faulconer! —le llamó Lee, extrañado de la repentina marcha del general.

La súbita desaparición de Faulconer no era ningún misterio para la Legión, que se había dado cuenta de que su general evitaba sistemáticamente a la Compañía K. Había almorzado con los oficiales de todos los demás regimientos de su brigada, pero ignoraba a la Legión para no verse obligado a darse por enterado de la presencia de Starbuck. Faulconer explicó a Swynyard que quería evitar que pareciera que mostraba favoritismo por el regimiento que llevaba su nombre y apuntó el mismo motivo para su decisión de no dar a su hijo el mando de la Legión Faulconer, pero nadie se creyó ese cuento. Adam, se decía, estaba enfermo en la casa de campo de su padre, pero algunos hombres, Bird y Truslow entre ellos, sospechaban que la enfermedad tenía relación con el regreso de Starbuck. El propio Starbuck se negó a

hablar del asunto.

—Echadlos de aquí, muchachos, echadlos de aquí —arengó Lee a la Compañía K, mientras se llevaba la mano al ala del sombrero. Detrás del general se extendía una franja de bosque maltrecho y chamuscado por la lucha del día anterior. Un equipo de negros recogía cadáveres y los arrastraba hasta una zanja recién cavada. Detrás de la primera revuelta del camino había otro negro que colgaba de un árbol con un letrero mal escrito colgado del pecho. Este negro era un «gía» de los yanquis, rezaba el letrero. Lee, que avanzaba por la carretera detrás de la Compañía K, ordenó furioso que descolgaran el cadáver.

Lee se separó de la Legión en un cruce de caminos donde una taberna ofrecía alojamiento para la noche por cinco centavos. Un grupo de desolados prisioneros nordistas estaba sentado en los escalones exteriores de la taberna custodiado por un par de soldados de Georgia con aspecto de no haber cumplido ni un día más de los catorce años. Una granada estalló en el aire a unos ochocientos metros de distancia y creó una humareda repentina y silenciosa en el cielo color de perla. El ruido llegó un instante después, seguido de un crepitar de mosquetería que alteró la paz de la mañana e hizo volar entre los árboles a una bandada de pájaros asustados. Una batería de cañones confederados se desenganchaba de sus cureñas en un campo a la derecha de la carretera. Hombres en mangas de camisa se llevaron los caballos de tiro detrás de los cañones mientras otros artilleros llenaban los cubos de los escobillones con agua de una zanja. Todos ellos tenían el aspecto eficiente y sosegado de obreros llevando a cabo los preparativos para el trabajo diario.

—¡Coronel Bird! ¡Coronel Bird! —El capitán Moxey se acercó al trote a las filas de la Legión en marcha—. ¿Dónde está el coronel Bird?

—En el bosque —respondió el sargento Hutton.

—¿Qué está haciendo en el bosque?

—¿Usted qué cree?

Moxey hizo dar media vuelta a su caballo.

—Tiene que ir a informar al general Faulconer. Hay un molino allá abajo. — Señaló a un lado de la carretera—. Tiene que ir allí. Se llama Gaines' Mili.

—Se lo diremos —obedeció Truslow.

Moxey se tropezó inadvertidamente con la mirada de Starbuck y de inmediato picó espuelas y obligó a su caballo a saltar adelante.

—No lo veremos cerca de las balas hoy —comentó Truslow, ácido.

La Legión esperó junto al camino mientras Bird iba a enterarse de su destino. Era evidente que los yanquis no estaban lejos, porque las granadas rebeldes estallaban encima de los bosques vecinos. El fuego de fusilería sonaba en ráfagas repentinas, como si los batidores de los dos bandos se tantearan antes de establecer contacto. La Legión esperó mientras el sol ascendía más y más en el cielo. En algún lugar delante

de ellos había una gran cortina de polvo suspendida en el aire, lo que indicaba que había un tráfico rodado intenso en la carretera, pero nadie sabía si se trataba de yanquis en retirada o de rebeldes que avanzaban. Pasó la mañana y la Legión consumió un almuerzo frío compuesto por galleta, arroz hervido y agua.

Bird volvió poco después del mediodía y reunió a sus oficiales. Un kilómetro delante de la Legión, explicó, se extendía una franja de bosque. Los árboles ocultaban un valle profundo por el que fluía un arroyo en un terreno pantanoso, hacia el Chickahominy. Los yanquis se habían atrincherado en la otra orilla del arroyo y la tarea de la Legión iba a ser desalojar de allí a los hijos de puta.

—Nosotros formaremos la primera línea —informó Bird a los oficiales de sus compañías—. Los muchachos de Arkansas estarán a nuestra izquierda y el resto de la brigada detrás de nosotros.

—Y el brigadier detrás de ellos —añadió el capitán Murphy con su suave acento irlandés.

Bird simuló no haber oído la pulla.

—El río está a poca distancia detrás de los yanquis —continuó—, y Jackson maniobrará para encerrarlos, de modo que puede que hoy nos libremos de ellos para siempre.

Stonewall Jackson había traído a su ejército a la península después de expulsar a los yanquis del valle del Shenandoah. Las tropas nordistas en el Shenandoah superaban en número a las de Jackson, pero él las rodeó primero y luego les dio una paliza sangrienta. Ahora sus tropas estaban a las órdenes de Lee y tenían enfrente al torpe y dubitativo ejército de McClellan. Ese ejército, después de la batalla en torno a la encrucijada de los Siete Pinos, ni había avanzado ni se había retirado, sino que se había estado ocupando de poner a punto una nueva base de aprovisionamiento en el río James. Jeb Stuart había conducido a mil doscientos jinetes rebeldes a una cabalgada alrededor de todo el ejército nordista, para burlarse de la impotencia de McClellan y de paso proporcionar un nuevo héroe a todos los patriotas sudistas. El coronel Lasso cabalgó junto a Stuart y llevó a Starbuck la noticia de aquella proeza.

—¡Fue magnífico! —se extasió Lasso—. ¡Digno de la caballería francesa!

Había traído tres botellas de coñac yanqui tomadas como botín y las compartió con los oficiales de la Legión mientras amenizaba la velada con historias de batallas remotas.

Pero McClellan no sería derrotado por acciones de la caballería, por brillantes que fuesen, sino por infantes como los que Bird conducía ahora a los bosques situados encima del arroyo. Hacía un calor abrasador. La primavera daba paso al verano, las flores se habían marchitado y las carreteras embarradas de la península se habían secado y convertido en una costra resquebrajada que se deshacía en polvo al paso de hombres y caballos.

Bird desplegó ocho compañías de la Legión en una línea de dos filas. El pequeño batallón de Arkansas formó a la izquierda de la Legión, al lado de los hombres de Starbuck. Alzaron sus banderas. Una era la obsoleta bandera confederada de las tres barras y la otra una bandera negra con una serpiente blanca, toscamente pintada, enroscada en el centro.

—No es nuestra bandera en realidad —confió el mayor de Arkansas a Starbuck—, pero, como nos gustó, nos la quedamos. Una panda de chicos de Nueva Jersey la tenía antes. —Escupió un chorro viscoso de jugo de tabaco y contó a Starbuck que sus hombres y él se presentaron como voluntarios en Richmond en el preciso inicio de la guerra—. Algunos chicos querían volver a casa, a Arkansas, después de Manassas, y yo lo entendí, pero les dije que había más yanquis vivos aquí que allá en casa, y supongo que nos quedamos sólo para ver si matábamos a unos cuantos más. —Se llamaba Haxall y su batallón contaba apenas con algo más de doscientos hombres, todos ellos tan delgados y de aspecto tan enfermizo como el propio Haxall—. Suerte, capitán —deseó a Starbuck, y se volvió con su pequeño batallón justo cuando el coronel Swynyard daba la orden de avanzar.

Pasaba ya del mediodía, de modo que a Swynyard le costaba mantenerse sobre la silla de montar; al anocheecer estaría incoherente y a media noche inconsciente.

—¡Adelante! —volvió a gritar Swynyard, y la Legión avanzó hacia los bosques en sombra.

—¿Sabe alguien dónde estamos? —preguntó el sargento Hutton a la Compañía K.

Nadie lo sabía. Era sólo otra extensión de bosque pantanoso sobre el que empezaron a estallar las granadas. Starbuck oyó los proyectiles pasar silbando entre los árboles y, de vez en cuando, un diluvio de hojas señalaba el paso de una granada entre las ramas altas. Algunos proyectiles estallaron en medio del bosque, otros cruzaron zumbando el aire por encima de la Legión hacia la batería confederada apostada en el campo que había detrás. Los cañones confederados respondieron y el cielo se llenó del estruendo de un duelo de artillería.

—¡Batidores! —llamó el mayor Hinton—. ¡Allá que vais, Nate! —añadió en un estilo menos formal.

La compañía de Starbuck rompió filas, obediente, y se adelantó al trote hasta formar una línea irregular cincuenta pasos por delante del resto de las compañías. Los hombres de Starbuck se distribuyeron en equipos de cuatro hombres, pero Starbuck, por su condición de oficial, iba solo y de pronto se sintió muy visible. No llevaba nada que pudiera indicar al enemigo que era un oficial; ni sable, ni galones dorados, ni cinta metálica en el cuello de la guerrera, pero su misma soledad le pareció de pronto un motivo para ser tomado como blanco. Escudriñó la línea de árboles, preguntándose si los batidores nordistas los esperaban allí o, peor aún, si aquellas sombras verdes ocultaban a francotiradores dispersos con sus letales miras



telescópicas y sus rifles de precisión. Sintió los latidos de su propio corazón y cada paso le costó un esfuerzo deliberado. Instintivamente se cubrió la ingle colocando delante la culata de madera de su rifle. Una granada estalló pocos metros delante de él, y un fragmento de metralla pasó volando junto a su hombro.

—¿Se alegra de haber vuelto? —le preguntó Truslow.

—Así es como siempre soñé pasar mis tardes de los viernes, sargento —respondió Starbuck, asombrado de que su voz sonara tan despreocupada.

Miró a su alrededor para asegurarse de que sus hombres no hicieran el remolón y se sorprendió al ver que la Legión era sólo una pequeña porción de una inmensa línea de infantería vestida de gris que se extendía a su izquierda a lo largo de casi un kilómetro. Incluso olvidó sus temores durante unos segundos al contemplar a aquellos miles de hombres dispuestos en una línea ondulante de ataque, que avanzaban bajo sus vistosas banderas.

Una granada que estalló delante de Starbuck devolvió de nuevo su atención a los árboles. Se apresuró a dejar atrás un sector de hierba chamuscada en el que un fragmento de proyectil humeaba en el suelo. Sonó otra explosión, esta vez detrás de Starbuck y tan fuerte que propagó una onda de aire caliente a través del paisaje de verano. Starbuck se volvió y vio que la granada yanqui había impactado en una cureña de cañón cargada de munición. El humo brotaba del vehículo destrozado y un caballo sin jinete se apartaba cojeando de las llamas. Un cañón próximo disparó, arrojando una nube de humo de veinte metros en la estela de su proyectil. La hierba se inclinó debido a la onda expansiva formada en la boca del cañón. La segunda línea de la Brigada Faulconer empezó a desplegarse y en alguna parte una banda de música empezó a tocar la popular melodía de Richmond «Dios defenderá nuestros derechos». Starbuck habría querido que los músicos eligieran una pieza más alegre, pero se olvidó de la música al internarse entre los árboles, donde el follaje ponía un filtro verde a la cruda luz del día. Una ardilla saltó y echó a correr sobre el suelo tapizado de hojas caídas.

—¿Cuánto hace que no comemos ardilla? —preguntó a Truslow.

—Comimos muchas mientras estuvo usted fuera —respondió el sargento.

—Me apetece una ardilla frita —dijo Starbuck.

Un año atrás habría sentido náuseas ante la sola idea de comer ardillas, pero ahora compartía el repugnante gusto de los soldados por las ardillas jóvenes fritas. Los ejemplares viejos tenían una carne mucho más dura y quedaban mejor guisados.

—Esta noche cenaremos las raciones de los yanquis —afirmó Truslow.

—Es verdad —aceptó Starbuck.

¿Dónde diablos estaban los batidores enemigos? ¿Dónde sus francotiradores? Una granada desgarró la parte superior de la copa de unos árboles y motivó el aleteo ruidoso de las palomas. ¿Y dónde, ya puestos a preguntar, estaban el arroyo y los

pantanos? Entonces vio delante el borde de un valle y, más lejos, las copas de los árboles de la ladera del otro lado. Bajo los árboles tuvo una visión fugaz de tierra recién removida y se dio cuenta de que los yanquis habían cavado trincheras en aquella ladera lejana que les servía de terraplén gigante.

—¡Corred! —gritó—. ¡Corred! —Supo instintivamente lo que iba a ocurrir—. ¡Cargad! —gritó.

Y el mundo explotó.

Toda la ladera de enfrente del valle pareció desvanecerse detrás de una gran nube de humo autogenerada. Un momento antes al otro lado del valle había hojas y maleza, y de pronto no había más que una cortina de humo blanco. El ruido llegó un segundo después y, con el ruido, una tempestad de balas que desgarraron y perforaron los bosques verdes. Los hombres de la ladera de enfrente gritaban y jaleaban; los hombres del lado del valle de Starbuck morían.

—¡Han dado al sargento Cáster! —gritó un hombre.

—¡Seguid corriendo! —aulló Starbuck.

No tenía sentido entretenerse en el borde del valle a recoger a las víctimas de los yanquis. El humo de la pólvora empezaba a dispersarse y pudo ver una masa de infantería uniformada de azul entre los árboles frente a ellos, y encima de aquélla, en la cresta, una línea de cañones emplazada detrás de parapetos recién levantados. Brotaron llamaradas de los rifles de la línea azul, tronaron los cañones y una nube de humo de un blanco grisáceo ascendió entre los árboles. Un hombre gimió, destripado por la metralla, y otro se arrastró, dejando a su paso un rastro de sangre, hacia el grueso de la Legión que se adentraba en el bosque siguiendo a los batidores. Los árboles situados encima de Starbuck crujieron como si una tormenta repentina agitara las ramas. Más cañones dispararon y, de pronto, el bosque entero se llenó del zumbido y el chillido de la metralla. Las balas de los rifles silbaban y crepitaban. El miedo era como un vómito en la boca del estómago de Starbuck, pero la supervivencia dependía de seguir adelante y descender hacia el vacío verde del valle. Saltó sobre el borde y a medias se deslizó y a medias descendió corriendo por la abrupta pendiente. Los muchachos de Arkansas lanzaban el aullido rebelde. Uno de ellos había quedado tendido boca abajo en lo alto de la colina y la sangre manchaba las hojas muertas detrás de él. El fuego yanqui era un estruendo constante y desgarrador, un crepitar de cientos de rifles disparando desde el otro lado del valle sin parar, hasta aturdir. Amos Parks fue herido en el vientre y cayó hacia atrás como empujado por la coza de una mula. Más metralla impactó en los árboles e hizo llover sobre las cabezas de los hombres hojas desgarradas y fragmentos de ramas. La única esperanza de la Legión era ahora seguir corriendo y superar al enemigo por velocidad.

—¡Calad las bayonetas! —gritó Haxall a la izquierda de Starbuck.

—¡Seguid corriendo! —gritó Starbuck a sus hombres.

No quería que sus hombres se detuvieran para fijar torpemente las bayonetas en las bocas de sus rifles. Era preferible seguir avanzando hacia el fondo pantanoso del valle, donde una cinta de agua negra estancada se interrumpía por la presencia de árboles desgajados y troncos caídos en las riberas embarradas. Sin duda el arroyo corría en algún lugar de aquel cenagal, pero Starbuck no consiguió verlo. Llegó al pie de la ladera, saltó sobre un tronco caído y volvió a saltar a una franja de hierba alta. Una bala salpicó agua delante de él, otra arrancó una larga tira de la corteza húmeda y podrida de un tronco. Chapoteó para cruzar un tramo inundado y luego resbaló al intentar trepar por una rampa cubierta de barro pegajoso. Cayó de bruces sobre la hierba, protegido de los yanquis situados enfrente y encima de él por un enorme tronco de árbol negro y medio podrido. Sintió la tentación de quedarse detrás de aquel refugio, pero sabía que su trabajo era conseguir que sus hombres siguieran avanzando.

—¡Vamos! —gritó, y se preguntó por qué nadie modulaba ahora el aullido rebelde; pero cuando intentó incorporarse una mano le golpeó en la espalda y lo obligó a tenderse de nuevo.

Era el sargento Truslow quien había tirado de él.

—¡Olvídelo! —dijo Truslow.

Toda la compañía había ido cuerpo a tierra. No sólo la compañía, sino toda la Legión. De hecho, todo el ataque rebelde se había puesto a cubierto porque el valle entero estaba infestado de balas yanquis, poblado por el zumbido y el chirrido de la metralla y nublado por el humo de la pólvora. Starbuck levantó la cabeza y vio la cresta del valle envuelta en humo, sobre el que parecían flotar las barras rojas y blancas de las banderas yanquis. Una bala impactó en el tronco a pocos centímetros de su cabeza y una astilla le golpeó en la mejilla.

—La cabeza, baja —gruñó Truslow.

Starbuck se dio la vuelta. Los únicos hombres que quedaban a la vista estaban muertos. Todos los demás se habían agazapado detrás de algún árbol o bien se habían escondido entre la maleza. El grueso de la Legión seguía aún en lo alto de la ladera, a cubierto en la parte más espesa del bosque. Sólo los batidores habían bajado hasta el fondo del valle, y no todos habían llegado allí ilesos.

—Cárter Hutton está muerto —informó Truslow—, así que Dios sabe cómo se las arreglará su mujer.

—¿Tenía hijos? —preguntó Starbuck, y se enfadó consigo mismo por haber tenido que preguntar. Un oficial tenía que saber esas cosas.

—Chico y chica. El chico es tonto del bote. Doc Billy tenía que haberlo estrangulado al nacer, como suele hacer. —Truslow alzó el rifle por encima del parapeto del tronco, atisbo un instante, disparó y volvió a agacharse enseguida—. La

chica es sorda como una tapia. Cáster nunca debió casarse con esa condenada mujer. —Mordió la parte superior de un cartucho—. Las mujeres de su familia tienen crías débiles. No es bueno casarse por el aspecto. Hay que buscar una mujer fuerte.

—¿Por qué se casó usted? —preguntó Starbuck.

—Por el aspecto, claro.

—Pedí a Sally que se casara conmigo —confesó Starbuck con torpeza.

—¿Y?

Starbuck se arrodilló, apuntó su rifle hacia la cima de la ladera, apretó el gatillo y se dejó caer tan sólo un instante antes de que un enjambre de balas se estrellaran zumbando en el árbol.

—Me dio calabazas —confesó.

—Entonces es que a la chica todavía le queda un poco de sentido común —sonrió Truslow.

Estaba recargando su rifle, tendido en el suelo. Los yanquis vitoreaban por haber detenido el asalto confederado con tanta facilidad, pero en ese momento el aullido rebelde anunció la llegada de la segunda línea de la Brigada Faulconer y el fuego yanqui pareció multiplicarse para detener a los nuevos atacantes que aparecían entre los árboles. Algunos hombres de la primera línea consiguieron rebasar el borde del valle y corrieron ladera abajo en busca de refugio. Tronaron los cañones disparando casi a bocajarro, e hicieron salir despedidos a hombres de la línea gris. Starbuck sintió la tentación de intentar avanzar algunos metros, pero el segundo ataque se fue cuerpo a tierra más deprisa aún que el primero y el fuego de fusilería yanqui volvió a dirigirse hacia el fondo del valle, donde agua y barro salpicaban con el impacto de las balas.

—Los bastardos andan cabreados como monos esta tarde —gruñó Truslow.

—Supongo que vamos a quedarnos aquí hasta que se haga de noche —presumió Starbuck, y mordió otro cartucho. Volcó la pólvora en el cañón y luego escupió la bala en la boca del arma—. Sólo la oscuridad puede sacarnos de ésta.

—A menos que los bastardos se larguen —aventuró Truslow, aunque no parecía optimista—. Le voy a decir una cosa. No veremos a Faulconer aquí abajo. Tendrá buen cuidado de no mojarse los pantalones. —Truslow descubrió un agujero en el árbol caído que le permitía una vista de través de la ladera enemiga. La mayor parte de los enemigos estaban tumbados, protegidos por sus puestos de tirador o sus trincheras, pero Truslow encontró un blanco en la cresta y apuntó cuidadosamente—. Oiga —continuó, y apretó el gatillo—. ¿De verdad lo rechazó?

—Y me dio un buen rapapolvo, además —añadió Starbuck, mientras empujaba otra bala con la baqueta hasta el fondo del cañón de su rifle.

—Es dura —dijo Truslow con una admiración gruñona.

Un bote de metralla zumbó entre las ramas altas y causó una nueva ducha de

ramas desgarradas y hojas trizadas.

—Ha salido a usted —dijo Starbuck.

Se arrodilló, disparó y volvió a agacharse. Se preguntó, mientras las balas de la represalia enemiga golpeaban el leño, en qué consistiría exactamente el nuevo trabajo de Sally. No había tenido oportunidad de visitar Richmond, ni la tendría hasta que los yanquis fueran expulsados de los alrededores de la ciudad, pero cuando eso ocurriera Truslow y él tenían intención de hacer una visita a Sally. Starbuck tenía otras cuestiones pendientes en la ciudad. Quería hacer una visita social al teniente Gillespie. Disfrutaba anticipando su venganza y también al pensar en volver a ver a Julia Gordon. Si es que ella lo recibía, en todo caso, porque sospechaba que su lealtad hacia Adam probablemente la impulsaría a mantener cerrada la puerta de su casa.

Los nordistas empezaron a burlarse de los rebeldes agazapados.

—¿Se te han caído las pelotas? ¿Qué le ha pasado a tus aullidos, Johnny? ¡Vuestros esclavos no os ayudarán ahora!

Las burlas acabaron bruscamente cuando la artillería rebelde acertó por fin con el alcance idóneo para batir la cresta del otro lado del valle y empezó a hacer llover proyectiles sobre el enemigo. Truslow se arriesgó a una rápida ojeada a lo alto de la pendiente.

—Han cavado hondo —informó.

«Demasiado hondo para que fuera posible desalojarlos con facilidad», pensó Starbuck, lo que significaba que la compañía tenía por delante una espera larga y caliente. Se quitó la guerrera gris, la dejó junto al árbol caído y se sentó con la espalda apoyada en la madera podrida para intentar averiguar dónde habían ido a parar sus hombres. Sólo los muertos eran visibles.

—¿Quién es ése? —preguntó, señalando un cuerpo tendido boca abajo y con los brazos extendidos en un charco de agua, a unos treinta metros. Había un agujero enorme en la guerrera gris, por el que asomaba, entre un revoltijo de sangre y moscas, la punta blanca de una costilla.

—Félix Waggoner —dijo Truslow después de un vistazo malhumorado.

—¿Cómo sabe que no es Peter? —preguntó Starbuck. Peter y Félix Waggoner eran gemelos.

—Hoy le tocaba a Félix llevar las botas buenas —aseveró Truslow.

En algún lugar un hombre herido gemía, pero nadie podía moverse para prestarle ayuda. El valle era una trampa mortal. Los cañones yanquis no podían bajar sus tubos lo bastante para barrer de metralla el fondo del valle, pero los fusileros nordistas tenían un blanco fácil en cualquiera que intentara moverse por el pantano, de modo que los heridos no tenían más remedio que seguir sufriendo.

—¡Starbuck! —llamó el coronel Bird desde algún lugar detrás de la ceja del valle—. ¿Puede moverse?

—¡Vamos, Starbuck! ¡Muévete! —gritó un yanqui, y de pronto una veintena de enemigos empezaron a corear su nombre, a burlarse de él, a invitarlo a probar suerte contra sus rifles.

—¡No, Pecker! —gritó Starbuck.

El bosque quedó de nuevo silencioso, o por lo menos tan silencioso como puede serlo una batalla. El duelo artillero siguió agitando el cielo sobre sus cabezas, y cada media hora más o menos un aumento del fuego de fusilería y de los vítores revelaba un nuevo intento rebelde de hacer avanzar una brigada o un batallón a través del pantano. Pero los yanquis tenían la iniciativa y no iban a dejarla escapar. Eran una fuerza de retaguardia apostada al norte del Chickahominy para proteger los puentes mientras el resto del ejército cruzaba a la porción meridional de la península, que McClellan había señalado como su nueva base de operaciones. Hasta ahora los buques de vapor habían descargado sus suministros o bien en Fort Monroe o bien en West Point, en el río York, pero a partir de ahora navegarían hasta Harrison's Landing, en el James. McClellan describió el nuevo despliegue hacia el sur como un cambio de base, y declaró que se trataba de un movimiento «sin paralelo en los anales de la guerra». Sin embargo, para muchos de sus soldados el cambio de base tenía todo el aspecto de una retirada y por eso sentían tanto placer al atizarles a los rebeldes con toda comodidad en el fondo de aquel valle pantanoso y malsano situado kilómetro y medio al norte del río Chickahominy. Y cada hora que pasaba con los rebeldes atascados en aquel lugar era una hora ganada para que más hombres del ejército nordista pudieran cruzar los puentes precarios hacia la seguridad temporal de la orilla sur.

Starbuck sacó la Biblia de su hermano del bolsillo de la guerrera, la abrió por las hojas en blanco de la guarda y escribió con un cabo de lápiz los nombres de los hombres que habían muerto hasta el momento aquella tarde. Ya sabía los del sargento Cáster Hutton, Félix Waggoner y Amos Parks, pero ahora se enteró de otros seis al llamar a los hombres que estaban cerca.

—Nos están dando una paliza —dijo Starbuck mientras dejaba la Biblia sobre la guerrera que se había quitado.

—Ajá.

Truslow disparó a través de su aspillería del tronco, y el humo que brotó de su rifle bastó para provocar la furiosa respuesta de una docena de nordistas. Las balas mordieron la madera podrida e hicieron volar astillas en el aire. Un hombre de Arkansas disparó y luego otro de la Compañía K, pero ahora el tiroteo era intermitente. No había reservas que implicar en esta parte del valle y el general Faulconer no hacía el menor esfuerzo por sacar a sus hombres de sus refugios embarrados. Más arriba del valle, fuera de la vista de Starbuck, un ataque más consistente causó una tormenta de fuego de rifle y de cañón que poco a poco se fue

desvaneciéndose cuando el asalto rebelde fracasó.

Una serpiente negra se deslizó por el suelo embarrado en el que habían encontrado refugio Starbuck y Truslow. Tenía un dibujo en rombo en la parte trasera de la cabeza.

—¿Mocasín? —preguntó Starbuck.

—Va aprendiendo —confirmó Truslow en tono aprobador.

La víbora mocasín se detuvo al borde del agua, tanteó el aire con la lengua y nadó corriente arriba hasta desaparecer en una maraña de ramas caídas. Se había iniciado un pequeño incendio en el extremo más alejado del valle: las hojas muertas ardían y soltaban chispas debajo de un árbol caído. Starbuck se rascó la tripa y encontró una docena de garrapatas metidas dentro de su piel. Intentó arrancárselas, pero las cabezas se partieron y siguieron enterradas en la carne. La tarde era bochornosa y húmeda en el pantano estancado. El agua de su cantimplora tenía un sabor salado y estaba caliente. Dio una palmada y mató un mosquito. En alguna parte, más arriba del valle y fuera de la vista por la curva que trazaba éste, debió de empezar otro ataque, porque se produjo un intenso tiroteo y se oyeron gritos. El ataque duró apenas dos minutos y concluyó.

—Pobres bastardos —dijo Truslow.

—¡Vamos, rebeldes! ¡No seáis tímidos! ¡Tenemos balas para repartir entre todos vosotros! —gritó un yanqui, y soltó una carcajada ante el silencio rebelde.

El calor pareció aumentar aún más. Starbuck no tenía reloj e intentó calcular el paso del tiempo por el movimiento de las sombras, pero el sol parecía casi inmóvil.

—Puede que a fin de cuentas no nos comamos las raciones de los yanquis esta noche —se lamentó.

—Yo suspiraba por un poco de café —contestó Truslow, triste.

—Treinta pavos la libra cuesta ahora el café auténtico en Richmond —repuso Starbuck.

—No puede ser.

—Sí lo es —aseguró Starbuck.

Enseguida se revolvió sobre sí mismo, levantó la cabeza y apuntó con su rifle hacia el hueco abierto de un puesto de tirador en la ladera contraria. Disparó y se dejó caer, esperando el acostumbrado tiroteo de represalia contra el tronco podrido, pero los yanquis empezaron a gritarse unos a otros que no dispararan. Un par de balas impactaron en el leño, pero de inmediato una voz autoritaria ordenó el cese del fuego nordista. Alguien preguntó en tono quejoso qué estaba sucediendo y luego una docena de voces gritaron que todo iba bien. Truslow miraba atónito el lado del valle en manos de los rebeldes.

—Hijo de puta —exclamó, asombrado.

Starbuck se volvió.

—Buen Dios —dijo. Los nordistas habían dejado de disparar y ahora Starbuck gritó para asegurarse de que sus hombres tampoco lo hicieran—. ¡Cese el fuego! —gritó. El coronel Bird dio la misma orden desde lo alto de la ladera.

Porque Adam había llegado al campo de batalla.

No hacía ningún esfuerzo por resguardarse, sino que caminaba como si disfrutara de un paseo vespertino. Iba vestido con ropas de paisano y desarmado, pero no era eso lo que había convencido a los yanquis de no dispararle, sino la bandera que llevaba. Adam hacía ondear a uno y otro lado una bandera de las barras y estrellas mientras descendía despacio por la ladera. Cuando cesó el tiroteo se envolvió los hombros en la bandera como si fuera una capa.

—Se le han ablandado los sesos —decidió Truslow.

—No lo creo. —Starbuck hizo bocina con las manos—. ¡Adam!

Adam cambió de dirección y siguió bajando la ladera en dirección a Starbuck.

—¡Te estaba buscando, Nate! —gritó en tono alegre.

—¡Agacha la cabeza!

—¿Por qué? Nadie dispara. —Adam miró hacia lo alto de la ladera yanqui y algunos nordistas le dieron ánimos a gritos. Otros le preguntaron qué quería, pero como respuesta se limitó a saludarlos con los brazos.

—¿Qué diablos estás haciendo? —preguntó Starbuck, con la cabeza gacha detrás del improvisado parapeto del tronco podrido acribillado por las balas.

—Lo que tú me dijiste que hiciera, por supuesto. —Adam hizo una mueca al verse obligado a vadear un charco de agua sucia y mancharse sus mejores zapatos—. Buenas tardes, Truslow. ¿Cómo está usted?

—Podría estar mejor, supongo —respondió Truslow, suspicaz.

—Me encontré a su hija en Richmond. Me temo que fui descortés con ella. ¿Tendrá la bondad de transmitirle mis disculpas? —Adam renqueó por el barro y el agua hasta llegar a la porción de tierra más seca en la que se habían resguardado Truslow y Starbuck. Iba erguido y despreocupado, como si no se estuviera librando una batalla. Y, por el momento, no había batalla en esta parte del valle. Los hombres de los dos bandos asomaban detrás de sus parapetos para mirar a Adam y preguntarse qué clase de loco rematado era el que paseaba con tanto desenfado en medio de las balas. Un oficial yanqui le preguntó a gritos qué quería, pero Adam se limitó a agitar los brazos como para indicarle que todo se aclararía al cabo de un rato—. Tenías razón, Nate —confesó a Starbuck.

—¡Por el amor de Dios, Adam, abajo!

Adam sonrió.

—Por el amor de Dios, Nate, yo voy arriba. —Señaló hacia lo alto de la ladera enemiga—. Hago lo mismo que hiciste tú, cambio de bando. Voy a luchar por el Norte. Deserto, podrías decir. ¿Te gustaría venir conmigo?



—Agáchate, Adam.

En lugar de ponerse a cubierto, Adam miró en derredor aquel valle verde y húmedo como si no hubiera allí muertos pudriéndose en el aire pestilente.

—No temo el mal, Nate. Ya no. —Se echó la mano al bolsillo de la chaqueta y sacó un paquete de cartas atadas con una cinta verde—. ¿Te asegurarás de que Julia reciba esto?

—¡Adam! —rogó Starbuck desde el barro.

—Son sus cartas. Debo devolvérselas. No quiere venirse conmigo, ¿sabes? Se lo pedí y dijo que no, la discusión se endureció y, en resumen o sin resumen, el caso es que no nos vamos a casar. —Dejó el paquete de cartas sobre la guerrera doblada de Starbuck y entonces vio la Biblia colocada allí. Se inclinó, tomó las Escrituras y hojeó las páginas—. ¿Todavía lees tu Biblia, Nate? No me parece que sea ya tu libro preferido. Yo diría que disfrutarás más con un manual sobre la matanza del cerdo. —Miró por encima de la Biblia y sus ojos encontraron los de Starbuck—. ¿Por qué no te levantas ahora mismo, Nate, y te vienes conmigo? Salva tu alma, amigo mío.

—¡Agáchate!

Adam se echó a reír de los temores de Starbuck.

—Estoy cumpliendo la voluntad de Dios, Nate, de modo que Dios cuidará de mí. Pero ¿tú? Tú eres un caballo de diferente color, ¿no es verdad? —Se sacó un lápiz del bolsillo, escribió algo en la Biblia de Starbuck y luego volvió a dejarla junto a las cartas—. Hace unos momentos he dicho a padre lo que iba a hacer. Le he dicho que cumplía la voluntad de Dios, pero padre está convencido de que todo ha sido culpa tuya y no de Dios. Pero padre siempre se toma así las cosas, ¿verdad? —Adam se volvió a echar una última ojeada a la ladera rebelde y luego se volvió hacia los yanquis—. Adiós. Nate —se despidió, se puso a agitar la bandera de colores alegres en el aire cálido y trepó a lo alto del tronco negro para seguir vadeando con el agua hasta las rodillas el espacio que lo separaba de la ladera del otro lado del valle. Sus zapatos nuevos se perdieron en el fondo cenagoso del arroyo que corría por el centro del pantanal, pero siguió caminando en calcetines. La ligera cojera causada por el balazo yanqui recibido en Manassas se hizo más pronunciada cuando empezó a trepar la ladera del otro lado de la ciénaga.

—¡Se ha vuelto loco! —exclamó Truslow.

—Es un condenado santo loco —confirmó Starbuck—, ¡Adam! —gritó, pero Adam se limitó a agitar la bandera y seguir caminando. Starbuck se incorporó, de rodillas—, ¡Adam! ¡Vuelve! —gritó desde detrás del árbol caído—. ¡Por el amor de Cristo, Adam! ¡Vuelve!

Pero Adam ni siquiera volvió la vista atrás: siguió trepando por entre los árboles del lado de allá del valle y desapareció por donde la tierra removida señalaba la posición de las trincheras yanquis junto a la cresta de la ladera. La desaparición de

Adam rompió el encanto que había mantenido paralizados a los dos bandos. Alguien dio la orden de disparar y Starbuck se encogió detrás del tronco un segundo antes de que todo el valle empezara a crepitar y silbar con el ruido de las balas. El humo se extendió entre las hojas de los árboles y sobre los charcos negros, los leños rotos y los soldados muertos.

Starbuck recogió su Biblia. Adam había señalado una página más o menos hacia el centro del libro y Starbuck hojeó ahora las páginas para encontrar el mensaje de su amigo. Las balas se entrecruzaban en el valle y él pasaba las páginas de los Salmos, los Proverbios y el Cantar de los Cantares. Hasta que lo encontró, un círculo trazado con lápiz alrededor del versículo doce del capítulo sesenta y cinco del Libro de Isaías. Starbuck leyó el versículo y, a pesar del calor sofocante del valle, sintió frío de pronto. Se apresuró a cerrar la Biblia.

—¿Qué dice? —preguntó Truslow. Había visto palidecer a Starbuck.

—Nada —replicó Starbuck en tono brusco, volvió a guardar la Biblia en el bolsillo de su guerrera y a ponerse aquella prenda raída y desgastada. Metió las cartas en un bolsillo y se lio a la cabeza la manta enrollada—. Nada en absoluto —repitió, empuñó su rifle y comprobó que había una cápsula de percusión colocada en la cazoleta—. Salgamos a matar algunos malditos yanquis —ordenó Starbuck, que tuvo un instante de vacilación porque, en ese momento, en todo el valle empezó de pronto a resonar el estruendo de la matanza.

Tronó la artillería y crepitaron los rifles. El demoníaco aullido rebelde surgió de entre los árboles cuando un nuevo asalto esparció una marea gris sobre la ceja del valle. Otra brigada de infantería había sido enviada al ataque justo a la izquierda de los hombres de Arkansas del mayor Haxall, y los recién llegados aullaron su desafío mientras corrían ladera abajo. Los yanquis dispararon y las llamaradas de sus rifles parecían furiosas espadas ígneas en las sombras alargadas del atardecer. Estallaron granadas en el extremo más alejado del valle, las cuales generaron grandes nubes de humo acre. La metralleta nordista hizo desaparecer filas enteras de atacantes sudistas y tiñó de sangre la alfombra de hojas muertas, pero todavía más hombres de gris y de marrón surgieron de los bosques y bajaron por la pendiente resbaladiza de sangre hasta que el valle entero se llenó de una marea de hombres que trepaban, aullaban y cargaban a través del barro y por encima de los muertos ahogados en el fondo.

Starbuck se puso en pie.

—¡Compañía K! ¡Al ataque! ¡Seguidme! ¡Vamos!

Ahora nada le importaba. Estaba maldito por Dios, era un alma perdida en las tinieblas exteriores. La ladera se alzaba frente a él punteada por nubecillas de humo, iluminada por las llamaradas. Starbuck empezó a gritar, no el aullido rebelde sino el gemido de un hombre que sabe que su alma está condenada. Cruzó a la carrera el arroyo, forzando el paso en el barro pegajoso que trataba de retenerlo. Vio a un

yanqui apuntarle desde su puesto de tirador y de pronto el hombre cayó hacia atrás alcanzado por un disparo procedente del lado rebelde del valle. Otro nordista salió gateando de la trinchera y corrió hacia arriba. Starbuck, al ver huir a aquel hombre, pensó que lo mismo debieron de sentir en Ball's Bluff los yanquis que murieron allí, cuando él y el resto de los rebeldes rebasaron la cima y acribillaron con un temible fuego desde lo alto sus filas impotentes.

—¡Vamos! —aulló—. ¡Matad a esos bastardos, vamos!

Y se lanzó a escalar la ladera, aupándose en las raíces y las zarzas. Pasó delante de dos puestos de tirador abandonados y de pronto vio de reojo un movimiento a su derecha. Al volverse vio otro puesto oculto a medias por la maleza. Un yanqui le estaba apuntando, y Starbuck se le echó encima en el momento en que el rifle del hombre disparó. El humo acre cegó a Starbuck. Gritó ahora desafiante; quería la muerte de aquel hombre. Rodó sobre su espalda y apretó el gatillo de su rifle, apoyándolo en la cadera. El arma vomitó humo y la bala se perdió en el vacío. El yanqui saltó fuera de su trinchera y empezó a trepar hacia la salvación, pero Starbuck lo persiguió, aullando. El hombre se volvió, súbitamente asustado, e intentó golpear a Starbuck utilizando como un garrote su rifle descargado, pero Starbuck esquivó el golpe echándose como pudo a un lado y proyectó con todas sus fuerzas su propio rifle contra las piernas del hombre, para hacerle tropezar. El yanqui gritó presa de pánico al caer. Echó la mano a su bayoneta enfundada, pero Starbuck ya estaba encima de él con su propio rifle alzado y la pesada culata con el extremo forrado de bronce apuntando abajo. El hombre gritó algo en el momento en que Starbuck lo golpeó. La fuerza del impacto acalambró los brazos de Starbuck, la sangre salpicó sus botas. Un instante después se dio cuenta de que a su alrededor la ladera hormigueaba de hombres de uniforme gris y en todo el valle verde resonaban los ecos del aullido mortífero del ataque rebelde. Las banderas del aspa estrellada avanzaban y los yanquis retrocedían. Starbuck dejó a su víctima sangrando y se apresuró a correr de nuevo ladera arriba, con el deseo de ser el primero en llegar a la cresta del valle; pero a su alrededor otros rebeldes corrían también, estimulados por las llamadas de las cornetas que los guiaban hacia un altiplano envuelto en humo. Una dotación de artilleros yanquis intentó salvar su cañón, pero era demasiado tarde. Un torrente de hombres de gris surgió del bosque y el terreno entre el pantano y el río se convirtió de pronto en un caos de nordistas que huían despavoridos.

Una tropa de jinetes nordistas intentó rechazar a los rebeldes. Doscientos cincuenta soldados de caballería habían estado esperando a que la infantería sudista saliera de los árboles y ahora, formados en tres líneas y con los sables desenvainados, cargaron contra la formación enemiga dispersa. Los cascos de los caballos golpearon la hierba e hirieron retemblar toda la cima del altiplano. Los caballos galoparon, descubiertos los dientes y los ojos en blanco, mientras la corneta lanzaba su desafío al

cielo cubierto de humo y las lanzas de los guiones se inclinaban formando una línea horizontal letal.

—¡A la carga!

El comandante de la caballería convirtió la orden en un largo grito de desafío al tiempo que señalaba con la punta de su sable a las tropas rebeldes situadas a tan sólo cuarenta metros.

—¡Fuego!

Un oficial de Alabama dio la orden y la infantería rebelde disparó una descarga que destrozó el impulso y la gloria de la caballería nordista. Los caballos relincharon y cayeron agitando los cascos en el aire del atardecer, envuelto en niebla y en sangre. Los jinetes fueron aplastados, se empalaron en sus propios sables o murieron por los disparos. La segunda línea de la caballería intentó rodear la sangrienta carnicería de la primera línea.

—¡Fuego!

Una segunda descarga, disparada ahora desde el flanco izquierdo, escupió humo y plomo, y la caballería superviviente se vio barrida hacia un lado. Los caballos tropezaron con otros caballos, los hombres cayeron derribados de las sillas de montar y fueron arrastrados por el suelo, enganchados a los estribos. Otros cayeron y pudieron zafarse, sólo para ser arrollados por caballos despavoridos.

—¡Fuego!

Una última descarga persiguió al puñado de jinetes derrotados y fugitivos, que dejó atrás un matadero de caballos moribundos y hombres gimientes. Los rebeldes se abalanzaron sobre aquel horror, remataron a los caballos y saquearon a los hombres.

En varios lugares del altiplano los rebeldes capturaron cañones nordistas aún calientes de la batalla. Los prisioneros, algunos tocados con sombreros de paja veraniegos, fueron juntados en grupos. Una bandera nordista capturada fue exhibida arriba y abajo de las filas victoriosas, mientras en el pantano los heridos maldecían, sangraban y pedían ayuda.

Starbuck trepó sobre el tubo ardiente de un cañón nordista de doce libras. El fogón y la boca estaban negros de pólvora quemada, negros como las sombras que ahora se alargaban hasta cubrir toda la extensión del altiplano. Los nordistas fugitivos aparecían como una masa oscura a la luz moribunda del crepúsculo. Starbuck buscó con la vista a Adam, pero sabía que no podría distinguir a un hombre entre tantos. Una cinta de plata revelaba el lugar en el que el río serpenteaba entre las ciénagas oscuras más allá de las cuales el sol poniente iluminaba un globo aerostático nordista que descendía poco a poco tirado por su cabrestante. Starbuck se quedó mirando largo rato, se colgó del hombro su rifle con la culata ensangrentada y pegajosa y saltó al suelo.

Esa noche la Legión cenó raciones yanquis en torno a un fuego de campamento

yanqui. Los hombres bebieron café yanqui y escucharon a Izard Cobb, que tocó una melodía en un violín yanqui. La Legión había sufrido un duro castigo. El capitán Carstairs y cuatro oficiales más habían muerto, y también el sargento mayor Proctor. Ochenta hombres más estaban muertos o desaparecidos, y había por lo menos el mismo número de heridos.

—Tendremos ocho compañías en lugar de diez —comentó Bird.

Había recibido un balazo en el brazo izquierdo, pero se negó a dar importancia a la herida cuando la hubieron vendado.

—¿Sabemos lo que vamos a hacer mañana? —preguntó el mayor Haxall, del batallón de Arkansas, que se había unido a los oficiales de la Legión alrededor de su fogata.

—Sabe Dios —le contestó Bird, que dio un sorbo de una jarra capturada de whisky yanqui.

—¿Alguien ha visto a Faulconer? —preguntó Haxall—. ¿O bien a Swynyard?

—Swynyard está borracho —dijo Bird—, y Faulconer va camino de estarlo. Aunque estuviera sobrio, no querría hablar con nadie.

—¿Por lo de Adam? —preguntó Murphy en voz baja.

—Sí —respondió Bird—. Supongo.

—¿Qué diablos le ha pasado? —preguntó Murphy.

Nadie contestó durante un rato muy largo. Algunos hombres miraban a Starbuck, esperando y deseando que fuera él quien explicase el comportamiento de Adam, pero Starbuck no dijo nada. Sólo deseaba que su antiguo amigo tuviera la fortaleza suficiente para ser un extraño en una tierra extraña.

—Adam piensa demasiado —dedujo Bird, rompiendo por fin el silencio. La luz de la hoguera prestaba al rostro flaco del coronel una severidad mayor de lo habitual—. Pensar no es bueno para un hombre. Sólo contribuye a confundir cosas que son de por sí sencillas. Tendríamos que prohibir pensar en nuestro nuevo y glorioso país. Conseguiremos alcanzar la felicidad si abolimos la educación y proscribimos todas las ideas que resulten demasiado difíciles para la comprensión de los baptistas. En la estupidez sublime hallaremos la auténtica felicidad de nuestra nación. —Alzó su jarra en un brindis burlón—. Brindo por una idea genial: la estupidez legalmente obligatoria.

—Ocurre que yo soy baptista —intervino en tono suave el mayor Haxall.

—Mi querido mayor, cuánto lo siento —se disculpó de inmediato Bird. Le gustaba el sonido de su propia voz, pero no podía soportar la idea de herir a las personas que le agradaban—. ¿Me perdonará, mayor?

—Puedo hacer algo más que perdonarlo, coronel, puedo intentar orientarlo para que reconozca a Nuestro Señor Jesucristo como su Salvador.

Antes de que Bird pudiera pensar una respuesta adecuada, un repentino estallido

de luz tiñó de rojo todo el cielo hacia el sur. Aquella gran luz creció y se extendió hasta iluminar una amplia porción de terreno y proyectar una sombra siniestra hasta los alrededores de la propia Richmond.

Un instante después, el estruendo de una explosión hizo temblar el suelo. Fue un trueno poderoso, y en su estela resonaron más explosiones y aparecieron más bolas de fuego que crecieron y fueron luego apagándose en la otra orilla del río. Mil cohetes de señales se dispararon en la noche, dejando un rastro de chispas. Se alzaron llamas de incendios gigantescos y ríos de fuego serpentearon a través de la tierra oscura.

—Están destruyendo sus suministros —interpretó Bird, extasiado. El, como todos los demás rebeldes del altiplano, se había puesto de pie para contemplar aquel infierno lejano. Más explosiones se prolongaron en ecos a través del paisaje y más luminarias ardieron en la noche—. ¡Los yanquis están prendiendo fuego a sus suministros! —se regocijó Bird.

Los nordistas estaban prendiendo fuego a los víveres y municiones acumulados a lo largo de todo el verano. Vagones de ferrocarril que habían sido requisados de cocheras norteñas y enviados a la península eran incendiados ahora. Se hacían detonar todos los enormes proyectiles, las bombas de doscientas y de doscientas veinte libras destinadas a destrozar la labor de retales de los parapetos de las defensas de Richmond. El puente del ferrocarril sobre el Chickahominy que había sido destruido y luego reconstruido fue volado de nuevo y, cuando los yanquis estuvieron seguros de que el puente había desaparecido bajo las aguas oscuras, enviaron al vacío a un tren lanzado a toda velocidad con munición ardiendo en los vagones. La locomotora se hundió la primera en el barro, y luego toda una serie de vagones sacudidos por explosiones cayó desde el terraplén y siguió ardiendo entre estallidos en las orillas pantanosas del río. Los fuegos llamearon toda la noche, toda la noche siguió estallando la munición e iluminando con sus fogonazos el cielo, y toda la noche prosiguió la destrucción hasta que, a la luz gris del alba, no quedó ningún yanqui en Savage Station, ni más suministros, sino tan sólo una gran pira de humo grasiento como el que los rebeldes habían dejado en Manassas Junction tres meses y medio antes. McClellan, cada vez más convencido de encontrarse en inferioridad numérica, corría en dirección sur hacia el James.

Y Richmond se había salvado.

La Legión enterró a sus muertos, recogió sus rifles y siguió a los yanquis a través de los pantanos del Chickahominy. En algún lugar delante del ejército retumbó un cañón y resonó una ráfaga de fuego de mosquete.

—¡Moved las piernas! —gritó Starbuck a su nueva compañía, formada con los supervivientes de las Compañías J y K—. ¡Más deprisa! —insistió—. ¡Más deprisa!

Porque delante de los hombres cansados de nuevo empezaba a alzarse una nube

de humo de pólvora, un signo seguro de muerte en un día de verano y una pira fúnebre que les hacía guiños para que corrieran hacia ella.

Porque eran soldados.

## Nota histórica

La batalla de Ball's Bluff fue un desastre para el Norte, no por las bajas, que fueron escasas en comparación con las carnicerías que vendrían después, ni por las consecuencias estratégicas de la batalla, que fueron mínimas, sino sobre todo porque aquel desastre impulsó al Congreso de Estados Unidos a crear un Comité Conjunto para la Dirección de la Guerra, y todo aquel que esté familiarizado con la forma de trabajar del Congreso no se sorprenderá al saber que el Comité se convirtió en una de las instituciones más obstructivas, mal informadas e ineficientes del gobierno del Norte.

Oliver Wendell Holmes, que sobrevivió y llegó a convertirse en uno de los jueces más prestigiosos del Tribunal Supremo de Estados Unidos, resultó en efecto gravemente herido en Ball's Bluff. Se recuperó lo bastante para estar de vuelta con su unidad durante la campaña peninsular de McClellan. Resultaría herido en dos ocasiones más a lo largo de la guerra.

La posibilidad de que McClellan pusiera fin a la guerra con un ataque directo a Richmond en los primeros meses de 1862 resulta, desde luego, discutible. Lo que, en cambio, es innegable es que el Norte dejó pasar su mejor oportunidad de infligir un duro golpe a la rebelión en esos meses, y que la perdió debido a la pusilanimidad de McClellan. Continuamente sobreestimó el número de los rebeldes que se le enfrentaban para justificar de ese modo su propia cautela. Sus hombres, por alguna razón perversa, lo adoraban y lo consideraban, en palabras de uno de ellos, «el mayor general de la historia». Era un juicio con el que sin duda McClellan estaba de acuerdo, aunque tuvo mucho cuidado de no poner a prueba su reputación, pues no presentó batalla de no verse forzado a ello. Cuando ocurrió así, se las arregló casi siempre para encontrarse a muchos kilómetros de la lucha. Condujo a su ejército hasta nueve kilómetros de Richmond y después se marchó en cuanto tropezó con una resistencia seria. Entonces Robert Lee se apoderó de la iniciativa con tanto éxito que pasados dos meses la gran invasión nordista de la península era sólo un recuerdo. La opinión de McClellan sobre Lee, citada en *Copperhead*, es auténtica: Lee, escribió McClellan, «carece de firmeza moral cuando se ve presionado por grandes responsabilidades, y tiende a mostrarse tímido y dubitativo en la acción».

El escenario de la batalla de Ball's Bluff puede visitarse al norte de Leesburg en Virginia, a partir de la Ruta 15. Allí se encuentra el cementerio nacional más pequeño de Estados Unidos, junto al lugar donde fue muerto el infortunado senador Baker. Una lápida señala el lugar aproximado. El entorno ha cambiado relativamente poco y una leyenda local insiste en que es posible ver a un fantasma confederado que ronda por el campo de batalla entre las sombras del crepúsculo.

Los escenarios de las batallas mayores en torno a Richmond están en general bien



conservados (aunque no, por desgracia, Siete Pinos, escenario del enfrentamiento conocido por los nordistas como la batalla de Fair Oaks) y es posible visitarlos siguiendo rutas marcadas que parten del Centro Histórico situado en el parque Chimborazo de Richmond. El fuerte de Drewry's Bluff merece una visita. La batalla descrita en el epílogo de *Copperhead* es la de Gaines' Mili y la destrucción de los suministros nordistas en Savage Station ocurrió en la realidad.

No podría haber escrito *Copperhead* sin el maravilloso relato de la campaña peninsular *To the Gates of Richmond* (Hasta las puertas de Richmond) de Stephen W. Sears, y los lectores que deseen saber hasta qué punto los acontecimientos de la novela coinciden con la realidad histórica no pueden hacer nada mejor que leer la obra de Sears. Muchos de los personajes de *Copperhead* están sacados de la historia, incluidos todos los generales que intervienen, a excepción, por supuesto, de Washington Faulconer. El general Huger se quedó dormido realmente la mañana de la batalla de los Siete Pinos y no se enteró de que se estaba librando un combate hasta que Longstreet, que avanzaba por la carretera equivocada, le informó de los planes de Johnston. La brigada de Micah Jenkins causó realmente ese enorme destrozo en el ejército nordista. John Daniels, editor del *Examiner* de Richmond y autor del panfleto sudista más infame sobre la esclavitud, fue un personaje real, como también Timothy Webster, que murió como se describe en la novela. El inglés Price Lewis y el irlandés John Scully fueron afortunados por no compartir el destino de Webster. Una historia sin confirmar señala que la admisión del delito de espionaje por parte de Scully se debió a que lo engañaron con un falso sacerdote cuando pidió confesión. Pinkerton existió, desde luego, y alimentó las fantasías de su jefe McClellan sobre la fuerza rebelde que vinieron a justificar el apocamiento innato del mayor general.

De modo que, gracias a esa pusilanimidad, la guerra no ha concluido. Las oficinas de reclutamiento del Norte volverán a abrirse muy pronto porque el Sur ha descubierto en Granny «Abuelita» Lee a uno de los grandes generales de todos los tiempos. La rebelión está a punto de convertirse en leyenda, y la casi segura derrota se convertirá en una serie de deslumbrantes victorias y de sorprendentes reveses. El Sur, es verdad, sólo ahora ha empezado a luchar, y eso quiere decir que Starbuck y Truslow volverán a marchar.



BERNARD CORNWELL (Londres, 23 de febrero de 1944). Es un novelista y periodista inglés. Perdió a sus padres a muy corta edad, un soldado de las Reales Fuerzas Aéreas Canadienses y una recluta del Cuerpo Auxiliar Femenino Británico. El apellido Cornwell es el de su madre. Adoptado por los miembros de una estricta secta protestante, Cornwell cursó diversos estudios y llegó a ser empleado como maestro tras pasar por la Universidad. Tras trabajar para la BBC, se trasladó a Estados Unidos donde comenzó las sagas históricas por las que se ha hecho famoso. Según Cornwell la decisión de escribir procede de una necesidad estrictamente económica: al no tener tarjeta de residente, solo la actividad intelectual le estaba permitida para ganarse la vida dentro de la legalidad.

En junio de 2006 fue nombrado Caballero del Imperio Británico dentro de la lista colectiva en honor del 80 cumpleaños de la reina Isabel II.

En España sus novelas han sido publicadas por Edhasa y Quinteto. Sus principales sagas son las dedicadas al fusilero Richard Sharpe en la época de la conquista de la India por el Imperio británico y las guerras napoleónicas. Editada bajo el epígrafe "El sable y el fusil", la saga fue adaptada para televisión por la BBC con Sean Bean como protagonista.

Hay otras tres series de Cornwell publicadas en castellano. Son la dedicada a las leyendas artúricas (compuesta por El rey del invierno, El enemigo de Dios y Excalibur); al arquero Thomas de Hookton (Arqueros del rey, El sitio de Calais y La batalla del Grial); y, por último, la ambientada en las invasiones vikingas de Gran

Bretaña durante el reinado de Alfredo el Grande (hasta el momento, Northumbria, el último reino ,Svein, el del caballo blanco, Los Señores del Norte, La canción de la espada, La tierra en llamas, Muerte de Reyes y The Pagan Lord).

También se han publicado en castellano sus novelas Stonehenge y El ladrón de la horca. Quedarían al menos otras 6 novelas inéditas.

Además, en el año 2011 editaron el primero de sus libros de la saga de Nathaniel Starbuck, llamado en castellano Rebelde.

# Notas

[1] Death significa «muerte», en inglés. (N. del T.) <<